

*Selecta*

*Cartas  
a mi ~~amor~~  
imposible*

LUNA DUEÑAS

# Cartas a mi amor imposible

*Luna Dueñas*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para ti.  
Porque shhh.*

“Cuando estés dividido entre dos decisiones,  
elige siempre aquella que pueda dar lugar a la mejor historia”.

## Prólogo

*Junio, 2005*

*Aún recuerdo esa primera vez que nuestros ojos se cruzaron. Era una noche tranquila de verano. La gente bailaba bajo un manto de estrellas al compás de una potente música que envolvía sus cuerpos.*

*Me pegaste un susto de muerte.*

*Un susto de esos en los que puedes saborear la sangre en la boca y sientes que el oxígeno no llega bien a tu cerebro. ¿A quién se le ocurría esconderse en un pasillo oscuro en pleno festival del instituto?*

*Pero tú tenías que hablar por teléfono en un sitio tranquilo, quizá susurrándole palabras de amor a tu romance del momento. Tu ligue. ¿Quizá tu novia?*

*Me quedé tan paralizada, tan sumida en tus ojos que en ese instante me miraban con una rabia que ni tú eras consciente, que necesité de la ayuda de mis amigas para reconducir mis pasos y retomar mi camino original envuelta en sus risotadas.*

*“Una loca me acaba de pegar un grito en la oreja”, te excusabas con tu compañera de llamada, mientras recuperabas la compostura y yo me alejaba sin dejar de observarte.*

*No pude pensar en otra cosa en mi camino a casa, te quedaste para siempre en mi recuerdo, desde aquel día siempre serías “el chico susto”, ese que incluso me avergonzaba ver por la calle por si el recuerdo de aquella niña gordita y gritona también se había quedado en tu mente. Por si te preguntabas de qué se reían esas muchachas locas de quince años cada vez que tú pasabas a su lado.*

*En aquel entonces no tenía ni idea de que aquel susto no sería el único que me ibas a dar.*

*No teníamos ni idea de que nuestros caminos quedaron de alguna forma, ligados, esa noche estrellada de verano.*

*Jojo, esto es para ti.*

## Capítulo 1

*Octubre, 2015*

Una rubia oxigenada clava su mirada en mí, sentada tras un caro y reluciente mostrador de mármol gris y negro donde hay un cartel que reza “G&M, S.A” mientras yo camino hacia ella intentando mantener una sonrisa, que más parece que esté grapada en mi rostro a que me salga de manera natural. La he forzado tantos días sin sentirla realmente, que ya me estoy acostumbrado a ella. La rubia me mira como hacen todos los empleados de las empresas a las que entro con currículos en mano y con cara casi suplicante de que me den un empleo. Ya he visto esa mirada muchas veces, como diciendo: “Date la vuelta, no tienes nada que hacer aquí”.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me pregunta con falsa amabilidad, porque ya sabe lo que se le viene encima y quiere acabar con ello cuanto antes.

Trago saliva e intento que mi voz suene lo más firme y profesional posible.

—Sí, em... me gustaría dejar mi currículum. —Casi puedo leer cómo una excusa para no coger estos dos trozos de papel, se forma en su mente y viaja a su boca.

—Lo siento, no los aceptamos en mano. Te daré el correo de la empresa, puedes enviarnos tus datos ahí. —Me sonrío como si me hubiese solucionado la vida y la rabia de nuevo se apodera de mí.

—Es que prefiero entregarlo así, ¿sabe? —Entrecierro los ojos y le muestro otra sonrisa forzada en respuesta.

—Y yo le digo que no aceptamos currículos de esa forma. —Ella aprieta la mandíbula.

—Solo le pido que me coja este trozo de papel, tírelo si quiere luego, pero por favor —le suplico—, solo acéptelo. Échele un vistazo. Haré cualquier cosa: suplencias, limpiar, traer cafés, me da igual...

—Lo siento, señorita, de verdad que no puedo ofrecerle otra opción. Política de la empresa. Será mejor que se marche.

—Por favor...

—Es política de la empresa —repite malhumorada.

—Política de la empresa. Ya veo... —susurro dolida.

¡A la mierda las políticas! Solo es una excusa para deshacerse de mí rápidamente y no tener que leer mi perfil, como había sucedido ya en las diez empresas que había visitado en esta

mañana. Me tiende una tarjeta de negocio donde aparecen todos los datos y me vuelve a sonreír mientras me insta a irme, señalando amablemente la dirección a la puerta.

Y estoy a punto de hacerlo, pero me vuelvo a girar para mirarla a los ojos y reúno toda esa rabia acumulada que tengo desde las ocho de la mañana para hacer lo que hago.

—Gracias por venir. Puedes marcharte —me vuelve a decir con fingido tono de amabilidad.

Levanto la tarjeta y la hago una bola con mi mano delante de sus narices. Luego se la tiro y le doy en toda la frente con ella. ¡Diana! Ella me mira como si estuviese loca. Una loca de remate. Quizá no esté tan equivocada al pensar eso.

Una mueca de asombro se dibuja en sus labios y me mira con los ojos bien abiertos y llenos de rabia.

—¿Qué se cree...? —comienza a preguntar indignada.

—¿Sabe qué? —lo corto—. Pueden meterse su “política” por donde nunca les da la luz.

Su asombro va a más y yo decido que por hoy es suficiente el verle la cara a estúpidos, así que salgo de la famosa empresa textil y camino hasta el bullicioso parque central donde me siento en un banquito de madera descascarillado, lleno de grafitis, insultos y juramentos de amor marcados en negro.

—¡Aw! —emito un sonido gutural de rabia y pataleo levemente sobre el suelo mientras me paso las manos por mi corto, ondulado y negro pelo.

Unos niños que se lo estaban pasando pipa en el columpio más cercano, de repente se detienen y me observan como si se fuesen a echar a llorar ante la visión de tal monstruo gritón.

—Sí —les digo—. Esto es lo que les pasa a los adultos. Sed felices ahora que podéis, a partir de los veintitrés ¡vuestra vida se irá al traste!

Ellos solo se limitan a mirarme sin inmutarse, pero el más pequeño pronto comienza a hacer pucheros, por lo que su madre me lanza una mirada desaprobadora y se los lleva lejos de la loca de los currículos.

Dos años, ¡dos años desde que acabé la maldita carrera de administración! Y aún nadie me contrata porque “no tienes experiencia en la materia”, la frase preferida de todos. Dos años que han hecho que realmente llegue a odiar mi carrera. Bueno, de todas formas no me gustaba desde un principio, pero se suponía que tenía salidas, ¿no? Se suponía que los empresarios se iban a tirar cual vampiros sedientos a reclutarme como si fuese la mayor joya que habían visto en su vida. Me pregunto si valió la pena todos esos años estudiando números aburridos en vez de dedicarlos a mi verdadera vocación de ser escritora.

Cierro los ojos y me dejo caer con la cabeza hacia atrás en el respaldo del banco. Casi me echo a llorar de la rabia, cuando una bonita banda sonora instrumental llena mis oídos. Saco mi teléfono de mi recién estrenado bolso azul, y veo que es Paula la que me llama.

—Menuda aventura en el dentista. ¡Casi no puedo ni hablar con esta cosa! —murmura a través del aparato y su voz me llega rara, gangosa y dolorida.

A pesar de que llevo un día asqueroso, consigue sacarme una débil sonrisa. Paula es una de mis

mejores amigas, lo que se diría una amiga de toda la vida, hemos crecido juntas, junto a Carla, Miriam y Ruth.

Las cinco éramos inseparables, nos pasábamos las tardes fuera de casa, sentadas en la calles atiborrándonos de chuches (cosa que me hizo ponerme como una vaca y cosa que afortunadamente ya he resuelto) y riendo como cinco locas a las que no les importaba nada, solo el estar juntas, hablar de chicos, cotillear y pasarlo bien. Nunca pensé en aquel entonces lo mucho que iba a echar de menos ahora, con veinticinco años, esos bonitos ratos despreocupados de adolescencia. Por desgracia la vida de adultas ha llamado a nuestra puerta, y ya no todo es lo que era, aquí en Villazul, nuestro pueblo natal al sur de España.

—¿Ya te han puesto la ortodoncia? ¿Qué tal con ella?

—Bueno... es raro... muy raro... y... —Paula titubea—... no puedo cerrar bien la boca. ¡Qué largos se me van a hacer los años con esto puesto!

—Piensa que es por una buena causa, y quedarás estupenda.

—¿Y a ti? ¿Cómo te ha ido? —Apenas entiendo lo que dice, pero logro intuir su pregunta.

—Las mismas excusas, las mismas caras de pena. Y regreso al piso con los mismos currículos con los que salí de él. Es un asco.

—Bueno, no desesperes —me anima.

Sí, eso he creído toda mi vida. Que si tienes la paciencia de saber esperar lo que te corresponde vendrá a ti, pero sinceramente, empiezo a dejar de creer en ello. También llevaba veinticinco años esperando por el amor de mi vida y se ve que tampoco sabía venir solo. Ni él, ni el trabajo que necesito desesperadamente para dejar de sentirme como un despojo de persona y una inútil. Quiero que mis padres se sientan orgullosos de mí. Quiero sentir que yo también puedo ser independiente, valiente y útil.

Quiero encajar en algún lado. Formar parte de algo.

Un trueno me saca de mis cavilaciones y de mi conversación con Paula. Miro al cielo que se tiñe de un negro gris intenso, casi negro.

—Creo que va a empezar a diluviar, te hablo por Facebook cuando llegue a casa.

Cuelgo, comienzo a recoger todos mis papeles y carpetas, me pongo el bolso a modo bandolera y me apresuro todo lo que puedo hacia el piso del centro en el que vivo. A pesar de mis prisas, cuando una diminuta gota brilla sobre la superficie de plástico rosa de la carpeta, sé que vaticina mi desgracia. El cielo comienza a descargar su ira y nos empapa a todos los viandantes, la gente corre de aquí para allá como hormigas que huyen de algún peligro que no pueden controlar y buscan refugio con necesidad, empapando cada centímetro de nuestros cuerpos. En mi carrera casi a ciegas, choco contra un chico de amables ojos marrones que busca también protegerse de la lluvia, como todos.

—Lo siento —logro murmurar sin verle bien la cara, antes de que ambos retomemos nuestros caminos.

Él sigue corriendo en su dirección. Y bueno, por mi parte, como siempre mi suerte me detiene

en un semáforo donde tengo que esperar un eterno minuto calándome hasta los huesos a que cambie a luz verde para poder cruzar. A pesar de mis intentos por proteger los currículos, estos se acaban empapando, así que suspiro molesta, resignada y los tiro con rabia a la papelera más cercana. Más dinero tirado.

Puedo sentir ya cómo el agua helada se filtra por mi falda de vuelo negra, por mi camisa blanca y por mis botines de ante. Y en vez de correr, me quedo ahí, mirando al cielo mientras las gotas de lluvia me empapan la cara, me calan hasta los huesos. Pensando en que sí, si quizá este es mi destino, tengo que resignarme a que nada de lo que he soñado se cumpla algún día. Todo quedará en sueños imposibles.

Tengo que soportar estoica la tormenta. Justo como lo estoy haciendo ahora.

## Capítulo 2

Los chicos dejan de comer en cuanto entro al piso chorreando agua y poniéndolo todo perdido. Tengo el maquillaje destrozado y el pelo pegado a la cara y a la clavícula.

—Llama a Íker Jiménez, ¡creo que la niña del pozo acaba de hacer aparición en nuestra casa! —la broma de Leo hace reír también a Raúl, que está a punto de expulsar su comida por la boca por culpa del chiste.

Ambos se parten de risa mientras yo suelto mis llaves en la mesita del recibidor, y camino hasta el comedor, dejando un rastro de agua a mi paso. Reconozco que la broma tiene su gracia, pero estoy demasiado empapada y malhumorada como para unirme a ellos. Cuando me dejo caer en el amplio sofá rojo y me quedo mirando a la nada, ambos dejan de reír y me miran preocupados. Leo enseguida viene a sentarse junto a mí. Él siempre ha sido el más cariñoso de los dos, es una persona muy cálida y agradable. No me arrepiento de compartir piso y gastos con dos chicos gay de veinte años, a los que la vida les sonrío y todo en su mundo es rosa. Es bueno que me transmitan ese color de vez en cuando a mí también.

—¿No ha habido suerte? —me pregunta con un tono amable mientras me acaricia el brazo en señal de consuelo.

Niego con la cabeza y suspiro. Esto hace que más gotas salpiquen al suelo.

—Bueno, Lara, quizá es que los sitios a los que has ido hoy no son para ti. No te hundas, ya vendrá algo, te lo prometo.

Asiento ahora y lo miro sonriéndole. Leo tiene unos bonitos ojos azules y un estupendo y bien cuidado pelo castaño perfectamente engominado en un tupé. Con ese aspecto de angelito, es imposible no sucumbir a su positividad y sus palabras. Todo lo contrario a Raúl, que siempre ha sido un chico más reservado. Sus ojos verdosos siempre suelen mirar al suelo y no es muy hablador que digamos. No es mala persona, es solo que no tiene la labia que tiene su compañero de estudios.

—Gracias, Leo. Tu siempre tan positivo. —Le doy una palmadita en el hombro.

—Luego te pasaré la factura. —Me sonrío burlón. Se levanta y vuelve a atacar su plato de comida—. He hecho unos filetes con queso, ¿te unes?

—No, no me apetece comer ahora. —Me pongo de pie y señalo el pasillo—. Iré a darme una ducha y a intentar escribir algo, si es que puedo.

—Claro, ¡trabaja en tu *bestseller* y déjanos con la boca abierta! —Me guiña el ojo y cambia su atención de nuevo a la televisión donde le comienza a comentar a Raúl lo horrorosa que se ve una pobre chica tras un cambio de imagen.

Yo camino a lo largo del pasillo, hasta que las paredes verdes manzana de mi cuarto me dan la bienvenida. Dejo la carpeta en mi pequeño escritorio de madera, sobre el cual solo descansan una lamparita, un mp3, varios libros que estoy leyendo y un ordenador portátil que utilizo a menudo. Quiero ser escritora, sí, aunque ese sueño, como los demás, tampoco sea nada fácil, más bien es algo así como imposible. Pero crear historias me hace feliz, en esos mundos ficticios que creo puedo ser libre, puedo vivir todo lo que no me ocurre en el mundo real, todo lo que no me atrevo a decir. Escribir es una especie de forma de salir de esta jaula que es mi vida, así que escribo sin parar, esperando que algún día estas historias que a mí me hacen feliz, puedan hacer feliz a mucha gente más.

Tras una ducha calentita y una charla con mis padres por teléfono, me paso el resto del día sentada frente al ordenador, con un sándwich y un té. Quiero empezar a escribir una nueva novela, pero me falta inspiración, me quedo bloqueada. He intentado más de doce comienzos diferentes para mi nueva historia, pero ninguno acaba de convencerme. Ninguno acaba de... cuajar. A las doce de la noche y tras dar las buenas noches a mis pequeños, Leo y Raúl, decido meterme en la cama. Mañana será otro duro día de reparto de currículos, así que será mejor que un buen sueño reparador me devuelva las ganas de salir por esa puerta y seguir luchando por mi lugar en el mundo. El perro de la vecina del tercero se escucha de lejos, junto a sus tacones, cuando yo me quedo dormida.

Los adoquines de Villazul soportan mis pasos y mi desánimo una mañana más, una mañana gris, amenazante de lluvia, pero que no me pillaré desprevenida esta vez porque sujeto con fuerza mi paraguas de plástico transparente mientras camino entre la gente, recorriéndome por segunda y tercera ocasión, muchas de las empresas del lugar. Algunas vuelven a aceptar lo que les tiendo, aunque sé casi con certeza, que mi currículum acabará en la basura, pero al menos lo cogen. Eso ya es algo.

Al cabo de unas horas, me siento tan cansada que pienso que mi espalda se partirá de un momento a otro en dos, así que tomo asiento en una de las calles más transitadas y me entretengo en mirar a la gente e intentar imaginar sus vidas, y a dónde se dirigen.

Siempre se me dio bien observar a las personas. Nunca fui muy popular, fui bastante invisible para gran parte de la sociedad, sobre todo la masculina, así que me dediqué a escanear a todos los chicos que se acercaban sin cesar a Carla y Miriam desde que éramos pequeñas. Eso me concedió un gran poder de leer las mentes de las personas, saber cómo iba a terminar una relación, saber cuándo iba a comenzar otra, saber cómo iba a reaccionar una persona ante tal situación, saber interpretar su lenguaje corporal, tan solo con observar sus comportamientos.

“Quizá ese hombre se dejó aparcado el coche en doble fila y por eso lleva tanta prisa”. “Quizá esa chica se ha vestido así de bonita para encontrarse con su novio”. “Quizá esos señores mayores estén buscando un bonito regalo para el cumpleaños de su nieto”... tantos quizás.

Cuando casi estoy a punto de volver a sumirme en la depresión y el compadecimiento, un chico amablemente me tiende un folleto publicitario. Se lo cojo por educación, como ese personal de las empresas a las que voy toman las hojas que les tiendo. Lo cojo, pero sé que este chico no tendrá un cliente nuevo y este pequeño trozo de papel de colores chillones acabará en la basura. Justo como mi vida.

Pero precisamente a causa de ese pensamiento, decido echarle un vistazo a lo que me ha dado. No tengo nada mejor que hacer. El pequeño papel casi grita entre mis dedos con letras grandes:

*“¿Sientes que hay un pequeño artista en tu interior? ¡Déjalo salir!*

*Clases de pintura para adultos. Comienzo día 8 de noviembre,  
lunes y jueves de 7 a 9 de la noche.*

*No te quedes sin tu plaza, te esperamos en la sala de servicios múltiples,  
Tercera planta, Biblioteca municipal de Villazul”.*

¿Clases de pintura? Recuerdo que solía amar dibujar. De hecho hasta gané un concurso de dibujo cuando estaba en sexto de primaria. Supongo que a esa edad, una no tiene demasiada competencia. Me río yo sola de mi propio chiste y me levanto. Cuando estoy a punto de tirar el folleto, algo en mí me dice que no lo haga. Que quizá esta puede ser una oportunidad buena para conocer personas, para salir de la rutina, para quizá traer de nuevo a la vida un talento dormido. Guardo el folleto en el bolsillo de mi abrigo y llamo a Paula para que demos un paseo. De algún modo acabamos en una pastelería céntrica.

—Creo que voy a apuntarme —le anuncio mientras ella lee el folleto arrugado.

—Clases de pintura... ¿En serio? —me pregunta levantando una ceja. Fuera llueve a mares, hemos hecho bien en refugiarnos en este pequeño rincón lila que huele a dulces recién horneados.

—¿Por qué no? Siempre me ha gustado dibujar. —Le doy un sorbo a mi cappuccino mientras escucho al bebé de la mesa de al lado llorar con la fuerza de un león.

—Sí, bueno, puede que no esté mal.

—¿Quieres apuntarte conmigo? —le ofrezco. Sé que ella tampoco está pasando por un buen momento, y que tenemos situaciones muy parecidas, encontrar un maldito trabajo puede ser muy complicado para muchas personas en estos tiempos que corren. Puedo comprender también como se debe sentir y que quizá esto también sea un escape para ella, un lugar al que correr cuando las cosas se vuelvan agobiantes.

Ella ríe y deja su limonada encima de la mesa.

—¿Yo? ¿Dibujando?

—¿Por qué no? —le respondo divertida.

—¿Quieres que haga llorar al pobre profesor, verdad? O no, quizá me saquen de ahí por delito contra el arte... Oh no, el arte desde luego no es lo mío. Y el deporte, me da pereza también, así que no, no cuentes conmigo para ninguna de esas dos cosas. ¡Además este maldito aparato me está empezando a volver loca! Y pensar que aún tengo que estar tres años más con él. Créeme, llevar esto en los dientes es horroroso, no quiero probar bocado en la calle, todo se me queda aquí atascado en estos hierros....

—De acuerdo, no insistiré más —digo riéndome mientras tomo un sorbo de mi cappuccino y escucho sus quejas.

Desisto de mi idea de convencerla, a cabezota no le gana nadie, y si Paula dice que no, es que no. Por mucho que cualquiera insista.

—Tú te lo pierdes —bromeo—. Si me toca un profesor guapo y sexy, quizá te arrepientas.

—Oh Dios, lees demasiadas novelas románticas. —Pega otro sorbo de su limonada negando con la cabeza.

Sí, en el fondo yo también sé que no tengo remedio.

—Es inevitable crearse expectativas después de leer cosas tan bonitas. La vida real es bastante decepcionante en comparación, ¿no crees?

Cuando llego a casa, mi nariz se llena con un agradable olor que hace que se me abra de repente el apetito. Leo asoma su cabeza por la puerta de la cocina y me muestra una amplia sonrisa, algo a lo que ya me tiene acostumbrada y que agradezco horrores.

—¡Lara! Siéntate en el comedor, he hecho lasaña para comer. Y está buenísima. No la he probado aún, pero ¡por Dios! La he hecho yo, es una apuesta segura.

—Presumido —le regaño cariñosamente por sus aires de grandeza.

Dejo el paraguas y me voy directa al comedor, donde Raúl ya está sentado en la mesa, esperando la cena y viendo la televisión.

—¿Qué tal el día? ¿Cómo han ido esos exámenes? —le pregunto en un esfuerzo por sacar tema de conversación, mientras tomo asiento a su lado en la mesa.

Él me mira por unos instantes, pero me responde mirando al poto que adorna la esquina de nuestro pequeño saloncito.

—Han sido difíciles, pero creo que puedo aprobar.

—¡Genial! Tus padres se alegrarán mucho.

El entusiasmo me sale algo más potente de la cuenta, pero es que, que Raúl te conteste a algo ya es motivo de celebración. Han sido casi dos años viviendo juntos, y apenas hemos tenido relación. Recuerdo que me vine a vivir sola a los veintidós. Encontré un trabajo estable como administrativa en una importante empresa textil, pero fui despedida al año siguiente por falta de

fondos a pesar de que todos alababan mi trabajo. Mi intento de independizarme fue un completo fracaso, así que como no quería volver a casa como una fracasada, busqué compañeros de piso por internet y así fue como los conocí. Los gastos compartidos son más llevaderos y el fondo de mi cuenta bancaria no creo que aguante mucho más como no trabaje pronto, aunque intento ganarme un dinero raspando de todos sitios. Por supuesto que su compañía podría decirse que es el mejor bonus de todo esto. Odio vivir sola.

Leo aparece en el momento justo por la puerta con una enorme bandeja de lasaña que aún chisporrotea a causa del calor del horno. Ataviado con un divertido mandil, que simula que está en ropa interior, deja la bandeja sobre la mesa y nos regala otra de sus encantadoras sonrisas. ¡Qué pena que sea gay! Es una pérdida grande para las féminas y una gran alegría para el género masculino, también hay que decirlo.

—Lasaña. Hecha con todo mi amor, para mi niño y mi niña grande. —Me guiña el ojo.

Yo río. Leo no tiene remedio.

—Espero que os guste, y si no, preparaos la cena vosotros. —Se quita el mandil y nos acompaña en la mesa.

—Seguro que está delicioso —digo mientras me sirvo con cuidado un pedazo en mi plato. Tiene una pinta increíble—. Como todo lo que haces.

—Siempre viene bien escuchar halagos que no vengan de uno mismo —dice complacido.

Ambos volvemos a reír y los tres devoramos su lasaña en cuestión de minutos. Y confirmamos que sí, que su comida vuelve a estar deliciosa, como siempre. Decido recoger y limpiar todo después en muestra de agradecimiento, y él me ayuda a llevar todos los platos sucios y los cubiertos a la cocina. Estoy echando agua caliente en el fregadero cuando él entra con el folleto en la mano. Lo agita en el aire y me sonrío.

—¿Estás pensando apuntarte? No es muy tuyo traer folletos a casa.

—Creo que será una buena forma de evadirme del mundo. —Sonrío.

—Pues si tú vas, yo voy contigo. Imagínate, que ponen a un modelo fornido, guapo y desnudo como en las películas... y lo tenemos que pintar. ¡No me lo perdería por nada del mundo!

—Creo que has visto demasiadas películas americanas —digo repitiendo la frase de mi amiga Paula. Me peleo con un plato. ¡Cielos! Los trozos de carne reseca con el queso son difíciles de quitar.

—¡Déjame soñar! —exclama riendo—. Las clases comienzan el mes que viene, ¿quedamos mañana para inscribirnos cuando salga de clases?

—Claro, será divertido. Te recogeré.

—Esa es mi chica. Tengo mucho que estudiar, te veo luego.

Se despide de mí con un beso en la mejilla y se marcha a su habitación al igual que Raúl ha hecho minutos antes. Ah, la época estudiantil... ¡Cómo la echo de menos!

Termino mi trabajo como ama de casa por hoy, y también me retiro a mi cuarto, mi ordenador me espera para pasar otra estupenda tarde de currículos, comienzos de novela fracasados y

charlas con amigas. Por suerte a partir del lunes, esta rutina, que cada vez se hace más tediosa, podría cambiar o al menos eso esperaba.

## Capítulo 3

El viernes, espero a Leo, paraguas en mano, en la puerta de su instituto. Cuando el reloj marca las dos de la tarde, el timbre al fin hace saber a los cansados y hambrientos estudiantes que pueden irse a casa a descansar. Aprieto más la carpeta rosa de los currículos contra mi pecho mientras observo el desfile incesante de personas que escapan en manada del edificio y no puedo dejar de sentirme nostálgica al verlos. Los más pequeños incluso me empujan al pasar a causa de sus prisas, así que decido hacerme a un lado hasta que veo a Leo. Su cara no tarda en aparecer por la escalinata de la puerta principal y se dirige corriendo hacia mi posición. Me da un beso en la mejilla como de costumbre y me observa sonriente.

—¡Qué guapa! ¿Has quedado con alguien? —pregunta burlón—. Espero que no me estés engañando en mi ausencia.

Río junto a él.

—Sí, he tenido una muy larga y apasionada cita con el sesenta por ciento de las empresas de Villazul —le sigo el juego—. Los currículos son unos amantes exigentes, ya sabes. Hay que dedicarles mucho tiempo.

Ambos dejamos el tema pronto, y nos encaminamos bromeando de otras cosas sin importancia hasta que llegamos a la biblioteca, un edificio mediano, de tres plantas, hecho de una bonita piedra gris. El olor al papel de los libros acentuado con la calefacción nos saluda en cuanto atravesamos las grandes puertas de cristalera que nos separa de la encargada. El silencio de la estancia me relaja automáticamente.

—¿Puedo ayudaros en algo? —ofrece la recepcionista con una sonrisa amable. ¡Qué bonito ver una sonrisa sincera por fin!

Leo la mira y me señala, como indicándole que yo soy la jefa aquí, la hermana mayor.

—Sí, queríamos saber si aún quedan plazas para el taller de pintura. Estaríamos interesados en apuntarnos —digo educadamente.

La joven chica asiente y nos tiende unos formularios.

—Creo que aún quedan plazas, de todas formas voy a llamar al instructor para que me lo confirme él mismo —nos insta a ir rellenando la solicitud mientras descuelga el teléfono y marca un número—. ¿Hola? Jorge, soy Pilar de la biblioteca, tengo aquí a dos personas interesadas en tu clase. ¿Queda alguna plaza libre?

Relleno el formulario diligentemente poniendo todos y cada uno de mis datos personales, cuando termino le paso el bolígrafo a Leo, que hace exactamente lo mismo, aunque ambos estamos muy atentos a la conversación. Sería una lástima no poder asistir, ya me había hecho ilusiones y realmente lo considero vital para escapar de la rutina. La sonrisa de Pilar cuando cuelga el teléfono nos confirma que estamos admitidos, y nos ofrece una hoja con todo el material que vamos a necesitar traer, y los horarios. Le damos las gracias, y tras comer en casa, salimos a comprarlo todo junto a Raúl, que se une a nosotros para despejarse de sus estudios. A nosotros nos alegra que pasemos tiempo juntos, quizá se comience a abrir más y lleguemos a conocerlo mejor.

El sábado, recibo un mensaje de Carla, que propone que hagamos una cena de amigas, aprovechando que este fin de semana está en Villazul, así que tras ponernos todas de acuerdo para vernos, me arreglo para la ocasión y a las nueve en punto de la noche estoy en la puerta de El Jardín, uno de los restaurantes de comida rápida más alabados y famosos de la localidad. La comida es barata, la gente amable, hay siempre un estupendo ambiente, y su decoración de madera, con un pequeño jardín artificial en el centro de la estancia, lo hace aún muchísimo más acogedor.

Espero pacientemente hasta que las demás aparecen una a una, y nos saludamos efusivamente. ¡Incluso Ruth está aquí! A pesar de que trabaja como niñera a tiempo completo y tiene muy poco tiempo para ella.

—Que conste que no cenaré nada —avisa Paula cuando estamos todas—. Es imposible comer fuera con este cacharro y no quedarme con todo un buffet libre de comida ahí dentro. Pero quería veros.

Todas reímos con su ocurrencia. No tardamos en entrar y colocarnos en una mesa central. El ruido de la gente hablando es atronador, así como el sonido de platos, vasos, y cubertería que se cae al suelo, aun así yo me siento bien. Aquí con mis amigas de toda la vida y rodeada de gente no me siento tan sola, siento que estoy en lugar correcto, en el momento justo.

Carla y Miriam nos cuentan sobre sus trabajos y sus anécdotas. Puedo ver el brillo en sus ojos de felicidad. Carla es intérprete y disfruta como una niña pequeña de su trabajo, destila pasión por él por todos los poros de su cuerpo y el poder comunicarse con otras personas que no lo tienen tan fácil, es realmente bonito. Le pido que me enseñe y estamos un rato jugando con nuestras manos y dándoles forma entre risas. Miriam es peluquera, así que también nos da unos trucos sobre peinado y maquillaje que realmente nos viene bien saber y Ruth, siempre ha sido la más callada del grupo, pero eso no quita de que tenga un excelente sentido del humor. Centra su vida en cuidar de sus sobrinos y en mejorar académicamente cada vez más. Pronto nos ponemos al día con las noticias, yo no tengo mucho que contar sobre mi aburrida vida, y nos ponemos a parlotear sobre los viejos tiempos y los chicos que nos solían gustar.

—... ese chico me mandaba unos mensajes que me hacían sangrar los ojos, mirad. —Carla nos enseña el móvil y todas reímos con las ocurrencias del Don Juan de turno.

—¿De verdad esperaba que escribiendo de esa forma llamaría tu atención o te interesarías por él? —Ríe Miriam—. Bueno, al menos sí que llamó tu atención con esas faltas de ortografía, aunque no para bien.

Todas volvemos a reír, es un poco cruel, pero el mensaje no tiene perdón.

—¿Y os acordáis cuando a Paula le gustaba ese chico en el instituto? —Recuerdo mientras un camarero me retira mi plato—. Reíamos muchísimo con su forma de caminar.

—¡El tieso! —exclama Miriam mientras vuelve a echarse a reír incontroladamente—. Ese chico parecía tener dentro un palo de fregona, en serio.

—Un día al acabar de clases se subió con su amigo en una moto e iba más tieso que una vela. —Río a carcajadas—. Seguro que llegó a casa con dolor de espalda.

—¡Pues a ti también te gustaba! —me reclama Paula fingiendo enfado.

—Pero era solo por hacerte rabiar, ¡te morías de celos cada vez que decía algo sobre él y era tremendamente divertido! ¿Sabéis que ahora es modelo de ropa interior?

Todas estallamos en carcajadas de nuevo y ella me pega un puñetazo en el brazo a modo de venganza.

—Yo también sacaré tus trapos sucios entonces —amenaza Paula—. ¿Recordáis cuando nuestra querida Lara asustó a ese pobre chico en un pasillo del instituto? En la fiesta de fin de curso, él estaba hablando por teléfono y ella le soltó un grito que lo dejó sordo.

Las poco discretas carcajadas de Miriam sobresalen entre el murmullo y medio restaurante nos mira como si fuésemos cinco adolescentes locas y escandalosas. Todas nos unimos a sus risas.

—Perdona, pero era la una de la madrugada, y quería ver el instituto por dentro, me daba curiosidad. —Bebo un sorbo de agua y trago—. Además, ¿a quién se le ocurre ponerse a esas horas ahí? ¡Por pocas le pego un bofetón de lo mucho que me sobresalté! —Río.

—O haberlo matado a él del susto también —dice Ruth que rompe su silencio entre risas.

—Pobre *Jojo* —dice Carla, utilizando el mote de toda la vida del chico.

—Oye, ¿y tú amiga qué? ¡Yo me asusté el triple que él!

—Pobre Lara —repite cambiando a mi nombre y riendo.

—Ahora ya no me sirve —bromeo.

—¿Qué habrá sido de su vida? —comenta Miriam curiosa mientras le pega un bocado a una de sus patatas fritas—. Hace algo así como que media vida que no lo veo. Recuerdo los ataques de risa que nos daba cuando lo veíamos pasar por la calle.

—El pobre chico se pensaría que nos estábamos riendo de él —digo reprobadora—, vuestras risas no eran discretas precisamente.

—Ni las tuyas tampoco, guapa. —Miriam me señala con un dedo acusador.

—Oh, yo solía verlo bastante hace tiempo —confiesa Carla—, pero tampoco sé mucho de él. Solo recuerdo que estaba trabajando en Francia y creo que regresó hace unos meses.

—Mejor que se quede lejos. Moriría de la vergüenza si me lo volviese a cruzar. —Yo también pego un bocado a mi bocadillo recién traído por el camarero—. Si se hubiese llegado a enterar que nos hemos reído de él toda la vida y que hasta que lo llamábamos *chico susto*, me daría algo...

—Bueno, no te tienes que preocupar por eso, la verdad él no suele venir mucho por Villazul. —Carla se afana en que su hamburguesa no se desparrame por medio plato.

Los ojos de ese chico en la penumbra regresan a mi memoria, y realmente me hace preguntarme lo que mismo que mi amiga. ¿Qué habrá sido de su vida?

—¿Y recordáis cuando Ruth se cayó en aquella zanja de una calle en obras?...

Nos pasamos el resto de la velada riendo y contando miles de anécdotas divertidas sin parar, hasta que dan las dos de la madrugada y cada una nos vamos a nuestra casa, no sin antes despedirnos y prometer vernos lo antes posible o en Navidad a más tardar.

Cuando cierro la puerta del piso detrás de mí, compruebo que ni Raúl, ni Leo se encuentran, seguro andarán en cualquier *pub* poniéndose hasta las cejas de cerveza y ligando con chicos, o al menos intentándolo, así que vuelvo a cerrar con llave y me marcho a mi cuarto con una estupenda sensación después de la sesión de risoterapia con mis amigas.

El haber recordado todos esos buenos momentos, al menos esa noche, me llena de felicidad.

## Capítulo 4

—Por dios, Lara, ese abrigo está ya desteñado —me regaña mi madre, Celeste, cuando me ve aparecer en frente del ayuntamiento, lugar típico de encuentros, donde hemos quedado para acompañarla a comprar un regalo para el próximo cumpleaños de papá. Como a ninguna nos sobra el dinero hemos decidido aliarnos para comprar algo mejor.

—Mamá, lo compré hace solo un año —me excuso. Es mi abrigo favorito.

Ella me coloca bien el gorro y se siente genial, tener de nuevo a mi madre preocupándose por mí y cuidándome, aunque sea en pequeños detalles como este. Aún recuerdo cuando de pequeña me limpiaba la suciedad de la cara chupándose uno de sus dedos y restregando la yema sobre el manchurrón en cuestión. Ahora que me paro a pensarlo era bastante asqueroso. Pero era también un gesto lleno de cariño.

—Pues tenemos que buscar otro. Vamos a mirar.

Me sonrío y comenzamos a hacer la ruta por todas las tiendas del pueblo, buscando un regalo acertado y ahora también un abrigo para mí. No tardamos mucho en encontrar una bonita camisa y un reloj para mi padre, pero sí un poco más en dar con la prenda ideal para mí. Pero al mirar su precio veo que se me sale bastante del presupuesto. Cuando una está desempleada tiene que mirar por el dinero a todas horas. Mi madre me dice que no me preocupe y me ayuda a pagarlo.

—Te devolveré el dinero, mamá —le digo algo avergonzada mientras voy con ella a casa a tomar un té.

—Me basta con que dejes de usar el abrigo que tienes puesto —me dice cariñosamente.

—Gracias —digo conmovida—. ¿Cómo está papá?

—Viajando mucho, como siempre. Llevo más de seis días sin verlo. Es lo que tiene ser comercial, que o buscas clientes, o no ganas nada. Esta noche ha prometido llevarme al cine —dice ilusionada.

—Casi nunca salís a ningún sitio, os sentará bien —digo sonriéndole—. Yo estoy repartiendo currículos sin parar, espero que sirvan de algo y encuentre un trabajo pronto.

—Deberías haber estudiado medicina como te recomendamos, Lara. Es un trabajo seguro, con reputación, seguro que no estarías en esta situación ahora si nos hubieses hecho caso. —Hace un ruido con la boca disgustada.

—No empieces otra vez, mamá. Lo hecho, hecho está. —Compruebo mi teléfono móvil, pero

sin ver nada realmente—. Encontraré algo pronto. O al menos eso espero.

—Sí, yo también lo espero. Tienes ya una edad en la que estar sin trabajo no es un lujo que te puedas permitir.

Sé que ella me lo dice por mi bien, pero hago todo lo que puedo. Pasamos el resto de la tarde haciéndonos compañía en casa de mis padres y le cuento mi plan de las clases de pintura. Alaba mi idea, ya que al igual que yo, piensa que será algo beneficioso para mí, para conocer gente y no estar siempre tan sola. Cuando dan las ocho y me da tiempo a saludar a papá, que milagrosamente ha vuelto a casa por primera vez en mucho tiempo, me marcho para dejarlos disfrutar de esa pequeña salida de enamorados.

En cuanto llega la fecha señalada, aquí estoy. Lunes. Siete menos cuarto de la tarde. Con mi mochila en la espalda, llena de pinceles, tubos de pinturas al óleo, un mandil blanco, y las ganas que tengo de comenzar esta aventura. Me quedo observando la fachada de piedra de la biblioteca, hasta que me decido a dejar de pensar y entrar directamente. Desgraciadamente, Leo se ha tenido que quedar en casa y me ha dejado sola ante el peligro. Pero los exámenes son lo primero, el jueves me acompañará. Espero. Siempre fui bastante tímida para hacer amigos, pero creo que voy mejorando con los años y este será un entrenamiento estupendo para soltarme en la materia aún más.

El olor a libro me vuelve a saludar cuando entro y la auxiliar, que me reconoce, me indica amablemente donde será la clase. Yo le doy las gracias y me encamino hacia la tercera planta, mientras acomodo mi pelo corto para que esté lo menos encrespado posible. Y por puros nervios, para qué mentir.

—¿Vas a la clase de pintura? ¡Espera!

La pregunta me sobresalta de repente y hace que me detenga a mitad de las escaleras, mirando a mi espalda. Una alegre mujer de pelo oscuro y enormes ojos marrones perfilados de un escandaloso azul, sube corriendo con una bala las escaleras hasta que me alcanza y me sonrío tomando aire agitadamente. Para una señora que debe estar en sus cincuenta ya, lo que acabo de ver es increíble.

—Me llamo Francisca —se presenta, jadeando a causa del esfuerzo—. ¡Yo también vengo a pintar!

—Encantada, Francisca, soy Lara —digo un poco cortada ante tanta efusividad.

—¡Qué mona eres! Pareces muy jovencita, ¿cuántos años tienes? ¿Eres de aquí?...

Y así respondiendo a sus preguntas como si de un interrogatorio se tratase, vamos recorriendo los anchos pasillos de parquet y de pintura blanca, decorados con bonitas macetas y cuadros relajantes. Hasta yo me atrevo a preguntarle cosas también a ella, que las responde encantada por mi interés. Desde luego Francisca es una mujer... interesante y peculiar. Sí, podríamos describirla así.

La sala de usos múltiples es una amplia habitación, llena de caballetes que ocupan prácticamente todo el espacio. El suelo es también de parquet claro, al igual que el resto de la

biblioteca, y las paredes están pintadas de un cálido color lila, que es bastante agradable. Unas pequeñas ventanas dan a la bulliciosa calle de atrás. En la pared frontal, hay una pizarra blanca, un calendario y varios tabloncillos de corcho que están llenos de fotos de alumnos de años anteriores y frases bonitas que la gente va dejando para decorar y subir el ánimo a los más pesimistas. Tendré que fijarme en ese tabloncillo a menudo. Un reloj también preside la pared y nos informa que son ya casi las siete. El resto de la habitación son unos percheros, y unos grandes armarios detrás donde me imagino que guardan el material y los lienzos. También hay un equipo de música y una pequeña puerta que imagino será el almacén.

Como comienza a llegar más gente, elijo uno de los caballetes cerca de la ventana y del escritorio del profesor y me siento en el taburete de madera mientras acomodo mi mochila en el suelo y comienzo a sacar mis útiles. Francisca no tarda en venir corriendo y colocarse a mi lado.

—¡Qué emocionante! Es como volver a mis tiempos de adolescencia. —Da palmaditas de la emoción.

—Yo también estoy muy ilusionada —le sonrío—, he puesto muchas esperanzas en esto. Espero no decepcionarme.

—Suenas como una abuela de noventa años que ha perdido el encanto por la vida, chica.

—Pues sí, mi vida no se diferencia mucho de la de una mujer así.

—Pues quítate ese pesimismo, o te doy con el caballete ¡y te hago un chichón en la cabeza más grande que un huevo! Y no estarás muy guapa con él, te lo aseguro.

No puedo evitar reír. Quizá después de todo encontrarme con Francisca aquí es lo mejor que me podría haber pasado. Unas risas y gente positiva cerca nunca vienen mal.

La gente termina de llegar y todas esperamos pacientemente a nuestro profesor. Yo me dedico a matar el tiempo charlando con Francisca y poniendo una cantidad considerable de pintura en mi paleta apretando estos botes que parecen estar rellenos de pasta de dientes. Estoy muy concentrada en ambas cosas, hasta que lo veo entrar.

—Hola, buenas tardes —dice él con una voz agradable mientras camina y deja sus cosas sobre el escritorio.

Me quedo embobada no pudiéndome creer lo que ven mis ojos. Francisca me pega un codazo y es como si me trajese de vuelta a la realidad.

—¡Cuidado con la pintura! —exclama señalándome la paleta de madera.

Yo le echo un ojo y veo que he desparramado medio tubo de pintura roja en él y comienza a sobresalir por los bordes amenazando la blancura de mi bata.

—¡Aish! —exclamo molesta mientras suelto la paleta y el tubo, y me limpio las manos con un trapo.

—¿Qué pasa? ¿Te ha gustado el profe? —pregunta con picardía.

Yo río nerviosamente para quitarle hierro al asunto.

—Me he despistado un poco —me excuso sonriendo.

Ella asiente entrecerrando los ojos, cosa que me hace pensar que no se lo ha creído del todo. El

“profe” comienza a saludarnos a todos, no somos más de diez personas.

—¿Hace frío fuera, verdad? —Típica conversación para romper el hielo, pero a la que todos responden como si fuesen niños de parvulario—. Aquí al menos estaremos calentitos —dice con una sonrisa.

Estoy tan nerviosa que no sé a dónde mirar, así que comienzo a dejar que mi mirada navegue por la sala mientras lo sigo escuchando hablar.

—Bienvenidos a este pequeño curso de pintura, espero que todos pasemos un año maravilloso aquí y que todo esto nos ayude a sacar aquellos sentimientos ocultos que no nos atrevemos a expresar, y que ahora sí tendremos oportunidad de hacerlo mediante esta actividad. Todos tenemos un pequeño artista dentro, así que ¿estáis preparados para sacarlo?

—¡Sí! —contesta Francisca con tanta efusividad que hasta me asusta y hace que la mire. Los ojos le brillan de emoción y sostiene su pincel pidiendo comenzar ya la clase. No puedo evitar sonreír.

Él también se ríe y luego fija su mirada en mí, lo que provoca que automáticamente mi diversión desaparezca.

—¿Estáis preparados para descubrir qué hay en vuestro interior? —Sus ojos atraviesan los míos y yo trago saliva mientras lo miro con algo de espanto.

¿Se acordará de mí? Quizá sí, y por eso ahora me odia y seguramente planea una venganza horrorosa contra mi persona. Asiento lentamente y él vuelve a sonreír cuando mira al resto de alumnos que como buenos estudiantes responden con un “sí” al unísono.

—¡Estupendo! Entonces comenzaremos a presentarnos y tras eso, iremos al grano y empuñaremos nuestros pinceles.

Todo el mundo se emociona mientras van sacando sus útiles y él se coloca también una bata blanca como nosotros para proteger su ropa.

—Ah se me olvidaba, mi nombre es... *“Jojo”*.

—... Jorge, encantado de conoceros. —Sonríe.

El chico del que tanto nos reíamos en el instituto. El chico que me asustó. Reencontrarnos de esta manera tenía que ser una broma del destino. O quizá una buena lección. La conversación del otro día con mis amigas en El Jardín vuelve a mi mente. Ahora creo más que nunca en ese refrán de “mienta al diablo...”,

Él comienza a enseñarnos algunas técnicas básicas para pintar con la brocha y todos hacemos caso a sus consejos practicándolos en nuestros lienzos. Cuando ya estamos más familiarizados con esta nueva herramienta, nos deja que dibujemos cualquier cosa que queramos sobre él. Así que yo me dispongo a hacer un bonito ramo de flores, cosa que siempre me gustó dibujar. De vez en cuando echo un vistazo a Francisca que está muy concentrada dibujando una especie de muñeco de nieve con cara de pocos amigos.

Sonríe y me centro en seguir con el mío, como tengo bastante pintura roja desparramada que no quiero desperdiciar, decido que el ramo será de rosas y comienzo a dar pinceladas inseguras

mientras regulo mi respiración y me relajo. Pintar siempre ha sido un calmante natural para mí, así como el escribir. Estoy tan concentrada en mi intento de obra de arte, que ni me doy cuenta de que la cara de *Jojo* está al lado de mi lienzo, agachado, clavando esos enormes y algo tristes ojos verdosos en mí de nuevo. Mi mano se mueve inconscientemente y mancho el lienzo de rojo intenso con un brochazo.

—No quería asustarte, estabas tan concentrada, que ni me has escuchado cuando te hablaba.

Intento parecer simpática, nunca antes le he dirigido la palabra a *Jojo* en toda mi vida así que prefiero causar buena impresión, porque a saber lo que piensa de mí, la chica de los gritos.

—Lo, lo siento —respondo con nerviosismo mientras me coloco más erguida en mi taburete y él también se endereza—. Estaba pintando —gesticulo hacia el cuadro riendo con nerviosismo. Odiaba cuando hacía eso. Él no puede evitar dejar escapar una risa.

—¿Pintando en una clase de pintura? —Frunce el ceño como si hubiese hecho algo mal y me despista.

En otra ocasión seguramente le hubiese respondido con algo elocuente, pero estaba tan en shock por este primer contacto con él, que parecía que me había comido la lengua el gato.

—¡Es broma! —Vuelve a reír ante mi actitud de niña de cuatro años asustada—. Es muy bonito tu dibujo, ¿son rosas?

No sabía que tenía tan buen sentido del humor.

—Sí. —Vuelvo a dirigir el pincel al lienzo y pinto unos cuantos detalles más, intentando relajarme y ser yo misma—. Me encantan las flores, pero siempre he dibujado a carboncillo. Es mi primera vez con la pintura al óleo, espero que no acabe en desastre.

Le muestro un intento de sonrisa y él me devuelve otra. Por lo visto *Jojo* es el hombre sonrisas.

—Para ser la primera vez te está quedando genial. Sigue así.

—Gracias *Jo*... —logro detenerme a tiempo antes de soltar su famoso mote — Jorge.

Entonces él continúa su rutina paseándose y charlando con los demás, mientras yo me quedo peleándome con los pétalos de la rosa, temblando por dentro y pensando que esto quizá hubiese sido más divertido si Leo me hubiese acompañado. Aun así me las ingenio para mirarlo de vez en cuando de reojo.

Jorge parece haber cambiado bastante, su cara es mucho más adulta libre del acné juvenil, su pelo es mucho más corto, casi rapado, pero sus ojos siguen siendo igual de inquietantes que antes coronados por unas espesas y masculinas cejas oscuras. Y eso que solo los miré una vez hace ya más de diez años. Resoplo y dejo de mirarlo.

¡Qué mala suerte haberlo encontrado aquí! ¿Es que no había más profesores en toda Villazul?

—¡Lara, qué bonitas! —exclama Francisca admirando mi obra—. ¿Qué te parece mi muñeco?

Lo único que me salía decirle es que su muñeco podría ser el protagonista de las pesadillas de cualquier niño, pero con una sonrisa amable le digo que no está mal y que poco a poco mejorará. Ella se alegra de escuchar eso y se afana en continuar con su quehacer.

Y yo, yo tengo ganas de que acabe la clase para salir pitando de aquí y escapar de la mirada de

Jorge.

## Capítulo 5

—¡Ábreme, te tengo una noticia que no te vas a creer! —exclamo sobre la superficie metálica.

La casa de Paula no está muy lejos de la biblioteca municipal, así que en cuanto dan las nueve y puedo escapar de *Jojo* y su seguramente falsa amabilidad, echo a correr a su casa. Su voz suena desgana por el porterillo.

—¿No me lo puedes contar otro día?

—No te interesa nada de lo que te cuente, ¿verdad? —digo algo molesta porque se quiera deshacer de mí.

—No es eso, es que son las nueve y media de la noche y estamos en mitad de la cena y no creas que es una tarea fácil con esta cosa en la boca. Me van a dar las doce comiendo.

—Está bien, solo escúchame y deja de hablar de tu aparato. El profesor de pintura... no te lo vas a creer...—tomo aire— ¡es *Jojo*!

Escucho como cuelga, y de repente se enciende una luz en el interior del portal. Está bajando. Pronto aparece y me abre la puerta para que pase dentro.

—*Jojo*, ¿ese *Jojo*? —pregunta incrédula, mientras traga la comida que aún tiene en la boca.

—Sí, ¡ese *Jojo*! No me lo podía creer, en serio, ¿no había más profesores disponibles en todo el pueblo?

—Menuda coincidencia. —Sigue tragando—. Pero no te preocupes, no creo que se acuerde de ti, ni de mí, ni de nosotras en general. Bueno, de Carla...

—Da igual que se acuerde o no —la interrumpo—. ¿Cómo le voy a mirar a la cara? Me he pasado media vida riéndome de él sin ni siquiera conocerlo. Y encima me trata bien, o eso parece. Me siento un monstruo horrible ahora mismo.

—Lara, deja el drama. —Ella pone los ojos en blanco—. Y no te preocupes, de todas formas nunca hemos sido sus amigas, ni siquiera hemos tenido relación alguna con él, así que déjalo pasar. Solo nos reíamos de una anécdota que nos pasó. Es lo que hace todo el mundo.

Asiento. Sí. Eso haría. Dejarlo pasar. No pensar en el daño que le pude causar. Conocerlo como si fuese la primera vez que lo veo. Sí. Todo irá genial.

Así, con ese mantra, me voy derechita al piso, donde ceno junto a Leo y le cuento un poco sobre la clase. Él aplaude emocionado y confiesa que está deseando unirse a nuestro grupo.

No sé por qué me da que Francisca y él se llevarán a las mil maravillas.

*“Gracias por enviar su manuscrito, tras analizarlo, hemos decidido rechazarlo. Un saludo”.*

*Tomás De la Rosa*

*Responsable del departamento de edición.*

Siento que mi corazón se parte otro poquito mientras leo las pequeñas letras negras que me muestra mi bandeja del correo. ¿Cómo pueden unas diminutas y digitales palabrejas doler tanto? He perdido ya la cuenta de cuántas editoriales me han dicho lo mismo. Esta vez tenía bastante fe, pero al parecer sigue sin ser mi momento. Suspiro, cerrando el correo y centrándome de nuevo en la página en blanco de Word, hambrienta de palabras que le den vida. Pero ahí está de nuevo, este maldito bloqueo que no me deja escribir nada y el rechazo que acabo de recibir con mi anterior y primera novela, tampoco me ayuda demasiado ni me anima a seguir con esto, así que resignada, cierro el ordenador portátil de un golpe, enrabiada. Hoy nada me sale bien.

Me levanto indignada conmigo misma y voy a visitar a Leo a su cuarto.

—Necesito estar con alguien, ese libro me va a volver loca.

En cuanto entro en su habitación intento que mis ojos se acostumbren a la oscuridad y al brillo de sus tres enormes monitores. Me tumbo en su cama bocarriba mientras observo cómo trabaja con un puntero sobre una especie de tableta y su dibujo se traspasa mágicamente a una de las pantallas. El mundo de la animación debe ser apasionante, porque está totalmente sumido en su tarea.

—Te vas a quedar ciego si trabajas a oscuras. —Él sigue ensimismado, con esta luz tenue realmente parece un modelo sacado de la mejor revista de moda. Sus ojos azules brillan como los de un gato.

—Me gusta la oscuridad —confiesa con una sonrisa—, me concentro mejor. Deberías probarlo, ya que imagino que vuelves a estar con tu bloqueo y por eso acudes a mí. —Suelta el puntero y me mira. Girándose con su silla en mi dirección. Me recuerda a un ejecutivo.

—¡Me asusta lo mucho que me conoces! —Me siento en la cama y quedamos a un metro de distancia—. No sé qué me pasa... ¿He perdido la poca capacidad de escribir que me quedaba? Llevo más de siete meses y solo he logrado escribir veinte míseras páginas.

—Creo que necesitas seriamente a un muso.

Río ante su comentario.

—¿De dónde sacarías un muso? El único contacto que tengo en mi vida con el sexo masculino es con mi padre, mi hermano, contigo y Raúl. Es deprimente.

Ambos nos echamos a reír. Él toma unos libros que tiene sobre la mesa y me los muestra.

—Quizá es porque no sabes dónde buscar. Yo por ejemplo me he regalado mucho la vista comprando estos hermosos libros de... —lee la cubierta seguramente por primera vez con fingido interés—... diseño y modelado 3D. —Alza una ceja y me muestra una mirada pícar—.

Y el dependiente estaba muy bueno. De verdad. Era alto, con unos ojos oscuros, un tatuaje en la muñeca y una barba muy guay.

—Te estás yendo por las ramas —le advierto. Pero me hace sonreír con sus comentarios—. Jo, me lo he perdido.

—Algún día tendremos que pasarnos por allí. —Sonríe—. En busca de nuevos libros, claro está. Ningún otro interés.

Volvemos a reír.

—¡Qué suerte tienes! En cambio yo, me reencuentro con un chico del instituto, que no es grato precisamente.

—¿Qué me he perdido? —Sus ojos me reclaman que le cuente la historia, pero ya. Con pelos y señales. Y yo estoy deseando hablarlo con alguien después del rechazo de Paula. Esa Paula...

—La cosa es que había un chico en el instituto, le solían llamar *Jojo* de Jorge —comienzo creando expectación.

—Ajá, un chico... —Su sonrisilla se vuelve a asomar.

—No es lo que piensas, Leo, de hecho la historia es mucho más fea de lo que te estás imaginando.

—¿Y qué pasó con ese chico entonces? —Se acomoda en su mullida silla de ordenador.

—La cosa es que... ¿cómo te lo digo? —Lo miro y me cuesta decir las palabras correctas—. Digamos que tuvimos un primer encuentro no muy grato y accidentado. Desde aquel día lo bautizamos con un mote y cada vez que lo veíamos por la calle, nos daba la risa de recordar aquello. Mis amigas se partían, y parecía que nos estábamos riendo de él...

—¿Y tú también te reías? —me pregunta alzando una ceja, sabiendo ya de antemano la respuesta a esa pregunta.

—Odio decirte que sí. Sé que en realidad no estábamos haciendo nada malo, pero él se nos quedaba mirando como si quisiese arrastrarnos de los pelos y... ahora me siento mal.

—¡Qué exagerada! —Ríe Leo—. Por dios no te tortures por algo que hacemos absolutamente todos los humanos, reírse de los demás es el deporte más practicado a nivel mundial. Olvídalo.

—Me gustaría hacerlo, pero resulta que él es el profesor del curso de pintura.

Su boca se abre de par en par. Hacía mucho tiempo que no lo veía así de sorprendido.

—¿Él es el profesor? —pregunta aún incrédulo.

—Como lo oyes —respondo confirmándole la horrible noticia.

—Lo que no te pase a ti no le pasa a nadie. —Se echa a reír.

Yo intento reír con él para quitarle hierro al asunto y acabamos pareciendo dos locos borrachos en vez de personas adultas y cuerdas.

—Menudo marrón —suelta él, secándose las lágrimas de los ojos.

—Gracias por los ánimos —le reprendo.

—De todas formas, aunque la noticia es... —Leo busca una palabra adecuada para describir esta situación—... impactante, no creo que debas darle mucha importancia. Seguramente él ni se

enteró de eso. ¿Acaso sabía que tú existías en aquel entonces?

—Chico, que directo eres. No. No lo sé. Ni idea, de vista quizá y poco más, nunca tuvimos relación.

—Bueno, quizá sea la oportunidad perfecta para haceros amiguitos. ¿Y si te acaba gustando qué vas a hacer?

—Por dios, ese chico me mira raro, hace años por pocas lo dejo sordo de un grito y ni siquiera somos conocidos, ¿cómo crees que me podría llegar a gustar? Quiero tenerlo lo más lejos posible, me hace sentir incómoda.

—Una cosa sí está clara en todo esto...

—¿Cuál? —pregunto con curiosidad esperando su consejo.

—Que yo no me pierdo la próxima clase ni aunque tuviese diez exámenes al día siguiente. — Se echa a reír de nuevo mientras vuelve a agarrar su punzón y se centra en sus cosas de 3D.

Yo me levanto y le doy un golpecito en la cabeza fingiendo estar molesta y me marchó a mi cuarto de nuevo. Nadie comprendía lo que yo sentía cuando esos extraños ojos de *Jojo* se clavaban en los míos. Y nunca nadie lo haría.

A la mañana siguiente, la música de mi teléfono me despierta de un sueño horrible donde era víctima de un secuestrador y me era imposible correr para escapar de él, eso, sumado al susto de la ruidosa melodía hace que casi me caiga de la cama en un intento de descolgar ese aparato del demonio

¿Quién llamaba a las ocho y media de la mañana?

—¿Sí? —contesto con la voz algo ronca y aún sumida en el sueño.

—Buenos días —contesta una educada voz masculina al otro lado de la línea—, ¿Lara Danot?

Me quedo unos segundos en blanco, preguntándome si ese amable señor no se habrá equivocado de persona al marcar el número. Pero no, con mi peculiar apellido tenía que ser yo a la fuerza.

—Sí, soy yo. —Me siento en la cama intentando espabilarme y descubrir de qué va toda esta llamada.

—Buenos días, mire, le llamo de Ónix. Estamos haciendo un proceso de selección para cubrir un nuevo puesto como becaria administrativa y hemos visto que dejó usted un currículo. ¿Le interesaría pasarse a hacer una entrevista esta tarde a las seis?

Si antes estaba en blanco, ahora estoy a otro nivel. ¿Sigo soñando o esta llamada es real? Me quedo unos cuantos segundos mirando a la nada, y de repente abro los ojos como platos al asimilar lo que está pasando. ¡Oh dios mío! ¡Me están ofreciendo una entrevista! ¡A mí!

Empuño mi teléfono con más fuerza aún contra mi oreja.

—¡Por supuesto! —exclamo efusiva—. En Ónix, a las seis... hoy... —repito la información que el amable extraño me ha facilitado con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estupendo. Entonces nos vemos, tenga buen día, señorita —se despide y a los pocos segundos ya solo se escucha la línea vacía.

Me levanto como si me hubiesen puesto un muelle en el trasero y corro a la habitación de Leo para darle la buena noticia. Desgraciadamente, cuando abro la puerta, él ya se ha marchado a clases, pero me encuentro a Raúl deambulando por el pasillo con una taza de café bien humeante. Me da igual que no tengamos confianza alguna, necesito a alguien con quien compartir la noticia. Él se detiene y me observa. Despeinada, con un pijama tres tallas más grande (de mi época de bonanza) y con cara de felicidad. No debo tener muy buen aspecto a sus ojos.

—Raúl. —Me acerco un poco más a él—. Tengo una entrevista de trabajo. Al fin tengo una entrevista, ¿te lo puedes creer? —Río como una loca.

A pesar de su siempre frialdad conmigo, Raúl esboza una pequeña sonrisa mientras me mira.

—Enhorabuena, ojalá tengas suerte.

Le sonrío también, y no puedo evitar lanzarme a sus brazos y darle un abrazo. Él se queda rígido y sorprendido por mi efusividad mientras sigue en la misma postura sujetando la taza de café a mi espalda preocupado por no tirármela encima. El abrazo no dura más de cinco segundos, luego me retiro y le doy las gracias mientras corro a mi cuarto para ver qué ropa me pongo. Si esta oportunidad se ha dado, hay que ir a por todas.

Cuando son las dos de la tarde, la noticia ya la saben absolutamente todos: mis amigas, mi familia, Leo, que me hace una comida especial de celebración con la que los tres disfrutamos de lo lindo y él incluso me regala uno de sus bailes sexys para rematar la fiesta. Rebosamos felicidad y eso me encanta. Pero pronto esa felicidad se ve reemplazada por nervios cuando el reloj marca las cinco de la tarde, y yo me encamino, lo más arreglada y profesional posible, hacia la sede de Ónix, una pequeña empresa local que se dedica a la compra venta de artículos de segunda mano. No es una gran empresa, pero no está mal para empezar en el mundo laboral.

Las piernas me tiemblan tanto que creo que en cualquier momento me van a fallar y le voy a dar un gran e intenso abrazo al suelo. Así que me concentro en mirar al horizonte y no caerme. El sol ya se está poniendo. ¡Odio el horario de invierno!

Paseo por algunas de las tiendas de la calle principal, que están comenzando su jornada laboral de tarde. Algunos dependientes, afanándose en decorar mejor sus escaparates para llamar la atención de clientes deseosos de gastar su dinero en ellos.

Cuando llego a la librería Ziel, me detengo. Es el sitio al que más me gusta venir en Villazul, desgraciadamente ya hacía tiempo que no la visitaba como era debido, a causa de mi escasez de dinero. Su dependiente, un chico alto y de pelo castaño, está muy centrado colocando los nuevos libros que seguramente le acaban de llegar en unos bonitos expositores de madera. Me detengo y los miro llena de añoranza. ¿Son conscientes los autores de la suerte que tienen de estar ahí? Ojalá mis libros algún día también puedan tener un lugar aquí. Suspiro tocando el cristal y mi

mirada se encuentra con mi reflejo intensificado por las decenas de lucecitas de colores que adornan el escaparate. Casi no me reconozco, pues no suelo ir tan arreglada nunca, la falda granate sobresale dándome un aspecto más femenino junto a mi sutil pero bonito maquillaje. Entonces mis ojos se encuentran con los del dependiente.

Y casi al segundo estoy convencida de que se trata del chico del que hablaba Leo anoche. Tiene un aspecto desgarbado, muy delgado, el pelo corto y castaño, una cuidada barba y unos ojos color chocolate que juraría, podían ver a través de mí. Ah, y un curioso tatuaje en forma de cruz en la muñeca. Es mono. Muy mono.

Lo dejo de mirar a los dos segundos, porque sé que seguramente me estará maldiciendo por restregar mis manos sobre el prístino cristal y dejárselo todo lleno de mis huellas dactilares. Agacho la cabeza, y retomo mi camino, con solo un pensamiento en mente.

*“¡Vamos, Lara, tú puedes hacerlo!”.*

## Capítulo 6

Esperamos en una cálida habitación dos candidatos más y yo. La sala está en completo silencio mientras esperamos a que algún responsable salga y nos llame. Parecemos corderitos yendo directamente al matadero, lo único que podemos hacer es mirarnos como estúpidos sin mediar ni una palabra porque está claro que los nervios nos pueden. De algún modo esto es algo incómodo. Somos como el enemigo, los tres luchando por el mismo puesto. Me pregunto si estarán evaluándome, preguntándose si esta chica tendrá más estudios o experiencia que ellos.

El reloj que descansa sobre la pared decorada en papel color crema y con relieves dorados, es lo único que se escucha en la sala junto a nuestras respiraciones. Solo una mesita pequeña con algunas revistas, una planta muy necesitada de agua, y los tres silloncitos donde nos sentamos son nuestros compañeros de fatigas.

La puerta de repente se abre y todos nos sobresaltamos. Un hombre lee de una lista un nombre que no es el mío y uno de mis acompañantes se levanta y lo saluda con un apretón de manos. Él lo hace pasar a la sala, para dar comienzo con la entrevista. Están tan solo quince minutos, pero parece haber pasado horas cuando el hombre vuelve a salir y dice mi nombre. Me levanto colocándome bien la falda y el bolso y lo saludo con una sonrisa.

Él me hace pasar a una sala muy parecida a la anterior, con un escritorio en el centro y un caro ordenador descansando en él. Para mi desgracia compruebo que no estamos solos, ya que otro trabajador ocupa una mesa atascada de papeles y se centra en colocarlos en carpetas con algún tipo de orden. Dejo de mirarlo para no ponerme nerviosa y centro mi atención en el jefe que me mira sonriendo.

*“Relájate, Lara, todo saldrán bien... tiene que salir bien”.*

—Lara Danot, ¿cierto? —pregunta revisando unos cuantos papeles que descansan a su lado. Él los mira con interés, evaluando seguramente mis conocimientos y mi, a priori, valía para el puesto de trabajo.

—¿Es usted de aquí? No es un apellido muy común —pregunta con curiosidad y con ánimo de romper el hielo.

—Sí, lo soy —contesto intentando que no se me quiebre la voz a causa de los nervios—. Es un tanto peculiar, me lo dice mucha gente.

Recuerdo cuando la gente se burlaba de mi apellido y me llamaban Lara “Donut”, cosa que no

era graciosa si pesabas más de noventa kilos. Él asiente, dando por zanjada la breve charla sobre mi apellido.

—Cuénteme un poco más sobre usted. ¿Qué estudios tiene? ¿Dónde ha trabajado? ¿Por qué quiere el puesto?

Él apoya sus codos en la mesa y une las yemas de sus dedos en actitud de seguridad y autoridad, o al menos eso recuerdo de una breve clase sobre lenguaje no verbal. Respiro hondo antes de empezar a hablar. Al hombre de la otra mesa, al parecer, también le interesa mi entrevista.

—Soy licenciada en administración de empresas. No tengo ningún máster, pero tengo un amplio abanico de cursos con los que he podido ampliar mis conocimientos, como varios de contabilidad, uno de gestión, unos cuantos de idiomas...Tengo el certificado C1 en inglés, y el B2 de francés, además estudio varios idiomas más por cuenta propia, ya que me apasionan.

Él asiente, pero no dice nada.

—La única experiencia que tengo son las prácticas de la carrera, de las cuales salí con muy buena nota y sabiendo muchas cosas nuevas. Quiero este puesto porque... —“*¡Porque necesito un maldito trabajo ya y cualquier cosa que me salga es una oportunidad que no me puedo dar el lujo de rechazar!*”—... porque me encantaría comenzar a crecer como profesional, aprender cosas nuevas, trabajar para su empresa será algo muy constructivo para mí, y para ustedes, estoy convencida de ello. Tengo muchas ganas de aprender.

—Muy bien —dice él reclinándose sobre su mullido sillón negro y yo respiro aliviada—. Para el puesto no solo buscamos a un empleado que lleve las cuentas de la empresa, sino también para varias tareas más, ¿has trabajado alguna vez como dependienta? ¿Y cómo relaciones públicas?

—No, nunca lo he hecho.

Puedo ver la decepción en su mirada, así que intento arreglarlo como sea.

—Pero estaría encantada de aprender —repito—. Lo hago muy rápido, no sería un problema.

Él vuelve a asentir y revisa mi currículum de nuevo.

—Tendríamos que formarte desde cero, quizá perderíamos mucho tiempo, ya que nunca has desempeñado funciones como las que pedimos.

Mis nervios se comienzan a transformar en ira. ¿Cómo puede tener tanta cara de exigirme que sepa hacer tres trabajos diferentes por un solo sueldo? La situación está peor de lo que imaginaba, casi comienzo a querer salir corriendo ahora mismo.

—¿Tienes pensado ampliar tus estudios? Un máster, un doctorado...

Creo que decirle que era más pobre que una rata, no me ayudaría demasiado a ser la candidata elegida.

—Sí, me encantaría poder hacerlo pronto —miento.

Él de nuevo quita su cara seria y me vuelve a mostrar una falsa sonrisa.

—Entonces, señorita Lara, eso es todo. Nos pondremos en contacto con usted en unos cinco días para comunicarle si es la elegida. —Me tiende la mano educadamente y yo se la estrecho

algo pesimista en que eso vaya a suceder.

—Muchas gracias —susurro.

Y tras despedirme, salgo como alma que lleva el diablo por la puerta dejando atrás a este hombre, que, más que un empleado busca a un esclavo, y me está costando ocultar la rabia por más tiempo.

—¿Qué tal la entrevista? —me pregunta mi madre emocionada, mientras me tiende una bandeja de canapés.

Tras salir de Ónix con el corazón roto y enfurecida, me vine directamente a casa de mis padres. Hoy es el cumpleaños de papá, así que mamá está organizando una cena con toda la familia. Vendrán los tíos, los primos, mis abuelos. Me alegra tenerlos cerca, pero no tanto el hecho de que sé que me pasaré toda la velada siendo juzgada e interrogada por la mayoría de ellos.

—No ha ido mal, pero no creo que encaje con lo que buscan en esa empresa. —Dejo la bandeja en la mesa de cristal del comedor y puedo escuchar a mi madre refunfuñando disgustada por la mala noticia.

Vuelvo a la cocina a por más cosas que colocar para los futuros comensales.

—Tienes que ponerle más empeño, Lara. Quizá sea porque te ven insegura e inexperta, o sin ganas realmente del puesto de trabajo.

—Mamá, créeme que soy una de las personas de este planeta que más busca desesperadamente un trabajo. Mi vida se resume en repartir currículos, frustrarme porque no logro nada de lo que quiero y llorar en mi habitación. Y soy la primera que ha llegado hoy a esa empresa y se quería comer el mundo, pero para mi desgracia, buscan a un “todo en uno” y yo no tengo experiencia en nada, ese es el gran problema.

Tomo aire e intento mirar hacia otro lado reprimiendo las ganas de llorar ante la impotencia. Mi madre se da cuenta, y pronto me cambia de tema, mirándome intensamente con esos ojos suyos tricolor. Siempre me pregunté cómo era posible tener los ojos azules, grises y verdes todos a la vez dependiendo de cómo la luz se reflejase en ellos.

—Bueno, todavía no te han dado una respuesta, así que no adelantes nada. Quizá haya suerte, nunca se sabe.

No, sí que se sabía. Pero aun así, yo estaba esperanzada de que fuese un sí. Mi padre entonces entra a la cocina dejando su maletín de trabajo y las llaves del coche y nos saluda.

—¡Menudo banquete habéis preparado! —Nos da un beso a ambas y prueba un trozo de queso que descansa bien colocado en un plato.

—¡Oye, que me estropeas la decoración! —se queja mi madre dándole un manotazo juguetón —. ¡Aparta esas manos de mi plato!

Los tres reímos. Suena el timbre de la puerta.

—Oh, ese debe de ser tu hermano. —Mi madre se limpia las manos en su delantal y camina en

saltitos a la puerta.

—Iré a por tu sorpresa —le digo a mi padre, para que se vaya creando expectativas.

Me dirijo a paso ligero hasta la habitación de matrimonio, y abro el armario para ver dónde ha puesto mi madre los regalos de papá. Me extraña ver que no están ahí, ya que ella siempre los pone en el mismo lugar desde que Cristian y yo éramos pequeños. ¡Qué extraño!

Comienzo a buscar por todas partes con rapidez porque puedo escuchar desde aquí que junto a mi hermano, acaban de llegar unos de mis tíos. La mesita de mamá parece no tener nada dentro, la cómoda tampoco, solo me queda mirar la de papá, pero esconderlo ahí hubiese sido demasiado obvio. De todas formas abro el primer cajón, no puedo descartar opciones. Rebusco un poco por todo el mueblecito, relojes, calcetines, ropa interior, pilas, una entrada de cine de hace seis meses ¿Qué hace esto aquí? Río por lo bajito mientras vuelvo a colocar todo en su sitio. Pero antes de cerrar, un objeto femenino llama mi atención.

Lo saco cuidadosamente del fondo del tercer cajón y lo observo bajo la lámpara. Es un bonito pañuelo negro con rosas bordadas en hilo rojo y verde. Obviamente no es de él, y tampoco se lo he visto a mi madre puesto. Me lo acerco a la nariz y un fuerte aroma a rosas me inunda. Tiemblo al comprobar que es de una mujer. Una mujer que no es mi madre.

Me quedo inmóvil durante unos segundos sin saber qué hacer, pero las voces alegres que provienen del comedor me devuelven a la realidad, aún con el corazón desbocado. No, no puede ser lo que estoy pensando. Seguro, seguro que tiene otra explicación. Sí, debe tenerla.

Vuelvo a dejar el pañuelo tal y como lo encontré y encuentro los regalos debajo de la cama. ¿A quién se le ocurre meterlos aquí? Seguramente mi madre pensaba que sería el lugar más seguro y eso me hace poner los ojos en blanco y volver a la fiesta con los demás.

Mi padre queda encantado con sus presentes y nos da un fuerte abrazo. Todos están maravillados con la bonita velada y reunión familiar; ríen, comen, hablan a voces, pero yo me siento aislada. El pañuelo no me ha dejado indiferente, y el hecho de que el protagonista de la noche es mi hermano, me está comenzando a cansar. Alguien dijo que las comparaciones son odiosas... pues llevaba mucha razón. Cristian se dedica a contar a todos su fabulosa nueva vida en Barcelona, trabajando como abogado en una de las mejores firmas del país. Es lo que tiene ser superdotado.

—¡Es increíble, Cristian! —exclama una de mis tías. De hecho la que menos tiene derecho a hablar, casi estoy tentada a dejar de llamarla Julia, para llamarla *Pinocha* de lo falsa y mentirosa que es, gracias a Dios es familia política. No sé cómo mi tío la soporta—. ¡Con tan solo veintiún años y ya eres todo un profesional!

Aprecio que mi hermano se recrea con sus palabras y esboza una sonrisa, aunque ella tampoco fue santo de su devoción nunca. Su pelo negro, al igual que el mío, está bien peinado en un masculino tupé hacia arriba, y una incipiente barba asoma en su piel. Aún no me puedo creer lo mucho que ha crecido. Supongo que ya no es mi *crístianito*.

—Ha sido suerte, eso es todo. —Sonríe y se centra en comerse un canapé bajo las miradas de

orgullo de toda la familia. Yo bebo un trago de mi refresco, que se empeña en no bajar bien por mi esófago. Mi estómago parece también haberse cerrado en banda.

—Por supuesto que eso influye —continúa *Pinocha*—. Pero también hace falta ser vivaz, moverse por los sitios adecuados, y no pasarse el día en casa, esperando que el trabajo caiga del cielo.

No tengo que ser muy lista para saber que esa indirecta tan directa es para mí. Paladeo el líquido burbujeante en mi boca, tentada de escupírselo y sacarla de la casa cogida por el pelo. Pero no, como siempre me controlo. Lo trago lentamente.

—Quizá algunos no tengan el enchufe que tienen otros y estén en su puesto solo porque un padrino los ha puesto ahí —contraataca con una sonrisa. Se nota que se da por aludida, recientemente entró a trabajar en un banco. Ella, en un banco, cuando no tiene ni los estudios básicos. Sobra mencionar que el jefe es su amigo. Ella baja la mirada y se afana en comer y en cerrar la boca de una vez. Todos lo celebramos.

El resto de la noche intento estar feliz por mi padre, mientras voy esquivando incesantes preguntas sobre cómo me va la vida, si tengo pareja, si aún no encuentro trabajo, y les falta preguntarme si no he ido hoy al servicio a hacer mis necesidades. Contesto con la mayor amabilidad que puedo, pero últimamente las reuniones familiares parecen más interrogatorios que fiestas, así que me empiezo a cansar de ello y de sus miradas de lástima.

Como si yo fuese una pobre alma que no encuentra su lugar en el mundo y nunca lo encontrará. Como veo que la bandeja de canapés está a punto de acabarse, la cojo y escapo a la cocina con la excusa de rellenarla. Allí, coloco los pequeños y duros trocitos de pan muy lentamente sobre ella, aguantándome las ganas de llorar, sumida en mis cavilaciones y feliz de estar sola.

—Siempre huyes cuando no puedes controlar tus sentimientos. Lo hacías desde que éramos pequeños.

Dejo de poner canapés y me giro para mirar a mi hermano a la cara. Él se acerca, me abraza, y yo tengo que hacer esfuerzos titánicos para no llorar. Le devuelvo el abrazo con ganas, feliz de que mi hermano esté de vuelta. Solo ha estado fuera seis meses, pero se me han hecho eternos. Siempre ha sido mi mayor pilar.

—Estoy muy feliz de que estés aquí, *Cristianito* —le susurro en la oreja.

Él deshace el abrazo tras unos segundos y envuelve sus manos en mi pelo ondulado colocándomelo bien.

—Pues tu cara no lo refleja —me dice bromeando, secando algunas de las lágrimas que se han escapado—. Sé por lo que estás pasando y odio estar ahí siendo el centro de atención, cuando tú tienes muchísimas cosas maravillosas que alabar.

—Te lo mereces, te mereces que te alaben, has trabajado muy duro para estar en donde estás. —Le sonrío con sinceridad.

—Tú momento también llegará —me alienta—. De verdad. Solo tienes que seguir luchando.

Asiento, esperando realmente que así fuese, esperando que algún día ellos me miren como

miran a mi hermano. Llenos de orgullo.

—¿Te quedarás mucho tiempo? Puedes venirte a mi piso si quieres, a Raúl y a Leo le hará ilusión conocerte. Me obligaron a enseñarles una foto y dicen que eres muy atractivo. Leo hasta me pidió tu número.

Él ríe.

—Me quedo hasta el domingo, a mamá le hace ilusión que me quede con ellos aquí en casa.

Asiento.

—Pero me pasaré a conocer a tus compañeros de piso si tengo un hueco. —Me sonrío—. Aunque lo veo bastante difícil.

—Sería genial. ¿Te tratan muy mal los catalanes? No sé... ¿te obligan a comer calçots, a escuchar a Serrat y a bailar la sardana? —le digo de broma mientras vuelvo a tomar la bandeja, ahora llena de canapés de nuevo.

Él ríe.

—Oh sí, me torturan cada día, pero me estoy acostumbrando —contesta siguiendo con la broma—. No, en serio, es bastante duro, pero me gusta mi trabajo y la gente es muy amable, así que sí, estoy muy contento.

—Estoy orgullosa de ti. —Sonrío y él me sonrío de vuelta—. Deberíamos regresar antes de que alguien venga a buscarnos —sugiero.

—Cierto, agarro una copa de vino para la tía Catia y voy para allá.

Asiento encaminándome hacia la puerta con cuidado de que la pesada y gran bandeja no se me caiga. Pero antes de marcharme me giro hacia Cristian una vez más.

—Cristian.

Él me mira.

—¿Sabes si mamá tiene algún pañuelo negro con rosas bordadas?

Se extraña ante mi pregunta. Hay que reconocer que algo rara y fuera de contexto sí que suena.

—Um...—Él intenta hacer memoria—. No, no recuerdo haberla visto nunca con uno así.

La bandeja tiembla entre mis manos.

—¿Y a la abuela? —pregunto de nuevo. Tenía que barajar todas las opciones, ya que perfectamente podía ser un recuerdo de nuestra abuela Gracia, la madre de nuestra madre, que falleció hace un año.

—No, tampoco me suena... ¿por qué? —me pregunta mientras llena la copa de vino, la vuelve a tomar y se encamina hacia mi posición.

—No es nada, me dio curiosidad —me excuso—. Vamos.

Ambos regresamos al comedor y en un ambiente ya más relajado y sin preguntas incómodas disfrutamos del resto de la velada. Cuando ayudo a recoger las cosas en casa, mi padre me acerca con el coche a mi piso. Estoy tentada de preguntarle sobre el pañuelo, pero estoy tan cansada y me da tanto miedo la respuesta, que no me atrevo a abrir la boca. Le vuelvo a desear un feliz cumpleaños y tras besarle en la mejilla, me marcho.

Cuando entro al hall del piso un aroma a kebab y patatas fritas flota en el ambiente. Alguien ha celebrado una noche de comida rápida árabe y lo peor es que no me han esperado. Me quito los zapatos de tacón para no hacer ruido mientras camino hasta mi cuarto. Bueno, mejor así, lo único que me faltaba ahora mismo era volver a lidiar con todos los odiosos kilos de más de mi pasado y mi baja autoestima, que me empeño en ocultar.

Cuando me meto en la cama, al fin puedo relajarme. No tardo mucho en sumirme en un profundo sueño mientras espero que suene el teléfono con la llamada que podría traer luz a mi vida.

## Capítulo 7

—Lara, me estás poniendo de los nervios, ¿quieres dejar de abrir y cerrar ese bendito bolígrafo? —me suplica Leo mientras caminamos hasta la biblioteca con nuestras mochilas llenas de útiles de pintura.

—Estoy atacada, Leo —digo sin dejar de presionar ese pequeño botoncito que me ayuda a calmarme tanto *punta fuera, punta dentro, punta fuera...* —En serio creo que me va a dar un infarto.

Él agarra con nerviosismo el bolígrafo y me lo arrebató, guardándolo apresurado en la zona más vergonzosa de sus pantalones. Lo miro boquiabierto, como una niña a la que le acaban de arrebató su dulce preferido.

—Anda, recupéralo... si puedes —me tienta, orgulloso de su hazaña.

—¿Crees que no sería capaz de meterte la mano en los calzoncillos? —pregunto confiada.

—Una señorita refinada y de buen gusto como tú —remarca con pomposidad—, no se atrevería a hurgar en la entrepierna de un chico inocente como yo en plena calle.

Sin mediar ninguna palabra más nos quedamos mirándonos durante unos desafiantes segundos. “*Oh Leo, que poco me conoces si dices eso*”.

Me lanzo como una fiera a abrir su cinturón, su cremallera, o lo primero que se interponga entre mis dedos y mi tranquilizante vicio. Él se sorprende tanto que al principio apenas puede reaccionar, pero luego cuando lo arrincono contra la fachada de la biblioteca y estoy a punto de alcanzar mi premio, él lucha conmigo y me separa de un empujón.

—De verdad, Lara, nunca dejarás de sorprenderme —dice incrédulo por lo que acabo de hacer. Se coloca bien el pelo, a causa de nuestro forcejeo algunos mechones se han escapado de su tupé.

Ambos sentimos que una figura nos observa desde la entrada. El alma se me cae a los pies cuando mis ojos se cruzan con los de *Jojo*. ¡Esto no puede estar pasando!

—Dime que no nos ha visto haciendo lo que estábamos haciendo —le murmuro a Leo sin dejar de mirar a Jorge, que de repente parece salir de su sorpresa y nos saluda con la mano.

—Te veré dentro —me dice y luego entra en el edificio.

—A no ser que sea ciego, cosa que me extraña porque te acaba de saludar... —Se lleva un dedo a la boca haciendo como que piensa... no, la opción que no te haya visto meterme mano no es barajable.

Leo me dedica la mejor de sus sonrisas. En forma de venganza por hacerlo pasar por eso en medio de la calle.

—Genial —digo molesta—. Lo que me faltaba para quedar aún peor. Primero una crítica y ahora una...

—Pulpa, manos largas, aprovechada. —Leo acaba la frase por mí, sugiriéndome unas buenas palabras que reflejen lo que acabo de hacer.

—Vaya, gracias, Cervantes —le contesto sarcásticamente mientras me recoloco mi mochila—. Entremos. Y el bolígrafo lo quiero esta noche en mi escritorio.

Echo a andar hacia la entrada y él me sigue sin decir una palabra aguantándose una sonrisa victoriosa. Las puertas de cristal se abren cuando el sensor nos detecta, pero antes de entrar me giro hacia él de nuevo.

—Y lo quiero bien limpio y desinfectado.

Él echa a reír y me da un empujón amistoso para que entremos.

Todos pintamos en silencio con una música de relajación de fondo. Leo se ha adaptado más rápido de lo que imaginaba, en cinco minutos ya era amigo de *Jojo*, de Francisca, de la mitad de la clase y hasta de la planta que adornaba la esquina de la habitación. Siempre he envidiado su habilidad para hacer amigos. Es casi sobrehumana.

Debería darme unas clases.

Me centro en perfeccionar el ramo de rosas que comencé el otro día, dejando que el pincel de toquecitos donde son requeridos, aportándoles vida y color a estas bonitas flores. Me yergo y me alejo un poco para comprobar que está quedando bien. Sí... no está nada mal. Alzo la mirada para ver qué hacen los demás, y sorprendo a *Jojo* mirándome fijamente con una expresión que me es imposible descifrar.

Otra vez.

Mis sentidos se ponen a alerta en seguida y el pincel se me cae al suelo, que con un golpe seco, saca a todos de su concentración y buscan la fuente de ese ruido mirando a los lados y murmurando. Él no me deja de mirar, así que soy yo la que abandona ese cruce de miradas primero, incómoda, e intento recuperar mi pincel. Mientras me agacho y lo vuelvo a coger refunfuño y me quejo para mis adentros.

¿Por qué, por qué me he tenido que reencontrar con él? Me lo repito cada día, y a pesar de ello, en cada clase lo tengo a escasos metros de mí, acusándome con esa mirada. Tomo un poco de papel e intento limpiar los manchurroneos rojos que ha dejado la pintura sobre el fino parqué blanco. No se quita. Una mano de repente sujeta la mía y me detiene.

Alzo la vista para ver a *Jojo* ahí a mi lado. Ahora me sonrío. Y yo tengo que recordarme cómo respirar.

—No te preocupes por esto —me dice señalando mi desastre carmesí—. Sigue pintando, yo lo

limpiaré.

—Va-vale... —tartamudeo—. Gracias.

Se marcha de la habitación. A los cinco minutos regresa con un bote de un producto desconocido y un trapo viejo. Se agacha para acceder mejor a la mancha y empieza a pelear con ella. Yo lo observo como hipnotizada mientras mi olfato se ve inundado de olor a producto químico.

—Disculpad el olor, Lara ha tenido un pequeño desliz por aquí —comunica él al resto de los alumnos, haciéndome lucir como la más torpe. Luego abre la ventana y sigue limpiando, el rojo poco a poco se va desvaneciendo.

—Tus flores van mejorando mucho —me dice sin mirarme.

Eso me sobresalta, ya que creía que no se daba cuenta de que lo observaba totalmente desconcertada por su amable actitud.

*“Lara, tranquila, trátalo como tratarías a cualquier recién conocido. Él no te conoce, todo va a estar bien”.*

—Gracias —contesto en un susurro casi inaudible—. Tengo un pulso horrible, siento lo del pincel.

—Podría pasarle a cualquiera, no te preocupes —repite centrándose en su tarea y la mancha poco a poco va desapareciendo.

Por mucho que intentaba esforzarme en crear una conversación con él, me resultaba imposible. Yo, que hablo hasta con los percheros y no me callan ni debajo de agua. Quién diría que tan solo años antes era la persona más tímida de este planeta tierra. Pero con él, con *Jojo*, se creaba un ambiente extraño. Es como si la tensión se pudiese cortar con un cuchillo, un cuchillo que él gustosamente me clavaría si se enterase de las cosas que solíamos decir de él y nuestro incidente.

Suspiro levemente quitándome la imagen de mi brutal asesinato en la mente y de *Jojo* limpiando mi sangre en este parqué. Me centro de nuevo en el cuadro pensando en los retoques que necesita.

Noto que Leo nos observa fijamente a cuatro caballetes de distancia donde le está echando el ojo a la pintura de una compañera, pero está más atento a nuestro incómodo encuentro que al cuadro que finge escudriñar.

—Si quieres puedo seguir limpiándolo yo —me ofrezco sintiéndome culpable de que él tenga que estar arrodillado limpiando mi estropicio.

—No es molestia, no te preocupes. —Me mira—. Sigue pintando tranquila. Termina tu cuadro.

Sonríó algo forzada y desvíó la mirada a mi paleta sobrevolando el pincel encima del próximo color que quiero usar. Él parece que nota mi incomodidad, por lo que en cuanto la mancha sale, recoge los productos y el trapo, que ahora está teñido de rojo, y se dirige hacia otra alumna.

Lo miro mientras se aleja y noto que Leo me sigue observando y me alza las cejas con una sonrisita que me vaticina, que vamos a hablar de esto en cuando salgamos por la puerta. Y cierto es. En cuando la clase se acaba, él y yo decidimos sentarnos en un bar a tomar algo. Rodeados

del bullicio de gente que grita a una televisión donde juegan un importante partido de fútbol. Como si el árbitro los fuese a escuchar.

Bebo de mi tónica y lo miro esperando que me lance sus dardos.

—Te come con la mirada —dice Leo dejando su cerveza en la mesa inclinándose hacia mí y sonriendo de forma pícara.

—Claro que me come. ¡Me odia! Lo raro es que no me haya partido un caballete en la espalda a estas alturas.

—No, chica, me refiero a que le atraes —alza una ceja y se tapa un poco la boca con la mano para susurrar— sexualmente hablando.

Estoy tan tentada a escupir la tónica que al final acabo tragándomela bruscamente. Las burbujas me queman en la garganta y mi boca se siente amarga y dulce a la vez.

—Leo, has bebido demasiadas cervezas.

—Nunca son suficientes para mí, y recuerda que tengo la capacidad de beber más cervezas que un toro y permanecer tan sobrio como lo haría una monja. Y sí, ese tío te quiere devorar, por mucho que no lo veas.

—¿En qué dimensión él se sentiría atraído hacia mí? —pregunto incrédula—. Nos conoce, le sonaba mi cara, seguro que sabe perfectamente que le llamábamos *chico susto* y nos partíamos de risa. Y es normal que ahora sus ojos brillen por tenerme delante y aguantarse las ganas de no retorcerme el pescuezo como a una pobre gallina. ¡Oh, créeme que no hay nada sexual entre él y yo!

—Él es el Lobo, y tú querida amiga, eres caperucita. Ya me contarás qué haces cuando él intente entrar a tu cabaña... arañando las paredes de tu corazón.

Aguanto la risa y le arrebató la cerveza de las manos.

—Deja ya de beber, se te va la pinza, en serio. Mejor cuéntame si te ha gustado la clase —quiero cambiar de conversación lo antes posible.

Él pone cara de fastidio.

—Sí, ha estado bastante bien, tengo pintura, gente divertida, y una telenovela en directo, no podría pedir nada más.

—¡Y dale! —refunfuño—. Mejor pregúntate, en qué dimensión me llegaría a mí a gustar él. Me da pánico, me incomoda y además no es precisamente mi tipo, sin ánimo de ofender.

Él está a punto de responderme con alguna cosa ingeniosa como hace siempre cuando su mirada se pierde detrás de mí y se queda fija en algo o en alguien mientras borra su sonrisa.

—¿Oye, ese no es tu padre?

Sigo su dirección y confirmo que sí, que se trata de mi padre. Está sentado en la barra, conversando con el camarero y con la compañía de una mujer que seguramente estará en sus cincuentas, y que no es mi madre. El pañuelo que encontré en su mesita de noche vuelve a mi mente y me siento sofocada de nuevo. Angustiada. ¿Qué debo hacer?

Miro de nuevo a Leo y le sonrío como puedo.

—Es una compañera de trabajo, seguramente han quedado para tomar algo.

—Ya veo. —Asiente—. No quería insinuar nada de verdad, es solo que tu padre no suele salir mucho y verlo aquí... me ha impactado.

—Le vendrá bien despejarse un poco, últimamente trabaja demasiado. —Tomo un trago de mi refresco para conseguir tiempo y seguir inventándome una excusa para convencerme también a mí misma, pero no funciona. Cuando volteo disimuladamente de nuevo, veo que ella posa su mano en su antebrazo con aire coqueto, y tengo ganas de estrellarle la botella en la cabeza y de echarme a llorar.

Leo nota que mi ánimo ha decaído totalmente.

—Paguemos la cuenta y vayámonos a casa. Seguramente ver a tu padre aquí te ha cortado todo el rollo. Yo invito. —Sonríe mientras se levanta y le tiende al camarero un billete de cinco euros.

—Sí. Leo, vayámonos a casa.

## Capítulo 8

*“Su candidatura ha sido descartada. Muchas gracias por su interés en ÓNIX. La esperamos en próximas entrevistas”.*

Suspiro, intentando que mi corazón se recupere de una nueva decepción. ¿Acaso pensaba que me iban a coger? Buscaban una persona a la que explotar, seguro el mejor favor que me podían hacer era mandarme este mensaje. Seguro que lo hubiese pasado mal en ese trabajo, quizá hasta habría renunciado a causa de las malas condiciones laborales...

Y aunque intento convencerme a mí misma una y otra vez pensando en cosas así, no puedo negar que en realidad creí que esta vez sí. He sido tonta por volver a ilusionarme. Cierro de golpe la pantalla de mi Toshiba y me cruzo de brazos intentando controlar mi respiración y sacando el valor para contarle a mi madre que he vuelto a ser descartada. Por millonésima vez. Y que quizá papá la está engañando con otra mujer a sus espaldas.

Cuando hablo con ella noto la decepción y la tristeza en su voz. Y eso casi hace que derrumbe mi pared de fortaleza. Si hay algo que me duele en este mundo, es no poder hacer felices a mis padres. No quiero sus miradas y sus charlas de pena como suelen hacer siempre. Quiero ser una hija de la que estén orgullosos, quiero que me miren como miran a Christian.

Cuando me pasa a mi padre para hablar con él, las palabras “papá, anoche te vi en el bar” son incapaces de salir por mi boca, comienza a temblarme tanto el teléfono que siento que se me va a caer al suelo en un estrepitoso golpe que silencie mis pensamientos.

Ojalá lo hiciese.

Ambos intentan consolarme y darme ánimos, al igual que intentan hacer Leo y Raúl cuando cenamos, pero no lo consiguen. Siento que mi vida es un gran desastre, como si estuviese en medio de un mar, en una fina balsa, que no sé hacia dónde dirigir, y que amenaza con romperse, si sigo acumulando más sinsabores.

Me intento consolar pensando que es una mala racha, así que en cuanto amanece, me armo de valor de nuevo y vuelvo a patearme el pueblo en busca de trabajo. De lo que sea. No me importa que tenga que fregar baños, que hacer panes, o incluso lavar a ancianos moribundos. Estoy tan desesperada que mis aspiraciones han bajado al nivel del suelo.

Como siempre, cuando termino, me siento en el bonito paseo observando a los niños jugar en

el parque y veo el débil sol filtrarse a través de las gruesas hojas de los árboles. Cierro los ojos para intentar que mi mente no piense en nada, nada que no sea el aquí y el ahora. Pero de alguna forma mi filtro mental hoy no funciona como desearía, porque unos ojos verdosos mirándome, indescifrables, por encima de un prístino caballete sin permiso, me hacen abrir los míos de pronto y erguirme en el banco de madera donde estoy sentada.

Sacudo la cabeza. No, no puede ser que siga pensando en *Jojo* incluso cuando no lo tengo delante. Deja esa película ya Lara, por favor. Es tu imaginación.

—Es mi imaginación... lo es... —me repito a mí misma en voz alta, para que suene más convincente.

Me paso las manos por el pelo para acomodarlo y decido que lo mejor que puedo hacer para olvidarme de todo esto y para intentar inspirarme es ir a comprar unas buenas novelas a la librería, unas novelas llenas de romance y sentimiento que me transmitan algo más que solo la frialdad que tiene mi vida.

La campanita de la puerta resuena cuando entro en Ziel y el aroma a libros me relaja al instante. Es la única librería del pueblo, y siendo la hora que es, está en pleno bullicio de personas a la caza de una buena historia que devorar. Justo como hago yo, cuando me dirijo a la sección de romance. Allí ojeo algunos de los libros que tienen portadas bonitas, y leo sus sinopsis. Estoy dispuesta a sacrificar una parte de mi dinero por un pedacito de esta felicidad.

—No debes juzgar a los libros por su portada —me comenta una voz muy masculina.

Me giro para ver la cara a la que pertenece ese sonido, y me sorprendo al ver al chico del tatuaje en la muñeca, el que tanto le gustó a Leo. Y la verdad no me extraña el por qué se obsesionó con él. Se podría decir que aunque no es guapo, es muy, muy atractivo. Como ya pensé la primera vez que lo vi a través de la vitrina, es como si esos ojos prácticamente negros pudiesen ver en cada rincón de tu alma. Intento sonreír y mostrarme como una clienta amigable.

—¿Entonces cuál me sugieres? —pregunto con curiosidad, señalando con un dedo a la estantería, haciendo hincapié en la parte de libros olvidados de portadas poco llamativas.

Él me sonrío, menuda sonrisa, y tras pensar durante varios segundos, saca un pequeño libro de color marrón, parecido al papel reciclado y unas sencillas letras en negro y amarillo. Me lo tiende y lo tomo de su mano, algo reticente. Un libro así no podía ser interesante. ¡Apenas tenía hojas!

—*Uno siempre cambia al amor de su vida, por otro amor o por otra vida*, de Amalia Andrade —leo en voz alta.

Lo miro y arrugo el entrecejo preguntándome qué clase de libro es este.

—Aunque parezca corto, sencillo, raro incluso, créeme te va a ayudar.

—¿Eres algo así como un psicólogo de libros y personas? —pregunto divertida.

—Algo así. —Sonríe de nuevo y mira el libro en mi mano—. Entonces, ¿te lo llevas?

Con esa cara que se gasta, creo que es imposible negarle nada, así que acepto y ambos nos dirigimos hacia la caja. No puedo dejar de mirar su tatuaje mientras él pasa los códigos de los libros por el escáner y preguntarme qué historia habrá detrás de él. Estoy tan sumida en mis

cosas, que casi no me doy cuenta de que él lleva parado ahí con la bolsa extendida hacia mí, más de diez segundos.

—Perdona, sí, gracias —digo mientras agarro mi bolsa con una risa nerviosa.

—Cuéntame luego si te ha gustado, es un libro muy útil.

—Claro, lo haré. —No, en realidad no voy a venir a contárselo porque me moriría de la vergüenza.

Salgo de la librería contenta con mi compra y muerta de la curiosidad por ver si el libro que me ha recomendado el *señor tatuaje*, es tan bueno como dice él, cuando el invierno de nuevo vuelve a hacer de las suyas y comienza a descargar la furia de su cielo sobre nosotros.

Todo el mundo corre despavorido a buscar el refugio más cercano que los salve del aguacero y los truenos, y yo no soy menos, ya que pronto busco cobijo debajo de un gran balcón que me funciona a la perfección como un gigante paraguas de ladrillo. Me seco las gotas de lluvia de mi cara con las mangas de mi abrigo azul y abrazo los libros contra mi pecho, fastidiada de que siempre me pille la lluvia sin un paraguas a mano. Hasta a esos pequeños trozos de tela y plástico les gusta complicarme la vida.

Me quedo tan absorta mientras miro las gotas caer con violencia sobre el asfalto y la gente corriendo de un lado a otro, que casi ni noto que otra persona me está haciendo compañía en mi humilde rincón de paz. Llega susurrando cosas que no logro entender, aunque no sean palabras muy bonitas imagino y una capucha negra le tapa la cabeza. Lo miro divertida, contenta de compartir este pequeño instante de fastidio con un completo desconocido.

El chico se seca la cara con las mangas también, y luego me mira. Automáticamente borro mi sonrisa y el último pensamiento que se me ha cruzado por la cabeza. Ya no estoy contenta de compartir esto, no. Al menos no con *Jojo*.

—¡Oh! —exclama al verme—. ¡Tú también eres una víctima del aguacero!

Se quita la capucha sonriendo y luego saca de su bolsillo una napolitana y me la muestra.

—La he salvado por poco. ¿Tus libros están bien? —pregunta señalando la bolsa color azul de Ziel.

*“Oh, no hagas eso, no me sonrías así. Me desconciertas. Seguramente te alegrarás de que esté aquí atrapada y empapándome en venganza. Seguro que lo haces”.*

Intento recuperar la compostura.

—¡Oh, mis libros! —Caigo en la cuenta de que ni siquiera había comprobado si se me habían mojado o no. Compruebo el otro, el de la portada bonita, que se encuentra en perfecto estado, y luego saco el fino y pequeño libro recomendado. Tiene algunas gotas en la portada que oscurecen el papel marrón, pero nada que no se pueda solucionar. Suspiro aliviada de ver que mi escaso dinero no ha sido gastado en vano.

—Parece un libro interesante. ¿Te gusta leer? —pregunta con curiosidad.

—Eso espero, la verdad me lo han recomendado. Y sí, me encanta leer —contesto algo incómoda por la situación.

*Jojo* y yo, intentando tener una charla normal, debajo de un balcón mientras cae una pedazo de tormenta que aterrorizaría al más valiente.

Él solo asiente y me mira de nuevo de esa forma tan desconcertante. Le devuelvo la mirada casi gritándole con ella: “¡Deja ya de mirarme así! ¿Qué bicho te ha picado conmigo, *eh?*”.

Pero en cambio él parece no captar lo que gritan mis ojos. Parte su napolitana de chocolate en dos pedazos y me tiende uno. ¡No estaba mirando ese trozo de pan!

—¿Tienes hambre? Esto creo que va para largo. —Señala el oscuro cielo.

Y me quedo ahí como una tonta, mirando la napolitana sin saber si aceptarla o no. La verdad me muero de hambre y el ruido de mi estómago me delata.

—¿No estará envenenada, verdad? —intento que suene a broma, pero en el fondo lo pregunto en serio.

Él se echa a reír ante mi pregunta.

—No sé, cuando la pruebes veré si te mueres o no. —Me insiste con la mano para que la coja, y lo hago, dándole un voto de confianza.

—Gracias, Jorge —agradezco con una mueca algo desconfiada.

Ambos nos quedamos en un silencio incómodo solo interrumpido por el atronador sonido de la lluvia.

—¿No te parece algo peculiar que estemos aquí, debajo de un balcón, comiéndonos una napolitana a medias?

Lo miro y no puedo aguantarme la risa, esta vez una risa sincera, solo de imaginar las pintas que tenemos que tener, para los que nos vean desde fuera. Quizá piensen que somos dos enamorados, en una cita muy particular. Eso me hace borrar la sonrisa.

—Sí que es peculiar, sí —y no vuelvo a abrir la boca hasta que ambos nos comemos el resto de nuestro manjar. No quiero ser tan fría con él, de hecho no soy para nada una persona fría, de algún modo, el ambiente cuando estoy con él se siente pesado y me cuesta ser yo misma.

*Uno siempre cambia al amor de su vida...* —Él rompe el silencio citando el título del libro del señor tatuaje, traga su último trozo de comida, y me vuelve a dirigir la mirada—. Es un título muy peculiar para un libro.

Esa pregunta me pilla por sorpresa.

—El dependiente me lo ha recomendado —le aclaro—. No es que me guste alguien. Tampoco voy a dejarlo por otro. Ni si quiera tengo pareja... No cambiaría a mi novio por nada. Si lo tuviese, claro, si de verdad quisiera a alguien... —“Cállate, *Lara*”.

—Ya veo. —Una sonrisa asoma a sus labios—. Pues si luego resulta interesante, cuando acabes de leerlo ¡préstamelo!, también me gusta leer.

Y entonces sucede, algo que ni en cinco vidas me hubiese imaginado ver. *Jojo* me guiña un ojo en complicidad.

¿Acabo de ver bien lo que ha hecho? ¿O es que alguna gota rebelde de agua se ha apoderado por unos segundos de su bola ocular?

—Sí, claro —logro contestar—. Ya te diré que tal.

Poco a poco las nubes van dejando pasar los rayos de sol de nuevo, dejando un bonito y despejado cielo de mediodía, que nos libera de nuestra prisión.

—Ha sido bueno verte, Lara, me lo he pasado bien. —Se coloca su capucha de nuevo y mete las manos en los bolsillos—. Nos vemos en la biblioteca, ¿no?

—Sí, claro —repito casi de manera automática mientras le digo adiós con la mano y él se aleja.

Tardo unos segundos en asimilar lo que ha pasado mientras aún saboreo el delicioso dulzor que ha dejado en mi boca este casual encuentro.

## Capítulo 9

—Tú fuiste a la librería el otro día y no me avistaste, ¡maldita mujer! —Dramatiza Leo desde la puerta de mi dormitorio. Me río como siempre con él y sus ocurrencias mientras acude apresurado a mi cama y se tira sobre ella, a mi lado, haciéndome rebotar.

—Y no solo fui, si no que tu amado dependiente me recomendó un libro especial para mí. Solo para mí. —Muevo las manos de forma juguetona con el libro en ellas. Para que lo vea bien visto y picarle aún más.

—Ah, eres malvada, Lara —dice echándose hacia atrás sobre la almohada, sin fuerzas—. Pero —dice volviendo a levantarse y alargando la e— ese libro ya lo leí yo hace mucho tiempo, cuando aquel italiano tan sexy me abandonó. Es un libro de desamor, Lara, un libro de autoayuda, para superar rupturas, desengaños amorosos...

Lo miro extrañada.

—¿Por qué iba a darme el *señor tatuaje*, un libro de autoayuda en el amor? —pregunto extrañada.

—¿Será por la cara de acelga que te traes un día sí y otro también? —Me sonrío para quitarle hierro a la pulla y yo le pego un manotazo en protesta—. Me gusta eso del *señor tatuaje*, por cierto.

Aparto el libro, ahora sin ganas de leerlo. Me pensaba que sería una novela profunda e increíble que me hiciese volver y decirle a ese chico: “¡*Quiero vivir lo mismo contigo!*”. Pero no, ahora mi cuento se reduce a que un chico guapo me ha recomendado un libro de autoayuda, porque, según alguien, llevo escrito “perdedora” en la frente.

—Siempre sabes cómo ganarme todas las batallas, ¡maldito hombre! —le respondo chafada y tiro el libro de malas maneras encima de la colcha—. Ahora se me han quitado las ganas de leerlo.

Él lo recupera y me lo vuelve a tender para que lo coja.

—No lo tires tan rápido, Lara, créeme que en algún momento te vendrá bastante bien. Mucho más que todas esas novelas románticas con las que te llenas la cabeza de pajaritos. Por cierto podrías escribir una historia gay....

Lo miro matándolo con la mirada porque él ha ganado la batalla, y vuelvo a acunar el libro en mi regazo.

—Me lo pensaré, pero tendrás que ganarte que te escriba un libro homoerótico —bromeo con él.

—Eres fácil de convencer, no me costará mucho. —Ríe.

Un silencio algo extraño entre nosotros me indica que quiere decirme algo, pero que no se acaba de atrever a abrir la boca. Nos observamos un poco más y le sonrío para que me cuente lo que sea que tiene en mente.

—¿Sabes? Me da miedo cuando me miras así —confieso entre risas mientras me levanto escapando de su mirada. Camino hasta mi escritorio, donde deposito el libro, y enciendo mi ordenador para ver si los musos me visitan hoy.

Él se acerca y se sienta sobre la superficie de madera a mi lado, mirando en mi dirección.

—No sabía si comentarte esto o no, pero tengo la necesidad de contártelo como amigo tuyo que soy.

Tecleo la contraseña del ordenador en el pequeño recuadro blanco que aparece y luego lo miro, centrando toda mi atención, ahora sí, en él.

—Leo, me estás asustando —exclamo sincera.

—Vi a tu padre —confiesa—. Otra vez.

Y en cuanto escucho esa pequeña palabra, ya me imagino la frase que vendrá a continuación, lo que hace que me paralice bajo sus ojos azules, “*con...*”.

—Con aquella mujer que vimos en el bar el otro día. —Traga saliva.

Intento poner cara de “es una situación totalmente normal”, que creo que no cuela desde el primer segundo.

—Oh, creo que es una compañera de trabajo como te comenté —digo con la misma emoción en la voz de quien cuenta que acaba de comprar una barra de pan y toqueteo el ordenador sin mucho sentido, tan solo para que Leo no pueda percibir mi verdadera preocupación por este tema.

—Lara... —continúa.

—Suele ir mucho con ella a los sitios —continúo justificándome—. Creo que son compañeros del mismo departamento y tienen que hacer estudios de mercado y esas cosas que hacen los comerciales.

—Se estaban besando.

Una puñalada en plena espalda me hubiese dolido mucho menos, que escuchar esa frase. Me quedo mirando la deslumbrante pantalla en blanco sin saber cómo reaccionar. Quiero llorar, hacerme la tonta, estrellar el ordenador en el suelo y meterme en la cama, a partes iguales. Sabía que había algo raro. ¿Pero podría haber una explicación lógica verdad? Tenía que haberla.

—Lara, reacciona, ahora la que me da miedo eres tú. —Leo me sacude el hombro algo preocupado y saliendo de mi trance lo miro.

—Puede tener una explicación lógica —digo con una tranquilidad que me desconcierta.

—¿Qué explicación lógica podría tener? —pregunta incrédulo—. Le estaba comiendo la boca,

Lara, no la estaba rescatando con un RCP por un ahogamiento.

Eso casi me hace reír, casi. Si no fuese de la infidelidad de mi padre de lo que estamos hablando.

—Tiene que haber una explicación. La tiene que haber —me intento convencer.

Leo se levanta y se acerca a mí, pasándome un brazo por encima de los hombros, intentando reconfortarme.

—Lara, sé que ocultas todo bajo ese muro que tú misma te has construido para que no te hagan más daño, pero necesitaba contártelo, creo que es algo que no podía ocultar a una de mis mejores amigas. —Aprieta su abrazo en mi hombro—. Y esas son cosas que mientras antes las aceptes, mejor.

—Gracias, Leo. Por contármelo. —Aunque no siento realmente que deba dar las gracias por una preocupación más en mi ya demasiada dramática vida.

—Estoy aquí para lo que quieras. Si necesitas hablar, cualquier cosa yo....

—Quiero estar sola, si no te importa —le digo con toda sinceridad.

Él me mira extrañado, pero comprende cómo me siento y abandona la habitación poco después. Yo suspiro y solamente entonces, una pequeña lagrimita se escapa de uno de mis ojos. Seco la pequeña gota de agua salada que ha sobresalido de ese muro y me recompongo rápidamente.

No puedo dejar que esto me afecte aún más, no puedo dejar que me vean llorar. Tengo que decírselo a mamá.

—Estás muy seria, ¿te ocurre algo? —me pregunta Jorge el jueves mientras yo sigo dándole pinceladas de color al barco que estoy pintando.

—No, no es nada —digo sin mirarle—. Simplemente una semana dura.

—Ya veo. —Suspira.

Y tanto que ve, de eso no tengo duda. Porque no me ha quitado ojo en todas las semanas que llevamos de clases. Y yo sigo desconcertada y sin entender, qué clase de sentimiento le puedo provocar cuando me mira, aunque según Leo, lo único que quiere hacerme él, es devorarme entera. Yo, la verdad, tengo mis reservas de provocarle esa clase de sentimientos. Soy una chica bastante corriente, que siempre pasa desapercibida, y seguramente él me odie. El plan de su venganza cobra vida de nuevo en mi cerebro y yo lo mando a callar. Odio ser tan racional.

Me concentro otra vez en la pintura y él me sigue observando. La mano me empieza a temblar ligeramente, pero aun así intento disimular y centrarme en el mástil del barco. La voz de Francisca hace que él rompa su contacto visual y que a mí casi se me caiga el pincel al suelo otra vez.

—¡Te está quedando precioso, Lara! —exclama maravillada mientras observa los trazos que tiñen mi lienzo—. Nunca me imaginé que pintases así de bien, qué callado te lo tenías.

Ella me guiña un ojo y yo le dedico una débil sonrisa en agradecimiento. Miro también su

lienzo, para devolverle el cumplido, pero su dibujo casi podría darse de la mano con el muñeco de nieve que pintó el primer día. Un gato bastante deforme me devuelve la mirada, y no puedo hacer otra cosa más que sonreír a Francisca como una tonta.

—Mi conejito no se puede comparar con tu dibujo. —“*Ah vaya, no era un gato...*”—. Pero Jorge obrará un milagro conmigo, yo lo sé.

Ella mira a nuestro profesor que se encuentra a tan solo dos metros de nosotras, y le guiña el ojo con complicidad, poniendo toda su confianza en él. Eso hace reír a *Jojo*, que le contesta con un alegre “por supuesto”, para luego volver a centrar su atención en mí. Intento ignorarlo el máximo tiempo posible, hasta que la hora pasa y tras un escueto adiós, vuelvo a escaparme de él una vez más.

—... cielos, no veas qué sucia tenía su casa, las telarañas colgaban de la lámpara del comedor y yo no hacía otra cosa que preguntarme, ¿cómo alguien puede llegar a ser así de dejados para la limpieza? Y la cocina, la cocina estaba peor aún, tenían el fregadero repleto de...

Mi madre no deja de parlotear de lo sucia que estaba la casa de la vecina, a la cual había ido a por un poco de vino blanco para acabar de hacer la cena, mientras yo estoy sentada a unos metros de ella, junto a la mesa de cristal, donde tantas comidas hemos compartido en familia, mirando como una zombi el reloj de la cocina e incapaz de pronunciar la horrible frase que he venido a decirle. Ella sigue removiendo la carne y el marisco sin dejar de pasarle revista a la dudosa higiene de la vecina.

Estoy tan metida en mi mundo, que no me doy cuenta de que ha interrumpido su actividad y me mira fijamente.

—¿Qué? —pregunto nerviosa irguiéndome en la silla como si nada pasase.

Su entrecejo se arruga.

—¿Acaso me estás escuchando?

—Claro. Sí, te estoy escuchando, ya sabes que la vecina no tiene remedio... —intento volver a coger el hilo de la conversación.

—Lara, hace ya como diez minutos que no estoy hablando de ella. —Apaga los fogones, se seca las manos en el delantal y camina en mi dirección, parándose frente a mí—. ¿Te encuentras bien? Te noto rara.

Intento sonreír y le quito hierro al asunto.

—¿Rara? No, para nada... estoy... cansada, eso es todo. —Asiento para que parezca que de verdad estoy bien y soy la persona más sincera de este planeta.

Ella sigue sin creérselo. Al menos se hace la tonta.

—¿No estarás enamorada? —bromea para intentar animarme—. Mirada perdida, mejillas sonrosadas, estado de catatonía, pensativa, despistada.... Tienes todos los síntomas, dime, ¿cuándo me vas a presentar a mi yerno?

Eso me hace sonreír y a la vez querer llorar.

—Ya sabes que nunca. Seré una solterona, pobre, con quince gatos a los que dar amor debajo de un puente.

Ella me pega ligeramente con el trapo de cocina.

—No digas eso, Lara, no seas gafe, haz el favor. —Camina hacia los fogones de nuevo, intentando retomar su tarea, ahora que su hija ha demostrado que puede hacer algo más que mirar como una loca el reloj de pared—. Se te comienza a pasar el arroz, así que más vale que te pongas manos a la obra.

—No tengo culpa de ser menos interesante que una piedra para el género masculino. —Ese pensamiento me hace suspirar, y en ese momento lo suelto, quiero decirle lo de papá, ya—. Mamá....

Me levanto y camino hacia ella, decidida a soltarlo todo. Ella me mira sonriendo, atenta a mis palabras.

—Dime.

—Mamá... verás es que... —Las palabras se quedan atascadas en mi garganta y parecen ser incapaces de subir hasta mi boca, y mucho menos de escupirlas al fin de una vez y liberarme de esta carga.

—¡Cuánto misterio, Lara, por favor!, suéltalo ya, se me va a quemar la carne —dice mientras echa un ojo a su receta—. A tu padre le va a encantar, es su favorito.

Una punzada vuelve a sacudir mi corazón y soy incapaz de arruinar el humor de mi madre. Al menos por ahora, mientras cocina una deliciosa comida para mi padre con toda la ilusión del mundo.

—Es que... esa carne en salsa huele genial. ¿Me podrías poner un poco para llevar?

Ella me sonríe aliviada, y sin dudar asiente con la cabeza. Una hora después camino por las lluviosas calles de Villazul, con las manos llenas de bolsas de comida y el corazón vacío por dentro.

## Capítulo 10

*Febrero, 2016*

—En serio, es desesperante —susurro en el teléfono a Carla, que me escucha atenta al otro lado de la línea, mientras bajo casi a la carrera las escaleras que me separan de la agobiante cárcel que se está convirtiendo el piso que una vez llamé hogar, y la también agobiante calle, donde no puedo dar ni un paso sin que conocidos me paren a cada instante y me pregunten sobre mi vida personal, como si se les fuese la vida en ello.

No quiero sus miradas de pena. No quiero sus palabras de falso aliento, cuando en realidad se van a girar a la primera persona que pase para comentarles lo fracasada que es mi vida y echarse a reír con mi desgracia por puro cotilleo. Creo que me estoy volviendo algo paranoica, pero no puedo evitarlo. Me estoy comenzando a convertir en una huraña que cada vez quiere tener que salir menos a la calle, y relacionarse menos con gente con vidas perfectas de las que presumir. En resumen quisiera desaparecer de la faz de la tierra.

—Tengo hasta pesadillas con ellos, lo único que puedo pensar, o escuchar todo el tiempo son esas preguntas que me hacen con ese deje que me ponen enferma —comienzo a imitar sus voces petulantes—. *¿Lara, aún no tienes trabajo?... ¿Lara, no tienes novio?... Mira tus amigas ya tienen sus vidas y tú nada... Pobrecita, algo encontrarás... A tu edad yo ya tenía dos hijos y mi casa... Si no encuentras nada es porque no sales de tu habitación... Sal de tu zona de confort, Lara...* —Paro cuando mi corazón se comienza a llenar con rabia al recordar esas malditas frases—. Lara, Lara, Lara... ¡Me van a borrar el nombre!

—No te desanimes. —La calmada voz de Carla me anima desde el otro lado de la línea—. Algo tiene que haber para ti. Ya llegará, te lo aseguro.

—Oh sí, pues a este paso, llegará cuando tenga ochenta y cuatro años y esté viviendo debajo de un puente con una manada de perros igual de vagabundos que yo —exagero—. ¿Cómo lo hace la gente, Carla? Sus vidas son geniales... apenas hacen nada y el trabajo les viene solo. Y no solo el trabajo, si no el amor y la suerte también, sin mover ni un dedo. Tuve que ser muy mala en otra vida y lo estoy pagando con creces en esta, no puede haber otra explicación.

Salgo a la calle y abro el paraguas. Aunque marzo está a la vuelta de la esquina, las lluvias

parecen haberse encariñado con todos los habitantes de Villazul, porque se niegan a abandonarnos. Tras acomodarme el pelo y el bolso, batallo con el viento para que no se lleve mi pequeño refugio de plástico y me deje empapada por mil sitios. Me cuesta mucho sujetar el teléfono.

—Sé que nada de lo que te diga, podrá ayudarte a sentirte mejor si lo que necesitas es un cambio en tu vida. Ya hemos tenido esta conversación muchas veces.

—Siento que estoy ahogándome y ni siquiera tengo algo a lo que agarrarme para salvarme. Necesito algo. Un cambio radical. Esto me está consumiendo.

—Pues estoy aquí para ti. Aunque sea solamente para hablar y que te sientas mejor al desahogarte.

—Carla, eres un ángel. —Y me siento tentada a tirarle un beso por el teléfono—. Y te vas a ganar el cielo conmigo por estar de terapeuta todo el rato. Lo siento. Sé que también tienes tu vida y te lo agradezco mucho que aguantes siempre a la pesada y majara de Lara.

—De majara y pesada nada, para eso están las amigas. —Una voz suena de fondo llamándola y en seguida su voz se dirige a mí de nuevo—. Lara, me tengo que ir, acaba de llegar uno de mis chicos.

—Claro, no te preocupes, ya hablamos.

—Anímate, ¿vale?

—Lo intentaré —susurro.

Después el sonido de la línea cortada retumba en mis oídos. Y con un suspiro guardo el móvil en mi bolsillo a todo correr para que no se moje. Hace un día de perros. Hoy tengo otra entrevista, sí, y voy con la misma emoción a ella, como si fuese a por un paquete de yogures al supermercado más cercano.

Esta vez es de dependienta de una tienda de ropa. Y estoy segurísima de que no me van a coger. No tengo experiencia alguna en el mundo textil como dependienta, aunque sí la tenga en llevar papeleos. Y para colmo muy poca en el trato con el cliente. En cuanto vean mi cara y mis ojeras saldrán huyendo espantados. Pero aun así, siempre una mínima esperanza queda en lo más profundo de mí. Que a veces es traviesa, se escapa y le susurra a mi mente la temida pregunta de: “¿Y si ocurre esta vez?”.

Pero ahí estoy yo lista para agarrarla y empujarla a lo más profundo de su rincón otra vez. Cada uno se protege como puede, ¿no?

El tic tac de un reloj vuelve a ser el acompañante de dos chicas y yo mientras esperamos dentro de la tienda a que alguien nos venga a explicar cómo va a ser la entrevista. Es una tienda pequeñita, de ropa bastante asequible y con bonita decoración. A ver, no es el sueño de cualquier estilista, pero trabajar en ella dará para vivir por ahora.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta una bonita chica de ojos azules y pelo del color del oro. Tardo unos segundos en reaccionar a causa de los nervios y de estar sumida por completo en mis cavilaciones casi sin darme cuenta.

—Soy Lara —digo parpadeando varias veces y centrándome en la realidad y en la chica—, ¿y tú?

—Oh, yo soy Emilia y esta es mi amiga Carolina —me dice con una sonrisa que no puedo averiguar si es del todo sincera.

—Encantada —logro susurrar.

Carolina me sonríe también y se recoloca en su silla para acercarse a su amiga.

—¿Estás nerviosa? Dicen que entrar aquí no es muy fácil.

—Siempre estoy nerviosa. Es un trabajo, ¿no?, de ello dependen muchas cosas.

—Oh, yo también me pongo muy nerviosa en las entrevistas. —Su mirada me traspasa, y no acaba de darme plena confianza esta chica con ojos del color del hielo—. Pero la verdad que con mi currículum, tengo bastante confianza.

—Felicidades por ello —la felicito intentando parecer neutral.

Ella parece que se descoloca un poco cuando no entro en su juego, pero aun así insiste en provocarme.

—¿Has trabajado alguna vez en una tienda, Lara? —pregunta sin vacilar. Su amiga solamente me mira y entiendo que ella será para Emilia algo así como su perrito faldero. La tonta que le lame el culo, por decirlo en otras palabras menos finas y más realistas.

—¿Y tú? —pregunto de vuelta.

Su mirada brilla, viendo que soy un hueso duro de roer.

—Por supuesto, de hecho tanto Carolina como yo acabamos de terminar nuestro contrato en ZARA. Hemos estado más de tres años —contesta orgullosa.

—Vaya... una lástima que ya no estéis allí. —En realidad no me daba lástima ninguna.

—Sí... bueno, tenemos otras aspiraciones, hay que crecer siempre.

—¿Y por eso habéis cambiado una empresa multinacional líder en ventas por una tienda de barrio con ropa china?

No tenía un buen día, y ellas estaban pagando toda mi rabia con el mundo. También se lo habían buscado.

—Tú y tus preguntas cargadas de veneno no nos afectan en absoluto. —Su expresión cambia por completo.

Oh, aquí está la verdadera Emilia. Siempre tuve un don para ver el aura de las personas.

—Bueno, no las haría si tú, y tu amiga la muda, no hubieseis empezado primero. Vamos, Emilia... —hablo tan suave y sin vida que hasta yo me asusto de mí misma—. ¿Qué es lo que quieres decirme desde un principio? Así ahorraremos tiempo.

Ella se sorprende al escuchar que sí, ha sido totalmente obvia con sus comentarios y lo escupe todo en voz baja para que nadie de la tienda pueda escucharnos.

—Este puesto no va a ser tuyo —me susurra—. Así que si te apetece abandonar, aún estás a tiempo.

Su frase casi me hace reír. ¿Estoy escuchando bien?

—A ver, Emilia de ZARA... —me inclino hacia ellas un poco más— vas a tener que aguantarme un poco más. Lo siento.

—No me digas que no te lo he advertido —dice ella dejando el tema por zanjado. Realmente es penoso que haya llegado a esos extremos por conseguir un trabajo. ¿Quizá yo sea una *Emilia* de aquí a algunos años? Intentando deshacerme de mis compañeros de entrevistas, por pura desesperación. Me asusta esa idea.

Ella se gira hacia Carolina y le cuchichea cosas al oído de las que puedo escuchar fantásticos adjetivos hacia mi persona como “seguro que es una muerta de hambre” y “¿has visto que cara tiene?”.

Me comienzan a temblar las manos, y tengo miedo de perder el control y echarme a llorar, pero como siempre mis habilidades enmascarando mis sentimientos son de óscar. Aguanto estoica otros veinte minutos más, hasta que la encargada de la tienda sale y nos hace pasar a las tres a la vez a un pequeño almacén en la trastienda, donde tendrá lugar la entrevista. Juntas. A las tres, a la vez.

Si esto no podía ir peor, la vida me demuestra que sí, que las cosas siempre se pueden poner peor. Tanto Emilia como Carolina charlan amenamente con la encargada soltando por su boca años y años de experiencia y estudios. Cuando llega mi turno intento parecer lo más compuesta que puedo mientras defiendo una vida laboral indefendible en comparación a la de ellas. Casi quiero salir corriendo. Pero no les daré el gusto.

El puesto acaba en manos de Emilia, para sorpresa de nadie y ella pega saltos y aplaude loca de contenta de haber vencido a su amiga y a la pobre depresiva con ojeras en la que me he convertido. Cuando ella se queda para firmar el contrato y Carolina y yo nos vamos, no deja pasar la oportunidad de susurrarme:

—Te lo advertí. —Y ríe triunfal.

La miro y le escupo un “felicidades” que más que a felicitación suena a maldición y salgo de esa tienda sin mirar atrás.

Agradezco enormemente que luego tengamos clase de pintura, porque lo último que me apetece es volver a encerrarme sola en el piso. Raúl últimamente está siempre haciendo trabajos con compañeros fuera y Leo... bueno, Leo simplemente desaparece del mapa sin dar explicaciones. Estará con algún lígüe de los suyos, no es la primera vez que no aparece en el piso por días por estar regalando su amor en casas ajenas. De todas formas le llamo para saber si va a venir a clase. Contesta al cuarto timbre.

—Dime, Lara, ¿qué tal tu entrevista? —Suena fatigado.

Podemos hablar de la entrevista luego, así que cambio de tema. Al tema que nos concierne ahora.

—¿Algún día vas a venir a clase o me vas a dejar abandonada para siempre? —pregunto con un

toque de humor que siempre reservo para él.

—Sabes que nunca te abandonaré, cosa linda. —Sonríó casi imperceptiblemente—. Y me vas a matar, pero es que me ha surgido algo y no voy a poder ir hoy... tampoco.

—A Jorge se le va a olvidar tu cara como sigas faltando. Prometiste venir conmigo, ¿recuerdas? —Me apoyo en la pared de la biblioteca, porque empiezo a sentirme mareada. Lleva pasándome algunos días y no sé por qué. Es como si perdiese el contacto con mi cuerpo, como si flotase. A los diez segundos se me pasa y vuelvo a concentrarme en la llamada.

—... pero te prometo, que a la próxima no te fallaré. Te lo juro por Dios —dice él intentando sonar convincente.

—Leo, tú no crees en Dios. Ese juramento no es válido. —Me reincorporo intentando parecer una persona normal de nuevo y comienzo a subir las escaleras hacia la clase.

—Iré. Lo digo de verdad. Y entonces podremos volver a reírnos juntos de los diabólicos dibujos de Francisca y me podrás sacar cosas del paquete de nuevo bajo la atenta mirada de tu *Jojo*.

—No es mi *Jojo*. ¿Quién es ahora el que se está montando películas? —Pongo los ojos en blanco—. Voy a entrar, nos vemos en casa.

—Sé buena, Lara —me advierte con un canturreo que más bien parece que me está incitando a hacer todo lo contrario.

—Quizá eso es mi pecado. Ser demasiado buena.

Él ríe al otro lado del teléfono, cuelgo y entro a clase de las primeras, de hecho soy la primera.

Una vez dentro de la sala, me descuelgo el bolso, miro alrededor y no veo a nadie aún. Me fijo en el reloj de la pared por si me he equivocado con la hora.

—Eres la primera —me dice una voz desde la tarima.

Me asusto tanto que se me cae el bolso al suelo y miro hacia la dirección de la voz como si del mismo diablo se tratase. Cuando veo a Jorge, sereno, sentado en su mesa observándome como el más tranquilo de los hombres, casi me echo a reír. Solo es Jorge... Solo es él.

—Me has dado un susto de muerte —confieso mientras me agacho a recoger el bolso, con una sonrisilla nerviosa.

Ambos nos quedamos varios segundos que se hacen eternos en silencio aguantándonos la mirada, hasta que él comienza a reír y se levanta.

—Creo que no soy tan feo como para asustarte tanto —bromea.

Yo le devuelvo la sonrisa algo incómoda por la situación. ¿Dónde se ha metido la gente precisamente hoy?

—Creía que estaba sola —me excuso mientras camino lo más rápido que me permiten mis pies hacia mi mesita y mi caballete. Como si esos trozos de madera fueran escudos que me protegiesen contra él.

—Se ve que mucha gente no tiene ganas de pintar hoy, con esta lluvia. —Se asoma con aire distraído a la ventana más cercana a mí. Tiene una espalda ancha, nunca me había fijado.

“¿Qué estás haciendo, *Lara*?”. Dejo de mirarlo frunciendo el ceño ante tales pensamientos extraños y me centro en sacar mis pinceles, y preparar pintura en mi paleta. Estoy perdiendo la cabeza. Seriamente.

Él se gira para mirarme y en dos pasos se acerca a mí y me agarra la mano para que deje de poner pintura sobre la madera. Miro su mano encima de la mía y una especie de corriente eléctrica me recorre por dentro. ¿Miedo quizá?

Lo miro extrañada por su comportamiento y creo que él lo nota, porque en seguida retira su mano y me pide disculpas. Yo dejo la mano inmóvil durante unos segundos, como si me hubiese robado con ese toque la capacidad de reaccionar. Luego, cuando consigo recobrar la compostura, la bajo.

—Hoy tenemos una actividad nueva, no es necesario que coloques tus cosas.

—¿Una actividad nueva? —pregunto algo curiosa intentando relajarme.

—Sí. Hoy tú no vas a pintar. —Camina rápidamente hacia el escritorio, coge su silla, y la planta en medio de la tarima, en frente de todos. Luego se apoya en el respaldo y me mira—. Hoy tú vas a ser la modelo.

## Capítulo 11

Y de repente aquí estoy yo, mirando a veinte pares de ojos que escudriñan mi rostro, sentada en medio de la tarima y más rígida que un palo de escoba. ¿De verdad es hoy el mejor día para ponerme de modelo?

—Rostros. Ese gran enemigo de los pintores, dibujantes y artistas en general —dice Jorge como todo un profesional—. Los rostros forman, junto a las manos, de las cosas más complejas y más difíciles de plasmar en una obra. ¿Cómo le damos el realismo perfecto? ¿Cómo lo moldeamos para darle la expresión que buscamos reflejar? Vamos a intentar conocer algunos trucos sobre ello hoy, con Lara aquí sentada.

Escuchar mi nombre salir de su boca me vuelve a poner más rígida aún si cabe.

—Fijaos con detalle en la forma de su frente... —Entonces posa sus dedos en mi piel, de manera educada, pero estable. Recorre mi frente con las yemas soltando una explicación de la que no me entero en absoluto, porque sus dedos mágicamente han hecho que me quede sorda, ciega y atontada, todo a la vez.

Miro las caras atentas de mis compañeros, sobre todo de Francisca que está incluso con la boca abierta antes tales consejos artísticos. Debe de ser interesante lo que comenta Jorge, así que vuelvo a conectar mi sentido del oído por unos segundos.

—... que no se os pase reflejar cada detalle, cada sombra. Igual que si nos vamos a la nariz, pómulos. Lara por ejemplo tiene unos pómulos bastante marcados y redondeados y una nariz un poco chata y recta. —Sigue acariciándome cada lugar que nombra y me comienzo a poner muy nerviosa, a pesar de que me toca desde atrás solo con las manos, para que los demás puedan ver bien mis rasgos, es como si lo tuviese encima, invadiendo mi espacio personal. Y eso me crea ansiedad.

—Y si miramos los labios... —Salto como si tuviese un muelle en el trasero de la silla y me pongo de pie con brusquedad. El solo hecho de que me toque los labios, es impensable.

Todos me miran sorprendidos sin decir nada. Solo Jorge, que aún tiene las manos en el aire, me pregunta si estoy bien, desconcertado.

—Necesito ir al baño —digo antes de salir corriendo prácticamente, hacia la puerta.

Me quedo de pie contra la puerta del baño durante unos minutos intentando calmarme. Miro mi reflejo en el espejo y estoy más colorada de lo normal, cosa que siempre odié en mi adolescencia, ponerme roja cada vez que sentía vergüenza. Subo mi mano temblorosa hasta la frente y paso la yema de los dedos por ella, al igual que ha hecho Jorge minutos antes.

¿En qué estaba pensando? ¿Es acaso parte de un malévolo plan en su supuesta venganza hacia mí? ¿Tiene pensado jugar conmigo hasta que no pueda más y que pierda aún más la cabeza?

—Lara, estás paranoica —me susurro a mí misma mientras me miro en el espejo.

Abro el grifo y me lavo un poco la cara para rebajar el nivel de calor que se ha acumulado en poco rato en esa parte de mi anatomía, y tras suspirar varias veces, regreso a clase para sentarme otra vez en mi escaparate personal. Intento parecer serena, relajada, mientras todos me pintan con un acompañamiento instrumental que sale de la radio.

Jorge también me dedica miradas mientras se pasea supervisando mis retratos, por toda la sala. Yo se las esquivo y miro a los interesantes cuadros del fondo colgados en la pared. Nunca me había parecido más interesante un cerezo en flor. Aunque a veces miro de reojo de nuevo, y lo vuelvo a pillar. “¿No lo habrá hecho aposta, *verdad? El tocar y todo esto*”.

—No, ella tiene los labios más carnosos... justo así... —Él corrige el cuadro de Francisca mientras me mira por encima del lienzo mis labios y da pinceladas precisas. Yo aguanto como puedo, hasta que llega la hora de irse y recojo mis cosas como si el lugar fuese víctima de un aviso de bomba y tuviese que huir a toda velocidad.

Prácticamente salto las escaleras de tres en tres, deseando que el aire fresquito de la calle me salude y me devuelva las neuronas que al parecer me faltan para dejar de parecer una loca. Me despido de la auxiliar con un seco “adiós” y no paro de correr hasta que llego a casa de Carla. Necesito a una amiga y sé que ella me entenderá, o al menos me bajará los pies a la tierra de nuevo.

—¡Lara! —exclama sorprendida al verme. Claramente no esperaba mi visita y mucho menos a estas horas de la noche. Lleva puesto su pijama de gatitos preferido lo que me hace sentirme automáticamente culpable por interrumpir su hora de relax.

—¿Puedo quedarme un rato contigo? —casi suplico mientras empuño con fuerza las asas de mi mochila.

—Por supuesto. Pasa, hace un frío que pela.

Pone una de sus manos en mi hombro y me invita a pasar. Carla vive en uno de los barrios más céntricos de Villazul, su casa, con pequeñas bóvedas y un recogido y bonito patio, es fiel a la arquitectura tradicional de esta zona. Escudriño las estancias en busca de más ocupantes, pero por suerte su novio, Yago, está aún trabajando. Me siento aliviada, no quiero que nadie más se entere de que soy una paranoica sin remedio.

Ella me invita a sentarme en el comedor en un mullido sofá de color negro. La estufa caldea la

estancia, y la presencia de velas, plantas y diversos cuadros “zen” junto a la compañía de mi amiga, me logra calmar por primera vez en horas. A Carla siempre le gustaron las cosas bonitas y llenas de armonía y eso se refleja en la decoración de su hogar.

—¿Estás bien? —pregunta mientras se sienta a mi lado y me observa más de cerca—. ¿Quieres tomar algo?

—No, no tengo apetito. Y sé que mi cara es horrorosa últimamente. Le daría un susto al miedo si me lo propusiese —bromeo, en el fondo llena de dolor.

Eso la hace reír y me insta a quitarle hierro al asunto de mi cara y que parezca una muerta viviente.

—No he pasado la entrevista, otra vez —confieso casi en un susurro—. *Emilia de Zara*, la pasó. —No puedo evitar poner una cara de disgusto cuando la nombro.

Ella me mira extrañada seguramente preguntándose quién es esa tal Emilia y por qué nombro esa tienda, lógico.

—Bueno, entonces seguro que una cosa mejor te está esperando y que ese trabajo no era para ti —me consuela acariciándome la mano y sonriéndome.

—Sí, supongo que tengo que pensar así. Pero la cuestión es que nunca nada es para mí. —Me tiembla la mandíbula—. Me comienzo a cansar de eso. Y sé que soy como un disco rayado repitiendo siempre las mismas cosas, pero de verdad. Estoy comenzando a desesperarme. O ya estoy desesperada, no lo sé...

—Creo que estás entrando en pánico. —Sus enormes ojos color chocolate me miran con compasión y comprensividad. A pesar de que ella tiene todas las comodidades que siempre deseó: un trabajo estable, un novio, una casa incluso a su corta edad, a pesar de ello, sé que comprende mi situación. Por eso siempre acudo a ella.

Sé que siempre estará para mí. Por eso la quiero tanto.

—Sí, no lo puedo negar. —Intento respirar hondo tal y como ella me indica, mientras me imita y ambas inspiramos y expiramos como dos alumnas en su primera sesión de yoga—. Vas a tener que dejarme algunos de tus cuadros, a ver si colocándolos en mi cuarto logro relajarme tanto como lo hago siempre en tu casa.

—¡Claro! —exclama—. ¿Cuántos necesitarías?

—¿Cuántos se necesitan para forrar cuatro paredes de dos metros y medio de arriba a abajo?

Ambas reímos con tan solo imaginar mi cuarto empapelado de budas, ríos y hojas empapadas de lluvia. Vigilando mis sueños. O desconcertándolos.

—Te lo repito, Lara, vendrá algo mejor. —Me acaricia la mejilla y su contacto me resulta lo más reconfortante del planeta en estos momentos—. Ya verás.

Sonrío.

—Y si ya no tenía suficientes complicaciones en mi vida, súmale las desconcertantes miradas de *Jojo* a todas horas...

Retira su mano de mi cara y abre los ojos de par en par inundados de un brillo curioso. Ella me

mira fijamente esperando que le dé explicaciones sobre lo que acabo de decir, y yo termino recordando que es verdad, que no le he contado nada del tema de que Jorge ahora haya vuelto y sea mi profesor y verdugo.

—¿Hablas de *Jojo*, ese *Jojo*? —pregunta incrédula—. ¿El amigo de Yago?

Oh, cierto. Me había olvidado que su novio Yago y Jorge son amigos desde el instituto. Genial, esto se me va de las manos.

—¿Acaso hay otro *Jojo* en este pueblo? —respondo con otra pregunta—. Más bien, ¿acaso hay otro *Jojo* en este pueblo que quiera vengarse sutilmente de mí por el susto que hace más de once años, casi lo deja sordo y con problemas cardiacos de por vida? Sí, ese *Jojo*. —Mi boca se llena al decir su famoso mote.

El simple recuerdo de aquel momento hace reír mucho a Carla, que intenta asimilar algo incrédula de que el destino nos haya sorprendido con este encuentro.

—No me puedo creer esto. —Me mira con una sonrisa—. ¿Cuánto hacía que no le veíamos?

—Pues casi once años —repito— o quizá más. Casi nunca me he apuntado a clases de nada. Y para una cosa, solo una a la que me apunto, aparece él, de profesor. —Resoplo y me revuelvo incómoda en el sofá cuando sus ojos verdosos mirándome los labios por encima del caballete aparece en mi mente sin permiso—. Esas clases de pintura, Carla, iban a ser mi salvación. Mi escape. El soplo de aire fresco en mi vida. Y mírame. —Me señalo y señalo mi mochila—. Prácticamente acabo de salir huyendo de allí. Huyendo de él y de sus miradas extrañas. Voy a volverme loca, Carla. Te lo juro.

—¿Él te mira? —pregunta llena de curiosidad acomodándose uno de los cojines.

—Sí, pero no de la forma normal en la que un profesor mira a una alumna. Hay algo en esos ojos que me desconciertan. Soy incapaz de leerlo, Carla, y eso que sabes de sobra que suelo leer bien a las personas. Pero con él... es como darse de bruces contra un muro. —Sus ojos vuelven e intento pensar en otra cosa rápidamente—. Creo que sabe que hablábamos de él a sus espaldas y quiere vengarse de mí de algún modo.

—¿Y no has pensado, que quizá te mire por otra razón muy diferente? —Una sonrisilla asoma en su boca.

—¿Insinúas que puedo parecerle atractiva? ¿Tú también? —Ella me aguanta la mirada asintiendo y yo me echo a reír a carcajadas. Esto es surrealista—. Por Dios, Carla. ¿Cómo puedes pensar eso? —Seco mis lágrimas de tanto reír—. Te aseguro que en su mirada no hay ni un ápice de romanticismo hacia mí. ¡Vaya disparate!

Ella ríe junto a mí.

—Sí, es un poco loco pensar eso. Os habéis reencontrado hace prácticamente nada de tiempo, ni siquiera os conocéis y además él tiene novia. Si mal no recuerdo seguía saliendo con Alma, su novia de toda la vida.

—Oh, entonces al *chico susto* le ha ido bien. Nunca pensé que alguien podría estar con él. Parecía tan arisco y tan seco.

Entonces recuerdo automáticamente aquella noche y las palabras que prácticamente escupió a su teléfono mientras me miraba enfadado y aún recomponiéndose: “Solamente ha sido una estúpida que me ha chillado en el oído”. Miriam tiraba de mi brazo mientras yo aún conmocionada le mantenía la mirada y escuchaba su insulto.

Recordar ese momento me hace enfadarme un poco y pensar, que quizá sí, el susto se lo tuviese bien merecido. Estúpido él.

—Yo solo lo he visto en alguna ocasión cuando nos hemos juntado con los amigos de Yago, pero apenas he tenido relación con él —explica Carla.

—Sea como sea me da igual. Lo último que me interesa saber es la vida amorosa de Jorge. Solo quiero que se vaya, y que nunca nos volvamos a cruzar.

—Intentaré sacarle información a Yago. —Ella me guiña el ojo en señal de complicidad.

Yo me espanto por un momento.

—Créeme, que lo último que necesito es información sobre ese chico, pero gracias por tu disposición —agradezco con el entrecejo fruncido.

Volvemos a reír y seguimos hablando de muchos más temas. Las horas se pasan volando y cuando quiero darme cuenta, son ya más de las once y media de la noche. Me disculpo con Carla, y agarro mis cosas para salir pitando y volver a casa. Tengo que intentar escribir, preparar otra tanda de currículos para mañana y prepararles la cena a Leo y Raúl. Aunque a estas alturas de noche, seguramente habrían comido lo primero que pillasen y estarían ya acostados y hasta con la digestión más que hecha.

—Muchas gracias como siempre —digo mientras la abrazo—. Me ha sentado genial hablar contigo.

—Si hay algo más que pueda hacer por ti —dice ella—, tan solo dímelo. Me siento impotente de ver que estás así y no poder ayudarte.

—Simplemente con escucharme y echar estos ratitos de charla, ya me ayudas muchísimo, Carla. —Le sonrío y ella parece algo más satisfecha.

Tras dos besos, no dudo en, ahora sí, dirigirme a casa. Hace mucho más frío que esta tarde y mi abrigo, ahora, no es suficiente para impedir que mis dientes parezcan que se vayan a partir del castaño que me acompaña por las silenciosas calles. Me coloco mis cascos y enciendo mi mp3, para que el ritmo frenético de la música me ayude a acelerar mis pasos y llegar antes.

Voy tan ensimismada en la música y en mirar al horizonte con la mirada perdida que casi me pasa inadvertido, que Leo, junto a un chico, salen de un pequeño bar al final de la calle. Echo a correr para intentar alcanzarlos, pero ambos caminan muy rápido y toman ventaja sobre mí.

—¡Leo! —grito con la esperanza de que me escuche. Volver a casa con él y sus divertidas ocurrencias es mucho mejor que hacerlo sola. Pero él no parece escucharme, aun así vuelvo a llamarlo con toda la fuerza que puedo, pero sin llegar al nivel de que los vecinos llamen a la policía para llevarse al calabozo a la tonta que no les deja dormir.

Tras varios intentos, desisto, mi voz no le alcanza, y me consuelo pensando que no sería bonito

de mi parte meterme entre él y su (al parecer) cita. Eso me hace reír, Leo está hecho todo un ligón.

Pero mi sonrisa no dura mucho, ya que cuando el chico que lo acompaña se gira, puedo ver que ni es un chico, ni mucho menos es su ligue. Reconozco ese pelo oscuro bien peinado hacia atrás, como solo un hombre de cierta edad sabe peinarse y una poblada perilla que solía acariciar casi compulsivamente cuando yo era pequeña.

Leo no está con ningún lío romántico.

Está con mi padre.

## Capítulo 12

Lo que parecía una típica y fría noche de finales de febrero, se convierte en unas de las peores tormentas que he tenido la desgracia de presenciar. Nunca me han puesto nerviosa esta clase de fenómenos meteorológicos, de hecho me encanta escuchar el sonido del agua caer con furia sobre las calles vacías mientras yo estoy calentita en mi cama.

Pero esta noche los rayos iluminan con furia blanca cada rincón de mi habitación, los truenos podría decirse que casi me dejan sorda y para colmo estoy completamente sola en el piso. Raúl se ha marchado toda esta semana a visitar a su familia en Sevilla, me encontré una nota suya encima de mi cama cuando llegué, y creía que Leo estaría aquí para cuando yo llegase, pero son más de las tres de la madrugada y él aún no ha entrado por esa puerta. No me vendría mal un poco de compañía, grita la miedica que vive en mi interior y que odia estar sola.

La imagen de Leo caminando a solas con mi padre por la calle aparece en mi cabeza de nuevo. ¿Qué estaban haciendo los dos juntos? Sé que lo conoce de varias veces que hemos coincidido en sitios, o las veces que yo he ido a casa acompañada de Leo, pero aparte de eso no se me ocurre ningún motivo por el que dos personas tan diferentes podrían estar juntas a esas horas y por qué Leo no viene a casa esta noche al parecer. Me quedo cavilando con los ojos abiertos imaginando todas las posibles coincidencias disparatadas por las que pude verlos, hasta que otro relámpago me deslumbra, me asusta y me hace meter la cabeza debajo de las mantas.

Mejor será que deje de montarme películas, cosa en la que soy bastante experta para mi desgracia y centre mis esfuerzos en dormir, descansar o si no es posible ninguna de las anteriores opciones, pensar en alguna trama interesante, que sea mínimo material de *bestseller*.

—¿Cómo está mi pintora, escritora y compi de piso favorita?

La voz de Leo entrando de repente a mi cuarto me hace pegar un brinco en mi silla y escribir un bonito “hjfdasdlk” en el documento Word de mi breve y decadente novela. Si es que se la puede llamar de ese modo.

—¡Qué susto me has dado! —Río mientras intento que mis pulsaciones vuelvan a su ritmo normal mientras me quito de la cabeza los auriculares y miro como él se tira de espaldas a mi mullido colchón, como si de la piscina más apetecible se tratase.

—¿También me quieres deshacer la cama? —pregunto con fingido enfado.

Por la cara pícaro que pone ya sé que me va a contestar con algunos de sus comentarios mal sonantes y fuera de lugar. Y así es.

—Ya me gustaría deshacerla, Lara, y contigo dentro. —Me guiña un ojo de manera seductora. Eso me hace reír y alzar una ceja.

—Si no supiese que eres gay, no te librabas —amenazo de forma divertida.

—Sabía que me tenías ganas desde aquel día que metiste la mano en el paquete con la excusa de recuperar tu bolígrafo.

—Y eso que me llevé. Soy la envidia de medio pueblo.

Los dos volvemos a reír juntos. No es ningún disparate en realidad, Leo es algo así como el amor de muchas jovencitas y no tan jóvenes del pueblo, es guapísimo y eso está a la vista de cualquiera. Por desgracia lo anhelan sin saber que tienen cero posibilidades con él.

—A los que veo que no les puedes meter mano como te gustaría son a tus musos, por lo que veo. —Alarga el cuello y echa un vistazo a la blanca página abierta en mi escritorio—. Poco negro veo yo ahí —bromea refiriéndose a las pocas palabras escritas.

Suspiro y relajo los hombros.

—Leo, quizá el sueño de ser escritora no sea para mí —comento desesperada—. ¿Sabes cuántas editoriales me han dicho que no? ¡He perdido la cuenta! —Vuelvo a suspirar fastidiada—. Me hace pensar que el libro no vale la pena, que quizá si escribo otro con otra historia completamente diferente, lograré captar la atención de algún editor. Aunque sea el editor de la peor editorial del país y el más desesperado.

—Es normal. Se le llama “el bloqueo del escritor” y mientras más insistas en escribir algo a la fuerza y por desesperación, querida Larita, menos cosas y de peor calidad vas a escribir.

El camina hacia mi posición y pone sus manos en mis hombros sonriéndome.

—Date tiempo —me aconseja—. Todo en esta vida tiene su tiempo y su lugar. Olvídate del tema, ya te inspirarás con algo.

—Vaya... gracias *Mr. Wonderful*. —Lo observo con los ojos como platos con algo de ironía—. Ahora sé que solo tengo que sentarme a ver la tele, y esperar que un libro se escriba solo.

Él me pega un manotazo cariñoso en señal de protesta.

—No. En realidad lo único que tienes que hacer es salir ahí y vivir. Y entonces el libro se escribirá solo. —Señala con un dedo a la calle a través de la ventana y sus ojos azules brillan como dos espejos de agua cristalina.

Vaya. Eso era profundo. Y además de verdad.

Sonrío y asiento, dándole a entender que agradezco su consejo.

—¿Dónde estuviste anoche? —pregunto volviendo a centrarme en mi ordenador y tecleando un poco sin sentido esperando su respuesta—. Me moría de miedo con esa tormenta.

—Oh, anoche... no te lo vas a creer. —Él piensa durante unos segundos en los que yo vaticino que me va a mentir con cualquier chorrada que se acaba de inventar—. Estuve con tu padre.

Su sinceridad me deja muy descolocada. Lo vuelvo a mirar.

—No toda la noche, obviamente, a salir de Roma lo encontré —nombra su local de alterne favorito—. Iba camino a tu casa tras dejar el coche aparcado en la empresa. Me pregunto por ti... está algo preocupado.

—Hablaré con él, no te preocupes —contesto aún algo extrañada de que ambos pasen tiempo juntos.

—Luego, conocí a un rubio de infarto. Sergey era un ruso descomunal de metro noventa y...

Me giro bruscamente en la silla levantando las manos en señal de que se detenga.

—Créeme cuando te digo que no necesito saber qué es lo que hicisteis luego ese ruso y tú —río—, de verdad. Me lo puedo imaginar.

—¡Qué va a imaginar una chica virgen como tú! Te vendría genial conocer la teoría al menos escuchando mis experiencias.

Lo miro acribillándolo con la mirada. Sabe que ese es un tema delicado para mí. El no haber tenido ninguna relación a mis veintiséis años, no es una cosa que me alegre precisamente la vida. Me hace sentir aún más inútil. Pero creo que en cierta parte, una chica tímida, pasada de kilos, y que huía literalmente de los hombres hasta hace relativamente poco, no es una candidata a novia muy apetecible a los ojos de alguien.

—La chica sabe de sobra la teoría aunque no la haya puesto en práctica —digo cortante—. Y como sigas por ahí, quizá tú te quedes sin poder hacer esa práctica más.

Imito con mis dedos a unas tijeras abriéndose y cerrándose y miro intencionadamente a su entrepierna.

Él horrorizado protege esa zona con sus manos.

—¡Eres una seca, Lara Danot! —Ríe mientras se escabulle de mi habitación poniendo a salvo sus partes nobles de la amargada chica que sigue intentando centrarse en escribir algo y no le sale absolutamente nada.

Mis amigas bailan y ríen como locas en medio de la pista de Rayna, mientras yo me tomo un coctel sin alcohol desde uno de los sillones. La música llena de ritmos latinos es ensordecedora, y las luces de colores destellan por todo el oscuro local iluminando a sus clientes como sacados de un cuento. Es viernes, estoy con mis amigas, en uno de los mejores locales de Villazul, rodeada de un ambiente que hasta al más aburrido le darían ganas de mover el esqueleto, pero yo aquí estoy, apartada de todos mirando como bailan. ¿Y por qué? Pues porque me siento abrumada, porque no estoy de humor, porque todos están felices y yo...

—¡Lara, vamos! —Miriam corre hasta mi posición y me tira del brazo para instarme a salir a bailar con ellas—. Te estás perdiendo toda la diversión.

—Me lo paso bien mirándoos —digo intentando que no me tire el vaso que tengo en la mano de los tirones—. No os preocupéis por mí.

—No digas mentiras, tú siempre has sido el alma de la fiesta. —Me mira suplicante con sus bonitos ojos de color miel perfilados perfectamente de negro—. Siempre te hemos tenido que arrancar de las discotecas literalmente y llevarte a casa, porque no querías dejar de bailar y ¿ahora dices que te diviertes solo mirando? ¡Vamos, Lara! Hazlo por mí.

Suspiro mirándola, que más querría yo tener ganas de unirme a mis amigas y disfrutar con ellas como lo hemos hecho siempre. Haciendo el tonto en la pista, imitándonos en bailes imposibles, buscando algún chico guapo al que echarle el ojo el resto de la noche. Pero me siento... vacía por dentro.

Miro hacia la pista donde tanto Carla, Paula y Ruth me miran suplicantes poniendo muecas de pena y las palmas juntas de las manos como pidiéndole a Dios el milagro de que su amiga Lara regrese con ellas y sea la que fue antaño.

Vuelvo a mirar a Miriam que espera expectante mi respuesta, aún con su mano en mi brazo, y sacando fuerzas hasta de donde no sé dónde, reúno el valor de dejar mi copa en la mesa y reunirme con ellas en medio de la pista, y hasta dedicarles una sonrisa. Intento bailar con las pocas ganas que tengo, pero el verlas sonreír y divertirse me dice que solamente por eso ha valido la pena mi esfuerzo.

Ellas no tienen culpa de mi estado de ánimo, ni de que al parecer no sea útil para ninguna empresa, ni que el dinero que tengo ahorrado me vaya a durar pocos meses más, ni de que nunca haya tenido novio, ni de que sea virgen, ni de que tenga estos años y sienta que estoy desperdiciando mi vida, que mis sueños sean imposibles de alcanzar, que...

Sigo escarbando en toda la negatividad que hay en mi cabeza y en mi corazón, cuando de repente mi mirada se cruza con la suya.

Y entonces esas voces desaparecen y ya solo tengo ojos para él.

*Jojo.*

## Capítulo 13

Él mira en otra dirección en cuestión de segundos, centrando toda su atención en su acompañante que le susurra algo al oído que lo hace reír. Yo aparto la mirada también cuando me doy cuenta de que él no se ha percatado de mi presencia y dejo que disfrute de su complicidad con la que imagino, será la novia de la que hablaba Carla el otro día. Sigo intentando bailar y parecer normal, un cuerpo más en esta discoteca que pierde el control al ritmo de la música, y quiero olvidarme de la presencia de Jorge, pero mis ojos se sienten con la suficiente libertad de desobedecerme y echarle a él algún vistazo que otro.

Nunca más vuelve a mirar en mi dirección, en cambio se dedica a bailar, reír, beber, hacer un poco el tonto y darle besos de cariño en la mejilla a su novia. Eso debería tranquilizarme, tengo que darme cuenta de que mi miedo irracional hacia él y su presencia en cualquier lugar es precisamente eso; no tiene ni pies ni cabeza. Él no se acordará de mí, de hecho no hay nada en mí que recordar, y tengo que aprender a tratarlo como uno más. Porque solo es uno más.

Una coincidencia rara en mi destino.

—¿Estás calculando alguna especie de fórmula matemática rara? —Paula me golpea con su dedo en la frente, lo que me hace salir de mis cavilaciones—. Tienes la frente tan arrugada que ya eres uniceja.

Todas echan a reír con su ocurrencia, incluso yo. Últimamente en verdad hago viajes astrales a mi interior sin darme apenas cuenta.

—Seguro que habrá visto algún moreno de esos que tanto le gustan. —Miriam me guiña el ojo en complicidad—. ¿Quién es el afortunado esta vez?

Juguetona, otea la pista de baile en busca de mi supuesto príncipe azul. Yo la tomo por la barbilla y hago que se gire y deje de buscar.

—No hay ningún moreno. Ni un rubio, ni siquiera un pelirrojo —contesto divertida y a la vez apesadumbrada. La verdad la noche iría mejor si pudiese ver a algún chico más aparte de a Jorge. Ese pensamiento hace que me enfurruñe de nuevo—. Voy a ir a pedir algo, ¿quién viene?

Carla se empeña en venir conmigo a la barra, lo que me hace intuir que ella también se ha percatado de la presencia de nuestro amigo *el chico susto*. Conseguimos hacernos un hueco entre la gente, no sin pisar un par o dos de bonitos zapatos, y logramos comunicar los deseos de nuestras reseca gargantas al camarero. Entonces es cuando Carla confirma mis sospechas.

—*Jojo* está aquí. ¿Lo has visto? —Se apoya un poco en la barra para ver si lo vuelve a localizar.

—Sí, lo vi antes. Parece estar divirtiéndose mucho. ¿La que lo acompaña es su novia? No la he visto nunca —pregunto por curiosidad.

Carla centra su mirada en mí.

—Sí. Ella es Alma —confirma—. Y no es precisamente el “alma de la fiesta”. —Eso me hace sonreír—. Si no te suena su cara, es porque no es de aquí, es de Madrid. Pero trabaja en el pueblo de al lado.

Asiento comprendiendo.

—¿Y qué te ha hecho la pobre Alma para que pienses así de ella? —El camarero coloca los vasos vacíos en la barra y abre nuestras bebidas. Me centro en vaciar el contenido de las botellas, lo que me ayuda a disimular la expectación que tengo con la respuesta que me dará.

—Oh, nada en realidad —se excusa—. De hecho solo he coincidido con ella en contadas ocasiones, ni ella ni *Jojo* suelen venir mucho cuando hacemos quedadas con los amigos de Yago. Pero las veces que la he tratado, tampoco es que haya sido la alegría de la huerta. No sé qué hace alguien como ella, con alguien como él.

—El amor es lo que tiene, ¿no crees? —Le tiendo su vaso y choco mi vaso con el suyo cuando lo coge—. Te lleva por caminos y por personas insospechados.

Ella me lanza una mirada rara, pero brinda por mí, y por el amor.

El maldito y escurridizo amor.

Ambas volvemos a la pista y seguimos allí durante dos horas más, dos horas en las que decido que ya he actuado bastante. Pero ellas no parecen querer retirarse, de hecho Carla, Paula y Miriam siguen saltando como locas en la pista, mientras yo tomo un descanso con Ruth, sentadas en el mullido sofá en el que me sentaba antes. Me gusta estar con ella. Es la más tranquila de todas nosotras y su sola presencia me calma.

—Tienes cara de “quiero salir corriendo de aquí” desde el momento en que entramos —me confiesa divertida.

—No lo podrías haber descrito mejor. —Le sonrío mientras me coloco bien el flequillo sobre la frente, algo perlada de sudor por el calor sofocante—. Supongo que me he levantado algo desganada, siento ser la aguafiestas. De lo único que tengo ganas es de irme a casa, acurrucarme en la cama, y amanecer siendo otra persona. ¿Es mucho pedir eso? —Pongo una mueca de disgusto y ella niega con la mano.

—Bueno, todos tenemos nuestros días, obviamente si te encuentras mal, es mejor que te vayas y descanses. —Y esa es la forma de consolar de Ruth. Es una chica parca en palabras, pero aun así se siente bien. Ser comprendida.

—De hecho, te confieso que estoy a punto de hacer una fuga a la altura de los peores presidiarios, ¿me ayudas a que las demás no se den cuenta? —le pregunto sonriendo—. No quiero arruinarles la noche, aún más...

—Tranquila. Yo te cubriré —contesta comprensiva con una sonrisa.

Asiento y tras darle un apretón de manos y coger mi abrigo y mi bolso, me dirijo hasta la puerta y salgo al frío helado de la calle, la cual por cierto parece el escenario perfecto de una película de terror.

Son las dos de la madrugada, una fina capa de niebla no me deja ver más allá de dos metros y algunas farolas fundidas no invitan precisamente a elegir ese camino para llegar a casa. Por suerte no soy de esas chicas que entran en pánico si tienen que volver solas a casa, en vez de eso mis caminos de regreso nocturnos siempre han sido llenando mi cabeza de ideas para novelas, para nuevas historias que traer a la vida, en vez de imágenes de asesinatos, violaciones y raptos. Ningún chico se ofreció nunca a acompañarme, así que desde siempre me he sabido cuidar sola.

Dirijo mis pasos lo más rápido posible hacia mi piso, aunque más de diez minutos no se me excusarán en mi camino. Y voy sumida en mis pensamientos, como siempre, cuando los faros de un coche detenido al final de la calle que atravieso hacen que me ponga un poco tensa. A ver, no tengo miedo, pero un coche parado a altas horas de la madrugada en un cruce de calles, tampoco es muy alentador.

Sigo caminando en su dirección, porque no tengo otra opción para cambiar la ruta a casa, y mis pasos son mucho más tranquilos y vacilantes, esperando que el coche se vaya y me deje seguir pensando en mis personajes. Cuando estoy más cerca, la niebla me deja ver una figura, un chico se inclina por la ventanilla del asiento del conductor y tras unos segundos saca su cuerpo y se vuelve a erguir, mientras el coche echa a andar y él dice adiós con la mano.

Respiro aliviada. Solo era una cariñosa parejita de novios despidiéndose. ¡Qué tonta!

Vuelvo a echar a andar más rápido, pero me freno en seco, cuando descubro que el chico flechado por Cupido, no es otro que Jorge. Él escucha mis pasos y se detiene a mirar quién es su compañía en la oscura calle. Tendría que haberme ido por otro camino, coincidir con él a solas, me da más pavor que la idea del secuestrador de antes.

—¡Lara! —me saluda él con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo negro—. Preciosa noche para dar un paseo y tomar el aire, ¿eh?

Se supone que su broma me tendría que hacer gracia, pero mi cuerpo no reacciona cuando estoy con él. Es como si pasase de Lara, a un robot que es incapaz de articular palabra. Con más rigidez que la de los caballetes que soportan nuestras pinturas en clase.

Lo miro sin poder decir nada, hasta que me conciencio. “No pasa nada, Lara, es un chico normal, no se acuerda de ti, trátalo normal, no te quiere asesinar, no te preocupes”. Me acerco hasta su posición y lo saludo con un par de besos que me dejan a mí aún más descolocada que a él. Quizá me he pasado en mi intento de parecer normal y para nada nerviosa. Pero así es como se saluda la gente normal, ¿verdad?

—Hola, Jorge. —Casi sueño totalmente relajada. No era tan difícil—. ¿Te vas a casa?

Casi quiero tirarme de los pelos por hacer una pregunta tan obvia. Él sonríe y me indica que caminemos hacia delante, así ambos retomamos nuestro camino.

—Sí, es lo que tiene darle todo y emocionarse tanto un viernes por la noche, que a estas horas la cama te llama a gritos —sonríe mirándome—, ¿te recoges ya también?

Esbozo una sonrisa tímida.

—Sí, voy ya a casa —contesto brevemente.

—Pues pareciera que fueses a un entierro.

*“Sí, Jorge, no soy la alegría hecha mujer últimamente y lo sé y odio esparcir toda esa estela negra que parece pegada a mí, entre mis seres queridos y hacerles sentir tan mal como me siento yo, por eso me voy a casa”.*

—Estoy cansada y me he fugado sin que me viesen mis amigas. —Lo miro y levanto las cejas ante la confesión de mi reciente escape y lo orgullosa que me hace sentir.

Eso lo hace reír y el vaho que se escapa de su boca, se funde con la espesa neblina, desapareciendo en cuestión de segundos.

—Vaya, qué malota. ¿Y qué excusa les vas a poner cuando se te lancen al cuello por haberlas dejado abandonadas?

—Ya pensaré en ello mañana, ahora mismo tengo la misma llamada que tú: la de mi cama.

Ambos sonreímos. Si al final va a ser verdad que *Jojo* es un chico majo y todo, no un loco psicópata con ansias de venganza. Seguimos caminando manteniendo una pequeña separación entre nosotros por las calles de Villazul, desiertas a estas horas. Ninguno sabemos bien de qué tema hablar, así que la tensión se podría cortar con un cuchillo. La poca comodidad que logré antes con mi valentía ahora se ha esfumado como el vaho de nuestras bocas. Ya solo quedan dos escasas calles para llegar a mi piso cuando su voz vuelve a interrumpir el silencio de la madrugada.

—Dibujas genial.

Su halago me pilló desprevenida, trago saliva.

—Gracias. Me gusta mucho dibujar desde que era pequeña como te comenté, pero nunca me había atrevido con el óleo.

—Pues continúa con él. Podrías hacer grandes cuadros. Te lo digo en serio.

Estoy rezando para que mi cara no parezca un tomate en plena madurez, es lo que tiene no estar acostumbrada a los halagos y el tener una extrema timidez, sobre todo si se trata de chicos. Asiento y le vuelvo a dar las gracias. Otro silencio incómodo se apodera de nosotros cuando torcemos la esquina de mi calle. Tengo que resistir las ganas de echar a correr cual Usain Bolt y escapar de esta extraña sensación. Necesito paz por hoy. Es más, suplico por tener paz.

—¿Nos conocemos de antes, verdad? —pregunta de repente. Si pedía paz, el cielo ha respondido a mis súplicas con una guerra. Pero de categoría mundial.

Lo miro nerviosa, pero intento tranquilizarme como puedo. ¿No se supone que esa es una pregunta normal entre gente que se está conociendo o entablando relación? Esperaba que así fuese. Así que decido ser sincera con él.

—Sí, de vista del instituto. Y que eres amigo de Yago, ya sabes, el novio de...

—Carla —termina él—. Sí, lo soy. La cosa es que me sueñas, pero en realidad no te recuerdo del todo.

Oh dios. Casi puedo escuchar las trompetas de los ángeles en mi oído del alivio de que él no me recuerde en absoluto. Entonces estoy libre, estoy salvada.

—Es mejor que no recuerdes a la Lara de aquella época, créeme. —Sonrío avergonzada solo de acordarme—. Quizá me hubieses confundido con el contenedor de vidrio, grande y redonda.

Él pone una mueca reprobadora, mientras llegamos a mi portal y me detengo en la gran puerta de forja, la negrura de sus barrotes destellan a la luz de las farolas.

—Eres bastante dura contigo misma —me regaña.

—Soy realista, y es la verdad. Eso lo dices porque no me viste en aquel entonces. —Intento sonar jovial mientras introduzco la llave en la cerradura. Luego cuando logro abrir la puerta, me giro hacia él—. Me quedo aquí.

Inclino mi cabeza en dirección a la puerta. Y le digo adiós con la mano. No me queda más valentía hoy para darle dos besos y más después del gran susto y sus preguntas.

—Vaya, por un momento pensé que ibas a allanar otra casa —bromea mirando la puerta abierta. Como diciéndome que es obvio que es mi casa.

Y lo más sorprendente es que tengo ganas de seguir su broma. Vestigios de la vieja Lara que aún quedan en mi interior y luchan por volver a salir.

—Sí, bueno, aquí viven dos chicos gay y estudiantes de veinte años. Seguro que puedo encontrar sustanciosos objetos que sustraer —susurro con ironía.

—No te olvides de compartir tu botín. Yo te he ayudado a venir hasta la casa. —Él ríe.

—Ya hablaremos de los porcentajes entonces. —Me apoyo en la puerta mientras comienzo a entrar en el rellano—. Buenas noches, Jorge.

—Buenas noches Lara. Me alegra haber charlado contigo.

Le sonrío con educación y tras despedirnos, cierro al fin la puerta aliviada de no tener que fingir, aliviada de que mi actuación de esta noche ha terminado.

Sé que no es manera de afrontar los problemas. Pero solo me siento segura en casa, sin salir, sola con mis pensamientos.

Y así, con mi nube negra, subo las escaleras y regreso a mi refugio.

## Capítulo 14

*Abril, 2016*

—Lara, estás más nerviosa que yo. —Mi madre pone una mano sobre mi rodilla para que detenga el golpeteo rítmico de mi pie contra el suelo en un intento de calmar mi ansiedad.

La miro y no me puedo creer que esté tan tranquila, cuando está a punto de realizarse una mamografía. Siempre me pusieron nerviosa los hospitales y aunque esta visita solo sea un control rutinario por su edad, no quería dejar que viniese sola. Solo me tiene a mí, ahora que Cristian está en Barcelona y viene de mes en mes. Y mi padre se pasa el día viajando, así que solo le queda aguantarme a mí, le guste o no.

—No me gustan los hospitales, solo con el olor... —Comienzo a rebotar mi pie inconscientemente de nuevo y ella me vuelve a detener.

—¿Quieres irte a casa? De verdad, no hace falta que estés aquí. Es solo un control sin importancia.

—No te voy a dejar sola. —Le sonrío intentando calmarme—. Sea lo que sea, tenga importancia o no.

De repente un sonido estático retumba en la sala de espera y una firme voz de mujer nombra a mi madre. Es la siguiente en entrar a la revisión. Ella se levanta de la silla, pero antes de encaminarse hacia la puerta por la que tiene que entrar me tiende una moneda de dos euros.

—Anda, ve a la máquina y tómate alguna cosa mientras yo acabo con esto.

Su instinto maternal y su trato me hacen sonreírle y tomar el dinero, pero no me muevo del sitio hasta que ella desaparece por el umbral y la puerta con el símbolo de peligro radiación se cierra a sus espaldas. Sin otra cosa que poder hacer, le hago caso, así que apesadumbrada y nerviosa recorro los pasillos del hospital, en busca de una máquina con la que saciar mi sed. O más bien desesperada por encontrar algo en lo que entretenerme para que no le pueda dar más vueltas aún a la cabeza y ponerme más y más nerviosa.

No sé cómo puede estar tan tranquila. Sé muy bien que finge. Finge para que no nos preocupemos por ella. Saco una bolsa de gominolas y me siento en una de las sillas de metal más cercanas a la máquina. Hace mucho tiempo que descubrió que algo andaba mal en uno de sus pechos, esos malditos bultos aparecieron sin previo aviso, preocupándonos a todos. Por suerte todos estos años han estado controlados, pero siempre que venimos a la revisión rutinaria no

puedo hacer otra cosa que temer que algún día nos den una mala noticia. Intento sacarme esas ideas de la cabeza mientras sigo mascando casi compulsivamente los dulces de fresa que hay en mi bolsa. El sonido de mi teléfono es lo único que consigue acallar esas voces. Es Cristian.

—¿Cómo está la mejor hermana que se podría tener? —Casi puedo ver sus pequeños y marrones ojos entrecerrarse con una sonrisa dibujada en su rostro cuando pronuncia esas palabras.

—Echando de menos a mi pequeño hermano, como siempre. —Sonrío.

Cristian y yo, a diferencia de muchas parejas de hermanos, siempre nos hemos llevado a las mil maravillas, obviamente hemos tenido las típicas peleas de hermanos, pero siempre hemos terminado todas con un abrazo y haciendo como si no hubiese pasado nada. No me acabo de acostumbrar a que esté lejos de mí. Siempre he tenido un gran sentimiento protector hacia él.

—¡Menuda mentirosilla! Si seguro que estarás encantada de no tenerme por allí robándote tu ordenador y tus cosas.

Me hace reír al recordar lo que solíamos pelearnos por ver quién se apoderaba del único ordenador de la casa para jugar a los últimos videojuegos del mercado. Llegamos a romper un teclado incluso. Eran grandes batallas.

—No puede ser mentira porque hace años que no vivo en casa. ¿Recuerdas que me independicé? —pregunto jocosa.

—Aún no te perdono que me dejases abandonado para irte a vivir con tus amigos gays. Creo que voy a abrirte un expediente.

—¿Ah sí? Tendré que llamar entonces a un abogado. ¿No tendrás un hueco para defender a una hermana incomprendida? —bromeo.

—Tengo una agenda bastante ocupada, lo siento.

—Ya, claro. Porque tienes todas las de perder cuando testifique que me he pasado media vida limpiándote la caca y los mocos.

Nos da la risa a ambos y esto me relaja más que cualquier paquete barato de gominolas de fresa.

—¿Cómo está mamá? —pregunta algo preocupado.

Mi sonrisa se borra automáticamente. Volviendo a la triste realidad.

—Acaba de entrar en consulta. No podía pasar con ella, así que me dio dos euros para quitarse a su nerviosa hija del medio —bromeo—. ¿Crees que saldrá todo bien?

Mi pregunta suena casi desesperada, y mi hermano suspira al otro lado de la línea

—No lo sé, Lara, pero pensemos en positivo. Si todos estos años ha ido la cosa bien, ¿por qué tendríamos malas noticias ahora?

—Ojalá tengas razón. Si tengo una preocupación más creo que me darán ganas de bajarme de la vida.

—Avisadme cuando estén los resultados, ¿vale?

—Por supuesto, Cristian.

Nos quedamos en silencio sin saber bien de qué hablar y algo nerviosos por el futuro de nuestra madre.

—¿Y tu búsqueda de empleo cómo va? —pregunta con interés—. Aquí en Barcelona intento hablarles a todos los que puedo de ti. Soy algo así como un *spam* con patas.

Aprieto con más fuerza el teléfono, de tan solo escuchar esa pregunta. Sinceramente estos meses no han sido nada fáciles.

Las lágrimas amenazan con escaparse de mis ojos, pero intento guardar la compostura.

Estos meses han sido horribles. Me atrevería a decir que los peores de mi vida. Si no comencé el año con buen pie, este dos mil dieciséis no tiene pinta de mejorar. Casi diez entrevistas más de trabajo fracasadas, otros siete rechazos editoriales. Tampoco sé en qué punto dejé de quedar y salir con mis amigas. En qué punto me dejó de importar la vida de los demás. O en qué punto me dejó de importar incluso mi vida.

Leo casi nunca estaba en casa, Raúl, es como si no existiese. Y yo solamente encuentro refugio en encerrarme en mi habitación. Me irrita a la mínima de cambio y cualquier tontería me hace llorar. No puedo dormir bien, apenas tengo apetito, me paso las tardes acostada en mi cama mirando por la ventana, sin hacer nada, como si estuviese muerta en vida. Porque sí, justo así es como me siento.

Y sé que todos están preocupados, y me duele el alma de que yo sea el motivo de esa preocupación, pero no quiero contaminar a nadie con toda esta negatividad que desde hace tiempo vive conmigo. Al menos ellos tienen derecho a ser felices. Y yo tengo derecho a esconderme de toda esa gente de la calle con sus interrogatorios por puro cotilleo, y su falsa lástima hacia mí. Aunque nunca me comprenderán. Nunca sabrán que para mí el simple hecho de salir a comprar un cartón de leche al supermercado es de las cosas más angustiosas que podrían sucederme.

—Bien —respondo en un susurro.

—No suenas muy bien que digamos. —Nota mi hermano, a pesar que no puede verme mi cara paliducha y coronada de ojeras oscuras.

—Solo estoy preocupada por mamá —me defiendo—. Estoy haciendo entrevistas, y bueno, algún día tendré suerte.

—¡Claro! Vas a llegar lejos, hermanita. —Me lanza un beso de ánimo, aunque no llega a calar en mi interior. Luego se excusa de que tiene que volver al trabajo y tras despedirnos, yo vuelvo a caminar hasta la sala de espera y me quedo mirando a la nada, hasta que mi madre vuelve a salir.

No sabremos los resultados hasta dentro de unos meses si todo va bien, así que con resignación solo nos queda esperar. La acompaño a casa, ya casi es la hora de la comida, y como no quiero dejarla sola, me quedo a comer con ella unas cajas de comida precocinada que hemos comprado. No hay ni rastro de mi padre, y eso que debería haber llegado hace horas y llevo meses sin poder quitarme de la cabeza el pañuelo que le descubrí y el supuesto beso que se dio con otra mujer y que Leo me contó. Para variar aún no he tenido la valentía de decírselo a mi madre. Bastante

tenía con lo suyo como para preocuparla más, tan solo por rumores.

Cuando llego al piso, camino con rapidez a mi habitación y ni siquiera me fijo en si Leo y Raúl han vuelto de clases o no, simplemente me pongo mi mp3, me tumbo en mi cama arropada con una mantita e intento no pensar en nada, como viene siendo costumbre. Me llegan varias llamadas de Carla y Miriam, pero las ignoro, y en algún punto creo que me quedo dormida. Porque cuando vuelvo a abrir los ojos, la luz en la habitación ha cambiado, a una luz más mortecina y mi mp3 se ha apagado por falta de batería. Me incorporo en la cama, algo mareada y desorientada. Escucho voces procedentes del salón, imagino que Leo ha vuelto a casa. Cuando abro la puerta para ir a la cocina a beber agua, me detengo al notar que no está solo, y que está hablando de mí con alguien más.

—... estamos muy preocupadas por ella.

Reconozco la voz de Carla.

—Os entiendo —contesta Leo—. Se pasa el día encerrada en su cuarto. Si no supiese que tengo compañera de piso que paga la mitad de los gastos, pensaría que estoy conviviendo con un fantasma. Ya no sé qué hacer para sacarla de ahí.

Abro un poco más la puerta, intentando enterarme mejor de la conversación.

—También ignora nuestras llamadas, y nuestros mensajes —continúa Carla—. Y es bastante frustrante no saber qué hacer para ayudarla. Las últimas veces que nos vimos ella me dijo que con el simple hecho de comprenderla y escucharla bastaba, pero no me siento bien dejándola así, siento que no sé qué hacer por ella.

—No está atravesando un buen momento. Nada le está saliendo bien y no tiene la capacidad de afrontarlo. No importa lo que le digamos, a no ser que su situación cambie, creo que esto no irá a mejor. —Leo suspira.

—Entiendo que se sienta mal porque no encuentra trabajo, pero debería ver las cosas desde otra perspectiva.

—También opino lo mismo. Parece que solo vive para ir a las clases esas de pintura y ya. Es lo único que hace en todo el día aparte de respirar.

El poco tacto con el que ambos están opinando de mí y de mi situación, encienden la rabia más profunda en mi interior. Nadie tiene derecho a opinar cuando no están en mi situación. Agarro mi mochila, y me dirijo furiosa al salón.

Ambos se quedan de piedra al verme y sus rostros reflejan tanta sorpresa como si hubiesen visto al mismísimo demonio.

—No tenéis derecho para estar opinando tan a la ligera sobre mi situación —susurro llena de rabia—. No estoy sin trabajar porque quiera, no tengo éxito no porque no quiera, sino porque por desgracia no tengo tanta suerte al parecer como vosotros, que sí tenéis vidas estupendas y tenéis tiempo para estar hablando de algo de lo que no tenéis ni idea. ¿Acaso sabéis como se siente?

No, no puedo llorar delante de ellos, no me pueden ver más débil aún.

—Lara, nosotros solo... —comienza a excusarse Leo titubeante de si contestarle o no a la fiera que está parada en la puerta del comedor.

—¡No tenéis ni idea! —le corto—. ¡Así que callaos y dejadme en paz! Eso es lo que podéis hacer para ayudarme.

Los dos siguen tan inmóviles como cuando entré al salón y no hacen ningún movimiento, hasta que yo con un portazo desaparezco de la escena.

Camino por la calle como alma que lleva el diablo, huyendo al único lugar al que me gusta ir, casi tanto como encerrarme en casa: las clases de pintura. Allí puedo tener la mente ocupada, pensar en algo más que no sea lo desastrosa que es mi vida y lo mucho que estoy perdiendo el tiempo sin ir a ningún lado. Allí, los “no vales para nada”, “nunca encontrarás trabajo”, “nunca encontrarás a nadie que te quiera”, “vas a morir sola”, “no tienes ni donde caerte muerta”, quedan acallados por la dulce música relajante, el olor a pintura y la simpatía de Jorge.

*Jojo.* Es increíble lo mucho que estos pocos meses han cambiado radicalmente mi visión sobre él. Pensaba que sería un chico soso, raro y con ganas de venganza. Pero tras nuestra charla aquella noche de febrero cuando regresábamos de la discoteca envueltos en neblina, la idea de su fatal plan hacia mi persona se fue desvaneciendo poco a poco. Charlábamos de vez en cuando en clase, tenía miles de sonrisas que regalarnos a todas mientras corregía nuestras técnicas y nos contaba divertidas anécdotas de otras clases en las que ejerció como profesor. Comencé a ver que Jorge no era el ogro ni el chico pasota que yo imaginaba.

Más bien era un encanto de chico.

Y no sé cuándo sucedió, pero un día de repente, me descubrí a mí misma buscando desesperadamente una de esas sonrisas.

Una entre esa mil que fuese solo para mí.

## Capítulo 15

—El claroscuro es una técnica que se lleva utilizando por los más famosos pintores desde hace muchos años. Nos sirve para dar volumen, tan solo usando las luces y sombras en nuestra pintura —Jorge explica detalladamente la nueva técnica que vamos a poner en práctica en nuestro nuevo cuadro con la dedicación y la paciencia que solo un buen profesor tiene—. Francisca, no me hagas tener que pasarte un pincel empapado de pintura por la frente.

Sonríó ante el peculiar castigo al que nos somete si nos portamos mal. Simple y llanamente te llena la cara aleatoriamente de pintura con el pincel más grueso que puede encontrar. De cualquier color. Y no es una pintura fácil de sacar, Leo fue una de sus víctimas y estuvo cuatro días con el vestigio de pintura roja en la frente. Parecía una picadura de mosquito gigante.

—¡Perdón, profe! —exclama ella con su peculiar tono de niña de seis años—. Pero la culpa es de Leo, me estaba distraendo con un vídeo en su móvil.

Todos echamos a reír. Incluso yo, sonríó un poco. Aunque al centrar mi mirada en Leo, que me observa de lejos, la mueca y la diversión desaparecen por completo de mi rostro. En cuanto yo salí de casa, él también vino detrás, supongo que quería asegurarse de tenerme controlada y que no hiciese ninguna locura depresiva fuera del piso.

—¡Mentirosa! —exclama él cuando yo dejo de mirarlo, y se centra en defenderse del ataque de Francisca.

Francisca le saca la lengua en un gesto aún más infantil, y eso hace que Leo baje la guardia y casi eche a reír. Desde luego son tal para cual.

La voz de Jorge vuelve a resonar en la sala.

—Pues también hay castigo para los chivatos —entona jocoso—. Así que ándate con cuidado. Quiero ver un cuadro perfecto. Si tienes tiempo para hablar en vez de escuchar la teoría, es que sabes hacerlo de sobra. Más te vale dejarme sin palabras.

—¡Por supuesto que lo haré! —Alza un puño en el aire en señal de fortaleza.

—Lo esperaré con ganas. —Jorge sonríe y casi puedo leer lo que está pasando por su cabeza. Que el cuadro de Francisca le dejará sin palabras. Pero quizá no en el buen sentido.

No tardamos mucho en terminar nuestra clase teórica y ponernos manos a la obra con el cuadro

claroscuro. Para esta tarea, decido cambiar un poco de registro, todo lo que he pintado anteriormente han sido flores, o ramos de las mismas. Cuadros que decoran las paredes de la sala, ya que Jorge como un maestro orgulloso de sus alumnos, exhibe todos nuestros trabajos para que vayamos viendo nuestra evolución. Luego podremos llevárnoslos a casa. Decido pintar un cielo tormentoso.

Un atardecer lluvioso, lleno de claroscuros. Justo como mi vida.

Él como siempre enciende el equipo de música y deja que una suave y bonita música instrumental llene la sala, y comienza a pasearse por todos los caballetes supervisando nuestras obras y charlando con nosotros. Luego nos cede un poco espacio personal y se va a su escritorio, donde se centra en apuntar cosas muy concentrado.

Entre brochazo y brochazo, no puedo evitar que mis ojos viajen hacia su dirección y me fije aún más en sus rasgos. Ha cambiado mucho, ya no es el niño de quince o dieciséis años que me asustó aquel día en el instituto. Ahora su mandíbula es mucho más masculina, y una incipiente y sutil barba oscura se salpica alrededor de ella. Sus ojos son bastantes grandes, se pueden notar incluso estando de perfil, coronados de unas largas y espesas pestañas que serían la envidia de cualquier mujer. Me incluyo.

Y me ha pillado haciéndole una radiografía con el pincel levantado en el aire como una tonta. Bajo la mano disimulando, mojando el pincel en un azul oscuro y noto que él me sigue mirando, así que vuelvo a mirar esos ojos verdosos. Entonces él me sonrío y baja la mirada a su cuaderno de notas, dando por hecho que este cruce furtivo de miradas se ha terminado. Y justo en el momento perfecto, viene a mí una frase de esas profundas que tanto se llevan en internet.

*“Y cuando me sonrío, juro que me alegra la vida. O me la desordena, no sé”.*

Abro unos ojos como platos e intento mantener mi cabeza fría. ¿Qué diantres estoy pensando con *Jojo*? Vuelvo a mojar el pincel, aún más efusiva, quitándome esas ideas locas de la cabeza. Es Jorge. Mi profesor. Sí, es tan solo un año mayor, pero es mi profesor. Y tiene novia.

Y no me gusta. No, no lo hace. Ni siquiera me interesa. ¡Qué locura!

Hundo por decimonovena vez tan fuerte el pincel en mi paleta de colores, que la mano que lo sujeta, me cede y me vuelco toda la pintura encima de la bata blanca. Miro horrorizada el arcoíris que se ha formado sobre mí preguntándome cómo diantres voy a sacar tanta pintura de una prenda así.

—Maldita sea —susurro por lo bajito, mientras agarro la paleta y me la quito de encima. En el proceso mis manos también se quedan multicolor.

—El claroscuro es para aplicarlo en lienzo, no en una bata.

Cuando levanto la cabeza, Jorge está en frente de mí, con una sonrisa burlona y casi puedo adivinar que está aguantándose las ganas de reír como un loco ante mi torpeza.

—No estaba en lo que tenía que estar —me defiendo con sinceridad mientras suelto la paleta con cuidado sobre la mesa auxiliar que todos tenemos a un lado. Con cuidado me afano en dejarla encima de varios papeles de periódico, no quiero seguir poniéndole color de más a todo

lo que toco.

La alarma que indica el final de la clase suena sobresaltándonos, y todos comienzan a recoger sus cosas y van saliendo del aula. Yo me dirijo a todo correr al lavabo, al menos para intentar dar un primer paso en la salvación de esta bata. Enciendo la luz para ver mejor y me apoyo en el mueble del baño para hacer una mejor evaluación de los daños. Me vuelvo a horrorizar al ver que la única solución barajable es coger la bata, hacerla un bolo, tirarla a la basura y comprar otra que me deslumbré con su blancura. Aun así no estoy en situación de derrochar dinero, así que tras quitar con papel la máxima pintura posible y tirarlo a la papelería, introduzco desesperada un trozo del tejido y lo empapo con jabón de lavarse las manos. Por más que froto y restriego, no hay manera de que la bata deje de parecer una bandera del orgullo gay. Resoplo y me miro al espejo fastidiada.

¿Podría llegar a ser más miserable mi vida?

Como si fuese una respuesta a esa pregunta, *Jojo* entra por la puerta y me quedo mirando su reflejo a mis espaldas. Trae unos botes en las manos y me vuelve a sonreír ante la gran desesperación de la chica ojerosa que se refleja en el espejo.

—Nunca vas a quitar esa mancha con agua. —Se acerca hasta mi posición, y deja los botes sobre el frío mármol blanco.

—¿Vienes a salvarme quizá con un ejército de aguarrás o disolvente? La verdad es que te lo agradecería mucho. —Sonrío casi desesperada.

Él también ríe y niega con la cabeza.

—Es aún más fácil que eso. —Agita uno de los botes y me hace una demostración como todo un tintorero profesional de cómo sacar una mancha.

No sé qué diantres es ese líquido, pero los colores comienzan a hacerse cada vez más y más débiles. Me mira triunfal y yo no puedo dejar de observar incrédula. Me he dejado las manos restregando más de media hora, para que él venga y sin despeinarse quite la mancha en dos segundos.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto realmente curiosa.

—Un profe tiene sus secretos —alardea mientras camina hacia la ventana y la abre para que se ventile y esta mezcla de olores químicos desaparezcan.

—¡Qué misterioso!

—Simplemente es quitagrasas —confiesa mientras vuelve a ponerse en frente de mí—. Así de sencillo. Ni con trementina, ni aguarrás, ni ningún otro químico. Créeme que no es la primera vez que veo manchas así.

Un profesor de pintura como él tenía que haber tratado con manchas de esas media vida. Por eso no había ningún misterio en sus milagros de limpieza.

—Esperemos un ratito más que haga efecto, y luego te la llevas a casa, y vuelves a repetir el proceso, ¿de acuerdo?

—Te lo agradezco mucho —titubeo.

—No hay que agradecer nada, es mi trabajo. Y tú necesitabas ayuda.

Ambos nos miramos un rato sin saber qué más decir, no tenemos una confianza plena para poder hablar de cualquier tema, ni yo soy la mejor compañera de conversación en estos momentos de mi vida. Me centro en cómo se siente entrar la brisa primaveral por la ventana y cómo roza nuestra piel en un abrazo cálido. Ya casi es de noche.

—Últimamente no tienes muy buena cara. —La voz de Jorge rompe nuestro silencio.

He escuchado esa frase tanto en los últimos meses, que casi estoy tentada de tatuármela para que nadie más pregunte. “Sí, sé que tengo una horrible cara, se le llama cara de deprimida”.

Quizá a cualquiera le hubiese contestado así. Pero no a él.

—No estoy atravesando mi mejor momento. —Soy incapaz de mantenerle la mirada, así que fijo mis ojos en las manchas de la bata, ya casi no se aprecian.

—Pues hay que animarse. Lo mejor de cuando estás pasando una mala racha, es que sabes que todo lo que venga, tendrá que ir a mejor. —Me sonrío.

—Ya —agradezco sus palabras—. Pero es complicado.

El desiste en seguir preguntando, no sé si porque me ve débil, a punto de echar a llorar, o por mera educación. Su teléfono móvil comienza a sonar y alcanzo a ver el nombre de Alma escrito en la pantalla.

Le doy algo de intimidad para que hable tranquilamente con su novia mientras yo me centro en enjuagar la bata, escurrirla bien y meterla doblada en una bolsa de plástico que encuentro en una papelera vacía de uno de los servicios. Él viene en mi búsqueda en cuanto termina.

—Tengo que irme, Lara... —se excusa.

—Adiós, Jorge —me despido bastante escueta mientras cierro la bolsa de plástico con un nudo para no mojarme.

Él sale a toda velocidad por la puerta y yo sigo su mismo camino con más tranquilidad, pero al cruzar el umbral él se ha dado la vuelta y quedamos bastante cerca el uno del otro. Lo que no es una situación muy cómoda. Casi puedo oler el aroma que desprende su piel, y lo peor es que me encanta. Me encanta como huele.

—He dejado la clase abierta, ¿te importaría cerrarla cuando recojas tus cosas? Tengo una cena importante a la que ya voy tarde. No puedo perder más tiempo.

Como me siento en deuda con él por arreglar mi bata, asiento con la cabeza y él me tiende un manojito de llaves que tomo enseguida con cuidado de que ninguno de nuestros dedos se rocen.

—No te preocupes, yo cerraré —le prometo.

Él me sonrío y me da las gracias. Luego desaparece por la escalera a toda velocidad, casi llevándose una de las macetas por delante.

Me encamino hacia la sala lila, para recoger mis cosas e irme a casa. Cuando tengo todo guardado en la mochila, no puedo dejar de pensar en lo bonito que tiene que ser tener así una persona para ti. Que con una simple llamada vaya a tu rescate, a cenar contigo, como si se tratase del asunto más importante del planeta.

Tenía que ser bonito sentirse querida.

Cuelgo la mochila en mi hombro y sujeto con fuerza la bolsa con la bata empapada. Tras apagar el equipo de música, camino hacia la puerta para apagar las luces, pero algo me detiene.

Hay una nota en el tablón. Por primera vez hay una nota. Me acerco con curiosidad y comienzo a leer reconociendo la letra.

*“Todos estamos llenos de fronteras.*

*Todos andamos por ahí con nuestras heridas a la derecha, nuestras alegrías a la izquierda. Pero nuestras fracturas siempre sanan.*

*Rompernos en lo que nos permite volver a construirnos a nuestro antojo. Son esas continuas muertes las que nos permiten reinventarnos.*

*Sacudirnos los miedos o los dolores que tenemos pegados al cuerpo y volver a nacer.*

*De J para L”.*

Siento mis piernas aflojarse, por primera vez hay una nota.

Y esa nota es de Jorge para mí.

## Capítulo 16

El olor de un pescado asándose al horno inunda el piso cuando cierro la puerta a mis espaldas. Seguramente Leo ha estado todo este tiempo desde que volvió de la clase haciendo la cena para los tres. Como seguramente, si me ve, me haga sentarme en el salón con él y tener una charla reprobadora por mi actitud anterior, camino con bastante cuidado y lo más silenciosa que puedo por el pasillo, deseando alcanzar mi habitación lo antes posible. Cuando llego y suelto mis cosas, me percató de que aún llevo la bata empapada en la bolsa, cosa que me obliga a salir de mi madriguera y dirigirme lo más rápido que puedo al cuarto de pila, donde está nuestra vieja lavadora, algunas plantas necesitadas de agua y varios tendederos algo oxidados.

Mi suerte de estar evitando a Leo, no dura mucho tiempo, ya que lo veo bastante afanado buscando algo por todos los cestos de la ropa sucia. También rebusca sin parar en los muebles, casi desencajando varios cajones. En cuanto me ve se frena en seco y me observa, imagino que pensando cómo afrontar a la fiera o imaginándose cuál será mi reacción a las palabras que entone.

Yo lo ignoro y camino hasta la pila, donde vuelvo a poner algo de quitagrasas en la bata y lo dejo ahí esperando que actúe unos segundos antes de poner el detergente y meterla en la lavadora. Leo agarra mi muñeca, deteniendo así mi tarea de lavandería. Miro su mano y luego lo observo a él, preguntándome por qué hace esto.

—Lara... —susurra—. ¿Por qué eres así?

Yo sigo mirándolo sin ser capaz de articular palabra, sin echarme a llorar. Últimamente parece que tengo un grifo averiado en los ojos.

—No me siento bien, Leo —me excuso, soltándome de su agarre. Termino de poner la lavadora.

—Lo sé. Todos lo sabemos. —Él sigue mirándome fijamente con esos ojos azules relucientes bajo la pequeña lamparita de luz cálida que corona el techo—. Por eso nos preocupas.

—No tenéis que preocuparos por mí.

Mi sequedad contestándole casi hace que se rinda en intentar mantener una conversación conmigo, pero él se atusa el pelo y continúa. Siempre ha sido bastante persistente, con absolutamente todo en su vida.

—Lo hacemos porque te queremos. —Su voz suena desesperada—. Tus amigas están

preocupadísimas, yo estoy preocupadísimo. —Suspira—. Hasta tu padre, ni se puede concentrar en su trabajo.

—¿Desde cuándo mi padre y tú sois tan amiguitos, eh? ¿Acaso charláis todas las noches sobre mí o algo? —pregunto con ironía.

—Es obvio que tus padres te quieren y se preocupan por ti también. No necesito ser amiguito de ellos para darme cuenta. No coges las llamadas, no comes, no has ido a echar currículos desde hace semanas, Lara. ¿Acaso así crees que esa mejoría en tu situación va a llegar sola mientras ves la vida pasar encerrada en tu habitación?

—Claro que no llegará sola —replico—. Pero también tenéis que comprender que las personas tienen cierto límite. Llevo más de tres años luchando por algo que parece que cada día se aleja más. Dime, ¿acaso no merezco tener un trabajo estable, cumplir mis sueños y poder formar una familia algún día? Porque por lo visto para todos soy una inútil que no merece nada de eso. Me he cansado de todo esto. Estoy agotada, de ver que todos mis currículos así como todos mis sueños acaban siempre en la basura.

Mis ojos comienzan a empañarse y me dedico a buscar alguna tarea en la que entretenerme para no mirar a Leo y echarme a llorar. Una montaña de ropa interior sobre uno de los mueblecitos me llama para ser doblada, así que centro toda mi atención en emparejar y doblar esas pequeñas prendas íntimas.

—Entonces demuéstrales que no eres una inútil. A todo el mundo. A todas esas personas que te detienen por la calle y te miran con compasión como si no tuvieses remedio. ¡Dales con un canto en los dientes cuando logres salir exitosa! —Él sonrío intentando animarme.

—El éxito no está hecho para mí. He perdido la ilusión, Leo. —Mi voz suena realmente sin vida mientras pronuncio estas palabras—. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero ¿qué haces cuando ya lo has perdido todo? ¿Hasta el punto de no querer vivir y preguntarte por qué seguir con esto?

Él me mira espantado ante tales palabras.

—No quiero escucharte decir eso nunca más, ni en broma, ¿me oyes?

Mi estrategia no funciona como yo deseo porque Leo viene con brusquedad hasta mí y prácticamente me arranca un par de calcetines de las manos y tomándome de los brazos, me obliga a mirarlo. Y entonces una lágrima se escapa. Por primera vez en mucho tiempo. Siento que me todo me ahoga por dentro y no puedo resistir más.

—Siento que estoy muerta por dentro, Leo. —Sollozo—. No sé qué hacer...

Leo enseguida me toma entre sus brazos y me da un cálido abrazo. Sus manos viajan por mi espalda como si fuese un pequeño gato que necesita ser calmado. Yo mientras le empapo la camiseta de babas y lágrimas.

—Siento mucho haberos hablado así hoy —consigo decir como puedo—. Es solo que me siento tan sola e incomprensible que me llenó de rabia que opinaseis de mi situación tan a la ligera.

Él me manda a callar y hasta que no dejo de llorar pasados unos quince minutos, él no me suelta ni me deja decir ni una palabra más.

—De verdad que lo siento, Leo —me vuelvo a disculpar cuando ya estoy más calmada—. Sé que me he convertido en una especie de amargada que trata mal a todo el mundo a su alrededor y realmente lo detesto. Pero no me apetece ver a nadie.

—No te lo tenemos en cuenta y lo sabes. Así que no hay que pedir perdón por nada. Y te equivocas; no estás sola. Tienes a tus amigas, tienes a tu familia, y me tienes a mí.

Le dedico una sonrisa triste en agradecimiento mientras me seco las lágrimas de la cara.

—Bien, pues prométeme que mañana saldrás a primera hora de la mañana a que todo el mundo vea la preciosa cara que tienes, y lo mucho que vales. ¡Cómete a las empresas!

Aunque él está entusiasmado con su discurso y más animado que nadie, no logra conseguir transmitirme ese sentimiento. El afán por encontrar un trabajo y las constantes decepciones han hecho que ese sentimiento muriese en mí desde hacía tiempo.

—Lo intentaré —miento.

—¡Así me gusta! —Me coloca el pelo bien con un gesto cariñoso—. Y por favor, no me trates con tanta frialdad otra vez, me muero de miedo cada vez que haces eso.

—Exagerado... —Sonrío un poquito.

—Oh, si ahora sabes dedicar más sonrisas a las demás personas y no solamente al profe de pintura. —Él alza las cejas esperando que su indirecta cale en mi interior.

Lo miro anonadada ante tal insinuación.

—Sí, no te hagas la sorprendida —dice él—. Jorge es la única persona de este planeta que te ha hecho sonreír estos meses. O crees que no veo la cara de tonta que pones en las clases cuándo él está delante. Tengo lentillas, no se me escapa ni una. —Señala a sus ojos orgulloso.

—¿Por Dios tú también? —pregunto pasota recordando la conversación hace meses con Carla—. No me gusta Jorge.

Me giro hacia la estantería y agarro el bote de suavizante para echarlo en el cajoncito de la lavadora. Mi bata blanca da vueltas sin parar dentro del tambor y parece que con toda probabilidad se salvará de mi baño de colores.

Leo alza una ceja incrédulo. Desde luego no ha colado absolutamente nada de lo que le he dicho.

—Cariño, llévate un cubo para la próxima clase y pónelo debajo de la boquita. No quiero morir ahogado por tus babas y los demás tampoco.

—Sabes de sobra que entre Jorge y yo nunca va a haber nada. —Me apoyo en la lavadora y lo encaro—. Ni siquiera somos amigos, y además hasta hace relativamente poco pensaba que era un maniaco con ansias de venganza. ¿Qué clase de sentimiento podría desarrollar yo hacía él? ¡Qué tonterías dices!

—¿Crees que por un simple susto que pasó hace cien mil años él te guardaría rencor o se acordaría de ti? —El realismo en sus palabras me abrumba. Y me hace darme cuenta de que soy

demasiado exagerada—. Eres una dramática.

Casi como leyéndome la mente, dice en voz alta lo que acabo de pensar. Y sí, podía ser una dramática, pero mis temores hacia *Jojo* hace unos meses eran demasiado reales como para ignorarlos. Siempre tuvo esa expresión de partirte la cara si te atrevías a hablarle, que sinceramente no me puedo creer que haya cambiado tanto una persona. El Jorge de la actualidad es un ingenioso, amable, risueño, masculino y atractivo chico que poco parecido guarda con el Jorge de mis recuerdos de niña de catorce años.

Ahora me hacía sentir tan bien.

Espera... ¿atractivo?

Sacudo mi cabeza disimuladamente para quitarme esos pensamientos de la cabeza. Escuchar tantas tonterías de que podría desarrollar algún tipo de simpatía por él me van a acabar volviendo majara.

—Una dramática que se está enamorando de su profe y encima no se está dando ni cuenta.

Lo miro con fuego en los ojos.

—Nadie está enamorado de nadie —contesto con brusquedad—. Yo simplemente voy a clase porque es lo único que me hace levantarme por las mañanas.

—¿Para verlo a él? —Ríe divertido.

Pero sus insinuaciones no me hacen demasiada gracia. ¿En qué mundo paralelo me enamoraría ahora mismo? Estar en un punto donde eres incapaz de sentir algo más allá que tristeza o depresión, pensar en Cupido y en relaciones amorosas es pensar en una imposibilidad bastante grande. Y mucho menos sentir esas cosas con *Jojo*.

—¡Para ya Leo! —exclamo disgustada—. Me da igual que estuviese él o cualquier otro profesor, simplemente necesito hacer algo que me gusta, como pintar para no pensar en nada. Es lo único que me mueve a ir a esas clases. Y Jorge tiene novia, con la que además lleva muchísimos años, así que corta con la broma.

Parece que mis palabras han sonado del todo convincentes, por lo que decide no seguir poniéndome de mal humor sacando el tema. En cambio vuelve a darse la vuelta, y sigue buscando en los cajones.

—¿Qué buscas con tanta insistencia? ¿Raúl ha vuelto a cogerte algo sin permiso?

Me giro y veo que la lavadora acaba de terminar, así que mientras él sigue removiendo todo como un loco e incluso tirando cosas al suelo, yo abro la puertecilla blanca y tomo la bata húmeda del interior. Extiendo mis brazos todo lo largo que me permiten para observar que sí, realmente los colores han desaparecido dejando lugar a la antigua bata reluciente que era antes del desastre.

Suspiro aliviada. Más de cuarenta euros ahorrados. Y todo gracias a Jorge.

Sus ojos vuelven a aparecer en mi mente y mi cuerpo automáticamente se tensa y se relaja al mismo tiempo. Él me hace sentir algo que ni yo misma sé explicar.

Pero desde luego estoy muy segura que no es nada romántico. ¿Quizá agradecimiento por tratar

tan bien a esta pobre y penosa chica, que nunca ha gozado de la simpatía del sexo opuesto?

Sea lo que fuese, apuntarme a clases de pintura es la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. Lo único que me llena.

—No hay forma de encontrar mi pañuelo negro. —Leo me saca de mis cavilaciones—. ¿Dónde se habrá metido?

—Quizá me lo he podido llevar yo con mi ropa sin darme cuenta. ¿Cómo es?

—Es negro con unas rosas rojas y verdes bordadas. Ya sabes que a veces me gusta ponérmelo, aunque sea de mujer, yo marco tendencia.

La pinza con la que intento sujetar la bata en el alambre de repente se resbala entre mis dedos y cae al suelo con un estrepitoso ruido. Y tras ella cae la bata.

—Tienes las manos de trapo hoy. —Ríe Leo.

Pero soy incapaz de articular palabra mientras lo miro.

Trago saliva intentando recomponerme y recojo la bata del suelo. Se ha manchado de tierrecilla así que me va a tocar lavarla de nuevo.

—Miraré por si lo tengo. —Intento sonar calmada—. Pero no me suena haberlo visto entre mi ropa.

—Sí, por favor. Ese pañuelo es muy importante para mí. Si lo pierdo mi madre me mata. Ella y yo nos peleamos por su custodia el día que mi abuela murió. Pero es que es tan bonito... ¿o quizá se lo ha llevado ella?

Él ríe y yo dejo que siga buscando sin parar por todos lados su objeto perdido, intentando pensar que tiene que ser una coincidencia.

Porque sé dónde hay un pañuelo exactamente igual al que describe.

Y es el que vi en la mesilla de mi padre.

## Capítulo 17

Al final y haciendo un gran esfuerzo, decido sentarme en la mesa a cenar con ellos. La lubina está deliciosa, como ya es costumbre en la cocina de Leo, y los tres masticamos nuestra comida en un silencio bastante incómodo. Ellos no quieren hacerme sentir mal, y yo tampoco tengo nada en especial que decir, y más después del shock del pañuelo de Leo. Es imposible que se trate del mismo. Ese pañuelo no se hizo exclusivamente para él o para su madre, así que más vale que deje de pensar locuras.

Raúl se pincha la boca con una espina y pega un respingo de su silla, que nos hace salir a todos de nuestras cavilaciones. La voz del presentador del informativo de la noche retumba en el salón junto a los quejidos de mi compañero de piso.

—¿Estás bien? —le pregunta Leo.

Raúl se saca la gruesa espina de la boca con los dedos haciendo una mueca de dolor, al parecer se ha clavado casi entera en su encía y los dientes frontales se le han llenado de un poco sangre. Se dedica a asentir y a beber agua para enjuagarse la boca.

—No te voy a cobrar dinero si me hablas, ¿eh? —contesta Leo algo seco ante la permanente falta de palabras de Raúl—. Chico, a veces creo que eres un mueble más de la casa.

Leo toma su vaso de refresco y bebe un trago largo mientras yo le pego con mi pie en sus bonitas zapatillas deportivas blancas. Con la mirada le digo que sea más suave con Raúl. Ambos lo conocemos, pero si él es así con el mundo tiene que haber una razón. Una razón que ojalá supiésemos pronto.

Leo asiente comprendiendo disgustado e intenta relajarse. Vuelve a mirar a nuestro compañero que se afana en seguir comiendo. Es como un bebé, solo come, duerme y no habla.

—¿Te duele mucho? —vuelve a preguntar insistiéndole.

—Estoy bien —contesta él fijando su mirada en la televisión.

Miro a Leo encogiéndome de hombros. No hay nada más que hacer con él. Si dice que está bien es porque está bien.

No hay más que hablar.

Raúl insiste luego en fregar los platos, cosa que nos deja a Leo y a mi bastante sorprendidos,

porque aunque llevamos juntos años, nunca lo hemos visto comportarse así de hacendoso con las tareas del hogar. Así que Leo se va a su habitación a trabajar en un proyecto de animación que tiene que entregar a finales de esta semana y yo hago lo mismo, pero encerrándome de nuevo en mi cuarto. Es increíble cómo al cerrar la puerta detrás de mí, siento una calma y a la vez una angustia inmensa.

Camino hasta el escritorio, y abro por primera vez en meses, el manuscrito de la “novela” que estoy escribiendo para ver si se me ocurre alguna cosa, al menos que me ayude a evadirme por unas horas. Me pongo los cascos con la música altísima y me dedico a pensar y a pensar tramas, que la verdad, no van a ningún lado. Realmente creo que he perdido mi poca capacidad como escritora. Esta vez totalmente en serio.

Desde que comencé a escribir con trece años, nunca he pasado una crisis así. Se supone que soy talentosa en esto, los tres libros anteriores salieron prácticamente solos, entonces, ¿por qué esta vez me está costando tanto? Siempre me dediqué a mirar a las personas desde la barrera, sus comportamientos, sus miedos, sus reacciones, sus sentimientos... lo único que hice en la adolescencia fue vivir las historias de amor de mis amigas y observar cada paso que daban en la relación. Ya que la Lara Danot de aquel entonces no era merecedora de las miradas de amor de ningún chico. Si cualquier chico se acercaba a mí en cualquier sitio siempre era únicamente por dos motivos: el primero, para reírse de mi aspecto. Y el segundo, para que le presentase a alguna de mis amigas y hacerme sentir como una mierda.

En la realidad no he experimentado nada más que desilusiones unilaterales amorosas, así que desde que era pequeña decidí vivir emocionantes romances a través de mis historias. Para llenar ese hueco que siempre he sentido incompleto en mi interior. Para poder sentir unas cosquillitas que nunca he sentido en la vida real.

Y ahora para mi desgracia ni siquiera me puedo evadir al mundo de las novelas, porque no tengo inspiración alguna ni en la escritura ni en la vida en general. Cuando estoy a punto de cerrar la pantalla del ordenador en un arrebato de rabia, la notificación de un mensaje entrante nuevo en Facebook me detiene.

*“J. Torres ha enviado un mensaje”.*

Me quedo unos segundos con los ojos bien abiertos, casi llorándome por la luz potente de la pantalla en la oscuridad, sin poderme creer lo que están viendo mis ojos. *Jojo* me ha enviado un mensaje. Acercó más mi cara a la pantalla para confirmar que no se trate de una especie de alucinación.

No, efectivamente es su foto. Aunque salga de espaldas.

Mi corazón comienza a latir con fuerza y nerviosismo. Y lo único en lo que puedo pensar es en cuál será el motivo por el que Jorge me manda un mensaje a Facebook a la una y media de la madrugada.

Temblorosa y llena de dudas, cierro el ordenador ignorando su mensaje y me meto en la cama.

Lo que pasa es que no puedo cerrar los ojos ni aun proponiéndomelo. A la media hora no puedo resistir hacerme la fuerte por más tiempo y corro a la red social para ver qué es lo que me ha escrito. Luego decidiré si le contesto o no, pero la curiosidad como siempre puede conmigo.

*“Hola, Lara. ¿Qué tal? 😊”.*

Alzo una ceja. ¿Solo eso? ¿Quiere saber qué tal estoy? ¿A estas horas? Sigo quedándome inmóvil mirando esas pequeñas letras negras, que brillan con fuerza contra mis pupilas. Mi corta experiencia chateando o intentando ligar por chat solo me llevó a coger disgustos con chicos que al principio eran muy amables, pero que solo querían acostarse conmigo y me soltaban improperios cuando me negaba. Con uno incluso estuve tentada de llamar a la policía y denunciarlo por acosador. Pero también esas experiencias me enseñaron a que un chico no te habla así porque así, sin ninguna intención detrás.

Sacudo mi cabeza. Ahora no es momento para pensar en policías ni en acosadores, ni muchos menos en ligar. *Jojo* me ha escrito y le tengo que escribir una respuesta.

¿Qué debo hacer?

Suspiro y pongo mis manos encima del teclado.

*“Hola, Jorge. Bien, gracias, ¿y tú?”.*

Cuando le doy a enviar y veo mis palabras en la conversación, casi me da algo. “Tranquila, Lara, por favor”. Ni siquiera sé por qué me pongo tan nerviosa. ¿Habrá sonado seco? Tecleo otro mensaje.



Sí. Los emoticonos siempre lo arreglan todo. Me quedo unos instantes así, pegada a la pantalla esperando su contestación. Cuando se me notifica que lo ha visto y veo que me está escribiendo, trago saliva.

*“Bien. Aquí en casita que acabo de volver de la cena.*

*¿Has logrado limpiar la bata?”.*

Sigo tecleando como un robot, solo programado para eso.

*“La bata está impecable, muchas gracias por ayudarme, de verdad 😊”.*

Jorge también tarda poco en contestarme.

*“No hay de qué. Para eso estamos los profes. ¿Oye, tuviste algún problema al cerrar? Espero que no te peleases mucho con las cerraduras. Suelen estar bastante duras”.*

Echo un vistazo a sus llaves en la esquina de mi escritorio. Emiten una luz plateada a causa de la pantalla del ordenador.

*“Todo bien, no te preocupes. Te daré las llaves el jueves, intentaré llegar un poco antes que las demás”.*

Estoy tentada a hablarle sobre la nota, pero temo meter la pata por si todo este asunto ha sido un malentendido mío y realmente no son ningunas palabras de regalo de su parte hacia la triste Lara. De todas formas me traje el papel a casa. Para algo bonito que me escriben me da igual que sea para mí o no.

Y otra rápida respuesta de *Jojo* vuelve a teñir de letras negras nuestra conversación.

*“Estupendo, Lara. Me marcho a descansar, nos vemos el jueves en clase. Intenta no llenarte de pintura la próxima vez jaja 😊”.*

Me apresuro a despedirme aún con las manos temblorosas por... ¿Emoción?

*“Adiós, Jorge, nos vemos el jueves. Que descanses 😊”.*

Me vuelve a escribir un adiós, y veo que se desconecta. Y aún teniendo mis ojos abiertos, pienso que esto bien podría ser un sueño y estar yo bien dormida desde hace un rato. Porque si no, ¿en qué realidad paralela Jorge me hablaría a altas horas de la mañana por el simple placer de conversar conmigo?

Sí, el mismo Jorge que he temido durante meses, que me incomodaba, *el chico susto*.

*Jojo.*

Tardo unos segundos más en reaccionar y en procesar lo que acaba de ocurrir. Solo entonces, cuando parece que vuelvo a ser dueña de mi cuerpo y mi mente, cierro el ordenador.

Y camino hacia la cama donde ahora sí, intento volver a conciliar el sueño. Y justo ahora esa tarea es misión más imposible, porque algo le ha pasado a mi cuerpo.

Algo que ha hecho que no pueda sacarme de la cabeza al maldito *chico susto*.

El miércoles cumplo con mi promesa, y hago un esfuerzo descomunal para ir a algunas tiendas y empresas a echar currículos. ¿Y para qué me sirve? Solo para desesperarme más al ver las caras de los trabajadores de allí tomándome el papel que les tiendo con cara de “aquí no tienes nada que hacer”. No lo entiendo. Incluso hoy me he puesto maquillaje y anti ojeras.

Hoy no soy la chica que le da un susto al miedo. He puesto mucho interés en mi imagen por primera vez en mucho tiempo. Y no ha servido de nada.

Tras un buen rato sentada en el parque central escuchando el ruido de los pájaros, fuentes y el

transitar de los viandantes, mi teléfono comienza a sonar. Cuando lo saco del bolso veo que es mamá. Seguro que es para decirme que le lleve rápido el encargo de la caja de fresas que me obligó a comprar esta mañana. Quiere hacerle un postre nuevo a mi padre o algo así.

—No me he olvidado de las fresas, no te preocupes —contesto antes de que siquiera me haga la pregunta que ya sé que va a formular.

Me sorprende que al otro lado de la línea todo se queda tan silencioso que por un momento miro la pantalla por si ha ocurrido algún error en la llamada, o he colgado sin querer. Casi cuando estoy a punto de cortar, escucho la voz de mi madre al otro lado.

—Lara, ven a casa. Tenemos que hablar. —Su voz suena titubeante y sé que no habrá buenas noticias. El teléfono me tiembla en la mano.

—Llegaré en quince minutos —susurro.

## Capítulo 18

Los ojos de mi madre están hinchados, a pesar de que apenas entra luz por las grandes ventanas, se puede percibir que ha estado llorando aunque intente hacerse la fuerte y ocultármelo como hace siempre.

—Dímelo ya, mamá, estoy preocupadísima —le ruego.

¿Habrá descubierto algo sobre la supuesta infidelidad de papá? Ella me mira e intenta mostrarse firme y fuerte.

—Me han... —titubea de nuevo— llamado del hospital.

En ese momento siento como si me hubiesen tirado un jarro de agua fría por la cabeza. Apenas siento mis extremidades mientras el pánico se apodera de mí. Doy gracias de estar sentada porque si no el batacazo hubiese sido enorme al desplomarme al suelo. Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos, temiendo escuchar las palabras que estoy a punto de oír. Mi madre se asusta al ver mi reacción y se sienta en el sofá a mi lado intentando consolarme.

—Lara, hija, espera que acabe. No son buenas noticias, pero al menos hay esperanza.

Intento calmarme un poco y escucharla. Mi cara está blanca como la pared.

—Me llamaron esta mañana temprano porque encontraron unas anomalías en la mamografía del otro día. Unos nuevos bultos que han detectado.

—Mamá, por favor no me digas que tienes cáncer. —Sollozo—. No podría soportar escuchar eso.

¿En qué momento mi vida se había convertido en un dramático culebrón, lleno de desgracias una tras de otra? Nada de esto tenía sentido.

Ella vuelve a intentar calmarme, y se siente tentada a taparme la boca con la mano para que la dejase hablar.

—No, no tengo cáncer. Al menos no aún. —Ella seca algunas de mis lágrimas.

—Entonces, ¿no es nada muy grave? —pregunto esperanzada—. Dime que tiene solución.

—La única solución es operar y extirpar los tumores que van camino de ser malos y así frenar la posibilidad de desarrollar un cáncer real. —Mi madre suspira mientras me toma de las manos—. No te negaré que me asusté muchísimo cuando me comunicaron los resultados de la prueba y que casi entro en pánico. Pero mirémoslo por el lado positivo. Se puede solucionar.

—La operación saldrá bien, mamá. —Asiento efusivamente, queriéndome convencer a mí

misma más que a ella—. Entonces miraremos atrás y todo esto no será más que una horrible pesadilla que afortunadamente quedará en el pasado.

—Eso espero. —Me sonrío con los ojos brillosos—. Tu hermano vendrá para la operación.

—¿Cuándo es?

—Aún tenemos que esperar unos meses. —Suspira—. Está programada para el 20 de agosto.

—¿Tanto tiempo? —pregunto horrorizada—. Cuatro meses son demasiado. No quiero ni pensar lo que puede llegar a hacerte vivir con eso ahí dentro sin saber si sigue bien o va a peor.

Mi madre me calma con unas palmaditas en la mano de nuevo.

—Sigamos pensando en positivo. Por ahora solo es una medida de prevención, no hay un problema aún, así que no te quiero ver triste, ¿de acuerdo?

La miro admirando su fortaleza y su poder al fingir que está todo bien. Y como no quiero que se angustie más por culpa de mi llorera y mi visión negativa del mundo, asiento y me seco las lágrimas intentando recuperar la compostura.

—Sí. Pensemos en positivo. —Ella me dedica una sonrisa—. ¿Papá ya lo sabe?

Mi pregunta hace que su expresión cambie por completo y ella echa un vistazo al reloj que casi marca la hora del mediodía.

—No, no he podido contactar con él. Imagino que irá conduciendo. —Se muerde el labio.

Aprovecho la conversación para sacarle información acerca de él.

—Trabaja mucho últimamente al parecer —comento intentado sonar como si fuese una conversación casual.

—Sé que es mi marido porque lo pone en el registro familiar. —Ríe—. En casi dos semanas los días en que ha venido a casa y lo he visto, los podría contar con los dedos de una mano y me sobrarían.

Sonrío con algo de tristeza. Me muero de ganas por contarle los rumores que Leo me dijo, pero creo que hoy no es el mejor momento.

No creo que se pueda tolerar en un mismo día saber que podrías tener cáncer y que tu marido te esté engañando al mismo tiempo. Como no contesto nada, mi madre sigue parlotando.

—Últimamente ha tenido un montón de trabajo y ha viajado a sitios muy lejanos. Incluso ha tenido que ir en coche a Barcelona, ¿te lo puedes creer! Al menos pudo estar con tu hermano unos días. Lo echo tanto de menos.

—Yo también lo echo de menos. Pero tiene una vida estupenda, así que seamos felices por él, sabiendo que está bien y contento.

Mi madre asiente. Tras eso seguimos charlando sobre el trabajo, sobre mi encierro en la habitación y mi distanciamiento de todo el mundo. Como no quiero volver a sacar el tema, en seguida le pido quedarme a comer con ella, y comienza a charlar sobre los deliciosos platos que me preparará en un periquete.

Siento tanta lástima e impotencia por no poder hacer nada por ella. Intenta ser feliz en una vida que claramente la asfixia. Y pasar por estos duros momentos sola, no creo que ayude bastante a

mejorar la situación. Con la excusa de ir a por algo a mi antiguo cuarto, aprovecho para escaquearme a la habitación de mis padres ahora que el ruido de los alimentos haciéndose en la sartén y el extractor de la cocina ahogarán todo lo que yo remueva en la cajonera de mi padre. Sé que no debería hacerlo, pero quiero coger ese pañuelo, y ver si realmente tiene algún tipo de relación con Leo y la historia de la mujer que supuestamente besaba a mi padre aquel día.

Cuando abro el cajón mis ojos se iluminan al ver que el ansiado objeto que buscaba, que yo creía que pertenecía a mi abuela Gracia, sigue ahí tal y como estaba la vez anterior. Lo tomo entre mis manos y lo guardo en el bolsillo de mis vaqueros con cuidado de que no asome por ningún lado.

Luego vuelvo a la cocina, donde mi madre ya tiene puesta hasta la mesa, y paso con ella el resto del día. Intento darle conversación, ser un poco y con esfuerzo la Lara que era antaño y hacer que se olvide aunque sea por unas horas, de los grandes problemas que amenazan a nuestra familia. Se avecinan tiempos complicados y no sé si estoy lista para afrontarlos.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta de casa, recibo un mensaje de Carla, donde nos invita a irnos todas a su casa a una cortita noche de chicas. Paula confirma de inmediato, ya que es una obsesa de este tipo de fiestas, pero tanto Miriam y Ruth niegan la invitación alegando que están muy ocupadas por hoy y que sienten no poder unirse a la diversión. Que quizá repitan para el fin de semana.

Hacía casi un mes que no escribía en nuestro grupo conjunto. Pero hoy por alguna extraña razón, necesitaba estar con mis amigas, y hacer las paces con ellas. No se merecen que no me soporte ni yo misma. Pero a la vez solamente en pensar en que el tema de conversación se podría centrar en mi situación, se me quitan las ganas de ir y hacer como siempre: encerrarme a cal y canto en mi habitación y ser una antisocial. Una tranquila antisocial.

Cuando estoy a punto de escribir que no iré, veo una llamada entrante de Carla. La acepto con algo de reparo.

—Te he visto escribiendo y ni se te ocurra poner que no vienes —impone desde el otro lado como si me hubiese leído el pensamiento—. Te vas a vestir, y vas a venir hasta mi casa. Y no quiero que me rechistes, ¿entendido?

El sentir el amor de una buena amiga obligándome a salir de casa, casi me hace volver a ponerme a llorar.

—Estaré allí en diez minutos —susurro aún emocionada.

Paula se dedica a hacer de DJ, sentada pero a la vez bailando junto al ordenador de Carla. Sus dedos solamente vuelan sobre la ruleta del volumen de los altavoces y amenaza seriamente la salud de nuestros tímpanos. Carla, aprovechando que Yago se ha ido a ver el fútbol con sus

amigos a un bar, ha preparado unos bonitos y deliciosos aperitivos en su salón llenos de chuches, canapés y refrescos. Sí, tenemos veintiséis años, pero es como si tuviésemos trece. Y siempre seremos así. Detestamos a esos veinteañeros esnobs que se dedican a beber vino en reuniones aburridas y se comportan como cuarentones.

—¡Paula, no quiero quedarme sorda! —le regaña Carla—. ¡Ni quiero tener aquí a dos policías porque los vecinos se quejen de tu potente música de rap!

Paula chaquea los dientes.

—Mi música mola un montón —se defiende mientras hace caso a nuestra amiga y baja el volumen. Cosa que agradezco eternamente—. No sabéis vivirla con intensidad.

—Prefiero poder seguir teniendo la capacidad de escucharla a un nivel normal —replica Carla de nuevo, sonriendo esta vez.

—Aburridas —susurra Paula por lo bajini.

Luego deja sonar a Ed Sheeran de fondo, cosa que es mil veces más agradable y se sienta a nuestro lado en el sofá. Y encuentro ese un momento perfecto para expresar lo que siento con ellas.

—Chicas, siento mucho el haberme comportado así estos meses —expreso mientras ambas me miran muy atentas—. No sé qué me pasa, sinceramente solo tengo ganas de llorar, encerrarme en mi cuarto y dejar que pase la vida.

Trago saliva intentando no llorar. No quiero llorar más, ya casi me voy a quedar seca, he derramado más lágrimas en estas últimas semanas que en toda mi vida. Era una completa enemiga de llorar en público y que me viesan siendo débil y ahora es lo único que hago, llorar a todas horas y en todos lados. Dándome igual quien me vea.

—Nunca quise ser así de insoportable con vosotras —continúo—. Siento haberte contestado así el otro día, Carla. No me encontraba bien.

Ella sonrío levemente y niega con la cabeza.

—No hay nada de lo que pedir perdón. Entendemos tu situación. —Mira a Paula buscando otro apoyo y asintiendo—. Eres nuestra amiga, te queremos. Así nos digas que nos quieres o que nos vas a partir una silla en la espalda...

Las tres echamos a reír ante imaginar tal escenario. Se siente reconfortante saber que siempre las tendré ahí conmigo. Pero ¿por qué no me acabo de sentir bien del todo? ¿Por qué sigo teniendo este nudo?

—Realmente lo aprecio, chicas —agradezco con sinceridad.

—Sé que soy muy pesada con lo mismo, pero me hace sentir mal el no poder ayudarte de alguna forma. ¿De verdad que no hay nada que podamos hacer por ti? —pregunta Carla.

Niego con la cabeza.

—No es una situación en la que podáis ayudarme. A no ser que podáis conseguirme un trabajo, un novio, una estabilidad, una familia que no esté llena de preocupaciones, y ya que me pongo también una bonita casa para sentir que estoy en el buen camino en la vida. —Distraídamente

cojo un canapé y lo muerdo, simplemente por descargar mi angustia sobre algo. Y ese pequeño panecillo logra calmar mi nerviosa mordida.

—Ya me gustaría poder conseguir eso, ¡pero para mí también! —exclama Paula con fingida indignación—. Lo quieres todo, Lara.

—Por pedir que no quede...

—Y por cierto —Carla se acerca con cara de intriga y una sonrisilla que me hace adivinar, lo que está a punto de soltar por su boca—, ¿cómo te va con *Jojo*?

Algo en mi interior se mueve al escuchar su mote como siempre. Me lleva pasando algún tiempo, pero soy incapaz de averiguar por qué me pongo nerviosa cada vez que alguien dice su nombre.

—Bien. —Dejo a mis ojos buscar a la próxima presa en ser devorada sobre la mesa. Me decido por una gominola roja que llevo a mi boca bastante rápido para que no me hagan seguir hablando.

—¿Solo bien? —indaga Paula mirándome incrédula, mientras ella y su famoso aparato bucal también se pelean con un panecillo.

—Sí. Solo bien. —Intento mirar distraída a otro lado mientras me sigo excusando—. Descubrí que no era un loco con ganas de venganza, desde entonces respiro mucho más tranquila y bueno... tenemos una relación bastante cordial.

Asiento mirándolas ahora. Ellas parecen conformarse con lo que les cuento. Y me podría haber quedado callada, pero mi boca rebelde comienza a moverse antes de que a mi cerebro le dé tiempo a pensar si contar lo que digo a continuación es una buena idea o no.

—Me escribí a Facebook —confieso.

Ambas se quedan mirándome totalmente sorprendidas. Incluso tengo que hacerle un gesto a Carla para que no se le salga la comida de la boca a causa de la sorpresa.

—¿Te refieres a un mensaje? —pregunta Carla, llena de curiosidad.

—Ajá —confirmo intentando parecer despreocupada.

—¡Enséñanoslo! —exclama Paula y ambas se apegan más a mí intentando quitarme el teléfono para ver el mensaje.

Intento zafarme de sus ávidas manos, cosa que no es fácil, porque Paula me logra arrebatarme el móvil y desbloquear mi pantalla.

—¿Cómo es que no tienes un patrón de desbloqueo? —pregunta casi riñéndome—. ¿Qué pasa si te roban el teléfono?

Se lo arrebató de sus manos y me alejo de ellas.

—Si me roban el teléfono seguro que los ladrones no serán igual de chismosos que tú.

Ella suelta un impropio por la boca contra mi persona, pero la ignoro y las miro fijamente señalándolas con el móvil.

—Solo fue un mensaje normal y corriente. No quiero que comencéis a montar películas. —Ambas me miran desde el sofá como si de un par de niñas buenas y angelicales se tratase. Pero

sé que en el fondo sus mentes trabajan a mil revoluciones por segundo, seguramente inventándose una ardiente y rebuscada historia de amor.

—Conozco a *Jojo* desde hace algún tiempo y él nunca me ha escrito. Tengo entendido que no suele usar mucho las redes. ¿Por qué te escribiría a ti si no es por algún motivo? —se pregunta Carla.

—Sí que hay motivo. Me ayudó a quitar una mancha en mi bata en clase, y solamente quería saber si se había solucionado, eso es todo. —Respiro porque me encuentro sin darme cuenta hablando a una velocidad anormal.

—Lara —comienza Paula—, ningún chico escribe sin ninguna intención secundaria. Son todos iguales... se leen como libros abiertos.

—Bueno, pues esta vez no —insisto—. Fue una casualidad. Seguro que no volvemos a hablar, no tenemos una relación de amistad, sino solo cordialidad.

—Ya... —musita Paula de nuevo.

—Sí, Paula. Ya. —Y con esto quiero dar a entender que la conversación sobre Jorge se ha terminado para siempre.

Ambas me siguen mirando con expresión extraña.

—¡No me gusta Jorge! —exclamo más nerviosa de la cuenta ante tales miradas.

—Ninguna hemos dicho eso —dice Paula con una mirada maliciosa—. Tú sola te delatas.

Suspiro. Esta conversación nunca va a terminar. Al menos me mantiene entretenida en pensar en algo más que en mi depresión. Cuando estoy a punto de volver a decir que no tengo sentimientos que valgan hacia ese chico, la puerta doble acristalada del comedor se abre.

Y entonces sí que se me cae el móvil al suelo, porque Yago y *Jojo* nos miran desde el umbral.

## Capítulo 19

*M*ienta al diablo y el diablo aparecerá. Otro refrán muy acertado, porque aquí delante de las tres está mi propio diablo personal. *Jojo* lleva unos vaqueros algo oscurecidos por gotas de lluvia dispersas por su pantalón y un bonito jersey marrón oscuro.

—Vaya, ¡noche de chicas! —exclama Yago mientras corre a tirarse en el sofá y se dispone a devorar todo lo que pueda alcanzar—. Y nosotros perdiendo el tiempo viendo el fútbol en el bar de Pedro. ¿Nos podemos unir?

Obviamente lo dice con ironía. Un chico nunca cambiaría una noche futbolera con sus amigos por una quedada de chicas para pintarse las uñas. El pelo negro y corto de Yago deja un pequeño reguero de gotas en la mesa baja de cristal y Carla lo manda a secarse el pelo antes de que empape toda la comida.

—¡Claro que sí, amor! —responde él mientras se levanta obedeciéndola y le guiña uno de sus pequeños ojos marrones—. Ten novia para esto —se queja con su amigo cuando pasa a su lado. Luego desaparece por la puerta con alguna risotada divertida, no sin antes volverse a decir—. ¡Oye, a *Jojo* no le exiges que se seque el pelo como a mí antes de comer!

—¡*Jojo* está casi rapado, tú te deberías de cortar esas greñas ya!

Carla niega con la cabeza como si no tuviese remedio. Yago es un chico bastante bromista y su personalidad se podría decir que es como una mezcla entre un niño de siete años y un hombre de cincuenta y dos. Lo mismo te hacía unas cuantas bromas infantiles como ahora, que te venía hablando de política como el más sabio de los hombres. Y cuando hablaba de política, ¡ay, Dios! Mejor que echases a correr si no querías tenerlo debatiendo más de tres horas seguidas.

—Siéntate, *Jojo*, y coge lo que te apetezca. —Envidio la naturalidad con la que lo llama por su mote, mientras lo invita a sentarse en el sofá y a comer con nosotras.

—Gracias, Carla —agradece él educado mientras toma asiento en el sofá que hay detrás de mí—. Estoy muerto de hambre. Uno no puede salir con chicos —bromea mientras nos sonríe.

Yo intento parecer normal, camino hasta el sofá donde se sientan mis amigas, y las obligo a hacerme un hueco en el medio a pesar de que insisten en que me siente con Jorge. Me niego en rotundo sin que él lo note. Ya de por sí me pongo nerviosísima con tenerlo en frente charlando con nosotras y mirándome con esos inquietantes ojos verdosos como para sentir que lo tengo sentado a mi lado. Sintiendo el peso de su cuerpo sobre el sofá, quizá percibiendo su olor al

realizar algún gesto...

Sacudo la cabeza de nuevo. ¿Qué estoy haciendo? Me centro en buscar otro panecillo que morder. Siempre canalicé mi ansiedad comiendo. Es algo que me viene de serie.

Cuando llega Yago se sienta a su lado y paso a ser una mera espectadora de las conversaciones de los demás. Anécdotas graciosas, risas, bromas que solo entienden Yago, Carla y él. Me siento algo fuera de lugar, así que solo me dedico a comer y me gano para el final de la velada un enorme dolor de estómago de pegarme un atracón a dulces y panecillos. Desde que hice aquella dieta durante tantos años, mi estómago quedó algo delicado. Pero no me quejo, fue el precio a pagar por dejar de ser Lara *Donut* y volver a ser Lara Danot.

Paula parece ser que se siente aún más fuera de lugar, así que tras varias horas y cuando veo que ella se va a marchar a su casa, aprovecho para excusarme yo también. Ya ha sido bastante rato el que he estado fuera de mi habitación, demasiado rato en sociedad, y la verdad, inconscientemente, ese hecho me crea una gran angustia. No puedo seguir fingiendo que me lo paso en grande y que está todo bien. Y además son la una de la madrugada, y tanto Yago como Carla tienen que trabajar al día siguiente. ¡Qué afortunados!

—Entonces yo también aprovecho para irme. Ya es muy tarde. —Jorge se levanta y camina hacia la puerta con nosotras. Casi maldigo en voz baja. Nuestra casa está por el mismo camino.

—Os vais porque queréis, no porque os estemos echando. —Yago nos guiña un ojo juguetón.

—Quizá mañana cuando vuestro despertador suene a las siete de la mañana, sí que desearíais habernos echado mucho antes —bromea Paula también.

Luego recupera su paraguas del paragüero de forja negra que hay junto a la puerta. Ha sido la más lista, ni *Jojo* ni yo tenemos paraguas. Por suerte cuando abre la puerta compruebo que aunque el pavimento de la calle brilla bajo las farolas por los charcos que se han formado, ahora no está lloviendo. Los tres salimos al aire fresco de fuera y nos despedimos de nuestros amigos.

—¡Ya me irás contando! —Carla se acerca disimulada hasta mi posición y logra susurrarme al oído esas palabras mientras me guiña un ojo en dirección a Jorge que se despide con unos toques en el hombro de su amigo también.

—¡No hay nada que contar, ya te lo he dicho! —Casi quiero echarme a llorar de la desesperación de que no me crean.

¿En qué mundo paralelo me gustaría Jorge? ¿En cuál? ¡Tiene novia por el amor de Dios!

Luego los tres nos encaminamos por las calles húmedas y totalmente vacías. Su tranquilidad solamente perturbada por las voces de Jorge y Paula que conversan sobre algo a lo que no le presto atención. Aunque me apuesto veinte euros a que es sobre su aparato. Y no perdería el dinero.

Solo quiero llegar a casa, ¿es mucho pedir?

Paula es la primera en retirarse. Tras decirle adiós y ver cómo entra en su casa sana y salva, *Jojo* y yo volvemos a echar a andar en un silencio, como viene siendo costumbre entre nosotros algo incómodo. Mi casa aún está a veinte minutos a pie desde aquí, y eso me parece una

eternidad con él caminando a mi lado. ¿Qué le digo? ¿De qué le hablo? Comienzo a ponerme nerviosa. Es como si él tuviese el extraño poder de ponerme atacada cuando lo tengo delante.

—La bata...

—La bata...

Nos quedamos mirándonos sorprendidos de haber dicho lo mismo a la vez. Y él se echa a reír.

—Lara, menuda sincronización. —Me sonrío calmándose.

Yo intento mostrarle una sonrisa amigable. Porque me he propuesto no ser una acelga con la gente que me rodea. Me tengo que recordar esa promesa.

—La bata ha quedado genial, como nueva —vuelvo a informarle.

—Me alegro, Lara.

Deja de decir mi nombre por favor. Es lo único en lo que puedo pensar. No quiero escuchar mi nombre saliendo de su boca. Me pone aún más tensa.

—¿Ha... ganado tu equipo? —pregunto algo titubeante señalando su bufanda futbolera de rayas blancas y verdes.

—¡Qué va! —exclama fastidiado—. Si te digo la verdad, son bastante malos. Solo nos dan disgustos.

Eso me hace volver a reprimir una sonrisa. Entonces lo recuerdo.

—¡Oh! —Poso mis manos sobre los bolsillos de mi abrigo azul marino—. Qué pena no haber traído tus llaves, esta mañana las tenía aquí, pero las dejé antes de salir de casa.

—Bueno... así mañana quedamos antes y me las das, como hablamos anoche. No te preocupes tú por eso, mujer. —Me guiña un ojo sonriendo y yo me quedo extrañada ante su extrema simpatía.

“¿Por qué te escribiría a ti si no es por algún motivo?”. Las palabras de Carla aparecen en mi mente muy vívidas. Pero hago que desaparezcan rápido. El cielo también parece que me quiere echar una mano, porque justo cuando estamos pasando por el centro del desierto parque central, el viento comienza a soplar con fuerza y descarga una furia de agua sobre nosotros.

—¡Que buen sitio para que nos pille una tromba de agua! —me quejo con ironía. Comienzo a correr dejando a mi acompañante atrás, buscando un posible refugio, pero sin éxito. Estamos en medio de un parque rodeados de jardines, árboles, charcos y baldosas. No hay sitio en el que guarecerse. La única opción es correr como locos hasta la avenida.

Para cuando miro hacia atrás, ya tengo el pelo empapado, sus puntas pegadas a la barbilla y a la clavícula. Hasta comienzo a sentir el agua traspasando mi ropa, mojando mi piel, y calándome hasta los huesos. Sobra decir que mis botas son dos peceras.

Pero ahí está *Jojo*. En medio del paseo, en el mismo punto en el que lo dejé, parado como una estatua mirando al cielo. El agua cae con furia sobre su rostro. Me acerco a él preguntándome en qué piensa para quedarse así como un pasmarote mientras el agua recorre cada centímetro de su cuerpo y con la amenaza de coger una pulmonía. Por mucho que estemos casi en mayo, no estamos libres de enfermedades.

—Jorge, ¿qué haces? Te vas a enfermar —le digo mientras uso mis manos a modo visera para poder mirarlo sin que las gotas me acribillen los ojos.

Él me ignora, y sigue mirando hacia arriba sonriendo. ¿Tanta agua le ha hecho perder la cabeza? Sigo mirándolo sin poderme creer que estemos a la una y media de la madrugada empapándonos bajo una tormenta en medio de un parque. Él parece que sale de sus cavilaciones, y me mira fijamente.

—Vamos a buscar algún balcón donde refugiarnos —le suplico. Estoy empapada y muerta de frío.

Él me sigue mirando sin mediar palabra y de repente pateo el charco que tiene delante, lanzándome el agua a traición, como si de una ola se tratase. Yo suelto un chillido cuando noto más agua fría penetrando en mi cuerpo. Lo miro como si hubiese perdido el juicio y me alejo unos metros de él, por si acaso se le ocurre repetir actuación.

—¿Por qué deberíamos refugiarnos? —pregunta mientras se acerca lentamente hasta mi posición—. Ya estamos empapados. ¿Por qué no disfrutar de la lluvia? Dejar de verlo como algo negativo, y ver su parte positiva. Es como la vida. Hasta de los días más feos y oscuros podemos sacar algo positivo.

—¿Ahora eres filósofo aparte de profesor? —pregunto con ironía. Estoy cansada, quiero irme a casa, pero *Jojo* parece divertirse como un niño bajo la lluvia. Suspiro desesperada.

—Apuesto a que nunca habías visto el parque así. ¡Disfrútalo! —Vuelve a darle una patada a un charco y me cae en la cara en su mayor parte. Toso y escupo algo de agua, no pudiéndome creer lo que me está pasando. Esto es más irreal que el hecho de pensar que me guste este chico.

No pienso quedarme parada mientras me lanza patadas y patadas de agua jugando en los charcos como un niño pequeño. Como yo también tengo mis recursos, pateo con fuerza una generosa cantidad de agua que va directa a su pecho. Él se detiene e intenta alzar una ceja con gesto de fastidio.

—No me mires así. No sabes alzar las cejas —le chincho, reprimiendo una sonrisa.

—No, no sé —admite—. Pero... ¿sabes que sí puedo hacer?

La picardía de su pregunta hace que comience a echar a correr porque intuyo que va a hacer lo que seguidamente hace, que es perseguirme mientras yo lo esquivo pisoteando césped, baldosas, flores, y hasta le suelto algún latigazo de agua cuando las ramas de los árboles que rodeo huyendo de su persecución me lo permiten.

Y de pronto estamos así, ambos corriendo empapados, por un parque oscuro con una tormenta sobre nuestras cabezas, haciendo una auténtica guerra de agua y ver quién acaba más empapado de los dos entre risas, quejas y algún que otro chillido de sorpresa.

¡Y yo que quería llegar pronto a casa!

## Capítulo 20

Entro con el mayor sigilo que puedo al piso porque imagino que tanto Raúl como Leo estarán ya bien dormidos. El reloj de la entrada marca las dos y cinco de la madrugada. Más vale que me vaya directa a darme una ducha calentita y a fregar el rastro de agua que estoy dejando a través del pasillo. Mis zapatos hacen un divertido sonido cuando piso las blancas baldosas.

Cuando estoy a punto de alcanzar el pomo de la puerta de mi habitación, Leo, con sus gafas apoyadas en la nariz, abre de repente la suya y surge de la oscuridad de su cuarto invadiendo parte del pasillo, y ahogando un grito cuando se percata de que la figura que tiene delante no es ningún fantasma. Que soy yo, su triste y taciturna compañera de piso. Se apoya contra la pared exagerando su reacción mientras se lleva una mano al pecho y respira a bocanadas.

—¡Santo Dios, Lara! —susurra para no despertar a Raúl—. Ahora sí que creía que eras la niña del pozo. Menos mal que tienes el pelo corto, si no hubiese muerto de un ataque al corazón ahora mismo.

Me hace sonreír.

—¿Quién es el exagerado ahora, eh? —pregunto con reproche.

—¡No llevaba las gafas puestas! —se excusa—. Es totalmente comprensible que me asuste. Además pensaba que estabas en tu habitación encerrada como de costumbre. ¿De dónde vienes a estas horas? O mejor dicho, ¿de dónde vienes así, a estas horas?

Se vuelve a erguir y cruza los brazos como si de un padre autoritario se tratase. Lo miro sopesando bien la respuesta que le voy a dar. Obviamente no puedo mencionarle nada de lo que acaba de pasar con *Jojo*. No puedo decirle que es la única persona que me ha hecho sonreír en meses.

—Carla me medio obligó a ir a su casa después visitar a mi madre. —Decido mantener parte de la verdad—. Ya sabes, una noche de chicas. Un intento de estar todas juntas y subirme el ánimo.

—Si Carla te ha hecho salir de esa madriguera a la que llamas cuarto, tengo que reprimir ahora mismo las ganas de ir a su casa y besarla.

—Pues estate preparado para un buen puñetazo por parte de su novio Yago —bromeo.

—Quizá me interese algo más que una agresión de su parte si se descuida...

Pongo los ojos en blanco. Leo no tiene remedio.

—No diré que lo he pasado mal. Pero me siento ansiosa cuando salgo. Agradezco que os

preocupéis por mí, pero estoy muy bien cerrada en mi cuarto. Sin comparar mi vida con las bonitas vidas de los demás. No quiero ver cómo me restriegan por la cara su felicidad. No tengo fuerzas para eso.

Leo se queda en silencio sin saber qué responder a mi repetitivo discurso improvisado. En cambio enciende la luz del pasillo para verme mejor. Y con ello yo también puedo comprobar que ya estoy formando un charco bastante generoso a los pies de ambos. Las tiritonas de frío también vuelven y me recuerdan cual era mi plan antes de tener este encuentro con Leo.

—Voy a la ducha. —Por su puerta entreabierta puedo ver que tiene sus ordenadores encendidos y que seguramente está trabajando en alguno de sus proyectos—. Que te sea leve el trabajo.

Él me da las gracias y justo cuando lo adelanto y abro la puerta del baño noto cómo viene corriendo hacia mí y saca algo de mi bolsillo con entusiasmo.

—¡Lara! —exclama levantando el objeto que me acaba de arrebatar—. ¡Has encontrado mi pañuelo! ¿Dónde estaba?

Me quedo inmóvil observando la pequeña pieza de tela negra bordada entre sus dedos y la poca felicidad que traía acumulada de mis juegos nocturnos con Jorge se ve totalmente opacada por todas las malas noticias que me rodean y que por unos minutos había logrado olvidar. No sé qué contestarle. No sé por qué diantres estaría el pañuelo de Leo en el cajón de la mesita de mi padre. No sé por qué demonios él lo vio besándose con una mujer. No comprendo nada. Absolutamente nada.

—Estaba entre mi ropa —miento en un susurro—. Me lo guardé en el bolsillo para recordar dártelo cuando te vieses.

—¡Qué alegría! —Él lo agarra como si fuese una delicada pieza de oro llena de valor—. Que susto me pegué al creer que lo había perdido. ¿Te conté que era de mi abuela? Mi madre y yo nos peleamos constantemente por él.

Sinceramente no le presto atención a su parloteo y algo en mi interior me grita que Leo me está ocultando algo, que debo tener mis sensores a alerta.

—Ya me lo contaste —le corto—. Voy a entrar al baño, que descanses.

Él me sonrío y tras un “hasta mañana” vuelve a encerrarse en su cuarto para seguir con su tarea, feliz por tener de vuelta su ansiado y querido pañuelo.

Un pañuelo que se ha convertido en todo un dolor de cabeza para mí.

Con la llegada de la mañana, las cosas no parecen enderezarse tampoco. Una llamada imprevista de una agencia de limpieza donde dejé el currículum alguno de los meses anteriores, me llama para un puesto de trabajo como gobernanta en uno de los hoteles del pueblo. Aunque me armo de valor e intento hacer la entrevista lo mejor posible sin parecer una desesperada, tiene el mismo desenlace que tienen todas: prácticamente me dicen que mi carrera profesional es tan corta, que no valgo para desempeñar ningún puesto. Al parecer, ni limpiando las mierdas de otra gente.

Tengo que aguantar las lágrimas todo el camino a casa y esquivar a conocidos que me intentan acribillar con todo tipo de preguntas que sinceramente no tengo ganas de contestar. Porque son las mismas de siempre, incluso llego a odiar vivir en un pueblo donde todo el mundo conoce tu vida y se creen con el derecho de opinar sobre ella.

Me siento tan fracasada. Tan inútil.

—Lleva metida en su cuarto desde que volvió de la calle. —Desde mi cama puedo escuchar la voz amortiguada de Leo que atiende a alguien en la puerta del piso—. No sabemos qué le ha podido ocurrir, pero se ha puesto a gritar, chillar y llorar como una loca. Nunca la habíamos visto así. Incluso ha roto varios cuadros del pasillo.

Sigo sollozando en silencio mientras dejo que mis lágrimas empapen la almohada y que esta ahogue mis llantos. Llantos que soy incapaz de frenar. La voz de Leo junto a varias pisadas más se escuchan más cercanas en el pasillo. Lo último que quiero es que alguien venga a consolarme. Porque no hay manera de hacerlo.

—No sé si es buena idea, tiene un ataque de ansiedad. Está fuera de sí —Leo sigue diciendo preocupado.

No sé quién está ahí ni me importa. No quiero ver a nadie. Está claro que nunca voy a poder encontrar mi lugar en el mundo. Nadie nunca me va a querer. Nunca voy a poder ser útil ni sentirme realizada. He esperado demasiado, y esto no cambia. Nadie puede comprenderme. Nadie está en esta situación.

Nadie me va a salvar con discursos esperanzadores baratos.

Mi mirada perdida entonces se centra en las tijeras de manualidades que tengo sobre el escritorio. Sus hojas plateadas brillan tenues bajo la luz del ocaso que entra por la ventana y no puedo dejar de mirarlas, pensando en algo que no me parece tan descabellado.

Unos golpes en la puerta me sacan de mi trance y suspiro, esperando que quien sea, me deje en paz y regrese a su casa.

—Lara, escúchame. Abre la puerta, por favor.

¿Cristian? Tenía que estar alucinando.

—Queremos hablar contigo. Cuéntanos qué te ha pasado —suplica desde el otro lado de la puerta de madera.

Sigo llorando en silencio mientras ignoro las palabras de mi hermano. Los golpes en la puerta se siguen sucediendo y llega un punto en el que me estresan tanto que no lo puedo soportar más.

—¡Dejadme en paz de una maldita vez! —grito a pleno pulmón sentándome en la cama de la misma fuerza—. ¡No quiero hablar con nadie! ¡Ni quiero ver a nadie!

Respiro entrecortada sintiendo que me falta el aire.

—¡Lara, esta no es manera de tomarse las cosas! —reprocha mi hermano—. Abre, y hablaremos. Seguro que se puede solucionar.

—¡Nada tiene solución! —Lloro—. No tengo solución.

—Todo en esta vida tiene solución. Déjanos ayudarte.

—¡No podéis ayudarme! —grito con rabia—. No quiero vuestras miradas de lástima, no quiero ver cómo a todos os va genial y a mí no me sale nada bien. ¿Es que no lo entendéis?

—Lo entendemos, y te queremos, por eso necesito que abras la puerta, y me ayudes a ayudarte.

—Soy una desgraciada. Nadie puede ayudarme.

—Si tú misma no te ayudas quitando todos esos pensamientos negativos de tu mente, ninguno de nosotros podremos ayudarte nunca.

Reconozco que razón no le faltaba, pero así estaba bien. Siendo mi propia enemiga, refugiándome debajo de estas mantas, alejadas del mundo. Un mundo en el que yo nunca lograría encajar.

—Vete, por favor —susurro llena de dolor.

—No me pienso mover ni un centímetro de aquí.

Pierdo mi fuerza totalmente y comienzo a llorar a pleno pulmón de nuevo. Me siento mareada, siento que me ahogo.

—¡Lárgate! —logro gritar en un último intento de mantenerme despierta. Luego todo lo que queda es oscuridad y el sonido de una puerta rompiéndose.

Cuando recobro la consciencia estoy en el salón, tumbada en el sofá grande, con una mantita cubriéndome y rodeada de las caras preocupadas de Leo, Raúl y mi hermano que me contemplan con los ojos abiertos de par en par.

—Está volviendo en sí —anuncia Leo.

Todos corren y se arrodillan a mi lado, llenos de preocupación.

—¿Estás bien, Lara? —pregunta mi hermano mientras me toca la cara con cuidado.

—¿Sabes quiénes somos? —pregunta Raúl por lo bajini.

Leo lo mira, incrédulo.

—Se ha desmayado, no se ha abierto la cabeza contra un bordillo. Claro que nos recuerda, tontín.

Raúl pone los ojos en blanco y se echa un poco atrás. Me dan ganas de reñir a Leo de nuevo por tratar así a nuestro compañero. Para las pocas veces que habla y él lo corta.

Pero no tengo fuerzas para abrir la boca, así que asiento e intento incorporarme. Es noche cerrada y me duele la cabeza horrores. Apenas puedo cerrar los ojos de la hinchazón y los labios me duelen, pero aun así lo sigo recordando todo por desgracia. Y me siento automáticamente avergonzada de haber perdido de tal manera los papeles. De no tener control sobre mí misma y haberlos preocupado tanto.

—Me rechazaron de otra entrevista. —Intento controlar mis lágrimas de nuevo. Me llena una tristeza inmensa.

Los tres me observan cuidadosos, comprendiendo que el cúmulo de rechazos y más cosas que guardaba en mi interior durante tantos meses fueron los detonantes que me hicieron explotar horas antes.

—No vuelvas a pegarnos estos sustos, Lara —suplica mi hermano—. Llego de Barcelona y lo primero que me encuentro es una llamada de tu compañero pidiendo ayuda. —Suspira.

—Qué más quisiera yo que estar bien —me defiendo—. Volver a ser la Lara divertida y alegre que siempre he sido. Pero me encuentro mal.

—Mañana por la mañana vamos al médico y no acepto una negativa por respuesta. Me he cansado de verte así, todos nos hemos cansado. Necesitas ayuda. Y esta noche te vienes a dormir a casa. No pienso dejarte sola.

Él comienza a pasar su brazo por mi espalda para ayudarme a incorporarme, pero lo rechazo y lo aparto.

—No puedo ir a casa, mamá no puede verme así. —Lloro recordando su noticia.

Cristian se acerca y seca mis lágrimas con su mano.

—Por favor, Lara, intenta relajarte por tu bien. Deja de llorar, podrías ponerte realmente enferma —me dice con cariño.

Y eso intento, hacer que las lágrimas paren.

—No quiero preocupar a mamá. Bastante tiene con lo suyo.

Leo y Raúl se miran entre ellos preguntándose de qué hablo. Aunque puedo notar a Leo algo más nervioso de lo que la situación requiere y esquivando mi mirada.

—De acuerdo, te dejaré quedarte aquí. Pero yo también me quedo.

—Vete a casa, Cristian, de verdad el mayor favor que me podéis hacer es dejarme sola.

—¿Para que te hundas en la miseria dándole vueltas a esa cabezota? —Me golpea suavemente con el dedo índice—. No pienso moverme ni un centímetro ya te lo he dicho. Y mañana me aseguraré de que no te escapes de ir a consulta.

Suspiro dándome por vencida. No quiero ni puedo discutir con nadie, me encuentro fatal. Mi hermano me levanta bajo la mirada de mis compañeros de piso y tras decirles buenas noches, y que él cuidará de mí, me arrastra prácticamente a mi cuarto, y me mete en la cama. Él camina hasta la silla de mi escritorio y se sienta allí, mirándome.

—Oh vamos, no puedo dormir contigo mirándome así —me quejo—. Ven a la cama y duérmete.

Él camina hasta la cama y se tumba a mi lado.

—No pienses en nada e intenta dormir, ¿vale? Todo será mejor mañana. Ya lo verás.

No tengo fuerzas para decirle que no, que las cosas no mejorarán, ni mañana, ni pasado ni dentro de meses. Porque mis ilusiones ya están muertas.

Él logra dormirse enseguida, pero yo soy incapaz de pegar ojo. La cabeza me sigue matando, tengo ganas de vomitar, y el mareo se niega a abandonarme. He estado con esta sensación de mareo mientras caminaba por la calle, comiendo, mientras estaba en clase de pintura. Me tendría

que acostumbrar a vivir con él.

Odio no poder quedarme dormida porque mi mente se dedica a darle vueltas a los pensamientos negativos que tanto me angustian aún si le suplico que pare que de una vez por todas y me haga parecer una loca hablando sola con mi cerebro.

Solo mi móvil que vibra como un loco en la mesita delante de mis ojos, logra cortar esos pensamientos. Lo ignoraría, de verdad que lo haría, pero algo en mi interior me insta a agarrar ese pequeño trozo de plástico y microchips negro y ver quién me ha escrito.

*“No has venido hoy a nuestro encuentro. Casi tengo que abrir la puerta de la clase con una horquilla, suerte que tenía algunas a mano jeje.*

*¿Estás bien, Lara? Siento si te resfriaste por lo de ayer”.*

Y solo entonces, un pequeño puntito de luz parece iluminarse dentro de toda mi oscuridad.

## Capítulo 21

Al igual que mi madre, mi hermano posa firmemente su mano sobre mi rodilla para que detenga el vaivén que tengo con mi pierna a causa de los nervios. No pude pegar ojo en toda la noche, mi mente estaba demasiado ocupada removiendo toda la negatividad de nuevo junto a miles de pensamientos locos. Me dolía la cabeza, me dolían los ojos, y el mensaje que recibí de *Jojo* no ayudó a conciliar el sueño. Los nervios se apoderaron de mí. Más que nunca. Y odio reconocer que a pesar de toda esta oscuridad y lo mucho que perdí el control ayer, su mensaje me hizo sentir cosas que no esperaba.

—No estés nerviosa, ya verás cómo te van a ayudar —me dice mi hermano dándome unas palmaditas en las rodillas.

—Esto no va a servir de nada —protesto desganada—. No me van a decir nada que no sepa ya.

—Son profesionales, Lara. Por supuesto que te van a ofrecer soluciones.

—¿Cómo qué? —lo encaro—. ¿Inflarme a pastillas sedantes que me dejen medio tonta para que no pueda recordar incluso mi nombre? ¿Decirme que tengo una depresión de caballo? Uno, no creo que necesite escuchar eso de un médico para saber que es verdad, y dos, no pienso tomar medicación. Mis problemas no se van a esfumar por tomarme unas píldoras diarias.

—¿Por qué eres tan terca? —me regaña Cristian.

—Porque estoy cansada de todo, por eso. —Resoplo—. Pensáis que todos tenéis soluciones para mí y no, no podéis ser mis salvadores. Lo único que puede cambiar esto es que mi vida comience a cambiar. En todos los aspectos. Y todo sería más fácil si no... hubiese ciertos problemas.

Mi hermano me vuelve a mirar preocupado.

—Lara, ¿estás llorando otra vez? —pregunta incrédulo.

Niego con la cabeza, pero de poco sirve ya que las lágrimas que salpico al negar con tanto ímpetu me delatan. La gente que nos acompaña en la sala de espera del hospital comienza a mirarme frunciendo el ceño y preguntándose qué será lo que le pasa a esa pobre llorona y ojerosa chica.

—No puedo controlarlo, qué vergüenza, todos nos están mirando. —Sollozo mientras intento recuperar la compostura y me seco las lágrimas, que pronto son reemplazadas por otras.

—Van a creer que eres una chica abandonada buscando un aborto o algo por el estilo —bromea

para calmar el ambiente.

Reconozco que su ocurrencia casi me hace reír, pero no estoy de humor y le golpeo el hombro para que deje de decir tonterías. Él se vuelve a poner serio y me toma de la barbilla para que lo mire. Los ojos marrones oscuros de mi hermano brillan al reflejar el rostro de su triste hermana.

—Tienes razón. No podemos ser tus salvadores —admite—. Porque la única que puede sacarte de esto, la única que puede salvarte... eres tú misma.

No sé qué contestarle, porque me ha callado completamente con tal verdad. Es cierto, que la única manera de salir de este pozo era callar mi cerebro y dejar de hundirme a mí misma en la miseria y empezar a luchar por lo que quería. Sí. Era muy bonito decirlo, pero no era nada fácil. Aunque mis problemas laborales y personales eran grandes piedras que me empujaban mucho más profundamente en ese pozo. La posible enfermedad de mi madre también lo era, así como el secreto de mi padre. No podía llevar todo ese peso yo sola.

—Cristian, creo que papá está engañando a mamá —susurro.

Su expresión cambia completamente y deja caer sus manos a su regazo. Me mira incrédulo.

—¿Qué estás diciendo, Lara? —pregunta sin poder asimilarlo.

—Sé que suena loco, y de verdad que no quería contárselo a nadie por si eran imaginaciones mías. Pero es muy raro todo... —Intento contener mis lágrimas.

—¿Qué te hace pensar eso?

—En el cumpleaños de papá hace meses, ¿recuerdas que te pregunté si un pañuelo era de la abuela Gracia?

Él intenta hacer memoria, y tras varios segundos asiente con la cabeza, preguntándose cómo ligaré la historia de ese pañuelo a la supuesta infidelidad de nuestro padre.

—Lo descubrí por casualidad aquella noche en el cajón de papá —comienzo a explicar— y pensé que sería de la abuela. Pero luego comenzaron a pasar cosas raras... papá no aparece por casa en días, un día lo vi en un bar con otra mujer, en incluso Leo me contó que lo vio besándose con otra mujer.

Él me escucha con una expresión rara en el rostro. Quizá preguntándose en qué universo paralelo eso que está saliendo de mi boca, estaría relacionado con mi padre.

—Confieso que no me estoy enterando casi de nada —dice él susurrando—. ¿Qué es todo eso?

—Y lo peor —continúo, dándome un poco igual si se entera, o no. Simplemente necesito quitarme este peso de encima. Es demasiado cargar con este secreto yo sola—, lo más raro es, y no me preguntes por qué, el pañuelo que guardaba papá, es un pañuelo de Leo.

Respiro agitada, pero aun así intento calmarme.

—¿De Leo? —pregunta mi hermano incrédulo— Lara, esta historia no tiene ni pies ni cabeza. Es un pañuelo claramente de mujer.

—¿Crees que me lo estoy inventando todo? —pregunto algo furiosa—. ¡Por supuesto que no tiene sentido! Por eso necesitaba soltarlo, porque me estoy volviendo loca. Más aún.

Mi hermano me acalla mirando algunos rostros molestos de otros pacientes a los que estoy

perturbando con mi tono de voz.

—Te creo, te creo —repite para sonar convincente y para que me calle también—. Solo que, me cuesta asimilarlo.

—Es imposible de asimilar —afirmo—. Mamá quedaría destrozada si se entera. Ya tiene bastante con lo que le está pasando como para que también tenga que lidiar con un marido infiel, y el derrumbe de la familia.

De nuevo, las lágrimas comienzan a derramarse por mi rostro sin control. Y esta vez mi hermano no me calma. Porque él juraría que también está a punto de echarse a llorar.

—¿Pero... con quién? —pregunta—. ¿Quién es ella?

—No lo sé.

—Nunca lo hubiese dicho de papá. —Él sigue pensando en voz alta, incrédulo e intentando asimilarlo todo—. Él no es esa clase de hombre... nunca nos haría eso.

—¿No le notaste nada raro cuando pasó esos días contigo en Barcelona? —pregunto recordando lo que me contó ayer mi madre.

Mi hermano me mira como si hubiese perdido la cabeza. Titubea, pero finalmente logra contestar.

—Lara. Él no ha estado en Barcelona conmigo.

Tengo que controlar mis emociones muchísimo para no ponerme a gritar o pegarles patadas a los asientos para soltar de alguna manera esta impotencia, esta tristeza y esta angustia que se multiplica por mil. Entonces es cierto. Papá le mintió a mamá. Nos mintió a todos.

—Pero mamá ayer me dijo que él estuvo contigo y por eso no apareció por casa en días. Porque tenía que hacer un viaje al norte para hablar con clientes...

—No lo he visto en mucho tiempo. Os mintió —confiesa mi hermano. Casi puedo sentir cómo el vaticinio de una familia rota se cierne también sobre él.

Justo en ese momento una enfermera en sus cuarenta años y vestida completamente con un uniforme azul, me nombra para entrar en consulta. Y confirmo que el haber venido es una soberana estupidez. Pero mi hermano insistió tanto... y están todos tan preocupados por mi salud mental que no podía negarme. Por darles gusto, me he ganado un intensivo análisis psicológico por parte de un médico de barba poblada y cara de pocos amigos que no para de hacerme preguntas y que sinceramente me comienza a agobiar. ¿No tienes apetito? ¿Padeces de insomnio? ¿Te invaden los pensamientos negativos? ¿Has notado falta de motivación? ¿Has tenido tendencias suicidas? ¿Te mareas con frecuencia?

Comenzaba a pensar que estaba en un interrogatorio policial en vez de en plena consulta en un hospital. Me limito a contestar sí o no, dependiendo de las preguntas del serio doctor, y luego me hace algunas pruebas más como un análisis de sangre, algunos electros y me mira también las constantes vitales. Salgo de la consulta con un informe que no da muchas sorpresas sobre mi estado.

El médico me ha diagnosticado ansiedad y depresión. Y aunque yo ya sabía que esto acabaría

así, el ver esas pequeñas letras impresas y escritas por un profesional me hace pensar que es más grave de lo que pensaba en un principio. Que quizá todos tengan razón y no sepa salir de aquí sola si no es con ayuda de un experto. O ayudándome yo a mí misma. También me doy cuenta de que el médico me ha prescrito unos medicamentos que me temo serán los sedantes que vaticiné al principio.

—No me pienso tomar estas cosas —me rebelo contra la receta.

—Deberías hacerle caso al doctor —me aconseja—, es por tu bien.

Ambos salimos a la calle y nos liberamos de la pesada calefacción del interior del edificio. Me pregunto si quieren curar a los pacientes o cocerlos a fuego lento como pollos a tal temperatura.

—¿Es que no viste como esta misma medicación dejaba medio tonta a mamá cuando la tomaba para superar la muerte de la abuela? Porque lo recuerdo a la perfección.

—Pero eso dependerá mucho de la dosis y del cuerpo de cada persona...

—Unas pastillas no van a hacer que los problemas milagrosamente desaparezcan. Es lo que te he dicho antes. No pienso engancharme a una falsa evasión que en cuanto pase, será peor. Porque eso es lo que son estas pastillas. Sumirte en una falsa realidad.

Hago una bola con el papel de la receta y lo tiro a la papelería más cercana. Mi hermano niega con la cabeza pensando seguramente que no tengo remedio. Luego insiste en ir a casa y hablar con mamá sobre la infidelidad de papá. Pero sinceramente no creo que sea el momento adecuado para que mamá se entere, no hasta que al menos no tengamos una información más sólida de lo que está pasando.

Ante mi negativa, me acompaña a casa e incluso se queda a comer con mis compañeros y conmigo, cosa que agrada a Leo en demasía. Se ha convertido en mi sombra, y a no ser que vea un cambio en mí no me dejará ni a sol ni a sombra, al menos hasta que le toque volver a Barcelona el domingo. Así que mi fin de semana, se resume en estar en mi piso y en casa de mis padres con nada más y nada menos que tres guardaespaldas cuidando de que no vuelva a perder los papeles ni cometa ninguna locura. El tener a mi hermano a mi lado de algún modo me calma, y logra estabilizar mis tambaleantes sentimientos en solo tres días.

Cuando tanto mis padres como yo nos despedimos de él en la estación de tren, no puedo evitar sentirme algo vacía. Voy a echarlo de menos hasta que vuelva el mes que viene. También tengo miedo que al marcharse la única persona que me aporta seguridad y estabilidad en mi vida, me hunda en la miseria de nuevo. El tren se aleja a toda velocidad y nos deja parados allí diciendo adiós con las manos en el aire.

Luego nos marchamos a casa y cenamos juntos por primera vez los tres en mucho tiempo. Estoy mucho más callada que de costumbre y mis padres lo notan. Espero que por el contrario no noten que no puedo parar de mirar a mi padre con una expresión seguramente rara que ninguno de los dos sabría descifrar. Y estoy tentada a soltarlo todo, a pedirle, reclamarle, exigirle una explicación de por qué está engañándonos y jugando así con mamá. Pero al ver la cara de ella, todo ese sentimiento de rabia se transforma en lástima. Está tan contenta de tener a su marido al

lado y haber hecho la cena para él que soy incapaz de abrir mi boca. Ambos achacan mi pésimo humor a la noticia de la operación y mi exagerada preocupación, así que agradezco no tener que fingir, ya que mi estado de ánimo perfectamente podría encajar en ese perfil.

Luego camino de vuelta al piso, dándole vueltas a todo. Investigaría, iba a descubrir de qué iba todo esto y qué tenía que ver Leo en esta historia.

Y luego mi madre tendría que escuchar y aceptar la verdad.

## Capítulo 22

El martes, subo las escaleras de la biblioteca algo temblorosa, con las llaves de *Jojo* bien apretadas entre mis dedos. Leo esta vez me acompaña, porque se ha tomado realmente en serio la tarea de ser mi guardaespaldas, y desde que estoy tan mal no me deja ni a sol ni a sombra. Ni siquiera falta a ninguna clase de pintura, aunque luego se tenga que quedar hasta las tantas de la madrugada haciendo sus animaciones y sus trabajos. Y tengo que confesar que su cercanía no me viene nada mal, en mi investigación sobre cómo unir su pañuelo a la supuesta infidelidad de mi padre y a la mujer con la que lo vio besándose, el tenerlo pegado a mí y bien controlado es el mejor regalo que me podría hacer en estos instantes.

—Leo, adelántate, tengo que ir al despacho de Jorge a darle sus llaves. —Le muestro las pequeñas llaves plateadas y él asiente con la cabeza.

—No llegues muy despeinada a clase —bromea.

Estoy tentada a tirarle las llaves a la cara. Si mi hermano pensaba que yo no tenía remedio, Leo, incluso, tenía menos.

—Leo, qué barbaridades sueltas por la boca. —De verdad me hubiese hecho gracia si fuese la Lara de antaño.

—Las cosas que veo —se defiende.

—No voy a entrar contigo en este tema de nuevo —zanjo el tema cansada mientras me encamino hacia el pequeño despacho.

—Porque sabes que es verdad. ¡Que el profe te está gustando y no quieres reconocerlo!

Su voz es mucho más alta de la cuenta y aprieto los puños sin mirar atrás. ¡Qué sarta de tonterías! Mejor será que no le preste mucha atención, o uno de nosotros acabará volando por las escaleras. Aunque en el fondo agradezco que Leo siga siendo igual conmigo que antaño. Ni siquiera saber que tengo depresión y debería estar medicándome, hace que él tenga el más mínimo tacto hacia mi persona. Y de algún modo se siente... bien.

Llamo con ligeros toques a la puerta. Después la voz de Jorge me invita a entrar en el despacho.

—Perdona que te moleste —me disculpo con timidez mientras entro en la pequeña y austera habitación.

Él se sorprende a verme atravesar el umbral. Desde luego soy la última persona que esperaba

que entrase por esa puerta.

—¡Lara!—exclama sorprendido—. Me alegro de verte, pasa.

Acepto su invitación y camino hasta su escritorio. Él se pone de pie y me mira. Extiendo la mano para darle sus llaves.

—No viniste a clase el último día. —Ni siquiera mira las llaves, mantiene su mirada fija en mí. Y me comienza a inquietar.

—No me sentía muy bien —confieso sin contar toda la verdad. Porque estaba segura que decir “no vine a clase porque mi vida es una mierda, y tuve un ataque de ansiedad en el que además pensé autolesionarme” no hablaría demasiado bien de mi salud mental.

—Me preocupaste, no contestaste a mi mensaje. —Él toma las llaves dándome las gracias.

—Sí, lo sé, perdona. Estuve bastante liada e indispuesta como te he dicho —me excuso—. No era mi intención hacerte ese feo.

Él asiente lentamente y luego muestra una sonrisa. Mi corazón late un poquito más fuerte.

—Bueno, en ese caso, me alegra ver que hoy estás mejor y has venido.

—Gracias.

—Me preocupaba el hecho de que a causa de mi arrebato infantil te hubiese metido en la cama con cuarenta de fiebre por la tormenta del otro día.

El simple hecho de recordar ese momento en mi vida me hace sentirme inquieta y feliz al mismo tiempo. Nunca pensé tener ese pequeño momento de luz dentro de toda esta oscuridad.

—No te preocupes, de hecho tengo que confesarte que... hasta me divertí. —Intento sonreírle. Y me sorprendo al ver que con él la sonrisa sale sola. No hay que forzar nada.

—Yo también, Lara. Fue divertido. —Ríe y luego se fija en el reloj de la pared—. Oh, ya tiene que estar la gente a punto de llegar. Vayamos a clase.

Se da la vuelta y comienza a meter sus cosas en el maletín y algunos utensilios de pintura. Luego vuelve a mi posición y con una mano apoyada en mi hombro me invita a salir en esta ocasión de su despacho y acompañarle por el pasillo.

—Por cierto, en la última clase te perdiste las últimas noticias.

—¿Noticias? —pregunto con curiosidad.

—El curso acabará la semana que viene.

Siento una pequeña punzada en el estómago. ¿Tan rápido habían pasado los meses? Esto no podía terminar, era la única cosa en mi vida que adoraba hacer y que me sacaba de casa.

—¿Tan pronto? —pregunto con tristeza.

Él me mira divertido.

—Sí, no finjas, estaréis deseando descansar de mí. Y seguramente que también de los cuadros terroríficos de nuestra amiga Francisca.

Sonrío. Punto para *Jojo*.

—Es solo que... se ha pasado el tiempo tan rápido. Pensé que acabaríamos en junio.

—Bueno, es lo que suele pasar en los cursos, pero desgraciadamente tengo otros asuntos que

atender y no puedo dar clase hasta ese mes.

Él parece notar que camino cabizbaja, y me da una palmadita en la espalda.

—Pero lo que te quería decir es que, el otro día, acordamos hacer una despedida. Ya sabes, celebrar que acaba el curso, salir a cenar. —Se detiene un momento y saca de su bolsillo su teléfono móvil—. Apúntame tu número. Te meteré en el grupo que hemos hecho todos para acordar fecha y hora.

¿Celebrarlo? ¿Salir a cenar? Esas dos cosas no estaban en el diccionario de mi vida en estos momentos, ni me apetecía en absoluto ir a festejar algo que para mí era un motivo de tristeza, pero mis manos de todas formas toman su teléfono y marcan mi número telefónico.

—¡Perfecto! —exclama él—. Ahora sí podrás enterarte de todo lo que hablamos.

Ambos torcemos la esquina y nos encontramos a Leo apoyado en la barandilla con cara de malas pulgas, esperando en el pasillo.

—Si no sabías como deshacerte de mí, al menos haberme mandado a algún sitio que me entretuviese —se queja—, no enviarme a una clase cerrada, y teniendo tú la llave para abrirla.

Temo porque suelte alguna barbaridad por su boca como lo del pelo de antes, pero gracias a dios se comporta. Jorge se acerca a la cerradura riendo y abre nuestra bonita sala lila, los tres entramos y el olor a pintura nos da la bienvenida automáticamente.

—No te quejes, solo he tardado cinco minutos.

Ambos caminamos hasta nuestros respectivos caballetes y comenzamos a preparar nuestras cosas. Yo centro toda mi atención en poner colores en mi paleta para continuar las mariposas que dejé a medias el otro día. Leo me chista desde su posición, pero lo ignoro porque seguramente me meterá en algún apuro con Jorge queriendo saber más de la cuenta. *Jojo* acude al rescate cuando se acerca a Leo, para pedirle también su número de teléfono por la misma causa que me lo pidió a mí anteriormente. Y doy las gracias de que me lo entretenga un ratito.

Luego los demás empiezan a llegar poco a poco y se colocan en sus asientos dispuestos a aprender una nueva lección.

Y así, con una tranquila música relajante, unos rostros sonrientes y alguna que otra mirada esquiva, gastamos una de las últimas clases de *Jojo*.

Voy a echar mucho de menos esto.

Intento pasar las dos semanas que nos llevan a finales de mayo con la mayor calma posible dentro de la tormenta. Mi estado de ánimo sigue bastante decaído y sigo sin tener ilusión por nada en la vida, para variar. Apenas he podido descubrir algo sobre mi padre, y los trabajos siguen sin lloverme del cielo, como parece sucederle a bastante gente. Aun así intento no montar numeritos, no pensar, no ser tan amargada con los demás, e intento no sumirme en la desesperación. No voy a tomar esa medicación. Me niego rotundamente.

Por eso aquí estoy. En la puerta del ayuntamiento de Villazul, esperando a que lleguen tanto

mis compañeros de curso como *Jojo*. No me apetecía lo más mínimo salir de casa ni irme de fiesta mucho menos, pero pensar que podría rascar unas horas de felicidad y olvidarme del mundo, me hicieron decidirme a venir. Leo me ayudó a elegir el vestuario, unos sencillos pantalones negros junto a una camiseta verde botella con la espalda de encaje y un volante muy femenino que salía de la cintura y se posaba en mis caderas. Perfecto para combatir el calor.

Incluso me había alisado el pelo, ahora casi me caía sobre los hombros y me había maquillado también. Y sin saber muy bien porqué mientras hacía todo esto no podía dejar de pensar en Jorge. Y en que él iba a estar aquí esta noche, que me iba a ver.

Me quito esa idea de mi mente. No me estaba arreglando para él. Me estaba arreglando para que pudiese verme bonita y fuerte, en vez de débil y deprimida. No él, sino yo misma.

Miro el reloj, ya casi son las nueve de la noche y aún nadie aparece. Echo de menos en cierto modo que mi guardaespaldas no haya podido venir a la velada. El trabajo final lo llamaba y tenía que entregarlo en cuestión de días. Lástima por él que se pierde una de las cosas que más ama en este planeta: salir de fiesta. Aunque antes de salir por la puerta me hizo prometerle que se lo contaría todo con pelos y señales y me obligó a echarme una foto para que no se me olvidase lo guapa que me veía esta noche.

Recordarlo me hace poner los ojos en blanco. Ojos que pronto vuelven a su estado original cuando reconozco a compañeros del curso en un grupo de personas que se aproximan. Efectivamente, cuando están más cerca son ellos, pero no hay ni rastro de Jorge. Así que deciden parar en el bar más cercano a tomar una copa, mientras aparece el profe desaparecido. Yo me limito a escuchar a Francisca parlotear muy animada, como es costumbre en ella. Alaba el vestuario de todos y nos dice lo guapos que estamos mientras yo tomo sorbos de mi té helado y miro sin parar hacia la puerta con la esperanza de ver a Jorge entrar. Y justo en una de esas miradas furtivas, él, como por arte de magia, aparece vestido con unos pantalones vaqueros, una camisa azul y algo fatigado.

Me atraganto con mi bebida y me tiembla la mano cuando la deposito en la barra y él se acerca a nosotras. Cuando nos saluda, noto un agradable olor a su perfume masculino que sobre su piel se convierte en un aroma muy peculiar y agradable. Me asusta lo mucho que me agrada.

—Perdonad el retraso, chicas —se excusa—. Tuve que ir a llevar a mi novia a un sitio.

De repente se me han quitado las ganas de seguir bebiendo y comiendo. Incluso de estar aquí sentada. Y no sé el motivo. Supongo que se me hace raro pensar que Jorge tiene novia, que pudo conquistar a alguien a pesar de esa cara de pocos amigos que se gastaba cuando era un adolescente.

—¡Wow!, que chico más completo —alaba Francisca—. Es un chico culto, simpático y encima cuida bien a su novia. ¡Hijo mío, eres un partidazo! Aunque yo tampoco me puedo quejar de mi *ratoncito*, me tiene como a una reina.

—¿Llamas *ratoncito* a tu marido? —pregunta divertida una mujer rubia con la que no he tenido apenas trato. Creo que se llamaba Manuela.

—¡Pues claro! Es su mote de cariño y a mí me encanta llamarle así. Casi ni me acuerdo de cómo se llamaba en realidad.

Todos echan a reír menos yo, que solo muestro un intento de sonrisa

—Se hace lo que se puede —contesta él humildemente.

Y también humilde. Pienso yo en mi fuero interno.

—Bueno, pues no perdamos más el tiempo y vayámonos a comer. ¡Estoy que me como hasta las mesas!

Las risotadas por causa de Francisca y sus ocurrencias no cesan en todo el camino hasta que llegamos a El Jardín. Espero que la rica comida de este sitio me suba el ánimo y se me quite la cara de acelga que debo de tener. Quiero divertirme esta noche, o al menos intentarlo.

Decidimos sentarnos en la bonita terracita de la calle, decorada con mesas y sillas blancas y unas vallas de madera con enredaderas, que nos separa del tráfico. Todas eligen pronto su plato, pero yo sigo dudosa.

—¿Te apetecería compartir una pizza conmigo, Lara?

Y esa pregunta tan banal de Jorge sirve para pintar una sonrisa en la cara y pensar de nuevo, que sí, aunque en principio quisiera irme a casa, esta noche prometía ser también muy larga.

## Capítulo 23

—Claro —contesto algo insegura e intimidada por su mirada verdosa—. De qué... ¿De qué te gusta la pizza? Creo que podemos pedirla de dos estilos.

Él me libera de su mirada y se centra en echarle otro vistazo al menú en la sección de pizzas. Su aroma me vuelve a inundar cuando se inclina para darme su veredicto. Las demás mujeres parlotean alegremente entre escandalosas risas, apuesto que a causa de alguna de las infinitas gracias de Francisca.

—Carbonara y barbacoa —contesta él sonriendo—. ¿Te gustan esas?

Me deja sin palabras.

—Sí —afirmo—. De hecho son mis preferidas.

—Vaya, al parecer estamos en sintonía —bromea—. Entonces será mitad y mitad de cada.

El camarero no tarda en tomarnos nota a todos y regresa en unos escasos quince minutos trayendo la comida consigo. En ese espacio de tiempo me basta para enterarme que Jorge no solo es profesor de pintura, sino profesor de primaria en colegios también por las mañanas. Confirmando que tiene un año más que yo, lo que le deja en veintisiete años, y que lleva con su novia más de cinco. Yo me limito a escucharlos como ya hice en el bar y a asentir e intentar mostrarme amigable cuando alguno de ellos posa la mirada en mí. Sin poder dejar de pensar que la cantidad de años acumulados en su relación es realmente envidiable. Ojalá yo hubiese tenido algo así.

Me centro en comer y terminar mi primer trozo de pizza, y no pensar en cosas disparatadas. Últimamente parece que solo tengo locuras en mente y más cuando se trata de *Jojo*. Literalmente en cuestión de meses ha pasado de ser el *chico susto* con ansias tremendas de vengarse de mí a ser el chico encantador que me proporciona algo de paz interior. Y ni siquiera sé el porqué, si antes me ponía nerviosa verlo y huía de él como de la peste, ¿cómo he terminado literalmente buscándolo sin parar?

—Está riquísima —dice con la boca llena mientras está a punto de acabar su cuarto trozo, cuando yo solamente voy por el primero. Este chico come rapidísimo.

—Sí —me limito a decirle sonriéndole.

—... Y entonces mi ratoncito me regaló un conjunto de ropa interior muy sexy —cuenta Francisca, bajo la mirada atenta de todas las demás—. Y fue una lástima usarlo más de alfombra que tenerlo puesto sobre el cuerpo. ¡Fue una noche inolvidable!

Todas ríen alabando y opinando sobre su caliente historia. Aunque Jorge y yo nos la hemos perdido casi toda, las ocurrencias de la mujer le hacen reír y atragantarse con la pizza. No debe ser muy fácil para él estar rodeado de doce mujeres maduras y una jovencita deprimida. Seguro que estará deseando irse a casa.

—¡Oh! —exclama Francisca mirando a su mano y luego levantando la mirada hacia el cielo—. ¡Me acaba de caer una gota!

—Eso es imposible, estamos prácticamente en junio —se queja la rubia de antes—, ¿no será que se te ha caído tu propia baba al recordar aquella noche? —bromea.

Eso hace reír de nuevo a todas, y de pronto un trueno ensordecedor nos calla a todos a la par que nos asusta. Francisca muestra su cara de “¿veis como era verdad?”. Y tras eso, el cielo comiendo a descargar su furia contra nosotras y contra todos los comensales que nos acompañan en la terraza. Todos echamos a correr como un enjambre de abejas, buscando el refugio más próximo donde cobijarnos de la lluvia y los relámpagos. En vez de seguir a mis compañeros hacia el interior del local que estaba bastante alejado, me lanzo como loca a ponerme debajo de un balcón y suspiro aliviada cuando ya no siento el golpeteo del agua sobre mi cabeza. Otro suspiro me acompaña y me doy cuenta de que Jorge está a mi lado. Justo como aquel día de la napolitana. Acabar atrapados debajo de balcones se está convirtiendo en una situación típica entre los dos.

Comienzo a sentirme algo nerviosa mientras desvío la mirada de su cara empapada de agua, y la fijo en nuestra mesa. Las servilletas han quedado tiradas por el suelo y algunas sillas también. Es entonces cuando me doy cuenta.

—¡La pizza! —exclamo horrorizada mientras veo cómo casi toda mi cena se está convirtiendo en una sopa.

*Jojo* automáticamente sale del balcón y en una carrera rápida, en cuestión de segundos, se dirige a la mesa, coge el plato de pizza y vuelve a mi posición. Me la tiende después de escurrir el plato mientras sujetaba la ya no tan comida. Casi me hace reír la escena.

—No tenías por qué haber ido, de verdad —agradezco mientras él me insta a coger un trozo y seguir cenando, aunque sea con esas condiciones meteorológicas. Le hago caso y automáticamente agarro un pedazo. Tras un bocado, decido que sí, que está algo húmeda pero aún bastante comestible. La mozzarella ha hecho un efecto impermeable.

—Apenas has podido comer —dice él—. Venga, aprovecha que estoy aquí como tu camarero.

—Muchas gracias, Jorge.

Sonrío y sigo masticando y tragando. Ambos nos dedicamos a observar la lluvia caer a través del halo que dejan las farolas y podemos escuchar las risotadas de las demás que llegan desde la puerta de entrada del restaurante. Está claro que ninguno de los dos sabemos de qué hablar y yo ahora menos que nunca sé qué decir para que podamos romper este silencio incómodo que siempre parece rodearnos.

—Quién diría que iba a caer esta tromba de agua en pleno verano, ¿eh?

Su voz es la primera que se anima a dar conversación. Yo tomo otro trozo de pizza mientras asiento.

—Para una vez que salimos y mira lo que nos pasa. —Río por lo bajito por primera vez en mucho tiempo mientras bromeo.

Oh, el típico tema del tiempo. Salvando siempre tantas incomodidades y conversaciones.

—Nunca existe el aburrimiento con vosotras, eso está claro —confiesa él riendo también.

—Estas son las típicas cosas que luego les contaremos a nuestros nietos —cuando termino de decirlo me doy cuenta que ha sonado algo extraño. Como si él y yo fuésemos a tener nietos. Juntos. Trago el bocado que tengo en la boca no sin algo de dificultad—. Digo, las típicas cosas para contar en un futuro. Atrapados en medio de una tormenta, cenando un plato de pizza aguada mientras la gente nos mira como si fuésemos dos monos de feria.

Una pareja pasa junto a nosotros refugiados bajo sus paraguas y como si me hubiesen escuchado nos dirigen una mirada extraña, seguramente preguntándose qué hacíamos ahí parados como dos pasmarotes con un plato de pizza. Miro a *Jojo* y nos da por reír. Desde luego la situación es cómica. Bastante divertida.

—Creo que más bien esa mujer iba con tanta hambre que ha devorado la pizza con la mirada —bromea él mirándome intensamente mientras sus ojos brillan con diversión—. ¡Venga! Cómete el último trozo antes de que vuelva y te la quite.

Río y niego con la cabeza instándole a que sea él que se coma la pizza, porque yo ya estoy llena. Tras muchísimos días sin tener apetito alguno, mi estómago debe de ser del tamaño de una canica. El comerme tres trozos de este manjar, ya ha sido más que suficiente para llenarme hasta los topes.

Él me hace caso y devora al instante el último trozo de comida mientras me mira y sonrío. Entonces comienza a contarme más sobre su vida. Y yo estoy encantada de ver que de algún modo él se abre a mí y puedo conocerlo un poquito más. Me agrada saber que es un atleta vocacional y hasta es músico en la banda local. También le gusta el buceo y el teatro. Desde luego él no tenía tiempo para aburrirse. Su vida sonaba tan fascinante comparándola con la mía. Por mi parte tenía poco que contar, apenas he hecho nada notable en esta vida y acabé abandonando todas las actividades que comencé de pequeña. Falta de tiempo, desilusión, desencanto, miedo a salir de mi zona de confort y vivir locuras de las que pueda estar orgullosa. Se llamase como se llamase, si me paraba a pensar en mi vida, lo único de lo que estaba orgullosa era de haberme sacado una carrera. Aunque no me gustase y ese título sea solo un adorno más en mi cuarto.

Así que dedico los minutos que quedan hasta que la lluvia aminora, para contarle el único viaje memorable que hice en mi vida. El crucero por el mediterráneo que realizamos al acabar la carrera. Y charlo, le cuento anécdotas y él escucha atento, amable y hasta me responde muy conversador. Ese hecho simplemente me enternece el corazón. Lo único que había recibido en mi vida por parte del género masculino había sido indiferencia, burlas, y charlas bastantes

superficiales por dudosos intereses, por eso me ponía tan nerviosa cuando tenía que charlar con uno de ellos. Por eso solía huir de ellos como de la peste.

Pero Jorge es todo lo contrario. Me escucha, me comprende, me anima, me... Sacudo la cabeza de nuevo. Seguro que estás así de rara porque este chico que tienes delante es el único que alguna vez en tu vida te ha tratado con cariño y amabilidad. No puede ser por otro motivo. No podría serlo.

Aun así, fuese por lo que fuese, cuando deja de llover y vemos que las demás salen de su refugio y nos llaman para irnos diciendo que ya han pagado la cuenta, yo estoy más que agradecida con la lluvia por haberme regalado este pequeño ratito junto al chico más encantador que alguna vez había conocido.

Porque sí, lo era.

La estridente música de la discoteca penetra con potencia por nuestros oídos y todas bailan animadas. Bueno, unas más que otras, porque algunas de mis compañeras no han nacido para dedicarse a esto y a la vista está. Francisca ríe como loca mientras contonea su cuerpo contra el de Jorge al ritmo de la música latina y ambos bailan animados en pareja en medio de la pista, mientras los demás reímos con ellos. Ella no deja pasar la oportunidad de tocar a un chico joven y atlético y está encantada con ello. No sé si a su “ratoncito” le haría tanta gracia como a ella, enterarse de esto.

Sea como sea, no sé qué les da Jorge a todas, porque tras Francisca, absolutamente todas hacen fila para echarse un bailecito con él, y divertirse. Todas menos yo, que me mantengo al margen siguiendo un contoneo rítmico, el justo para que no me confundan con una de las columnas que sostienen el techo del local.

Pero él tampoco se acerca a bailar conmigo. Aunque en el fondo me muero de ganas de que lo haga. Y a la vez me muero de vergüenza con solo pensar en sus manos agarrando las mías y su cuerpo moviéndose a escasos centímetros del mío. Algo recorre mi estómago cuando pienso en eso, así que tomo un sorbo de mi refresco mientras sigo viendo el espectáculo. Luego me siento en una de las zonas de sillones a descansar un rato cuando decido que ya he bailado bastante. Veo que *Jojo* va a la barra a pedir algo y luego se dirige a mi posición con una botella de cerveza bien fría en la mano. Trago saliva e intento parecer normal, aunque el corazón se me salga por la boca.

—¿Lo estás pasando bien? —me pregunta amigable mientras toma un trago de su botellín.

Lo miro y le muestro una sonrisa tímida.

—Sí, solo estoy tomando un descanso.

—Yo también lo necesito, ¡esas mujeres van a acabar conmigo!

Ambos reímos y seguimos tomando de nuestras bebidas mientras las demás lo dan todo al ritmo de la música, al parecer sin percatarse aún de nuestra ausencia.

—Me encanta esta canción —confiesa Jorge mientras se contonea un poco al ritmo de ella—. Llevo buscándola tiempo y no doy con el título.

La reconozco al instante, ya que Leo se dedica mucho a hacer de Dj improvisado mientras los demás dormimos, comemos, vemos la tele o lo que sea que estemos haciendo. Si él quiere poner su música la pone. Y punto.

—Sé cuál es —anuncio.

Él me mira con los ojos muy abiertos.

—Me la tienes que enviar —suplica—, la quiero ya.

Yo río y prometo mandarle el título por mensaje para que al fin pueda conseguir su amada canción. Eso da pie a que comencemos una conversación musical, donde él me recomienda unas cuantas canciones y yo también le comento sobre algunas preferidas mías que él no conoce. Cada vez que se acerca para colocar su oreja más cerca de mi boca, ese olor suyo tan característico me vuelve a inundar y odio, detesto que me haga sentir así de bien. Es extraño. Es raro. Ni siquiera nos conocemos, pero de algún modo, hay algo que me empuja hacia él.

Me alejo manteniendo una distancia de seguridad mientras intento ser amable y algo divertida y me quito ideas tontas de la cabeza. Estoy demasiado condicionada por lo que Leo y mis amigas dicen que él busca en mí. Él no me puede estar atrayendo, es imposible. Solo es una clase de apego extraño porque él me trata bien, y es el único chico al que veo. Solo por eso, estaba convencida de ello. Y todo el verano que estaba por venir, sin tenerlo a él al lado, confirmaría mi teoría.

Ni siquiera lo echaría de menos. Y todo quedaría claro.

Sería un chico más de la lista de enamoramientos exprés que tenía de adolescente y que a los dos días, ya no me acordaba ni de sus nombres. Sí, estaba convencida.

Cuando las demás nos llaman porque sus maridos las esperan y deben acabar la velada, decidimos retirarnos todos a nuestras casas, con maridos o sin ellos. Todas emprenden sus caminos, y Manuela, la rubia que reía tanto, se ofrece a llevarme en coche a casa y la verdad no lo rechazo. Son las dos de la mañana y estoy muy cansada, dar pasos ahora mismo con mi dolor de pies me cuesta la misma vida.

Nos despedimos prometiéndonos volver la próxima temporada a vernos todas en la biblioteca de nuevo y todo va muy bien hasta que me despido de Jorge.

Me da dos besos en las mejillas y un apretón en el hombro deseándome un feliz verano. Yo hago lo mismo, pero cuando me subo en el coche y Manuela emprende nuestro viaje a casa, no puedo evitar sentir que una parte de mí se ha quedado ahí con ellas esta noche. No puedo evitar sentir miedo al caluroso verano, porque la única felicidad que tenía ahora se ha acabado.

Porque no lo veré en mucho tiempo. La pesadumbre se apodera de mí, y un nudo indescriptible crece en mi estómago. Estoy a punto de dejar escapar una lágrima, pero la visión que contemplo a través de mi ventanilla la frena en seco.

Son Leo, una mujer que creo recordar la vi aquel día que estaba en el bar con Leo hace meses, y mi padre.

Mi padre.

Los tres en una pequeña calle, en corrillo. Nunca tendré mejor oportunidad de saber que está pasando como ahora.

Y no se iba a librar ninguno de los tres de darme explicaciones.

—Manuela, me bajaré aquí.

## Capítulo 24

Camino hacia ellos llena de rabia y furia. Y también desconcertada. Aunque mis pasos son bastantes sonoros, están tan metidos en una acalorada conversación discutiendo algo, que ni cuenta se dan de que me detengo a escasos metros de la espalda de mi padre.

—No podemos seguir con esto, ella tiene que saberlo —escucho decir a Leo.

—Mi mujer no está atravesando una buena etapa y mi hija tampoco —explica mi padre—. No les puedo hacer esto. No soportarían una noticia así ahora.

—Pero la farsa en la que les estás haciendo vivir les dolerá aún más. —La mujer con los labios pintados de un rojo vivo intenta convencerlo seguramente de que él deje a mi madre. Me sorprenden las ganas que me entran de borrarle ese lápiz de labios de unos cuantos manotazos—. Haznos caso, Emilio, hay que contarles la verdad.

Mi padre suspira mientras se pasa las manos por la frente y piensa sobre cómo nos dirá a mamá y a mí que sí, que nos está engañando a ambas con otra mujer, tal y como yo pensaba desde un principio. Siento que el corazón se me parte en otros pocos pedazos más. Ahora mismo tiene que ser como ver un trozo de cristal roto en añicos en el suelo. Sería tan difícil recoger los pedazos de nuevo.

La callejuela apenas está iluminada por una farola que nos envuelve en un ambiente irreal. Las casas mantienen todas sus puertas y ventanas cerradas, pero no descarto que alguna vecina curiosa esté desde su cama con el oído puesto en la conversación al igual que hago yo.

—Sí, hazle caso a tu amante y cuéntanos de una vez la verdad.

Me sorprendo cuando saco fuerzas para pronunciar esas palabras mientras intento contener las lágrimas y observo cómo Leo y la mujer ponen cara de horror, literalmente, cuando reaccionan a mi voz y se giran para mirarme. Entonces me doy cuenta de que la mujer tiene algo alrededor de su cuello y compruebo que el pañuelo ha sido devuelto a su dueña.

Mi padre se queda inmóvil y tras unos segundos en el que yo no separo mis ojos de su espalda y de su jersey gris, llena de dolor, él se gira y me encara. Puedo ver en su mirada miedo, pena, arrepentimiento, dolor, y casi estoy a punto de echar a correr y no hacerle pasar por ese mal trago de confesarle a una hija cómo le ha visto la cara de tonta tanto a ella como a su madre.

—Lara... —susurra también con horror mientras intenta inventarse una excusa—. Esto no es lo que parece, te lo prometo.

Pongo los ojos en blanco.

—La típica excusa de cuando en verdad sí que se está haciendo lo que parece —susurro.

La mujer se dedica a mirar cabizbaja al suelo llena de vergüenza y Leo sigue mirándome horrorizado como si yo fuese alguna aparición tipo la chica de la curva.

Mi padre suspira y camina unos pasos hacia mí.

—No quería que te enterases de este modo —comienza mirándome con los ojos brillantes.

—¿Acaso podría haberme enterado de otra forma? —pregunto llena de reproches—. Nos has tenido abandonadas durante meses, papá. Has dejado sola a mamá cuando está luchando con un casi cáncer, y solo por estar con esta...

Cierro mi boca antes de soltar algún improperio.

—Lo siento mucho, Lara —es lo único que suelta por su boca mientras yo continúo con mi discurso desgarrada.

—Encontré ese pañuelo en tu mesilla aquel día que celebramos tu cumpleaños. Y yo tan inocente pensé que era de la abuela Gracia. ¡Ha tenido que ser tan divertido para los tres reiros de mi madre y de mí a nuestras espaldas! —Subo la voz un poco de más de lo permitido a estas horas de la noche y un perro se pone a ladrar en la lejanía.

—Lara, por favor. Déjanos que te lo expliquemos. —Intenta calmarme Leo cuando al fin sale de su trance.

—¿Qué es lo que hay que explicar? —pregunto enfadada—. Yo creo que está todo bastante claro. Aunque de verdad aún no me explico qué haces tú metido en todo esto, Leo... lo último que me esperaba de ti era esto.

De pronto recuerdo todas las veces que Leo me ha puesto excusas para no venir a clases de pintura y a la cena de esta noche.

—¿Estás haciendo de alguna especie de celestino entre los dos? —escupo enfadada—. Porque si no, no sé qué motivos te han movido para estar metido en todo esto y encima meterme cosas raras en la cabeza. ¡Incluso me dijiste que habías visto a mi padre besándose con una mujer! Qué clase de cabeza enferma tienes...

La mujer lo mira de manera reprobadora y él agacha la cabeza. Estaba claro que él quería que me enterase de las noticias sin que su madre lo aprobase.

—Ella es mi madre, Lara.

Ese dato me deja de piedra. Mi padre engañando a mi madre con la madre de Leo. ¿Qué clase de trama era esa?

—¿Cómo? —Soy incapaz siquiera de hacer una pregunta coherente. Dudo mucho que en estos momentos, cualquier cosa que digan me hará entenderlo nunca—. ¿Cómo habéis podido...?

Doy algunos pasos atrás, y sin mediar más palabra, tras dar media vuelta me voy. Me marcho a casa mientras tanto Leo como mi padre me llaman a voces para que vuelva y les deje explicármelo.

¿Explicarme el qué? Mi familia estaba rota, y yo esta noche no tenía fuerzas ni para

escucharlos, ni para afrontarlo.

Las lágrimas siguen cayendo hasta que llego al fin a casa y entro como un torbellino dejando un rastro de portazos a mi paso. Me da igual despertar a Raúl, me da igual que se quejen los vecinos, tan solo quiero que todos me dejen en paz e ir corriendo a refugiarme en mi cuarto. Cuando cierro la última puerta a mis espaldas, y mi visión se llena de paredes de una tonalidad verde, sé que entonces puedo dejar salir todo lo que he estado reprimiendo. Así que me dejo caer sobre la puerta y comienzo a llorar, sacando todo lo que me ahogaba desde el principio de la noche.

Estaba claro que algo pasaba, mi padre últimamente no era el que solía ser y todo este asunto del pañuelo, de su comportamiento extraño y de encuentros inesperados, no hacía otra cosa nada más que mascar la tragedia y la traición.

—¿Qué más me vas mandar? ¿Qué más? —Miro al techo pidiéndole explicaciones a un dios imaginario, causante de toda mi desgracia. Nunca había sido demasiado religiosa, pero la poca fe que conservaba se estaba esfumando a la velocidad de la luz con los últimos acontecimientos de mi vida.

—Mi madre, los fracasos, la indiferencia, y ahora mi padre... —susurro prácticamente ida y débil—. ¿Qué más, eh? ¡¿Qué más?!

Apenas puedo controlar el grito que sale de mi garganta. Cuando estoy a punto de volver a gritar en puro ataque de ansiedad, una llamada me hace cerrar la boca y centrar la atención en la pantalla brillante que me deslumbra en la oscuridad de mi cuarto. Es Cristian. Y una llamada de mi hermano a estas horas de la madrugada no vaticinaba nada bueno. Lo único de lo que tenía ganas era de cortar el irritante sonido del teléfono y tirarlo por la ventana. Que nadie me molestase.

Pero algo en mi interior me decía que no era una simple llamada para saber cómo estaba y tenía que responder. Me seco las lágrimas y me siento en el suelo con las piernas cruzadas, luego tomo aire y descuelgo. Y me quedo callada esperando escuchar su voz al otro lado de la línea.

—¿Lara? —Mi hermano suena muy preocupado—. ¿Estás ahí?

Él espera unos segundos por mi respuesta.

—Sí —logro susurrar—. Estoy muy cansada, Cristian, ¿podemos hablar mañana? —ruego.

—No puedo esperar a mañana —confiesa él. El tono de su voz comienza a preocuparme.

—¿Estás bien? —pregunto mientras mi pulso se acelera lleno de aún más tensión.

—Yo estoy genial, Lara, descuida. —Suspira—. Pero se trata de mamá.

Esa frase me hace ponerme de pie de un brinco y comenzar a dar vueltas por la habitación de modo compulsivo.

No iba a contarte nada, de hecho mamá me lo prohibió esta mañana cuando hablé con ella por teléfono. Pero sinceramente no puedo ocultártelo más, por eso te llamo.

—Cristian, me va a dar un infarto, dime lo que sea, por favor —le suplico llorando.

Noto que titubea, pero que finalmente toma aire para comunicarme lo que quería contarme

desde un principio.

—Lara, mamá fue esta mañana al hospital —comienza.

—¿Sola? —pregunto algo enfadada.

—Sí, papá aún no había llegado del trabajo y comenzó a dolerle mucho el pecho. Volvieron a hacerle pruebas y tiene cáncer, Lara. Cáncer de mama.

La habitación se vuelve borrosa y yo siento que me voy a desmayar. Soy incapaz de articular palabra, solo puedo llorar sin consuelo. El sollozo de mi hermano también inunda la línea entre nuestros teléfonos, pero él consigue volver a la calma antes que yo, como siempre desde que éramos pequeños.

—Está ingresada en el hospital —sigue diciéndome—. Planta tres, habitación 105. El lunes la operarán de urgencia para limpiar y que el tumor no se extienda.

—¿Por qué no me dijo nada? —Lloro—. Yo pude haberla acompañado.

—No quería preocuparte.

—¿No se da cuenta de que así me preocupo más?! —Me siento sobre la esquina de la cama sin fuerzas mientras sujeto el teléfono con una fuerza sobrehumana.

—Eso no es importante ahora, Lara, la cuestión es que tenemos que ir a apoyarla. No puede quedarse allí sola.

Asiento, aunque sé que no me está mirando. Me rompe el corazón saber que hoy no será la única noticia mala de la que se entere. Y me duele muchísimo no poder hacer nada para sanar su dolor.

—He pedido un traslado a Madrid —anuncia—. Estoy cansado de estar lejos de vosotros. No estaremos al lado, pero al menos estaremos mucho más cerca y podré visitaros con más frecuencia.

—Gracias, Cristian —agradezco algo aliviada. Porque me siento incapaz de seguir con esta vida yo sola. Y sé que mi hermano es un gran apoyo.

—Mamá se curará. Lo sé —dice intentando convencerme y seguramente convencerse a sí mismo. Casi me lo puedo imaginar apretando la mandíbula para guardar la compostura y cabeceando afirmativamente.

—Tengo miedo —confieso.

—Tranquila, Lara. No pienses en nada, es peor si le das vueltas. Yo llegaré mañana por la tarde.

—Lo intentaré. Adiós.

Cuando la línea entre ambos se detiene, mi corazón da un vuelco asimilando la mala noticia. Esto no podía estar pasando, ese supuesto Dios se tomó mi pregunta de antes con demasiada seriedad. Y sí, tenía mucho más para mí. Claro que lo tenía. Las cosas siempre pueden ir a peor, eso estaba clarísimo.

Dejo el móvil en la mesilla y me quito el bolso, mientras mi cabeza no para de darle vueltas a las palabras, cáncer, fracaso, infidelidad, familia rota.

No hay un futuro, no hay nada. Si todo va a ser así, entonces ¿por qué seguir sufriendo? Me acerco hacia el balcón poco a poco mientras no dejo de pensar en cómo mi vida y nuestras vidas se fueron a pique. Fuimos una familia feliz, muy feliz. Éramos alegres, risueños, salíamos a todas partes juntos, compartíamos alegrías y penas, logros y fracasos. Pero seguíamos adelante y ahora todos esos recuerdos se han transformado en cenizas. Es increíble cómo la vida de alguien puede dar un vuelco en cuestión de segundos. Cómo aunque creamos que tenemos todo asegurado en este mundo, el tiempo se encarga de demostrarte que no, que todo siempre cambia.

Abro las puertas del balcón y doy un paso al frente. El tibio aire primaveral me saluda, y se siente agradable sobre mi cara húmeda por las lágrimas. Es refrescante. Un alivio. Estamos en un cuarto piso, y desde aquí puedo observar con detalle los pocos coches que pasan por la calle en esos momentos y algunas personas que entre risas seguramente se dirijan a su casa después de una divertida noche de fiesta, amigos y amores.

Me da pena pensar que nunca seré como ellos. Que me habré ido de este mundo y nunca habré conocido lo que es hacer locuras, viajar, saber lo que es querer a alguien tan fuerte que hasta duela y ser correspondida. Nunca veré la cara de mis hijos ni de mis nietos. Coloco un pie sobre la barandilla de forja negra y luego subo con el otro, medio cuerpo está ahora desprotegido de la fortaleza de estos hierros oscuros. Es una lástima que me haya tocado rendirme y no poder ser feliz. Me inclino poco a poco hacia delante, mis lágrimas cayendo al vacío.

Siempre le tuve un pánico atroz a la muerte. Nunca llegué a comprender a aquellas personas que sin pensar en el daño que ocasionaban a los suyos, se quitaban la vida. Pero ahora lo entendía todo.

No hay más color en los ojos de esas personas que el negro. Todo es negro para mí ahora.

Siempre me quedo en mi zona de confort porque pienso que ahí estaré a salvo de todo. De las burlas, de la indiferencia. Nunca he sido valiente y me odio por ello. Odio terminar así. Pero no hay otra solución. Me siento vacía, no siento nada, y eso me asusta. Cuando pierdes la ilusión por la vida y sientes que ni el respirar te hace ya falta, lo mejor es dejar de sufrir, dejar que todo termine.

Quería ser por una vez una valiente. Paso una pierna por encima de la barandilla y aprieto mis manos contra los hierros. Luego paso la otra y me quedo totalmente indefensa, el vacío de una altura de cuatro pisos llamando a mi cuerpo. Antes de que todo acabe miro el paisaje de asfalto y edificios que se extiende frente a mí.

Y pido perdón a todos por lo que estoy a punto de hacer.

Nadie se enterará y entonces todo habrá acabado. Fácil y rápido.

Estoy a punto de soltarme cuando logro distinguir a lo lejos las grandes luces verdes chillonas que parecen gritar HOSPITAL en un verde casi neón. Comienzo a temblar aún más. Entonces los gritos de mi hermano aquel día que sufrí el ataque, las preguntas de mis amigas preocupadas y sus llamadas, las risas de nuestras clases de pintura, la sonrisa y la nota de Jorge. La mirada preocupada y avergonzada de mi padre, y la cara de mi madre desde una cama de hospital

luchando por una vida.

Una vida que yo estaba a punto de desperdiciar.

No podía hacer esto. No les podía hacer esto.

No me lo podía hacer a mí misma.

Con varios pasos dudosos y llena de nerviosismo, vuelvo a pasar las piernas por encima de la barandilla y me dejo caer contra el suelo del balcón, en posición fetal, abrazándome y llorando sin parar.

¿Qué clase de locura he estado a punto de cometer? Me daba miedo como esta depresión había logrado anular todo mi razonamiento y controlar mi cuerpo casi de manera inconsciente.

Tenía que seguir adelante.

Tenía que luchar, por todos, por mi madre y por mí. Y nadie nunca se enteraría de esto. Nunca.

Tenía que cambiar mi vida.

## Capítulo 25

En cuanto piso el suelo de mármol blanco del hospital, me dirijo como alma que lleva el diablo buscando desesperada la habitación de mi madre. Algunos familiares de pacientes que no pueden dormir, me lanzan miradas vacías desde las máquinas de café que hay distribuidas por los pasillos. Imagino que una chica despeinada, con el maquillaje corrido por los llantos y que tiene pinta de haberse intentado suicidar, no debe de ser algo muy corriente de ver. Aunque pensándolo bien este lugar es en el que en estas condiciones, menos importancia se me daría. Un lugar lleno de olor a químicos y medicamentos, cuyas paredes exudan llantos por familiares perdidos, noches en vela repletas de preocupaciones y malas noticias.

—Señorita, no puede pasar, no es horario de visita. —Una enfermera bastante entrada en carnes me detiene, levantándose de su asiento en el mostrador, cuando llego al ala donde está mi madre ingresada.

—Tengo que ver a mi madre —suplico intentando recuperar el aliento. Llevaba corriendo como una loca desde que salí de casa, y eso se traduce en más de media hora de carrera a toda velocidad hasta alcanzar las puertas de este lugar.

—Me parece estupendo, pero vuelva a la hora de las visitas. —Se afana en buscar algo en su escritorio y me tiende una tarjeta con horarios. La cual cojo simplemente por educación, pero ignoro.

Al igual que hago con ella y sigo caminando por el pasillo buscando la habitación 105 mientras escucho como se afana en perseguirme en silencio. A pesar de su peso, no tarda en alcanzarme, imagino que no soy la primera persona que ha intentado a ver a un familiar a deshoras.

—Como no te marches voy a llamar a seguridad, ¿entendido? —me amenaza perdiendo la escasa cordialidad que tenía anteriormente mientras aprieta con fuerza su mano sobre mi brazo impidiendo moverme.

Intento soltarme sin éxito. Oh, si ahora mismo fuese “Lara Donut” entonces esta mujer tendría su agarre más que perdido. La miro cansada y con desesperación.

—¿Has bebido, jovencita? —Vaya, era un piropo que teniendo veintiséis años, me llamase jovencita. Pero ahora mismo esta mujer me molestaba más que me halagaban sus palabras.

—No estoy borracha. —Al fin logro zafarme de su agarre—. No soy ninguna loca que se cuele en hospitales tras beberse una botella entera de whiskey —me defiendo.

—Entonces, por favor, vete y deja de perturbar a los pacientes que intentan dormir. —Sus palabras me confirman que no me ha creído nada. Que esta “jovencita” que tiene delante seguramente sea una borracha en busca de un servicio desesperadamente.

Suspiro y justo cuando ella levanta la mano para llamar a seguridad por un pequeño aparatito negro yo se lo arrebato de la mano y la detengo. Me mira desaprobadora. Sé que me estoy ganado un pase directo a la calle con mi actitud.

—Sé que no tengo muy buena pinta —me defiendo—. Créame que he tenido un día muy largo y no estoy en mi mejor momento.

Ella enarca una ceja bastante poblada dándome a entender que no le interesa lo más mínimo mi charla, pero igualmente no me detiene ni me corta.

—Acabo de recibir una llamada de mi hermano —cuento—. Mi madre fue ingresada esta mañana y la operan el lunes. Está sola, así que en cuanto me he enterado he venido a hacerle compañía. Y si no me deja entrar, entraré de todas formas, se lo advierto.

Ahora soy yo la que amenazo y parece que mi discurso ha hecho mella en ella, así que suaviza su expresión y se guarda el aparatito de nuevo en sus pantalones después de quitármelo de la mano.

—A ver, ¿cómo se llama su madre? —me pregunta mientras me obliga a volver al mostrador.

—Sé que está en la 105, no hace falta que la busque en los archivos.

—¿Cómo se llama su madre? —repite. Está claro que no me dejará entrar a no ser que le diga el nombre.

—¡No vengo a matar a nadie por el amor de dios! —digo un poco más alto de la cuenta.

Ella me fulmina con la mirada y examina una carpeta en la que seguramente esté el listado del nombre de pacientes y la habitación en la que se encuentran.

—Celeste Suárez —digo cansada de tanta pantomima.

Ella se coloca las gafas y con el dedo busca el nombre y el apellido en dichas listas. Finalmente da con ella.

—Habitación 105. Celeste Suárez —repite.

La miro enarcando una ceja, preguntándome si me está tomando el pelo.

—Gracias por su valiosa información —digo algo cansada y con ironía—. ¿Puedo pasar ya, o necesita también cachearme o pasarme algún detector de metales?

Abro los brazos sobreactuando y ella está a punto de seguramente lanzarme otra reprimenda, cuando una voz nos interrumpe a las dos.

—Ven ya y deja dormir a todos de una vez.

Miro hacia el final del pasillo y distingo la figura de una mujer blanca de piel, con el pelo negro y corto. Su bata azul brilla con intensidad bajo las blancas luces y agarra, no con mucho esfuerzo, un soporte de hierro para suero que se desplaza gracias a sus cuatro ruedas. Mi madre.

—¿Ve? —le digo como último reproche a la enfermera y camino por fin hacia la habitación.

Ella ha vuelto a entrar en el cuarto y se ha echado de nuevo en la cama los segundos que yo

tardo en atravesar ese pasillo y entrar por la puerta. Casi todo está en penumbra así que no puedo distinguir bien si hay alguien más en el cuarto con ella. Una luz tenue que sale de la cabecera de la cama se ilumina de repente y puedo ver la cara de mi madre que me observa desde la cama con una sonrisa triste.

—¿Qué te hemos dicho sobre tu actitud borde? —me regaña con cariño.

Yo no puedo aguantar más y tras soltar el bolso en el suelo corro y la abrazo como puedo en la cama mientras alguna de mis lágrimas se vuelven a escapar. Ella me abraza con fuerza y tras unos minutos nos separamos. Yo la miro sin saber qué decir o de qué modo consolarla ante una noticia así. Nunca he servido para consolar a nadie, ni siquiera a mí misma. Literalmente huía de cualquier persona que se ponía a llorar en la misma habitación en la que yo estaba, porque siempre he sido una aprensiva, y no sabía cómo consolar. Ella con sus dedos me limpia los restos negros de maquillaje de ojos que se esparcen por mi cara.

—¿Cómo se te ocurre salir así de casa? —Sigue manteniendo la calma. Una calma que realmente me asusta. Aunque siempre ha sido así, haciéndose la fuerte y la dura aún si ella estaba muriendo por dentro solo para no vernos mal.

—Mamá, estaba tan preocupada. —Sollozo mientras tomo con fuerza sus manos—. Siento mucho el haber sido una mala hija y haberos hecho preocuparos tanto por mí. He sido muy egoísta, solo he pensado en mí y os lo he hecho pasar fatal. Cuando había problemas mucho más grandes que mis tonterías.

—Las preocupaciones de nadie son tonterías, Lara —dice susurrando—. Pero hay que ir afrontando la vida tal y como venga. Y no rendirse, ¿me oyes? Tienes que aprender a ser más fuerte. Tienes que confiar en ti y salir a comerte el mundo, y si algo no ocurre o no pasa, es que eso no era para ti. Y que seguramente algo mejor estará esperando a la vuelta de la esquina. Algo que cuando eches la vista atrás, darás gracias de haberlo pasado así de mal porque te ha llevado al lugar donde estás ahora. Recuérdalo.

—Todo va a salir bien, mamá —repito las palabras de mi hermano buscando consuelo.

—No sabemos qué pasará —responde con total sinceridad—, pero tenemos que estar preparados para todo lo que venga.

Asiento y me seco las lágrimas. Basta de llantos, basta de auto compadecerme, basta de verlo todo tan negro. Si nunca cambio mi modo de ver la vida, entonces esta depresión siempre tendrá poder para manejarme a su antojo. La fortaleza de mi madre como ejemplo, es el mejor motor que me impulse a mejorar mi vida y la de todos los que me rodean.

—Saldrá bien —vuelvo a afirmar aunque sepa que el futuro era una incertidumbre. Pero estaba preparada para afrontarlo—. ¿Por qué no me avisaste?

—No quería preocuparte aún más, sé que tiendes a darle vueltas a todo en exceso y no estás en tu mejor momento. —Suspira cuando estoy a punto de replicar y me corta—. Además quería estar sola. Y pensar.

Su mirada se pierde en el pequeño e incómodo sofá donde los acompañantes de los ingresados

deben dormir. Sobre él reconozco la chaqueta verde de paño de mi padre. ¿Papá ha estado aquí con ella?

Mi corazón da un vuelco, pensando en si debería ser sincera y decírselo, o callármelo.

He decidido comenzar a ser valiente y dejar de huir de los problemas así que no tardo mucho en tomar una decisión.

—Mamá, siento mucho tener que contarte esto aquí hoy, pero... papá... —titubeo mientras vuelvo a dirigir mi mirada a sus grandes ojos tricolor—. Papá...

—Está con otra mujer.

La miro algo espantada por haber escuchado eso de su boca. No me lo esperaba. Así que me quedo sin saber qué decir o cómo reaccionar a eso. Ella suspira y se sienta en la cama apoyándose contra el cabecero y teniendo cuidado para que no se le suelte la vía que tiene pinchada en su brazo.

—¿Creías que no lo sabía? —pregunta con aire tristón—. Se nota que no has tenido nunca una pareja.

Me duele un poco escuchar esas palabras. Soy consciente de que he sido menos interesante para el sexo masculino que un chicle pegado en una pared. Pero sé que ella me lo pone de ejemplo, así que la dejo hablar.

—Tu padre comenzó a perder el interés desde hace mucho tiempo. Se notaba en el trato hacia mí. Apenas quería tocarme y además se pasaba largas temporadas fuera de casa. Ninguna persona trabaja tanto y yo no soy tan tonta como para creerme eso. Pero no quería preocuparos.

Trago saliva mientras ella me describe con pelos y señales cómo ha sido desde su punto de vista la infidelidad de la persona a la que más quería en este mundo. Debe de estar destrozada aunque no lo muestre. Al menos yo lo estaría si estuviese en su lugar.

—Luego algunas camisas comenzaron a llegar con algún perfume de más —me mira sonriendo con pena— y el remate fue encontrar aquel pañuelo.

—¿Tú viste el pañuelo en su mesilla? —pregunto incrédula.

—¿Quién crees que lava, plancha y guarda toda la ropa de la casa?

Oh, claro. Era obvio que en un sitio tan visible, mi madre acabase viendo ese pañuelo y me pregunto si no lo dejó ahí a posta mi padre para que ella lo descubriese y se fuese haciendo a la idea. No, mi padre no podía ser tan calculador. Pero tampoco hubiese pensado que pudiese ser un infiel y un mentiroso y aquí estábamos hoy.

—Supe que algo pasaba, pero fui demasiado cobarde para preguntárselo o echárselo en cara. —Baja la mirada y juguetea un poco con el doblez de la sábana que le cubre—. O quizá simplemente tenía miedo a confirmar que todo lo que habíamos construido durante más de veintisiete años se fuera al traste por una desconocida.

Intento mantener la compostura mientras siento que me desgarró por dentro. Me duele tanto ver a mi madre así. Una mujer fuerte y valiente como ella no se merece esta vida de encierro, enfermedades y desilusiones.

—Vino esta tarde a eso de las cuatro a acompañarme. —Me mira—. Todo fue muy normal hasta que hace unas horas recibió una llamada misteriosa, de un compañero que le tenía que dar las llaves del coche de la empresa.

Mi mente lo va hilando todo. Había quedado con esa mujer y con Leo y yo los pillé en la escena.

—Se excusó y salió por la puerta. Cometió el fallo de dejarse el teléfono encima de la cama. Otra llamada entrante de una tal Alexia lo delató aún más. Y tras asomarme a la ventana y ver como fuera se reunía con ella me lo confirmó.

La escucho tan atentamente que por un momento olvido hasta todo lo que ha pasado antes y me centro solo en su historia.

—No te voy a mentir, llevo tres horas intentando asimilarlo. Aún no ha vuelto y yo no sé cómo reaccionar a esto. —Calla durante unos segundos que se hacen eternos—. Supongo que se acabó, Lara. Tus padres estarán separados a partir de hoy.

La tristeza se apodera de mí, mientras intento de algún modo hacer frente de que ahora seré hija de dos divorciados. Es doloroso ver cómo dos personas que se han querido tanto, ahora no son nada la una para la otra.

—Tienes que divorciarte —le digo sacando fuerzas—. Tú también tienes que rehacer tu vida, mamá. Te lo mereces.

Ella asiente. Y hace un gesto con la mano dando a entender que se acabó la conversación.

—Estoy muy cansada. Me gustaría dormir un rato —suplica con un hilo de voz.

—Duerme, mamá, me quedaré contigo.

No suelto su mano hasta que se queda dormida, y mucho después también sigo aferrada a ella como una lapa. No estoy segura de si mi padre volverá a por sus cosas, pero pido fervientemente porque no lo haga, que simplemente esta noche deje descansar a las dos mujeres de su vida a las que ha hecho tanto daño.

Sin darme cuenta, yo también me termino durmiendo a su lado.

Pero sin soltar su mano.

## Capítulo 26

A la mañana siguiente, he tomado una gran decisión. Me dirijo hasta el piso, suplicando porque Leo no se encuentre en casa y me deje hacer las maletas en paz. Cuando entro, Raúl es el único que está viendo la televisión en el salón y me saluda brevemente mientras yo paso como un coche de carreras hasta mi cuarto y comienzo a sacar mis cosas y a colocarlas cuidadosamente. Pienso que es una lástima que nunca vaya a conocer a Raúl en profundidad y saber qué es lo que piensa o esconde con su actitud de un mueble más.

En cuestión de quince minutos ya tengo toda mi ropa metida en una de las maletas, y la otra la uso para guardar el resto de mis objetos personales. Doy las gracias por ser pobre, y poder irme de aquí sin necesidad de un camión de mudanza y con la máxima brevedad posible. Cuando está todo guardado, respiro hondo y cierro las puertas correderas del balcón, el sitio que casi acaba conmigo. Y que no permitiré que vuelva a suceder más. Así como cierro esas puertas, abro así una nueva etapa en mi vida.

Camino a toda velocidad por el pasillo con mis dos maletas y mi bolso colgado al hombro. Me detengo un momento a despedirme de Raúl. Esta casa sigue estando llena de toallas, cacharros de la cocina, cuadros y cosas que me pertenecen, pero que me da igual dejarlos atrás, quiero empezar de nuevo. Y me da igual todo.

—Raúl, cuídate.

Él levanta la cabeza de la televisión y me mira sorprendido.

—¿Te marchas? —pregunta mirando mis maletas incrédulo.

—Sí, vuelvo a casa con mi madre. Van a operarla y a darle radioterapia, así que quiero estar a su lado.

—Entiendo...

—Pondré un anuncio para que podáis tener un nuevo compañero lo antes posible.

Un silencio incómodo nos envuelve, como siempre que hablamos los dos.

—Espero que acabes tus estudios y todo te vaya genial. Tendrás una hermana mayor siempre que quieras cuando lo necesites.

Puedo ver que eso lo conmueve en cierto modo y se pone de pie para acercarse a mí.

—Gracias, Lara. Sé que no he sido el mejor compañero de piso, pero me alegra que me hayáis dado mi espacio.

Le sonrío.

—Cada cual tiene sus razones para comportarse como lo hace, y no está bien preguntar, lo digo por experiencia. —Él sonrío al notar que comprendo lo que es tener a la gente detrás preguntando cosas que no son de su incumbencia.

—Espero que tu cambio de vida sea favorable también. Ojalá vuelvas a ser la Lara de antes.

—Lo seré, ya estoy trabajando en ello.

Me acerco y le doy un pequeño abrazo con uno de mis brazos. Luego me despido y vuelvo a coger mis maletas para encaminarme a la puerta principal. Pero antes de salir por ella, me giro de nuevo hacia él.

—Y no dejes que Leo te trate así. Defiéndete —digo recordando cómo últimamente siempre lo ha tratado más bien regular.

Él asiente y me dice adiós con la mano. Cierro la puerta del piso y me dirijo rápida a llamar al ascensor. Quiero salir de aquí ya.

Una potente mano me arrebató la maleta y luego me impide irme.

—Tú no vas a ningún sitio.

Me giro ante tanta brusquedad y me sorprende ver a Leo, parado como una estatua y agitado por haber subido seguramente las escaleras andando. Sujeta mi maleta con su mano derecha y me mira con intensidad.

—Leo —digo intentando controlarme—, devuélveme la maleta.

Extiendo mi mano esperando que me devuelva lo que me pertenece. Él en cambio traga saliva y se acerca más a mi posición sujetando mi equipaje. No hay la más mínima intención de devolvérmelo.

—Tú no vas a ir a ningún lado —sentencia.

—¿Ahora eres mi padre? —pregunto con sorna.

—Lara, quiero hablar contigo de lo que pasó. —Suaviza sus palabras e intenta que yo entienda lo que quiere conseguir con esta escenita repentina.

—No me apetece hablar, Leo —contesto cansada—. Me engañaste. Me intentaste meter ideas raras en la cabeza, aun sabiendo que yo no estaba atravesando mi mejor momento.

—No es de esa manera. Si tan solo me escuchases...

—Si tan solo tú no te hubieses comportado como un cabrón, ahora te daría la opción de escucharte.

Él se queda helado ante la crudeza de mis palabras, momento en el que yo aprovecho para arrebatárle la maleta y entrar en el ascensor de madera y espejos. La puerta casi está cerrada, cuando él pone su mano interrumpiendo la operación y se cuela dentro del habitáculo conmigo mientras bloquea las puertas desde dentro.

—Sabes el miedo que me dan los ascensores —digo ansiosa—. Por favor, déjame en paz.

—Necesito disculparme contigo. Lo sé, te debo una disculpa. Más bien miles de ellas.

Su cara realmente muestra arrepentimiento. Pero aun así no consigue ablandar del todo mi

corazón, cada vez que pienso en todo el tiempo que él lo ha sabido todo y nunca me ha dicho nada. De todas formas lo escucho un poco, por simple educación y por esa amistad que por tantos años nos unió.

—Mi madre está muy enamorada de tu padre —comienza.

Un nudo en el estómago provoca que casi vomite al escuchar esas palabras.

—Son compañeros de trabajo, mi madre lleva los papeles en la empresa. Ella comenzó a ser amiga de tu padre, y todo sucedió sin que ambos se dieran apenas cuenta.

—¿Sin que se dieran cuenta de que destrozaban a una familia? —Río enfadada—. ¡A otro perro con ese hueso!

—Ella solo quería que yo la ayudase. Ya sabes que no tiene casa en Villazul y le hacía tanta ilusión el estar viviendo de nuevo un romance, que no me pude negar a ayudarla.

—¿Les buscabas picaderos estupendos donde cometer adulterio, me equivoco? —Mi ira va en aumento. Así que me dedico a aporrear todos los botones del ascensor, cosa con lo que no logro absolutamente nada, solo que Leo me agarre de las muñecas para que no rompa esta caja infernal en la que nos encontramos.

—Lara, no han cometido ningún pecado. Tan solo quererse. —Lo miro fulminándolo con la mirada—. Cuando mi padre nos abandonó, mi madre quedó destrozada. Solo ahora ha vuelto a ser la de antes. Puede rehacer su vida.

Intento zafarme de su agarre. Para no haber hecho nunca deporte, Leo estaba bastante fuerte, y sus manos formaban una prisión bastante estable alrededor de mis muñecas.

—Pues espero que sea feliz —el veneno crece en mi lengua—, porque gracias a ella ahora dos hijos también sabrán lo que es vivir sin un padre y una mujer sin su marido.

Me suelto con rapidez y desbloqueo al fin el ascensor. Pulso la planta baja.

—No seas así —suplica Leo—. Si no te lo conté antes es porque creía que era algo que tu padre debería haber hecho. No quería meterme en asuntos que no me concernían, y más al verte a ti tan mal con todo lo de tu trabajo y tu depresión.

—Pero aun así te metiste hasta el fondo... “*Vi besándose a tu padre con una mujer, Lara*” —lo imito con tono de burla—. ¿Por qué no me lo dijiste claramente en aquel entonces, en vez de callártelo como un cobarde? Tiraste la piedra y escondiste la mano. El engaño ha sido peor que el haber sido directo.

—Lo siento —se disculpa.

El ascensor llega a su destino y por fin las puertas me muestran la salida a la calle. Siento la imperiosa necesidad de dejar todo esto atrás de una vez por todas. Mis llantos, mis recuerdos de la noche anterior en el balcón, los engaños de Leo, los fracasos, mi encierro... empuño mi maleta con fuerza y salgo disparada hacia el rellano empujando levemente a Leo al salir del ascensor.

—¡De verdad que lo siento! —Si no lo conociese juraría que está a punto de echarse a llorar. Y en parte me da pena, a pesar de que me haya engañado, él no es el culpable directo de todo esto, ni lo hizo con mala intención. ¡Dios, hasta llegué a pensar que era él el que estaba liado con mi

padre! Pero ahora mismo la rabia me consume demasiado por dentro, y creo que se merece un tiempo de reflexión y de culpa.

—Leo —me giro un segundo antes de irme—, acepto tus disculpas. Pero de verdad estoy demasiado enfadada ahora mismo como para seguir hablando del tema, o perdonaros. Porque si tuviese a tu madre delante en estos momentos, la dejaría calva.

Él sigue dentro del ascensor observándome sin moverse un centímetro.

—Necesito un tiempo para asimilarlo y relajarme. —Respiro hondo intentando calmarme.

Asiente.

—Que te vaya todo genial, Lara. Te echaré de menos, aunque sé que tú a mí no —comenta apesadumbrado.

—Adiós, Leo.

Cuando la puerta se cierra a mis espaldas, sé que he sido demasiado fría con él, pero no me importa. Está bien poner a los demás en su lugar de vez en cuando. No ser solo yo la que siempre se queda chafada y recapacitando lo que ha hecho.

Tardo poco en instalarme de nuevo en mi casa. Las paredes lilas de mi habitación me resultan en estos momentos lo más reconfortante de este mundo y mi colección de libros, dibujos y fotografías de fiestas, familiares y amigos, me dan la bienvenida de nuevo a mi hogar. Dedico algunas horas a colocar toda mi ropa en el armario empotrado, y a poner también cada una de mis pertenencias en su sitio original. Cuando coloco mi portátil en el gran escritorio de madera oscura, doy por finalizada mi mudanza exprés.

Es la una del mediodía cuando enciendo el ordenador para revisar los correos y ver si hay alguna oferta de trabajo en la que encaje mi perfil. Luego volveré a hacer compañía a mamá en el hospital hasta que mi hermano llegue de Barcelona. La pantalla azulona me da la bienvenida, hacía bastante tiempo que no me pasaba por aquí. Estoy a punto de abrir el navegador cuando una pestaña emergente aparece por el lado derecho de la pantalla. “*J Torres ha enviado un mensaje*”.

Me quedo petrificada al ver esa notificación, pero inmediatamente la abro. La página en carga deja pronto lugar a la bandeja de mensajes.

*“¡Hola, Lara! Pensé que te gustarían estas canciones, son muy parecidas a las que comentamos ayer en el pub 😊”.*

Vaya, sí que ha sido rápido. Entonces recuerdo que seguramente él se quedó también esperando un mensaje mío con el título de las canciones que prometí enviarle, así que me pongo a ello de inmediato, dándole las gracias por descubrirme nuevos talentos musicales, y también yo recomendándole canciones nuevas. El santo se me va al cielo con tanta charla, pero un toque en el timbre me hace bajar a la planta baja preguntándome quién podría ser el visitante que se atreve

a venir a las dos y cuarto de la tarde. Cuando abro la puerta, es la cara morena de Carla la que me saluda.

—¡Carla! —exclamo feliz de verla—. Qué sorpresa tú por aquí.

La invito a pasar y ella me saluda con dos besos en las mejillas. Ambas caminamos hacia el interior de la casa de nuevo.

—Estaba visitando a mis padres, y me enteré de que volvías a casa, así que pensé en pasarme a ver cómo estabas. En los pueblos las noticias se extienden como la pólvora.

Sonrío en agradecimiento por su preocupación.

—Tengo tantas cosas que contaros. —Le indico que me siga a mi cuarto y una vez allí yo vuelvo a sentarme en mi escritorio y ella en mi mullido colchón cubierto de unas mantitas en tonos rosáceos y lilas—. Pero cuando estemos juntas algún día todas.

Ella asiente comprendiendo.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta con delicadeza y preocupación—. Mi madre me lo ha contado todo.

—La operan el lunes, van a extirparle el tumor. Gracias al cielo es pequeñito y tiene muchas posibilidades de que salga bien y se pueda curar. —Suspiro suplicando porque sean verdaderas mis palabras y se hagan realidad—. Al menos eso es lo que nos han comentado los médicos.

—Estoy segura de que todo saldrá bien.

—Carla, eres la persona más agradable del planeta tierra. —Río—. En serio...

El sonido de una nueva notificación de Jorge nos hace centrar a ambas la atención en la pantalla. Y eso no pasa desapercibido para mi amiga, que mira con cara de asombro la pantalla y mi cara de hito en hito.

—Espera... ¿Te sigues escribiendo con *Jojo*? —pregunta incrédula.

Yo intento que se calme y decirle que nada es lo que parece, pero creo que eso solo empeoraría las cosas y me haría tener cara de culpable aún más.

—Tan solo de vez en cuando —explico—. Muy poco en realidad, solo estábamos charlando de algunas canciones que escuchamos anoche en nuestra cena de despedida. Nada más.

—Lo vuelvo a decir, es increíble —dice con los ojos brillantes—. Lo conozco desde hace bastante tiempo y vuelvo a decirte que a mí nunca me ha puesto ni siquiera un hola.

—Bueno, esto es solo puntual. —Con los nervios, en vez de cerrar su conversación, le doy a entrar en su perfil.

—¿No sois amigos? —Carla se fija en que aún no lo somos.

—Ya te digo que simplemente hemos hablado un par de veces. No tenemos confianza para eso.

—¡Agrégalo! —me tienta—. ¿Te gustaría?

Pienso por unos instantes observando la locura en sus ojos ante tan “arriesgada” decisión.

—Bueno... em... —dudo—. Supongo que sí, que me gustaría tenerlo como amigo. Me cae bien, lo poco que lo conozco, sí.

Trago saliva y miro su foto de perfil. Una foto de espaldas mirando al horizonte en una playa.

Creo que encaja totalmente con su personalidad misteriosa. ¿Por qué me estoy comenzando a poner nerviosa?

—¡Vamos, dale! —insiste mi amiga—. Solo tienes que darle a ese pequeño botoncito y seréis amigos.

—No sé, Carla —dudo—. No tenemos confianza, ¿y si cree que busco otra cosa? Podría no sentarle bien a su novia.

—Lara, solo es una petición de amistad en una red social. No le estás pidiendo vivir una aventura romántica loca. —Eso nos hace reír a las dos, pero yo sigo estando igual de nerviosa.

—¿Y si no me acepta? —Mi lado inseguro toma el control de mí. ¿Y si él pensaba que ese simple gesto era un gran atrevimiento de mi parte? Si me rechazaba esta petición me iba a sentir fatal conmigo misma.

—No me extraña que te guste escribir novelas con esa imaginación que te gastas. —Río ante su ocurrencia—. ¡Dale, ya!

Y después comienza a cantar una cancioncilla de ánimo repitiendo “¡que le dé!” una y otra vez. Y casi estoy a punto de hacerlo varias veces, pero suelto el ratón nerviosa. Hasta que en uno de mis intentos, sumando mis ganas con el cántico de ánimo de mi amiga, le doy, y entonces la petición está enviada.

—¡Carla, en serio, me muero de vergüenza! —Mi cara se torna del color del tomate.

Ella comienza a partirse de risa ante mi reacción adolescente. Y me da la enhorabuena por haber sido capaz de cometer tal acto de valentía. Sería una escena perfecta de una sitcom, si alguien nos viese desde fuera.

Podría parecer que era una simple petición de amistad en una red social, pero para mí, en ese momento, significaba un paso que nunca me habría atrevido a dar, no con alguien como él. Aunque me muriese de ganas en el fondo.

El corazón me va a mil cuando cierro el portátil. E intento calmarme.

No quiero ver hasta dentro de bastantes horas si ahora Jorge Torres es mi amigo o no. Estoy demasiado nerviosa. Y solo quiero tener paz. Miro a Carla, que sigue riéndose sin parar encima de mi cama.

Ten amigas para esto.

## Capítulo 27

Cristian y yo esperamos sentados a que los cirujanos salgan de quirófano con noticias positivas sobre nuestra madre. Estoy tan nerviosa que no puedo detener el tic en la pierna y la hago botar sin control, justo como hago siempre que algo me impacienta, me asusta o me pone atacada. Mi hermano detiene mi vaivén colocando su mano en mi rodilla, justo como lo hizo mi madre semanas antes en aquella sala de espera. Ojalá la noticia de hoy sea mejor que la de aquel día.

—¿Quieres ir a la cafetería a por una tila? —me ofrece.

No sé cómo sus pequeños ojos marrones pueden transmitirme tanta tranquilidad. Se supone que yo soy la hermana mayor. Yo soy la que debería estar tranquilizándolo y diciéndole que todo iba a salir bien. Y quizá traerle una chuche. Siempre se está en la edad para unas buenas chuches que lo arreglan todo.

Como si me hubiese leído la mente, saca de su mochila una barrita de chocolate y me la tiende. Definitivamente habíamos cambiado los roles.

—No me entra nada ahora mismo —digo apesadumbrada mientras rechazo la golosina—. Estoy tan nerviosa... ¿Crees que irá todo bien?

—La falta de noticias creo que es buena señal, sí. —Me sonrío mientras él sí abre el paquete y le pega un gran mordisco. Sus dientes quedan llenos de chocolate. Y me enseña aún más su dentadura marrón, intentando hacerme reír. Menudo loquillo está hecho. Me hubiese gustado heredar al menos un diez por ciento de su capacidad para reírse de la vida y vivir aventuras. Seguro que no le daría tantas vueltas a la cabeza todos los días ni se amargaba en absoluto como lo hacía yo.

Una de ellas, como por ejemplo, por qué papá no está apoyándola en un momento como este. Desde que lo descubrí en aquella calle hacía unos días no lo había vuelto a ver entrar por casa. Ni siquiera a recoger sus cosas. Y lo agradecía porque ver eso me hubiese partido el corazón aún más.

—Papá viene en camino. —Como si de nuevo me leyese el pensamiento, Cristian mete su teléfono en el bolsillo y me da la noticia.

—¿Él viene? —pregunto para que me lo confirme una vez más y pueda asimilarlo.

Mi hermano asiente.

—¿Tú lo sabes todo? —Casi puedo leer en su mirada que sí, que lo hace y él me lo confirma

segundos después.

—Estuve ayer con él en casa, mientras tú estabas aquí con mamá.

—¿Por qué no me has dicho nada? —pregunto—. ¿Por qué nunca me contáis nadie nada? No lo entiendo.

—Porque podemos hablar de eso en cualquier momento y ahora nos conviene estar tranquilos y relajados. Y sobre todo apoyar a mamá, como una familia.

—No sé si quiero que el hombre que ha echado esto abajo venga a hacer el paripé, sinceramente —digo ofuscada.

—Solo te daré un consejo. —Me toma de la mano y me la acaricia—. Dale la oportunidad de hablar contigo y que te explique cómo son las cosas. Sé que ahora estás furiosa, y yo también pasé por esa fase, créeme, pero... las cosas se hablan. Y vosotros dos tenéis que aclarar todo, ¿de acuerdo?

Lo miro durante unos instantes y me muerdo el labio. No quiero hablar con ese señor. Odio lo que nos ha hecho, lo que le ha hecho a mamá en una situación tan delicada. Pero aun así hago caso a mi hermano y justo cuando prometo darle una oportunidad para que me explique todo, él aparece por la puerta, que se abre automáticamente ante su presencia. Cristian aprieta su mano contra la mía infundiéndome fuerza. Y yo miro a mi padre, y apenas lo reconozco. Ha perdido peso, está mucho más demacrado y unas grandes ojeras decoran la parte inferior de sus ojos. Lleva la misma ropa que llevaba puesta aquel sábado.

Nos mantenemos la mirada unos instantes, la mía llena de rabia y la suya llena de arrepentimiento y dolor. Y es al ver ese dolor cuando suavizo mis emociones y me permito sentir algo más que solo odio por mi padre. Casi puedo sentir compasión y me llevo a sentir incluso mal conmigo misma por ser así de dura con él. Aunque el que tenga que pedir perdón sea él.

Camina hasta nuestra posición y se sienta a mi lado en el frío asiento de hierro azul. Un silencio incómodo nos invade por unos segundos, segundos en los que fijo mi mirada en la planta y el cuadro de un mar celeste que decoran la pared. Celeste como mi madre. Tengo que usar toda mi fuerza de voluntad para no ponerme a llorar a causa de la mezcla de sentimientos.

—¿Aún no han dicho nada? —pregunta por lo bajini mi padre.

—Todavía nada. Llevan ahí dos horas —contesta Cristian—. Pero creemos que todo está saliendo bien. No creo que tarden mucho más.

—Ojalá. —Mi padre suena sincero. Supongo que aunque ya no ame a mi madre, sigue teniendo un gran cariño por ella. Al fin y al cabo es la madre de sus hijos. Y la mujer con la que lo ha compartido prácticamente todo.

Comienzo a derramar algunas lágrimas en silencio y mi hermano se percata de ello.

—Lara, necesitas que te dé un poco el aire. —Mi hermano me obliga a ponerme de pie y a ir a la cafetería, mientras mi padre y él se quedan esperando por noticias.

—Yo iré contigo —se ofrece mi padre levantándose de un salto.

Lo miro y estoy tentada de decirle que no, que mejor se quede sentado, porque con él al lado no

me podría tranquilizar ni en un año. Pero aun así decido hacerle caso a Cristian, y dejo que me acompañe.

Ambos caminamos hasta la cafetería del hospital, no muy lejos de la sala de espera quirúrgica. Pido una tila y algo que me suba el azúcar porque me siento mareada. Una apetecible magdalena que me saluda desde el expositor es la mejor opción. Mi padre no se toma nada, y luego ambos nos sentamos en una mesa cercana a la ventana. Coloco mis platos delante de mí y me limito a intentar beber y comer algo mientras miro absorta por la ventana a la gente pasar allí abajo en la calle.

—Lo siento mucho, Lara. —Su disculpa rompe el silencio.

Sigo mirando a los coches y al horizonte mientras tomo otro sorbo de tila. Ignorándolo un poco más mientras intento controlar mis emociones. Al menos he conseguido dejar de llorar, eso es algo. Después de unos minutos en el que él no se atreve a decir nada más, y yo sigo ida, reacciono, y lo miro dejando el vaso vacío sobre la mesa. Los sonidos de gente andando de aquí para allá y el ruido de los cubiertos nos envuelve haciendo de esta delicada charla, una burbuja con algo de intimidad.

—¿Por qué, papá? —pregunto casi susurrando.

Y es lo único que realmente le quiero preguntar. Qué le ha llevado a hacernos esto.

Él pone una mueca de dolor. Está claro que aunque sea el verdugo, esto también es un mal trance que pasar.

—Nunca fue mi intención haceros daño —se excusa—. De corazón te lo digo.

Lo escucho atenta, porque he decidido darle la oportunidad de explicarse.

—No será fácil escuchar esto, pero quiero ser sincero contigo y con tu hermano.

—Te escucho.

Él se inclina en la silla y comienza.

—Ya hacía bastante tiempo que tu madre y yo no sentíamos lo mismo. —Trago saliva y sigo escuchando—. No sé qué pasó, simplemente la rutina de un matrimonio, el apenas vernos, todo poco a poco apaga las cosas y a las personas. Sé que no podrás entenderlo del todo...

—¿Porque nunca he tenido una pareja? ¿Es por eso que no soy lo suficientemente inteligente como para entender eso?

Mi padre me manda a callar y me suplica que lo deje seguir, y eso hago. Obediente.

—Lo que quiero decir, Lara, es que hay una serie de cosas de las que no podemos ser dueños en esta vida. Hablo de los sentimientos. Sé que estarás llena de rabia y dolor y lo entiendo. Sientes que tu padre te ha traicionado a ti y a toda tu familia, y no deja de ser verdad, y no dejo de sentirme mal por ello a cada segundo porque no hice las cosas bien desde un principio. —Toma aire—. Pero la vida no es como la venden en las películas o en las novelas románticas que tanto te gustan. La gente se enamora, sí, pero también se cansan, no todo es tan bonito como lo pintan.

Suspiro. Como romántica empedernida el romance es uno de los motores de mi vida y mi

creatividad, así que el que me quiera tumbar mis pilares no me hace mucha gracia. ¿Tanto cuesta mirar la vida de una forma más bonita? Aunque sea una mentira como él afirma. Ya hay demasiadas cosas feas en la cruda realidad como para no poder soñar tampoco con un *felices para siempre*.

—Simplemente apareció una persona con la que sentí que todo volvía a ser nuevo. Que me hizo sentir cosas que creía que nunca volvería a sentir. Y fui el primero que quise huir de ese sentimiento y reavivar la llama de la pasión con tu madre, pero... cuando algo deja de funcionar, no hay manera de volver a repararlo.

—Al menos podrías haber sido sincero y no habernos engañado tanto tiempo. —Me inclino en la silla— Mamá te cocinaba la cena muchas noches con una dedicación y un cariño que nunca le valoraste, ¿sabes lo ilusionada que estaba cuando la llevabas al cine o hacíais planes para un simple paseo? Lo que más me duele, papá, es que jugaste con ella.

—No era mi intención. Tan solo estaba intentado salvar como fuese a esta familia. Tu hermano Cristian estaba lejos, tú estás tan mal... y cuando me enteré de lo de tu madre, sentí que necesitaba centrarme en ella y en vosotros y dejar atrás a Alexia. —Suspira—. La noche en la que nos viste, Leo la trajo al pueblo para que pudiésemos hablar sobre el tema, pero tu aparición lo complicó todo.

—¿Quieres decir que si yo no hubiese aparecido, hubieses continuado la mentira y todos tan felices?

—No quiero decir eso —dice reprobador ante mis insinuaciones—. Solo quería... que las cosas hubiesen salido de otro modo. Poder haberlo contado yo en el momento oportuno. Haber hablado con vosotros, cuando todo el asunto de tu madre se hubiese tranquilizado.

—Entiendo —respondo escueta.

—Espero que algún día me puedas perdonar, hija.

Baja la mirada realmente apesadumbrado. Y aunque quiero responderle como la peor de las hijas en un momento de rebeldía, no puedo hacerlo. Porque a pesar de toda la rabia y el dolor que he sentido estos días no me siento con el poder de juzgarlo, porque realmente veo que mi padre lo está pasando mal. Y yo me he propuesto tomarme la vida de una manera más calmada. Así que es un buen momento para comenzar a dejar ir los malos sentimientos. Dejar de estar a la defensiva.

—¿Sabes? —digo casi en susurros—. No te voy a negar que todo este asunto ha sido un duro golpe, y no ha llegado en el mejor momento, a la vista está. Te odié aquella noche —lo miro fijamente—, me sorprendió sentir tanta repudia por una persona por la que había sentido mucho cariño toda mi vida. Pero me sorprendió aún más que esa rabia no era del todo por mí o por el daño que me hayas podido causar. Sufría por mamá. Porque no ha tenido una vida fácil. Porque no se merece que la estén engañando mientras ella siempre ha dedicado su vida a nosotros. Renunciando incluso a trabajar solo por estar en casa y cuidarnos. Engañarla a ella fue la peor de las decepciones. Y lo que más me ha dolido.

Él me mira comprensivo mientras asiente lentamente.

—Pero —continúo— me imagino que esto podría sucederle a cualquier persona, y yo sinceramente no soy la más indicada para hablar porque nunca he vivido nada en general. No te puedo culpar porque ya no sientas cosas por mamá, o por enamorarte de otra mujer si eso te hace feliz.

Suspiro apretando con fuerza el vaso de cristal donde minutos antes reposaba mi tila.

—Pero también me gustaría que ella fuese feliz. Que obtuviese tus disculpas y pudiese rehacer su vida junto a alguien que sí la merezca.

—En eso estamos de acuerdo —asiente—. Y ella tendrá tanto mis disculpas como todo un cariño incondicional que siempre sentiré por ser la madre de mis dos estupendos hijos y una mujer que me ha hecho muy feliz.

Asiento, el nudo en mi estómago parece desaparecer un poquito. Pero el dolor por el divorcio de mis padres no seguirá sus pasos tan fácilmente.

—No te diré que no siento nada de rencor por ti porque sería mentira —confieso—. Y todo esto está aún muy reciente como para que pueda pasar página y perdonarte.

Él hace una mueca de disgusto.

—Pero también deseo que seas feliz. Que haya valido la pena el sacrificio de todos.

Extiendo una mano en su dirección, para mostrarle que aunque ahora no estoy dispuesta a dejarlo pasar tan fácilmente, sí que abro una puerta a una reconciliación cuando el tiempo haya curado nuestras heridas.

Él me da un apretón de manos y me sonrío tímidamente.

—Gracias, hija —susurra.

Nos sumergimos en ese apretón durante unos segundos más en el que tan solo nos miramos sin mediar palabra, hasta que Cristian entra como un torbellino en la cafetería mirando hacia todas partes, claramente buscando a su hermana y a su padre.

Cuando nos localiza y sonrío, ambos nos soltamos las manos y caminamos hacia él.

—La operación de mamá ha sido un éxito.

Y esa simple frase hace que todo los demás problemas se hagan del tamaño de un grano de arroz. Los tres echamos casi a correr hacia su habitación, sintiendo un gran alivio en nuestros corazones. Sintiendo que en el día de hoy, no solo la vida de mi madre ha vuelto a florecer.

También la vida nos ha dado una nueva oportunidad de comenzar de nuevo a nosotros tres.

## Capítulo 28

*Diciembre, 2016*

—**N**o, así no, aplica aún más capa de pintura. Tiene que tener un buen grosor para que dé resultado.

—¡Pero me va a rebosar por los lados!

—Pues si se sale, se limpia. ¡Anda que menudo problema!

Las risas de *Jojo* y Francisca inundan las cuatro paredes de la sala de pintura mientras yo aplico generosas pinceladas llenas de color a mi lienzo. Me permito unos segundos para fijar mis ojos en él justo unos metros delante de mí, centrado en explicarle pacientemente a mi peculiar compañera, *el impasto*. Una técnica que hará que nuestros cuadros tengan más textura y relieve que nunca. Al menos a mi bailarina parece que le está funcionando porque no me está quedando del todo mal. En cambio la pintura de Francisca, le daría un susto al miedo, para no perder la costumbre, muy en su línea.

Él sonrío y le sigue mostrando cómo dar las pinceladas y la cantidad de producto correcta en cada aplicación. Lo he echado tanto de menos. Tanto que hasta yo misma me he sorprendido. Después de aquellas conversaciones musicales antes de la operación de mi madre, y tras desearnos mutuamente un feliz verano, no habíamos vuelto a hablar. Él había aceptado mi petición de amistad, pero apenas utilizaba la red social así que no tuve nunca noticias de él aparte de lo que fugazmente me contaba Carla cuando el grupo de amigos de Yago se reunían.

No es que tuviese ningún sentimiento loco y oculto, de hecho apenas me había acordado de él en este medio año hasta que me enteré que volvía a dar estas clases en la biblioteca. No tarde nada en volver a apuntarme. Y al verlo entrar con esa sonrisa eterna en su cara, pareció que el tiempo nunca había pasado y una calidez indescriptible me envolvió. Supongo que desarrollé una especie de apego extraño por él en mi época oscura, en mi depresión. Al menos eso es lo que dicen, y que le tengo tanto cariño porque era el único chico con el que mantuve contacto.

Pego otro brochazo, retirando mis ojos de su cara y volviéndome a centrar en la pintura. Sea como fuese seguramente se trataba de un sentimiento confuso. Un sentimiento que se me pasaría en cuanto otro chico interesante cruzase el umbral de mi vida. O en cuanto cambiase de vida. Que bastante falta me hacía.

Seguía sin trabajo, sin futuro, pero al menos ya no me daba por tirarme de los balcones.

Eso era un avance. Un gran paso al menos.

—Te está quedando precioso, como siempre.

Miro a mi izquierda. Como siempre Rosalía dirige buenas palabras a todas mis obras. Es una chica joven de unos veintiún años, con unos grandes ojos color chocolate, mejillas sonrosadas y finos labios. Su pelo es largo, liso, de un color rubio oscuro que le llega casi hasta la cintura. Hubo una época en la que yo también estaba obsesionada con tener una melena larguísima, pero recordando los cuidados de tan larga cabellera, aprecio aún más mi melena corta, además me hace parecer más joven. Rosalía llegó nueva junto a otras dos chicas este curso, ocupando el lugar de dos mujeres que se quitaron y de Leo.

Es raro no ver a Leo. Aunque de todas formas tampoco es que apareciese mucho por aquí. Estaba más ocupado haciendo de chófer para su madre y llevándola a encuentros con mi padre. Suspiro quitándome esos pensamientos de la cabeza. Aunque mi rencor y mi dolor habían sanado bastante, ese tema todavía era difícil de asimilar y aún me sentía incapaz de hablar de ello de nuevo con Leo o con mi padre. La casa se sentía más vacía desde que él no estaba, pero también mi madre estaba recuperándose de un modo más tranquilo.

—Gracias —respondo agradecida—. El tuyo tampoco está nada mal.

Señalo con mi pincel su cuadro. Un caballo en tonos blancos y tierra parece que va a echar a relinchar de un momento a otro. También tenía talento, había que reconocerlo.

Ella sonrío y se vuelve a centrar en su pintura, al igual que yo hago con la mía, no sin dejar que mis ojos viajen de vez en cuando a mi querido profesor.

Bajo las escaleras a pequeños saltos, para llegar a casa lo antes posible. Mamá está mucho mejor de su operación, pero aun así, le echo una mano con la cena todas las noches y comemos juntas viendo alguna de nuestras series favoritas. Sé que no soy una gran compañía aún, pero intento mostrarme lo más fresca, despreocupada y jovial que puedo. Sonreír se ha convertido en un gesto fingido que me sale con una naturalidad que asusta, aunque siga estando vacía por dentro. Pero se lo debía. Mi madre lo necesitaba. Una sonrisa amable, una compañía.

—Te dejabas tu pincel.

Me sobresalto al escuchar la voz de Jorge tan cerca de mi oreja y me giro. Estamos bajo la puerta de entrada de la biblioteca y me tiende mi utensilio amablemente mientras yo lo tomo dándole las gracias y él mete sus manos en los bolsillos. También se ajusta su bufanda. Hace un frío que pela. Pero es lo que toca ahora que estamos ya casi en navidad de nuevo. ¡Qué rápido pasa el tiempo!

Me despido y comienzo a andar hacia mi casa, sin percatarme al principio que él me sigue los pasos bastante cerca. Entonces me detengo y me doy la vuelta.

—Creía que te ibas por la otra calle —confieso con sinceridad.

Él sonrío y acelera sus pasos hasta que se pone a mi altura y me insta a caminar a su ritmo. Así ambos retomamos nuestros caminos.

—Sí —afirma—, solía irme por allí. Pero me di cuenta de que por aquí tardo menos en llegar.

Y tengo mejor compañía.

Asiento temblorosa ante su “piropo” y yo también imito su gesto de enterrar mis manos en los bolsillos y tapar mi cara aún más con la bufanda para luchar contra el aire gélido.

—¿Qué tal tu verano? —me pregunta amable intentando mantener una conversación después de varios segundos en completo e incómodo silencio.

—Bastante normal. —Sonríó—. Ya sabes, piscina, amigos, calor, reparto incesante de currículos, hacer de enfermera veinticuatro horas al día... y cosas así de normales.

Él ríe ante mis dos últimas actividades. Obviamente no eran los planes más divertidos para un verano, pero eran los que me habían tocado. Me gustasen o no.

—Bueno eso suena a que has estado bastante entretenida.

—Sí, desde luego, no me ha dado mucho tiempo a aburrirme. Pero me gustaría haber tenido que buscar otras diversiones.

Volvemos a reír tímidamente.

—¿Has estado enferma? —pregunta con cuidado.

—Oh, no. Yo estoy bien.

—Me preguntaba a qué se debía tu jornada laboral en el ámbito de la sanidad. —Sonríe.

El *chico susto* y ahora el chico sonrisas.

—Operaron a mi madre en junio. Le extirparon una serie de tumores. Cáncer de mama.

Lo miro mordéndome el labio. No era algo que me gustase contar, o revivir en mi memoria, pero él me hacía sentir cómoda y hasta me hacía tener ganas de compartir un pedacito de mi vida. Aun si ese pedacito no era el más brillante. Por algún motivo mi cuerpo sabe que él me comprenderá.

—¿Y salió todo bien?

—Sí. Gracias a Dios, se ha recuperado y el cáncer parece que no dará más lata por ahora. Y esperemos que en mucho tiempo más.

—Entonces eso es lo que importa. —Me vuelve a regalar otra sonrisa.

—No hablemos de cosas tristes. Seguro que tú habrás tenido un verano envidiable.

Lo miro esperando que él también comparta algo de información conmigo. Me da curiosidad saber cómo es su vida. Si tiene una bonita y romántica relación con su novia Alma, si es un chico ocupado. Si tiene quebraderos de cabeza, si alguna vez lo han hecho sufrir.

Pero él parece ser bastante hermético.

—Digamos que ha sido bastante decente, sí.

Y eso es todo. Confirmando que es bastante reservado. Y bastante ilegible. Suelo leer bien a las personas, pero Jorge parece tener un muro infranqueable. Y eso me da aún más curiosidad. Seguimos charlando de cosas banales y anécdotas de clase hasta que las calles se bifurcan cerca de mi casa y él toma un camino distinto al mío.

Cuando entro en casa, me doy cuenta de que estoy más contenta que de costumbre y eso no lo pasa por alto mi madre, que me observa desde el salón entrar con una sonrisa en la cara.

—¿Te ha pasado algo bueno hoy? —pregunta mientras yo me siento a su lado en el sofá. Está viendo un programa de cocina. A pesar de que ella odia cocinar.

—Un día normal —contesto sincera.

—Ya veo... —Ella sigue escudriñando mi rostro y yo borro mi sonrisa lo más rápido que puedo. Porque no, no me pasa nada, ni ese chico llamado Jorge me provoca nada.

No lo hace.

—¿Qué te apetece que haga de cenar? —pregunto amable.

—Hoy me apetece pedir de fuera. Vamos a descansar de tanto cocinar. —Ella se pone de pie y yo la imito preocupada de que se haga daño. Sé que han pasado ya casi seis meses desde la operación, pero yo sigo preocupándome como si hubiese sido ayer. Siempre estoy pendiente de si le dolerá el pecho, los brazos, o si se le saltará algún punto, aunque ya están más que sanados y cicatrizados—. Este programa me ha abierto el apetito.

Yo sonrío al verla con tan buen apetito y tan buen humor. La verdad que desde que terminó todo el proceso de divorcio, mi madre es una mujer nueva. La escuché llorar muchas veces este verano, acostada desde mi habitación, pero ha resurgido de sus cenizas como el ave fénix. Es bueno saber que todos debemos usar ese súper poder que poseemos desde el momento en que llegamos al mundo.

—¿Pizza entonces? —sugiero mientras se me hace la boca agua y empuño el teléfono.

—¡Eso suena genial!

## Capítulo 29

No sé cómo han logrado Carla, Paula, Miriam y Ruth convencerme de esto, pero estoy rebuscando como loca un modelito que ponerme digno de una salida de Nochebuena. Lo he planeado todo al detalle, saldré un rato con estas chicas, tomaremos algo, pero para la cena volveré a casa a cenar con mamá y Cristian, que ya venía en camino tras salir del trabajo y tardaría unas cuatro horas en llegar a Villazul desde Madrid.

Tras varios intentos fracasados, encuentro la ropa perfecta en unos vaqueros, un jersey finito blanco y una chaqueta de cuero femenina. Me pongo algo de maquillaje, y mis botas de tacón gordo negras y me dirijo sin pensarlo demasiado hacia casa de Carla, donde la recogeré. Aunque este verano he hecho el esfuerzo de salir bastante siempre que había oportunidad, se me sigue haciendo raro salir de fiesta o a sitios donde hay mucha gente. Supongo que la buena voluntad no solamente basta para salir de una depresión y una vida monótona y sin emociones como la mía, pero al menos es un paso importante. Por eso me afano en ir a todos los lugares que puedo y a todas las salidas que se presentan.

Si mantengo mi mente ocupada, no me dará tiempo para sumirme en malos pensamientos negativos. El no pensar en nada es bueno, y me lo repito como un mantra cada día.

Una vez juntas nos dirigimos en el coche de Ruth al local de moda de Villazul. Un pintoresco bar decorado como una casa particular bastante acogedor. Un sitio perfecto donde pasar un buen rato esta tarde noche con amigos y seres queridos.

Encontramos pronto unos sillones bastante apetecibles al final del local, que pintados en tonos amarillo limón y azul aguamarina, nos invitan a sentarnos en ellos y a no levantarnos en horas. Realmente son mullidos, calentitos y cómodos. Yago y sus amigos se quedan en la barra tomando botellas de cerveza sin parar entre voces y risas. Carla pronto se despide de él y viene a sentarse con nosotras y nuestros té y refrescos. Paula empieza a parlotear sobre los últimos cotilleos de la gente del pueblo y la conversación deriva en nuevas conversaciones a las que solo finjo prestar atención porque en realidad estoy muy ocupada mirando hacia Yago y preguntándome si Jorge está aquí o si vendrá en algún momento.

—¡Lara! —Paula me da un manotazo en el antebrazo y me hace salir por completo de mis

cavilaciones y centrar toda mi atención en ella y en mis amigas que me miran preguntándose cuál es el motivo esta vez por el que estoy en Babia.

—Lo siento, ¿qué? —Intento disimular un poco mi falta de atención, pero estoy tan despistada que no cuela.

Aun así ellas fingen que no ha pasado nada y me vuelven a preguntar.

—Que cómo está tu madre —dice Miriam repitiendo la pregunta que seguramente me hizo hace un rato.

—Oh, muchísimo mejor. —Centro mi atención en ellas—. Prácticamente está recuperada, y ya se come hasta una pizza entera sola, lo que es muy buena señal. —Sonrío.

Y las demás ríen también aliviadas.

—¿Y qué tal por las clases de pintura? —Carla da un sorbo a su té llena de curiosidad—. Me acuerdo que dijiste que quizá te apuntarías.

—Muy bien. Normales supongo. —Yo también tomo un largo trago para dar la conversación por zanjada. Comienzo a sentir un poco de calor subirme por la cara.

—Corriste mucho a apuntarte. —Miriam pone cara de pilla—. ¿No será que lo que te tira es el profesor y no la pintura realmente?

—¿Vas en busca de su brocha? —bromea Carla.

Todas acompañan inmediatamente con un sonoro “uhhh” y yo casi me atraganto con mi bebida. Dejo la taza encima de la mesa de nuevo por su seguridad porque mis manos comienzan a temblar sin control y no quiero que lo noten. Todas continúan dándole alas a la telenovela que están montando en sus mentes. Pueden ser algo brutas cuando se lo proponen.

—¿Te imaginas que acabas con él? —supone Carla—. Sería genial tenerte en mi grupo de amigos y en los de Yago. ¡Estaríamos en la misma pandilla de novias!

Su emoción ante tal suposición me deja sin palabras.

—Sería algo como totalmente del destino, ¿no creéis? —continúa Miriam—. Primero ambos se conocen de jóvenes por casualidad por un susto que ella no olvidaría nunca y ahora la vida los vuelve a juntar de nuevo. ¡Serviría totalmente para una novela de las tuyas, Lara!

Espero pacientemente a que acabe el festival de romance que se han inventado solas sobre una falsa e imposible relación entre Jorge y yo.

—No sé cuántas veces os lo voy a tener que decir. —Me yergo para fingir más presencia y autoridad, cosa que no funciona del todo—. No me gusta *Jojo*. Ni me va a gustar nunca. No es para nada mi estilo.

—El tipo ideal es solo una tontería —me regaña Miriam—. Al final te acabas enamorando de la persona más distinta a la que en principio tenías en mente.

—A Yago le gustaban las rubias de piel blanquita —confiesa Carla—. Y mírame a mí.

Eso me hace sonreír. Carla con su piel morenísima y su pelo negro no tenía nada que envidiarle a ninguna nórdica por muchos ojos azules que tuviesen.

—Sea como sea, no hay nada —reafirmo.

—¿Y por eso te ponías tan nerviosa con tan solo enviarle una petición de amistad?

Maldita sea, Carla sabía jugar bien sus cartas cuando se lo proponía. Ruth y Paula nos escuchan atentas en silencio y me extraña que Paula aún no se haya pronunciado sobre el tema y haya soltado alguna de sus gracias para quedarse con todas nosotras.

—Solo me ponía así porque me daba vergüenza. Vosotras me conocéis, siempre he sido una chica súper tímida. Y más cuando se trata de chicos.

—Tímida cuando quieres, porque cuando te sueltas no hay quien te pare. —Miriam sigue jugueteando y todas riendo con sus ocurrencias.

—No me gusta —digo por millonésima vez—. ¡No me puede gustar! Porque...

Y en ese momento, como por arte de magia, Jorge atraviesa el umbral del local con aire distraído buscando a sus amigos. Mi garganta se seca de repente mandando mi argumento al traste. Al ver el gran cambio en mi expresión, todas siguen mi mirada y luego se vuelven a girar bruscamente a mirarme.

—Mira, mira, ¡se está poniendo rojísima! —chilla Paula mientras da codazos de aviso a las otras, para que todas vean cómo nos caemos, yo y mis argumentos, con todo el equipo.

—Por qué decías que no te podía gustar, ¿eh? —pregunta Miriam de nuevo con recochineo mientras todas no paran de reír ante mi reacción de adolescente encaprichada.

Y entonces su respuesta también aparece con la misma velocidad que él por la puerta. No viene solo. Alma lo acompaña. La toma cariñosamente de la mano mientras la conduce hasta el corro que forman sus amigos al lado de la barra. Pero ellas no se percatan de eso porque están más atentas a mi respuesta que al par de enamorados que acaban de llegar.

—Por eso. —Y señalo de nuevo con la cabeza hacia su posición. Carla cambia totalmente su expresión cuando ve a Alma. Pero las demás no acaban de comprender qué es lo que pasa, así que se los aclaro—. Porque tiene novia.

Todas dejan de reír. Casi puedo sentir cómo intentan pensar en algo rápido para consolarme por tan mala noticia. Así que me adelanto.

—Y además llevan un montón de años —añado—, ¿verdad, Carla?

Intento actuar como si no me afectase. Como si no hubiese sentido un pellizco en el corazón al verlos entrar de la mano.

—Sí —afirma apesadumbrada—. Unos seis años o así, no lo sé con certeza. Pero es de las pocas veces que los veo juntos. De hecho hay rumores de que su relación no va nada bien.

—Vaya bien o mal, es un asunto que no nos incumbe. —Me termino mi té de un trago como si se tratase del chupito de licor más fuerte del planeta. Desgraciadamente esta sutil bebida no me hará desprenderme de este extraño sentimiento como sí lo haría el alcohol.

—No te sientas mal —me consuela Miriam—. Encontraremos a otro millones de veces más guapo, más encantador y que esté libre, ya lo verás.

—¡Que me da igual! —Me pongo de pie exasperada ante su insistencia en que admita un sentimiento que no existe. Que no puede existir—. De hecho no quiero a ningún chico. No

quiero más decepciones, me meteré a monja, haré pasteles toda mi vida y todo acabará.

—¡Qué exagerada, Lara! —dice Carla riendo.

—Ya reiréis aún más cuando me veáis con el hábito. —Me coloco bien los pantalones—. Y ahora iré al servicio porque toda esta charla me ha dado ganas de vomitar todo el té que me he bebido. Se terminó el tema, ¿de acuerdo?

Todas corean un largo “vale” mientras yo abandono mi posición y corro al baño a echarme agua fría por la nuca. Y rezo porque la salida dure menos de lo esperado. No soporto ver a Jorge al lado de Alma.

No lo aguantaré por mucho más tiempo.

A las diez llego por fin a casa, y la sorpresa de ver a *Jojo* con su novia no es la única de la que gozaré esta noche mágica de invierno al parecer. Ya que al entrar al comedor, compruebo que mi hermano y mi madre han montado la cena navideña. Han decorado las paredes con espumillones de colores festivos. Campanitas, muérdagos, angelitos y todo tipo de bolas decoran un gran árbol verde que imagino que es nuevo porque no lo he visto nunca en mi vida. Lucecillas de colores parpadeantes rematan la decoración. La mesa tiene un mantel de color rojo y dorado y está llena de delicias: empanadas, tortillas de patatas, pavo, embutidos, jamón, canapés y mil cosas más, amenazan la fortaleza de sus patas de cristal. Realmente es un festín digno de reyes. Y no lo han montado solos. No.

Mi padre también está sentado a la mesa. Estoy tentada a frotarme los ojos para cerciorarme de que lo que veo no es un espejismo. Que realmente el hombre que se sienta al lado de mi madre es él. Mi hermano apoya una mano en mi hombro y me empuja a pasar dentro y a tomar asiento en uno de los extremos presidiendo la mesa. Mi cara tiene que parecer un poema porque no estoy entendiendo nada de lo que está pasando aquí.

—Pensé que sería buena idea retomar nuestras relaciones familiares en un momento como este. —Él toma las riendas de explicarse.

Miro a mi madre extrañada porque lo haya dejado entrar, pero claramente en su cara se refleja que lo hace por nosotros, porque tengamos una buena relación con nuestro padre, aun si ella lo pasa mal. Si mi madre ha sido capaz de perdonarlo y mantener una relación cordial, entonces creo que yo también estoy preparada para perdonarlo.

—Feliz navidad, papá. —Le sonrío abriendo así una puerta a una nueva relación, fuera de rencores y de dolor.

—Feliz navidad, hija.

Trata de contener sus lágrimas como siempre ha hecho a pesar de que está muy emocionado.

—¡Basta ya de sentimentalismos! ¡Me muero de hambre y se va a enfriar todo!

Todos reímos con la ocurrencia de Cristian, y obedecemos devorando todo a nuestro paso.

Puede que no sea una típica cena de navidad, o que no seamos la típica familia. Pero por esta

noche intento olvidarme de todo lo malo y disfrutar de la calidez que nos tenemos merecido disfrutar.

Cuando ya estamos llenos como pelotas, Cristian, como ya es tradición, se pone a hacer el tonto ofreciéndonos un fantástico concierto de villancicos que haría que los otorrinos se forrasen por la avalancha de pacientes con dolor de oídos que provocaría. Está claro que no se va a ganar la vida como cantante, pero por el rato de risas que nos hace pasar, vale la pena el sacrificio de escuchar esa horrenda voz. Mis padres se afanan en acompañarlo con gritos, alaridos, coros y palmas como si del más ferviente público se tratasen. Como si tuviesen delante a la mismísima Beyoncé.

Mi móvil vibra como loco en mi bolsillo y me doy prisa en sacarlo y comprobar a qué se debe tanto alboroto.

*“Feliz navidad, Lara 😊. Espero que pases una bonita noche”.*

Voy a comenzar a creer que los milagros navideños sí que existen. Intento que no se me note el cambio en la expresión de la cara e incluso tardo unos segundos en asimilar el mensaje y si debería contestarle o no.

Por supuesto que debería hacerlo, es lo educado. Es lo correcto. Pero lo peor de contestarle es que creo que estoy abriendo una veda, que va a ser imposible de volver a cerrar.

Me estoy volviendo adicta a estos mensajes y me está dando algo de miedo. Aun así, me armo de valor y con la voz de mi hermano de fondo destrozando un villancico, tecleo.

*“Muchas gracias. Lo mismo para ti, Jorge. 😊”*

Ese no fue el único mensaje que recibí de *Jojo*. Si le dije adiós al dos mil dieciséis sumergida en el teclado de mi teléfono junto a él, los primeros meses del dos mil diecisiete lo único que hicieron fueron aumentar ese contacto, volviéndose bastante frecuente y normal, el encontrarme conversaciones suyas cuando miraba mi móvil de vez en cuando. No sé si era una locura pensar que algo más pasaba en toda esta situación. Podía entender que era un chico sociable, pero de ahí a mandarme mensajes tres veces a la semana y algunos a altas horas de la madrugada... creo que más de uno podría sospechar de que había alguna intención oculta de más, no solo de una simple amistad.

Pero no, eso era imposible. Yo nunca podría gustarle de otro modo a él. Tenía novia, dato que de vez en cuando parecía que se me olvidaba cuando me volvía loca de alegría al ver brillar una notificación que indicaba que él me había escrito en la pantalla de mi teléfono. Y le solía responder casi con manos temblorosas, aunque fuese un simple hola, me moría de los nervios. Me encantaba toda esta historia, y me asustaban a la vez las cosas extrañas que me estaba haciendo sentir.

No me podía estar gustando. No podía enamorarme de un chico imposible que además tenía

novia. Estaba cansada de sufrir.

Y esto era ir directamente a la boca del lobo. Yo iba en su dirección gustosa, aun sabiendo desde primera hora que seguramente dolería como me dolió con todos. Pero es tan bonito sentir un mínimo interés por parte de alguien del sexo masculino. Quizá estaba sacando todo fuera de contexto por eso, porque siempre había necesitado un cariño especial.

Alguien a quien pudiese resultarle interesante y digna de conocer a fondo.

Alguien que viese más allá de la Lara "Donut".

Alguien que me quisiera sinceramente por primera vez en mi vida.

## Capítulo 30

*Febrero, 2017*

—Lo pasamos genial en Málaga. Había tanto ambiente y vimos tantas cosas bonitas ¡que ya estoy deseando volver!

Carla nos cuenta todos los detalles de su viaje romántico con Yago y nos hace imaginar a la perfección la preciosidad de las playas de ese lugar. ¡Qué bonito sería viajar a algún sitio! En vez de estar atrapada en este pueblo, sin dinero y sin trabajo, para variar.

Mi cuenta estaba a punto de morir del todo, así que no era el mejor momento para hacerme ilusiones de futuro sobre ninguna cosa. Ni siquiera un simple viaje al pueblo de al lado. Era deprimente.

Tomo un largo sorbo a mi té helado antes de volver a sumirme en pensamientos negativos, como solía venir haciendo estos últimos meses y sigo escuchando a mi amiga mientras las demás personas que hay en la terraza del bar parlotean, los niños corren de un lado a otro envueltos en sus juegos infantiles y los pajarillos cantan alegres a la inminente llegada de una primavera anticipada posados en las ramas de los cientos de árboles que nos rodean. De vez en cuando no puedo evitar echarle un vistazo a mi teléfono.

Ninguna notificación. Suspiro decepcionada.

Supongo que Jorge estará demasiado ocupado estos días. Porque ha pasado de no parar de hablarme, a casi no mandarme ni un mensaje. Y me comenzaba a desesperar. Había noches que incluso me acostaba con el teléfono pegado por si sucedía el milagro y volvía a ser el de siempre. Pero la pantalla se encendía para mostrarme la nada, lo que provocaba que me enfadase conmigo misma y me durmiese de mal humor.

Luego esos mensajes llegaban otros días y yo era la chica más feliz del mundo. Y me odiaba. Odiaba que una persona que no era nada en mi vida y a la que seguramente yo le importaba bien poco, me hiciese perder el control de mis sentimientos así y me obligase a estarle suplicando a un aparato electrónico que me mostrase unas líneas cuando a él le diese la gana.

—... y tengo una noticia que compartir con vosotras —anuncia Carla.

Automáticamente suelto el móvil disgustada de nuevo dentro de mi bolso y lo cierro con cremallera. Da igual, que no me escriba. No me importa de todos modos. Juro que cuando me vuelva a escribir, lo ignoraré el tiempo que me dé la gana y se quedará esperando mi mensaje

durante días.

Centro la atención en mi amiga, al igual que hacen Miriam y Paula, que sueltan sus refrescos sobre la mesa repentinamente.

—Me ha salido un grano en el dedo. —Carla pone cara de preocupación.

—¿Un grano? —pregunta extrañada Miriam—. ¿Y has ido al médico a que te lo miren o algo?

—¡No nos vayas a contar malas noticias, por favor! —casi suplica Paula—. No sé si estoy preparada para afrontarlas.

—Fui al hospital, pero no saben de qué se puede tratar —continúa ella con el entrecejo fruncido.

—Bueno, no te preocupes —le digo para quitarle hierro al asunto—. Seguro que tan solo será una pequeña verruga que se irá con el tiempo.

Comprendo la preocupación de Carla, ya que ambas hemos sido las compañeras hipocondríacas más grandes de la historia. Preocupadas por cualquier nimiedad y pasándolo mal por cosas que no eran nada graves. Y seguro que esto era un caso de los nuestros.

—La verdad estoy preocupadísima. —No sé por qué noto otra expresión en su cara que poco tiene que ver con el miedo que nos muestra—. ¿Os importaría echarle un vistazo y decirme qué os parece? —sugiere.

Nos miramos entre todas y le damos un “¡claro que sí!” unánime. ¿Qué tan mala es esa cosa que tiene en su dedo?

—Pues mirad.

Ella alza su brazo tímidamente y extiende la mano sobre la mesa. Automáticamente Miriam se pone a chillar y Paula se queda en shock. No muestra ninguna reacción. Yo también me quedo sin saber qué decir.

Un anillo de plata con un diamante sencillo en el centro decora su dedo anular.

Miriam se levanta y corre a abrazar a nuestra amiga en un abrazo de oso. Ambas ríen mientras nosotras dos seguimos sin saber qué decir.

—¡Qué alegría, Carla! —grita Miriam muy emocionada.

—¡Me caso! —chilla también Carla anunciando oficialmente lo que ya habíamos supuesto.

Yo salgo de mi ensimismamiento y sonrío en su dirección.

—¡Guau! —exclamo, sin saber muy bien qué decir—. Esto sí que es toda una sorpresa. Enhorabuena, me alegro mucho por vosotros.

—Yago me lo propuso en el viaje. En realidad no tenía en mente casarme tan joven, pero no pude decirle que no.

—Si la vida te ha llevado por este camino tienes que aprovecharlo. Hoy estamos aquí, mañana no sabemos —dice Miriam filosófica—. ¡Vamos a disfrutar de lo lindo en tu boda! ¡Paula, di algo!

Miriam reprende a nuestra amiga que en ese justo momento parece también salir de su shock.

—¿Te casas? —repite ella con un hilito de voz.

—Eso parece —dice Carla mostrándole de nuevo el anillo.

—Lo, lo siento, es que... —Paula parece no encontrar las palabras adecuadas para describir lo que siente—. Es tan raro pensar que una de nosotras se casa...

—Siempre pensé que Miriam y David serían los primeros —confiesa Carla—. Yo también estoy sorprendida.

—Aunque llevemos más de once años juntos, queridas amigas, no hay dinero para bodas. Así que disfrutaremos acompañando a nuestra amiga Carla en su día por ahora.

Eso las hace reír.

—¿Y para cuándo? —pregunto con curiosidad. Y espero de corazón que no sea pronto porque me agobia pensar que no tengo ni un céntimo para poder hacer frente a la boda de una de mis mejores amigas y eso me pone muy triste. En un día en el que debería estar dando saltos de alegría con ellas, no me gusta el tener que pensar de manera tan egoísta.

—Oh, pues... yo pensaba que quizá lo ideal sería celebrarlo el año que viene o al otro.

—¿El año que viene? —Pienso que eso es muy precipitado. No podré conseguir el dinero.

—Pero Yago insiste en que tiene que ser lo antes posible, así que nos casamos en septiembre. —Pone una sonrisilla de disculpa.

Estoy a punto de caerme de la silla, redonda al suelo de un infarto. Ya me estaba imaginando los titulares de los periódicos: “Desgraciada chica muere en un parque tras enterarse de la boda de su amiga”. Iba a ser el hazmerreír de todos.

—¡Dios santo, eso es ya! —Paula se lleva las manos a la cabeza.

—Hay que comprarse vestido, e ir monísimas. Yo os peinaré y os maquillaré, os dejaré estupendas, no se puede esperar menos de las amigas de la novia —parlotea Miriam sin parar—. Oye, ¿y quieres que nos vistamos de damas de honor o cada una se busca su traje a su gusto? Tenemos que hablar de eso... ¡Y de tu despedida de soltera! Tenemos que irnos a algún lugar chulo y montarla bien gordita... ¿Y ya has ido a mirar trajes de novia? ¡Qué emoción!

Sinceramente desconecto a los diez primeros segundos de la charla. Lo veo todo negro, pero de un negro que me es imposible traspasar. Mate total. Si la boda el año que viene era una locura, el pensar que tenía que ir de boda con todos los gastos que ello conllevaba en cuestión de poco más de medio año, quería morirme aquí y ahora.

Me iba a ser imposible. No iba a poder conseguir un trabajo de manera inminente.

Quería echarme a llorar. Pero me las ingenio para seguir fingiendo estar feliz y dejo ese momento para cuando llego a casa por la noche y me derrumbo junto a mi madre en el salón.

—¡Lara! —exclama sorprendida mientras se agacha a mi lado. Podría decirse que es la primera vez que me ve llorar desde que era pequeña—. ¿Qué ocurre?

Yo niego con la cabeza para evitar que se preocupe. Pero no cuela. Así que no me queda más remedio que soltar la sopa.

—Carla se casa en septiembre —anuncio entre sollozos.

La cara de póker que se le queda a mi madre, me hace darme cuenta de que no entiende para

nada que yo esté llorando a mares ante tan buena noticia.

—Bueno, ella ya tiene veintisiete años, es normal que piensen en boda —intenta consolarme—. ¿Te da pena que se case?

Niego con la cabeza, provocando que mis lágrimas salgan disparadas en todas las direcciones.

—¿Entonces te da envidia?

—¡Mamá! —la reprendo—. ¡Claro que no!

—Entonces cuál es el problema por el que te estás deshidratando, a ver. —Mi madre se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y me mira fijamente esperando mi respuesta.

—No te negaré que es raro pensar que ya somos “así” de mayores. —Intento controlar mi voz mientras hipeo de vez en cuando—. Y que pienso que su vida es genial porque está logrando sus metas y avanza hacia adelante y yo en cambio me estoy quedando muy atrás de todas.

Mi madre me mira comprensiva mientras apoya una mano en mi rodilla.

—Pero el motivo de esto principalmente es que... —La miro avergonzada—. No tengo dinero para hacer frente a todos los gastos de su boda. Es patético y penoso tener que decir que con veintisiete años tan solo tengo cincuenta euros en el banco.

Comienzo a llorar desesperada de nuevo.

—Me van a cerrar la cuenta.

Mi madre se levanta y se sienta en el brazo del sofá mientras intenta acallarme y me abraza.

—Hija, para, no es para ponerse así. Encontraremos una solución para eso.

—¿El qué? ¿Meterme a prostituta para ganar ese dinero rápido? —Mi madre sonríe, pero yo hablo muy en serio, desesperada—. Voy a tener que ponerme un saco de patatas a modo de vestido para la boda.

Sigo llorando desconsolada, hasta que mi madre me agarra la cara, me seca las lágrimas y casi me obliga a dejar de llorar.

—Yo te prestaré todo el dinero que necesites. Pero a partir de mañana, tienes que volver a patearte todo el pueblo en busca de un trabajo. No lo digo para presionarte, lo digo porque sé que hay un trabajo esperándote ahí, y tienes que salir a buscarlo como sea.

—¿Crees que estoy sin trabajar porque me da la gana? —pregunto sin poderme creer que me esté llamando vaga en un momento como este.

—¡Claro que no! No seas tontita. —Acomoda un mechón de su pelo negro detrás de su oreja—. Solo digo que desde que sucedió lo de tu padre, la operación y toda tu depresión, no has sido la misma. Antes salías todos los días en busca de trabajo y estos meses... te he visto perder toda la ilusión de nuevo. Solo quiero que salgas ahí, te comas el mundo y puedas disfrutar de la boda de tu amiga y de todo lo que te queda por vivir. No seas como yo, Lara. No vivas encerrada en casa, sin salir, dependiendo de un hombre para salir adelante. Tienes estudios, y eso ya te da un gran poder que yo no tuve, así que, simplemente, sal y vive.

Yo la miro muy emocionada por sus palabras. Ella se crió con mis abuelos en el campo así que a duras penas pudo acabar la escuela primaria. Y en su época encontrar un hombre con trabajo,

casarse pronto y cuidar de la casa eran las máximas aspiraciones de una mujer. Ideales en los que ella nunca encajó.

Siempre tuvo pensamientos adelantados a su época. Y ahora demuestra lo que siempre ha sido, una mujer fuerte, independiente, que intenta salir adelante como limpiadora.

Me abraza, pero pronto nos soltamos, ninguna de las dos somos excesivamente cariñosas, así que la incomodidad nos gana. Ella me mira y sonrío y yo me afano en limpiar todas las lágrimas de mi hinchada cara.

—Y no te preocupes —rompe el silencio y la miro—, ya encontraremos algo mejor que ese saco de patatas que tienes en mente.

## Capítulo 31

—¿Te has enterado de la noticia? —le comento a Jorge mientras lavamos juntos nuestros utensilios de pintura en el baño de la biblioteca cuando ya todos los demás se han marchado.

Yo me quedé a terminar otro cuadro de impasto y él se quedó a echarme una manilla para perfeccionar aún más la obra. Y tengo que reconocer que ha quedado precioso. Mejor de lo que esperaba en un principio. Aunque intentar centrarse en una pintura mientras tenía a Jorge detrás corrigiendo mis pinceladas, pareciendo sacados de una escena de la película *Ghost*, no era una tarea fácil. Aún percibo su peculiar aroma, y tengo fija en mi retina la imagen de sus ojos a escasos centímetros de mi cara y las sorprendentes y enormes ganas que tenía de besarle en ese momento.

Me centro en seguir bañando en agua mis pinceles, agua que devuelvo al desagüe, teñida de un rastro multicolor. Quitándome esas ideas de la cabeza. Porque era algo que no iba a admitir nunca.

Nadie escucharía salir de mis labios que por mucho que lo negase, todas esas charlas, todo el tiempo pasado entre caballetes, su amabilidad, atípica en los chicos de hoy en día, su interés en todo lo relacionado conmigo y esa extraña tensión que siempre sentía cuando lo tenía al lado, había desembocado en una especie de enamoramiento del que aún estaba intentando escaparme y evitarlo como fuese posible.

Nadie nunca iba a escuchar que me gustaba *Jojo*. Que me había enamorado de un chico con novia.

—Carla y Yago se casan —confirma él mientras frota una de las paletas para eliminar completamente la pintura. Me mira de vez en cuando sonriendo—. ¿Quién lo hubiese dicho?

También le sonrío porque me sale de un modo automático cuando estoy con él.

—Desde luego nadie se lo esperaba. Pero qué ilusión ir a la boda de unos amigos, ¿verdad?

Él pone una graciosa cara de fastidio.

—Si te digo la verdad, es un poco tostón —confiesa—. Entre tú y yo, no me gusta ir a bodas. Soy ateo, es un paripé y además el bolsillo se queda seco.

Eso me hace reír.

—Entre el año pasado y este ya he tenido que asistir a más de cinco bodas, y las que me quedan, porque no solo voy por mi parte...

Inmediatamente se borra mi sonrisa al recordar a Alma. La chica que posee al chico más encantador del planeta sin seguramente ser consciente de ello.

—Bueno, aun así me parece algo precioso —contesto tímidamente. No creo que sea buena ocasión para decir que soy una romántica empedernida y que casarme es con lo que llevo soñando desde que era niña. Esa emoción que se debe sentir al tener al chico que te ama esperándote en el altar tenía que ser preciosa. Lástima que nunca la iba a poder experimentar.

—No me esperaba menos de una artista como tú. ¿Cómo vas con tus libros?

Hacia ya tiempo que había compartido mi vocación con él. Que le había abierto mi corazón un poco y me había atrevido a confesarle que soñaba con ser escritora, que tenía algunos libros escritos y que por desgracia la inspiración así como las editoriales me habían abandonado para siempre. Incluso le había pasado mi libro anterior y él se lo había leído. Eso ablanda el corazón de cualquier chica y de cualquier escritora.

—Sigo igual de estancada que siempre —me quejo—. Parece que he llegado a mi límite.

—A mí me han gustado mucho tus libros. Algún día tendrás suerte, ya lo verás.

—Siento que los hayas tenido que leer aun siendo de la temática romántica que tanto te gusta —bromeo.

—Quise hacerlo —me mira fijamente— por ti. Porque eras tú la autora.

Los pinceles se me escapan de las manos y caen estrepitosos y ruidosos contra la porcelana blanca del lavabo. El corazón me late a mil por hora.

*“Solo es porque le caes bien, Lara, solo por eso”.*

—Pues te lo agradezco un montón, ya lo sabes.

Recojo los utensilios con calma, cierro el grifo y comienzo a secarlos mientras él sigue observándome impasible. Me comienza a poner nerviosa.

—Tengo que confesarte algo —susurra.

Estoy a punto de partir un pincel entre mis manos de la tensión acumulada. Y a no ser que me diga que ha roto con su novia o que me quiere, no sé si quiero que me confiese alguna otra cosa.

—Me das miedo —digo bromeando.

—Tus libros ya tienen otros lectores también.

Lo miro sin saber de qué me habla.

—Les hago dictados a mis niños del colegio con ellos. Y déjame decirte que les encantan, de hecho hasta algunos están ya enganchados y son fans.

Una calidez indescriptible me invade las entrañas. Nunca habían hecho algo tan bonito por mí. Nunca. Ese pequeño gesto me conmueve totalmente.

—Y déjame decirte, que me encanta presumirles de que la autora es mi amiga. —Me guiña el ojo y vuelve a abrir el grifo para enjuagar la paleta.

—Eres un encanto —susurro inconscientemente, e inmediatamente me arrepiento de las palabras que ha soltado mi boca sin su permiso.

—¿Qué has dicho? —dice él mientras cierra el grifo. Y yo doy gracias al cielo de que no me

haya escuchado bien por el ruido que hacía el chorro de agua saliendo a toda potencia de las cañerías.

—Que no es para tanto —corrijo inmediatamente—. No soy alguien de quien presumir.

—Pues yo creo que sí y además eres una chica encantadora. A cualquiera le gustaría presumir de ti.

*“Menos a ti. En el sentido que yo quiero”.*

—Es un gesto súper bonito, Jorge, de verdad, muchas gracias. —Sonríó agradecida.

—Es lo menos que puedo hacer por una amiga.

*“Amiga”.*

Acabamos con nuestra tarea de limpieza y como todos los días que tenemos clase, él me acompaña por el camino hasta casa, y me encanta cómo hemos pasado de ser completos desconocidos algo hostiles a una compañía algo más agradable el uno para el otro. Dos personas que cada vez se conocen más, y una persona que poco a poco va perdiendo la cabeza por la otra, sin darse apenas cuenta.

Me paso todo lo que queda de la semana armándome de valor para recorrerme el pueblo entregando currículos y haciéndome conocer entre nuevas empresas. Otras ya me tienen demasiado conocida al parecer, así que les falta cerrarme la puerta cuando me ven a aparecer en sus edificios. Por sus caras confirmo que soy non grata, sobre todo cuando me reencuentro con mi amiga, la rubia oxigenada de *G&M, S.A.*, que desde su costoso asiento me mira con desdén seguramente recordando el pelotazo de papel que le tiré a la cabeza hace más de un año. Me sorprende que siga trabajando aquí con esa cara de acelga que se gasta. Esta vez al menos toma lo que le tiendo al segundo y me da las gracias a regañadientes.

No me siento muy cómoda haciendo todo esto de nuevo, pero es la única forma si quiero conseguir algo. Además quiero que mamá se sienta orgullosa. Y también papá, que desde que cenó con nosotros en Navidad está más cerca de Cristian y de mí de lo que nunca ha estado. Me alegra no haber perdido a mi padre y que esa mujer con la que ahora es feliz, Alexia, no lo aleje de nosotros.

Cuando termino mi reparto, decido ir a un lugar que hace mucho que no visito y en el que me muero por entrar. Así que cuando me paro en frente del gran cartel de Ziel siento que de verdad poco a poco estoy volviendo a ser mi antigua yo. La verdadera Lara, la que todos echan de menos, incluida yo misma.

Cuando las puertas de cristal se abren para dejarme pasar, una leve calefacción y el olor a librería me envuelve llenando mis fosas nasales y actuando automáticamente a modo de calmante. Me acerco a la estantería más cercana y a los expositores y comienzo a echar un vistazo a las novedades editoriales, a pesar de que no puedo comprar ni un libro, al menos puedo darme el lujo de pasar un rato agradable ojeando sus portadas y sus sinopsis. Quizá así pueda

recuperar mi pasión por la escritura.

Tal vez viendo que todos estos autores cuyos nombres acaricio sobre las cubiertas, un día cumplieron su sueño y hoy sus trabajos están aquí, yo me anime a volver a soñar con ello también. ¿Por qué no me podría pasar a mí?

No tardo mucho en buscar mi sección favorita, la romántica, y pasear entre sus estanterías. Para variar me gustan prácticamente todos los libros, y gustosa me fundiría una tarjeta de crédito para llevarlos todos a casa y hacer mi propia biblioteca personal, si fuese rica y sin preocupaciones. Suspiro y vuelvo a depositarlos en su lugar.

Ni siquiera me he leído aún aquellos libros que compré recomendados por aquel chico tan mono que trabajaba aquí. Y eso que había uno con un título curioso. Comienzo a echar un vistazo a mi alrededor buscando con la mirada al *señor tatuaje*.

—Él ya no trabaja aquí.

Una voz masculina cerca de mi oreja me sobresalta y me hace girarme bruscamente quedando de espaldas a las estanterías. Me quedo helada cuando confirmo que esa voz tan conocida, es Leo, que me mira a escasos centímetros fijamente. Está mucho más guapo que la última vez que lo vi. Su pelo castaño está peinado en un perfecto tupé como siempre, y sus ojos azules son más intensos que nunca. Incluso se ha dejado una poca barba que le favorece aún más. No parece que le haya ido demasiado mal la vida.

Una punzada de arrepentimiento me recorre el cuerpo. Y me doy cuenta que realmente lo he echado de menos.

—¿Qué? —pregunto casi inconscientemente.

—El chico del tatuaje dejó el trabajo hace cinco días —explica—. Una verdadera lástima, solo venía a esta librería por él.

Me alegra ver que el humor de Leo no ha cambiado en absoluto. Trago saliva.

—¿Cómo has estado? —pregunto con educación y algo fría.

Él suspira y resopla.

—La casa ha sido muy aburrida después de tu partida —dice de una forma teatral muy típica de él—. Imagínate, Raúl encerrado en su cuarto para variar, no sé si estará planeando un ataque a nivel mundial alto secreto, de otro modo no me explico su actitud. Y el nuevo compañero es un punki que se pasa el día fuera y solo viene para dormir. Creo que piensa que el piso es una especie de pensión. Ni siquiera puedo cocinar para mis niños como solía hacer antes. Es un verdadero coñazo.

Su historia casi me hace sonreír. Me puedo imaginar a Leo volviéndose loco y hablando con las paredes de la habitación. Siempre fue peor que una cotorra. Pero yo no me quedaba atrás tampoco.

—En resumen —dice—, te echamos de menos.

Lo miro conmovida.

—Leo... lo..., lo siento mucho —me disculpo—. Sé que mi actitud fue peor que la de una niña

caprichosa de diez años. Nunca quise tratarte así.

—Estabas dolida. Es normal. Además yo tenía toda la culpa, así que el que debería pedir disculpas soy yo.

—Ya lo hiciste, pero yo no quise escucharlas en aquel momento.

Los demás clientes de la tienda, que está por cierto bastante abarrotada, pasan por nuestro lado sin apenas percatarse de nosotros y es de agradecer en este momento tan íntimo entre los dos.

—Dolió mucho. Pero ahora que el tiempo ha pasado y que todo se ha calmado creo que es hora de dejar ir tanta rabia —confieso—. Por mi bien.

Él me sonrío, feliz de escuchar que su antigua amiga está de vuelta. Feliz de darse cuenta de que lo he perdonado.

—No era la intención de mi madre meterse en medio de un matrimonio. No vayas a pensar así de ella. También lo pasó muy mal intentando olvidar a tu padre.

—Cuando algo no funciona, no hay manera de salvarlo, por mucho que se intente. Y tampoco se pueden controlar los sentimientos.

Y justo ahora comprendía más que nunca lo que era sentir apego hacia una persona prohibida. No es que justificase que lo que hicieron nuestros padres estaba bien, pero ninguna persona en este mundo es apta para criticar las acciones de otras sin conocer lo que esas personas sienten y han pasado antes de llegar a eso. Había aprendido bien la lección, y la vida me lo estaba enseñando en forma de amor imposible.

—Pero ya no hablemos más del tema. Lo pasado, pasado está.

—¿Tu madre se encuentra bien? —Puedo notar realmente su preocupación.

—Sí, mucho mejor. No pasó una buena época, pero gracias a Dios está totalmente recuperada de su cáncer. Y ha rehecho su vida, incluso sale con amigas a veces. Me alegra ver que está ocupada y feliz ahora que las aguas han vuelto a su cauce.

—Me alegro —dice sincero, luego me sonrío—. Entonces, ¿podemos decir que somos oficialmente hermanastros?

Eso me hace poner los ojos en blanco y echarme a reír. Lo único que me faltaba era tener un hermano como Leo.

—Ni hablar —le sigo el juego—. No quiero tener un hermano tan alocado como tú. No me darías nada más que quebraderos de cabeza.

—Pero también infinita diversión. Dime si no a quién le ibas a meter mano en la bragueta si no es a mí.

Le doy un suave manotazo. Y se siente bien volver a tener nuestra complicidad de vuelta y nuestras tonterías.

—¿Nunca vas a olvidar eso, verdad?

—Era la primera vez que una mujer me tocaba ahí —dice con cara de pillo, luego cambia a una mueca de disgusto—. ¡Qué asco!

Vuelvo a darle otro manotazo mientras ambos reímos casi al borde de las lágrimas. Mitad de

felicidad y mitad de habernos echado tanto de menos.

—¡Ah, se me olvidaba!

Leo echa mano a su mochila para sacar una hoja de papel y me la tiende. Yo la tomo con curiosidad mientras la desdoble.

—Lo encontré la semana pasada, había carteles por todas partes. Quería contactar contigo, pero no me atrevía. Supuse que tarde o temprano te pasarías por aquí, así que llevo viniendo varias horas al día durante toda la semana.

—¿Por qué simplemente no me llamaste?

—¿Acaso me hubieses cogido la llamada?

Obviamente, punto para Leo. Quizá si no me lo hubiese encontrado aquí casualmente, nuestra situación ahora seguiría siendo la misma que en los últimos meses. Nula.

—A ver entonces cuál es la sorpresa.

*“Si buscas empleo y pasar unos meses de verano inolvidables,*

*¡Esta es tu oportunidad!*

*El GRAN MELIÁ PALACIO DE ISORA de Tenerife está buscando ampliar su plantilla de personal para los meses de verano. Buscamos personas activas, sociables, para desempeñar tareas de jardinería, cocineros y camareros de piso.*

*No pierdas la oportunidad de trabajar en uno de los mejores resorts de lujo de toda Europa.*

*¡Te esperamos!”.*

Dejo de leer en voz alta intentando asimilar toda la información contenida en ese pequeño trozo de papel.

—Tenerife —es lo único que logro susurrar.

—Creo que es una buena oportunidad para ti, si aún no has encontrado otro empleo. Ya sabes que en Villazul no hay mucho futuro, y aunque no sea un trabajo maravilloso creo que te vendrá bien salir de aquí. Desconectar, conocer a nuevas personas.

—Pero... —titubeo—. Tenerife está lejísimos. No podré ver a mi familia ni a mis amigas en mucho tiempo.

Ni quiero alejarme de *Jojo*, aunque eso no lo digo en voz alta. Solo pensarlo se me parte el corazón. No poderlo ver en tantísimo tiempo cuando ando como loca esperando que lleguen los lunes y los jueves para poder pasar unas preciadas horas junto a él, me parece un martirio.

—¿Pero quieres trabajar, no? —pregunta él como un padre reprobador.

—Claro que quiero, es solo que... me resulta algo muy precipitado.

—Siempre has estado en tu zona de confort, Lara. Por eso nunca te pasan cosas remarcables. Tiene la oportunidad de echar a volar por unos meses, algo que puede abrirte puertas. —Señala el papel—. No lo desaproveches.

—No creo que me cojan.

—¡Excusas! —Me agarra los hombros y me obliga a mirarlo firmemente—. Hacen entrevistas

en el hotel de aquí, el mes que viene. Prométeme que vas a ir y les vas a encantar.

Me temblaban las piernas solo con pensar que podría irme a Tenerife y alejarme de todos.

—No puedo hacer eso. Pero te prometo que me lo pensaré.

—Buena chica.

Me alborota el pelo con su mano y sonríe con satisfacción. Yo me guardo el papel en el bolsillo con algo de angustia.

Sí, me lo pensaría.

## Capítulo 32

“¿Cómo estás, guapa?:)”.

*“Me he acordado de ti esta noche, he pasado tanto calor con las sábanas de coralina, está claro que vamos a tener que irlas cambiando, el calor viene apretando fuerte este año jeje”.*

*“Me gusta mucho hablar contigo”.*

*“No te veo pinta de fracasada, te veo pinta de encanto ;)”.*

Miro casi compulsivamente los mensajes de Jorge a oscuras al cobijo de mis mantas en mi habitación. Muchas conversaciones, algunas más largas que otras durante todos estos meses, meses en los que me he abierto a él como a ningún otro chico en mi vida, y en los que me he puesto voluntariamente en una situación de vulnerabilidad siendo además totalmente consciente de ello. Juro, prometo, que nunca quise hacerme ilusiones con él. Lo intenté de todas las maneras posibles, de todas las formas, no queriendo leer sus mensajes, intentando no contestar hasta que ese temblor al ver que él me hablaba se me hubiese pasado. Intentaba no mirarlo en clase con todas mis fuerzas. Intentaba no entablar demasiada conversación con él. No pensar en él y aun así, a pesar de todos mis esfuerzos, aquí estoy hoy.

Esperando un mensaje que nunca llegaba, prácticamente con lágrimas en los ojos de la desesperación. Sí, yo también podía ser la primera en escribirle un simple hola, pero mi inseguridad y mi miedo a que él se diese cuenta de mis sentimientos me frenaban en seco. Frente a él tenía que ponerme siempre una máscara de indiferencia y amistad y hacer como que nada pasaba. Incluso cuando lo veía irse con Rosalía al salir de clase por otra calle. Perdió su interés en acompañarme, dejó de mandarme mensajes de un día para otro, y yo estaba justamente donde tanto tiempo luché por no estar.

Desesperada y totalmente dependiente de él. Y muerta de celos, ya no solo me bastaba imaginarlo con su novia, pensando que ella tenía el privilegio de disfrutar de su compañía con todo lo que ello conllevaba. Sino que ahora también la tal Rosalía venía para dar guerra. No dejaba de mirarlo en clase y reía todas sus gracias por muy absurdas que fuesen. Juro que a veces sentía tanta rabia que quería clavarle un pincel en un ojo.

Al menos pintarrajarle bien la cara, al estilo de los castigos de Jorge. Algo que silenciase esa

maldita risita de hiena.

Me dolía tanto que me hubiese cambiado por ella, que sentía que esto tenía que parar.

Como siempre, Carla me recibe con una sonrisa cuando me abre la puerta de su casa.

—Siento venir siempre a estas horas, pero realmente necesitaba hablar de esto con alguien — me excuso.

Ni siquiera me he esforzado en arreglarme, he venido en pijama a su casa, con un abrigo largo que lo tapa casi en su totalidad y las primeras zapatillas deportivas que pillé antes de salir. Mi melena bastante crecida y ondulada, despeinada.

—Sabes que siempre eres bien recibida. Anda, pasa.

Yago está ya durmiendo, son más de las once de la noche. Carla y yo nos sentamos en el salón y cerramos las puertas de cristaleras que separan el comedor del pasillo de las habitaciones, para no molestar el sueño de su novio. Y para que tampoco se entere, la verdad.

—Necesitaba hablar de esto con alguien —repito y siento tantas cosas a la vez por dentro, que apenas puedo mantener la estabilidad de mi voz—. Siento que me voy a volver loca... Este chico, me va a acabar volviendo loca.

—¿Qué ha pasado ahora? Seguís hablando, ¿no? —pregunta Carla totalmente despistada.

Obviamente es la que más está al tanto de toda mi situación con Jorge, por eso acudo a ella cada vez que quiero desahogarme. Desde luego se merece que le dé el regalo más grande la historia en su boda. Por soportar a una inestable majara como yo.

Me pongo de pie, nerviosa. Saco el móvil del bolsillo de mi abrigo azul marino, lo enciendo y se lo lanzo. Ella lo atrapa al vuelo, no sin hacer esfuerzos para agarrarlo, y comienza a leer lo que le muestro en pantalla.

—Dime si esos mensajes son normales. —Me acomodo el pelo compulsivamente mientras camino de un lado a otro, tratando de calmarme.

Ella se detiene unos segundos analizándolos y sacando sus propias conclusiones.

—Te juro que nunca pensé que él pudiese buscar algo en mí. En serio —digo—. Y comenzamos hablando como cualquier pareja de amigos y estaba bien con eso.

Ella alza la vista de la pantalla y me escucha atentamente.

—Desde el principio supe que era un chico con novia. Supe que no podría pasar la línea, nunca. Me lo prohibí. Lo creía algo imposible e impensable.

—Pero te has acabado enamorando de él hasta las trancas sin darte cuenta, ¿verdad? —comenta preocupada.

La miro fulminándola con la mirada.

—Sabes que esa palabra está prohibida en mi vocabulario. Por supuesto que no estoy enamorada de él.

—Lara, todas lo notamos desde un principio. Él te gusta, de un modo u otro y aunque tú no te

des cuenta. Lo sabemos todas desde hace tiempo, pero te niegas a admitirlo.

—Nunca quise ilusionarme. Sabes bien que cerré las puertas al amor. Solo me ha traído sufrimiento. —Tengo que hacer grandes esfuerzos para contener las lágrimas—. Nunca nadie me ha correspondido en toda mi vida y eso duele. Odiaba ver a todos los chicos que me gustaban con otras chicas a las que querían por calle. Odiaba ver cómo tomaban sus manos, cómo acariciaban su pelo, cómo las miraban. No quiero pasar por eso otra vez. Me niego.

—A ver, tranquilízate primero, ¿vale? —Ella camina hacia mi posición y me obliga a sentarme en el sofá a su lado.

—Me estoy imaginando cosas que no son, ¿verdad? —Una lágrima traidora se escapa de mis ojos—. Él solo quiere una amistad y yo estoy viendo algo donde no lo hay. Me estoy ilusionando sola.

—No te diré que al principio sí que pensaba que quizá solo buscase ser tu amigo. Pero claramente los mensajes han ido subiendo de nivel. No es normal estar siempre pendiente. Estar siempre en contacto. Yo tengo muchos amigos que a lo mejor nos escribimos una o dos veces al mes solamente. —Me mira fijamente—. No quiero decir que mi caso se rija en todas las relaciones de amistad, pero obviamente un chico que te escribe a todas horas y te pone esas cosas... algo raro sucede. Pero no sabría decirte qué es. Porque él tiene novia, y eso me desconcierta.

Asiento entendiendo sus palabras.

—Sé que es una locura pensar que podría resultarle interesante.

—No es ninguna locura. Tú vales mucho y cualquier chico con dos dedos de frente lo vería. —Ella me sonrío—. Es solo que no puedo imaginármelo haciendo eso con otra chica mientras está con otra, por muy mal que vaya su relación al parecer.

—¿Entonces por qué me escribe mensajes casi todos los días durante una temporada y luego se olvida de que existo? Odio ilusionarme cada vez que veo un mensaje suyo, necesitarlo casi como si fuese una droga. Y luego hundirme cada vez que él decide que se ha cansado de escribirme. He llegado a estar horas, ¡horas! pegada al teléfono encendiéndolo cada dos minutos para ver si él me había hablado. Me siento patética.

—No digas eso. Es normal ilusionarte si ves que el chico también está ahí para hablar y te escucha.

—Pero él siempre me da una de cal y otra de arena. No entiendo nada. No entiendo por qué un día le parezco la persona más encantadora del mundo y al otro me abandona para irse con Rosalía de vuelta a casa.

Carla pone cara rara, extrañada al escuchar ese nombre de mujer.

—Déjalo, son cosas mías —digo quitándole hierro al asunto. De lo último que quiero hablar es de esa hiena—. Además, ¿a santo de qué vienen sus mensajes a las tres de la madrugada hablando de sábanas? Te juro que lo único que me gustaría preguntarle si tuviese un poco de cara, es a qué juega conmigo. ¿A qué demonios está jugando? ¿Qué es lo que quiere de mí? Si

quiere volverme loca, lo está consiguiendo porque ya me invento conexiones románticas donde creo que no las hay.

—Sea como sea, si es una relación que te está trayendo más dolores de cabeza que felicidad, te aconsejaría que dejases de hablarte con él. Desarrollar más sentimientos no es algo bueno. No en su situación, Lara. Solo te hará sufrir, él lleva muchos años con su novia...

—Lo sé —Una punzada de dolor se asienta en mi estómago—. Soy consciente de todo. Sé muy bien que es un imposible.

Ella me mira comprensiva. Sus ojos negros brillando bajo la luz de las lámparas.

—Y también creo que en cuanto aparezca otro o me aleje de él, la cosa mejorará. Creo que simplemente estoy magnificando todo porque es el único chico al que le he parecido interesante y eso me ha conmovido de más. El único que ha estado a mi lado indirectamente en un período de mi vida que preferiría olvidar y me aferré a él como a un clavo ardiendo. Sí, tiene que ser por eso. Y me lo voy a demostrar.

—No puedes olvidar a alguien que te gusta de la noche a la mañana.

—Este sentimiento se esfumará en cuanto me aleje de él. Tengo que dejar de verlo. Tengo que sacármelo como sea de la cabeza. Es una obsesión malsana y enfermiza.

—Confío en que sabrás salir adelante, como siempre haces —me anima—. Solo quiero que seas feliz.

—Y lo seré. Lo seré cuando él me deje de importar de esta forma. —Asiento para convencerme a mí misma de lo que digo—. Solo necesitaba comentarlo con alguien. Obviamente esos mensajes no son normales...

—No, no lo son a nuestros ojos, desde luego. No sé qué pensará él.

Suspiro y cierro los ojos sintiéndome mucho más relajada ahora que he podido hablar del tema con alguien.

—Sé que tienes miedo a enamorarte, Lara. —Me sorprende que diga eso—. Pero un día llegará el chico correcto para ti, y sentirás cosas que nunca has sentido por nadie. Justo cuando dejas de buscar, es cuando ese amor llega. Sin darte cuenta.

—Me da igual si llega o no —contesto cortante—. Me quedaré soltera de por vida, así me aseguraré de que nadie me haga daño de nuevo.

Eso la hace sonreír.

—Eso no te lo crees ni tú. Naciste romántica y morirás siendo una romántica empedernida. Buscarás una pareja hasta el fin de tus días.

—Pues sí, no puedo negarlo. Pero no me gusta *Jojo*, que os quede claro.

Ella alza una ceja dudosa.

—Es increíble cómo te puedes obsesionar por alguien. —Río, lo que me hace parecer aún más loca—. Pero os lo voy a demostrar, tengo una perfecta solución para eso. Necesito aires nuevos. Y puede que quizá no me vayáis a ver en una temporada. Y cuando vuelva, todas nos daremos cuenta de que esto es una tontería, y nos reiremos de ello juntas.

Metó la mano en mi abrigo y empuñó el papel que me dio Leo con fuerza.  
Era hora de echar a volar y comenzar una nueva etapa.  
Esta vez de verdad.

## Capítulo 33

El 25 de marzo, Paula y yo entramos con nuestras carpetas bajo el brazo, al único hotel que hay en Villazul. Vestidas más formales de la cuenta, y llenas de nerviosismo, nos quedamos de pie en una de las esquinas de la grandísima recepción decorada en tonos crema y marrón. El gran mostrador tras el que nos miran los recepcionistas es de un brillante mármol blanco al igual que las bonitas cortinas que decoran las ventanas que dan a la calle.

Está realmente abarrotado, está claro que no somos las únicas del pueblo que tienen ganas de huir en busca de aventuras. Las más de cien personas charlan entre ellas animadas, algunas se quedan en silencio mirando a la nada, preguntándose si serán una de las afortunadas para ir a limpiar habitaciones de ricos a Tenerife.

—¿Crees que tendremos suerte? —pregunta Paula nerviosa, mientras no deja de morderse una uña y mira en todas las direcciones.

—No lo sé —contesto con sinceridad—. Hay muchísima gente.

Y era cierto. Jóvenes, adultos y hasta casi ancianos estaban aquí para optar a algún puesto de los que se solicitaba. Quizá con mucha más experiencia que nosotras en la materia.

—Pero al menos tendremos que intentarlo. —Suspiro mirando al suelo intentando contener los nervios.

No puedo parar de pensar si esto que estoy haciendo está bien. Estoy muerta del miedo, y casi prefiero que no me elijan a que sí lo hagan. Por un lado estaría encantada de irme una temporada, para calmar mis nervios, cambiar de aires y darme cuenta de las cosas que de verdad importan... como todo este extraño asunto de *Jojo*. Y por otra parte me odiaba reconocer que él era el otro motivo por el que no me quería marchar. “*No puedes condicionar tu vida a la de un chico que ya tiene una vida hecha con otra chica y al que ni le importas*”.

Me lo repetía una y otra vez como un mantra, pero eso no bastaba. Cuando hablé del tema con Carla, estaba totalmente convencida de mi decisión de marcharme, pero ahora... no estaba segura del todo.

Nos sumimos durante largos minutos en silencio mientras observamos a la gente entrar y salir a los pocos minutos por varias puertas que suponemos que es donde nos harán las entrevistas. Cuando se va a acercando nuestro turno, mis nervios se multiplican, y comienzo a entrar en pánico.

—Paula, no estoy segura de esto —le digo cuando estamos frente a las puertas de madera maciza—. No quiero irme.

—Lara, relájate. —Pone los ojos en blanco por mi actitud—. Solo tienes miedo a salir de tu zona de confort. Como siempre.

Yo suspiro e intento controlar mis ganas de salir corriendo. Varias mujeres de mediana edad me observan desde un lado, podría jurar que ellas me sacarían a patadas si pudiesen, así sería una contrincante más eliminada.

—Si nos cogen, que esperemos que sí —dice ilusionada—, viajaremos fuera, haremos nuevos amigos, ganaremos dinerito. ¡Son todo ventajas!

Ya claro, cierto.

—Y trabajaremos como mulas por una miseria de sueldo —me quejo—. ¿Crees que esta gente viene a un pueblo perdido de la mano de Dios para buscar talentos? Solo quieren cazar a cuatro pueblerinos desesperados y aprovecharse de ellos. Está clarísimo.

Hasta yo me estaba dando cuenta de que estaba poniendo excusas y más excusas solo porque no quería marcharme. Quería verle el lado negativo a toda costa.

—Bueno, eso es lo que querías, ¿no? —dice con rintintín. Ella tan amable como siempre, nótese la ironía—. Sea como sea, nos dan comida, alojamiento, y la posibilidad de salir de aquí. Si me dejan les beso hasta las manos.

Me hace sonreír cuando imagino esa escena. Paula con sus famosos aparatos, besando la mano de ricos ejecutivos y dejando un reguero de babas a su paso.

—Lo sé. —Trago saliva intentando mentalizarme de que sí, es la mejor decisión que hemos tomado y que no me arrepentiré luego de haber venido aquí.

No me dan mucho tiempo más para relajarme porque la puerta se abre y un hombre trajeado con un espeso pelo negro, y una frondosa barba, entona mi nombre en voz alta y me hace pasar a la sala de donde ha salido. Yo le sigo tambaleante.

—¡Mucha mierda, Lara! —susurra Paula dándome ánimos a su manera.

Yo sonrío y le doy las gracias mientras cierro la puerta a mi paso. La imagen que me recibe dentro no es mucho más tranquilizadora que la espera de fuera. Doce personas, ¡doce!, se sientan alrededor de una mesa redonda y me hacen sentarme justo en medio. Me siento como una criminal que está siendo juzgada en un juicio en vez de en una entrevista laboral. Todos me van mirando de vez en cuando, hombres y mujeres, y examinan y se pasan los papeles con mis datos personales. El mismo hombre que me llamó es el primero que comienza a hablar.

—Bienvenida, Lara —me saluda de un modo muy educado—. Hemos echado un vistazo rápido a tu currículo, pero preferimos que nos cuentes mejor un poquito sobre ti de viva voz.

Yo me esfuerzo en sonar segura y madura cuando comienzo a enumerar mis estudios, a contar mi experiencia, y a decir cualidades mías que me hagan sobresalir frente a otros candidatos. Cuando termino todos asienten.

—Hemos comprobado que no tienes experiencia ni estudios relacionados con los puestos que

pedimos. ¿Crees que serías capaz de desempeñar un buen trabajo? Nuestro resort cuenta con clientes muy exclusivos que pagan por un servicio de extraordinaria calidad. Cualquier error podría meternos en un lío. Buscamos a trabajadores competentes.

Eso me hace tragar saliva con nerviosismo. Obviamente no le podía garantizar que sería la empleada del año cuando la única cama que había hecho era la mía de casa desde que era pequeña y obligada por mi madre.

—Por supuesto —contesto con falsa seguridad—. Lo que pone en un papel o los títulos que tenga una persona, no lo es todo. También hace falta ser resolutivo, educado, tener un buen don de gentes, y poner mucho empeño en el trabajo. Y cumplo con todas esas cualidades.

Ellos me miran fijamente asintiendo. Les ha gustado mi respuesta.

—Me encanta aprender cosas nuevas y hacer bien mi trabajo, no será ningún problema cumplir con los estándares de su resort.

—De acuerdo. —Se acomoda en la silla—. Y una última cosa. ¿Tienes cargas familiares? ¿Algún motivo que te impida desplazarte a Tenerife para trabajar con nosotros?

Pienso durante unos segundos mientras la cara de mis padres, de mi hermano, de mis amigas y de Jorge me cruzan por la mente.

—Si tuviese algún impedimento, no estaría aquí hoy —así de simple es mi contestación—. No tendré problema para marcharme.

—Excelente. Gracias por tu interés, Lara. —Vuelve a guardar los papeles en la carpeta que le entregué al entrar y me vuelve a mirar sonriente. El ambiente ahora es mucho más relajado—. Los resultados estarán en la web del resort dentro de aproximadamente una o dos semanas. Mucha suerte.

—Gracias —contesto escueta sonriendo mientras me pongo de pie y salgo como alma que lleva el diablo hacia fuera deseando salir de esta sala y de este hotel.

Solo cuando respiro el aire fresco de la calle, logro calmarme algo más. Es de las mejores entrevistas que he tenido, pero también ha sido la más difícil a nivel mental y sentimental. Nunca he salido de casa. No sé si estoy preparada para ello por mucho que haya fingido ser súper segura frente a esos empresarios. Otros candidatos también salen a las escaleras de la calle a fumarse un cigarrillo. Cada cual tiene sus propias maneras de mantener sus nervios a raya.

Decido sentarme sobre el frío mármol hasta que Paula acabe con su entrevista. Mientras, mato el tiempo echando una ojeada a mi móvil.

Mis ojos brillan al ver su notificación de repente y el corazón me da un vuelco.

*“Hola, guapa. ¿Cómo ha ido esa entrevista? Si no te escogen es porque no buscan a la mejor 😊”.*

Jojo estuvo sin hablarme más de dos semanas enteras después de aquella noche en la que hablé

con Carla. Dos semanas en las que ya estaba mentalizada de que debía borrarlo de mi mente de cualquier manera y en las que me enteré que estaba volcado en las preparaciones de unas estupendas vacaciones con su novia. ¿Era normal sentirse desconcertada en ese caso? ¿Sentirse un segundo plato que se toma y se deja a su antojo?

Yo me estaba comenzando a acostumbrar incluso a no mantener más contacto con él que el de clase. Pero el muy desgraciado hace días volvió a escribir y me derrumbó todo mi castillo. Como solía hacer siempre. Y yo, para variar, no pude hacerme la fuerte y comencé a contarle todo de nuevo, incluso la entrevista, aunque nunca le dije que sería para irme fuera del pueblo. Una tiene que guardarse algunos secretos. Aunque estoy segura de que le daría igual.

*“No ha ido mal, a ver qué pasa 😊”.*

Le contesto con manos temblorosas. No tarda mucho en llegar su contestación.

*“Pues qué va a pasar, ¡que te van a escoger! Porque eres la mejor”.*

Para, Jorge. Para por favor.

*“Tú que me ves con buenos ojos”.*

Mi teléfono vuelve a brillar con su contestación.

*“Los que tengo ;). Nos vemos mañana en clase de pintura”.*

Una mano toca mi hombro y apago el teléfono de un modo brusco. Paula baja las escaleras y se agacha a mi altura.

—Dios, he pasado muchísimos nervios. —Se coloca bien su pelo liso y castaño mientras suspira soltando toda su tensión. Luego se recompone y alza de nuevo la cabeza sonriente—. Pero estoy bastante satisfecha con la entrevista, aunque no me cojan, que esperemos que sí, al menos me voy contenta a casa.

—Me alegro. La mía tampoco ha ido mal. —Me guardo el móvil en el bolsillo, y me pongo de pie—. Creo.

—¿Te imaginas que nos vamos juntas a Tenerife? —pregunta emocionada mientras comenzamos a andar por la calle dejando atrás el hotel—. Será un verano de ensueño, serían como unas vacaciones, pero encima pagándonos.

—Sí, supongo que no estaría mal.

Ella se detiene y me encara. Mi continuo negativismo la hace sospechar que algo más pasa.

—No me vayas a decir, Lara, que no quieres irte por ese tío.

Puedo sentir a la perfección cómo los colores me suben por la cara. Y poco a poco se escribe en mi frente “culpable”.

—No es solo eso, es que... es que... —Me intento inventar una excusa que suene convincente,

pero la dura lengua de mi amiga es más rápida que mi mente.

—Escúchame. No le interesas.

Sus palabras me cortan como un cuchillo. Su sinceridad, como siempre, es apabullante.

—Tiene novia, solo habla contigo por entretenimiento. Al principio me resultaba curiosa vuestra historia, pero sinceramente ya me aburre. Lleváis casi dos años igual... no pasáis de unas cuantas conversaciones por temporadas. Está claro que él no busca nada en ti.

Claro que yo pensaba eso también. Si él tuviese intenciones románticas obviamente ya hubiese intentado algo. Aun así una pequeña ilusión siempre se mantenía viva dentro de mí en contra de mi voluntad, y escuchar esas palabras era como sentir que me tiraban un jarro de agua fría por la cabeza.

—Lo sé —contesto escueta—. Pero en ningún momento te he dicho que no quiera irme por él, así que no sé a qué viene este discurso. Jorge no me importa.

Ella me mira incrédula. Y yo afirmo con la cabeza para parecer aún más segura de mi misma.

—Nos llevamos bien, eso es todo —miento—. Ningún chico va a hacer que condicione mi vida a él. ¡Faltaría más!

Ella sigue sin creérselo.

—Me da miedo que se vayan a aprovechar de nosotros allí, que salga algo mal y no podamos volver. El dejar a mi madre sola tampoco me hace mucha gracia.

—Lara, ya casi va a hacer un año que la operaron —me dice—. Obviamente está bien, no te preocupes tanto. Ni por ella ni por suposiciones raras del trabajo. Sufres más por las cosas que piensas que por lo que luego sucede realmente.

—Sí, sé que estos últimos años he sido una paranoica. —Suspiro—. Ojalá tengamos suerte. Así podré pegarte unas cuantas ahogadillas en las playas de las Islas Canarias y vengarme de tu lengua afilada.

Ella se sorprende al oír eso y finge indignación. Luego ambas echamos a reír mientras continuamos nuestro camino a casa.

## Capítulo 34

Cuando entro el jueves a clase de pintura, me sorprende ver que soy la primera en llegar. Atravieso la puerta de madera clara escudriñando el interior de la estancia en busca de algún alma cándida que me haga compañía. Pero no hay ni rastro de la gente aún. Aprovecho para caminar hasta mi caballete, y comenzar a colocar mis cosas tranquilamente en los lugares indicados, dispuesta a recibir una clase más.

Cuando estoy depositando en la paleta una cantidad generosa de varios colores, Jorge entra a toda velocidad sin ni siquiera percatarse de mi presencia. Deposita su maletín en su gran mesa y comienza a sacar sus útiles y sus libros para impartir la lección de hoy. Yo carraspeo en su dirección, y él levanta la cabeza rápidamente, sobresaltado por el ruido. Luego se percata de mi presencia y me sonrío.

—¿Qué haces detrás de tu lienzo? —pregunta en tono de broma—. ¿Te estás escondiendo de mí?

Me alegra ver que tiene su tono juguetón habitual. Y sí, quiero gritarle que quiero esconderme de él, que quiero olvidar todas estas cosas raras que me hacen sentir. Y que de hecho es probable que lo haga montándome en un avión si tengo suerte.

—Eres tú el que has entrado como alma que lleva el diablo y ni me has dicho hola —respondo siguiéndole el juego—. ¿Acaso eres tú el que me está evitando?

Él ríe, gustoso de que le siga el rollo. Luego pone cara de despreocupado.

—Solamente pensaba que llegaba tarde, por eso no me paré a mirar nada. Además ya veo que la gente aún no ha comenzado a llegar. ¿Por qué razón debería evitarte?

*“Porque quiero abrazarte y besarte y quiero enfermizamente que dejes a tu novia y te vengas conmigo”.*

—Porque pinto mejor que tú aun siendo una simple alumna. ¿No te da miedo que te quite el trabajo? —Eso es Lara, controla tus locos pensamientos.

—Ahora que lo dices un poco sí, ¿eh? —Ríe ante mi descaro.

Él baja de su tarima y se dirige a la parte de atrás de la clase, abre la puerta del trastero y luego se asoma y me llama.

—¡Eh! —Me giro y lo miro—. A ver si también además de una buena pintora eres una buena ayudante. Échame una mano con una cosita.

Pongo los ojos en blanco y tras soltar mis cosas, y mis pinturas en un sitio seguro donde no corran el riesgo de estropearme de nuevo la bata o cualquier cosa que pillen a su paso, me dirijo con paso firme hasta el trastero y entro tras él.

Es una pequeña habitación cuadrada de unos cuatro metros, cuyas paredes están totalmente llenas de estanterías de varios niveles, que a su vez, soportan todo tipo de lienzos y material de pintura variado. La pared blanca está ennegrecida ahí donde las traviesas esquinas de los cuadros han rozado su superficie, convirtiéndolo en profundos y oscuros rayones.

—Y aquí es donde meto a las alumnas que se portan mal. —Me mira intentando alzar una ceja para añadir un aire misterioso a su confesión.

—Te sigue sin salir, se hace así. —Le muestro como alzar una sola ceja y después la otra, sintiéndome orgullosa de mi talento—. ¿Y a santo de qué viene eso? Yo me porto muy bien. De hecho nunca me has tenido que pintar la frente.

Comento recordando su peculiar castigo.

—A veces... —dice con aire misterioso—. Cuando no estás derramando pintura sobre el parqué o manchando tu bata de trabajo.

*“No, a veces eres tú el que se porta mal haciendo que mi corazón lata más de la cuenta y haciéndome pensar cosas que no son”.*

Me quedo tan sumida en mis pensamientos, que mientras Jorge toma una escalera y camina subiendo sus peldaños yo apenas reacciono ni abro mi boca. Él parece que se percata.

—Solo lo decía en broma. —Ríe—. Obviamente no voy a meter a mi alumna preferida en este cuarto oscuro.

Yo salgo de mis pensamientos y lo miro. Sus ojos brillan por la tenue lucecita que ilumina la estancia colocada sobre nuestras cabezas. Está a más de dos metros de altura y se afana en buscar cosas encima de las tablas de una estantería.

—¿Tu alumna preferida? —pregunto casi en susurros. Eso me ha llegado al corazón, como todas las cosas que él dice o hace—. ¿Cuándo me he ganado ese honor?

Él me mira sonriendo mientras sujeta algunos lienzos con su mano derecha.

—Desde siempre. Eres la más simpática, la más talentosa y además la más silenciosa, eso se agradece cuando tenemos a nuestra amiga Francisca que da más guerra que veinte niños juntos en una clase.

Eso me hace reír. Y estoy a punto de preguntarle que quizá quiera entregarle ese título a su al parecer querida Rosalía, quien por lo visto en los últimos meses en más interesante que yo. Pero pienso que podría parecer una novia celosa, y ni yo soy su novia, ni él tiene que darme explicaciones de ningún tipo.

Suspiro inconscientemente, un gesto bastante típico en mí. Me acomodo también el pelo sobre mis hombros.

—¿Y para qué me has traído aquí? Aparte de para mostrarme tu supuesta mazmorra.

Él sigue rebuscando sin parar.

—Porque, querida alumna, hoy os voy enseñar una nueva técnica llamada alla prima. Y aquí hay varios cuadros de otros años, que podéis ver como ejemplos.

—¿No te bastó con amargarnos la vida con el impasto? —bromeo—. Tardamos meses en poder acabar un cuadro medio decente.

—El saber no ocupa lugar. —Me guiña un ojo mientras me tiende un pequeño cuadro—. Ten, cógelo y ponlo con cuidado en el suelo, ¿vale?

Obedezco y tomo uno a uno todos los cuadros que me pasa desde las alturas. Me fijo en que son cuadros muy del estilo Monet.

Y también me doy cuenta de que Jorge tiene unos brazos bastantes masculinos y generosos que son más obras de arte que estas que reposan en el suelo. Me pregunto cómo se sentirá tocarlos. Como si me estuviesen escuchando, sus músculos se tensan y luchan con el tejido de su camiseta de punto haciéndose notar por debajo de la tela, mientras él batalla con lienzos más pesados y los aparta, para llegar a los que él busca. Juraría que están diciéndome: “*Aquí estamos, Lara, pero nunca podrás tocarnos*”.

En un acto inconsciente y por la fatiga también se muerde el labio inferior. Yo no puedo dejar de mirarlo como hipnotizada. Estaba claro que mientras lo tuviese cerca, nunca iba a poder dejarlo ir.

Una punzada de dolor se extiende por mi cara haciéndome salir de mis cavilaciones de forma brusca. Me cubro con las manos mientras uno de los lienzos rebota estrepitosamente en el suelo.

—¡Lara, creía que lo tenías sujeto! —exclama Jorge alarmado mientras baja los escalones a la velocidad de la luz y se acerca a mí, para evaluar los daños—. Déjame ver... ¿Estás bien? ¿Dónde te ha dado?

Yo levanto el rostro siendo consciente de que es la zona del ojo derecho la que me mata de dolor y sé que la esquina del cuadro se ha tenido que cebar con esa parte de mi anatomía.

—Uf. —Arruga su entrecejo mientras sus manos evalúan los daños—. Te ha dado un buen golpe. Tienes una pequeña rajita en la esquina y un poco derrame incluso en el ojo.

—¿Derrame? —pregunto alarmada.

—Tranquila, es algo escandaloso, pero se te pasará en unos días. —Me sonrío para quitarle hierro al asunto—. Ven, te curaré esa herida.

Al cabo de pocos minutos, Jorge ya ha ido a por un botiquín de primeros auxilios, me ha sentado encima de su escritorio, y me está limpiando y curando cuidadosamente la herida mientras yo no puedo dejar de observar sus grandes ojos verdesos.

Está de pie a escasos centímetros de mí colocado entre mis piernas. Podría hacerle un cepo con ellas y nunca más dejarlo ir. Pronto me centro en la realidad de nuevo y dejo mis divagaciones a un lado.

Esto me ha pasado por estar pensando en cosas que no debía. Cierro los ojos para intentar relajarme y obviar que el perfume masculino y peculiar de *Jojo* inunda mis fosas nasales. El ojo derecho me da una punzada de dolor y suelto un impropio por lo bajito.

—¿Te he hecho daño? —pregunta con amabilidad, mientras levanta el algodón con el que me está curando.

—No, es solo que, por un momento, me olvidé de que, de que, tenía el ojo mal y quise cerrarlo más de la cuenta. —Trago saliva. Ni siquiera podía concentrarme en decir una frase coherente cuando lo tenía tan cerca. Tenía que coger ese avión pero con urgencia total.

—Ten cuidado. —Su voz cálida, como la de un padre consolando a su hija, hace que mis latidos vuelvan a multiplicarse.

Él sigue muy centrado en limpiar, en desinfectar, y en colocar un pequeño apósito en mi herida, mientras sus manos acarician casualmente mi cara y yo me derrito aún más por segundos. Me doy cuenta de que tiene un lunar muy bonito en el pómulo derecho. Quiero besar ese lunar...

—Pues ya está, como nueva.

Se retira al fin mientras me invita a ayudarme a bajar de la mesa, agarrándome a sus manos. Yo las ignoro y me bajo sola.

—Gracias.

—¡Menudo susto! Desde arriba pensé que te había sacado un ojo. —Él ríe ahora que todo se ha solucionado y el asunto no era tan grave como pensaba.

—Pues ya lo que me faltaba —suspiro—, quedarme tuerta.

Eso lo hace reír a carcajadas. Cuando logra calmarse, vuelve a acercarse a mí.

—En ese caso, serías la tuerta más encantadora del planeta —susurra.

*“Jorge. Para. Te lo suplico”.*

Examina su obra de enfermería aún más cerca y me acaricia la cara deteniéndose más de la cuenta en mi mejilla y casi rozando mi labio inferior mientras me sostiene la mirada de una forma enigmática. ¿Qué está haciendo? ¿No se da cuenta de que me está volviendo más majara aún?

*“Han pasado casi dos años, si quisiese algo, ya lo habría intentado”.*

Las palabras de Paula vienen a mi cabeza de repente. Y si... y si él ahora...

—No tendrás que preocuparte por eso, porque te he dejado perfecta. —Se aleja, dejando un rastro de calidez en mi cara, que en cuanto siente que sus manos ya no están, al segundo las echan muchos de menos.

Dicen que esta es la peor forma de querer a alguien. Tenerlo al lado y saber que nunca será tuyo.

Pues lo confirmaba. He sido tan estúpida al pensar que *Jojo* estaba haciendo al fin un movimiento romántico hacia mi persona, cuando tan solo estaba admirando la cura que me había hecho. Definitivamente si no me iba lejos iba a perder la cabeza.

Paso por su lado y me bajo de la tarima alejándome de él lo máximo posible. Y volviendo a mi lugar. Cuando me siento en mi taburete, puedo respirar un poco más tranquila, aunque ese par de ojos verdes sigan mirándome desde el lugar en el que los dejé con la misma intensidad.

Los demás llegan algunos minutos después. La ventaja que me otorga estar colocada la primera

en clase es que casi nadie se percata de mi ojo sangriento y mi apósito. Así que tan solo Rosalía y Francisca me preguntan qué me ha ocurrido. Con un “no es nada grave” todo se soluciona pronto y nos centramos en conocer la nueva técnica que Jorge nos enseña. Aunque quizá a la querida Rosalía le encantaría saber que he jugado a los médicos con su querido *Jojo*.

—La última técnica que vamos a aprender es “alla prima”.

Todos ponen la misma cara que yo cuando escuché esa palabra en el cuarto de los trastes un rato antes. Como si nos hablasen en chino.

—Esta técnica es más sencilla de lo que parece. —Él se acerca a los cuadros que bajamos de las estanterías y comienza a mostrárnoslos—. Monet, Van Gogh y algunos artistas más eran asiduos de esta técnica, así que cuando la dominéis se podría decir que ya estáis jugando en una liga profesional. Obviamente estos cuadros solo son recreaciones de otros alumnos.

Nos guiña el ojo y sonrío para infundirnos seguridad y ganas de aprender.

—¿Y en qué consiste? —Se acerca a su lienzo en blanco y comienza a pintar un cielo estrellado. Sin esperar a que se seque ninguna capa, sigue aplicando colores y dibujando—. En esto, claramente. Pintar sin esperar a que se sequen las pinturas al óleo. Hacer el cuadro de una sentada. Olvidaos de las capas, y dad rienda suelta a vuestra imaginación.

Al final resultó más fácil de lo que parecía entender el concepto, pero al momento de pintar, se convirtió en un caos. Las pinturas se mezclaban a lo loco en el lienzo y creaba unos cuadros bastante psicodélicos en los caballetes de mis compañeros. Extrañamente, mi campo de margaritas se iba salvando de esa desgracia, porque para mi sorpresa, el *alla prima*, no se me daba tan mal. Jorge me dedica un apretón en el hombro y una sonrisa encantadora de las suyas para darme su aprobación.

—Siempre serás mi alumna favorita —me susurra al oído con disimulo y ese simple contacto me eriza la piel.

Sonrío como una niña tonta, hasta que vuelvo a recobrar la compostura. Él también borra su sonrisa cuando parece que quiere contarnos algo que se le había pasado.

—Perdonad que os interrumpa —comienza dirigiéndose a toda la clase. Cuando todos le atendemos continúa—. Tengo una noticia que daros.

Mi corazón da un vuelco. Se va a casar con su novia, le ha salido trabajo, se va a casar, y se va fuera de Villazul. La integridad del pincel corre un grave peligro en mi mano.

—Hoy es el último día de clase. Terminaremos este año un mes antes. Y creo que no habrá próximos años.

Pronto la sala se llena con las voces de todos preguntando: “¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?”.

Sí, *Jojo*. ¿Por qué? Siento unas irrefrenables ganas de llorar y aferrarme a él, como si fuese un asunto de vida o muerte.

Nunca más lo vería. Estas clases eran el único nexo que me permitían tenerlo en mi vida.

—He decidido aceptar una oferta de trabajo bastante importante —confiesa. Se nota que también es duro para él dejarnos atrás—, a la que me tengo que dedicar al completo. Y estaré

fuera todo el verano, así que, mejor que lo dejemos aquí.

Todas lo escuchamos atentas pero apesadumbradas. Ya no tengo ni siquiera ganas de terminar mi campo de margaritas.

—Bueno, si es por un motivo laboral entonces ¡enhorabuena! —Francisca rompe el silencio y todas comienzan a asentir aprobando sus palabras y dándole las felicidades—. Lo hemos pasado muy bien estos años a tu lado, profe.

—Y yo a vuestro lado —dice él educado—. No sé si pintar habréis pintado, pero unos buenos ratos de risas sí que nos hemos echado.

Todos estallan en carcajadas menos yo. Que no acabo de asimilar tal noticia. *Jojo* se marcha, no lo veré nunca más.

—Pero antes de marcharme, ¡tenemos que despedirnos como se merece! —sugiere emocionado.

—Oh sí, quiero una noche loca al final de chicas, sin mi *ratoncito*. Lo pasamos tan bien el año pasado, que eso hay que repetirlo. —Francisca está aún más emocionada que él.

—Perfecto. Entonces el viernes que viene a las diez de la noche. ¡Nos despediremos por todo lo alto!

## Capítulo 35

La historia se vuelve a repetir. Me juré que no vendría. Estuve toda la semana pensando en cualquier excusa para no tener que ir a esta cena, para no pasar tiempo con él. Si tenía que cortar toda relación mejor sería hacerlo de raíz, no alargando la situación con despedidas innecesarias.

Pero aquí estaba yo diez en punto de la noche con un vestido blanco lleno de flores bordadas en azul y verde, esperando por mis compañeras y por mi profesor. El pelo recogido cuidadosamente en un moñito de bailarina, que me había costado media vida hacer teniendo el pelo cortito. Aun así creo que estaba bastante mona. Mona para él.

Sacudo la cabeza con delicadeza intentando quitarme de una vez por todas esas ideas de la cabeza.

*“No te gusta, no le gustas y nunca os vais a gustar mutuamente. Olvidate ya de él, Lara, olvidate”.*

Era tan fácil pensarlo, parecía tan sencillo seguir esas pautas y borrarlo de mi mente. Pero luego en cuanto lo veía aparecer todo se iba al traste, como siempre. Como ahora, cuando llega vestido con una camisa blanca con rayas finísimas azules que le hace ver muy masculino y un pantalón vaquero que le sienta igual de bien. Siempre manteniendo su pelo casi rapado, y una sutil barbita oscura.

Estoy a punto de sonreírle, hasta que veo que aparece con Rosalía. Los dos charlan muy animados, hasta que llegan a mi posición y me saludan. Él huele genial como siempre, en ella, ni me fijo.

Mi situación no cambia mucho con la llegada de ellos dos, ya que ambos están muy metidos en una conversación y ni se acuerdan de que existo al parecer porque ni me miran. Sé que tampoco soy una gran conversadora, con gente con la que no tengo confianza me da algo de corte y además no me parece educado meterme en medio de su charla, pero aun así me parece algo de mala educación.

No, no son celos. Parece ser simplemente que esta noche Rosalía es más encantadora e interesante que yo.

Y la cosa no acaba de mejorar el resto de la velada, ya que entre la niña triste que soy al ver que esto se acaba, que la música que ponen en el *pub* que entramos no es muy animada, y tercero y peor de todo, que Jorge parece ser que solamente tiene ojos para esa chica, sinceramente, estoy

casi rogando para que pasen las horas lo más rápidamente posible e irme a mi casa.

Me siento mal, me siento burlada. Me siento estúpida por pensar que pasaríamos una noche inolvidable, que él estaría conmigo, manteniendo en persona las conversaciones tan animadas que siempre teníamos por mensajería. Pero al parecer ha encontrado una mejor compañera con la que pasar la noche.

Refunfuñando para mis adentros, dejo a Francisca y a las demás mujeres dándolo todo en la pista de baile, y camino hasta la barra cuadrada que preside el centro de la estancia. Allí me siento en un mullido taburete negro entre otros grupos de personas y pido una tónica para calmar mi sed y entretenerme en algo más que no sea pensar en esos dos. Cuando me la sirven pego varios tragos sintiendo mi garganta arder al paso de sus burbujas y luego apoyo los codos en la barra y me sujeto la cara entre mis manos.

Estoy perdiendo totalmente el control. Esto se me ha ido de las manos. ¿Cómo he podido dejar que el recibir mensajes de este chico, o que el ser la afortunada que recibe sus atenciones se conviertan el centro de mi vida? Era el colmo.

Ya no solo estaba celosa de Alma, una chica a la que por cierto había visto una sola vez en mi vida. Sino que ahora también aparecía la hiena de Rosalía para darme más quebraderos de cabeza. Ya no solo quería hablar con él, sino que mi subconsciente estaba todo el rato obligándome a mirar el móvil cada cinco minutos suplicando al cielo por ver un mensaje suyo. Esto no era normal.

—¿Qué estás haciendo con tu vida, Lara? —me pregunto a mí misma en voz baja al cobijo de la altísima música.

De repente alguien me echa un brazo por encima y estoy a punto de girarme para hacer frente a algún salido de discoteca. Pero cuando subo la mirada, es *Jojo* el que me observa de pie a mi lado. Mi tonto corazón no obedece para nada a mi mente, porque empieza a latir como loco mientras mis ojos no pueden apartarse de los suyos. El tacto de su piel sobre mí se siente tan, pero tan bien.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunta mientras él pide al camarero otra cerveza—. ¿Estás cansada?

*“Sí, cansada de verte hablarte con ella... Cansada de tus juegos y mis suposiciones”.*

—Sí —logro contestar manteniendo a raya mis pensamientos—. Necesitaba descansar los pies un rato.

Tomo mi vaso y vuelvo a darle un gran trago que casi acaba con el contenido del mismo.

—Y tienes bastante sed por lo que veo. —Me mira sorprendido.

Cuando su cerveza llega, él coge su botellín y bromea conmigo haciéndome una especie de baile sexy al lado. Para colmo también se mueve bien.

—Cuando estés lista vuelve con nosotros a la pista. —Me guiña un ojo mientras se vuelve a alejar.

Yo sigo su trayectoria con la mirada, y como no, regresa al lado de Rosalía, mientras baila con

ella animadamente. Los detesto en estos momentos.

A los dos.

Termino mi copa con un último trago y regreso con ellos. No mostraré para nada que me muero de rabia. No les daré ese lujo. En cuanto llego a la pista comienzo a bailar animadamente, incluso me animo a hacer un intento de bachata con Francisca, lo que acaba en una oleada de carcajadas de todas las demás. Jorge sigue a su bola.

Pero llega un momento en el que Rosalía decide marcharse, excusándose con que tiene que trabajar al día siguiente. Y al fin Jorge se vuelve a unir con nosotras, pero sigue frío, distante y taciturno.

Juraría que su novia necesitaba un manual para entender la doble personalidad de su novio. No podía estar un día llamándome encantadora y al día siguiente ni dirigirme la palabra. O quizá es que yo lo estaba exagerando todo.

Sea como fuese, me enfado, y ese enfado se agudiza al ver que tras la marcha de la hiena risueña, él se ha quedado mucho más callado que de costumbre y mira su reloj sin parar. Tengo que combatir con las ganas de dirigirme hacia él, y decirle: “¿Qué pasa, que ahora sin ella las demás no importamos?”. No pensaba que Jorge fuese un chico mujeriego, pero estaba claro que le gustaba demasiado ir de flor en flor de manera sutil y casi imperceptible.

Tenía que intentar relajarme, estaba perdiendo la cordura gravemente. Nunca había sido celosa, entonces ¿por qué ahora solo quiero borrar su número de mi teléfono? Eliminarlo a él de mi vida y salir corriendo a mi casa. No quiero verlo con nadie, no cuando sé que estas horas son preciadas y tendré que decirle adiós para siempre. Deberíamos estar aprovechándonos al máximo.

Solamente pasa otra media hora, cuando todas, deciden que la fiesta ya se ha terminado, y cada una regresa a su casa. Tan solo quedamos Francisca, Jorge y yo, que caminamos por la calle apesadumbrados y cansados por la hora y el desgaste emocional.

—¡Ha sido una pasada! —Ella sigue manteniendo viva la conversación, ya que *Jojo* y yo guardamos un silencio absoluto. La siempre maldita tensión entre nosotros que parece que nunca va a desaparecer—. Me he sentido como una quinceañera loca.

Eso lo hace sonreír. Cuando alcanzamos el lugar donde ella tiene su coche aparcado se ofrece en acercarnos a casa, y la verdad, no lo rechazamos. Me iría en cohete si pudiese. Me siento a su lado de copiloto, y Jorge se sienta en el asiento de atrás. El trayecto no es muy largo y en solamente diez minutos, paramos en la esquina de la calle donde él vive.

—Me bajaré aquí —dice mientras se desabrocha el cinturón de seguridad.

Yo mantengo mi vista al frente, rezando porque se baje pronto, desaparezca de mi vida y frene todo el revoltijo de sentimientos que me amargan la existencia.

—¡Te vamos a echar mucho de menos, profe! —exclama Francisca con un mohín triste en el rostro mientras lo mira a través del espejo retrovisor.

—¡Anda, ya! —bromea él—. Si seguramente estaréis encantadas de descansar de mí. Mentirosilla.

Eso la hace reír.

—Ojalá te vaya genial en tu nuevo trabajo —le dice ella—. Y si algún día quieres volver, aquí estaremos esperándote.

—Sería un placer volver. Aunque no lo creáis os he cogido mucho cariño —confiesa él.

—Bueno, danos un par de besitos antes de irte, guapo.

Francisca se voltea en su asiento de conductora y él se acerca desde el asiento de atrás, el sonido de dos besos inundan el interior del vehículo.

—Adiós, Lara.

Reprimo como puedo mis ganas de llorar. Hasta hace unos segundos quería que saliese pitando del coche y que ni me dirigiese la palabra, pero cuando yo también me giro para despedirme con dos besos, me desmorono por completo. Realmente pensé que estaba ocurriendo algo bonito entre ambos, una conexión rara, una amistad que aunque no sabía dónde me llevaría soñaba con quizá poder vivir una bonita historia como esas que cuentan en las novelas que leo. Pero en la vida real al parecer los príncipes azules tenían novia. Y las princesas malentendían los mensajes de esos príncipes quedándose chafadas y tristes.

Me aferro a su hombro con disimulo para mantener el equilibrio y poder despedirme con mayor comodidad. Me quedo de piedra cuando noto cómo sus labios acaban muy cerca de las comisuras de mi boca. ¿Lo habrá hecho a posta? ¿O simplemente es un mal cálculo por la incómoda posición que nos obliga a tener el vehículo?

Fuera como fuese, todo el vello de mi cuerpo se eriza ante su olor y su contacto. Él también parece reticente a soltarme ya que deja su mano sobre mi hombro unos segundos más mientras me mira, para luego retirarla poco a poco y centrarse en salir a la calle.

Estoy tentada de gritarle a Francisca que eche el seguro del coche, y huyamos a la ciudad más lejana donde siempre pueda tenerlo al lado y verlo. Pero sé que es algo imposible.

—Adiós, Jorge —susurro—. Espero que te vaya muy bien.

Dicen que cuando algo es tuyo, mejor dejarlo ir. Si vuelve, es porque está destinado a ti desde un principio. Y si no es que nunca lo fue.

Mientras el coche de Francisca se aleja por las apenas iluminadas calles y observo a Jorge a través del espejo retrovisor subirse a la acera y encaminar sus pasos hacia su casa, una lágrima se me escapa, y aunque no lo quiera reconocer, en el fondo estoy suplicando porque el destino elija la primera opción.

Cuando llego a casa, la puerta de la habitación de mamá está cerrada, así que intento no hacer ruido mientras subo por las escaleras hacia mi cuarto. Una vez allí, me siento en la cama sin quitarme siquiera el bolso. Me quedo unos instantes mirando a la nada, rota de dolor. Nunca pensé que pudiese sentir esto por alguien. Nunca pensé que se sentiría de esta manera tan fea.

Ya antes me habían partido el corazón muchísimas veces, pero nunca había tenido un trato tan

directo ni tanto cariño por el chico. Esto era muy distinto. Saco el móvil del bolsillo intentando reprimir mis emociones.

Con manos rápidas, abro la línea de mensajes de Jorge y siento un gran impulso de contárselo todo. De decirle que creo sentir algo que jamás nadie me ha hecho sentir. De luchar un poco por él aunque ya se sepa de sobra cómo acabará esto.

No dejarlo ir.

Pero mi razón se encarga de decirme que lo deje. Que es una locura. Cierro el móvil y me tumbo en la cama. No puedo hacer eso. No quiero meterme en medio de ninguna pareja. Si él está con ella es porque verdaderamente la quiere.

No tiene por qué saber lo que despierta en el corazón de una taciturna y reservada chica, para complicar más su vida y que cambie nuestra cordial relación a otra más incómoda.

Suspiro mientras me seco las lágrimas, hasta que un pitido de una notificación ilumina de nuevo la pantalla de mi teléfono.

Me siento corriendo en la cama, haciéndome ilusiones de que sea él el que me manda un mensaje, pero me desilusiono, cuando veo que es un número desconocido.

Me extraña que alguien mande mensajes a la una de la mañana, pero aun así lo abro.

*“Sra. Lara Danot Suárez:*

*Desde el departamento de recursos humanos del resort Palacio de Isora, nos complace informarle de que la resolución de su entrevista ya se encuentra disponible en nuestra página web.*

*Gracias por haber formado parte de nuestra selección.*

*Reciba un saludo cordial”.*

Corro como alma que lleva el diablo hasta mi escritorio y enciendo con algo de brusquedad mi ordenador.

—Vamos, cárgate, cárgate —le susurro como si el aparato electrónico me pudiese escuchar y obedecer mi impaciencia.

Me siento en la silla intentando tranquilizarme mientras abro el navegador y tecleo la dirección de la página web del hotel y luego entro en la sección de selecciones.

Aguanto la respiración antes de darle a la resolución. Este simple clic podría dar un cambio a mi vida por los próximos meses.

Y ahora más que nunca estaba dispuesta a todo por cambiar eso.

Mi dedo presiona la parte indicada del ratón e inmediatamente una lista de nombres comienza a cargarse en mi pantalla. Mis ojos buscan el mío rápidamente. Cuando lo localizo, me echo para atrás en la silla asimilando lo que acabo de leer.

*LARA DANOT SUÁREZ — Contratada.*

## Capítulo 36

*Abril, 2017*

—Te vamos a echar tanto de menos, cariño.

Mi madre me abraza emocionada mientras mi hermano nos mira contento y algo triste también porque su hermana vuela del nido como ya hizo él. Mi padre también nos acompaña, sin Alexia como viene siendo costumbre. Son las siete de la tarde, pero el aeropuerto está abarrotado. Miles de pasajeros van de allá para acá arrastrando pesados equipajes y con la mirada puesta tanto en el cielo, como en los paneles que les indican hacia donde se deben dirigir para volar a sus destinos.

Paula también se despide de su familia unos metros más alejada de nosotros. Finalmente ella también tuvo suerte y ambas fuimos contratadas como camareras de piso. El verano con el que ella tanto soñaba estaba a punto de hacerse realidad. Yo, en cambio, aunque sabía que estaba haciendo lo correcto, no podía quitar el nudo que se había instalado en mi estómago.

—Estoy tan nerviosa —les confieso—. ¿Y si no me sale bien?

—¡Lo harás genial! —me anima mi padre.

—Tú tan solo tienes que prestar atención a lo que te enseñen y poner mucho de tu parte —me aconseja mi madre mientras me coloca bien el pelo en un gesto de cariño.

—Veremos a ver si no te conviertes en Canaria después de esto. —Ríe mi hermano mientras se acerca y me abraza—. Lo mismo les gustas tantísimo que te alargan el contrato. ¡Qué pena, tendríamos que ir a verte a un paraíso!

Eso nos hace reír a todos. Aunque el hecho que plantea no me hace demasiada ilusión. Sé que estaré soñando cada día por volver a venir con mi familia y volver a pisar Villazul. Por mucho que ahora quiera huir de él.

Una voz clara y masculina resuena por megafonía anunciando que debemos ir embarcando en nuestro avión que saldrá en quince minutos.

—Cuidaos mucho, ¿vale? —Vuelvo a tomar mi maleta y a colgarme mi bolso de mano—. Os hablaré por redes siempre que pueda, y os llamaré.

—No te preocupes, estaremos genial.

Yo les sonrío y los abrazo una última vez antes de encaminarme hacia la puerta de embarque con Paula al lado, que se nota a la legua que dejar el pueblo y vivir esta nueva aventura es como una bendición. Yo, sin embargo, echo la vista atrás unas cuantas veces para ver a mi familia

despidiéndose con la mano. Yo también agito la mía con los billetes en ella y aguantando la emoción que me provoca dejarlos atrás.

Dejar atrás mi vida pasada, la enfermedad de mi madre, mi depresión, la ruptura de mis padres, dejar atrás a Jorge.

Cuando piso el suelo de la cabina y una amable azafata nos ayuda a colocarnos en nuestros asientos, pido al cielo de que dentro de un tiempo eche la vista atrás y diga: “*Sí, Lara. Hiciste lo correcto*”.

Poco a poco dejamos atrás los relieves montañosos de la península ibérica y nuestro avión flota sobre las nubes por encima de un inmenso mar azul. Miro a Paula a mi lado durmiendo como un lirón y me pregunto cómo puede estar tan tranquila mientras yo estoy que los nervios me comen por dentro. Las escasas horas que dura el vuelo me dedico a comer, y comprobar compulsivamente mi teléfono móvil en busca de algún alma cándida que quiera conversar conmigo sobre todo este cambio y mis miedos. Pero compruebo que no hay ningún mensaje. Ni siquiera de él.

¡Basta ya! Me fui de Villazul para olvidarle a él entre otras razones, y eso es lo que tengo que hacer. Desde hoy *Jojo* estaba muerto y enterrado en mi corazón. Como si nunca me lo hubiese cruzado. Como si nunca lo hubiese conocido. Él estaba ya haciendo su vida, con su novia. A mí me tocaba también hacer la mía.

Cuando mis ojos se inundan de paisajes tropicales, palmeras, hoteles, y playas, me quedo maravillada ante la belleza de tal visión. No he viajado apenas, así que con cualquier cosa me quedaba maravillada, y los paisajes de las Islas Canarias no eran para menos, estaban casi rozando lo paradisiaco. Mi sorpresa va en aumento cuando tras bajarnos del avión, un chófer que imagino que será un trabajador de la compañía del resort viene a buscarnos para trasladarnos a él. Y nos hace sentir como si fuésemos dos famosas que acaban de aterrizar en un lugar increíble para pasar unas geniales vacaciones todo incluido, aunque la realidad fuese muy distinta.

Varios minutos más de carretera nos separan de llegar finalmente a nuestro destino. Una media hora en la que Paula se ha vuelto a dormir como un lirón y yo he aprovechado para charlar un poco con el conductor para hacer más ameno el viaje. Si toda la gente de por aquí era igual de agradable que él entonces podría empezar a suspirar con alivio.

La furgoneta negra sale por fin de la carretera, y tras pasar un arco macizo de piedra de color marrón, nos conduce por un camino de asfalto hasta las puertas del lujoso hotel. Cuando bajamos del coche, la visión de tal inmensa construcción nos deja sin palabras, mientras nuestro chófer, que hemos descubierto que se llama Fidel, saca nuestro equipaje del maletero y nos lo tiende. Debemos de tener el aspecto de dos niñas que están visitando Disneyland por primera vez.

Fidel entonces se vuelve a subir al coche y se despide de nosotras, que nos quedamos quietas como dos pasmarotes sin saber bien qué hacer, mientras seguimos observado el lujo que exhuma

todo este lugar, desde la zona del porche donde nos encontramos, rodeada de platas, fuentes y esculturas. Hasta la construcción en sí del resort, compuesto de cinco plantas, llenas de arcos de color blanco y unos techos acabados en punta impresionantes en un color marrón clarito. Es imposible abarcar toda su superficie con los ojos desde nuestra posición. ¡Incluso tiene una cúpula!

—¡Es impresionante! —exclama Paula con la boca abierta de par en par mientras da vueltas sobre sí misma—. Qué pasada...

—Parece sacado de un cuento —le contesto igual de impresionada.

—¿Y tú decías que no querías venir? —bromea mientras se detiene y me mira. Luego hace un gesto con sus brazos abarcándolo todo—. Te hubieses perdido todo esto. Quizá nunca nos podamos permitir estar en un hotel así y, sin embargo, vamos a pasar más de medio año entre estas lujosas paredes.

—Creo que olvidas que venimos a trabajar, no de vacaciones —le regaño—. Puf, hasta me cuesta acostumbrarme a tanta humedad. Parece que no puedo respirar.

—¿Pero cuenta como estar dentro del hotel o no? —pregunta a sabiendas de que ganará ella esta pequeña discusión—. A lo otro te acostumbrarás.

Yo pongo los ojos en blanco y sonrío levemente. Paula siempre era así.

—Sí, tú ganas. —Suelto mi bolso de mano en el suelo cuando siento que mi hombro está a punto de quedarse dormido a causa de soportar su peso—. Estamos dentro y lo pasaremos muy bien. Al menos en los ratos libres, porque en los otros no te aseguro nada.

—Ya me va gustando más tu actitud. —Me guiña el ojo y luego mira a nuestro alrededor—. ¿Crees que deberíamos entrar?

Señala las enormes puertas de cristaleras que nos separan con la zona del hall y seguramente de recepción. Yo me encojo de hombros sin saber tampoco qué hacer.

—¿No deberíamos esperar a que Fidel vuelva? —sugiero mirando en la dirección por la que él desapareció con su coche.

Nuestras incógnitas se ven acalladas, cuando otra furgoneta negra parecida a la que nos trajo a nosotras, con el logo del resort grabado en colores azules, se acerca con velocidad sostenida hasta donde nos encontramos. Nos quedamos mirándola hasta que las puertas se abren y se bajan más personas, más o menos de nuestra edad. Una de las chicas es delgada y tiene un pelo brillante, liso y rubio que le llega más debajo de media espalda. Sonríe con timidez al chófer mientras le ayuda a sacar sus maletas del maletero, la otra es muy distinta a ella, ya que, aunque tiene el pelo igual de liso, lo tiene a la altura de los hombros y es más bajita que la rubia. Una vez que han terminado de reunir todo su equipaje y el chófer las deja como hizo con nosotras, se acercan a nuestra posición, al cobijo del porche cuadrado lleno de arcos en el que nos encontramos. Nos miramos las cuatro sin mediar mucha palabra durante largos minutos. Hasta que Paula se acerca a mí y rompe el silencio.

—¿No deberíamos presentarnos? —me susurra para que las recién llegadas no se enteren.

La miro a ella y luego a las otras dos chicas.

—Sí, deberíamos decirles algo —contesto algo cortada por la situación.

Esa frase le basta a Paula para ir en mi rescate, fijar sus ojos en ellas y llamar su atención.

—¡Hola! —comenta mientras arrastra su equipaje acercándose a ellas.

Yo también la imito y quedamos a un metro de estas chicas.

—¿Cómo os llamáis? —sigue preguntando mi amiga.

—Yo soy Tania —contesta la chica más bajita, luego señala a su acompañante, la rubia con cara de niña—. Y esta es Marina.

—Encantada, yo soy Paula. —Se acerca y le da dos besos a ambas a modo de saludo. Luego se gira para señalarme, pero yo soy más rápida que ella—. Y esa de ahí es...

—Lara —imito sus saludos y vuelvo a mi posición—. Encantada de conoceros.

—Lo mismo digo —vuelve a decir Tania con una sonrisa. Sus ojos oscuros, pequeños y vivarachos casi desaparecen al sonreír y eso la hace ver bastante mona.

Marina no abre su boca para nada, lo que me da a entender que es bastante tímida, incluso juraría que mucho más que yo en mis peores épocas.

—¿Sois amigas? —pregunto con curiosidad.

—¡Qué va! —comenta Tania—. Nos acabamos de conocer hace unas horas. Cuando me bajé del avión y acompañé a ese señor del traje hasta el coche, ella ya estaba subida dentro.

Mira en su posición y se sonríen entre ellas.

—¿Vosotras os conocíais? —La voz de Marina suena tímida pero estable y nos sorprende escucharla hablar.

—¡Oh sí! —exclama Paula—. Desde hace muchísimos años. Por desgracia.

Me lanza una mirada de desdén a cosa hecha bromeando. Yo se la devuelvo fingiendo que me ha molestado.

—No sé yo para quién es peor tener que aguantar a la otra —sigo su broma y eso las hace reír.

—¡Sois tan divertidas!

En ese momento, las puertas de cristal que reflejan cientos de lucecitas del alumbrado exterior de este lugar, se abren de par en par y otra chica joven ataviada con una falda de tubo blanca y una chaquetilla de color rojo intenso con el logo del resort se dirige hacia nosotras. Cuando está a escasos metros puedo apreciar que es de estatura media, aunque vaya subida encima de unos taconazos con los que se nota, le cuesta andar. Su pelo está recogido en una pulcra y bien peinada coleta y su cara es redonda, predominando unos grandes ojos saltones y oscuros, una nariz más bien chata y un labio superior mucho más pomposo que su compañero de abajo, pintados de un color rosa chicle que para nada le van bien al resto del vestuario ni le favorecía en absoluto. Resultaba curiosa en conjunto. Por alguna extraña razón el aura que desprendía esa chica no me acababa de resultar muy atrayente. Y yo era experta en no fallar en las primeras impresiones.

—Vosotras debéis de ser parte de los nuevos camareros de piso —afirma con una voz algo

chillona, no muy agradable a los oídos.

Asentimos mientras nos presentamos educadamente.

—Seguidme por favor.

Se da media vuelta con algo de torpeza a causa de sus zapatos y nos indica que sigamos sus pasos.

Las cuatro nos afanamos en volver a coger todo nuestro equipaje del suelo y obedecemos como buenas y fieles empleadas.

## Capítulo 37

Cuando entramos a la zona de recepción, nuestro asombro vuelve a crecer. ¡Así que esto es lo que estaba bajo la cúpula! Miramos la forma abovedada que hay sobre nuestras cabezas, llena de molduras y objetos de puro lujo que la decoran, colgando de su centro, un sinfín de pequeñas esculturas que simulan pájaros o las olas del mar, no estoy segura de ello. Estamos en una planta rectangular inmensa, pero hay una pequeña zona de sofás circular y con columnas en el centro. Y con una fuente que hace un sonido muy relajante.

La recepción es preciosa. El suelo es de un mármol blanco brillante y hay grandes hileras de sofás por todos los pasillos. Con tantas cosas alucinantes, es fácil no saber a dónde mirar primero. Pero lo que más me sorprende es la cantidad de cristales que cuelgan desde el techo sobre nuestras cabezas. Parece que estamos dentro de un sueño.

—Este es el vestíbulo del hotel y la zona de recepción —anuncia la chica mientras observa nuestras caras de pueblerinas deslumbradas por tal lujo—. Estaréis al tanto de que es uno de los mejores resorts de toda Europa y que vuestro trabajo tendrá que estar a la altura de los estándares que se exigen aquí.

Asentimos sin ser capaces de decir palabra.

—Conforme pasen los días podréis ir conociendo un poco más todas las instalaciones de las que disponemos y que se extienden en nada más y nada menos que en más de diez mil metros cuadrados.

Esa cifra por pocas hace que se nos caiga la mandíbula al suelo y hundir todo el Isora con ella.

—Como aún faltan por llegar varios de vuestros compañeros de trabajo esperaremos unos días hasta que vengan y os iremos enseñando todas las estancias. Por ahora os mostraré vuestras habitaciones, las compartiréis de cuatro en cuatro.

Ella comienza a caminar de nuevo y nos indica que la volvamos a seguir. Recorremos un grandísimo pasillo de mármol blanco que pareciera tener más de un kilómetro hasta lo que parece la parte trasera del hotel. En la parte del servicio todo cambia y se vuelve algo más austero, pero aun así sigue teniendo unas comodidades increíbles para ser un área destinada a nosotros, los trabajadores.

Una decoración impecable y muebles caros nos dan la bienvenida a nuestra casa por estos meses. Ella va saludando a algunos compañeros que se encuentra mientras nosotras la seguimos

como pequeños corderitos. Hasta que se detiene frente a una puerta de madera maciza. Hay otras puertas más distribuidas circularmente. En medio de todas hay unos pequeños silloncitos, una mesita y una televisión, imagino que una zona común para todos.

Abre la puerta en la cual está parada, y nos deja ver una habitación bastante grande, con dos literas de madera blanca y moderna. Las paredes son de un bonito color azul casi blanco y las colchas llaman la atención en un bonito tono amarillo pastel. Hay dos armarios empotrados bastante grandes, un cuarto de baño bastante bien equipado, y varias macetitas con pequeñas plantas repartidas por la habitación. La verdad es un lugar muy bonito.

Cuando miramos por la gran ventana que está justo en frente de las dos literas, comprobamos que tenemos unas vistas muy bonitas a una inmensa piscina estilo *infinity* y al mar, allí a los lejos.

—Solamente esta piscina, que rodea el complejo por completo, tiene más de siete mil quinientos metros cuadrados. Y es de agua salada.

Se ve que a esta chica le pagan bien porque no para de halagar su lugar de trabajo. Se atusa el pelo de la coleta mientras las cuatro vamos soltando nuestras cosas sobre el bonito suelo de parqué blanco. Nos invita a ponernos cómodas y a pasarnos por uno de los comedores del servicio, donde ya nos espera una cena. Nuestros estómagos se alegran de escuchar esa información. El mío no ha probado bocado desde que salimos de casa esta mañana y ya son más de las once de la noche.

Ella entonces da por concluido su comité de bienvenida, y se dirige hacia la salida, pero antes de cerrar la puerta a sus espaldas, vuelve a mirarnos.

—Soy Naira por cierto. Bienvenidas al Palacio de Isora.

Y luego cierra la puerta y nos deja en lo que será nuestra habitación durante estos meses. Es cierto, con los nervios ni se nos había ocurrido preguntarle su nombre. Un nombre bastante curioso.

—¡Me pido la litera de arriba! —dice Paula como si de una niña de cinco años se tratase mientras sube a todo correr la pequeña escalerita y se deja caer estrepitosamente contra el colchón, en cuanto Naira se ha marchado.

—¡Si es que no te la cargas antes! —exclamo riendo, y como no me da ni la oportunidad de elegir, me siento en la cama de abajo, resignada.

Tania y Marina, en cambio, echan a suertes sus camas, como debe ser. La confianza da asco.

Una vez asignados nuestro lugar de descanso, no nos detenemos a deshacer nuestras maletas. Simplemente le escribo a mi madre un mensaje para que sepa que he llegado bien y que ya estamos acopladas en el resort y luego nos vamos a cenar las cuatro juntas, ahora como compañeras de habitación. En la cena, que consta además de bastantes platos suculentos con los que nos ponemos las botas, lo pasamos bastante bien soltándonos un poco más con Tania y Marina, y llegamos a la conclusión de que son unas chicas bastante agradables.

Marina es del pueblo de al lado de Villazul, y Tania, para nuestra sorpresa, es del mismo

pueblo que nosotras aunque no la habíamos visto nunca. Imposible conocer a los más de veinte mil habitantes que nos hacían compañía conviviendo en un lugar tan pintoresco. Y por lo visto casi todos los seleccionados para nuestro puesto provenían de nuestra tierra, o al menos eso nos cuenta nuestra recién conocida compañera.

Con los estómagos satisfechos, volvemos a través de los largos pasillos a nuestra pequeña área y entramos en la habitación. A pesar de que aún no acabamos de asimilar lo que nos está pasando y estamos demasiado despiertas, nuestros cuerpos nos piden a gritos un descanso. Así que nos metemos en la cama y pronto todas se han ido al país de los sueños. A mí me cuesta un poco más. La cama se siente rara, a pesar de ser muy cómoda, también se siente extraño dormir en un lugar nuevo por primera vez tan lejos de casa y echo de menos a todos demasiado.

En la oscuridad y en total silencio ahora noto que me pega un bajón el ánimo. Pero tenía que aguantar. Al menos Paula estaba a mi lado, íbamos a conseguir dinero como tanto repetía ella, y poco a poco conforme pasasen los días el enorme Palacio de Isora se iría sintiendo como un segundo hogar.

Dejo que mi mirada se pierda por la ventana admirando el paisaje de la enorme piscina iluminada tenuemente por las luces del exterior.

Ojalá pronto me sienta mejor.

A la mañana siguiente Naira cumple con lo prometido y tras venir a despertarnos a las ocho en punto, nos hace vestirnos y desayunar a la carrera. Luego una vez que hemos terminado de alimentarnos, comienza nuestra ruta turística por las instalaciones. Mientras ella lo va explicando todo con su vocecilla chillona, que sinceramente cada día me molesta más.

—... consta de un total de quince salas de reuniones y celebraciones de eventos, quinientas noventa y una habitaciones repartidas en las cinco plantas, además también contamos con seis *Garden Villas*. Otras cincuenta y tres habitaciones reservadas para los más exclusivos, con servicio privado incluso para ellos. Por no hablar de las piscinas, las zonas de patios y terrazas, zonas de golf, comedores y cocinas...

Mientras más horas paso en este sitio más maravillada me encuentro con todo lo que observo a mi paso. Si el interior es espectacular, el exterior es de película. El patio interior es enormísimo, una gran fuente con forma de estrella lo corona en su centro con palmeras altísimas en sus esquinas, y todo a los lados está salpicado de hamacas y zonas de relax con sofás infinitos, velas y mesitas. Todo ello envuelto por cientos de arcos, no perdiendo el estilo tan español del resort nunca.

La terraza quita el hipo, si ya de por sí hay decenas de zonas de descanso compuestas por camas con dosel, salpicadas por todos lados rodeando a la gigantesca piscina, esta zona es increíble. Es una terraza circular enorme, llena de sillones, que actúa como un balcón inmenso al infinito. Cuando estamos de pie sobre ella, solo se pueden observar los acantilados, la playa y un

mar azul intenso. Creo que se va a convertir en mi lugar favorito.

Cuando nuestra ruta lujosa termina pasadas unas horas y tras varias presentaciones rápidas con parte del personal del hotel que nos íbamos encontrando, Naira nos lleva a una de las quince famosas salas de reuniones, donde nos hace sentarnos en unas mesas alargadas de madera de color negro y esperar a los demás compañeros. Hasta en esta clase de salas cuidan hasta el más mínimo detalle, el suelo es de una moqueta negra a la vista bastante costosa, y sin una mota de suciedad. Las paredes están decoradas con un papel tapiz también en tonos negros y grises siguiendo unos elegantes patrones geométricos. Hay varias plantas enormes decorando las esquinas, así como un atril, un proyector y una gran pantalla blanca.

El lugar perfecto para cerrar grandes negocios millonarios. Tenía que ser genial sentarte aquí con todo el poder que eso te otorgaba, en cambio nosotras estábamos para hacer camas y limpiar baños.

—¿Por qué nos habrá dejado aquí? —pregunta Paula en voz alta algo desconcertada.

Tania se encoge de hombros y Marina se dedica a examinar la sala justo como yo hacía momentos antes.

—Creo que están por llegar nuestros compañeros —le contesto mientras juego con mis dedos y mis uñas—. Lo ha dicho antes de marcharse.

—Ah —dice Paula—. Me había desconectado con tanta información de sopetón.

—Tú siempre te desconectas cuando te da la gana. —Río al recordar la peculiar habilidad de mi amiga de perderse en sus propios pensamientos cuando no le interesa nada de lo que ocurre en la realidad.

Ella está a punto de replicarme malhumorada, pero en ese momento la puerta de madera y cristal se abre y entran varias personas en fila india. Un par de chicas, que no he visto nunca, otro chico moreno bastante fuerte con aspecto de bruto, un chico pequeñito con gafas y el pelo rubio y por último y el que me deja con la boca abierta de par en par, un chico que al instante reconozco. Su pelo es castaño oscuro y está bien peinado. Es muy alto. Sus ojos oscuros apenas reparan en mí cuando camina y se sienta en la mesa alargada de enfrente. Luego repara en Marina y la saluda efusivamente. Parece que se conocen de algo. Mientras charlan y ríen, sus manos hacen florituras en el aire en gestos de gran expresividad y entonces confirmo que es él, cuando veo su gran tatuaje en forma de cruz en su antebrazo derecho.

El *señor tatuaje*. El chico de la librería.

Por alguna extraña razón mis ojos están pegados a él sin poder retirarlos y como no los aparte pronto, todo el mundo va a pensar que estoy imaginando cosas raras mirando al recién llegado de ese modo. También miro a los demás y me hace gracia ver cómo el chico moreno y robusto no pierde el tiempo y ya está intentando ligar con las otras dos chicas. Me alegra ver que somos todos más o menos de la misma edad y que podemos llegar a ser un grupito interesante.

—Estás muy callada, Lara —me dice Paula mientras también observa a nuestros compañeros—. ¿Qué te parecen?

—Bueno, parecen buenas personas —contesto con educación.

Entran otros dos chicos más y todos los saludamos mientras ellos toman asiento a nuestro lado. Uno de ellos enseguida capta la atención de Paula, y eso que pocas veces la he visto interesarse en una persona del sexo masculino. Es muy reservada para esas cosas y siempre se lo guarda absolutamente todo para ella. Aun así noto que no le quita ojo al chico moreno, con cejas pobladas y unos ojos marrones, casi color miel.

—¿Quieres un calderito para la baba? —le susurro juguetona mientras ella pega un respingo de su asiento y me lanza una mirada de “o te callas o te retuerzo el pescuezo”. Eso me hace reír.

—No sé de qué me estás hablando —contesta disimulada.

—Ya le has echado el ojo a ese, ¿verdad? —pregunto aprovechando que el murmullo de todas las conversaciones que nos envuelven, hacen casi inaudible mi pregunta.

—Es mono, lo reconozco, pero nada más. —Mira hacia otro lado dando la conversación por terminada.

Yo estoy a punto de seguirle pinchando, pero en esos instantes entra una mujer y nos sonrío mientras camina hasta el atril y se acerca al micrófono. Todos callamos al instante y centramos toda nuestra atención en la recién llegada.

—Buenas tardes a todos —comienza con una sonrisa mientras va posando su mirada poco a poco en cada uno de nosotros—. Mi nombre es Carmen, aunque todo el mundo me llama Carri. Así que si alguna vez me decís a voces Carmen y no os hago caso, ahí tenéis el motivo. No respondo a ese nombre. Es más, sé que me llamo así porque lo pone en mi carné de identidad.

Todos reímos ante su original presentación y su frescura. No parece ser como otros estirados jefes que hemos visto de camino a este salón, los que solamente nos dirigían un saludo escueto y continuaban sus ocupadas vidas. Carri parece mucho más amable.

Además es una mujer bastante llamativa y mona, tiene una gran melena rizada y negra, que le llega casi al trasero. Una cara fina de rasgos afilados, con unos grandísimos ojos verdes. Su estatura tampoco es indiferente para nadie ya que es muy alta y delgada, desde luego podría dedicarse a ser modelo perfectamente.

—Dicho eso, esta Carri que tenéis delante es psicóloga y además una de las jefas de recursos humanos. Más concretamente voy a ser la vuestra. Pero como esa palabra es un poco imponente, podéis pensar en mí como un apoyo al que acudir cuando las cosas se pongan feas. O si tenéis algún problema de cualquier tipo, también podéis venir a buscarme, mi despacho está al lado de recepción en la primera planta.

—Y si alguna noche no podemos dormir, ¿también nos podrías contar un cuento sentada en nuestra cama?

Todas miramos al chico robusto con cara de enteradillo mientras tememos por su duración dentro de este resort. Cualquiera sería despedido ante tal comentario, pero Carri vuelve a demostrar un buen sentido del humor al sonreírle.

—Si es necesario para que estéis cómodos aquí, ¿por qué no?, señor...

—Dámaso —se presenta él con aires de suficiencia mientras sonríe efusivo porque ella quiera saber su nombre. Creo que también le ha echado el ojo a la jefa.

—Dámaso —repite ella entendiendo—. Y si te portas bien, hasta te llevaré un vasito de leche con miel.

Todos volvemos a reír por esta peculiar batalla entre ambos.

—No tiene vergüenza ese chico —me susurra Paula algo consternada ante un espécimen de ese tipo.

—Es un caso aparte —contesto sin poder dejar de reír ante la visión de Carri arrojando en la cama a Dámaso.

—Bien, como ya me habéis conocido un poquito más, ahora es vuestro turno —nos anuncia.

Se baja del atril y camina hasta nuestras posiciones situándose en medio de las dos mesas rectangulares para que todos podamos verla y escucharla con claridad.

—Vamos a realizar una dinámica para conoceros y romper el hielo. ¿Os gustan los juegos?

## Capítulo 38

Carri saca de un bolso que ha traído con ella una serie de papeles pequeñitos bocabajo y luego nos hace elegir uno al azar. Una vez que todos estamos de pie haciendo un corro junto a ella, nos pide que le echemos un vistazo a lo que nos ha tocado. Me sorprende ver que en mi papel hay un dibujo de una pera.

Me extraña ver ese dibujo, pero aun así presto atención a las instrucciones de nuestra jefa.

—Todos tenéis vuestro papel, ¿verdad?

Asentimos.

—Pues ahora vais a tener que buscar quien de entre vosotros tiene vuestra misma fruta. Pero no vale con preguntar directamente —advierte con una sonrisilla—. Tenéis que preguntar algunas características para adivinar poco a poco la fruta que tiene vuestro compañero. Y entre pregunta y pregunta contaros un poquito más de vosotros mismos a los demás.

Todos comprendemos más o menos de qué va la cosa y yo me dispongo a buscar a mi media pera en cuanto Carri nos da la señal de inicio del juego. Veo cómo Paula sale disparada hasta la zona donde se encuentra el chico moreno intentando probar suerte y que sea su media fruta también.

Yo miro al *señor tatuaje* a lo lejos, preguntándome si él podría ser mi compañero en el juego y también preguntándome por qué dejó la librería por venirse aquí. Intento acercarme varias veces, pero la vergüenza me puede, así que acabo charlando con varias chicas, incluso con Dámaso un rato mientras nos contamos cosas banales. Cuando termino con ellos, hago un poco el tonto con Paula, aunque sé bien que ella tiene una sandía, hasta que veo al *señor tatuaje* venir en mi dirección. Comienzo a ponerme algo nerviosa. Por muchos años que pasen siempre me pondrá nerviosa hablar con chicos al parecer. Él se detiene frente a mí y descubro que me saca dos cabezas de estatura. Miro a sus ojos prácticamente negros.

—¿Tienes rabo?

Su pregunta hace que yo estalle en carcajadas nerviosas. ¿Qué clase de pregunta era esa? ¡Ah cierto, teníamos que preguntar características de la fruta! Qué cabeza la mía. Verlo venir de sopetón me había anulado las neuronas. De todas formas eso sonaba divertidamente mal, así que decido seguirle el juego.

—Sí, tengo —afirmo sonriendo e intentando aguantarme la risa—. Y tú... ¿Tienes rabito?

Él deja asomar una sonrisa en sus labios, que vaticina que no se podrá aguantar la risa por mucho más tiempo como sigamos hablando de rabos.

—Tengo un buen rabo, sí —contesta contraatacando mientras ambos aguantamos la risa.

El chico bajito de las gafas de pasta negra no pierde la oportunidad de unirse a nuestra peculiar conversación.

—¡Yo también tengo rabo! —dice más efusivo de la cuenta.

Esto se estaba volviendo el festival del humor en vez de una dinámica de clase. Desde luego íbamos a romper el hielo a lo grande, que era la finalidad del juego.

Lo miro con una sonrisa de educación, pero en mis adentros ruego que se marche y me deje disfrutar de este pequeño buen rato de risas con el *señor tatuaje*, mi principal objetivo de hoy.

—¿Tienes semillas dentro? —le pregunto con la esperanza de volver a retomar la conversación.

—Sí, tengo —contesta él sin perder esa bonita sonrisa.

—¡Yo también tengo! —El chico de las gafas no se da por vencido.

Me dan ganas de gritarle: “¡Genial! Pues vete a buscar tu media fruta a otro lado”.

—Vale —le digo algo desinteresada, luego centro mi atención en mi objetivo de nuevo—. ¿Eres de color verde?

Él hace como que piensa y luego asiente con la cabeza en mi dirección.

—Sí, se podría decir que sí. Pero puedo ser de otros colores también.

Bueno, las peras también podrían ser de otros colores, ¿verdad? Porque cuando se pudrían se volvían marrones. Y con eso me valía. Lástima que la desesperación al ver que quizá el *chico tatuaje* no era mi media fruta me hiciese pensar cosas tan tontas.

—¡Yo también soy de color verde! —Este chico de las gafas es más pesado que una mosca— ¡Al final hacemos un trío! De frutas, digo...

Me giro hacia él algo malhumorada pero disimulando.

—¿Y también tienes forma de guitarra? ¿Eh? —le pregunto para que se vaya lo antes posible.

—¡Sí! —afirma él emocionado mientras me enseña su trozo de papel—. ¡No me digas que eres la pera!

—Soy la manzana. —El *señor tatuaje* me muestra también su fruta, poniendo cara de fastidio. La verdad estábamos teniendo una conversación tan divertida que daba pena pensar que nuestras frutas al final no encajaban.

Yo tenía ganas de romper el papel en mil pedazos o quizá intentar que mi pera pareciese una manzana. Pero estaba a la vista, y muy claro que no, que mi fruta no iba a mutar automáticamente por mucho que quisiese. No sé de qué me sorprendía, mi vida amorosa siempre había salido así. De risa.

El *señor tatuaje* se encoje de hombros disculpándose mientras se marcha.

—Debo seguir con la búsqueda de mi fruta —dice sonriendo mientras se aleja un poco—. Por cierto, soy Aarón.

—Lara —me presento corriendo antes de que él se dé la vuelta. El asiente y sonrío.

—¡Y yo soy Mateo! —le grita el chico de las gafas. Es casi una locura el nivel de felicidad que exuda este diminuto chico por sus poros. Luego se gira hacia mí de nuevo mientras yo miro a Aarón alejarse con fastidio—. Yo ya sabía quién eras, te conozco desde el instituto, Lara.

—¿Ah sí? —pregunto sorprendida y algo desorientada—. No te recuerdo.

—Pues mira que soy difícil de olvidar. —Su risa suena bastante gansa—. No suelo pasar desapercibido.

Yo le sonrío educada pero algo extrañada por la forma de ser del chico.

—Ya veo...

Después se sucede un intento de mantener una conversación normal de dos personas que se están conociendo. Le cuento un poco sobre mi vida, mis gustos y mis aficiones y él me informa también sobre las suyas. Sueña con ser profesor de lengua y es bastante religioso. Es curiosa la forma que tiene de mirar con esas dos bolas oscuras que tiene por ojos, pero no es un mal chico. Solo que es bastante efusivo.

Miro de vez en cuando a Paula que charla animadamente con Marina finalmente y a Aarón, que le ha tocado Dámaso de compañero. Parece ser que la mala suerte nos ha acompañado a ambos.

Sigo escuchando parlotear a Mateo todo el rato diciendo lo interesante que le parece que sueña con ser escritora y me ofrece sus servicios como corrector siempre que quiera acudir a él. Le doy las gracias y tras una charla general ente todos junto a Carri, que nos da la bienvenida de nuevo al resort, nos deja marcharnos a nuestras habitaciones regalándonos al fin un poco de tiempo libre. Y dándonos la noticia de que mañana comenzaremos a trabajar en un horario intensivo desde las ocho de la mañana a las dos del mediodía y de cuatro a siete de la tarde.

Todos nos encaminamos a nuestra pequeña zona, juntos.

—Qué mala suerte, no me ha tocado con quien yo quería —se queja Paula por lo bajito mientras caminamos detrás de nuestros compañeros por los pisos del resort.

—Al menos no te ha tocado con el intelectual de Mateo —rechisto yo en respuesta—. Te has ahorrado de minutos y minutos alabándose a sí mismo y hablándome de Dios. Te lo hubiese cambiado por Marina con gusto.

—¡Ah, mala suerte! —responde ella entre risitas.

Como si nos hubiese escuchado, la susodicha pronto se libera del ataque de Dámaso unas filas más adelante, y corre a nuestra posición.

—No podía escucharlo por más tiempo —dice ella cruzando los brazos y colocándose detrás de nosotras—. Tan solo sabe hablar de su finca con pavos reales.

Ambas reímos ante tan peculiar tema de conversación.

—¿Pavos? —pregunto sorprendida. Desde luego este Dámaso era una caja de sorpresas. Me empiezo a preguntar si no han juntado a un grupo de jóvenes con ganas de comenzar su carrera laboral y en cambio han reunido a unos raritos que no encajaban en el mundo, pero sí entre ellos.

—Como lo escuchas. Ese chico es más de campo que las piedras.

—Otra cosa no, pero desde luego que las risas las tenemos garantizadas este verano —confiesa Paula divertida.

—¡Muy cierto! —Le sonríe Marina.

Cuando llegamos a nuestro pequeño rincón circular, Dámaso se tira en plancha a uno de los sofás probando la calidad y comodidad del mismo. Todos tememos por la seguridad del mueble ante la caída de tal peso bruscamente.

— Esta es la mejor decisión que he tomado en mi vida! —exclama él feliz mientras se acomoda y enciende la tele—. Con suerte me sale hasta novia aquí. Que uno ya tiene cierta edad y tiene que preocuparse por todo.

—No venimos de vacaciones —lo reprende Aarón divertido, mientras se sienta a su lado.

— Qu  no? —pregunta Dámaso incrédulo—. El trabajo se pasar  en nada y el resto del tiempo podremos disfrutar de todos estos lujos. No quiero que el verano se acabe nunca. Si me pudiese haber traído a mis pavos, ya s  que será el paraíso.

— Y dónde los ibas a poner? —pregunta Mateo uniéndose también a la reunión de hombres en el saloncito—.  Los ibas a meter contigo en la cama?

Los pequeños ojos de Dámaso brillan y pronto contesta a sus preguntas.

— Por qué no? —contesta divertido—. Hasta que encuentre a una tía buena que me de calor...

Mateo ríe de esa forma tan rara que solo se podría comparar a la de un abuelo de ochenta años sin fuerzas, desgano. Para colmo está cada diez segundos subiéndose las gafas lo que no le ayuda a parecer un chico joven tampoco.

—Pero que si te da envidia, puedes dormir conmigo hasta entonces, Mate to —sugiere con picardía—. Los dos arrimaditos, dándonos cariño...

— Ya te gustaría! —replica Mateo por alusiones.

La estancia se llena de risas. Hasta Aarón est  súper entretenido con el idilio de nuestros compañeros. Nosotras ponemos los ojos en blanco mientras escuchamos sus conversaciones de camino a la puerta de nuestro cuarto. Desde luego éramos un coctel explosivo de personalidades. Y estaba visto que no iba a existir el aburrimiento.

Cuando abrimos la puerta de nuestro cuarto y entramos, nos percatamos de unos uniformes bien doblados que reposan sobre las camas. Uno para cada una. Imaginamos que será nuestra vestimenta de trabajo. Me acerco a mi cama a echarle un vistazo y compruebo que son muchos más sencillos y cómodos que los que lleva siempre puestos Naira. Aunque también algo más feos, pero es lógico. Venimos a limpiar y a movernos a la velocidad de la luz, no a dar paseos enseñando los encantos de la zona como esa chica chillona.

—Un pantalón rojo y una camiseta blanca. —Paula examina minuciosamente las dos piezas—. No est  mal, al menos tiene pinta de ser cómodo. Y la tela es bastante buena.

Las risotadas de los chicos siguen llegando a través de la puerta abierta.

—Como sigan con esos escándalos les van a llamar la atención —digo preocupada por el nivel de sus voces para un lugar como en el que nos encontramos.

—Seguro que Dámaso estaría encantado de que Carri venga a regañarlo —dice Marina mientras sube por la escalerita a su cama, y se sienta mirándonos desde arriba con su larga cabellera rubia a los lados de sus cuerpo.

—¿Os habéis fijado cómo le tira los trastos a todas? —Ríe Tania—. Nunca había visto a un ser tan ligón. ¡Hasta con la jefa!

—Más vale que nos andemos con ojo —advierte Paula, mientras suelta el uniforme e imita a Marina subiéndose a su cama también—. Tiene pinta de ser un cantamañanas y seguro que no parará hasta conseguir su ansiada novia.

—Pues podrías serlo tú —bromeo—. ¿No te gusta como marido? Todas las mañanas saldríais juntitos bajo la llovizna invernal a echarle de comer a vuestros pavitos.

Ella me tira la almohada fastidiada por sugerirle tal cosa. Yo me llevo las manos a la cabeza para protegerme de su ataque mientras el pequeño trozo de espuma cae al suelo con un golpe sordo.

—O quizá a ti te venga bien para olvidar a *Jojo* de una vez por todas, piénsatelo.

La expresión de mi cara cambia automáticamente.

—No lo nombres —casi le ordeno mientras el corazón me late a mil por hora al escuchar su mote. La diversión desaparece de mi cara—. Él está muerto para mí. Muerto y enterrado, ¿de acuerdo?

—No te lo crees ni tú —replica y entonces es a mí a la que me dan ganas de pegarle un almohadazo. O quizá un *escalerazo*.

—No quiero hablar de él, en serio —le digo cansada.

—¿*Jojo*? —Marina se interesa en nuestra conversación.

—Es una historia un poco larga, no tengo ganas de hablar de ello —me excuso mientras camino hacia una de las pequeñas sillas para abrocharme mejor los cordones traviesos de una zapatilla que se me ha desabrochado.

Una de las razones por las que decidí lanzarme de cabeza a esta aventura era por cambiar de vida. Por no estar en casa deprimida y solamente pensando en él y en sus extraños juegos. No quería sentir que estaba yendo sin rumbo en mi vida y que no lo iba a volver a ver.

Ahora era una chica nueva. Y no había cabida para él en mi nueva vida. Si nunca lo iba a tener del modo que quería, entonces solamente quería olvidarlo. Hacer como si nunca lo hubiese conocido. Como si ni siquiera hubiese existido. Que se quedase con su Alma, con su Rosalía o con quien le diese la gana porque a mí ya me daba igual. No iba a gastar ni un segundo más de mi tiempo pensando en él.

Además si tenía que encontrar un buen sustituto para él, no era Dámaso precisamente el mejor candidato para ello. Ya había encontrado al otro clavo que sería perfecto para esa tarea.

Como si escuchase mi pensamiento, su antebrazo tatuado sujeta la puerta mientras nos sonrío desde el pequeño saloncito.

—Chicas, vamos a ir a pasear y a cenar, ¿os unís?

Su voz dulce y masculina inunda la estancia y es imposible rechazar tal invitación.  
Sí, Aarón será perfecto.

## Capítulo 39

La cena es casi como una especie de terapia entre nosotros. De una forma u otra, cada uno entre plato y plato de esta inmensa cocina donde comemos los trabajadores, nos vamos abriendo a los demás, dándonos cuenta de que la vida de ninguno de nosotros era perfecta antes de venir aquí.

Todos somos gente con estudios. Todos tenemos inmensidad de demonios dentro que nos dicen que no valemos para nada, que nos hacen sentir inútiles. La vida no nos ha tratado demasiado bien, y el sentir que no estoy sola en ese sentimiento, es lo que me alivia aún más. Por fin siento que pertenezco a alguna parte. Aunque sean unos totales desconocidos, todos hemos venido aquí por el mismo motivo y eso es un gran lazo de unión.

Aarón es ingeniero, Dámaso profesor al igual que Tania, Rodrigo, al que Paula no puede dejar de mirar por cierto, se dedica a enseñar inglés, y Marina es para nuestra sorpresa una inteligente bioquímica. Quién lo hubiese dicho mirando su cuerpo menudo, y su inocente carita que le da un aspecto mucho más joven y frágil de lo que en verdad es. Es increíble observar cómo gente con tan distintos perfiles, no logra encontrar su lugar en el mundo.

Hasta ahora. Unos toques en la puerta nos hacen salir de nuestras conversaciones. Todos miramos en esa dirección para descubrir que Naira está de pie mirándonos desde el umbral. Todos callamos ante la llegada de la trabajadora, y nos hace sumirnos en un silencio incómodo.

Se ve bastante diferente ahora con el pelo suelto, algo despeinado, y un chándal viejo. Muy distinta a como luce de día cuando está en su puesto de trabajo.

—Siento interrumpir, pero venía a cenar y no he podido evitar escuchar vuestras conversaciones —se disculpa.

Nos miramos y decidimos que cabe otra más en la mesa.

—No te preocupes —dice Aarón con la misma amabilidad que siempre le caracteriza mientras separa una silla de la mesa y se la señala con la mano—. Ven a sentarte con nosotros.

Ella sonríe encantada y casi puedo notar cómo da un pequeño chillido de alegría. Tras coger un poco de pan de sándwich, algo de queso y jamón de York, ella se sienta justo a su lado y le dedica la más devota sonrisa. Juraría que ya le ha echado hasta el ojo. Luego nos mira con amabilidad.

—Os agradezco esto muchísimo —comienza mientras va armando su sencillo bocadillo como si fuesen las piezas de un rompecabezas. Luego le pega un bocado mientras nosotros la

observamos.

—Bueno, nosotros también estábamos comiendo así que no es molestia que te unas y así no comes sola —la anima Tania.

Ella pone cara de emocionada ante tales palabras. Y sus ojos se llenan de unas imperceptibles lágrimas. ¿De verdad está a punto de llorar? ¿Por unas simples palabras? Bueno, yo tampoco era la más indicada para juzgar el control emocional de los demás, siendo la loca que casi salta por los balcones, pero me parecía una reacción algo exagerada dada la situación y lo poco que nos conocemos. Además, en este día que hemos pasado en el resort, siempre la hemos visto en su papel y al parecer como una chica fuerte y segura. Quizá tenga también, al igual que nosotros, una historia que contar.

—Siento ponerme así de sentimental —se disculpa enjugándose una pequeña lagrimilla mientras sonrío a modo de disculpa y deposita su sándwich en el plato de nuevo—. Es que... las cosas no han sido fáciles para mí aquí.

Eso nos pone alerta. ¿Es que los trabajadores más veteranos acaso son malos con ella y por consiguiente también lo serán con nosotros?

—Bueno, no te preocupes, todos pasamos por fases. Ya vendrán tiempos mejores. —Aarón apoya su mano en el hombro de Naira.

Es tan inquietante como de algún extraño modo Aarón se parece a Jorge. Sus personalidades son bastante parecidas. Aunque mi compañero es en cierto modo mucho más calmado. Pero no, tengo que dejar de pensar en él, y Naira comienza a hablar de nuevo sin parar, lo que me facilita la tarea de centrarme tan solo en lo que ella dice.

—No, no es una fase por desgracia —dice ella apesadumbrada—. Siempre fui el objeto de burlas de todos. Mis ojos saltones, la forma rara de mi labio superior...

Me llama la atención que todos se fijasen en lo mismo que me fijé yo ayer y le hiciesen *bullying* por esos motivos. La gente así no tenía corazón ni humanidad.

—... nunca he tenido amigos de verdad, porque siempre todos me acaban dando de lado. —Baja la cabeza.

Nos miramos entre nosotros sin saber bien qué decir o cómo consolarla. Decidimos esperar a que ella termine de desahogarse.

—No sé por qué parezco no encajar en ningún sitio nunca. Y al veros a vosotros así hoy y escuchar vuestras historias, pensé que quizá sí había un lugar para mí aquí. Un lugar lejos de las burlas y el desprecio de los otros trabajadores. Solo buscan echarme de aquí.

—Bueno, no tenías por qué contarlo y ponerte triste —dice Marina.

—Quería hacerlo, realmente me habéis conmovido —confiesa mientras da otro bocado a su sándwich.

—Pues siéntete libre de venirte con nosotros cuando quieras, morritos.

Todos miramos a Dámaso que está tumbado en la silla como si del más chulo de los hombres se tratase. La mira con descaro y con una sonrisilla típica en él.

—¡Morritos será tu madre!

Naira suelta de repente su comida y lo mira furiosa chillando. Todos nos quedamos petrificados ante ese pronto de la recién llegada. Ella luego nos mira y cambia su expresión sonriendo.

—¡Lo siento! —Ríe avergonzada mientras se pasa un mechón por detrás de la oreja—. Tengo un poco de mal pronto y a causa de las burlas estoy siempre a la defensiva.

Mira a Dámaso.

—Siento mucho haberte hablado así. Intentaré controlarme —se disculpa.

—Ese mal pronto se te pasa en cuanto te enseñe los vídeos de mis pavos reales.

Ese momento nos parece ideal para salir huyendo por patas de la cocina. Dámaso tenía ahora otra pobre víctima inocente para ver y escuchar todas las historias de él con sus amadas aves, así que dejamos que ella disfrute de su compañía y lo llegue a conocer en profundidad, mientras nosotros volvemos a nuestras habitaciones. Ya son más de las once de la noche y seguramente mañana no nos haga mucha gracia cuando el despertador suene a las siete.

Una vez en la cama, tanto Marina, Paula y Tania charlan un poco animadamente antes de irse a dormir, cada una en nuestras respectivas camas. Alaban el sitio, el grupo tan pintoresco y entretenido que nos hemos reunido y ella les cuenta un poco más sobre la historia de sus dientes, su complejo y como lleva la vida con la ortodoncia. Ellas se interesan en escuchar todo los secretos que conlleva la mejoría bucal.

Yo las escucho, pero empuño con fuerza mi móvil mientras tengo abierta la ventanita de conversación con Jorge. Mis dedos teclearon hace un rato inconscientemente un mensaje para él. Un mensaje desesperado, sin control y lleno de “te echo de menos como en la vida pensé que lo haría”.

Y espero nerviosa a que lo lea.

Pero en realidad no sé ni qué espero de él.

Y sé que no debería estar haciendo esto.

*“Hola, Jorge, ¿qué tal te va todo? Hace tiempo que no charlamos 😊”.*

Las pequeñas letras negras brillan con fuerza. Me gritan que soy patética. Penosa, por aferrarme a un chico al que no le intereso en absoluto y ser tan testaruda como para no soltarme de él y seguir resistiendo como sea.

Aunque el alimento de estos sentimientos sean unos simples *holas* mendigados de mes en mes. Con eso me basta. Con saber que está bien. Pero él no parece leer mi mensaje, así que apago el móvil desesperada y me uno a la conversación de mis compañeras. Además en el mejor momento de la conversación. Ya que ellas se echan en sus camas, apagan la luz al fin y el cuarto se llena con reflejos de agua dorados, inundando las paredes.

—Pregunta obligada antes de ir a dormir, chicas —comienza Tania.

Todas esperamos con expectación sus palabras, debajo de nuestras finas sábanas de tela. Me siento como una quinceañera en una fiesta de pijamas y eso se siente bien. Al menos contrasta

con la mala sensación permanente que me hace sentir el recuerdo de *Jojo*.

—¿Quién de los chicos os parece más guapo? —pregunta emocionada—. ¿Con quién creéis que podríais tener algo?

—Paula seguro que con Dámaso —bromea Marina y eso nos hace estallar en carcajadas a todas.

—Es demasiado de campo para mi gusto —se defiende ella—. Mejor que se busque a otra mami para sus pavos.

Seguimos riendo sin parar, y me hace pensar que estoy encantada con mis compañeras de cuarto. Son geniales.

—Vamos a decir el nombre del chico que más nos llama la atención a la vez, ¿vale? —sugiere Marina. Su voz suena llena de emoción—. Una... dos... y ¡tres! ¡Aarón!

—¡Rodrigo! —confiesa Paula.

—¡Aarón! —Tania por pocas se desgañita.

—¡Aarón! —exclamo yo

Las tres echamos a reír como locas.

—¡No tenía ni idea de que mi primo era tan popular! —Ríe Tania.

—¿Aarón es tu primo? —pregunta Marina con sorpresa—. Pero si lo acabas de votar como el que más te atrae.

—Sí, mi primo lejano —confiesa ella—, pero que sea mi primo no quita que lo vote como el chico más guapo, porque tengo ojos y es el más atractivo.

—Ya sabéis eso que dicen por ahí —dice Paula con misterio—. ¡Mientras más primo... más me arrimo!

Echamos a reír de nuevo mientras Tania hace una mueca y un sonido de puro asco.

—Por dios, Paula, que burra. ¡Qué asco! Somos familia.

—¡Pero tú has empezado! —se defiende ella.

—¡Cállate o me levanto y te rajo entera, eh! —bromea ella entre escandalosas risas. Estamos a dos risotadas más de que nuestros compañeros nos llamen la atención por armar alboroto y no dejarlos dormir.

—¿Qué clase de amenaza es esa? —pregunta Paula.

—No me subestimes, que cojo un cuchillo de la cocina y verás...

—El cuchillo haría más bulto que tú, ni sabrías manejarlo.

Tenemos que taparnos la boca con las almohadas de imaginarnos a Tania y sus escasos metros de estatura amenazando a Paula de muerte. Cuando logramos calmarnos, Marina rompe el silencio de nuevo.

—No me extraña que nos hayamos fijado todas en Aarón, confirmo en que es un chico encantador, fuimos juntos a clase muchos años cuando estábamos en el instituto. Pero yo os lo dejo, eh, que yo tengo novio desde hace bastantes años.

—¿Ahora todas sois algo de ese chico? —bromeo—. Paula, no serás tú su esposa, ¿verdad?

—No, por ahora. —Ríe ella—. Además me gusta mucho más Rodrigo, no es tan guapo, pero tiene un puntito que a mi gusta bastante.

—Lo de Aarón es imposible porque su novia está en Polonia. Está saliendo con una polaca.

Esa información me deja tan descolocada a mí como a mis compañeras. No es una noticia tan loca que un chico guapo como Aarón, tenga novia, pero eso estropea todos mis planes de mi operación “clavo”. Y ahora me vuelve a inundar el pánico. No me puede gustar otro chico con novia. No, me lo prohíbo.

—Vayamos a dormir, es tarde. —Siento ser la aguafiestas, pero no quiero continuar con la conversación. Al menos no hoy.

—La abuelita Lara tiene sueñecito —bromea Paula entre las risas de las demás.

—Mañana vamos a ver quién es la abuelita cuando suene el reloj —le contesto mientras me acomodo en la cama y cojo mi teléfono móvil—. Buenas noches, chicas, que descanséis.

Todas dicen un buenas noches conjunto y la habitación de repente se sume en el más profundo de los silencios. Solo entonces soy capaz de volver a mirar la pantalla de mi teléfono, y mi corazón se desboca cuando un mensaje suyo aparece en pantalla.

Me contestó. Al final. Corro a abrirlo y lo leo con ansiedad pensando en encontrarme una buena dosis del encantador Jorge, pero lo que leo me decepciona por completo.

*“Hola. Ahora no puedo hablar, estoy de vacaciones. Adiós”.*

Y eso es todo el mensaje. Seguro que estaría muy ocupado con su novia Alma que ni tiempo tenía para la triste Lara. Ah, pero cuando le interesaba bien que me escribía. Claramente me podría haber puesto: “No me interesa hablar contigo más, deja de molestarme”. Y ser claro y preciso en vez de haberme tenido durante años jugando a un juego que nunca llegaré a entender.

La frialdad con la que me ha contestado es suficiente para apagar por completo cualquier tipo de sentimiento que haya podido llegar a sentir por él.

De ahora en adelante mi corazón para él es hielo.

Y las puertas del mismo se cierran.

A partir de ahora, yo sí que te digo adiós Jorge.

Muerto y enterrado.

## Capítulo 40

El primer día de trabajo se hace mortal. Ninguno de nosotros estamos acostumbrados a trabajar a este ritmo frenético y cambiamos como locos kilos y kilos de sábanas, poniendo otras relucientes de lino en su lugar, listas para recibir a los nuevos huéspedes. Me esmero bastante en que las lujosas camas queden impecables y sin una arruga en la medida de lo posible, mientras trabajo en pareja con Paula. Nos dividimos de dos en dos para poder hacerlo todo más cómodamente y de modo eficiente. Cuando me aseguro que la enorme cama doble de la suite está perfecta, entonces Paula se centra en limpiar el baño y yo decido comenzar a ser amiga de la aspiradora, limpiando de cualquier suciedad el costoso suelo de mármol blanco. Observo el gran reloj blanco que decora la pared y doy gracias al cielo que ya casi sea la hora de nuestro descanso.

—¿Cómo van esos cuerpos?

Creo haber escuchado una voz, así que apago el aparato y la habitación se queda en silencio. Tan solo el sonido del agua proviniendo del baño. Naira está apoyada en la puerta de la suite, observándome con una sonrisa. Se agradece una visita conocida después de una mañana frenética solo viendo tela blanca.

—Creo que no siento los brazos —le contesto bromeando mientras seco unas pequeñas gotas de sudor de mi frente y estiro mi espalda.

—Vengo también de visitar a los demás, estáis haciendo un buen trabajo —nos alaba.

Ella vuelve a llevar el pelo recogido en una coleta y los peculiares labios pintados en su tan común y espantoso pintalabios rosa pálido. Entra en la habitación hasta detenerse a mi lado.

—¿Naira, cuál es exactamente tu puesto dentro del resort? —Como no puedo usar la aspiradora mientras quiera mantener una conversación normal con ella, aprovecho para ir limpiando el polvo de los sillones, las mesas y los armarios con un trapo húmedo.

—Oh, soy algo así como... una botones —explica—. Ayudo a la gente a encontrar sus habitaciones, les echo una mano con el equipaje y sobre todo me encanta recoger propinas cuando mi trabajo acaba. Mientras no llega ningún huésped nuevo tengo bastante tiempo libre.

—¿Y no deberías estas en la entrada pendiente de los nuevos huéspedes que entran? —Sé que mi pregunta suena algo brusca, pero me resulta curioso cómo prácticamente se pasa el día paseando más que trabajando.

—No es necesario —contesta ella algo seca—. Hay muchos más botones a parte de mí en este resort, que trabajen también ellos un rato.

Ella echa a reír. Si su voz es desagradable, su risa suena mucho peor. ¡Y yo que llamaba hiena a Rosalía! Desde luego Naira se llevaba esa etiqueta de calle. Me resulta extraño que se sienta orgullosa de pasarse el día paseando y haciendo trabajar a los demás. Pero quizá pueda ser por ese asunto que nos comentó anoche en la cena, cuando nos contó que algunos empleados le hacían la vida imposible. No había que ser muy lista para darse cuenta de que se trataba de sus compañeros botones.

Yo me arrodillo en el frío suelo, para alcanzar rincones escondidos de la mesa de difícil acceso y observo cómo Naira camina hasta la habitación y se dirige al cuarto de baño seguramente para charlar un rato con Paula. Son solo diez minutos los que tarda en volver a salir y venir de nuevo a la estancia en la que me encuentro. Estoy a punto de encender la aspiradora, pero veo que intenta decirme algo, así que la miro preguntándome qué necesita.

—Lara, me da tanto apuro decirte esto... —Ella mira al techo con gesto nervioso y aprieta sus manos—. ¿Puedes venir un momento?

Me extraña su pregunta, pero aun así asiento con la cabeza y la sigo. Ambas entramos en la zona del dormitorio de la suite y Naira se acerca a un extremo de la cama. Se agacha para agarrar un pico de la colcha y lo sube mientras lo extiende y me lo muestra. Un gran manchurrón transparente se extiende por casi un metro de la tela, oscureciendo la colcha de color beige. Inmediatamente siento culpabilidad y me avergüenzo de que me hayan tenido que llamar la atención.

—No puedes cometer fallos como estos —dice ella en un tono suave, claramente tratando de no herir mis sentimientos—. Ten más cuidado a partir de ahora.

—Lo siento —contesto realmente apenada—. No sé cómo no me he dado cuenta de eso.

—Seguramente le has tenido que restregar algún producto químico sin darte cuenta.

Ella examina la mancha y yo sigo inmóvil como un pasmarote ante tal fallo en mi primer día. Tan solo con pensar que un cliente podría haberlo visto... me hubiesen puesto de patitas en la calle. Pero es extraño, en ningún momento tuve productos de limpieza químicos mientras hacía la cama con Paula. No entiendo cómo ha llegado esa macha allí.

—No volverá a pasar, lo prometo. —Camino hasta Naira y hago que baje su mano—. Por favor, no se lo digas a nadie. Este trabajo lo es todo para mí en estos momentos.

Naira me mira con una expresión que no sé descifrar, sus grandes ojos saltones brillan con algo que no sé describir. Luego me sonrío.

—¡Claro que no! —exclama preguntándose cómo he podido pensar eso—. Justo ahora encuentro amigos al fin en este lugar, no pienso perderlos. Esto no saldrá de aquí, te lo prometo.

Yo le sonrío.

—Gracias por avisar, de verdad —agradezco.

—¡Dejad la cháchara y a trabajar! —nos regaña Paula desde el baño.

Eso nos hace reír y ella me ayuda a cambiar el edredón de la cama mientras yo suspiro aliviada de que todo se haya podido solucionar sin incidentes.

La tarde no hace que las cosas mejoren, ya que el parón para comer relaja nuestros músculos en exceso y el cuerpo empieza a mostrarnos todas las partes doloridas a causa del trabajo. Tan solo Dámaso sigue eufórico y encantado y con ganas de más al parecer, ya que charla muy animadamente toda la comida cual disco rayado sobre lo bien que está sentirse útil y usar tu cuerpo para trabajar. Casi como los trabajos en el campo que tanto le gustan a él.

Cuando llega la noche después de limpiar unas veinte habitaciones más y hacer más de cuarenta camas, todos estamos para que nos lleven directos al hospital a acabar con todos los analgésicos que pillemos a nuestro paso.

Nos sentamos como una gran familia en nuestro pequeño saloncito después de cenar y todos comentamos cómo ha ido el día mientras en la televisión se retransmite un programa musical. Cuando vemos aparecer a Carri por el pasillo, todos enmudecemos de pronto hasta que ella entra en la estancia.

—¡Chicos! —saluda con la alegría que la caracteriza. Su melena de leona oscura al viento como siempre—. ¿Cómo ha ido ese primer día? Aunque por como os veo, aquí todos tirados por los sofás, eso quiere decir que estáis molidos.

Creo que nunca en la vida veríamos a otra jefa tan simpática como ella.

—Carri, me duele mucho la espalda. —Dámaso no pierde el tiempo—. ¿No me podrías dar un masajito? Mejor sin camiseta y en la habitación.

—Creo que cualquiera de tus compañeros de cuarto te podrán ayudar con la tarea, pero gracias por la oferta. —Le sonrío satisfecha con su respuesta.

—¿Cuántos años tienes? —Él no se da por vencido y se empeña en continuar su ligoteo imposible con ella—. Yo acabo de cumplir treinta y uno, creo que nos podríamos llevar bien.

—Dejaré que adivines mi edad —contesta ella misteriosa—. Y cuando lo hagas, quizá podamos ser amigos.

—Treinta, treinta y cuatro, treinta y seis —comienza él a contar frenético—. Veinte...

—Nadie se creería esa edad, adulador. —Carri deja de centrar su atención en él y nos mira.

—Es un trabajo bastante duro —comienza Tania hablando en nombre de todos—. Pero suponemos que nos acabaremos acostumbrando.

—Estamos más preparados para sentarnos en una mesa a hinchar codos que para el trabajo físico —dice Mateo con su peculiar risilla.

—Bueno, la verdad los supervisores han quedado contentos con vuestro trabajo. Se puede mejorar, pero por ahora vais por genial camino. —Carri da unas palmadas que nos sobresaltan por su estridente sonido—. Así que para seguir con tan buen ritmo, quiero ver cómo esos cuerpos se van yendo para la cama a descansar. ¡Apagad la tele, venga!

Como una madre haría con sus hijos a la hora de irse a la cama, ella nos vuelve a felicitar por nuestro trabajo y nos ordena irnos a dormir. Y a nosotros no nos queda más remedio que

obedecer. Justo cuando me estoy metiendo bajo las mantas, recibo una llamada de mi madre. Para no molestar a las demás, en pijama vuelvo a salir a la pequeña zona común y me alejo por el pasillo para que nadie me escuche desde sus habitaciones.

—¿Cómo ha ido tu primer día, Lara? —pregunta mi madre desde el otro lado de la línea.

—No ha estado mal. Muy cansada, pero imagino que es normal hasta que me acostumbre. — Sonríe aunque sé que ella no me puede ver.

—Todo lleva un período de adaptación. Si te duele el cuerpo, tómate alguno de los medicamentos que te eché. Y no olvides hacer bien tu trabajo, que se queden contentos y todo bien limpio. —Toma aire—. Quién sabe si luego por alguna casualidad les gustas y te dejan allí contratada de lo tuyo.

Eso me hace reír.

—Mamá, solo somos un refuerzo en un período de temporada alta. En septiembre estamos todos marchándonos a casa, por desgracia. ¿Cómo estás tú?

Charlo otros diez minutos con ella, donde me cuenta que está mucho mejor, que el cáncer sigue sin volver y que Cristian llegará en junio para pasar sus vacaciones de un mes en el pueblo. ¡Qué pena me da no poder estar junto a mi familia! Veo a Cristian tan poco.

También le pregunto por papá, aunque dentro de unos días hablaré también con él y es poco lo que tiene para contarme aparte de que sigue con su trabajo, y con Alexia. Se han mudado a vivir juntos.

—Pronto tú también encontrarás a alguien que te sepa valorar, mamá —la animo—. Y créeme que lo que hay ahora mismo en el mercado no es nada interesante.

Eso la hace reír. Me pregunta también si en Tenerife he logrado encontrar la inspiración para esa novela *bestseller* tan escurridiza y que tanto me empeño en escribir. Siento decirle que no, que mis musos me han abandonado por completo.

Luego nos despedimos y prometo volver a llamarla pronto. Cuando cuelgo suspiro apoyada en la pared.

—Qué difícil es estar lejos de casa —susurro.

Cuando me doy la vuelta para volver a mi cuarto, una figura alta e inesperada está a escasos metros de mí de pie en el saloncito.

—En verdad lo es —me responde Aarón.

Yo camino hasta su posición con una sonrisa. Él se sienta en uno de los sofás y abre un portátil que apoya en sus piernas.

—Siento mucho si te he despertado —me disculpo.

Él hace un gesto para que pierda cuidado, y me invita a sentarme a su lado en el sofá. Yo le hago caso. Porque me parece un chico de lo más interesante, y no estaría de más retomar la operación clavo a partir de ahora.

—No me había ido a dormir aún. —Señala la pantalla de su ordenador—. Es el único momento en el que puedo charlar con Kassia.

No hay que ser demasiado listo para saber que la tal Kassia es su novia, la polaca. Antes de preguntarle por ella, él es más rápido y se adelanta.

—Te escuché hablar un poco con tu madre sin querer —confiesa—. Me llamó la atención que fueses escritora. Nunca lo hubiese imaginado. Te veo tan tímida y retraída a veces...

—Bueno, más bien soy un proyecto fracasado de ello. —Sonríe con tristeza de pensar que será incapaz de hacer mi sueño realidad algún día—. Últimamente parece que mi imaginación me ha abandonado. Así que llevo sin escribir casi dos años.

Él se sorprende al escuchar tal cantidad de tiempo. Pero luego apoya una de sus manos encima de mi hombro y me sonrío.

—Pues aquí tendrás a un fan y a un admirador.

—Pero si ni siquiera has leído nada mío —digo algo despistada por sus palabras.

—Estoy seguro de que tienes un gran talento. Y realmente me parece envidiable que tengas la capacidad de crear historias. Es una pasada.

Nunca había visto a nadie tan emocionado y orgulloso de mí que a Aarón en estos instantes. El mundo de la lectura le parecía apasionante, como buen trabajador de librería, y le parecía admirable la gente que tenía talento para escribir historias.

En cuanto publiquen tu libro quiero leerlo.

—Como eso es poco probable que suceda, de todas formas, te pasaré algunos otros que tengo escritos, a ver qué te parecen —le ofrezco.

—Perfecto. Estaré encantado de leerlo.

Luego comienza a preguntarme cómo descubrí que la escritura era mi vocación, de dónde sacaba la inspiración y cómo funcionaba el mundo editorial. Yo le contesto a todo enseguida encantada de que alguien se interese por mí y mi vida de esta manera. Una cosa lleva a la otra y acabo contándole prácticamente toda mi vida resumida. Omitiendo la parte de *Jojo*, por supuesto.

Porque él ya no existía.

La calidez con la que me admira, con la que me hace sentir valiosa, realmente me llega al corazón. Es justo todo lo que necesitaba en estos momentos de mi vida, y a causa de ello siento que no puedo contener el cariño que te obliga a sentir una persona así hacia ella. Aarón era una de esos seres humanos que siempre con una sonrisa en los labios llenaban tu mundo de color.

No podría haber encontrado mejor confidente aquí.

—¿Tampoco podéis dormir?

La curiosa voz gangosa de Mateo nos sobresalta y lo vemos caminar hacia nosotros con un pijama de conejitos que me sorprende ver en su cuerpo.

Tampoco podría haber encontrado mejor aguafiestas ni proponiéndomelo. En cuanto llega él, la magia se rompe.

Así que decido irme a dormir hasta que vuelva a tener la oportunidad de coincidir a solas con este, al parecer, perfecto chico.

## Capítulo 41

*Julio, 2017*

Apenas sin darnos cuenta, los primeros meses de nuestros contratos ya habían pasado. Nos encontrábamos en el ecuador de esta aventura perdidos entre sábanas, bayetas y miles de confidencias. Mi nariz se había acostumbrado tanto al olor de todos los productos químicos, que ya ni percibía la lejía. Nuestros cuerpos también se hicieron pronto al trabajo y aunque el primer mes fue duro para todos, pronto hasta dejamos de sentir los músculos agarrotados y todo se desarrollaba con la misma facilidad que el respirar.

Y ahora hasta nos dejaban usar la piscina, o hacer alguna que otra escapada a la playa en nuestros días libres. Me sorprendía verme en el espejo de los baños que limpiaba con ahínco cada día, preguntándome si ese reflejo era yo, la misma Lara de hace meses. Mis ojos verdes brillan ahora con mucha más vida, y mi pelo ha crecido bastante. Me alegra ver que esta Lara de aquí, con el uniforme y orgullosa de ganarse la vida, aunque no sea la manera en la que deseó, ha salido al fin a flote.

Me siento a gusto, me siento útil y todos mis compañeros son una gran familia. Nos damos apoyo y sentimos igual las cosas, porque todos estamos en la misma situación. Me sorprende ver cómo me aterra pensar que en dos meses estaré de vuelta en Villazul y reencontrándome con personas no deseadas en la boda de mi amiga.

A veces me paro a pensar en cómo estará. Luego recuerdo que a él no le importa como esté yo, cuando solo hay silencio al otro lado de la línea desde hace meses, y se me pasa.

En cambio ahí estaba Aarón. Uno de los chicos más dulces que alguna vez hubiese conocido. Estos meses nos habían acercado bastante, y no había un día que no se interesase por mí y charlásemos muy animadamente. Algunas noches incluso me invitaba al saloncito a jugar al ajedrez con él, juego que se ponía algo tenso cuando inocentemente para que no muriesen nuestras fichas chillábamos cosas como “no me comas” o “te voy a comer enterita” hablando de esos pequeños trozos de plástico que dominaban el juego, claro.

Sea como fuese me sentía muy cómoda con él. Y estaba desarrollando un cariño que era difícil de expresar con palabras. Necesitaba que se quedase a mi lado. Necesitaba esa sonrisa en mis días. No quería volver a ser la de antes y él era claramente material de marido.

—Te está comenzando a gustar Aarón. —Paula quita las arrugas haciendo presión con su mano

sobre un mullido colchón de una de las habitaciones de la segunda planta.

—¿Tanto se me nota? —confieso algo avergonzada.

—Tan solo te falta escribírtelo en la frente. —Ríe ella mientras me tira una de las almohadas.

Yo la cojo al vuelo.

—No es para tanto... —Intento quitarle hierro al asunto.

Claramente Aarón era un chico muy interesante y atractivo. Cualquiera se fijaría en él, era obvio.

—Pues esta vez, Lara, tengo que animarte. —Pone los brazos en jarras—. Me encanta la pareja que haces con ese chico. Él es tan encantador.

—Lo sé —confirmo—. Pero él tiene novia, y no sé si le puedo interesar de otro modo la verdad. No busco meterme en las relaciones amorosas de nadie y menos como la tercera en discordia.

—Pasáis un montón de rato juntos, os buscáis mutuamente. —Ella alza las cejas—. Por supuesto que quizá pueda surgir algo. No como ese *Jojo*... que solo te buscaba a su conveniencia.

—No hables de él —le corto con la mayor de las brusquedades—. No conozco de nada a ese señor, así que no quiero escuchar ni una vez más su nombre.

—¡Yo conozco a *Jojo*! —Marina aparca su carrito de las toallas en la puerta y entra, queriendo unirse a nuestra conversación—. Me resultó curioso escucharos hablar de él el primer día que llegamos.

—¿También ibas con él a clase? —bromea Paula.

—No, pero tocamos en la misma banda de música. ¿Qué historia es la que hay detrás de él?

Ese dato por poco hace que mi mandíbula se caiga al suelo. ¿Por qué la vida siempre se empeñaba en recordarme cada día a ese chico con extrañas coincidencias como esta, cuando yo quería borrarlo a toda costa?

—Ilusionó a Lara haciéndole creer que estaba interesado en ella cuando tan solo era un divertido segundo plato que usaba a su antojo. —La delicadeza de Paula al hablar y contar las cosas vuelve a brillar por su ausencia.

Marina me mira con los ojos de par en par sorprendida. Más verdes que nunca.

—Me dejas de piedra —dice ella mirándonos a ambas—. Lo conozco desde hace bastante años y él siempre ha sido un muy buen chico. No pensaba que sería capaz de comportarse de ese modo.

—No le hagas caso, Marina. —Suelto la almohada en la cama con fastidio por tener que hablar de él y reprendo a mi amiga con la mirada—. Paula no sabe contar las cosas. Simplemente comenzamos a hablar y yo malentendí todo. Me imaginé cosas donde no las había. No hay nada más en esta historia.

—Y se encaprichó con él —matiza Paula mientras yo la vuelvo a mandar a callar—. Nada de lo que he contado es mentira, no sé por qué te pones así.

—Porque no quiero hablar de él, ¿vale?

Dejo de mirarlas, y me centro en seguir haciendo la cama, sin poder dejar de soltar algunos suspiros.

—Ahora solo tiene ojos para su ingeniero. —Paula le guiña el ojo con picardía a Marina que sabe al instante de quién estamos hablando.

—¿No me digas que te gusta Aarón?! —Está a punto de taparse la boca de la sorpresa.

Yo sigo ignorándolas y centrada en mi trabajo.

—Sí, como lo oyes —contesta Paula en mi lugar—. Él es un partidazo, tenemos que hacer que las cosas con Lara fluyan de un modo u otro. Es un poco más pequeño que nosotras, pero aun así ambos tienen mucho en común.

—Pero tiene novia, es un poco imposible —matiza Marina.

—¿Acaso eso importa?

—Pero...

Cansada de escuchar a mi amiga menear a su antojo mi vida amorosa, salto como si tuviese un muelle en la lengua.

—¿Por qué mejor no nos cuentas por qué a ti se te cae la baba con Rodrigo? —contraataco para desviar la atención de mi persona.

—¿Te gusta Rodrigo? —Marina la mira incrédula y luego se echa a reír—. Esto va a terminar pareciendo una casa de citas a este paso. ¿Sabéis que pensamos que Mateo anda detrás de Tania también?

—¿No me gusta Rodrigo! —Me lanza una mirada de enfado—. Es solo que lo veo un chico interesante, y me llama la atención. Nada más. No quieras desviar el tema como haces siempre que algo te incomoda, Lara.

—Claro, por eso en los cuadrantes buscas coincidir con él siempre que puedes.

Naira aparece de pronto por la puerta, y nunca me he alegrado tanto de verla como en estos momentos. Parecía que le salía un halo de luz de la cabeza y todo ante tal visión celestial.

—Lara —me llama—, necesito que vengas conmigo.

Yo la miro cansada.

—¿Otra vez? —pregunto fastidiada.

—Sí, necesito que veas algo.

Pongo los ojos en blanco mientras abandono la habitación y sigo a Naira por el pasillo. Nunca me había fijado en lo exageradamente que mueve su trasero al andar. Para ser una persona que había dicho que no tenía confianza en sí misma, le gustaba demasiado hacerse ver. Como los días que nos bañábamos en la piscina y ella siempre se metía con un pequeño bikini que más que bikini era un tanga y se ponía a jugar con todos los chicos y a echarles agua entre risas.

Estos meses ha estado más cerca que nunca de nosotros. Uniéndose a todas las cenas, en nuestros ratos libres en el saloncito y siempre paseándose por las habitaciones en vez de estar en la planta de abajo. Solo para vernos y charlar con nosotros. Algunas veces, le había llevado dulces a la recepción para que se le hiciese más amena la espera de los clientes y me sentía bien

por ver que ella, una chica frágil y rota por dentro, había encontrado también un consuelo junto a nosotros. Nos resultaba agradable su compañía y hacíamos muchas cosas por ella y su bienestar mientras llegábamos a conocer su historia un poco más. Su padre había abandonado a su madre nada más al nacer, apenas habían tenido dinero para comer. La relación con su progenitora no era demasiado buena, y además todos se metían con ella e incluso llegaban a ir a su casa a tirar huevos a su fachada tan solo por fastidiarla.

Creció sin amigos, sin un padre y sin dinero, que lo dificultaba todo aún más.

A pesar de que era imposible no sentir empatía por ella y su cruda vida desde pequeña, había algo en su personalidad que nos resultaba extraño a todos nosotros. Unos días era la chica más encantadora del mundo, pero si se le cruzaban los cables sacaba ese mal pronto y se ponía a gritar como una loca, con cualquiera que le hubiese tocado las narices. Hasta con la más mínima nimiedad saltaba. Y con Dámaso era con el que peor se llevaba, temíamos juntarlos a los dos dentro de una misma habitación. Sus cambios bruscos de humor, su bipolaridad, eran muy pero muy extraños.

Ella me conduce hasta una de las habitaciones que habíamos limpiado antes y me hace pasar al interior. Y sé que es lo que me voy a encontrar en cuanto entro. Porque desde que empecé a trabajar no ha habido una semana sin altercados como aquella mancha de hace unos meses.

—¿Dónde toca la mancha hoy? —pregunto algo seca y cansada de este asunto.

Ella pone una mueca de disgusto y camina hacia las caras cortinas de lino. Luego recorre una de ellas, para dejar a la vista el visillo, que para sorpresa de nadie tiene una mancha enorme casi a la altura del suelo, otra vez de grasa.

—Naira, no sé quién puede estar haciendo esto, pero te aseguro que no soy yo, ni Paula tampoco —me defiende. Esta vez no me quedaré callada soportando riñas de otros trabajadores por errores que no he cometido. Aún recuerdo la bronca de la semana pasada con uno de los jefes de sección por una mancha enorme del mismo estilo en la tapicería de uno de los sillones más caros del hotel. Me libré del despido por poco.

—Lara, yo solo te muestro lo que veo —dice ella mientras señala de nuevo el desastre—. Solo quiero ayudarte. Y creo que estáis haciendo algo mal cuando todas las habitaciones a las que entráis se están manchando de cosas extrañas. Creo que no transportáis bien en el carrito los productos de limpieza y eso os está metiendo en un lío.

Me acerco a ella enfadada.

—Primero, te he dicho mil veces que no he sido yo. —Me pongo a la defensiva de nuevo—, Tengo muchísimo cuidado con cada paso que doy en las habitaciones. Y yo no he tocado esas cortinas. Ni el carrito las ha rozado, porque se queda aparcado fuera.

Ella se limita a observarme con esos ojos saltones de pez muerto.

—Y segundo. Creo que es hora de que vuelvas a tu puesto y dejes de pasearte por donde no te corresponde. Empiezo a pensar que el que solamente tú encuentres estas misteriosas manchas es un hecho un poco extraño.

—¡Ah, quieres que alguien peor encuentre tus fallos y te echen! —Ríe como una loca fingiendo que está fastidiada—. No aprecias mi ayuda, Lara. Solo quiero lo mejor para vosotras. Sois mi familia.

—Si tan importantes somos para ti, entonces vuelve a tu planta. Y deja de merodear poniendo pegas a nuestro trabajo y acusándonos de cosas que no hemos hecho. —Intento volver a calmarme, quizá me esté pasando con Naira y ella simplemente busque ayudarnos de verdad—. Si quieres pasar tiempo con nosotras, puedes venirte en los ratos libres. Mientras tanto te agradecería que nos dejases hacer nuestra jornada laboral en paz.

—¡Como quieras! —chilla algo fastidiada—. Vaya, malas amigas que sois... así me lo pagáis...

Enfadada sale por la puerta como alma que lleva el diablo relatando las típicas cosas bonitas que dice siempre cuando coge berrinches como los de una niña pequeña. Tiene ya veinticinco años, pero la madurez aún no ha llegado a ella.

Me pone de tan mal humor que ya no me puedo concentrar el resto del día.

Naira podía llegar a ser desesperadamente irritante cuando se lo proponía.

## Capítulo 42

El viernes cuando dan las ocho de la noche, nos alegramos todos de poder disfrutar al fin de un poco de tiempo libre, así que aprovechamos para irnos a hacer una barbacoa improvisada a una de las playas más cercanas. Todos están de acuerdo y se afanan cada uno en encargarse de una tarea. Unos van en búsqueda de algunas piezas de carne fresca a la cocina, otros buscan leña y carbón para encender una candela, y otros nos encargamos de llevar toallas y utensilios para la peculiar cena que vamos a tener al abrigo de las olas.

Carri también se une a nuestro festín y una vez que todos tenemos nuestras cosas preparadas, marchamos rumbo a la playa, que está tan solo a cinco minutos. Cuando elegimos el mejor sitio para establecer nuestro campamento, soltamos las cosas y mientras algunos como Naira y Mateo comienzan a sentarse en la arena disfrutando de la brisa nocturna, Aarón coloca cinco linternas que pidió prestadas a los técnicos de mantenimiento pinchadas en la arena con sus halos de luz hacia arriba haciendo las funciones de pequeñas lamparitas que nos envuelven en un ambiente veraniego y tranquilo. Muchos de mis compañeros se dedican a intentar encender el fuego en el centro, mientras yo coloco la pequeña mesita portátil encima de la inestable arena, y pongo con cuidado el menaje que he traído para nuestra cena. Desde aquí las vistas al resort son impresionantes. El borde de la enorme piscina ocupa todo lo que abarca la vista y el complejo se alza brillante y majestuoso por encima de nuestras cabezas.

¡Qué bonito tiene que ser poder viajar y alojarte en sitios tan bonitos como estos! Por desgracia yo no era una millonaria extranjera como la mayor parte de los clientes de este hotel. Pero aun así podía disfrutar de este castillo, hasta con príncipe azul incluido dentro. Miro a Aarón y sonrío. Él también se percata de mi presencia y se acerca. Las servilletas me tiemblan un poco en las manos.

—¿Cómo van esas preparaciones? —pregunta mientras me echa el brazo por encima, gesto que no me pasa desapercibido.

—No tenemos nada que envidiarles a los comensales del restaurante del Isora —contesto bromeando y señalando la buena colocación de los pocos utensilios de cocina y los muchos rollos de servilletas de papel que vamos a usar a modo de platos.

—Eres la mejor. —Aprieta su agarre contra mí y me guiña el ojo.

Yo le sonrío. Sin duda era un príncipe sacado del mejor de los cuentos.

Cuando ya todo está instalado, nos afanamos en cocinar todas las salchichas, panceta y chuletas que podemos sobre el vívido fuego anaranjado y lo devoramos todo entre risas y charlas. Yo me siento como en el paraíso, con el sonido de las olas, la brisa marina, esta estupenda compañía y esta deliciosa comida que está aún más sabrosa a causa de estas fantásticas ascuas. Ni siquiera me importa que mis pies estén llenos de arena y que hasta se comience a colar por recodos de mi vestido veraniego. Es una fantástica noche. Algunos se han ido a dar un paseo por la orilla, pero Carri, Aarón, Rodrigo, Tania y yo nos mantenemos sentados cerca del fuego contándonos un sinfín de anécdotas mientras escuchamos una alegre música, seguro proveniente de la terraza del resort donde los fines de semana hacen actuaciones al aire libre. Aunque esa paz no dura mucho en romperse.

—¡Es un hijo de puta!

El grito y los llantos de Naira que viene corriendo por la orilla hacia nosotros nos dejan sin saber qué decir. Ella se tira en la arena tapándose la cara con las manos y sumida en el más impresionante llanto que alguna vez he presenciado. Incluso peores que mis escenitas en plena depresión. Carri se levanta y se sienta a su lado. Yo la imito y le paso un brazo por encima del hombro para que sienta nuestro apoyo y nos cuente qué ha pasado.

—¿Por qué estás así, Naira? —le pregunta Carri—. ¿Qué te ha pasado?

—Venga, cuéntanoslo —insisto yo.

Los chicos se han quedado petrificados ante tal escena de llantina. Tan solo miran con gesto de sorpresa y sin saber qué decir o hacer.

—¡Ese maldito de Dámaso! —consigue decir entre lágrimas e hipando.

—¿Qué es lo que te ha hecho para que te pongas así? —sigue preguntando ella mientras pasa su mano por la espalda para consolarla.

—¡Me ha pegado! —contesta con brusquedad y llena de rabia—. Estábamos dando un paseo con los demás, cuando porque le he dicho mi opinión sobre el tema que estábamos hablando, me ha pegado un enorme empujón que por pocas me tira al agua.

—Bueno, ya sabes cómo es Dámaso —digo yo—. Es muy bruto y no sabe medir bien su fuerza, seguro que no iba con mala intención.

—¡¿Que no?! —Casi me escupe mirándome con furia—. Claro que quería pegarme de forma premeditada, porque no acepta que los demás no piensen como él. Tengo que tener media espalda morada a causa de sus golpes. ¡Me ha hecho mucho daño!

Ella sigue llorando sin parar y Carri y yo nos miramos sin saber qué más decirle para que se calme. Cuando Naira tenía sus idas de olla, era mejor dejarla sola y que se le pasase con el tiempo. Además, sinceramente creía que lo estaba exagerando todo, como solía hacer siempre con cualquier situación. Esa época de *bullying* la debió dejar muy marcada.

—¡Lo podría denunciar por maltrato si quisiese con la policía y meterlo en un lío si me diese la gana! —sigue chillando ella sin control.

—No saques la cosas de contexto —le dice Carri—. Intenta calmarte, ya pasó, no pienses más

en ello ni se lo tengas en cuenta.

Ella sigue llorando un rato más hasta que Paula, Marina, Dámaso y Mateo aparecen de nuevo acabando de dar su paseo. Aunque Dámaso ve el espectáculo que está formando nuestra compañera, se limita a acercarse a Aarón y a Rodrigo y se sienta junto a ellos en el fuego con cara de rabia. Los demás lo imitan y me llama la atención que ninguno de ellos se pare a consolar a Naira. Y más cuando ellos han sido testigos del polémico suceso.

—Es una exagerada —murmura Dámaso a los demás.

—¡Claro como tú no tienes la espalda llena de dolor! —chilla ella que lo ha escuchado.

Estoy segura de que todo esto es una escenita de ella en busca de atención como hace siempre, pero decido ponerle punto y final a esto de algún modo y acabar con el mal rollo que está creando entre nosotros.

—Naira, si de verdad es cierto lo que cuentas, entonces cálmate —le digo mirándola fijamente y bajito para que los demás no nos escuchen—. Si es así, Dámaso solo buscaba verte cómo estás, fuera de sí, y estará disfrutando ahora. No le des ese gusto y recompite.

Eso parece que hace efecto y pronto se yergue cesando sus llantos y secándose las lágrimas.

—Es cierto, no le daré el placer de verme así.

Luego nos mira a Carri y a mí.

—¡Sois unos amores! —Y nos abraza a cada una con uno de sus brazos mientras nos acerca a su cuerpo. Yo sonrío de ver que la táctica me ha funcionado.

—Deberías seriamente controlar tu genio —le recomiendo mientras le revuelvo el pelo.

—Lo intentaré. —Ella me sonrío, pero luego hace una mueca de disgusto—. Pero no me despeines más.

Pongo los ojos en blanco, no tenía remedio esta chica. El ambiente como ya estábamos percibiendo desde hace rato, se viene abajo a causa del altercado, así que Carri, como buena psicóloga, nos propone hacer una dinámica de las suyas para recuperar nuestros estados de ánimo. Ella saca de su bolsa de playa unos folios y nos reparte uno a cada uno. También saca un bolígrafo que nos tendremos que ir turnando y nos propone que escribamos tres adjetivos buenos que pensemos para cada uno de nuestros compañeros. Quizá viendo lo que los demás pensaban de nosotros y escuchando cosas buenas sobre nuestras personas, las sonrisas volverían de nuevo a nuestras caras, y reinaría de nuevo el buen ambiente.

Así que nos ponemos manos a la obra. Con algunos de ellos me cuesta poner calificativos, sobre todo con Aarón que en el momento en que hago contacto visual con él, él también me mira.

—Lara, Larita, Lara... —dice él juguetón mientras hace como que piensa—. ¿Qué escribo sobre ti, eh?

—Espero que cosas buenas. —Le sigo el juego.

Él me mira riéndose y se afana en escribir mis tres piropos. Cuando el bolígrafo llega a mí, también escribo cosas bonitas para él, pero sin que parezca obvio que me tiene encandilada con

su forma de ser.

*“Inteligente, maduro, encantador”.*

Sí, creo que con eso me valdrá por ahora. Cuando todos terminamos la actividad, nos reparten a cada uno nuestro papel lleno de las cosas buenas que ven los demás en nosotros. Todos comienzan a exclamar y a reír con lo que van leyendo y se ven bastante sorprendidos por ver que tienen cualidades que no se esperaban.

Yo en cuanto decido leer el mío, me quedo boquiabierta. Nunca había escuchado demasiadas cosas buenas hacia mi persona, más bien todo lo contrario. Había sido objeto de burlas casi toda mi vida, y nadie nunca me mostró que confiaba en mí. Algunas de las palabras que leo realmente me conmueven.

*“Creativa, cariñosa, inteligente, simpática, agradable, amable, buena compañera, risueña, una bella persona por dentro y por fuera, conversadora”.*

Estaba claro quién había escrito lo de la bella persona, miro a Paula pidiéndole explicaciones y ella se ríe.

—Sexy, pizarón y guapo. —Lee Aarón en voz alta mientras ríe y mira a Dámaso que también está rojo a causa de la risa contenida.

—Eres un personaje —lo regaña en broma Aarón mientras ambos ríen.

Carri pone los ojos en blanco ante la actitud de nuestro compañero campechano.

—No te quejes, que en mis cualidades, mis pavos son los protagonistas.

Me centro de nuevo en mi folio y me detengo en las tres cualidades que me ha escrito Aarón. Llena de expectación.

*“Comprensiva, buena compañera y desinteresada”.*

Eran palabras muy bonitas de su parte, aunque me esperaba algo más de él. Es una persona con la que paso la mayor parte del tiempo aquí, y no sé, de algún modo yo pensaba que quizá él...

Niego con la cabeza quitándome las ideas locas de la cabeza. Mi príncipe me ha vuelto a salir rana. Todo su interés en mí es puramente por amistad, he vuelto a malinterpretar. Igual que hice con *Jojo*.

Suspiro intentando que esto no arruine mi humor, y sonrío como el resto de mis compañeros. Todos charlan animados y alegres, y el juego de Carri ha sido todo un éxito, porque estamos hasta el final de la velada charlando sobre él y todas las bonitas palabras que hemos leído.

—Como veis, nunca os sintáis inútiles o que no valéis la pena. —Carri nos sonrío mientras todos comenzamos a recoger nuestras cosas pasadas unas horas—. Siempre vais a tener unas cualidades estupendas para volver a empezar y que os las tenéis que creer. La gente tiende mucho a centrarse en sus defectos y poco en valorar sus virtudes. Espero que este ejercicio os haya servido.

—Ha sido muy bonito —expresa Marina con algo de timidez—. Lo guardaré con mucho cariño.

—Y antes de irnos os quiero dar otro truquillo. He visto que alguno de vosotros estáis algo

cabizbajos últimamente. Quizá echando de menos a vuestras familias, a vuestras parejas...

Todos la escuchamos con atención.

—Hay un método para aliviar vuestros corazones y esas cosas que os ahogan. —Ella suspira y pone los brazos en jarras—. Sí, otra dinámica, sé que soy muy pesada con ellas, pero ¿a que os están viniendo genial?

Asentimos entre risas.

—Es un poco como lo que hace Lara, que sueña con ser escritora. —Me señala y algunos me echan un vistazo—. Pero en vez de escribir novelas, escribid cartas. Cartas a toda aquella persona, cosa o sentimiento que os apetezca. Vosotros decidiréis si esas cartas llegan finalmente a su destinatario o no, pero al menos el alivio al expresar vuestras emociones, aliviará vuestro cuerpo y vuestra mente.

¿Cartas? Nunca había pensado en ello. Pero ahora que ella lo proponía me parecía algo bastante interesante. Mi estado emocional era un torbellino de sentimientos, que no sabían si aún no había podido olvidar a Jorge por mucho que me empeñase o si me gustaba realmente Aarón, porque también tenía extraños sentimientos por él y *Jojo* lentamente se esfumaba más y más rápido.

Había aceptado que nunca sería mío. Al fin me había soltado de él. Y Aarón me aportaba tantas cosas que buscaba en un chico... que sentía realmente ganas de intentarlo con él. Su relación a distancia era bastante endeble, y él no parecía echar mucho de menos a su novia polaca, al menos por sus comentarios.

—¿Y te puedo escribir una carta de amor? —pregunta, cómo no, Dámaso en su misma línea.

—¡Claro que sí! Y quiero que me la enseñes luego —bromea Carri con él—. Nunca se sabe.

La relación que tenían estos dos nos hacían reír a todos a carcajadas. Era tan peculiar, que daban ideas y situaciones de sobra para escribir una novela o dos.

Luego todos volvemos a nuestras habitaciones, pero yo estoy demasiado despierta como para poder dormir como los demás. Así que tomo mi portátil y me siento en penumbra en la sala común en uno de los silloncitos.

El recordar a Jorge, todo lo acontecido en la playa con Aarón, y los calificativos, me han abierto las ganas de escribir. Por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Abro una página en blanco y creo que es un estupendo momento para expresar todo lo que llevo guardando dentro estos años. Así que comienzo una carta, sin destinatario.

*“No sé si esto te lo habrán dicho alguna vez.*

*Es imposible conocerte y no quererte. Quererte tantísimo que hasta duela.*

*Y que sea un dolor, que dentro de la gran agonía que es saber que nunca te tendré, lo busque, como una masoquista, como una adicta a una droga que solo tú me puedes dar, y*

que solo esa droga sea capaz de calmar ese dolor y llenar de luz y color un mundo que se marchita en sus grises y que no encuentra motivos para brillar.

*Es imposible no quererte, por mucho que lo intente, tus ojos son capaces de ver en mi interior y encender ese amor que me he negado a sentir durante mucho tiempo. Llegas tú, descarado, con esa mirada por la que el más guapo de los hombres sentiría envidia, y rompes ese muro que construí durante toda mi vida para no sufrir, para que nadie más me hiciese daño.*

*Te cueles poco a poco en mí, en silencio, con esa sonrisa encantadora que vaticina mi ruina, con ese pequeño toque en el hombro para preguntar cualquier cosa, con esas bromas que son el alimento de mi sonrisa, con esa voz que con tan solo escucharla, haces que mi corazón muerto lata, que vuelva a sentir, que vuelva a nacer”.*

Suspiro apartando por unos momentos los ojos de la pantalla, emocionada. Una lágrima se me escapa mientras sigo escribiendo.

*“Es imposible no quererte. Eres tan perfecto para mí.*

*Llenas por completo el vacío que tanto me angustia, eres como una bocanada de aire justo en el momento en el que no puedo respirar, eres un salvavidas, eres un encanto al que pocos hombres se pueden igualar.*

*Tuve que conocerte, de entre todos, expresamente a ti. Harías que cualquiera volviera a tener fe, que volviese a amar, que se sintiese especial. Tienes esa habilidad, por eso es imposible no quererte.*

*Por eso la envidio tanto. Se lleva al mejor hombre que he conocido en mi vida. No, soy incapaz de odiarla. Porque te mereces tanto ser feliz e iluminar el mundo y a los que te rodean con esa luz tuya, que si estar a su lado es lo que te hace sonreír, entonces este corazón roto habrá valido la pena.*

*Gracias por haber hecho que me sienta viva de nuevo.*

*Gracias por cruzarte en mi camino y dejarme conocer a una persona tan maravillosa. Gracias por enamorarme tan fuerte y no darte cuenta en tu ignorancia. Gracias por, de un modo u otro, salvar a esta pobre, sencilla y poco remarcable chica que con solo sentirte a su lado se sentía la persona más especial del planeta.*

*Te vas, y me dejas atrás en silencio, rota, volviendo a construir ese muro en el cual estará por siempre tu marca, volviendo a pensar que algún día llegará otro, al que quizá pueda querer una cuarta parte de lo que te quiero a ti.*

*El recuerdo de tus ojos mirándome es más fuerte que tu olvido. Un olvido al que me niego, pero al que estoy dispuesta a enfrentar.*

*Solo si te vas para que esos ojos hagan feliz a otras personas.*

*Solo porque tú eres libre y necesitas volar.*

*Solo porque los que te conozcan no podrán evitar pensar también... que es imposible no quererte”.*

Cuando termino, con el corazón en un puño y la cara empapada por las lágrimas, decido ponerle título a mi carta. A pesar de no tener destinatario aún.

Bajo la mirada y tecleo.

*Carta a mi amor imposible*

## Capítulo 43

—¿Y cómo van esos preparativos de boda?

Paula y yo aprovechamos la sobremesa antes de volver a trabajar para charlar por videollamada con Carla.

—Estoy deseando que se pase. Son tantas cosas que organizar, siento que no me va a dar tiempo a dejarlo todo perfecto o como queremos. ¡Tan solo queda poco más de un mes! Ya he perdido más de diez kilos, como siga pidiéndole retoques a la modista para achicarme el vestido, me va a mandar a paseo.

Todas reímos.

—Aún no me puedo creer que te cases —vuelve a repetir Paula todavía sin acabar de asimilar todo esto.

—Ya no somos niñas, Paula —dice Carla.

—Habla por ti, tú eres la que se va a casar y la que va a ser una señora. Yo seguiré siendo una niña. —Hace una mueca mona para aparentar menos edad.

Yo la empujo de manera juguetona para que me deje hablar.

—Ánimo, amiga. Pronto estaremos contigo celebrando tu gran día.

Ella me sonrío desde el otro lado de la pantalla.

—Ah, Lara, por cierto, hay algo que me gustaría que hicieses por mí.

—Sí, claro, dime. —Escucho atenta lo que me amiga me quiere proponer.

Ella me mira fijamente. Paula también tiene la oreja en modo parabólica, muerta de la curiosidad.

—¿Te importaría leer un discurso para mí en mi boda? —pregunta con timidez—. En realidad cualquiera de vosotras me haría ilusión que me dedicase unas palabras, pero todas estas niñas huyen de los actos en públicos porque morirían de vergüenza.

—¡Muy cierto! —Paula niega con la cabeza confirmando que ella ni loca se pondría a hablar delante de la gente.

—Yo... no sé, es mucha responsabilidad. —Me muerdo el labio—. Además a mí también me da vergüenza, no soy de piedra.

—Pero tienes un gran talento para escribir —me anima—. Nadie podría hacerlo mejor que tú.

Pienso unos instantes cómo será el momento en el que esté allí en el altar, con cientos de

invitados escuchando mi discurso. Muchos pares de ojos pendientes de la amiga de la novia, esperando emocionarse con ella. Entre ellos los de Jorge.

—Lo haré.

Ella se pone a aplaudir de alegría alabando mi decisión y dándome las gracias por tener tal bonito detalle con una amiga de toda la vida. Las cuatro de la tarde llegan demasiado pronto, y mientras Marina, con quien me toca trabajar en pareja hoy, va subiendo a los cuartos que nos corresponde limpiar en la tercera planta, yo voy con el carrito al almacén, en busca de nuevos juegos de sábanas y de reponer productos de limpieza. Cuando llego al hall de entrada y atravieso la gran estancia, veo que Aarón está hablando muy animadamente con un grupo de chicas, en un idioma que no había escuchado nunca. Parece que le cuesta pronunciar y tarda bastante en pensar antes de decirles algo, pero ellas asienten con la cabeza encantadas de tener la compañía de tal chico atractivo. Dámaso está limpiando la gran mesa del centro, justo debajo de la cúpula, y quitando gotitas de agua que salpican de la fuente. Pero sinceramente, está más metido en la conversación de Aarón con las chicas y mirando sus culos que centrado en su trabajo. Cuando él termina de hablar y las rubias chicas se han ido, Dámaso le chista y Aarón lo mira.

—¡Madre mía, menudas rubias! —suelta Dámaso con cuidado de que los supervisores no lo escuchen—. A esas sí que les enseñaba yo mis pavos.

—Las polacas son encantadoras, ¿no crees? —Aarón le guiña el ojo con complicidad—. De las más guapas de toda Europa.

—Eres un suertudo. Pregúntale a tu novia si tiene alguna amiga a la que le guste un buen macho español.

Ellos echan a reír y yo continúo mi marcha firme por el pasillo. Ellos ni se percatan de mi presencia, pero lo agradezco. Ver a Aarón hablando, imagino que polaco, y hablando así de su novia, me hace comprobar que el clavo en el que tenía puesta tantísima fe me había vuelto a salir oxidado.

¿Qué diantres me pasaba con los chicos con novia? ¿No se iba a cansar la vida de mandarme imposibles? Comenzaba a estar harta de todo esto. Estaba claro que habían hecho zumo con mi media naranja.

Cuando llego al almacén camino entre las filas de productos, eligiendo cuidadosamente cada uno de ellos. Pero el sonido de unas voces perdidas entre las estanterías me hace ir en busca del origen de ese ruido. Camino hacia la dirección de donde provienen, y me detengo en seco, ocultando mi cuerpo completamente con una estantería cuando descubro que la que está ahí de pie es Naira y una mujer bastante gordita y con mal aspecto. No entiendo por qué me estoy escondiendo, pero simplemente siento que es lo que debo hacer.

—No me has mandado este mes el dinero. —Naira suena extraña.

—Hija, no he cobrado absolutamente nada. Me han retirado las ayudas, y no me ha salido trabajo.

¿Hija? Echo un vistazo de nuevo a la mujer, mientras las espío a ambas. Así que esa era la madre de Naira. La que supuestamente le hacía la vida imposible y de la que tanto se quejaba.

—Me da igual. Sabes que lo necesito —le reprocha ella en su habitual tono de niña de catorce años caprichosa—. Tengo que comprarme ropa, y cuidar mi aspecto.

—Pero tú estarás ganando dinero, ¿no? —se defiende su madre—. Úsalo.

—Aquí me pagan una miseria, mamá —confiesa ella—. Con los apenas trescientos euros que recibo no me da ni para comprarme maquillaje. Si no voy bien arreglada y guapa, ¿cómo voy a conquistar a alguno de los millonarios que visitan el resort?

—Eres demasiado caprichosa. No hice bien en malcriarte de esa manera cuando se fue tu padre.

Ella la mira furiosa mientras da una patada al suelo con gesto de fastidio.

—¿Caprichosa? —pregunta incrédula—. ¿Por quién crees que hago todo esto? Quiero que tengamos una vida mejor. ¡Pero tú no me ayudas en absoluto!

—Una vida como la que buscas, se obtiene trabajando duro y con esfuerzo. No casándose con cualquier multimillonario al que le bailes el agua.

Yo escucho atenta sin poderme creer lo que estoy oyendo. A Naira se le está comenzando a caer una careta que no me esperaba para nada.

—Bueno, yo hago las cosas como me dé la gana —replica ella—. Además, tengo otro plan.

—Espero que sea que te dediques a trabajar y que te asciendan de una vez —le reprocha su madre.

—Nunca me podrán ascender si no dejan de contratar nuevos empleados a los que tengan que pagar sueldos. —Ella pone los brazos en jarra fastidiada—. Como todos esos pueblerinos raritos que han traído para el verano. Especialmente una de ellas, ¿sabías que los jefes están pensando en contratarla más tiempo y ascenderla? Y a mí que llevo ya más de dos años ni siquiera me han ofrecido un aumento.

La madre la escucha sin atreverse a decirle ni una palabra.

—Pero no te preocupes. Se irán pronto y quizá con un poco de suerte, a ella la echarán. Ya me estoy encargando de ello.

No me había percatado antes, pero tiene en su mano un bote de engrasante, seguramente recién cogido de la estantería. No es la primera vez que la veía con uno de esos en la mano, y ella se excusaba diciendo que era para engrasar las ruedas del carrito donde transportaba el equipaje de los huéspedes.

Tengo ganas de salir de mi escondite, cogerla de la coleta, y no dejarle ni un pelo sobre la cabeza. Así que fue ella todo el tiempo. La que ensuciaba los cuartos y luego venía a llamarme la atención haciéndose pasar por una buena amiga. ¡Con razón estaba todo el día merodeando por ahí la muy zorra! Y para colmo se consiguió colar en nuestro grupo de amigos haciéndose la buena samaritana y la pobrecita de la que todos se burlaban. Me pregunto cuántas de las cosas que nos lleva contando meses son realmente verdad y cuáles no.

Me retiro en silencio mientras termino de agarrar mis cosas y subo a la habitación, donde Marina ya ha limpiado todo el baño entero sola. Me siento tentada de contárselo todo, pero prefiero esperar para desenmascarar a esa farsante como bien se merece. Y que todos vean de qué pasta está hecha la aparentemente frágil Naira.

Cuando la jornada laboral termina, Carri, tan encantadora como siempre, nos da permiso para unirnos a una fiesta que se celebra hoy en la terraza del hotel por el día festivo del 15 de agosto. Un concierto al aire libre y un festival de los colores es el escenario que nos encontramos cuando todos salimos. Menos Naira, que se ha excusado en que tenía que ir a ponerse ropa algo más cómoda antes de unirse a nosotros. Tampoco veo a Tania por ningún lado, y eso que estaba muy emocionada cuando nos dijeron que podíamos venir y pasarlo bien. Muchos de los clientes del hotel ríen, bailan y cantan junto a los cantantes que están subidos en el escenario dándole la espalda al mar infinito. Otros cuantos algo más tranquilos, solo observan desde los balcones de sus habitaciones. Rodeados de una piscina de azul cristalino, del mar al fondo y de un sinfín de antorchas que le dan un aspecto muy playero a toda la velada, esto no se podría mejorar ni queriéndolo.

—¡Menuda pasada! —exclama Marina maravillada—. Este complejo nunca dejará de sorprenderme.

El chico que nos sirve la cena por las noches camina hasta los puestos de catering repartidos por la zona y se acerca a nosotros cuando nos ve, tendiéndonos unas pequeñas bolsas de colores.

—Son polvos de colores, dentro de poco empieza la parte divertida. —Nos guiña el ojo y luego se marcha.

Yo miro en mi mano la bolsita de color azul intenso y estoy deseando abrirla para meterle todos estos polvos a Naira en la boca. Aunque pensándolo bien, mordiéndose la lengua también moriría a causa de su propio veneno.

Todos nos unimos pronto a la fiesta mientras bailamos poseídos como todos los demás. Entonces siento de repente que sí. Que la vieja Lara por fin ha vuelto y estoy muy feliz de tenerla de vuelta, aunque siga teniendo por dentro un algo, que no sé describir.

Aarón baila bastante conmigo y yo le sigo la corriente, intentando que la operación clavo no se vaya a pique por influenciarme su conversación de esta tarde con Dámaso. También veo a Paula hacer sus movimientos de seducción con Rodrigo, lástima que él pasa bastante de ella y no pierde el tiempo mirando a una de las polacas que baila con un vestido muy corto cerca de nosotros.

Para cuando comienza la guerra de colores, ni Naira ni Tania han llegado, incluso aunque ha pasado ya más de una hora. Así que decidimos batallar entre nosotros lanzándonos un arcoíris a todas las partes del cuerpo. Siento que esos polvos se me meten por todos lados y me impiden incluso respirar. ¡Pero Dios, es tan divertido! Nunca me había sentido tan viva como ahora. Me

da igual mancharme, me da igual que mañana seguramente tendremos que pasarnos horas limpiando la terraza. Solo importa el aquí y el ahora. Este cielo lleno de estrellas y la sonrisa de Aarón, que me estampa contra la frente un puñado de polvos de color verde.

Todos reímos sin parar, hasta que la fiesta termina. Luego regresamos a nuestros cuartos. Paula se adelanta porque le han entrado polvos en los ojos y teme por ellos y sus lentillas. Me hace gracia como echa a correr toda teñida de azul, parece un pitufo. Poco a poco cada uno se va yendo a las duchas de cabeza. Pero yo me detengo cuando me veo reflejada en uno de los espejos. Soy un ser multicolor, marcada a hierro de verde en la frente. Y para mi desgracia eso me hace recordar algo que no debería.

Me recuerda a los peculiares castigos de Jorge, cuando nos pintarrajeaba toda la frente en broma si algo nos salía mal o no prestábamos atención. Automáticamente me transporto a aquella clase lila, al olor a pintura, a madera y a la mirada de sus ojos verdes y siento una punzada en el estómago.

—Lara, ¿te encuentras bien?

Marina, teñida de rosa y amarillo, me mira preocupada por mi extraño comportamiento. Ambas guardamos unos segundos de silencio mirándonos fijamente.

—¿Por qué estás llorando?

¿Yo? ¿Estaba llorando? Me llevo una mano a la mejilla y compruebo que sí, que es cierto.

—No te toques, te vas a correr todas las pinturas y vas a parecer un cuadro de Picasso — bromea ella.

Dejo mi mano caer y caminamos por el pasillo juntas hasta que llegamos a la sala común. Cuando toma el pomo de la puerta para entrar en la habitación, la detengo. Mira mi mano encima de la suya, impidiéndole abrir.

—Marina... —le susurro para no molestar a los demás—. Quiero contarte lo de *Jojo*.

## Capítulo 44

Sentadas en un banco de piedra en el más recóndito lugar del resort para no molestar a nadie, yo le cuento todo a Marina. No sé por qué siento la necesidad imperiosa esta noche de compartir con alguien lo que llevo dentro, de contarle mi historia a alguien más que no sea Carla. Quizá es porque Marina de un modo u otro está ligada a Jorge, ella es el nexa que me hace ver que él sí existió.

Escucha atentamente toda mi historia bajo un manto nocturno lleno de estrellas y el sonido de las olas a lo lejos.

—Vaya... —dice ella cuando termino—. No me imaginé que sería así.

—Como ves, todo lo de Paula era una exageración. De hecho apenas sabe la historia si me apuras, tan solo se la he ido contando a mi amiga Carla.

—Pero entiendo cómo te sientes. Ya él lo haya hecho con una intención u otra, es normal que te hayas podido ilusionar si él se interesaba tanto por ti y te escribía con frecuencia. ¿Qué chico hace eso sin buscar nada?

—Pero es mi culpa haberlo malentendido todo. Yo sola me he roto el corazón, mientras él no se ha enterado de nada. —Bajo la mirada y jugueteo con las uñas de mis dedos.

—También te digo que si él no buscaba nada de ti, sea lo que sea, tampoco estaría siempre escribiéndote. O sea, que tampoco pienso que hayas tenido ideas tan locas. Una no se ilusiona si no hay un motivo detrás.

Yo la miro intentando que desaparezca el nudo en el estómago que me acompaña desde hace rato.

—No entiendo cómo llegué a sentirme así. Se suponía que era un chico raro, que le tenía hasta miedo al principio y llegó a convertirse en el centro de toda mi vida. Supongo que solo estuvo en el lugar y momento adecuados cuando más lo necesitaba. Creía que era una simple obsesión, y que con el tiempo dejaría de sentir estas cosas tan extrañas. —Tomo aire—. No entiendo por qué sigo acordándome, incluso aunque llevo más de cinco meses sin saber nada de él.

—¿Y no has pensado en decírselo? —La miro como si estuviese diciendo el mayor de los disparates.

—¡Por supuesto que no! —exclamo—. Está claro que el poco sentimiento que tuve por él fue totalmente unilateral y secreto. Y así se debe quedar. Además... ¿De qué serviría? Lleva casi

siete años con su novia, ¿crees que la cambiaría por mí? Seguramente si recibiese un mensaje mío confesándole disparates de los que ni yo estoy segura, echaría a correr y pensaría que estoy loca y sacaría las cosas fuera de contexto.

—Has dicho *tuve*, en pasado —matiza ella—. ¿Es que ya no sientes nada por él?

—Claro que no. Todo se acabó. —La miro fijamente—. Mi vida ha estado llena de amores no correspondidos, así que no quiero añadir uno más a la lista. Aunque él es mucho más que un amor no correspondido, es un amor imposible. Seguramente se casará pronto con su novia, tendrá muchos niños y dentro de unos años ni se acordará de la triste Lara que pintaba campos de margaritas en sus clases. Mi error fue pensar que quizá esta vez sería la correcta. Que un chico al fin se podría interesar en mí. Pero claramente no fue así.

Marina me observa con gesto triste.

—Si te sirve de consuelo, la relación con su novia está llena de altibajos —confiesa—. Nunca sé cuándo son novios, o cuándo son amigos.

—Sea como sea, me da igual. Él me da igual. Que sea muy feliz y siga haciendo como hasta ahora. Dejarme en paz, no cruzarse en mi camino. Entonces todo estará bien.

—Te creo, Lara. —Se acomoda el pelo lo que hace que los polvos de colores que aún tenemos encima vuelen en la oscuridad—. Si él te ha traído esa clase de sentimiento con el que te has sentido mal, lo mejor será olvidarlo. Antes de que salga más herida.

Asiento y le sonrío.

—Siento no haberte dejado ir a ducharte —me disculpo—. Gracias por escucharme.

—Siempre hay tiempo para una ducha, además estaba deseando escuchar qué historia había detrás de todo esto. Gracias a ti por contármelo.

La noche, el mar y el Isora se quedan esta noche con todos mis secretos impregnados en sus paredes. Cuando me pego una ducha y al fin logro sacarme todos los colores de mi cuerpo y de mi ropa, intento dormir sin éxito alguno. Como siempre el pensar en él o hablar de él, me pone nerviosa, inquieta y melancólica. Así que cojo mi portátil, y vuelvo a irme con él al saloncito conjunto, donde lo enciendo y abro otra página en blanco. Sea como fuese, pensar en él me estaba inspirando más de lo que pensaba. Es como si ese amor que no tuvo oportunidad de realizarse guiase mi imaginación y mi corazón algo dolorido, ordenase a mis dedos escribir esto. Así que no pierdo el tiempo y comienzo a escribir otra carta. Sin destinatario. Solo porque sí. Porque hoy me dieron ganas de recordarlo.

*Cuento los días que llevo sin verte.*

*Te parecerá una mentira, pero es verdad, los cuento.*

*Como si fueses a volver algún día, como si fuese una cuenta atrás. Como si cuando camino por la calle, te fuese a ver entre los rostros de la gente, allí, mirándome, esperando por mí. Una dulce coincidencia por la que mi corazón explotaría de felicidad.*

*¿Cómo olvido a alguien que me ha cambiado tanto la vida?*

*En serio, me lo pregunto cada día. Cómo me gustaría decírtelo a la cara, soltártelo todo, gritarlo a los cuatro vientos aun a riesgo de ser un objeto con el que canalices tu pena. Pero es que este amor me está consumiendo.*

*No soy nada sin ti.*

*La vida no tiene sentido, ni siquiera puedo reír a gusto porque tú no estás riendo a mi lado.*

*En un intento de aliviar este dolor que me impide moverme hacia ti, escribo estas cartas, cartas que nunca recibirás, pero que me servirán como válvula de escape.*

*Porque es como si te lo estuviese diciendo a ti. Como si de algún modo, estas palabras fuesen a llegar a tus oídos y mi corazón al fin encontrase algo de alivio.*

*Son cinco. Cinco meses, con sus ciento cincuenta y tres días en los que me he obligado a vivir sin ti. Un mundo en el que no estás es imperfecto para mí.*

*¿Estás bien? ¿Eres feliz? ¿Te da ella todo lo que te mereces?*

*Ojalá pudiese dejar de contar, de verdad, porque eso significaría que he vuelto a verte. Que tu sonrisa me vuelve a salvar una vez más. Me recuerda que sí, que existes, que no has sido un bonito sueño del que me has obligado a despertar. Me recordará que un día al tenerte cerca me hiciste brillar y que indirectamente has marcado mi vida. Que la chica que soy ahora, es muy distinta de la que dejé atrás.*

*Pero sigues lejos, sigues siendo un recuerdo que por más que intento olvidar, se empeña en regresar. Que por más que sé que me hace daño, yo misma no quiero apartar.*

*Así, también puedo mantenerte por siempre a mi lado, ¿verdad? Cada vez que cierre los ojos me podré dar el lujo de recordarte, así no hay separación, no hay dolor, no hay terceras personas... Puedo disfrutar de tus ojos que solo me miran a mí.*

*Puedo imaginarme qué hubiese sucedido si el destino no nos hubiese hecho cruzarnos en el momento equivocado.*

*Pero también, dejar de contar, significaría que te he dejado ir, que ya no me importas más, que quizá otra persona ha podido llenar este gran hueco que has dejado.*

*¿Te alegrarías por mí, verdad? Sí, seguro que lo harías... pero yo no.*

*Quizá algún día esa idea incluso me guste. El no estar ya más atada a ti, a un amor no correspondido y secreto que me hace no querer levantarme de la cama, por el simple hecho de que sé que no voy a verte a ti. Que me condena a incesantes pesadillas donde te pierdo una y otra vez, que me pone ese sabor amargo en la boca y me empaña los ojos cuando menos lo quiero.*

*Quizá algún día puedas dejarme libre.*

*Quizá algún día pueda yo misma dejarme libre.*

*Pero no hoy. Hoy no quiero.*

*Hoy quiero que me duelas.*

*Hoy, seguiré contando.*

A la mañana siguiente unos toques en la puerta me despiertan. Miro el reloj y las literas de mis compañeras temiendo que me haya quedado dormida y esté faltando al trabajo. Me alivia comprobar que no, que todas siguen durmiendo en sus camas. Quien quiera que sea el que está detrás de esta puerta, insiste cada vez con más impaciencia. Me levanto y camino hacia ella. Cuando la abro me sorprende ver a Carri de pie y con no muy buena cara.

—Carri, ¿qué ocurre? —le pregunto preocupada mientras salgo de la habitación y cierro la puerta a mis espaldas.

—Lara, tienes que venir conmigo a dirección —dice apenada—. Un cliente denunció anoche el robo de su caja fuerte.

Me sorprendo al escuchar eso.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —pregunto algo desubicada.

—Encontraron sus pertenencias en tu carrito. Esto es muy serio.

Mientras caminamos hasta el despacho de dirección en la quinta planta, tengo que aguantar el remolino de mil sentimientos llenos de ira y odio que apenas puedo controlar. ¡Esa maldita de Naira! Seguro que ella estaba detrás de todo esto. Cuando nos detenemos frente a una puerta de madera maciza, y Carri llama, una voz masculina nos hace pasar al interior.

Es la primera vez que entro a la zona de dirección y es un espacio que quita el hipo. La oficina rebosa modernidad por donde quiera que mire. Unas grandes cristaleras abren el espacio al mar, una mullida alfombra, un escritorio que pareciese de cristal negro, una silla, un gran ordenador de última generación, varios relojes con horas de distintas partes del mundo y algunas plantas, hacen de toda la habitación un centro de trabajo increíble.

Una elegante señora seguramente en finales de sus cincuenta, se sienta con elegancia en el centro de todo el conjunto. Su pelo teñido de color rubio platino está recogido en un impecable moño italiano, su cara está muy bien maquillada, con sus labios en un tono marrón intenso. Viste un elegante traje negro, su largura por debajo de las rodillas, y unos tacones bastante altos en tonos nude. Ella nos observa entrar con las gafas apoyadas sobre su nariz, cuando nosotras entramos. Deja al instante de usar el ordenador y centra toda su atención en nosotras.

—¿La señorita Lara Danot Suárez? —pregunta en un tono de voz que no me gusta nada.

—Sí, soy yo —confirmo sin dejar de mirarla a la cara.

La directora se levanta y cuando sigo su trayectoria con la mirada, me percató al fin de que no estamos solos en la sala. Un señor de unos sesenta años con un bigote espeso cano y la que imagino su señora, están sentados en uno de los mullidos sofás negros con caras de malas pulgas. Y justo detrás del mueble, está de pie Naira, mirándose su manicura con aire despreocupado. Luego fija la mirada en mí y por primera vez siento la maldad que hay realmente en ella. La fulmino y ella aparta la mirada.

Estaba claro quién había armado toda esta treta.

—Creo que Carmen le habrá informado brevemente de por qué quería que viniese.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que se refiere a Carri. Ella odiaba que la llamasen por

su nombre de pila. Me centro de nuevo en la señora elegante, y me intento defender con educación.

—Le puedo asegurar que yo no he robado nada.

—¿Entonces cómo explica que todas las joyas y el dinero robado de este señor, hayan aparecido en su carrito de limpieza?

—Alguien debió de ponerlas ahí —digo mirando fijamente a Naira—. Revisen las cámaras del resort si quieren, yo anoche estuve en la fiesta de los colores que se organizó.

El señor del bigote se comienza a impacientar y le comenta algo en su idioma a su esposa.

—*Der dieb will nicht gestehen...*

La directora los mira y les sonríe.

—*Herr Und Frau Müller, keine sorge. Alles wird gelöst werden.*

Ellos asienten tomándose de las manos, esperando seguramente que esto se solucione pronto. Mi cara tiene que ser un poema al intentar entender qué diantres están diciendo en alemán. Aunque intuyo que no serán cosas demasiado bonitas sobre esta situación o sobre mi persona.

—Casualmente, las cámaras del pasillo de la planta donde se alojaban el señor y la señora Müller, dejaron de funcionar entre las ocho y la una de la madrugada. ¿No le parece un dato bastante curioso dadas las circunstancias?

—¡Pues alguien más tuvo que apagarlas para inculparme! —Comienzo a perder un poco los papeles—. Además, puede revisar la cámara de la zona de la terraza, estuve allí con mis compañeros todo el tiempo. Si el robo se cometió anoche, era imposible que yo pudiese estar en los dos sitios a la vez.

—Fue muy lista, tanto como para desconectar también las cámaras del exterior, la del hall y la del almacén. —Ella también comienza a impacientarse y se coloca bien las gafas—. Por favor, confiese el robo y terminemos con esto lo antes posible. Los señores son unos empresarios importantísimos y le estamos haciendo perder el tiempo. Además de llevarse una horrenda impresión de la seguridad de nuestro complejo.

—¡Pero es que yo no he sido! —Tengo ganas de echarme a llorar—. ¿Por qué tengo que confesar algo que no he hecho? Llevan meses regañándome por cosas que yo no he hecho y ahora esto...

Mientras Naira está casi relamiéndose del gusto al ver que estoy con un pie fuera de este sitio y que su ascenso está más cerca que nunca.

—¡Es esa maldita que está de pie ahí! —suelto de repente llena de furia mientras la señalo con el dedo—. Lleva haciéndome el trabajo imposible desde que llegamos. Ella machaba las colchas, las cortinas, los sillones y todo lo que pillaba a su paso para que nos despidieran. Ella y sus botes de engrasantes.

—¿Ahora también va a culpar a una compañera? —me regaña—. Naira lleva trabajando con nosotros durante años. Muchos más que usted. Y su conducta ha sido intachable. De hecho siempre nos ha advertido sobre malos trabajadores y sus peripecias. Nos hemos librado de

muchos incompetentes gracias a ella.

—Ah, ya entiendo cómo trabajas —digo mirándola directamente a ella, mientras se sumerge en su actuación de víctima y buena chica—. Enhorabuena, te salió tan bien tu papel que todos te creímos.

—No quieras echarme la culpa, confiesa de una vez. Deberías sentirte avergonzada.

—Víbora.

Camino hacia ella tan furiosa que hasta Carri tiene que detenerme cogiéndome de los brazos.

—¡Cálmate, Lara! —me susurra al oído—. Esto solo empeora tu situación.

Pero apenas puedo escuchar lo que me dice porque la ira hacia la chica de ojos de pez muerto me ciega por completo. ¿Cómo alguien puede ser así de mala?

—Eres la mayor mentirosa, farsante y mala persona que he conocido en toda mi vida. ¿Crees que así vas a llegar a algo? ¿Pisoteando a los demás? ¿Conquistando a millonarios moribundos para heredar sus fortunas?

Ella se sorprende cuando escucha salir de boca palabras que solo le confió a su madre ayer en el almacén. Aun así, lo único que se le ocurre para escurrir el bulto es echarse a llorar como ella mejor sabe.

—¿Cómo puedes decirme esas cosas? —Estoy tentada a darle un Óscar. O más bien tirárselo a la cabeza—. No deberías ser así, Lara. Todo irá a mejor si admites que fuiste tú. No tienes que pagarlo conmigo.

Intento zafarme de los brazos de Carri para ir a dejarla sin pelos en la cabeza, pero es imposible soltarme. La directora nos mira furiosa.

—¡Ya basta de espectáculos! —Su voz retumba en las cuatro paredes, de tal manera, que hasta Naira deja de llorar sobresaltada. Luego me mira.

—Está despedida —me susurra con desprecio.

Me quedo unos segundos de piedra. Tanto que hasta Carri me suelta pensando que es seguro liberar al fin a esta loca que ha perdido los papeles. Respiro agitadamente intentando asimilarlo.

—Pero... pero yo... —Intento que hablemos de nuevo—. Yo no he sido, se lo juro. —Las lágrimas se escapan de mis ojos.

—No hay peros que valgan. Está claro que usted es una ladrona y se merece salir de nuestro insigne resort.

—¡No es justo! —me quejo—. No tiene prueba alguna de que haya sido yo. Cualquiera me podría haber puesto las joyas ahí.

—Tiene dos días para hacer las maletas y marcharse —sentencia—. Y no hay nada más que hablar. Yo no la denunciaré con la policía porque hemos podido recuperarlo todo. Así que deme las gracias tanto a mí como a los señores Müller, por no querer avisar a las autoridades.

Encima iba a tener que dar las gracias de que me echasen. Naira sonrío triunfal. Sus lágrimas de cocodrilo ya no están.

Soy incapaz de decir algo más, así que derrotada, me encamino hacia la puerta para salir de

este infierno lo antes posible. Recogeré mis cosas y me volveré a Villazul lo más rápido que pueda. No puedo soportar esta humillación por más tiempo ni que me traten como algo que no soy.

Cuando estoy a un metro escaso, la puerta se abre de repente y entra Tania jadeando mirándonos a todos.

La observamos tomar aire agitadamente, fatigada. Seguro que se ha pegado una buena carrera hasta aquí. Levanta su mano derecha donde tiene un teléfono móvil.

—Lara no puede irse —dice cuando recobra el aliento—. Tienen que ver esto.

## Capítulo 45

—Señorita, nadie le ha dado permiso para irrumpir así —le dice la directora estrictamente.

—¡Me da igual! —contesta ella—. Tiene que echarle un vistazo a mi móvil.

Camina hasta su posición y le coloca el aparato frente a sus ojos. Luego le da a reproducir a un vídeo.

—Aquí tiene a la verdadera ladrona.

Todos esperamos en silencio unos minutos mientras nos preguntamos qué le puede estar mostrando para que a la directora se le quede esa cara de incredulidad. Luego mira a Naira furiosa.

—¿Esto es cierto? —pregunta furiosa a su empleada de confianza.

Naira se pone a temblar. Pero aun así se acerca a mirar la pantalla y su rostro se llena de horror. Tania da la vuelta al dispositivo y nos muestra a Carri y a mí un vídeo en el que claramente se la ve a ella. Primero entretiene al jefe de seguridad para entrar en la sala de vigilancia, cuando apagó las cámaras. Luego en otras escenas se la ve caminando por los pasillos y finalmente entrando a la habitación de estos ricos alemanes. Al cabo de un rato, vuelve a salir mirando hacia todas partes, cerciorándose de que nadie la ha visto. Lleva una bolsa blanca de tela en la mano.

—*Mein Schmuk!* —exclama la alemana sorprendida, seguramente reconociendo su bolsa de joyas.

Por último se la ve volviendo a bajar al hall y encaminándose a la sala de almacén, donde por una rendija el vídeo muestra como mete lo robado en mi carro para llevar a cabo su maléfico plan.

—Eso no... —comienza ella—. No es cierto. Claramente ese vídeo está trucado.

—¿Cómo has obtenido esas imágenes? —le pregunto a Tania con ganas de abrazarla.

Tania mira a Naira. Y aunque esta le saca más de diez centímetros de estatura, nuestra amiga la encara como la mayor de las valientes.

—Hace ya tiempo que sospechaba que no eras trigo limpio —le dice en su cara—. Tus merodeos por las plantas y las habitaciones en las que estábamos trabajando no eran muy normales.

Naira traga saliva.

—Y todos esos supuestos errores que cometíamos, que dejaban a Lara por los suelos. ¿No era

demasiada casualidad que siempre los encuentres tú?

—¡Eso no justifica nada! —se defiende ella y de nuevo, comienza a tener un berrinche de los suyos.

Menuda niñata patética.

—Ya sospechaba que tú podrías estar detrás de todo esto. Aunque con tu farsa de niña rota a la que todo el mundo odia y le hacen la vida imposible, pensaba que no serías capaz de hacer una cosa así.

—Y no lo soy. —Naira mira desesperada a la directora—. Nunca sería capaz de algo así. Solo quieren vengarse de mí por descubrir que son unas ladronas.

Oh vaya, ahora no era yo la única mangante. Iban surgiendo más por segundos.

—¡Cállate de una vez! —le suelto enfadada deseando escuchar el resto de la historia.

—Desde hace unos días pensaba que te traías algo entre manos, así que cuando ayer desapareciste, en vez de ir a la fiesta, decidí seguirte.

Ella comienza a sudar frío.

—No solo lo tengo grabado todo, sino que también lo vi con mis propios ojos. —Luego mira a la directora—. ¿Va a seguir siendo Lara la despedida después de ver esto?

La directora no acaba de salir de su asombro y los señores alemanes tampoco. Miran a Naira con total decepción hacia su persona.

—¿Por qué, Naira? —le pregunta su jefa—. ¿Por qué has hecho esto?

Naira llora desconsoladamente al ver que no tiene escapatoria.

—Yo solo quería tener una vida mejor —susurra ella—. Llevo tantos años en este resort sin avanzar... y cuando pido un aumento siempre me dicen que no hay fondos, pero aun así se contratan a decenas de nuevos empleados.

Nos mira como si fuésemos escoria que hemos venido a robarle lo que es suyo.

—Es muy grave lo que has hecho. No solo has robado e inculcado a una de tus compañeras, sino que también nos has mentido descaradamente y casi me haces cometer un gran error.

—Quizá antes de querer progresar te vendrían bien unas clases de cómo ser una buena persona —le escupo muy enfadada por lo que me ha hecho durante todos estos meses.

—No quiero alargar este asunto más. Naira, te vas a la calle. Pero ya —dicta con autoridad la dueña del complejo—. Y además este mes no lo cobrarás.

Naira aprieta los puños con fuerza, y estalla llena de rabia.

—Que os den a todos. A este complejo de mierda, a ti y a todos los que trabajan en él.

Su vocabulario es en la misma línea a lo que nos tiene acostumbrados.

—No me hagas llamar a seguridad —amenaza la directora—. Vete por tu propio pie antes de que te echemos a la fuerza.

Ella se encamina hasta la puerta, pero antes de marcharse se gira y nos muestra una peineta. Eso me pone tan furiosa, que me hace caminar hasta su posición y soltarle una bofetada que deja a todos boquiabiertos. Ya puedo escuchar cómo la directora reprende mi comportamiento

agresivo, pero necesitaba hacerlo. Con la violencia no se va a ningún lado, pero me he quedado tan relajada y liberada, que lo volvería a hacer sin duda alguna.

—Que la vida te pague con la misma moneda —le susurro victoriosa.

Ella nos mira con asco y sale corriendo dejándonos a todos en la sala.

Los alemanes comienzan a levantarse comentando algunas cosas, como que seguramente nunca más vuelvan por el Isora. Cuando la directora se disculpa con ellos y vuelven a su habitación, entonces ella se dirige hacia mí.

—Siento mucho el malentendido —se disculpa—. Aunque la bofetada ha sido algo muy incorrecto.

—La situación me hacía tener los nervios a flor de piel —me excuso. Cosa que tampoco era mentira.

—No tendrás que marcharte, y además se te compensará con una bonificación económica por los daños causados. Me disculpo en nombre de todo el Isora.

—Gracias —le digo sintiendo un alivio enorme—. La mayor compensación es ver que esa chica no volverá por aquí jamás ni perturbará los puestos de trabajo de otras personas.

—Eso se lo aseguro. No pisará este resort más en su vida.

Cuando volvemos a la habitación me paso todo el camino agradeciendo a Tania lo que ha hecho por mí. Realmente estoy conmovida y me hace darme cuenta de las buenas personas que he conocido aquí. Ella no tenía por qué hacerlo, pero aun así siguió como toda una espía a Naira para demostrar su culpabilidad y que al fin pudiésemos estar en paz. La persona tóxica ya no estaba, y todos dábamos gracias por ello. Muchos de nuestros compañeros se quedan alucinados cuando en la cena le contamos la historia de lo sucedido en el despacho de la directora, no pudiéndose creer del todo que Naira nos engañase tantísimo a todos. Pero pronto decidimos borrarla de nuestra memoria, ni siquiera pronunciar su nombre valía la pena. No vamos a gastar ni un minuto más de nuestras vidas dedicándole siquiera un pensamiento.

Solo nos quedan dos semanas para terminar nuestros contratos. Y tenemos que disfrutar de ello por todo lo alto, antes de que este sueño se esfume y dentro de un tiempo solo sea un bonito recuerdo algo empañado por esa chica.

Esas semanas se pasan volando. Nunca antes en mi vida había visto tanto volar el tiempo como hasta ahora. La vuelta a casa está cada vez más cerca, pero me alegraba de haber pasado estos últimos días rodeada de gente encantadora, viendo atardeceres impresionantes desde la terraza de este sitio de ensueño. Haciendo fiestas improvisadas a la orilla de la playa y aprendiendo que tengo que ser más positiva en esta vida. Como Carri nos aconsejaba: “Si piensas en cosas positivas, lo positivo vendrá”.

Sí, tenía que poner en práctica aquello. No puedo dejar que la vuelta a la rutina que tenía antes influya en mi estado de ánimo con todo lo que he aprendido. Se acabaron los llantos. Se acabó el tirarse de balcones. Voy a salir ahí y me voy a comer el mundo.

Porque yo también merezco ser feliz.

Ese pensamiento me da el valor, y esa misma noche, en cuanto termino de recoger todo y de empacar las maletas, camino con mi portátil en busca de Aarón.

El clavo, el niño encantador, mi confidente, mi admirador. Las cosas hubiesen sido muy diferentes si él no hubiese compartido esta época de mi vida junto a mí. ¿Qué sentía por él? Ni yo misma lo sabía. Pero era un cariño enorme. Uno que quizá fuese algo más si no existiese otra sombra en mi corazón. Me duele muchísimo pensar que también le tendré que decir adiós, como a ese otro que me partió el corazón hace unos meses.

Todos los chicos que me importan acaban tarde o temprano desapareciendo de mi vida. Estaba claro que el amor no era para mí. Pero aun así, quería intentarlo una última vez. Porque yo quería a Aarón, y me encantaría tenerlo a mi lado como compañero de vida. No podría soñar con un chico mejor y esta vez no iba a ser una cobarde, esta vez no me iba a dar por vencida sin luchar antes.

Toco la puerta de la cocina y él, que se afana en comer un sándwich en solitario, me sonrío bajo las lámparas de luz blanca.

—¡Qué bien tenerte de compañía! —exclama él contento. Luego me hace un gesto para que vaya a sentarme a su lado.

Yo obedezco y deposito mi ordenador sobre la mesa negra.

—No podía dormir —confieso—. Me da tanta pena de que esto acabe, que siento un gran nudo en el estómago.

Él asiente masticando de forma educada.

—Yo también os voy a echar mucho de menos. —Apoya su mano en mi hombro—. Pero seguiremos en contacto. No os preocupéis.

Aunque escucho esas palabras salir de su boca, su rostro no muestra la misma emoción. Puede que eche de menos un poco esto, sí, pero claramente está deseando volver al pueblo y encontrarse con los suyos. Este era el último movimiento de la operación clavo. Si esto no funcionaba, nada lo haría.

—Aarón —comienzo—, ¿recuerdas cuando Carri nos recomendó escribir a modo de cartas, sentimientos que no nos atreviésemos a expresar?

—Sí, claro. —Él se acaba su bocadillo chupándose de los dedos los restos de la salsa que ha goteado—. ¿Te cuento un secreto? No lo he puesto en práctica. Pero no me delates.

Él ríe y yo lo acompaño también débilmente. Hasta que recuerdo la misión de nuevo.

—Yo sí escribí algo. —Levanto la tapa del portátil y abro uno de los archivos—. Una vez sentí algo tan bonito y a la vez tan desgarrador por alguien, que ante mi extremo miedo a contárselo, no tuve más remedio que aliviarme escribiendo esta carta. ¿Te apetece leerla?

—¿Me la enseñarías? —pregunta él conmovido porque le confie algo tan personal.

—Por supuesto.

—Entonces será un placer.

## Capítulo 46

Abro la primera carta que escribí hace tiempo y se la muestro para que comience a leer. Automáticamente la cara se me pone roja, pero intento disimular lo mejor que puedo, aunque me esté muriendo de la vergüenza. Debo de estar loca para hacer esto por un chico. Aarón ha hecho que se me crucen todos los cables definitivamente. O quizá la desesperación. Él tarda unos eternos minutos en leerlo todo. Luego levanta la mirada de la pantalla y la dirige hacia mí.

Sus ojos están llenos de lágrimas, claramente emocionado. Y yo me siento tan llena de que esa carta le haya calado tan hondo que sin duda me conmueve. Aarón me hace sentir cosas tan bonitas. Todo lo contrario a lo que había sentido antes. Sentía que teníamos una conexión.

—Lara, es... —Busca las palabras adecuadas—. Es precioso.

Yo tengo que reprimir mis emociones no sin esfuerzo y le doy las gracias. Espero durante unos segundos por si dice algo más, o hace algún movimiento. Aunque esta carta aún no tiene su destinatario escrito, podía perfectamente escribir su nombre arriba. Si lo dejaba todo, si se venía conmigo.

Se seca las lágrimas y me sonrío.

—Sientes cosas muy bonitas por ese chico —señala—. Deberías estar orgullosa.

—Es al único al que he querido de verdad en toda mi vida. Pero es algo imposible. Leí que dicen que en la vida llegan tres amores. El primer amor, luego el amor imposible y finalmente el amor de tu vida. ¿Qué haces cuando esos tres amores son la misma persona?

Él escucha atento mi discurso melodramático.

—Ser valiente y luchar por él —responde él sin ninguna duda.

—Eso intenté, pero no funcionó.

—Cuando le enseñes a ese chico la carta, caerá rendido a tus pies —me susurra—. Yo me he emocionado muchísimo. ¡Ni siquiera lloré cuando le propuse matrimonio a mi novia! Para que veas lo bonito que escribes...

Dejo de escucharlo durante unos segundos tratando de asimilar lo que acabo de escuchar. Yo me intento declarar y, en cambio, él me dice que se va a casar con su novia. La operación clavo está totalmente cancelada. Siento el corazón en un puño. Y tengo ganas de llorar. No sé si por perder a Aarón para siempre, porque mi plan se ha ido al garete o porque sumo otro fracaso más en mi intento de conseguir pareja. No sé qué me sorprende.

Estoy destinada a acabar así siempre.

—Y si ese chico imposible no funciona, yo tengo muchos amigos que nunca han tenido novia. —Él me sonríe—. Si quieres te los puedo presentar.

No sé qué le hacía creer a Aarón que yo nunca había tenido novio. ¿Se me notaba demasiado la cara de virgen? Y dos, no, no quería conocer a sus amigos. Esa frase se me clava bien dentro, porque parece decir: “Yo no te quiero, pero quizá a alguno de mis amigos podrías resultarle algo interesante”.

Estaba claro que Aarón nunca sintió otro interés en mí. Solo amistad. Y quedaba bastante claro. Había sido tan tonta. Otra vez.

Cierro de un golpe mi portátil y me levanto agarrándolo entre mis brazos de nuevo y apretándolo contra mi pecho. No quería seguir con esto. Me retiraba antes de que me pusiese a llorar delante de él.

—No, gracias —rechazo con amabilidad—. Prefiero olvidarme de los hombres por una larga temporada. Que descanses, Aarón. ¿A qué hora te marchas mañana?

—Mi vuelo sale muy temprano. Regreso antes porque me marchó con Kassia a Polonia. He encontrado un trabajo allí y podremos vivir juntos y formar una familia después de la boda.

Yo le sonríe con tristeza.

—Me alegro mucho —susurro—. Me ha encantado conocerte, ojalá que seas muy feliz.

Él me sonríe.

—Igualmente, Lara. Espero que tu imposible se pueda hacer realidad. —Se levanta y mete las manos en los bolsillos de sus pantalones—. ¡Avísame cuando seas una escritora famosa!

—Por supuesto que lo haré.

—¿Ah, y por cierto, te acuerdas de aquel libro que te recomendé en la librería hace unos años?

—Sí —digo recordando ese peculiar libro *Uno cambia al amor de su vida por otro amor o por otra vida*.

—Seguro que te ayuda con tu imposible.

Asiento y luego lo dejo allí, observando mi espalda mientras me marchó con lágrimas en los ojos. Se acabó, dimitía en el amor. No estaba hecho para mí. No quería sufrir más.

Desde hoy ningún hombre existía para mí.

Como no quiero entrar en la habitación y que me vean así, me siento en uno de los sofás de la sala común y comienzo a hacer lo que más necesitaba.

*Creo que después de todo, me he acostumbrado a vivir la vida con tu recuerdo.*

*Me intento consolar pensando que aunque no estés a mi lado, eres feliz, y estás viviendo una vida maravillosa al lado de quienes amas y eso es una especie de cura, el saber que estás bien y permitirme pensar en ti de vez en cuando.*

*Pero también es un veneno, porque aunque sé todo esto, no puedo evitar que se me ponga un nudo en el corazón cada vez que alguien menciona que te ha visto, que te*

*conoce, cada vez que alguien dice tu nombre.*

*Cuando pienso que ya estoy mejor, que te superaré y que cada día te echo menos en falta, alguien te nombra y todo se arruina. Se viene abajo como un castillo de naipes, víctima de un arrollador viento que lo destruye todo a su paso.*

*Quiero llorar al pensar que verte una vez o dos veces más en mi vida será algo exclusivo y por lo que tendré que dar las gracias al destino de tener esas dulces y breves coincidencias que me recuerden que sigues bien.*

*No quiero sentir más este vacío de saber que probablemente aquella fue la última vez que nuestros ojos se cruzaron, la última vez que tu cara se reflejó en mis pupilas. No quiero sentirme muerta al pensar que nunca te tendré, no quiero seguir gastando mi tiempo presa de un sentimiento que no va a ninguna parte y que me acabará destruyendo.*

*Fuiste una preciosa coincidencia en mi vida, un encuentro inesperado. Pero me di cuenta de que merezco ser feliz.*

*Creo que es hora de que eches a volar.*

*Creo que es hora de dejarte ir.*

Cuando acabo de escribir la tercera de las cartas, me siento mucho mejor conmigo misma. Lo he dejado ir de manera oficial y yo me siento mucho más libre. Y justo en ese momento una bombilla se enciende en mi cabeza. Esa inspiración que llevaba años sin sentir, de pronto aparece en este momento y me da una idea estupenda. Abro una nueva página de Word y comienzo a teclear el comienzo de una historia.

Sí que había un sitio para hacer realidad estos sentimientos, estos imposibles. Y si no podía ser en la realidad, tenía un mundo entero para poder vivirlo en la ficción.

## CARTAS A MI AMOR IMPOSIBLE

Era el comienzo de una nueva aventura.

El día de la despedida es bastante duro. Algunos ya se han marchado a sus hogares hace horas, pero aún quedamos Tania, Marina, Paula y yo. No podemos evitar mirar atrás varias veces cuando tras despedirnos de Carri y darle las gracias por tan estupendo verano, observamos cómo el Gran Palacio de Isora, nuestro hogar durante más de medio año, se va desdibujando en el horizonte mientras la misma furgoneta que nos trajo el mismo día de nuestra llegada cargadas de sueños, miedos y esperanzas, ahora nos traslada al aeropuerto con sentimientos muy diferentes a los de aquel día. Pero de una cosa estoy segura.

No me arrepiento para nada de haber venido.

Una vez subidas en el avión, todas con destino a Madrid, nos regalamos algunas cosas personales para mantener los recuerdos de todas bien cerquita. Contando anécdotas y

rememorando cosas de este medio año se nos pasa el vuelo en un santiamén. Le decimos adiós a los paradisíacos paisajes de Tenerife cargadas de todo lo bueno que nos ha dado. Lo malo ya no tiene cabida.

Una vez en tierra, mientras esperamos la salida de nuestros equipajes, todas guardamos un silencio lleno de melancolía. Solo Tania se atreve a romperlo.

—¡Ha sido una pasada conoceros! —dice alegre—. Prometed que nos seguiremos viendo. Por favor. Creo que ya no puedo vivir sin vosotras.

Se ríe de manera contagiosa ante tal confesión.

—Claro, quedaremos siempre que podáis y que Marina venga a Villazul —sugiero.

—Yo os avisaré —dice ella—. Estoy tan solo a una hora en coche de allí, así que nos veremos mucho. ¡Qué guay!

—Dejad tanto drama —dice Paula mientras agarra su maleta y la coloca con algo de dificultad en el suelo a causa de su peso—. Vivimos en el mismo pueblo, no es como si viviérais en Rusia.

—Tú siempre arruinando el ambiente bonito —la reprendo.

—Cursi. El ambiente cursi injustificado. Me dan escalofríos de oídos. —Ella echa a andar cuando todas tenemos nuestras maletas agarradas y la seguimos—. Solo me falta veros hacer un juramento de amistad con sangre como en esas pelis malas americanas.

Le doy un manotazo a modo de queja, y luego me centro en Marina y en Tania.

—Os echaré de menos. Y quedaremos muy pronto. Os lo aseguro.

Luego Marina se acerca a mí y me susurra en la oreja, antes de salir por la puerta y reencontrarnos con los nuestros.

—Ya me contarás cómo va el reencuentro con *Jojo*. —Me guiña el ojo mientras se aleja en otra dirección, a una familia que chilla emocionada por ella—. ¡Me lo tienes que contar todo!

A pesar de que mi corazón da un vuelco y me pongo nerviosa, intento hacerme la fuerte a toda costa.

—No sé de quién me hablas —grito mientras se aleja.

Me da tan igual reencontrarme con él, de hecho es algo en lo que no he pensado en absoluto estos últimos días en Tenerife. Yo ya no era la misma Lara que iba a sus clases y se dejaba engatusar por sus mensajes. Así que no me importaba nada sobre su vida, lo que hacía o con quién decidía gastar sus días. Cuando salgo y veo el grupo de personas que me están esperando sonrientes, me pongo a llorar como una niña pequeña. Mis padres, mi hermano, Leo, Carla, Miriam y Ruth están ahí para darme la bienvenida. Jorge se esfuma automáticamente de mi mente, y corro a abrazarlos, soltando mis maletas de mala manera en el suelo.

—¡Os he echado tantísimo de menos! —digo mientras los abrazo a todos a la vez.

—Bienvenida a casa, cariño.

Y esas palabras de mi madre me bastan para morir de felicidad en este mismo instante.

Estaba en casa. Sin problemas de dinero, sin la sombra de los amores perdidos, ilusionada con nuevos proyectos.

Era el comienzo de una nueva vida.

## Capítulo 47

—No te muevas, estoy tratando de ponértelo bien.

Miriam se afana en colocarle correctamente a nuestra amiga el velo, perfectamente integrado a su bonito recogido de un moño bajo. El pedazo de fina tela resalta sobre su pelo castaño oscuro y cae de una forma muy elegante hasta el suelo, juntándose con la pequeña cola de su vestido ajustado de sirena. Se le ciñe de manera extraordinaria a su bonita y delgada figura y deja al descubierto casi la totalidad de su espalda, enmarcada por un sinfín de encajes.

—¡Aún no me puedo creer que te estés casando! —exclama Paula, intentando contener las lágrimas y que no estropeen su maquillaje.

—Parece que fue ayer cuando salíamos con nuestras bolsas de chuches a sentarnos por las calles. —Recuerda Ruth también algo melancólica.

—Al parecer ya no somos unas niñas —respondo yo mirándolas. Carla me sonrío a través del reflejo en el espejo.

Juntas guardamos unos minutos de silencio por nuestros días pasados y tratamos de asimilar lo rápido que se pasan los días y la vida en general. Mismamente yo hace un mes escaso estaba en un paraíso perdida en medio de una isla en Tenerife y hoy estoy aquí casando a mi amiga. La vida da tantas vueltas, que nunca dejará de sorprendernos. Y estamos deseando darlas con ella.

—Bueno, mejor será que dejemos a la novia sola para que se relaje y nos vayamos yendo para el lugar de la ceremonia —sugiero mientras me levanto de una de las butacas de su habitación, donde hemos observado todo este rato cómo Miriam la ayuda a vestirse junto a la madre de Carla. También la ha peinado justo como prometió cuando nos comunicó hace unos meses la gran noticia.

—Sí, no vaya a ser que lleguemos tarde. —Paula sujeta la pequeña cola de su vestido verde ceñido y tras darle un beso a Carla, ella y Ruth abandonan la habitación.

Yo también me acerco para desearle suerte.

—Ya casi es el momento. —Le sonrío cuando me coloco a su lado—. ¿Estás nerviosa? —Apoyo mi mano en su brazo para infundirle seguridad.

—Estoy hecha un flan —confiesa sonriendo—. Pero estoy deseando hacer esto.

También le sonrío empatizando con ella y con sus sentimientos. Debe de ser tan bonito dar este paso en tu vida con la persona a la que quieres.

—Estás guapísima. Saldrá todo genial. —Abro mi pequeño bolso plateado y le muestro un papel—. El discurso está aquí también, así que todo controlado.

Ella aplaude, feliz. Y ambas reímos.

—Ya estoy deseando escucharlo. ¡Esperemos no llorar mucho!

—Sabes lo mucho que odio llorar en público y lo mucho que me voy a tener que controlar para no hacerlo. Creo que será algo imposible. —Río—. Espero que te guste, lo he hecho con todo mi cariño.

—Seguro que me encantará. —Carla cambia su expresión—. Tú también estás guapísima, ese vestido rojo es espectacular. Pareces una actriz en la gala de los Óscar.

—Gracias —susurro y bajo la mirada a mi vestido de tul rojo con algo de vuelo—. Aunque creo que tiene demasiado escote para mi gusto.

—¡Si no las enseñas ahora, cuándo las enseñarás! —exclama divertida.

—Cierto. —Río con ella—. La verdad yo también estoy muy nerviosa. Creo que hasta un nivel parecido al tuyo y eso que yo no me caso. Pero ponerme delante de todos a leer esto...

—¿Y delante de él verdad? —pregunta como si pudiese leerme el pensamiento—. Siento mucho que tengas que verlo con su novia hoy. Encima después de que te comenté que creo que piensan en casarse también pronto.

Recuerdo la conversación que tuve hace algunas semanas con ella sobre este tema. Este verano él estuvo bastante ocupado, y rumoreaban que podía ser porque una boda estaba en camino.

—Carla —la corto rápidamente—. No es por él. De verdad. Me pone nerviosa hablar en público, eso es todo. Esa cosa extraña que sentí por él ya pasó, te lo digo muy en serio. Incluso otra persona me llegó a gustar, así que es agua pasada.

—Cuando vea lo guapa que estás se arrepentirá de no llevarte a ti de la mano.

Yo sonrío algo sonrojada y le pego cariñosamente en el brazo con el papel de mi discurso doblado.

—No digas tonterías. Ni siquiera se va a fijar en mí.

—Eso ya lo veremos —sigue diciendo confiada.

Sí, yo también sentiría ilusión por ello, o incluso confianza. Pero estaba tan acostumbrada a la indiferencia y frialdad de *Jojo* en los últimos meses que todo eso me hizo darme cuenta de que nunca se fijaría en la chica del vestido rojo. Ni por mucho escote que llevase.

—¡Venga, vámonos o llegaremos tarde! —Miriam vuelve a entrar en la habitación con todas sus cosas de peluquería ya guardadas en su maletín—. ¡Eres la novia más guapa del universo! —le dice a Carla mientras la abraza con cuidado.

Le deseamos suerte, y ponemos rumbo al lugar de la ceremonia, no sin algo de trabajo para entrar todas en el coche de Ruth con nuestros vestidos invadiendo todo el espacio. Sobre todo el mío.

Cuando llegamos al parque donde se celebrará el enlace, no tardamos en dar con el pequeño rinconcito que han habilitado para tal fin. Sobre una pequeña extensión de césped y entre un

montón de árboles se alza un altar de madera clara y flores, tan solo decorado con una mesita, más centros de flores de color rosa y blanco y un pie de micro en medio del espacio. Unas cincuenta sillas desplegadas en frente de ello, para comodidad de algunos de los invitados más allegados y familiares. Aunque es una boda bastante íntima con poco más de ciento y algo invitados, creo que nos va a tocar esperar de pie. Igualmente tampoco podría haberme sentado de los nervios. Podría ponerme a trepar árboles como una loca para intentar calmarme, pero no creo que sea una buena idea.

Los invitados poco a poco van llegando y colocándose en sus lugares. Nosotras decidimos esperar al lado del carrito de las limonadas. Paula se toma una de ellas para combatir el calor, a pesar de que son ya más de las siete de la tarde. Yo me acicalo y me coloco bien el pelo mientras miro a mi alrededor y a las personas que me rodean. Y no, no busco a nadie en particular... a nadie.

—Qué bien me está sentado esto —dice ella mientras toma otro sorbo enorme y se abanica con el bolso—. ¿De verdad que no quieres beberte una?

Yo niego con la cabeza.

—Tengo el estómago cerrado, no me entra nada ahora mismo.

—Pues está riquísima. —Ella sigue devorando su vaso con tanto ahínco que hasta Ruth se anima a beberse otra al verla.

Yo me centro en observarlas mientras muevo mi pie rítmicamente y con nerviosismo contra el suelo.

—Uf, ojalá tenga que hablar de las primeras, no soportaré una ceremonia entera con esta tensión. —Río nerviosa.

—Te saldrá genial, relájate —Ruth me calma—. Tan solo tienes que leer y listo.

—Cómo os habéis escaqueado todas, ¿eh? —las regaño con cariño por dejarme sola ante el peligro en esta situación.

—Oh, por ahí vienen ya Miriam y David. —Paula los saluda con la mano y les indica que vengan con nosotras.

—Será mejor que nos vayamos un poco más para allá —sugiero señalando un lugar más grande al lado de un árbol—. Podremos ver mejor la ceremonia desde ahí.

Ruth asiente, y cuando me giro para cambiarnos de lugar me quedo quieta de repente.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Ruth cuando casi se da de bruces conmigo.

Pronto ella también dirige la mirada hacia donde yo tengo mis ojos clavados. Y entonces ahí tiene su respuesta.

Ahí está Jorge, como salido de la nada. Con un bonito traje de chaqueta negro, una camisa blanca y una corbata de color naranja. Como si no hubiese pasado el tiempo. Con esa sonrisa que hace que mi corazón lata de nuevo. Y esos ojos verdes que se fueron para hacer feliz a alguien más. A Alma, que la lleva de la mano. Cuya sonrisa al ir a su lado es más grande que su cara. No puedo odiarla. Me es imposible. Siento tanta empatía por ella.

Es la segunda vez que los veo juntos, pero aun así se siente bastante impactante verlos.

—Hola —me saluda escuetamente cuando pasa por mi lado junto a ella.

—Hola —le contesto de vuelta.

Y esa es toda nuestra conversación después de tantos meses sin hablarnos. Me reprocho a mí misma lo estúpida que soy al sentir que mi corazón late desbocado. Son nervios, solo nervios por el discurso y ya. Él no me importa, no me importaba y no me importará.

Que se quede con ella. Me da igual. No he construido un castillo durante meses para que ahora venga y a los dos segundos lo tire de un soplido como me había hecho en otras ocasiones. Esta vez es diferente.

Nos colocamos en nuestro sitio, ninguna de mis amigas menciona nada sobre el encuentro y él se sitúa también a escasos metros, con los amigos del novio, girándose cuando anuncian que este está a punto de entrar. Todos observamos con atención a Yago desfilando hasta el altar del brazo de su madre, bien recto, claramente emocionado.

Al cabo de pocos minutos es nuestra amiga la que viene del brazo de su padre recorriendo el jardín. Con el nerviosismo, se equivoca de sitio y su *wedding planner* le pega un tirón del velo para que retroceda y entre por el lugar que le corresponde. Como si se tratase de un caballo.

—¡Maldita arranca moños! —exclama Miriam algo enfadada con ella—. Casi estropea todo mi trabajo de peluquería.

El verla así nos hace reír, incluso aunque estamos todas al borde de las lágrimas de la emoción. Paula se afana en no llorar, pero es la que más llora de todas.

Cuando los novios se encuentran y comienza la ceremonia, yo me pongo más y más nerviosa por segundos. Suplico porque sea mi turno ya, y pueda dejar de pensar en si saldrá bien y en dejar de mirar de reojo a *Jojo*. Como salvada por la campana, el maestro de la ceremonia pronuncia mi nombre y entonces echo a andar con cuidado hacia el atril y el micrófono rezando porque mis tacones no se queden hundidos en el césped. O me caiga y haga el ridículo. Gracias al cielo, consigo llegar sana y salva.

Sujeto el papel con fuerza en la mano, mientras una música a piano suena de fondo y cientos de pares de ojos me miran. Aunque solo unos cuantos tienen realmente poder sobre mí. Miro disimuladamente a Jorge, que me observa atento entre la multitud. Tiemblo, pero intento que no se note, cuando comienzo a leer, con voz pausada mientras sonrío a mis amigos.

*“Hola a todos, y a todas, en representación de todas las amigas de la novia (que tienen pánico escénico y no se atreven a subir), quiero decir unas breves palabras a nuestros amigos en un día tan especial.*

*Por fin llegó el día que tanto esperabais ambos, un día en el que vuestro hilo rojo, tal y como cuenta la famosa leyenda, os une más cerca que nunca, os une para siempre. Y Yago, no te une con cualquier persona, no... te une con una de las más buenas, nobles y humildes chicas que hemos tenido el placer de conocer”.*

Carla comienza a emocionarse, y temo que nuestro plan de no llorar hoy, será un total fracaso. Yo intento mantener mi voz lo menos rota posible.

*“Y no lo digo por decir, sino, porque hace muchos años que todas te conocimos, Carla, como se diría, eres una ‘amiga de toda la vida’ y en estos más de trece años damos las gracias por hacer que una persona como tú se cruzase en nuestras vidas. Contigo hemos tenido millones de risas y cientos de aventuras.*

*Y todo ello nos lleva a preguntarnos... ¿Cómo ha pasado así de rápido el tiempo? Parece que fue ayer cuando recorríamos las calles con una buena bolsa de chuches y nos pasábamos horas sentadas contándonos confidencias y riendo.*

*Parece que fue ayer cuando solías vestirte como una gótica, aún recuerdo esas mechas de colores que solías usar, y esas lentillas verdes que sinceramente daban miedo. Sí, lo daba”.*

Todos ríen levemente entre lágrimas y ella se lleva las manos a la cabeza seguramente, reprochándose a sí misma, el valor de salir con aquellas vestimentas a la calle.

*“Pero aquí estamos hoy y nuestra pequeña Carla se está casando.*

*Es increíble lo rápido que puede pasar el tiempo, pero también es increíble lo mucho que se pueden disfrutar los minutos cuando tienes a personas llenas de luz a tu lado, y tú, querida amiga, has hecho que todos estos años de amistad estén llenos de buenísimos recuerdos.*

*Y eso no es lo único que nos has dejado en todos estos años, puesto que gracias a ti, ahora nuestra familia tiene un miembro más. Eres tú, Yago.*

*Sigue haciendo a nuestra amiga tan feliz como llevas haciendo durante todos estos años.*

*Nunca borres esa sonrisa tan bonita de su cara, quírela siempre, y si no cumples con esto... te verás las caras con nosotras.*

*Tú también, Carla, cuídalo mucho, es el chico que has elegido para compartir tu vida y eso nos hace las amigas más felices del mundo, por verte a ti feliz.*

*No cambies nunca, porque ya, de la forma en la que eres, iluminas cada rincón que pisas. No es de extrañar que Yago te haya elegido a ti también como su compañera, te mereces lo mejor.*

*Gracias de corazón por vuestra amistad, gracias por dejarme formar parte de tantas maneras en este día tan especial para vosotros, ha sido un placer y os deseo lo mejor del mundo a ambos en este nuevo paso que estáis dando.*

*Vuestra historia, hoy, solo acaba de empezar. Lo mejor está por llegar.*

*Os quiero, muchas felicidades”.*

La multitud estalla en aplausos y yo corro a abrazar a mi amiga emocionada. Muy feliz de haberle podido dedicar unas palabras en un día tan especial.

Poder compartir una de mis cartas, esta, tan solo para ella.

## Capítulo 48

El ruido del salón comedor es ensordecedor. Todos comemos y bebemos contentos por estar celebrando la boda de nuestros amigos, ahora libres de tensiones, sin nervios, sin ver si todo sale bien o mal, sin *Jojo* rondando cerca.

Me alegro que esté en el lado opuesto de la inmensa sala, así no estaré inconscientemente pendiente de él a todas horas, aunque como siempre me muera de rabia por centrar toda la atención en un chico al que le importo menos que un chicle pisado en la calle. Intento no pensar en él, ni en su presencia.

No pensar en cómo tratará con cariño a su novia sentados a la mesa.

—La carne está buenísima, ¿eh? —me dice Miriam mientras come con apetito su plato—. ¿No te gusta? No has probado bocado.

—Oh, sí, sí —contesto algo distraída mientras vuelvo a tomar el tenedor y el cuchillo y ensarto el pequeño trozo de carne en salsa—. Está muy buena.

—Estabas en Babia. —Ella me mira alzando una ceja—. No será que...

—Solo estaba asimilando que estamos en la boda de nuestra amiga y que una de nosotras se estaba casando, eso es todo. —Le sonrío y sigo comiendo con fingido apetito.

—Mejor —me contesta ella—. Te mereces ser feliz.

Yo asiento distraída sin apartar la mirada de mi plato. Quizá sí que me lo mereciese como todo el mundo, pero ¿y si no estaba hecha para ser totalmente feliz algún día? Todo lo que quería se escapaba de mis manos, otros se lo llevaban.

Una música estridente comienza a sonar de repente sobresaltándonos a todos.

Miramos hacia las puertas de las cocinas, de donde de pronto salen algunos de los camareros llevando unos grandes ramos de flores en sus brazos.

—¿Qué es eso? —pregunto llena de curiosidad.

—Oh, lo he visto en otras bodas a las que he ido —me contesta Miriam—. Los novios obsequian con ramos a las próximas parejas entre sus invitados que se van a casar. Algo así como para pasarles el legado.

Me parece un gesto precioso de parte de Yago y Carla. Aplaudo animada como todos los demás, mientras los ramos van llegando a sus mesas de destino y los ya marido y mujer besan en las mejillas a los futuros novios. Todo va genial hasta que ellos se dirigen a la mesa de los

amigos de Yago. Entonces dejo de aplaudir y presto toda mi atención en ello, incluso dejando de respirar por unos instantes. No podía ser... no, esas flores no podía ser para *Jojo*.

Ellos no se podían casar. No ahora. No aquí. ¿Por eso me lo contó Carla? ¿Para que me fuese haciendo a la idea y no encontrarme la noticia de sopetón así?

Los segundos que ellos terminan de llegar hasta su mesa son unos de los más largos de mi vida. Quiero que resuelvan ya el misterio de las flores, y que se case cualquier otro amigo de Yago, pero no él.

Si era necesario estaba dispuesta a ir y darle una patada ninja a ese ramo y mandarlo a Francia.

Casi tengo el corazón en la boca cuando tienden el ramo, luego cuando veo que él no lo toma, que lo coge otro de sus amigos, respiro tan aliviada que pareciese que me acabo de librar de una muerte horrorosa o algo por el estilo.

Por unos segundos puedo ver que mi castillo se tambalea, y eso me hace recuperar la compostura y dejar de mirarlos. ¿Y que más me da a mí que se casen o no? Frunzo el ceño mientras sigo charlando y comiendo con mis amigas lo que resta de la velada, intentando que mi corazón vuelva a su latido rítmico regular.

Cuando la cena pasa y la fiesta comienza, todos bailamos como locos al ritmo de la música, paseamos entre la barra libre en busca de más comida y bebida con las que retomar fuerzas, disfrutando de la noche mágica de verano. Las fotos no cesan, los juegos tampoco, y todo va genial, hasta cuando me hacen salir a hacer una batalla de baile contra uno de los chicos, muerta de la vergüenza. Para sorpresa de todos salgo victoriosa, aun sin poderme mover apenas con este vestido de infinitas capas de tul y escote de infarto. Así que cuando Yago, que ha tomado el micro como animador de la velada junto al DJ me pide quedarme para la próxima prueba me niego en rotundo.

—¡Tienes que quedarte tú! —me chillan las chicas de mi equipo—. Eres nuestra esperanza.

—¡No voy a quedarme para que *Jojo* me haga un baile sexy! —Me intento abrir paso entre las chicas para quitarme del centro, pero ellas me impiden pasar.

—¡Oh, vamos, es solo un baile! —dice Paula—. Ganas, punto para el equipo de las chicas, te vuelves y listo.

—¿Acaso quieres que me mate su novia? —pregunto con los ojos muy abiertos del pánico que me inunda en estos momentos. Me fijo en Alma, que se mantiene al margen y solo aplaude levemente con una sonrisa algo forzada mientras todas las demás me pegan empujones.

—Si solo es un bailecito de nada —se queja otra chica.

—¿Entonces por qué no sales tú? —le sugiero mientras sigo intentando meterme entre la multitud.

Ella niega con la cabeza tajante. No está dispuesta a pasar tal vergüenza.

Si no me dejan pasar, y me obligan a sentarme en una silla con él encima haciéndome sabe Dios qué cosas, no sé qué sería de mí. Tendrían que llamar al equipo de urgencias. O al tanatorio directamente. Me pongo lo más seria posible.

—¡*Jojo* se queda! —anuncia Yago a voz en grito por el micrófono y el susodicho se pavonea entre su equipo de chicos mientras lo animan—. ¿Y qué pasa con la chica? ¿Quién es la valiente que intentará derrotar a nuestro fiestero?

Todas me señalan y me empujan y yo niego con la cabeza y miro a Yago diciendo que no, mientras decenas de luces de discoteca se clavan en mis ojos. Las vuelvo a mirar seria. Me estaba agobiando. No quería estar cerca de ese chico.

—No me voy a quedar a esta prueba, me da igual quien salga, pero no seré yo, ¿está claro? —me impongo.

Tras esto, Miriam me echa una mano y me ayuda a pasar al interior y librarme de la prueba. Y justo en ese momento Yago anuncia que su novia, Alma, será la indicada para esa tarea. Ella sale vergonzosa, tirándose de su vestido blanco de flores verdes y amarillas hacia abajo y manteniéndose bien firme ante la visión de su novio cuando empieza a contonearse frente a ella al son de una música sexy.

—¿Estás bien? —me pregunta Miriam cuando logro escapar a las filas de atrás.

—Sí... es solo que me he agobiado un poco. —Le sonrío para que vea que sigo en pie y dándole todo en esta boda.

Ruth también se acerca a nosotras preocupada por mí. Le digo que no es nada. Luego nos centramos en el juego y seguimos viendo todo ese alarde de sensualidad en medio de la pista. Todos ríen y se divierten, pero yo no puedo mirar. Una cosa es verlos de la mano y otra muy diferente es verlos así.

—Menudo seductor está hecho nuestro *Jojo*, vamos, ¡vuélvela loca! —Alguien debería apagarle el micrófono a Yago—. ¡Sí que sabes hacerlo bien!

Todos estallan en soniditos pícaros mientras él se quita el cinturón y se lo pasa a su novia por el cuello. Yo decido que es suficiente. Comienza a dolerme verlos así.

—Sí, es un experto en calentar a las chicas —le susurro a Ruth, resentida, mientras me doy la vuelta y miro hacia el cielo suplicando porque la música y el juego acaben de una vez.

Poco rato después, él se anota un punto para el equipo masculino, y su novia regresa a nuestras filas riendo. En cuanto el juego termina, celebramos con unos chupitos que comienza la segunda parte del baile desmadrado. Odio el alcohol, así que cuando brindamos los amigos de ambas partes, yo no bebo de mi vaso y corro a la barra a soltarlo. Pero Jorge, del que llevo huyendo como de la peste toda la noche, decide no dejarme escapar más. Porque aparece de pronto para hacerme brindar con él.

—¿No te lo vas a beber? —pregunta sin su chaqueta y con su corbata algo suelta.

—No me gusta nada. —“Cómo tú”.

Él hace una mueca de disgusto ante mi rechazo al vasito que sujeto.

—¿Acaso lo quieres? —le ofrezco.

—¡No! —niega rotundamente—. Con uno me basta.

Yo me encojo de hombros y tras soltar el vasito en la barra, vuelvo al centro de la pista a bailar

otro rato con mis amigas, mientras él hace lo mismo. Y rindo bastante, ya que pasan horas, antes de sentir que no puedo más con el dolor de pies, y caminamos hasta una zona bajo los árboles en un césped con farolillos. Ruth se viene a descansar conmigo en unas sillas que hay desperdigadas por el jardín y casi toco el cielo cuando me siento. Me quito uno de los zapatos y me masajeo un poco la planta. Está llena de ampollas. Con razón me dolían tanto.

—Voy a tirarme una hora hasta que me cure todo este daño. —Le señalo la planta y ella hace una mueca de disgusto—. Siento que no podré estar de pie mucho más.

—Pues descansamos aquí un rato, además tenemos vistas a los mejores bailarines del planeta.

Me hace mirar a los pocos que quedamos ya en la boda, y los chicos que se afanan en pegar brincos extraños bailando una música electrónica casi dañina para los oídos. Ambas reímos.

—Me muero de hambre —comento mientras mi estómago ruge. No logré comer demasiado en el banquete por ciertas preocupaciones que no quiero ni recordar. Pero como veo que en el exterior hay una mesa con delicias, llamo a Paula, que pronto viene hasta nuestra posición—. ¿Podrías traerme algo de la barra por fa?

Casi le suplico.

—¿Por qué no vas tú? —Ella siempre tan amable. Le muestro el pie.

—Apenas puedo andar, me duele mucho. —Pongo cara de pena a ver si así la convenzo—. Además, no quiero cruzarme con Jorge y su novia. Están justo ahí delante.

Señalo y ella comprueba que lo que le digo es cierto.

—Bueno, vale —acepta—. Te traeré alguna cosilla.

La seguimos con la mirada mientras camina hacia allí, y por unos instantes mientras piensa en qué agarrar, vemos que le habla a su novia. No sabemos de qué estarán conversando, pero la charla es tan breve, que vuelve pocos minutos después y nos tiende unas minis hamburguesas.

—¡Gracias! Te vas a casar con quien tú quieras. —Le pego un bocado a la hamburguesa con ganas. Está riquísima.

—Que chica más rara esa de la barra, le he preguntado si estaban las hamburguesas calientes o frías, y ni caso me ha hecho.

Paula se sienta a nuestro lado a comerse otra. Pero pronto la termina y vuelve a marcharse para hablar con otra gente. Puede que le haya echado el ojo a algún chico por ahí.

—¿Cómo va tu asunto? —me pregunta Ruth, sabiendo al instante a lo que se refiere. Alguien cuyo nombre comienza por jota.

—Oh... —Pienso con rapidez en algo que decir mientras tomo aire—. Bastante mejor. Todos estos meses sin él me han hecho reflexionar, ¿sabes?

Ella me escucha atenta, sin creerse del todo mi discurso.

—Cuando estuve en Tenerife, fue como si él no existiera. Y me di cuenta de que tampoco lo echaba tanto de menos. Y que todo fue una obsesión rara a causa de mi depresión.

Lo miro, que baila como un loco con sus amigos riendo en el medio de la pista de baile.

—Es que lo veo y ya no siento nada. —Suelto aire bruscamente intentando parecer firme y una

chica fuerte—. Sé que otro mucho mejor me espera. Y lo de él ya se acabó. Llevamos más de medio año sin hablar. Es un punto y final definitivo.

—Pero ¿y si viene de nuevo? —pregunta ella con curiosidad intentando sonsacarme verdadera información sobre mis sentimientos—. Imagínate que vuelve a hablarte como antes, ¿lo ignorarías?

Yo termino de un último bocado mi hamburguesa. Siempre comí odiosamente lento.

—¡Por supuesto! —exclamo algo ofendida de que dude de mí—. Es más... ¡Que venga! Me da exactamente igual. Estaré encantada de demostrarle que no soy un segundo plato que pueda usar cuando le venga en gana. Así le daré una buena lección por crearme falsas esperanzas.

Ruth me observa con aire divertido.

—Se te caerían los palos del sombrero si él volviese de nuevo y lo sabes.

—¡Claro que no! —niego en rotundo—. Si con palabras, ninguna me creéis, entonces os lo demostraré con hechos. ¡Que venga! Que venga, y veréis.

—Pues ahí viene —dice Ruth de broma. O al menos eso creo, porque yo también miro en la dirección y veo que Jorge se dirige hacia nosotras. La hamburguesa se me hace un bolo en el estómago y ninguna sabemos a dónde mirar.

—Disimula, por favor, que no se note que hemos estado hablando de él —le susurro.

Miramos al cielo y al horizonte haciéndonos las locas, hasta que él se sitúa delante de mí y me señala con el dedo. Se nota que está algo más contento de la cuenta.

Yo lo miro alzando la ceja e intentando adivinar qué es lo que me va a decir a continuación. Aunque estoy tentada de decirle que me deje en paz de una vez y salga de mi vida por completo. Porque siempre que él vuelve pone mi mundo del revés.

—¡No me gusta tu actitud! —me regaña subiendo su dedo de arriba abajo y mirándome fijamente.

¡Mira quién venía a hablar de actitudes correctas o incorrectas! Estoy tentada a decirle que a mí la suya tampoco me gustaba, pero me contengo.

—Me duelen los pies —contesto algo escueta esperando que desista y se vaya por donde ha venido.

Él en cambio se acerca más y comienza a desatarse uno de sus zapatos.

—Entonces te los cambio —ofrece—. Venga, vamos.

—Estoy segura que te quedarían de muerte mis tacones, pero no sé si sería una buena idea subirte encima de ellos.

—Estoy bastante acostumbrado a intercambiar zapatos con chicas, créeme.

*“Vaya, no me digas, ¿por qué no me sorprende?”*

—Esta noche no creo que sea el mejor momento —rechazo de nuevo.

Él se encoje de hombros, un gesto que solía hacer bastante. Se vuelve a anudar los cordones y se yergue.

—Como quieras, pero te echamos de menos en la pista. Y tenemos que bailar hasta que

amanezca.

*“Tú echándome de menos a mí. ¡Ja! Qué risa”.*

—Me uniré a vosotros en cuanto me recupere un poco. —Sigo controlándome y hasta logro mostrarle una sonrisa no sin algo de esfuerzo.

Él entonces recuerda algo y saca su móvil.

—Vamos a echarnos una foto para ponerla en el grupo del curso de pintura.

*“Déjate de fotos, Jorge, y vuelve con tu novia”.*

Aun así ambos posamos para la cámara y luego él se aleja diciéndome que no tarde en ir con ellos. Yo asiento e intento recuperar la compostura. Mi castillo tiembla de nuevo. Pero mientras lo tuviese, estaba segura dentro de él.

Mientras tuviese claro que pensar en él de otra forma que no fuese una amistad era una locura, que él tenía una novia desde hacía bastantes años y que seguramente se casase con ella en breves. Mientras yo supiera cuál era mi lugar, que no le importaba en absoluto y que todo esto pasaría tarde o temprano, entonces estaría a salvo.

Compruebo que Ruth me mira de nuevo con una sonrisilla. Y la miro ofuscada.

—¡Me da igual! —repito—. Que se case con su novia, tenga siete hijos, ocho perros, tres gatos, veinte coches y tres casas donde les dé la gana. Me dan exactamente igual. Lo digo muy en serio.

—Ya veo. Ya.

Yo me pongo el zapato y huyo a todo correr de ella dirigiéndome hacia el servicio. Carla me intenta parar varias veces así como otras personas para que me una a la fiesta de nuevo, pero no dejo de avanzar hasta que me encuentro dentro del cubículo y apoyo mi cabeza contra la puerta de madera maciza.

Suspiro, teniendo sentimientos contradictorios. Me estoy divirtiendo muchísimo esta noche y no quiero que acabe, porque sé que en parte, él volverá a desaparecer de mi vida en cuanto amanezca, esta vez para siempre.

Y justo como eso es lo que deseo, no puedo esperar a la hora de llegar a casa y perderlo de vista de una vez.

La boda habría terminado, así como el breve encuentro en nuestros caminos.

En cuanto siento que mis pies se han recuperado un poco, decido que es un plan mucho mejor unirme de nuevo a la fiesta que estar sentada y apartada de todos mientras miro todo el rato a Jorge y a su novia rondándole cerca. Así que bailo como si nada me importase, como si ni los zapatos ni el corazón me estuviesen apretando, hasta que comienza a despuntar la madrugada.

Me sorprende ver que realmente me he divertido mucho pegando saltos locos con mis amigas y no pensando en nada, solo en el aquí y ahora. Los camareros que llevan trabajando toda la noche tras las barras nos miran con cara de agotados, seguramente preguntándose cuándo sucederá el milagro de que nos hartemos de estar allí y nos vayamos a casa de una vez por todas para que ellos también puedan irse a la suya a descansar.

Y pronto les damos esa alegría, ya que los pocos que quedamos, principalmente los amigos del

novio y la novia, comenzamos a hablar sobre marcharnos a descansar y dar por finalizada la maravillosa boda. Mientras se ponen de acuerdo, yo me siento en un pequeño taburete al lado de unas cuantas personas más y de algunas de mis amigas. Muchos ya comienzan a irse en el autobús que han dispuesto para volver a Villazul, y nosotras estamos a punto de marcharnos también en el coche de Ruth, cuando siento que alguien me toca en el hombro.

Me doy la vuelta y me sorprende ver a *Jojo* encaminándose hacia el baño, mientras me saca la lengua y me guiña un ojo de manera juguetona para captar mi atención.

Inconscientemente mis labios le dedican una sonrisa, y automáticamente yo también le muestro brevemente un poco la lengua. Él ríe y aparta la mirada para entrar dentro del edificio. Automáticamente me arrepiento de haber hecho eso.

“¡No!”. Debería estar ignorándolo y dándole su merecido. “¿Recuerdas, *Lara*? Tú no quieres a ese chico. Lo aborreces, no te importa... no te importa en absoluto. Menos mal que no me ha visto nadie”.

—No me importa, no me importa nada, nada —susurro en voz alta sin darme apenas cuenta.

Paula se da la vuelta y me mira.

—¿Has dicho algo? —me pregunta.

Salgo de mi ensimismamiento y me controlo.

—Tengo ganas de irme ya a casa —digo casi suplicando.

—Ruth ha ido ya a por el coche, vamos a esperarla en la carretera.

Asiento y tras despedirnos de los novios, me subo al coche como alma que lleva el diablo. En cuanto me abrocho el cinturón miro a Ruth con desesperación.

—Arranca, por favor, estoy muerta de sueño. —Y miro hacia delante esperando que cuele.

Ruth me observa y luego les dirige una mirada a Paula, Miriam y David que se sientan en el asiento trasero, a través del espejo retrovisor. Todas muestran sonrisitas divertidas.

—Claro —dice Ruth aguantado una risita—. Ya nos vamos, tranquila. Estarás metida en tu camita en un periquete.

Yo asiento y apoyo mi cabeza contra el asiento cerrando los ojos mientras ella arranca el coche. Se acabó.

Por fin no lo voy a ver más.

## Capítulo 49

Casi me había olvidado de lo mucho que odiaba repartir currículos en Villazul. Caminar bajo este sol abrasador, sudando la gota gorda con una pesada carpeta llena de folios no ayudaba a que disfrutase más de la actividad. Pero tenía que seguir adelante. Me juré que nunca más me iba a permitir caer en un pozo ni sumirme en pensamientos negativos como hace un tiempo. Y mucho menos poner mi vida en peligro de nuevo.

El semáforo está en rojo para los peatones cuando me detengo para cruzar la avenida. Para colmo no hay ni una sola sombra donde cobijarme así que me pongo la carpeta sobre la cabeza y aguanto estoica la furia del Lorenzo sobre mí. Son ya las dos de la tarde, y muchos colegiales emprenden su camino a casa con sus pequeñas barriguillas rugiendo. La mía los imita.

Estoy deseando llegar a casa de mamá. Se empeñó en que fuese a comer con ella aunque yo quería salir a comer fuera con mis amigas, pero casualmente ninguna de ellas podía. Paula estaba algo mala con el aparato de su boca, Miriam tenía trabajo en casa, Ruth tenía que cuidar a sus sobrinos y Carla, bueno Carla estaba disfrutando de una estupendísima luna de miel por Estados Unidos y México con Yago que ya se extendía casi tres semanas.

¡Qué pena no haberme podido meter en la maleta con ellos!

Así que sí, pasaré el día de mi vigésimo octavo cumpleaños comiendo a solas con mi madre. Un planazo. Doy gracias al cielo cuando el semáforo se cambia a verde y nos permite pasar. Me seco una gota de sudor con la mano sin dejar de sostener la carpeta sobre mi cabeza con la otra a modo de sombrilla. Acelero el paso, así llegaré antes a casa. Mi fresquita casa.

De repente me choco contra alguien y mi carpeta cae al suelo estrepitosamente, mientras todos los papeles se desparraman por el asfalto. ¡Qué mala pata! Pido disculpas sin mirar siquiera a quien haya sido, y comienzo a recoger los papeles con cuidado de no enseñar nada al agacharme con mi vestido veraniego. Otras dos manos me ayudan en mi tarea. Cuando por fin termino y me levanto, le doy las gracias a la persona que me ha ayudado a recuperar mis currículos justo a tiempo para que los coches no nos convirtieran en una pegatina en el suelo. Y camino hasta el otro lado de la acera, fuera de la calzada. Noto que la persona me sigue.

—Muchas gracias. —Me giro y le agradezco de nuevo mientras aprieto la carpeta de nuevo contra mi pecho.

Mis ojos se abren de par en par al ver al que tengo delante.

—No hay de qué, escritora.

—¿Aarón? —pregunto sorprendida a sabiendas de que sí, que se trata de él con seguridad—. ¿Qué tal estás? ¿No te ibas a Polonia?

Nos saludamos con un beso en cada mejilla. Y él me muestra una de sus sonrisas de amabilidad. Este chico es todo un amor.

—Me iba a ir, pero tenía algunos asuntos de los que ocuparme, de la boda y todo eso —explica él—. No te cases nunca, Lara, es un follón de cuidado.

Yo río ante sus palabras.

—¡Nadie nunca me quitará las ganas de casarme! Ya me lo digas tú o el mismísimo papa —le contesto en broma, por la romántica que habita en mi interior.

—¿Qué tal la vuelta a casa? —me pregunta.

—Bueno, normal, supongo —dudo en cómo definirla—. Estoy contenta de ver a mis amigas, a mi familia... espero poder tener suerte pronto por aquí también.

Muevo la carpeta para darle a entender que estoy en búsqueda de trabajo.

—Seguro que encontrarás algo. —Me sonrío transmitiéndome fuerzas—. Y... ¿cómo va ese imposible?

—¿Quién? —pregunto algo despistada haciéndome la tonta.

—El chico al que le escribiste la carta. ¿La ha leído ya?

—No —contesto escueta—. No se la he enseñado aún.

—¿Y a qué esperas?

Lo miro preguntándome si se ha vuelto loco.

—Él tiene novia —aclaro, porque parece que ese dato se les olvida a todos siempre—. No me voy a meter en medio de la relación de nadie, aun si yo tengo que sacrificar mis sentimientos. Y dos, no le intereso en lo más mínimo, así que no tengo razones para hacerlo. Me moriría de vergüenza ver su cara de lástima hacia mí y mis sentimientos no correspondidos.

Suspiro intentando controlarme.

—¿Y qué más da que tenga novia? —Ríe divertido—. Además no puedes afirmar nada, porque él no te ha contestado nada. Así que todo eso que dices es inventado por tu cabeza.

—Si él quisiera algo de mí, ya habría pasado algo en estos más de dos años, ¿no crees? —pregunto para que abra los ojos y vea la realidad—. No hay un camino para nosotros. Está clarísimo.

Él se encoje de hombros resignándose a convencerme.

—Como mejor veas, pero sinceramente, creo que no pierdes nada por intentarlo.

—Gracias por el consejo. —Suspiro mientras lo miro—. Al menos estoy sacando algo bueno de todo esto. Estoy a punto de terminar una novela, después de más de tres años sin poder hacerlo.

—¿Gracias a él? —pregunta con curiosidad.

—Podría decirse que sí, entre otras cosas.

Él me sonrío y apoya su mano contra mi hombro. De pronto recuerdo aquel otro choque que tuve hace años en este mismo semáforo. Aquel día que llovía a mares, salí a repartir currículos y estaba deseando volver al piso. Choqué contra alguien que no pude ver con claridad bajo la tormenta. Pero estoy segura ahora, se trataba de Aarón.

Otra más de las raras casualidades que tiene la vida. Su forma de decirme que de un modo u otro, necesité que él, así como todos los demás chicos del curso, entrasen en mi mundo para enseñarme lecciones. Y para darme cuenta de mis verdaderos sentimientos.

Nunca estuve enamorada de Aarón. Ahora lo sé.

Estaba enamorada del hecho de ver la oportunidad ideal de olvidar a mi imposible, con el único chico que casi podría igualarle en cualidades.

Y sí, adoraba a Aarón. Era un chico tan encantador, tan despreocupado y cómico a su manera, que sin duda era un placer tenerlo a tu lado. Pero solo vi en él una vía de escape fácil y rápida e intenté aferrarme a ella desesperadamente. Incluso haciéndole leer una carta, que ni siquiera la escribí para él.

Y en el fondo lo sé, mi corazón lo sabe. Pero me niego a admitir quién es el destinatario.

—Estoy segurísimo de que tendrás éxito con él —me dice con una sonrisa—. Quiero que me lo firmes cuando seas famosa.

Yo me echo a reír. Pero también le sigo el juego.

—¡Por supuesto! —le digo con actitud sobrada de mí misma—. Te esperaré con uno de los ejemplares.

Mi móvil comienza a sonar de manera estridente y veo que es mamá la que me llama.

—Tengo que marcharme ya, ha sido un placer verte de nuevo —le digo mientras ignoro la llamada.

—Lo mismo digo, Lara.

—Que seas muy feliz con tu novia en Polonia. Te deseo lo mejor. —Le sonrío—. Y gracias por el libro. Lo leí hace algunas semanas, y sí, me sirvió bastante.

Él sonrío.

—Ojalá tú también logres tus imposibles. Porque recuerda que... —se acerca un poco más a mí — lo difícil se hace y lo imposible se intenta.

Y tras decirnos adiós con las manos, miro cómo desaparece lentamente por la calle, con paso firme y sus manos metidas en los bolsillos.

Adiós Aarón.

Y gracias por cruzarte en mi vida en un momento en el que realmente lo necesitaba.

Abro la puerta de casa con una disculpa prácticamente saliendo de mis labios. Mi madre me va a

matar por llegar tan tarde. Todo está demasiado oscuro y me pregunto si se habrá cansado de esperarme y se habrá ido a comer con su nuevo grupo de amigos. Camino hasta la ventana que da a la calle para alzar la persiana y dejar que la luz entre.

Justo cuando estoy a punto de subirla, la luz se enciende de repente y el ruido de algunas explosiones me hace chillar del susto.

—¡Sorpresa! —grita una multitud llenando el espacio en el que nos encontramos.

Cuando logro abrir los ojos de nuevo, percibo un montón de confeti volando, me imagino que procedente de los cañones festivos que acaban de hacer explotar. Miriam y mi madre sujetan una pancarta que grita con letras chillonas y coloridas ¡Feliz cumpleaños, Lara!

Automáticamente sonrío. ¡Es una fiesta sorpresa para mí! Nunca antes me habían hecho una. Y están todos aquí, Ruth, Paula, Miriam, mi padre... incluso Leo y Raúl. Hacía tanto que no los veía. Y ¡Carla! Ella se acerca para sacarme de mi estado de catatonia ante la magnitud de mi sorpresa, y me tiende una tarta de tres chocolates, una de mis preferidas. El pastel está lleno de virutitas de chocolate y tiene unas grandes velas encendidas que delatan mi nueva edad. Veintiocho años.

—¡Muchas felicidades, Lara! —exclama ella emocionada. Luego me acerca la tarta—. Vamos, ¡pide tu deseo!

—¿Tú qué haces aquí? —pregunto sorprendida—. ¿No estabas de luna de miel?

Ella me manda a callar con un gesto.

—Primero las velas, ¡es tu día!

Yo obedezco y mientras con una sonrisa espero a que todos terminen de entonar la famosa canción de cumpleaños feliz, pienso bastante en el deseo que pediré. Por supuesto que quiero un trabajo, quiero que todos tengamos salud y quiero que él vuelva.

Sí, si él vuelve por favor que sea para quedarse y si no es para mí, que no aparezca nunca más. Pido por todos mis imposibles.

Y sin pensar en nada más hago que el fuego desaparezca en segundos de un fuerte soplido y todos estallen en aplausos. Luego uno a uno se acerca a darme sus regalos y felicitaciones. Es el mejor cumpleaños que alguna vez me hayan hecho. Perfumes, ropa, tazas, mantitas, el comedor pronto se va llenando de todos sus obsequios, pero en realidad lo que más me gusta es que todos estén compartiendo este día conmigo. Nos sentamos alrededor de la mesa para ponernos hasta arriba de chucherías, dulces y tarta mientras charlamos, poniéndonos al día. Puedo ver cómo mi madre aún mantiene la distancia con mi padre, pero la entiendo tanto que me veo muy reflejada en ella. Siempre se nos dio bien a ambas alejarnos de las personas a las que queremos, con resignación cuando vemos que ya no hay solución.

Ojalá pueda encontrar pronto ella a alguien que la quiera como se merece. Aunque no creo que esa persona ande muy lejos, últimamente sale con unos nuevos amigos que conoció en un taller de baile con bastante frecuencia. Quién sabe si ahí estará el hombre que tanto busco para ella. Quizá hasta yo deba apuntarme a ver si también está el mío.

—¡Qué envidia, nena! —exclama Leo echándose las manos a la cabeza—. Casi medio año trabajando al lado de ese bombón, ¡debería de haberme ido yo también!

Se lamenta de forma cómica mientras yo le cuento todo sobre mi trabajo en Tenerife. Tener al lado al *señor tatuaje*, es la información más importante para él. Que me hubiesen acusado de robo y casi acabase despedida y en la cárcel, era algo menos importante en sus prioridades. Raúl se sienta con nosotros y escucha la conversación atento mientras ríe también por las ocurrencias de Leo.

—El *señor tatuaje* era bastante imposible desde el primer momento —informo—. Se va a Polonia.

—¿Tan lejos? —pregunta él incrédulo—. ¡Solo va a ir a pasmarse de frío! No hay necesidad de ello con lo bien que se está en España.

—Se casa —Leo me mira sorprendido— con su novia polaca, así que dudo que lo veamos alguna vez de nuevo. Por lo visto ella es bastante posesiva.

—Vaya... eso sí que es una sorpresa. Estaba claro que sería heterosexual, pero de ilusiones se vive, ¿no?

Raúl le lanza una mirada desaprobadora que me hace sospechar que me ocultan algo.

—Pero bueno, ya hace tiempo que lo dejé ir. A él y a su sexy tatuaje —rectifica él mirándome intensamente con esos ojazos azules que se gasta.

—¿Estás enfermo? —le pregunto bromeando y poniéndole una mano en la frente. Que Leo se dejase de fijar en chicos era algo para preocuparse. Siempre fue un *latin lover*.

—Estoy como una rosa y buenísimo, a la vista está —contesta divertido y luego mira a Raúl—. Es que yo también he encontrado a una persona especial.

Los miro a ambos de hito en hito. Raúl comienza a ponerse colorado.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto abriendo unos ojos como platos—. Vosotros dos... ¡¿En serio?!

Ambos me miran y asienten.

—Cuando te fuiste del piso nos uniste más que nunca. Te echábamos mucho de menos y claro, pues teníamos que consolarnos de algún modo.

—Eso suena muy mal —le contesto sonriendo con la mente algo sucia.

—No ese tipo de consuelo, mal pensada. —Leo me da un golpecito en la frente—. Nuestra relación fue mejorando y llegó a buen puerto. Y aquí estamos... comenzamos a salir juntos hace dos meses, cinco días y diecisiete horas.

—¿Y sabes dónde te has metido? —le pregunto bromeando a Raúl—. Me alegro mucho por vosotros, chicos, aunque veros como pareja es lo último que me hubiese imaginado en este mundo.

—Sé que somos una mezcla extraña —comenta Raúl—. Pero de algún modo encajamos.

—¿Te puedes creer que su actitud callada todos estos años es porque estaba enamorado de mí en secreto y le daba vergüenza confesarlo? —Leo señala a su ahora novio con el dedo—. Creía

que no existiría una persona más tímida que tú en el planeta, Lara, pero Raúl te supera con creces.

—Así que ese era tu motivo —le digo sorprendida.

—No me atrevía a contarle nada, así que prefería mantenerme al margen —contesta él con timidez—. Y mi familia aún no sabe que soy gay, así que me negaba a aceptarlo al principio.

—Seguro que cuando lo sepan te apoyarán incondicionalmente —lo animo.

—Y cuando me conozcan algún día caerán rendidos a mis pies. ¡Soy irresistible!

Los tres echamos a reír. Se siente bien estar de nuevo juntos. Aunque hayamos tomado caminos separados.

La fiesta continúa hasta altas horas de la noche entre bailes, risas y comilonas. Cuando todos se marchan finalmente, el comedor se ha quedado hecho unos zorros. El suelo está lleno de confeti, servilletas, restos de una piñata, y hasta algún plato y vaso de plástico que en algún momento de descontrol cayese sin nuestro permiso. Mamá me dice que no me preocupe, que me vaya a descansar a mi cuarto que ella lo limpiará. Yo insisto en quedarme y le echo una mano. Pronto todo queda limpio y ella se marcha a su habitación a descansar. Yo le doy las gracias por una sorpresa tan bonita y le deseo buenas noches.

Subo las escaleras hasta mi habitación en la segunda planta y me siento en el escritorio. Abro mi portátil para echar un último vistazo a mis redes sociales, con la esperanza de ver lo que tanto busco. Mucha gente se afana en felicitarme por este medio, pero sigo sin ver lo que quiero. Llevo el móvil en la mano desde hace rato, aferrado a mis dedos, con la esperanza de que suceda y revisándolo justo como solía hacer en aquellos meses, cada diez segundos. Permanezco así durante casi una hora más, son la una de la mañana y no he recibido nada. Tiro el móvil, enfadada, sobre la cama, intentando controlarme. ¿Acaso pensaba que *Jojo* tendría la decencia de felicitarme en un día como hoy? ¡Qué lástima de mí pensar que ese imposible podría hacerse realidad y estar mendigando una felicitación suya!

Cierro las redes, y me prometo a mí misma no volver a mirar el teléfono más hasta mañana. El volver a casa me está haciendo pensar de nuevo cosas raras, cosas que tenía bajo control.

Tenía que apagar el cerebro como fuese.

## Capítulo 50

*Octubre, 2017*

—Es una idea preciosa, Lara.

Marina escucha atentamente cuando le cuento de dónde salió la idea de mi nueva novela, libro que estoy a punto de terminar. Me alegra tanto que haya recorrido esos ochenta kilómetros que separan nuestros pueblos para venir a visitarme y que no hayamos perdido nunca el contacto desde que lo de Tenerife terminó. Ahora ella tenía un día libre en su nuevo trabajo como bioquímica en una empresa alimentaria y me había concedido ese pedacito de su tiempo.

—No está siendo fácil la escritura —le sigo contando—, pero de un modo u otro es como si esas palabras se las dijera a él de forma indirecta, y eso me hace sentir algo mejor. El sacar todo lo que he callado durante años y mostrarlo al mundo. Si en la realidad no ha podido ser, al menos en la ficción siempre podré tener esa historia que tanto soñé.

—Pero él lee tus libros. —Ella bebe de su taza con zumo de naranja—. ¿No crees que se podría dar cuenta?

La cafetería en la que estamos está abarrotada de personas, y el ruido de las conversaciones de otra gente acalla la nuestra. Y eso automáticamente me da la confianza de soltar todo lo que pienso sin la amenaza de que alguien conocido se entere de todo esto.

Corto un trozo de mi napolitana en el plato y me la llevo a la boca encogiéndome de hombros en respuesta a su pregunta mientras el sabor a chocolate se expande por mi paladar.

—No sé si él podría pensar que es el protagonista. De todas formas esta historia siempre ha sido bastante unilateral, así que dudo que se dé por aludido al no conocer casi nada de mi parte de la historia y de mis sentimientos. —Trago—. Además, hace más de medio año que nos dejamos de escribir. Nos vimos en la boda de forma esporádica y dudo mucho que vuelva a suceder un nuevo encuentro por el estilo.

—¿Y qué sientes tú ante eso? —me pregunta echándose en el respaldo de su silla, como si fuese una psicoanalista profesional.

Yo termino mi taza de té blanco y la miro.

—Alivio —le contesto—. Si no va a ser para mí entonces no quiero verlo. Si me va a usar un día y a ignorarme tres, entonces no quiero tener ningún contacto con él.

—Pero le estás escribiendo un libro, obviamente él te importa.

—Me importaba. —La miro fijamente—. Cuando era una pobre chica sumida en la desesperación, sin rumbo y perdida. Pero no ahora. El estar fuera me hizo cambiar de parecer y darme cuenta de muchas cosas. Además ni siquiera me felicitó por mi cumpleaños.

Un hombre entra con un paquete de carteles y les pide permiso a los camareros para colocar uno de ellos en el escaparate. Luego se acerca y se coloca detrás de nosotras. Es un cartel de la Verbena anual de Villazul que es este sábado. Me vuelvo a centrar en mi acompañante.

—Este libro es una despedida. —Trago saliva—. Una forma de aliviar mi corazón y una vez que le ponga punto y final, también se lo pondré a mis sentimientos. A todo lo malo que he sentido en estos años a causa de los problemas. Y al recuerdo de *Jojo*.

Ella pone una mueca de disgusto, sintiéndolo por mí seguramente.

—Entonces es una forma muy bonita de decirle adiós —dice finalmente—. Estaré encantada de leer tu libro, Lara, cuando lo termines.

—Claro, serás la primera que lo lea. Ya estoy enviándolo a algunas editoriales, ojalá haya suerte.

—Seguro que sí. Este va a ser tu año, Lara, los veintiocho te van a traer muchas alegrías, ya verás.

—Ojalá. Si empieza por traerme un trabajo no estaría nada mal la cosa.

Ambas reímos.

—Tu historia con *Jojo* me recuerda tanto a la historia con mi novio —me dice ella en confianza—. Él ya sentía por mí cosas desde hacía tiempo, éramos amigos, pero nuestras conversaciones fueron derivando en algo más. Y ninguno de los dos nos atrevíamos a dar el paso por miedo a perder nuestra amistad. Pero finalmente salió todo bien.

—Debe de ser genial ser correspondida. —Le muestro una sonrisa algo triste—. Me alegro por ti.

—Y tú también lo serás algún día. Eres guapa, inteligente e interesante. Seguro que más de un chico haría cola detrás de ti.

Echo a reír ante sus piropos.

—Créeme que antes de quedarme con alguno de los que se han acercado en mi vida, escasos por cierto, era mejor estar bien quietecita.

*“Además, es difícil que alguno llene las expectativas que te creas, cuando ya has conocido la perfección. Tengo tanto miedo de que nunca nadie llegue a igualar lo que él me hacía sentir”.*

—Bueno, ya llegará, no te desesperes. —Ella mira su reloj—. Me tengo que marchar de vuelta a mi pueblo, pero quiero que me mantengas informada de todas las novedades. No sé por qué me da, que aunque quieras despedirte de *Jojo* tan rápidamente, eso no va a suceder.

Yo la miro intentando descifrar qué ha querido decirme. Luego la despido con dos besos y prometemos seguir en contacto.

De vuelta a casa, el día está despejado y aunque estamos a principios de octubre, el clima sigue siendo prácticamente veraniego, algo bastante atípico, ya que casi siempre para la fecha de

celebración de la Verbena, llovía a mares y hacía un frío que pelaba. Parecía que este año íbamos a poder disfrutar de las fiestas como se merecían.

Como siempre recorría la calle bastante atenta a todas las caras que se me cruzaban. Por si por alguna bonita casualidad encontraba a alguien entre los rostros de la gente. El hablar del tema con Marina me había hecho recordarlo y sentir de nuevo esa cosa extraña en mi estómago cada vez que hablaba de él. Hace más de un mes que no lo he visto, y creo que esa cantidad de días se irá incrementando. Si de verdad le ha salido trabajo en otro lugar y está pensando en casarse con su novia, entonces no lo veré nunca más.

Una llamada de Carla me saca de mis cavilaciones.

—Sí, dime...

—¡Lara, tengo que contarte una noticia! —exclama ella desde el otro lado sin darme apenas tiempo de acabar mi frase—. Te vas a quedar loca.

—No me asustes, ¿qué pasa? —Mi corazón late a un ritmo más rápido de lo normal—. ¿Es una mala noticia?

—¡No!, bueno sí, pero no... bueno, depende de cómo lo mires.

—Vaya, ahora me queda todo mucho más claro.

—¿Estás haciendo algo? —pregunta—. Tienes que venir a casa y te lo cuento en persona.

—No, estaba en el centro tomando algo con una amiga. Estaré allí en veinte minutos o así.

—Perfecto. Nos vemos.

Cuando Carla me hace sentarme en su salón, se mantiene callada durante unos segundos. Me pregunto por qué no está trabajando esta mañana, y cuál es el gran misterio por el que me ha hecho venir aquí hoy. De pronto se me enciende una bombilla.

—¿Estás embarazada? —pregunto tapándome la boca con una de mis manos de la sorpresa.

¡Claro! Tenía que ser eso. Si pensar en nuestra amiga casándose era algo muy grande, pensar que iba a ser mamá era aún más impactante.

Ella abre los ojos como platos.

—¡Para nada! —exclama horrorizada—. Calla, no estoy preparada para tener niños aún.

Ambas reímos aliviadas. La maternidad está claro que aún nos queda grande.

—¿Entonces qué es lo que ha pasado para que me llamas así? —pregunto intentando buscar una explicación lógica.

—Es sobre *Jojo*. Me he enterado de una cosa y necesitaba contártela.

Borro mi sonrisa.

—Sabes que no me interesa nada de él —digo algo fría—. Mejor cuéntame que tal en tu luna de miel. En mi cumpleaños apenas pudimos hablar sobre ello... ¿Eran bonitas las playas de Cancún? ¿Y los edificios de Nueva York? ¿Son tan impresionantes como comentan?

—Ha roto con Alma —me suelta de sopetón interrumpiendo mi intento de cambiar de tema a

toda costa.

Me quedo unos segundos sin poder reaccionar. Tampoco sé qué es lo que siento al escuchar esas palabras. ¿Alivio? ¿Felicidad? ¿Desorientación? ¿Incredulidad? ¿Lástima por él?

Carla también me mira fijamente esperando una reacción por mi parte. No sé qué decir. Es como si me hubiese quedado congelada.

—Ya no están juntos, Lara. Jorge está soltero.

Aclara con la esperanza de sacarme de mi ensimismamiento. Yo finalmente tomo aire apartando la mirada de su cara y trago saliva intentando controlarme. Obviamente estaba claro que era una relación destinada al fracaso si tantas veces me comentó que se rumoreaba que las cosas no iban bien. ¿Pero no se iban a casar?

De todas formas lo que Jorge hiciese con su vida ya no era problema mío.

—Bueno, si ha tomado esa decisión será por algo —digo como si no me importase—. Mejor, que cada uno sea feliz por su lado. Eso ya no nos incumbe.

—Pues sí, es lo mejor cuando algo no funciona. Aunque no conozcamos el motivo de su ruptura. —Ella me mira con una expresión extraña—. Aunque bueno, se rumorea algo sobre eso.

Yo la miro queriendo saber ese rumor. Aunque mi mente me grita que no hace falta saber más información de la necesaria sobre él y que sería necesario que cambiase rápido de tema.

—Creen que puede estar con otra chica.

Me sorprende sentir como si me pegasen un puñetazo en el estómago. En el orgullo y en el corazón. Al final iba a ser verdad todo lo que comentaba Paula de él. Que era un picaflor, dispuesto a ir a donde se le antojase y con la que se le antojase a su beneficio. No tenía pinta de ser así, sinceramente, pero enterarme de esa noticia me impacta. Me impresiona quizá confirmar definitivamente que nunca le interesé de ningún modo. Que todo fue imaginación mía. Que mientras charlaba conmigo quizá estuviese dedicándoles bonitas palabras a la vez a otras chicas. Y es duro pensar en ello.

Me ilusioné sola y me he partido sola el corazón.

He sido tan tonta.

—Eso ya no es asunto nuestro —repito mientras hago como que busco un pañuelo en mi bolso.

—¿No has pensado que pueda volver a ti de nuevo? —pregunta con curiosidad Carla.

—¿A mí? —pregunto incrédula soltando una carcajada—. Nunca le interesé y por lo visto ahora tiene otros asuntos más importantes de los que ocuparse.

—Pero me refiero a qué vas a hacer si él comienza a hablarte otra vez.

Yo suspiro. Estoy harta de escuchar las mismas preguntas.

—No voy a caer otra vez, si es lo que os preocupa —explico—. Lo que pasó fue algo raro y excepcional. Ahora ya no me importa. De verdad. Solo quiero pasar página y olvidarme de todo. Si me pagasen dinero cada vez que digo esto, sería ya millonaria.

—Es lo mejor que puedes hacer para no salir herida.

Ella apoya su mano en mi brazo.

—Y por favor, no quiero seguir hablando más de él. Te agradezco que me cuentes cosas, pero prefiero dejarlo de una vez por todas en el pasado porque me siento muy patética.

—De acuerdo. *Jojo* no existe a partir de hoy. —Me sonrío.

Yo se lo agradezco enormemente. Porque toda esta charla de lo único que me ha dado ganas es de irme a casa y hartarme de llorar por ser tan tonta. Por desear cosas imposibles. Pero de repente, tanto Miriam como Paula y Ruth aparecen por la puerta, contentísimas.

—Hemos venido en cuanto nos han mandado el mensaje —dice Miriam—. ¡Ya queremos ver todas esas fotos y recuerdos del viaje!

—Pero tampoco te pases, eh —avisa Paula—. Una cosa normal, no nos vayas a atiborrar de fotos con la emoción, que a las ocho y media tengo que estar en casa para la cena.

—Paula, que adorable eres —le dice ella irónicamente—. A lo mejor no hay recuerdos para ti, si sigues así.

Todas echamos a reír ante su pequeña pelea en broma. Estamos acostumbradas a verlas así continuamente, nos hemos criado juntas prácticamente.

Así que tras acomodarnos todas en los sillones, Carla conecta un cable que va de su ordenador a la pantalla de plasma del televisor y comienza a enseñarnos sus fotos y a contarnos anécdotas de su viaje. Me quedo maravillada con todos esos paisajes que nos muestra y con sus aventuras. Tanto que hasta se me olvida un poco el tema de Jorge. Cuando termina, nos da unos regalos que nos ha traído a cada una, y presumo contenta de mi llavero de Nueva York y de mi botecito de arena de las playas del Caribe.

Ella nos cuenta que coger arena estaba más que prohibido, pero quería traernos un pedacito de ese paraíso. Reímos cuando nos cuenta que casi le da un infarto recogiéndola y Yago vigilaba que no viniese nadie, como si se tratase de un robo perfectamente organizado.

—¡Está todo chulísimo! —exclama Miriam contentísima—. Mil gracias, Carla.

—De nada, estoy encantada de haberos podido traer cositas —dice ella con una sonrisa.

—Que bien estar juntas de nuevo las cuatro —digo feliz de estar con ellas y de tener a Carla de vuelta.

—¿No creéis que hay que celebrarlo? —pregunta Miriam.

—Siempre es bueno celebrar todo. —Carla le guiña el ojo.

—Y qué mejor sitio que...

—¡En la Verbena! —chillan todas a la vez, sobresaltándome.

Echamos a reír.

—Es este sábado, así que no nos lo podemos perder. Tenemos que ir a pegarnos unos bailes, a pasear y a subir a Paula en alguna atracción hasta que se maree.

Paula pone cara de fastidio mientras las demás seguimos riendo. No sonaba tan mal eso de ir allí juntas, como llevábamos haciendo todos los años desde que nos conocíamos. Quizá entre la música, las atracciones y el algodón de azúcar, pudiese encontrar un buen sustituto. Alguien que me hiciese olvidar del todo a mi imposible.

—¡Sí! —exclamo con más emoción de la cuenta—. ¡Vayamos!

Mi teléfono comienza a sonar de nuevo y me pregunto quién podrá ser, cuando todas las que me suelen llamar estamos reunidas en la misma sala. Veo que es un número desconocido, y tras pensar si tomar la llamada o no, finalmente descuelgo y escucho atenta. Las demás siguen charlando sobre los planes de fiesta hasta que yo cuelgo y me dirijo con lágrimas en los ojos hacia ellas. Me miran preocupadas, pero tanto Carla como Miriam se acercan para saber si estoy bien.

—Ha sucedido —digo mientras una lágrima resbala por mi mejilla.

—¿El qué? —pregunta Paula con una expresión extraña.

Las miro y le cuento la buenísima noticia.

—Me han llamado del ayuntamiento. Quieren hacerme una entrevista el lunes.

El sonido de sus alaridos de alegría así como mi cuerpo fundiéndose en sus abrazos es lo último que recuerdo antes de echarme a llorar de pura felicidad.

Empezaba a creer en lo que Aarón me dijo antes de marcharse.

En que en este mundo, lo imposible se intentaba.

## Capítulo 51

Cientos de cuerpos bailan en medio de la pista al ritmo de música latina, en la caseta habilitada para la verbena en la que nos encontramos. Está en penumbra, tan solo iluminada por varios focos de colores que giran sin parar sobre nuestros cuerpos, el humo artificial que se mezcla con el aire nos resta visibilidad del sitio, pero nos suma las ganas de estar de fiesta hasta el amanecer. Hacía tanto tiempo que no salíamos juntas que esto había que aprovecharlo. Aunque sinceramente casi me tuvieron que arrastrar horas antes fuera. Aunque aquel día en casa de Carla estaba deseando pisar la verbena, esta tarde me costó bastante salir de casa. No me apetecía salir, no me apetecía encontrarme con él de nuevo. Ya casi hacía otro mes que no lo veía y para ser sincera desde que decidí decirle adiós de forma definitiva, lo estaba llevando bastante bien. Pero Carla insistió en que no podía faltar. Y yo decidí que no iba a estar limitando mi vida solo por el miedo a encontrármelo. Así que me coloqué mi mochila, decorada con unas chapas promocionales de estas fiestas y me fui a divertirme, a vivir mi vida.

Miriam y Carla saltan sin parar bailando como locas, y yo les sigo, lo que nos hace parecer tres majaras que no han visto una discoteca en su vida. Pero lo bien que lo estamos pasando eso no nos lo quita nadie. Paula y Ruth también se mueven al ritmo del DJ, pero de forma más comedida. Yo comienzo a cogerlas de las manos para que también se desmelenen y Paula me riñe porque casi le tiro el refresco que sostiene en su mano.

De repente siento que alguien me echa el brazo por detrás y entro en pánico. Podría ser que... cuando me doy la vuelta compruebo que es Yago, sonriente y con alguna copa de más. Bueno, más bien bastantes copas de más.

—Lara —me susurra al oído.

—Dime —le digo imitándolo divertida.

Luego él alza la voz y casi me chilla en la oreja. Vigilo su vaso para que no me lo tire encima con los vaivenes de la gente que nos empuja.

—¿No te gusta mi amigo *Jojo* para ti?

Esa pregunta me hace mirarlo con los ojos como platos y automáticamente dejo de bailar. Carla al parecer también la ha escuchado y ha detenido su movimiento. La miro horrorizada preguntándole casi con la mirada si él se ha enterado de algo sobre lo que pasó entre Jorge y yo. Bueno, más bien fue cosa mía a secas y mis sentimientos. Ella niega con la cabeza, leyéndome la

mente. No, Yago no podía saber nada, tenía que ser una coincidencia. Recupero la compostura y muestro una sonrisilla.

—Es un chico interesante —digo siguiéndole el juego—. No te diría que no.

—Pues ahora está soltero. Os puedo echar una mano. —Alza las cejas insinuante. Me hace gracia ver cómo intenta hacer de celestino cuando huele como una destilería. Seguramente mañana no se acordará de nada de esto.

—Creo que él ya ha encontrado otras manos que lo ayuden. —Me retiro de su agarre—. Pero gracias, Yago, otra vez será.

Él hace un gesto de fastidio, pero no se da por vencido ya que durante horas se dedica a dedicarme miradas alzando las cejas, pidiéndome que reconsidere su propuesta. Según él Jorge está solterito y todo para mí. ¡Menudo disparate! Intento seguir bailando y pasándolo bien con mis amigas, ignorando sus insinuaciones. Aunque la verdad se ve bastante gracioso e incluso me hace soltar alguna que otra carcajada. Mientras Carla me confirma de vez en cuando que no entiende su actitud y que ni ella le ha contado nada de la historia, ni él se ha podido enterar por otros medios.

Al final resultaba ser una graciosa coincidencia. ¡Oh, Yago, si tú supieses la historia! Te caerías de espaldas. Siento su mano de nuevo en mi hombro y me giro para ver qué quiere por décima vez. Pero al girarme no es la cara de Yago la que veo, sino los ojos verdes de *Jojo* que me miran brillantes.

—¡Lara! —exclama él a modo de saludo, para hacerse oír entre la multitud—. ¡Cuánto tiempo, ven aquí!

Y me saluda con dos efusivos besos, que me confirman que sí, *Jojo* quizá esté hasta peor que Yago en cuanto a nivel de ebriedad. Yo soy incapaz de pronunciar palabra durante unos segundos.

—No te pude preguntar en la boda, apenas pudimos hablar —me comenta él—. ¿Cómo te ha ido el verano? Desapareciste del mapa.

Mi castillo se tambalea un poco, pero no. Esta vez no caerá tan fácilmente. Instalé unos buenos cimientos.

—Bastante bien —le contesto con una sonrisa como si no pasara nada. Como si no estuviese temblando como un flan por dentro, por el simple hecho de tenerlo delante. Me pregunto si estaría con él su supuesto nuevo ligue—. He estado escribiendo un nuevo libro. Y tengo una entrevista de trabajo el lunes.

—¡Eso es genial! —Me sonrío—. Seguro que tendrás suerte. Recuerda que si no te cogen es porque no buscan a la mejor.

Me vuelve a guiñar el ojo como mejor sabe hacer. Yo estoy tentada a ponerle una mano en la cara y pedirle que desaparezca de mi vista. No me había hablado en más de siete meses y ahora venía como si nada.

—Pues para desaparecidos tú —le comento sin pelos en la lengua— has tenido que pasar un

verano muy interesante, nunca tuve noticias tuyas.

Sé que sueno con bastante reproche, pero al igual que Yago él seguramente no se acordará de nada mañana por la mañana, y yo al menos habré podido desahogarme.

—Oh... bueno sí. —Él hace como que piensa—. Ha sido un verano bastante movido.

Yo asiento, comprendiendo. Aunque eso no me servía de excusa para compensar toda su frialdad. Observo a Yago mirarnos con cara de pillo agarrado a su esposa. No tenía remedio. Esta noche no iba a ser fácil quitarle la idea de la cabeza a ese hombre.

—¡Me encantan esas chapas! —exclama mientras yo le muestro la espalda para que las aprecie mejor—. Tienes muchas, regálame una.

Me pone morritos a modo de súplica. Yo pestañeo e intento controlar mi respiración mientras pienso si se merece que le regale este poco importante objeto.

—No sé —digo para hacerlo sufrir un poco más—. No creo que te merezcas una.

—¿Y eso por qué? —pregunta él indignado—. Que yo sepa no te he hecho nada.

*“Que tú sepas... tú lo has dicho, Jojo”.*

—Anda, tu mochila está llena, no creo que notes la ausencia de solo una. —Vuelve a ponerme ojitos y yo soy demasiado débil para resistirme a ello.

Tenía razón. En el fondo él no tenía la culpa de mis locos sentimientos hacia su persona, ni tenía la más mínima idea de lo que había supuesto en mi vida. Me descuelgo la mochila y comienzo a desabrochar dos de las chapas que la decoran. Él hace un gesto con su brazo triunfal mientras lo acompaña de un bailecito mirándome fijamente. Yo aparto la mirada y me centro en coger los dos pequeños objetos. Luego se los tiendo.

*“Un regalo a tu ignorancia, Jorge”.*

—¡Esa es mi Lara! —dice triunfal mientras se las coloca en su camisa azul a modo de insignias.

—No me hagas tener que quitártelas —le digo señalándolo con un dedo en plan broma.

—Lo que se da no se quita. —Me saca la lengua.

Luego me da las gracias y se marcha a saludar a un compañero de su banda de música que acaba de aparecer al final de las cabezas de la gente. Yo suspiro y luego miro a mis amigas que me observan bastante entretenidas. Yo entrecierro los ojos y me dirijo hacia ellas.

—¿Qué hacéis que no estáis bailando?

Y yo retomo el baile loco que nos dejamos a medias hace un rato. Gracias al cielo me siguen. Intento olvidar este episodio y me pregunto una y otra vez por qué la vida se empeña en colocarme a Jorge en medio de mi camino, por mucho que yo intente huir de él.

Primero con aquel susto cuando era solo una adolescente. Luego en las clases de pintura. Después en la boda de mi amiga y ahora aquí. ¿No se suponía que se iba a trabajar fuera de Villazul?

Intentar huir de él y del daño que me causaba saber que nunca lo tendría, eso sí que era un verdadero imposible.

Cuando después de un rato voy a la barra a pedir algo de beber, veo que tanto Yago como él están cuchicheando mirando en mi dirección entre risitas, como solo dos borrachos cómplices podrían hacer. Menuda noche que me iban a dar los dos. Decido ir fuera, a buscar a Ruth y a Paula que hace un rato se salieron a la zona del exterior acondicionada con algunos sillones blancos que le dan un aspecto muy ibicenco al lugar. Pero cómo no, antes de llegar a ellas, y a pesar de que intento hacerme la tonta, Jorge me vuelve a interceptar cogiéndome del brazo.

—Lara, ¿no tendrás otra chapa para mi amigo? —me pide mientras su amigo, un hombre grandullón de unos cuarenta años, me mira sonriendo expectante a mi conversación. No puedo decirle que no, pero solo lo hago por su amigo.

Vuelvo a descolgarme la mochila y quito otra más para tendérsela. El hombre me agradece el gesto.

—¡Muchas gracias! —exclama Jorge.

—De gracias nada —bromeo—. Piensa en cómo me vas a pagar que te esté regalando tantas chapas.

Él piensa por unos segundos. Mete las manos en sus bolsillos sacando un manojito de llaves y me las pone en la mano.

—Toma —me dice todo alegre—. Te puedes quedar en mi casa, usar mi coche si quieres e incluso te puedes venir a bucear, me voy la semana que viene a la playa, así que si quieres...

—No sabes ni lo que estás diciendo —digo asombrada por su estado de embriaguez—. Verás cómo te diga que sí y luego te arrepientas.

Él niega de manera exagerada poniendo morritos. E insistiéndome en que me guarde lo que me acaba de entregar.

—Te he dado las llaves, tú mandas.

Me guardo las llaves en el bolsillo y lo miro.

—¿Qué llaves? —bromeo—. Tú no me has dado ningunas, no sé de qué me hablas.

—Sí que te las he dado, no me quieras engañar. —Ríe entrecortadamente.

Escucho unas risitas cerca de nosotros y el sonido de disparo de un objetivo. Miro hacia atrás y me sorprende al ver a Paula y Ruth sacándonos fotos con su móvil en plan infraganti. Yo pongo los ojos en blanco y les digo que paren, mientras él se pone alegre a posar para ellas. Decido terminar con todo esto. Saco las llaves y se las pongo en la mano, regresándoselas.

—Guárdate las bien y llega a casa sin que te atropelle algún coche, ¿de acuerdo? —Él asiente—. No vayas regalándolas por ahí a cualquier persona.

—¡Sí, mamá!

Luego me encamino hasta Paula y Ruth que me muestran orgullosas su móvil con la captura de nosotros dos. Yo les digo que borren eso, pero aun así me pasan la foto por correo a mi móvil, con el añadido de un corazón puesto por photoshop en medio de los dos. Resoplo intentando controlarme.

—En serio, basta ya con esto, chicas —digo cansada—. Ya estáis viendo que me da igual.

¡Aunque venga no le haré caso! ¡Que venga! Es más, me alegro de que lo haga, así os podré demostrar a todas cómo os equivocáis.

Ellas me miran sin creerse ni una sola palabra. Tampoco abren su boca para decir nada.

—Bah, me vuelvo a la pista —refunfuño mientras me vuelvo a sumergir entre los cuerpos, el humo y las luces.

Allí vuelvo a intentar concentrarme en bailar con las demás, por tercera vez esta noche, rogando porque *Jojo* se aburra y se vaya a casa de una vez. Solo con él lejos podré centrarme en disfrutar justo como lo estaba haciendo antes de que llegase. La vida de nuevo vuelve a ignorar mis súplicas cuando Jorge prácticamente se abalanza de nuevo contra mí tras tropezarse con un resalto del suelo cuando pasaba por mi lado. Se queda unos segundos abrazado por detrás y yo me alejo como si se tratase de una persona infectada con la peste negra.

Se me han puesto los pelos de punta y mi corazón late desbocado. “¡Contrólate, *Lara!*”.

—Por pocas me mato —dice él riendo y mirando al suelo, buscando al causante de su casi caída—. Maldito tablón.

—¿No crees que deberías irte a casa? —le aconsejo.

—¡No! —responde él indignado—. No me voy a ir en lo mejor. Además...

Justo en ese instante saluda efusivamente a una chica que acaba de entrar por la puerta. Es rubia, con el pelo por los hombros y delgada. Ella sonríe al verlo y él corre a por ella. Se saludan con bastante cariño y ambos charlan bastante cerca el uno del otro. Con bastante contacto. Sus amigos los observan en la lejanía mientras cuchichean y no hay que ser demasiado listo para darse cuenta de que se trata de ella. La chica por la que dejó a Alma.

Los cimientos de mi castillo parecen no ser tan resistentes como yo creía. Aparto la mirada e intento volver a ser la Lara alegre disfrutando de la verbena con sus amigas, pero me es imposible. Mi estado de ánimo está a la altura de ese tablón del suelo que lo lanzó minutos antes a mis brazos. Además el estado en el que están ellas tampoco ayuda. Carla y Yago se marchan para casa, Miriam y David imitan su decisión. Y Paula y Ruth ya ni bailan. Así que decido que es hora de retirarnos también. Son más de las cuatro de la mañana, creo que hemos cumplido bastante.

Cuando estoy a punto de salir de la caseta, Jorge me vuelve a tomar del brazo justo cuando paso por su lado y el de su amiga. Yo resoplo y tomo aire para enfrentarme a él por última vez esta noche. ¿¿Qué diantres le ha dado conmigo hoy?!

—Jorge, estoy cansada, me marcho a casa. —Me suelto de su agarre.

—¡No me gusta tu actitud, eh! —me regaña justo como hizo el día de la boda.

Realmente tengo que parecer cansada porque él no me rechista con nada más.

—Antes de que te vayas... —comienza él. Y presto atención por si me va a decir algo importante. Mi corazón palpita de nuevo con fuerza—. ¿No tendrás otra chapa? Es para ella.

Su amiguita me saluda. Yo le sonrío algo forzada.

—No, lo siento, ya no tengo más —miento.

—¡Qué lástima! —exclama él y le pasa un brazo sobre el hombro—. Esta es Gisela, por cierto, vive en Madrid, pero ha venido a pasar el fin de semana.

*“Me importa un comino lo que haga Gisela aquí en un día como hoy”*. Para colmo me la presenta. Mi nivel de enfado conmigo misma y con él de forma indirecta crece a niveles insospechados. Y el sentimiento de querer huir de ahí con el corazón roto en pedazos también. *“Patética”*.

—Pues pasadlo genial —contestó escueta.

Luego acelero el paso hasta que llego a casa. Huyendo de ese lugar y de la visión de *Jojo* y su amiguita. Suspiro aliviada de estar al fin entre las cuatro paredes de mi habitación. Aunque es bastante tarde, me tomo mi tiempo para desmaquillarme, para soltarme el recogido que llevaba hecho y colocarme el pijama. Cuando quiero darme cuenta son casi las seis de la mañana y me apresuro en irme a dormir porque es ya bastante tarde. Me meto entre las frescas sábanas de tela y me doy cuenta de que no he puesto el móvil en silencio. Mañana quiero dormir largo y tendido sin nadie que me interrumpa un sueño reparador.

Vuelvo a levantarme y camino hasta el escritorio descalza. La luz de luna entra con fuerza a través de las rendijas de la persiana, así que me cuesta poco dar con mi teléfono. Bostezo mientras lo enciendo, queriendo acabar con mi tarea lo antes posible, porque me caigo de sueño.

Pero todo ese sueño desaparece de repente, cuando en la pantalla, veo que brilla una notificación. Me tengo que sentar para asimilarlo.

Jorge Torres es el causante.

Con manos temblorosas y casi sin aire, abro su mensaje. Y el estómago me da un vuelco cuando leo las palabras que me ha escrito.

“¿Has llegado bien a casa, guapa? Espero que sí 😊

*Yo también voy ya a dormir. Un beso”*.

Aquí estaba de nuevo. Mis lágrimas comienzan a caer sin control, incluso las siento en mis pies desnudos.

Al igual que lo hace mi castillo, que se derrumba sin dejar una sola piedra en pie.

## Capítulo 52

**A**l final terminé haciendo lo que tanto juré que no volvería a hacer. Volver a retomar el contacto con Jorge.

En tan solo dos días, ya estábamos al tanto de la vida del uno y del otro de nuevo, y yo me maldecía por volver a las andadas. Seguro que él se volvería a marchar, a desaparecer cuando se le antojase, y yo me volvería a quedar sola y decepcionada. Aun así, aunque sabía que todo esto era jugar con fuego, inconscientemente, yo quería quemarme sin que me importase nada más. Si me hacía daño, ya me ocuparía de eso más tarde.

¿Cómo podría preocuparme por ello, cuando estaba por primera vez ilusionada en una entrevista de trabajo, tan solo porque él me había animado hasta la saciedad? No quería volver a decepcionarme. Ni a mí misma, ni a mi familia y amigos, ni muchos menos a él. Tenía que pensar en positivo. Si solo tenía pensamientos buenos entonces atraería la buena suerte. Como bien nos enseñó Carri.

Cuando una delgada secretaria con gafas dice mi nombre desde unas puertas grandes y altas de madera oscura, yo casi pego un brinco del susto y los nervios. Intentando controlarme, me levanto, me coloco bien mi chaqueta y camino hacia la zona de la entrevista. Trabajar aquí, en el ayuntamiento, es lo que cualquier persona podría desear. Iba a agotar toda la suerte que me restaba en la vida si resultaba la candidata elegida. Así que entro en la sala y me siento delante de un jurado de más de nueve personas, dispuesta a comerme el mundo. Como si el puesto fuese hecho para mí. Como si no estuviese hecha un flan y casi sudando frío de los nervios. Si esto no salía bien, iba a ser un gran palo.

Cuando todos los tres candidatos terminamos el proceso de selección, nos hacen esperar en una sala más de dos horas hasta que deliberan y nos dan la noticia de que podemos ir al piso inferior a ver los resultados. Los tres caminamos apurados por las escaleras, con muchos nervios y con la esperanza de ver nuestro nombre en el apartado del elegido. Yo dejo que ellos se adelanten mientras me mentalizo para enterarme de la noticia.

—No pasa nada, habrá más oportunidades, seguro... —susurro para mi interior, mientras rezo porque no haya nadie que me esté mirando y preguntándose qué hace esa loca en mitad de las escaleras hablando consigo misma.

Suspiro, tomo aire, y decido que sí. Que lo mejor es terminar con esta tensión de una vez por

todas. Si no me eligen, pues tendré que seguir adelante como sea. Estaba ya tan acostumbrada a que todo me desilusionase de un modo u otro, que una decepción más no iba a ser la gran cosa. Veo a una de las chicas mirar el papel y poner cara de fastidio. En mi se enciende una pequeña lucecita. No la han cogido... las probabilidades son ahora de un cincuenta por ciento entre el chico tímido de las gafas y yo. Las manos comienzan a sudarme mientras me paro en frente del tablón de corcho, justo al lado de mi compañero de fatigas.

Soy incapaz de localizar nuestra acta entre las más de cincuenta que hay en el panel, y si el chico la ha visto, no me ha dicho ni mu. Solo detengo mi búsqueda cuando escucho su voz.

—Felicidades, el puesto es tuyo.

Tiene una expresión triste, pero aun así saca fuerzas para indicarme el folio donde pone justamente lo que me acaba de decir, que soy la elegida. Lo miro.

Me han cogido.

Entro en casa llorando a mares y soltándolo todo por donde pillo. La carpeta rosa sale volando, el bolso choca estrepitosamente contra el suelo, mientras busco a mi madre a través de la casa. Está limpiando la habitación de mi hermano cuando yo me detengo en el umbral de la puerta con un sinfín de lágrimas cayendo por mi cara. Ella se asusta cuando me ve de esa guisa, así que suelta el trapo y camina veloz hacia mí.

—¿Qué te ha pasado hija? —pregunta muy preocupada mientras no sabe qué hacer para consolarme—. ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

Yo tomo aire sin poder hablar aún. Intento balbucear algo, pero la comunicación falla. Mi madre me pone la mano en el brazo.

—Si no te calmas, no me voy a enterar de nada —me dice ella manteniendo la compostura, pero bastante nerviosa.

Yo tomo aire intentando dejar de llorar y la miro fijamente.

—Mamá, me... me... a mí... trabajo... —trago saliva— a mí.

—Lara, como no te calmes, vamos a estar aquí hasta mañana. Entiendo más a *Chipi* si me lo propongo que a ti.

Suelto una carcajada al pensar en ella intentado a hablar con el pequeño canario que siempre tenía en una jaula del patio. Y ese gesto en medio del sofocón que tengo me hace parecer más loca aún. Como la cara de mi madre cada vez refleja más preocupación real, me centro en calmarme, y la miro cuando lo logro.

—Me han cogido —digo sonriendo entre lágrimas—. Estoy tan emocionada que no puedo parar de llorar. Lo creía tan imposible... Dios, parezco una tonta ahora mismo.

Ella me mira con los ojos de par en par.

—¿Vas a trabajar en el ayuntamiento?

—Sí. Me han cogido para el puesto de administración.

Ella lanza un chillido enorme y me envuelve en un abrazo de oso. Me zarandea infinitas veces, y me da besos en las mejillas mientras me dice lo muchísimo que se alegra. Tanto que hasta incluso me mareo, pero no me importa. Si pudiese detener el tiempo en este momento me quedaría por siempre con esta sensación. Ver a mi madre así y saber que he logrado algo que creía imposible, me hace por fin respirar aliviada.

No tardo demasiado en pregonar la noticia por todas partes. Mis amigas se vuelven locas y me cuentan lo mucho que se alegran por mí. Hasta Paula me sugiere ir al cine para celebrarlo, pero me lo confirmaría más tarde cuando viese que podría ir a la proyección del sábado por la noche y no surgiese ningún imprevisto.

Mi padre, que está de vacaciones con Alexia, también me felicita en una llamada y me dice lo orgulloso que está de su niña. Tampoco faltan las felicitaciones de Leo y Raúl, los ahora pareja, que me invitan a una cena de celebración en su piso pronto.

Y la felicitación de él.

*“¡Así se hace, Lara! ¿Ves, cómo sí que eras la mejor? ;) Me alegro mucho por ti.  
¿Cómo lo vas a celebrar?”.*

Yo tecleo mi respuesta, sentada tranquilamente en el salón. Mi madre está viendo una película en la televisión, el mejor plan esta sobremesa.

*“Muchísimas gracias, Jorge 😊*

*Pues este viernes quiero ir al cine con Paula, pero aún no sabe si podrá. Echan esa peli de miedo tan famosa. La verdad tengo ganas de verla”.*

Su respuesta tarda en llegar varios minutos.

*“Es un buen plan.*

*Oye, si tu amiga te falla... puedo acompañarte si te apetece”.*

Siento la necesidad de restregarme los ojos y pellizcarme el antebrazo. Tenía que ser un sueño. No podía ser real esto que estaba leyendo. ¿Jojo me acababa de pedir que fuésemos al cine juntos? Mi corazón late desbocado. Me alegro de que mi madre esté sumida en la televisión y no se dé cuenta del rato que está pasando su hija ni de su cara de culpable felicidad. ¿Qué le digo? ¡Oh, Dios mío!

En vez de contestarle inmediatamente, me levanto del salón excusándome de que voy a buscar el cargador de mi ordenador portátil a mi habitación, y una vez allí, hago una llamada. Marina descuelga el teléfono al tercer toque.

—¡Lara! Qué bien saber de ti —saluda alegre.

—Marina, necesito contarte algo —digo caminando nerviosa de un lado a otro de la habitación.

—Pues soy toda oídos. ¿Es sobre Jojo?

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunto incrédula. A veces era como si supiese leerme la mente.

—Te pedí que me mantuvieses informada, así que supuse que tu llamada sería relacionada con eso. ¿Te ha vuelto a hablar?

—Sí —confieso—, Retomamos el contacto en la verbena. Y me acaba de sugerir que vayamos juntos al cine este sábado.

Ella se impresiona al escuchar esas palabras.

—¿Y ahora a ti se te caen las bragas, verdad? —pregunta jocosa.

—¡No se me cae nada! Están bien sujetas. ¡Qué cosas tienes!

Ambas reímos mientras yo intento controlar mi volumen de voz aunque dudo que mi madre se entere estando en la planta de abajo.

—No sé qué hacer, Marina. Necesitaba compartir esto con alguien —le comento algo desesperada—. Mi mente me grita que debería ignorarlo, perder el contacto con él porque sabe que solamente saldré herida de todo esto. Mientras más tiempo pase con él, más estaré condenada. Mientras más recuerdos haya más me dolerá luego. Pero por otro lado está el corazón chillando que no deje pasar esta oportunidad. ¡Me voy a volver loca!

—Vamos a ver —dice ella intentando que me tranquilice—. Todo es muy simple, Lara, y se resume a una única pregunta.

Ella se queda en silencio durante unos segundos. Yo me mantengo a la espera con el teléfono pegado a la oreja. Las manos me están sudando de nuevo.

—¿A ti te apetece ir con él al cine? —pregunta finalmente.

—Yo... bueno...

—Sí o no —me insta.

Yo pienso durante unos segundos. Toda mi vida había sido una cobarde en los temas amorosos. Siempre había huido de todos esos chicos que en las redes me hacían proposiciones por miedo a que no saliese bien, por miedo a salir herida como siempre había pasado con todos mis amores no correspondidos, las burlas y mi invisibilidad con el sexo masculino. Solo se habían interesado por mí de una forma rastrea con insinuaciones raras, como si fuese una chica de usar y tirar.

Pero ahora un chico increíble se estaba ofreciendo a acompañarme al cine y yo era tan tonta como para dudar en decirle que sí. Y moría de ganas de hacerlo. Pero el miedo siempre estaba ahí. El no saber si estaba haciendo lo correcto.

—Me muero de ganas de ir con él —confieso un poco avergonzada.

Marina chilla, loca de contenta al otro lado de la línea.

—Entonces no hay más que hablar —me dice—. Ahora mismo le escribes un mensaje y le dices que sí. ¡AHORA MISMO, EH!

Yo río ante su reacción. Pero mi estómago sigue teniendo un nudo apretadísimo en su interior.

—Pero ya le dije a Paula que iría con ella —me excuso.

—Pues también le escribes a ella y le dices que en otra ocasión —me ordena—. Lara, no puedes perder esta oportunidad. ¡Lo has estado esperando por años! Ahora que él hace un

movimiento, ¿le vas a decir que no? Porque en ese caso voy hasta Villazul y te tiro un zapato a la cabeza.

—Tus amenazas solo me ponen más nerviosa —le digo riendo.

—Escríbeles, a ambos. Y no dejes pasar la oportunidad. —Ella suspira—. Dios, es que me recuerdas tanto a mí. Que sepas que así comencé yo con mi novio. Así que...

—No hagas suposiciones raras —le corto—. Solo vamos en plan de amigos. Dudo que él busque en mí algo más que una amistad. Recuerda que dicen que anda con otra chica.

—Si anduviese con otra chica, no te diría de ir al cine, tontuela —me regaña con cariño—. Cree más en ti misma y para adelante. No te vas a arrepentir.

Yo asiento y le doy las gracias por aguantar a la pobre chica inexperta asustada porque un chico la ha invitado a ir con él al cine. Luego marco el teléfono de Paula. Como no me contesta le envío un mensaje pidiéndole perdón, pero que ya tenía acompañante para ir a ver la película. Le pido el favor de comprender que esta era una oportunidad que no podía dejar pasar.

Ella se enfurruña y me dice que le deberé mucho en el futuro por dejarla plantada. Y yo protesto con que ella nunca me confirmó en si quería ir o no, así que se le adelantaron.

Cuando acaba nuestra cómica conversación por mensajes, me siento en la cama y tomo aire antes de teclear en el mensaje de Jorge.

“Sí. Vayamos 😊”.

## Capítulo 53

Estoy tan nerviosa que podría vomitar hasta la primera papilla. He informado a todas mis amigas de esta increíble vuelta de los acontecimientos, Marina me ha vuelto a dar ánimos antes de salir de casa con la promesa de luego contárselo todo con pelos y señales y hasta he engañado a mamá para poder escaparme al cine con Jorge.

Ya no solo tener una especie de cita extraña como amigos me ponía el vello de punta, sino que también tenía que lidiar con el pánico de que alguien me pillase y cuchicheara sobre que voy a solas con un chico al cine. Y peor aún que llegase a oídos de mis padres. En un pueblo no existía la privacidad.

Subo las diez escaleras que llevan a la puerta del cine y allí espero, más recta que un palo, a que llegue mi acompañante. No puedo parar de pensar en si esta decisión que he tomado está bien. O si es la correcta. Tengo ganas de disfrutar de la película con él, pero a la vez siento la imperiosa necesidad de salir corriendo a casa y cerrar la puerta con quince cerrojos para huir de él.

“¿Dónde te estás metiendo, *Lara*?”

Cuando él aparece por la esquina de la calle, siento el calor subir a mi cara de manera automática. Las piernas se me aflojan y hasta siento retortijones en el estómago a causa de los nervios. Estoy aterrada. Pero tengo que controlarme.

Él no puede notar nada. Él no puede saber que desde hace tiempo su sonrisa me pone el mundo al revés. Y ni siquiera yo sé el motivo de ello.

Huele genial, como de costumbre cuando se acerca a mí y me da dos besos a modo de saludo que me hacen perder el sentido. Lleva unos vaqueros y una camisa blanca ligeramente abierta que tornea bastante bien su musculatura bajo ella.

—¿Llevas mucho esperando? —me pregunta bastante cortés.

—No, tan solo unos minutos, no te preocupes. —Muestro una sonrisilla nerviosa.

—¿Sacamos las entradas? —sugiere.

—Sí, claro, vamos.

Caminamos hasta la cola y esperamos en un silencio bastante incómodo hasta que es nuestro turno y nos tienden los dos pequeños tickets que nos darán acceso a la sala. Luego hacemos también cola para comprar algo de picar mientras vemos la película. Estoy tan nerviosa que no sé

de qué hablarle, y él tampoco parece tener el don de la conversación demasiado fluido hoy. Me ofrece palomitas, pero las rechazo alegando que tengo el estómago un poco regular. Si como algo, vomito, literalmente. Una mano me toca el hombro y me giro asustada pensando que sí, que alguien conocido me ha pillado con las manos en la masa. Cuando me giro me alegra ver que se trata de Tania y una amiga que la acompaña.

—Lara, no sabía que venías a ver la película —me dice ella mirando con ojos como platos a mi acompañante—. Estas cosas se cuentan.

Yo sé que este encuentro traerá cola y que me preguntará cómo ha podido suceder todo, qué hago yo con un chico en el cine sin decir ni mu. Ella sigue sonriendo mientras yo intento mantener la compostura y recuperarme del gran susto que inconscientemente me acaba de pegar.

—Vengo con un amigo —aclaró—. No tenía con quién venir y él se ofreció a acompañarme.

Miro a Jorge que sigue ocupado pidiéndole cosas al hombre de la barra.

—Claro, tu... amigo. —Ella sonríe con picardía y se da codazos con su amiga. Era muy gracioso lo infantil que podía llegar a ser Tania, pero es muy divertida—. Diviértete mucho y ya nos contarás. Agárrate a él cuando te de miedo la película.

—Estoy acostumbrada a ver terror. Tiene que ser muy buena para que me dé un poquito de miedo —digo entre risas también y rezando porque Jorge no se entere de nuestra conversación.

—Entonces deja que él se agarre a ti.

Me guiña el ojo y luego desaparece por la puerta negra que da acceso a la sala. Yo respiro profundamente intentando calmarme hasta que él me da un pequeño toque en el brazo.

—¿Entramos? —sugiere mientras sostiene un gran cartón de palomitas y un refresco.

Yo asiento y ambos nos dirigimos a nuestros asientos. Charlamos un poco de cosas banales hasta que la película empieza y a la vez yo miro para todos lados, suplicando porque nadie conocido me vea. Me siento tan mal de mentirle a mi madre con todo esto. Tampoco sé si él se sentirá a gusto llevando al lado a una persona que no es su novia y que puedan cuchichear sobre todo ese tema e inventar rumores absurdos.

Nos pasamos casi toda la película en silencio y tan solo comentando brevemente cosas puntuales que nos han hecho gracia. Al final resulta ser una película de terror bastante mediocre a pesar de todo el bombo que se le había dado. Me sorprende ver lo relajado que él se sienta a mi lado, bastante tumbado en la butaca y con las piernas muy relajadas. De vez en cuando se apoya en el reposabrazos acercándose un poco más, y su aroma viaja hasta mí, poniéndome algo más nerviosa. Me pregunto cómo se sentiría poder olerlo directamente con mi nariz sobre su piel.

Ese pensamiento me pone tensa y me yergo más en mi asiento. Casi podría pasar por una estatua. Ni siquiera me he movido un centímetro desde que empezó la película y me siento súper rígida. Parezco tonta comportándome así cuando el estar aquí junto a él es lo que he soñado desde hace años por mucho que no lo quisiera reconocer. Todo ese intento de hacer como si no me importase nada y hacer oídos sordos a mi corazón era tan solo un mecanismo de defensa para no salir herida de nuevo. Todos los chicos me habían decepcionado y desilusionado, al final la

que acababa hecha un mar de lágrimas era yo. Todos se acaban yendo tarde o temprano, o se acababan aburriéndose de mí en cuanto otra chica con mejor cara o mejor cuerpo entraba en escena.

Entonces, ¿por qué esta vez sería diferente? Tenía que aprender a controlar mis sentimientos si no quería estamparme esta vez también. Es un chico que acaba de terminar con su novia, una relación de nada más y nada menos que siete años. Dudo que vaya buscando otra cosa en mí que tan solo amistad o evadirse para no pensar en lo que le acababa de ocurrir.

Le echo un vistazo de reojo y está ensimismado en la película. Nuestros brazos separados por escasos centímetros. Me acomodo en el asiento quitándome todos los pensamientos locos de la cabeza, y me centro de nuevo en la pantalla hasta que termina.

Una vez fuera del cine, entre la gente que se marcha a sus casas. Jorge y yo nos paramos en la esquina de la calle.

—No ha estado mal —digo intentando romper el silencio incómodo que nos acompaña desde el principio de la noche—. No es la mejor peli de terror que he visto, pero ha estado entretenida.

—Sí, no ha estado mal —contesta él escueto.

Nos miramos durante unos segundos mientras yo jugueteo un poco con la cinturilla de mis pantalones vaqueros. ¿Qué se hace en estos casos? ¿Debería sugerirle de ir a tomar algo a algún sitio? ¿O tendría que ser él el que me dijese alguna cosa? No lo veo con muchas intenciones de decir absolutamente nada. Es más, soy incapaz de averiguar en general sus intenciones. Es como un libro cerrado, y ese misterio me llama aún más.

—¿Cómo te va en tu nuevo trabajo? —me pregunta él mientras algunas personas que pasan apresuradas nos dan algunos empujoncitos.

Todavía me resulta raro asimilar que al fin estoy trabajando y en algo que tanto he deseado. Desde que comencé el martes en mi nuevo puesto ha sido como estar en el cielo. Los compañeros son muy amables y me ayudan en todo lo que pido. El ambiente laboral es insuperable y yo estoy muy feliz de estar haciendo algo por mi vida y no estar en casa lamentándome y llorando. Desde lo de Tenerife, se ha abierto una estupenda racha que espero que nunca termine.

—Muy bien —le contesto con una sonrisa—. Me quedaría allí de por vida si me dejasen.

—Quizá tengas suerte y te renueven. —Me sonrío.

—No lo creo. Tal y como están las cosas hoy en día tener un trabajo estable sería algo así como un milagro. En cuanto acabe mi contrato en unos meses estaré en la calle, pero al menos estos meses de felicidad no me los quitará nadie.

—¡Pues claro! —Me sonrío, pero luego desaparece de manera fugaz.

Nos volvemos a quedar mirándonos sin decir nada durante unos instantes más. Está claro que él no me va sugerir ir a ninguna parte. Y yo soy incapaz de decirle que me muero por pasar más tiempo a su lado. Pero creo que han sido demasiadas emociones por hoy.

—Bueno —rompo el silencio—, me tengo que ir a casa.

—¿Ya te vas? —pregunta alzando las cejas.

—Sí... estoy algo cansada después de madrugar durante toda la semana —me excuso—. El cuerpo me pide cama.

Su expresión cambia y casi puedo verlo sonreír de una manera disimulada.

—Dormir, quiero decir. —Suelto una risita para que no suene tan mal.

—Pues que descanses mucho.

—Igualmente. Gracias por venir conmigo, me lo he pasado bien.

Nos damos dos besos en la mejilla a modo de despedida. Y justo antes de darme la vuelta, él me vuelve a interrumpir.

—Mañana hacen noche de monólogo en el teatro —dice él tomándome por sorpresa. Lo miro preguntándome qué querrá decir con eso—. He pensado que quizá, si te apetece, podemos ir juntos... tiene buena pinta.

¿Me estaba pidiendo otra “salida de amigos”? Mi corazón palpita emocionado al escuchar esas palabras. Y también mis nervios vuelven a estar a flor de piel tan solo de pensar en otra noche como la de hoy a su lado.

—Sí —contesto sin pararme a pensarlo siquiera.

Él sonríe y mete las manos en los bolsillos.

—¿Entonces te pasas mañana por mi casa a las nueve? —sugiere.

—Sí —vuelvo a contestar, parca de palabras a causa del shock.

—¡Nos vemos, Lara!

Se da la vuelta mientras me dice adiós con la mano y yo me quedo unos instantes mirando su espalda desaparecer. Pronto también hago lo mismo, y me encamino hacia casa a todo correr, deseando llegar y estar dentro de mi zona de confort. Solo así podré relajarme hoy y quizá poder comer algo al fin.

Cuando entro a casa, doy las gracias de que mamá no haya llegado aún y corro a mi cuarto para tirarme sobre la cama mientras doy pataditas de felicidad como una adolescente emocionada con su primer amor. Pero pronto, y como viene siendo típico en mí, la razón me hace poner pies en pared y frenar toda esta euforia. Que quiera ir conmigo de nuevo a algún espectáculo no quiere decir que esté interesado en mí de algún modo romántico.

*“Así que relájate, Lara”.*

Me siento en la cama volviendo a tener autocontrol. Él ni siquiera habrá olvidado a su ex novia aún. Tan solo querrá un poco de compañía porque le caigo bien. Sí, eso te tienes que meter en la cabeza. Nunca va a pasar nada entre nosotros y él seguramente se irá cuando se aburra de la chica piedra y otra mejor aparezca en escena. No podría soportar que me rompieran el corazón esta vez. No con él.

Y sabía perfectamente que si seguía conociéndolo, me acabaría enamorando perdidamente. Pero aun así quería ser valiente por una vez en mi vida y ver que salía de todo esto.

Tengo que hacerlo. Si no lo hago me arrepentiría de por vida. No puedo dejar pasar esta

oportunidad.

Mi teléfono que vibra sin parar, me saca de mis cavilaciones. Sigo sentada en la cama como un pasmarote, con el bolso y todo puesto aún. Saco mi móvil y veo que podría explotar a causa de todos los mensajes preguntándome qué tal se me ha dado la cita. Yo les contesto que muy bien, aunque he estado muy nerviosa y les aclaro a todas que no ha sido ninguna cita, sino una escapada entre conocidos. Dudan en si creer mis palabras o no, menos Marina, que me dice que eso son citas, sí o sí. Me paso horas hablando con ellas y luego metida en la cama intentando dormir. Los nervios parecen no abandonarme y me cuesta bastante relajarme y sumirme en el sueño.

Y yo no sé ya si achacar este insomnio a un miedo tremendo a que él me acabe enamorando y dejando rota, o a que me estoy ilusionando por mucho que lo quiera evitar.

Antes de que me quiera dar cuenta, ya estoy en el teatro con él. Reímos sin parar ante las ocurrencias del monologuista, lo que me ayuda a relajarme más que en la noche anterior del cine. Aunque sigo estando bastante tensa cada vez que siento que él está a mi lado. Me da miedo meter la pata con algo, asustarlo. No se puede dar cuenta de mis sentimientos, seguramente saldría corriendo, alegando que estoy loca por pensar que él buscaría algo más en mí que una simple amistad. Quizá hasta podría volver con su ex novia y yo me quedaría destrozada. No, tenía que seguir siendo firme. El hombre subido sobre el escenario está a punto de acabar su función sobre temas de relaciones amorosas y cosas por el estilo. La verdad no es el mejor tema para un chico que está superando una gran ruptura amorosa y una chica inexperta muerta del miedo por sentirse atraída hacia él.

—No podemos perder el tiempo. Si hay alguien a quien quieres, ¡díselo! No esperes más. Ahora mismo o cuando salgáis de aquí y vayáis camino a casa, decídselo, así sea no correspondido o llevéis años juntos hay que expresar todo lo que tenemos ahí dentro. Quizá si no se lo decimos, nos podríamos arrepentir en un futuro. Las cosas pasan por algo y si las dejamos escapar, quizá nunca más regresen. ¡Muchas gracias señoras y señores, buenas noches!

El discurso del actor me ha conmovido hasta la médula y hasta me ha hecho que le lance una pequeña mirada a Jorge de reojo. ¿Y si se lo dijese? Todo lo extraño que me pasaba con él. Todo lo que él me hizo sentir desde el primer día que cruzó esa puerta y me hizo tener ese presentimiento extraño de que lo nuestro no acabaría ahí. Él aplaude con los ojos brillantes sin dejar de mirar el escenario, y yo suspiro.

No, soy incapaz de hacerlo.

Aunque es una idea que no desaparece de mi cabeza en horas mientras decidimos ir a comer juntos, y luego lo acompaño a su casa, que pillas de paso antes que la mía. Cuando llegamos a su portal, tan solo iluminados por dos farolas tenues en la calle, yo me detengo nerviosa cuando me invita a subir si me apetece. Me lo pienso durante unos segundos, mientras imagino cuáles son

las intenciones para querer que suba a su casa, y se me aflojan las piernas solo de pensarlo.

¿Y si quería hacer algo raro conmigo? Yo niego con educación porque no estoy preparada para eso aún. Ni siquiera sé si estoy preparada para seguir quedando con él y cómo acabará todo esto. Así que le doy dos besos y luego me marcho a casa.

Mientras me desvisto no paro de preguntarme si todo esto valdrá la pena. Me lo paso muy bien con él a pesar de que mis estúpidos nervios no me dejan disfrutar plenamente su compañía, pero aun así soy incapaz de adivinar qué intenciones tiene él conmigo.

Hasta ahora no se ha desmentido el rumor de que su ruptura se debió a aquella otra chica de la verbena. Y a la vez tampoco sé si habrá olvidado a su novia, cosa que en tan poco tiempo, creo imposible. Si solo estaba jugando conmigo no iba a poder soportarlo. Así que pienso si no sería mejor parar con todo esto antes de que se haga más grande y sea más difícil dejarlo ir.

Pero como siempre, cuando planeo sacarlo de mi vida, un mensaje suyo llega justo a tiempo para mandar mis planes al garete.

*“Me lo he pasado genial contigo. Espero que hayas estado a gusto.*

*Por cierto, al final seguiremos con las clases de pintura este año, comenzamos el lunes, así que si te animas, te estaremos esperando 😊 Que descanses, guapa”.*

Las clases de pintura. Aquel refugio al que acudía cuando las cosas se ponían mal, y fortuitamente este año, contra todo pronóstico, se volvían a realizar. Juré no volver a ellas, prometí no volver a buscarlo a él.

¿Entonces por qué me sorprende teclear un sí al instante de leer su mensaje?

Sí. Iría a clases de pintura de nuevo.

Voy al trastero para cerciorarme de que todo el material sigue ahí, justo como lo dejé hace meses queriendo cerrar una puerta que hoy al parecer vuelvo a abrir de par en par sin ganas de huir más.

Yo tomo la mochila entre mis brazos.

Uno siempre debía de regresar a los sitios donde había sido feliz.

## Capítulo 54

El lunes estoy allí tan puntual como un reloj. Pero esta vez no vengo sola, he logrado convencer a Ruth de que se apunte. Así descansará de tener que cuidar a sus sobrinos a todas horas y podrá evadirse aunque sea un ratito. Como viene siendo costumbre, soy de las primeras en llegar, así que logro conseguir el mismo lugar de los anteriores años, la primera en la fila, justo en frente del profesor. Mientras llegan las demás, yo voy sacando los útiles y le indico a mi amiga cómo hacerlo también, mientras la pongo al día y le explico cómo funciona esto.

Me sorprende ver que este año no estamos tantas personas como en los anteriores, y que Rosalía tampoco se deja ver. Mejor. Ojalá Aarón se la hubiese llevado a Polonia.

Al cabo de un ratito, justo cuando estamos poniendo pintura en nuestras paletas, Jorge entra y mi corazón se vuelve a parar justo como lo hizo aquel primer día en el que nos reencontramos. Ahora yo salía a veces con ese chico, a pesar de que parecía a kilómetros de distancia, a pesar de que parecía imposible.

Eso coloca una estúpida sonrisilla en mi cara que no le pasa nada desapercibida a Ruth. Yo la miro algo avergonzada y le indico que disimule, o alguien podría pensar que estamos tramando algo, aunque sea exactamente eso lo que está pasando.

—¿Todavía no os aburrís de mí? —pregunta a modo de saludo *Jojo* mientras suelta su maletín y nos mira.

—¡Nunca! —exclama de repente Francisca respirando agitadamente mientras cruza el umbral de la puerta y nos saluda a todos de manera poco discreta.

Un curso de pintura sin ella y sus siniestros dibujos no sería lo mismo.

—¡Qué felicidad echar estos ratitos con vosotros por aquí! Os echaba mucho de menos, mucho —charla ella mientras se sienta en su taburete y comienza a sacar los útiles.

—Sin ti esto no sería lo mismo —le contesta Jorge con aire divertido.

—¡Lo que quiero yo a mi profe! —exclama ella emocionada entre risas.

Los demás también estallamos en carcajadas. Francisca no tenía remedio, pero era una loca encantadora. Cuanto da comienzo la clase todos atendemos aplicadamente la actividad que nos propone. Y me sorprende comprobar que no es una nueva técnica de las tuyas, sino que nos deja pintar lo que nos apetezca para empezar de un modo más relajado. Me atrevo a pintar un bonito y colorido pájaro que espero que quede bonito. Ruth en cambio se dedica a hacer una casa con

jardín que me recuerda mucho a los dibujos infantiles que los niños al salir del colegio les entregan a sus madres orgullosos.

—Poco a poco —la animo—, ya verás.

Ella asiente y se vuelve a centrar en su lienzo. Jorge se pasea por la clase con las manos metidas en los bolsillos. Yo lo sigo con la mirada de vez en cuando cada vez que las circunstancias me permiten hacerlo sin parecer totalmente descarada. Y aunque a veces nuestros ojos se encuentran de manera fugaz, me sorprende ver que ni siquiera me dedica una sonrisa. Sigue metido en su papel de profesor aunque hayamos tenido varias salidas juntos. Eso me hace borrar la sonrisa que le había dedicado y centrarme yo también en mi dibujo. Era extraño como a veces podía ser el chico más cálido del mundo y otras tratarme con la frialdad de un carámbano. Como unos días mi móvil no dejaba de recibir mensajes suyos y me hacían la mujer más feliz del planeta, y otros días no recibía ni un simple saludo, lo que me hacía volver a estar exactamente como el año anterior cuando me juré no estar pendiente cada tres segundos del móvil por si sucedía el milagro y él me había escrito. Imagino que para él estas salidas no han significado lo mismo que para mí.

Suspiro y dejo de pensar. Me concentro en escuchar la música, y hacer un cuadro bonito. La indiferencia de *Jojo* me ha hecho enfadar un poco. De repente siento algo húmedo recorrerme la frente que me hace salir de mi ensimismamiento. Cuando quiero darme cuenta, tengo a Jorge delante pintándome la cara con una brocha gorda de color amarillo.

—¿Qué hemos dicho sobre el cuidado de la sala? —me regaña de forma traviesa mientras señala al suelo con el pincel y compruebo que algunas gotas de pintura de alguna forma extraña han acabado sobre el suelo de parqué blanco—. Voy a tener que quitarte el título de alumna preferida.

Yo hago un divertido gesto de fastidio. Si esas gotas del suelo van a ser muy difíciles de limpiar, mi cara no va a correr mejor suerte. Vi cómo la pintura se le quedaba durante días a Leo sobre la piel sin haber forma humana de que eso desapareciese. Estaba condenada a parecer una enferma del hígado. Amarilla como una más de la familia Simpson.

—Lo limpiaré, no te preocupes —le digo excusándome y caminando hacia uno de los armarios cercanos a la ventana donde solemos tener a mano todos los productos para limpiar toda clase de manchas, después de los altercados de años anteriores.

—Buena chica —me alaba con una pequeña sonrisilla mientras se aleja.

Yo lo miro desde mi posición agachada en el suelo mientras se aleja a supervisar otros cuadros. “*Profe malo*”.

Ya han pasado minutos desde que todos se marcharon, pero yo sigo aún en el baño restregándome papel empapado de agua para quitarme la mancha de la frente. He logrado hacer desaparecer el ochenta por ciento de la pintura, pero aún sigue habiendo un ligero rastro del castigo. Ruth entra en la habitación y la miro a través del espejo.

—Puedes reírte si quieres —la animo, ante su cara de diversión—. ¡Vaya suerte la mía!

Restriego un poco más el papel contra mi piel apretando los dientes concentrada mientras ella camina hasta mi posición y me lo arrebató de la mano haciéndome parar.

—¿No estás viendo cómo te estás poniendo la frente? —Me hace tomar conciencia de ello mirándome en el espejo—. Está más roja que un cangrejo. Te vas a hacer daño si sigues insistiendo.

Yo apoyo los brazos sobre el mármol del lavabo y suspiro.

—¡Maldito Jorge! —exclamo mientras ambas reímos por la situación—. Me voy a vengar, algún día lo haré.

Mis amenazas caen en saco roto para Ruth, que me mira, como siempre, con aire divertido y puedo leer lo que piensa como un libro abierto. Ella además me lo confirma.

—Serías incapaz de ser mezquina con él. Se te cae la baba. ¿Dónde ha quedado esa confianza cuando chillabas “que venga” y todo ese asunto de tu venganza?

—Solo he quedado con él un par de veces. Y como amigos —aclaró—, créeme que no se me cae nada.

Ella alza una ceja dudando de mis palabras de nuevo, pero yo me centro en colocar mi flequillo de forma estratégica para tapar el rastro de pintura amarilla que tiñe mi piel. Luego le pregunto por su hermana que nuevamente está embarazada, para cambiar la conversación mientras ambas regresamos a casa.

Ceno con mamá mientras me cuenta que tal le fue en su consulta médica. Me alegra saber que todas son buenas noticias, como que el cáncer está desaparecido por completo y que Cristian vendrá a visitarnos la semana que entra. Nunca me acostumbraría a no tener a mi hermano pululando cerca. Pero así era la vida.

Cuando terminamos, lavo los platos y luego subo a mi cuarto mientras ella se queda viendo una película. Me coloco el pijama sintiéndome muy a gusto de estar al fin cómoda en casa y me pongo a terminar el libro al fin. Me siento tan bien cuando lo acabo que parezco liberada. No puedo esperar a que él lo lea, a que todos los lean. Es un gran grito silencioso que tan solo unos pocos entenderán, pero que es una carta abierta en sí a todo lo que he sentido en estos años.

Aún no he obtenido respuesta de la editorial a la que envié los primeros capítulos de mi manuscrito, así que comienzo a sospechar que de nuevo pasó inadvertido para los responsables. Como si mi ordenador tuviera la capacidad de averiguarme el pensamiento, una publicación de publicidad llama mi atención en una de mis redes sociales. Al parecer una editorial acaba de abrir un concurso de novela romántica. Y es como si una bombilla se encendiese en mi interior. Si mandando tan solo de forma corriendo los manuscritos, nadie me hacía caso, entonces habría que cambiar el método. Habría que hacer que lo leyesen de manera obligatoria. Como por ejemplo enviándolo a uno de estos concursos.

No me lo pienso ni dos veces, para coger mi manuscrito y enviarlo a la dirección de correo electrónico que me proporcionan. Me quedo mirando la bandeja del correo virtual mientras me siento orgullosa de lanzarme a la piscina de ese modo. Total, no tenía nada que perder. A unas

malas me quedaría igual que estoy. Y tendría mucho que ganar en cambio.

Mi teléfono vibra y me asombra ver que es un mensaje de Jorge. Llevaba dos días sin escribirme. Me envía una foto bastante cómica con Carla, parece que tienen reunión de amigos y novias. Y tan solo acompaña a esa imagen dos palabras.

*“Anda, vente”.*

Yo miro el reloj. Son más de las doce de la noche, ¿cómo me iba a ir ahora? Luego vibra de nuevo, y una nueva foto inunda la pantalla. Ahora ya no están solo ellos dos, sino Gisela también. Mi corazón da un vuelco. ¿Cómo se atrevía a mandarme una foto con esa chica?

Marco el número de Carla y espero a que conteste mientras prácticamente tiemblo sentada en mi silla.

—¿Lara? —pregunta ella.

—Carla, soy yo —aclaro aunque sea algo obvio.

—¿Te ha llegado la foto de Jorge?

—Sí, las dos —matizo con algo de rabia—. Oye, él me ha invitado a pasarme por donde sea que estéis. No sé si sería buena idea ir o no.

—¡Claro que puedes venir! —exclama ella sin dudar—. Además, tenemos muy buen ambiente. Y él quiere que vengas. Has salido varias veces en la conversación.

Yo suspiro.

—Es que estoy en pijama —me excuso—. Además, si Gisela está allí no quiero ir a hacer el tonto.

—Sinceramente, Lara, creo que lo de Gisela eran rumores sin fundamento. Los estoy viendo juntos y créeme que no parecen tener nada más que una gran amistad.

—Eso es lo que tú dices. —La desgana me invade—. Pero en realidad si voy y aparezco de repente todos se preguntarán qué diantres pinto yo allí. Parecerá que en cuanto se cansa de Gisela, acude a mí para que lo entretenga como segundo plato. Bueno, prácticamente como tercero incluso.

—No digas tonterías —me anima—. Si quieres venirte ven, en serio, él tiene ganas de que vengas, si no, no te habría escrito. ¿Piensas que te enviaría una foto con ella si hubiese alguna relación romántica entre ambos? Si ese fuese el caso no te escribiría como lo hace ni te invitaría a salir juntos a sitios. ¡Vente, por fa!

—No sé, Carla —dudo intentando controlar mis deseos—. Es muy tarde, siento que voy a ir a hacer el tonto.

—Aunque sea un ratito, vamos —sigue insistiendo—. Hazlo si te apetece, no molestas para nada.

Tengo un gran debate durante unos minutos sobre si ir o no ir a ese bar. Si me quedo aquí escondida en mi cama, sé que estaría haciendo caso a la razón, pero también siendo una cobarde por no querer salir de mi zona de confort. Mi corazón me pedía a gritos ir, salir de mi casa un día

de diario a estas horas de la noche y verlo. Ver la situación que habría entre él y Gisela con mis propios ojos.

Estar un ratito más con él. Como siempre, convirtiéndose ya en costumbre últimamente, mi corazón es el que gana la batalla.

—En diez minutos estaré por allí. Envíame la ubicación.

Las calles están sumidas en silencio sepulcral mientras yo camino por ellas, muerta de nervios. Iba a estar él, iban a estar sus amigos e iba a estar esa chica que tan pocas ganas tenía de ver. Casi tenía que forzarme para que mis piernas caminasen hacia adelante y me llevaran a ese lugar. Impedirles que saliesen corriendo de vuelta a casa.

Cuando llego al lugar me sorprende ver que es un típico bar familiar y por las ventanas puedo comprobar que ellos son los únicos clientes del local. Entro y toda la atención se centra de repente en mí. En mis vaqueros viejos, mis zapatillas deportivas, el jersey tres tallas más grande que oculta mi figura, junto a mi cara y pelos de dormida y asustada. Me falta ponerme a sudar frío para acabar de pasarlo mal del todo y tener el pack completo de pánico. Algunos de ellos se sorprenden, otros a los que conozco de vista me dicen un hola escueto mientras se quedan pensativos también. Yo camino con paso seguro hasta el taburete en el que está Carla y la abrazo a modo de saludo.

—¡Qué bien que te hayas decidido a venir! —me comenta alegre mientras me tiende un poco de su bebida. Yo la rechazo amablemente. Podría vomitar de los nervios si tomo tan solo un sorbo.

Me percato de que aquí falta gente. Sus amigos se han vuelto a concentrar en un partido que echan en la televisión.

—¿No está esa chica? —pregunto con curiosidad.

—Oh, se marchó hace un rato, cinco minutos antes de que tú llegases —me explica.

—Mejor —contesto—. No estoy preparada para verlos juntos.

—De verdad que no pasa nada entre ambos. ¿No puedes aceptar de una vez que tú eres la que ha llamado su atención de un modo u otro?

Hago un gesto y me señalo.

—Mírame, no hay nada en mí remarcable. —Suspiro—. ¿Por qué un chico como él que con esa labia que se gasta podría conseguir a cualquiera se fijaría en la tímida Lara “Donut”?

—Porque tienes muchísimas cosas buenas y además eres guapa también. —Mi amiga me guiña el ojo en complicidad.

—Tú que me ves con buenos ojos.

Me percato de que Jorge está sumido en una competición de dardos con Yago unos metros alejados de nosotros. En cuanto lanza uno de ellos y este rebota y cae al suelo, se percata de mi presencia y camina hacia mí, con una expresión que no sé descifrar.

—Al final te has animado a venir —me saluda de un modo parecido al de Carla—. ¿Has jugado alguna vez a los dardos?

Yo niego con la cabeza algo cohibida por su presencia y los pares de ojos que nos miran desde la barra. Sus amigos no pierden detalle de lo que está sucediendo. Él me toma del brazo y me arrastra hasta la zona de juego de la diana. Luego se coloca detrás de mí, tanto que hasta puedo sentir su respiración en el cuello, lo que instantáneamente hace que se me ponga de punta el vello de todo el cuerpo.

Desliza su mano y su brazo de forma lenta y continuada por los míos y me pone un dardo en la mano mientras levanta mi brazo y me indica cómo se debe realizar el lanzamiento. Yo estoy tan nerviosa que podría perder el conocimiento ahora mismo. Me conformaré con no sacarle un ojo a Yago al lanzar esta pequeña cosa punzante a su suerte. Poniendo toda la poca concentración que tengo, el lanzamiento resulta nulo, ya que rebota y no se queda clavado en esa colorida diana. Me hace repetir tres veces el tiro mientras escucho los cuchicheos de sus amigos preguntándose el motivo de tanto roce gratuito con esta recién llegada desconocida. Solo clavo el dardo una vez, y él lo celebra chocando más fuerte de la cuenta las manos contra las mías. Está más contento de la cuenta a causa del alcohol y puedo notarlo en su expresión y comportamiento. Está mucho más cariñoso que de costumbre.

Una vez que acaban con los dardos, el futbolín es su siguiente objetivo. Carla se anima a unirse jugando con su ahora ya marido, y Jorge insiste en que yo compita junto a él y en contra de ellos. Yo le digo que también soy malísima con ese juego, pero parece no importarle. Cada vez que nuestro equipo marca un gol en la portería contraria, sus amigos corean alegres: “*Beso, beso*”. Una dulce sugerencia para celebrar cada victoria. Yo miro algo espantada a *Jojo*, en su estado quizá se lanzaría sin dudar sobre mí y si me llevaba a dar aunque fuese un besito muy pequeño, él seguramente se arrepentiría al día siguiente y yo me moriría aquí mismo. Por suerte él sigue con sus choques de manos y sus guiños de ojos tan típicos en él. Acabamos perdiendo la partida ante los imbatibles esposos, así que solo nos queda resignarnos y abandonar el juego.

Después, sin darnos cuenta más de dos horas han pasado y tanto Carla como Yago sugieren marcharse a casa. Viendo que mi mayor apoyo en esta sala se iba, yo también me excuso para irme a descansar. Para tener paz, eso que siempre necesitaba después de tener encuentros con Jorge. Este chico ponía sin duda la salud de mi corazón en un fino hilo.

—Acompaña a la chica, hombre —puedo escuchar cómo Yago le susurra a Jorge refiriéndose a mí—. ¿Y si le pasa algo camino a su casa?

Jorge tan solo lo mira con cara de pocos amigos. Luego le pide que pare con sus infantilismos. Lo que interpreto como que no tiene el más mínimo interés en acompañarme a casa. Quizá la cosa hubiese cambiado si se tratase de Gisela. Pero mejor, solamente pensar en un camino a casa de diez minutos con él, algo borracho al lado, mi corazón se salía del pecho.

Me coloco el pañuelo en el cuello y me despido de todos con un tímido adiós y un gesto de la mano. También me despido de Carla y Yago cuando ellos se marchan en dirección contraria a la mía. Yo comienzo a caminar hacia casa.

—¡Espera, Lara! —Esa voz me hace detenerme y que se me ponga el vello de punta.

Me giro para comprobar que Jorge ha salido del bar también con su abrigo en la mano y corre un poco para alcanzarme. Cuando llega a mi altura me sonrío levemente.

—Te acompaño.

## Capítulo 55

Ambos caminamos sumidos en el silencio que siempre nos caracteriza, rompiéndolo de vez en cuando con charlas rápidas que pronto se apagan de nuevo. Además él está algo borracho y me sigue la conversación con algo de dificultad, lo que me insta a quedarme callada más rato y dejar que sea él el que hable. Cuando nuestras manos se tocan levemente por accidente, tengo que acallar un suspiro y disimular los latidos de mi corazón.

¡Vaya castillo de naipes que me había construido, pensando que sería eficaz contra mis sentimientos hacia él! Me daba tanta rabia no poder controlarme cuando lo sentía a mi lado. Comportarme como una tonta y como una muda. No parecía ni yo. Cuando llegamos a la plaza de la iglesia, decido que aquí debemos separar nuestros caminos. Le convendría ir a su casa a dormir tranquilamente.

—Puedo ir desde aquí sola —sugiero mientras él me mira con ojos brillantes.

—No me importa acompañarte a casa. —Se tambalea un poco sobre sus pies.

—Estaré bien. Creo que hasta quizá debería ser yo la que se asegure de que llegues sin problema hasta tu piso en tu estado. —Sonríe un poco. Es divertido verlo con un puntito de alcohol.

—¿Quieres venir a mi piso? —me pregunta de repente aprovechando que ha salido el tema.

Como siempre que me sugiere ir a su casa, nunca sé cómo reaccionar o qué contestarle. Entro en pánico solo de pensar en la situación. En imaginarnos a los dos solos, allí, de madrugada. Dos chicos jóvenes, él demasiado borracho y yo demasiado enamorada.

—Deberías descansar. Podemos dejar la visita para otro día —contesto amablemente.

—No tengo sueño. Además tengo una diana en el salón. Podríamos jugar a los dardos. Te daría clases gratis —sugiere mientras espera mi respuesta.

La escena de hace un rato cuando lo tenía detrás de mí enseñándome cómo lanzar, viene a mi mente. Su toque sobre mi piel, su respiración.

—Otro día —casi le suplico—. Estoy algo cansada.

“*Excusas*”.

—Como quieras —él se resigna—. Sabes que estás invitada a venir siempre que quieras.

—Iré, gracias por la invitación. —Sonríe.

—De nada. —Me devuelve la sonrisa mientras sigue batallando con su equilibrio.

—Ten cuidado hasta que llegues a casa y acuéstate —le aconsejo como si fuese una madre preocupada por la salud de su hijo de nuevo.

—Eso haré.

Me acerco para despedirme con dos besos, y él me imita. Solo que Jorge parece no calcular demasiado bien las distancias a causa de su estado, porque acaba dándome dos lentos besos en las comisuras de los labios. Luego se aparta unos milímetros para mirarme a los ojos en silencio y de forma extraña. Mi corazón late apresurado, casi seguro de que me va a estampar un beso en la boca dentro de unos segundos. Me quedo de piedra esperando a que se lance, o esperando que haga algún movimiento mientras yo intento controlar que no se me doblen las piernas a causa de los nervios. He pasado de ser la chica dramas a la chica nervios. Odiaba ponerme así. Odiaba quedarme de piedra sin saber bien cómo reaccionar cuando estaba junto a él.

Tras unos tensos segundos en los que sus ojos brillantes recorren mi cara, finalmente me suelta y yo doy un paso hacia atrás, tomando aire. Aliviada, pero a la vez algo decepcionada de no llevarme ese beso de él que estoy segura que tanto me gustaría.

—Que descanses, Lara. Ya vamos hablando. Gracias por venir esta noche —me dice adiós con la mano en alto.

—A ti por invitarme —prácticamente susurro mientras intento encontrar dónde está mi voz, mis cuerdas vocales y mi boca. Este chico me había apagado el cerebro por completo en tan solo dos segundos.

Él sonríe y se da media vuelta emprendiendo el camino a casa. Yo hago lo mismo, y estoy tentada de mirar varias veces hacia atrás mientras prácticamente corro por la calle intentando calmarme a mí misma.

*“Solo lo ha hecho porque estaba borracho. No te crees falsas esperanzas. Ni siquiera estará ahí mirándote para correr a tus brazos y darte el beso si te das la vuelta. No mires hacia atrás”.*

Voy repitiendo esos mantras hasta que llego a casa y me encierro en mi cuarto. Apoyada en mi puerta no puedo evitar quedarme unos segundos mirando a la nada, reviviendo lo que acababa de pasar. Quizá para otros no significase nada, pero para mí, que nunca había vivido algo así, siempre sería un momento que recordar.

Me llevo la mano derecha a la comisura de mis labios recordando cómo se sintió tenerlo tan cerca y que me tirase el castillo de naipes en tan solo un segundo. Por millonésima vez.

Preguntándome cómo se sentirá tener esos labios masculinos sobre los míos de manera completa.

Si seguía conociéndolo, estaba segura que acabaría enamoradísima de él.

Estaba condenada. Oficialmente.

El miércoles nos reunimos todas en la cafetería del centro para celebrar el cumpleaños de Carla, la reciente esposa se une al club de los veintiocho y no podíamos dejar pasar la oportunidad de

celebrarlo como se merece. Todas van llegando poco a poco mientras salen de sus trabajos y obligaciones y nuestra mesa va creciendo cada vez más. El camarero incluso tiene que arrimarnos otra, para que podamos caber todas con comodidad, así como la tarta, y todos nuestros zumos, cafés y té. Incluso Marina y Tania se han unido algo cohibidas, pero también Paula y yo teníamos ganas de verlas así que matamos dos pájaros de un tiro.

Cantamos animadas el cumpleaños feliz, le damos a Carla sus regalos, de los cuales cae completamente enamorada cuando los abre, y comemos hasta no poder más. Hasta que nos sale azúcar por los ojos. No me arrepiento de nada, venía muerta de hambre del trabajo.

—Muchas gracias a todas —dice Carla agradecida mientras nos mira emocionada—. Me ha encantado este cumpleaños.

—El que te mereces —le digo yo mientras doy un último sorbo a mi zumo de naranja.

—Además, descansando de tu marido, no se puede pedir más. —Paula se limpia la boca con la servilleta para eliminar los restos de tarta

—¡Qué cosas tienes! —exclama Carla pensando que nuestra amiga no tiene remedio.

—Por cierto, ¿no me notáis nada raro? —pregunta Paula de manera misteriosa.

Todas las observamos con detenimiento, sin apreciar a simple vista nada fuera de lo común en ella. Su mismo maquillaje de siempre, sus mismos pendientes en las orejas, su mismo pelo a media melena, lacio, marrón.

—No te has cortado el pelo —afirma Miriam, como buena experta en peluquería que es.

—Ni te has hecho tatuajes, al menos visibles —dice Tania riendo.

—¿Te has echado novio? —pregunta Marina.

—¡Ojalá fuese eso! —exclama Paula divertida—. Es físico, si os fijáis con detenimiento lo averiguareis.

Ella se atusa el pelo y nos mira dejando despejada su cara.

—¡Te han salido tres pelos en la barbilla!

Todas echamos a reír con la ocurrencia de Miriam, y Paula se lleva la mano a esa parte de su anatomía preocupada de que sea cierto. Se queda aliviada al comprobar que no hay nada indeseado allí.

Mientras ellas siguen haciendo cávalas, yo me sigo fijando intentando resolver su acertijo. Después de uno segundos cuando miro su plato vacío y luego la miro a ella, al fin creo que he dado con la respuesta.

—Te han quitado el aparato —contesto y todas se giran hacia mí, y luego la miran a ella intentando verle los dientes para confirmar si estoy en lo cierto.

Paula me mira y me sonrío abiertamente.

—¡Bingo! —me dice.

—Ya me resultaba extraño que tú comieses en público cuando llevas dos años sin querer hacerlo. Esa ha sido la mayor pista.

—Qué alivio, por fin puedo comer todas las cosas que me dé la gana sin tener que preocuparme

de parecer un buffet andante.

—¡Qué exagerada! —la reprende Carla mientras le pega otro bocado al pastel de nata.

—¿Y sabéis qué es lo primero de lo que voy a disfrutar? —Esperamos expectantes su respuesta —. De comerme todos los chicles que me den la gana.

Saca uno de su bolso y se lo mete en la boca tras quitarle el envoltorio. Hace un gesto de placer infinito mientras lo mastica. Te da hambre con solo mirarla. Mi teléfono vibra, y corro apresurada a sacarlo con un gesto brusco de mi bolso que no pasa desapercibido a Carla. Ni a ninguna de ellas en general.

—¿Qué te dice *Jojo*? —pregunta Carla con una sonrisilla.

Yo intento mantener la compostura, como si recibir un mensaje suyo no me importase en absoluto.

—Nada...

—Por nada no pones esa sonrisilla, ni se te pone la cara roja como un tomate —me dice Miriam—. ¿Estáis volviendo a hablar? ¿Pero y su novia?

Echamos a reír.

—Miriam, a veces me paro a pensar en si eres de este pueblo —la regaña Ruth con cariño.

Me tomo unos instantes para ponerla al día con todo lo que ha ocurrido en estos últimos meses y el giro de los acontecimientos. Ella abre una gran boca sorprendida.

—¡Lo sabía! Yo sabía que su actitud contigo no era normal. Sabía que tarde o temprano se te tiraría al cuello.

—Bueno, tan solo somos conocidos que se acompañan juntos a los espectáculos. Ya que tenemos unos amigos a los que no les van esas cosas. Nada más.

*“Aunque su actitud hacia mí me parezca muy rara y me haya intentado dar una especie de beso extraño o al menos eso creo. Pero no, Jorge no podía estar interesado en mí”.*

—Me invita a la ópera este sábado —confieso.

Todas corean un gran “uh” y la mitad de la cafetería se gira a mirar. Yo siento que me pongo aún más colorada.

—¿Conocidos dices, eh? —pregunta Miriam picarona levantando las cejas.

—Bueno, sí, lo admito —digo ya bastante cansada de fingir—. Él me gusta. Siempre lo ha hecho, por mucho que no quisiera reconocerlo. Pero ya sabéis lo mal que lo he pasado. No quiero ilusionarme para salir herida de nuevo como me pasa siempre. Estoy harta de desilusiones. Y aunque me repito eso una y otra vez desde hace años, cuando se trata de él, es imposible hacerle caso a la razón.

—Porque lo quieres. ¿Acaso pensabas que no nos habíamos dado cuenta? —dice Carla—. El amor es como un incendio. Que ven antes el humo los que están fuera, que las llamas los que están dentro. Y tú desde el primer momento ya estabas ardiendo.

Las demás sueltan una risita. Sí, es muy divertido cuando tú no experimentas un amor no correspondido. Por desgracia yo ya había vivido bastantes, a pesar de no ser amores, sino más

bien caprichos temporales. Y no era para nada agradable ni gracioso.

—¿Irás con él entonces, no? —me pregunta Marina, como si no tuviese otra opción que decir que sí.

—No lo sé —confieso con sinceridad—. Yo... es que...

—Es que nada, recuerda que tienes que ser valiente. Y tú quieres serlo —me anima ella.

—Es que siento que si lo conozco más, me acabaré enamorando. —Me doy cuenta de que Paula mira hacia otro lugar desinteresada.

—Quizá a él le ocurra lo mismo —dice Miriam.

—¿Enamorarse él de mí? —Suelto una risita de incredulidad—. Eso es lo más imposible de este planeta. —Por dios, acaba de terminar hace escasos tres meses una relación enorme en la que seguramente ha tenido de todo para hacerlo feliz. No ha podido olvidar a su ex novia tan rápido y sinceramente si lo hiciese, sigo diciendo que no sé qué vería en mí. Un chico despreocupado, valiente y lanzado como es él. Al lado de una chica como yo, que es todo lo opuesto.

—Alerta, Lara se está volviendo a montar sus películas antes de tiempo —canturrea Miriam haciendo reír de nuevo a las demás.

—Es la verdad, es lo que pienso —me defiendo—. Sí, él me habla y me trata con mucho cariño, e incluso su interés y sus proposiciones de salir juntos a los sitios es algo bastante sospechoso, no os lo niego. Pero no quiero pensar en nada. No si dentro de un mes se va a cansar de mí y va a volver con su novia o algo por el estilo. Me da tanto pánico eso.

—¿Pero no te das cuenta de que eres tú la que piensa siempre en negativo cuando no sabes absolutamente nada de sus sentimientos hacia ti? —Marina se pone recta en su silla mirándome.

—No, no lo sé, pero también me da pánico preguntarle porque estoy segura que escucharé algo que no quiero oír.

—Para ya, detén esa cabecita. Si sale contigo es porque le agradas y si te habla es porque le interesas de un modo u otro. Así que deja que las cosas fluyan. Sé valiente.

Yo suspiro e intento quitarme todas las ideas raras de la cabeza. Asiento y Marina se queda más contenta con ese simple gesto de mi cabeza.

—¿Te ha besado ya? —pregunta Carla con curiosidad.

Yo pongo cara de sorpresa recordando lo acontecido hacía algunas noches.

—¡No! —exclamo sin citar ese momento—. Ni siquiera tenemos aún confianza para hablar de ciertos temas, cuanto más para besarnos. Además, no...

—¿Qué te hemos dicho sobre dejar de pensar? —me regaña Miriam.

—Vale, vale. Apago el cerebro —digo con las manos en alto rindiéndome.

—Pues si no te ha besado aún, créeme que lo hará pronto —anuncia Marina—. Tengo un sexto sentido para estas cosas. Y como ya te he dicho muchas veces, me recuerdas a mi relación con mi novio, como empezamos y todo eso. Así que ¡vete hidratando esos labios!

—Si me dices eso me voy a poner mucho más nerviosa —me quejo sintiendo el corazón

desbocado en mi pecho—. Ya me ha invitado varias veces a su casa y le he dicho que no por lo mismo. ¿Qué hago si intenta algo?

—Comértelo entero —dice Tania riéndose como loca.

Las demás estallan en carcajadas también mientras yo me muero de los nervios.

—¿Y tú, Paula? —Miriam le da un codazo—. No le das algún consejo, ¿qué opinas de todo esto?

Paula se pone recta en su asiento y nos mira.

—Sigo diciendo que me aburre hablar del tema —dice algo áspera—. Pienso que él ha estado jugando con ella durante años y todas lo disfrazáis de cuento de hadas. Ahora está así contigo porque está solo, pero en cuanto se canse se volverá a marchar y te quedarás destrozada otra vez. No quiero hacerme cargo de eso ni verte mal de nuevo, te lo he advertido. Te emocionas demasiado pronto. Todas sabemos cómo acabará esta historia, así que no quiero saber nada más.

—Vaya, gracias, ¿eh? —le digo un poco resentida ante su continua actitud de pasota—. Pero es mi vida, haré lo que crea oportuno.

—Eres libre de hacer lo que quieras —me contesta ella. La tensión se puede palpar en el ambiente—. Pero luego no vengas llorando otra vez.

—Créeme que no te molestaré, no te preocupes.

Me muerdo la lengua porque sé que soltaré muchas cosas en caliente de lo que luego me podré arrepentir. Intento calmarme pensando que ella es así, y dejarlo pasar. Dentro de un par de horas volveremos a tratarnos como si nada hubiese pasado.

Marina se pone de pie y me señala.

—El sábado te vas a poner un vestido bonito, vas a ir con la mejor de tus sonrisas y vas a luchar por lo que quieres. ¿Me has oído? —me pregunta ella, sacándome una sonrisa—. Y luego te preparas para ese beso que ambos tenéis pendiente desde hace años.

—¿Beso? —vuelvo a preguntar espantada ante tal pensamiento.

—Besazo —confirma ella.

Las demás me animan también a hacer lo que me dicta mi corazón. Así que acabo escribiéndole un mensaje diciéndole que acepto ir con él a la ópera, mientras añado en la balanza las cosas buenas y las no tan buenas que me han aconsejado esta tarde. Definitivamente pesa mucho más lo que ganaría si esto sale bien, al miedo de no hacerlo por salir dañada.

Todas tenían razón. Había que ser valiente. Había que apagar el cerebro y hacer por una vez en la vida una locura, lo que me pedían mis sentimientos. Si salía bien sería algo maravilloso y si salía mal, sí, dolería, pero estaba segura de que si no lo intentaba, me iba a arrepentir de por vida.

## Capítulo 56

Estar rodeados de cientos de personas en medio de un gran teatro, no ayuda para que me sienta aún cómoda cada vez que el aroma de Jorge me inunda la nariz. Estamos sentados en la platea central, en unos asientos inmejorables, preparados para ver la famosa ópera *El barbero de Sevilla*. Y aunque él me está contando cosas sin parar entre sonrisas sobre los actores, la música y el escenario, yo sinceramente no me puedo concentrar en nada de lo que dice. Está tan guapo con su camisa y sus pantalones de vestir. Y mueve la boca de una forma tan bonita cuando habla.

—Y allí, si te fijas bien. —Se inclina en su asiento y me insta a hacer lo mismo con una mano apoyada en mi espalda y acercándose más de la cuenta.

Mis sentidos se ponen al rojo vivo y casi puedo escuchar una sirena de peligro sonando en mi interior ante su acercamiento. ¡Era tan horrible tenerlo al lado y en realidad sentirlo a kilómetros de distancia! Mi yo más salvaje solo quería abalanzarse sobre él y hacer todas esas cosas locas que se me pasaban por la mente desde hacía años. Pero no, tenía que controlarme. Como fuese. Además había mucha gente mirando. ¿Qué pasaría si algo de esto llegaba a oídos de su ex y se metía en un aprieto? O de mis padres, que era peor.

—Ah, sí, ya veo —le contesto algo entrecortada mientras tiro un poco de mi vestido para que no se vea tanto el muslo—. Muy interesante.

—¡Lo que vas a aprender conmigo! —dice él en broma, pagado de sí mismo mientras vuelve a sentarse bien en su butaca.

—Por eso eres un buen profe —lo halago.

Él sonrío satisfecho y charlamos un poco más hasta que nos quedamos a oscuras y comienza la función. Solo había visto una ópera en toda mi vida, cuando fui con doce años a la capital para ver con el instituto *Madame Butterfly*. Quedé bastante maravillada, aunque no me enterase de casi nada. Y ahora vuelvo a ser bastante como aquella niña maravillada por los focos, los aplausos y esas grandiosas voces que parecían emanar sin esfuerzo alguno de las bocas de los actores. Pero no solo estaba atenta a eso, Jorge también se llevaba más del cincuenta por ciento de mi atención. De vez en cuando entre aplausos lo miraba de reojo para encontrarme a un chico calmado fascinado también por esta forma de arte.

—¿Te está gustando? —me pregunta de vez en cuando, cuando me pilla mirándolo.

—Es impresionante —le susurro para no molestar a los otros espectadores.

Él sonrío y sigue centrado en la obra. Sigo tirándome de mi vestido, y mirándolo de reojo. Tanto a él como a sus manos. ¿Me cogería de la mano? ¿Era un pensamiento muy loco imaginar, que quizá entre todo este tumulto él se atrevería a dar tal paso?

Junto mis manos y las separo de vez en cuando para darle pie a que eso suceda. Las suyas también se mueven varias veces peligrosamente cerca de mi desnuda rodilla izquierda. Yo me mantengo rígida como un palo de fregona sin dejar de mirar el escenario. Él se acomoda bastantes veces en su asiento. Cada vez que sale alguna escena romántica no puedo evitar tragar saliva mientras los vaticinios de Marina resuenan en las paredes de mi cabeza.

*“Y luego te preparas para ese beso que tenéis pendiente desde hace años”.*

Siento mucho calor de repente y mi corazón late apresurado hasta el final de la función. Me alivia que él no haya dado ningún paso, pero a la vez una pequeña parte de mí se decepciona. De este quiero y no puedo que nos acompaña siempre en las salidas. Aunque siempre me asusta que pase algo y huya de ello, esa parte sí que se muere de ganas porque haya algún avance. Pero no sin antes saber una cosa.

Cuando volvemos a llegar a su portal, y él me sugiere subir de nuevo a casa por quinta vez, a cenar y a ver una película, yo no lo rechazo esta vez. Me tiemblan las piernas mientras subo las escaleras, pero intento disimularlo con todas mis fuerzas teniendo conversaciones banales con él. Cuando abre la puerta de su piso, compruebo que toda su casa huele a él. Jorge amablemente me indica que me sienta como en casa, es más, hasta me hace un tour para que vea todas las estancias. Cuando me enseña la habitación con la cama de matrimonio me pongo muy nerviosa, respiro aliviada cuando me invita a sentarme en su mullido sofá de tela verde oscura y él se va a meter una pizza en el horno y a buscar algunas bebidas.

Su piso es el típico piso de hombre soltero, que además se ha mudado hace poco. Apenas hay decoración, pero de un modo u otro se siente acogedor. Y está todo muy limpio. Intento controlar los latidos exagerados de mi corazón. Si me apoyase en la mesa de cristal seguramente la haría añicos a causa de su potencia. Casi podría comenzar a sudar frío mientras me tiro de mi vestido ya casi de manera compulsiva.

Él regresa con la cena minutos después y con dos vasos de refresco y se sienta a mi lado, mientras no para de preguntarme si estoy cómoda y vemos juntos una película francesa de comedia. Intento centrarme todo lo que puedo en la película sentada como toda una señorita. Una señorita a la que han metido otro palo de escoba por el trasero. Pero fracaso en mi intento, porque estoy más atenta a cada cosa, gesto, o comentario que hace *Jojo*, que a la película. Nunca podría explicar con palabras lo rarísimo que se me hace estar en esta situación.

Jorge, un chico con el cual había quedado ligada desde adolescente, desde ese famoso susto que me quitó más de cinco años de vida, ese chico que luego desapareció del mapa y luego reapareció convertido en un hombre atractivo que puso patas arriba todos mis esquemas.

Un hombre con novia, un imposible que nunca se haría realidad y me tenía que sacar de la cabeza lo antes posible. Intenté olvidarlo, intenté fingir que no me importaba, soporté los

pensamientos de que estaba con otras, de que se iba a casar, de que él desaparecería de mi vida y yo tenía que ser fuerte para poder fijarme en otros chicos y rehacer mi vida. Huí a Tenerife, me construí un castillo precioso alrededor de mi corazón para que él no pudiese acceder de nuevo en caso de encontrármelo de sorpresa. ¿Y todo para qué? Para que con tan solo un soplo, como el lobo del cuento de los tres cerditos, me tirase toda mi construcción abajo. Por millonésima vez.

Y estuviese aquí hoy. En su casa, a su lado, viendo una película con él y teniendo pequeñas citas/no citas con el chico imposible. ¿Estaba ocurriendo de verdad o era un extraño sueño?

—¿Te ha gustado la película? —me pregunta mientras enciende las luces y detiene la televisión.

—Sí, ha sido muy emotiva y divertida —le digo amable.

Él regresa y se sienta en el sillón con su cuerpo inclinado hacia mí. Aquí estamos. Una extraña atmósfera nos envuelve mientras nos miramos sin decir mucho más. Este era el momento. O lo decía ahora o no lo diría nunca.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto siendo lo más valiente que puedo en estos instantes. Puedo imaginarme a Marina en mi mente dedicándome un aplauso por haberme lanzado.

A él lo toma algo por sorpresa mi pregunta. Pero se recompone con rapidez mientras piensa por unos segundos que se me hacen eternos. Sinceramente pienso que he metido algo la pata y estoy tentada a decirle que no conteste. Su silencio me resulta la peor de las torturas, y más si seguramente acabaré escuchando un *“Lara, ¿qué dices? Has visto cosas donde no las hay”*. Yo intento arreglarlo.

—No quiero que suene como una exigencia. —Suelto una sonrisilla nerviosa. Me estoy muriendo por dentro, literalmente—. Es solo que siento que está pasando algo, pero no sé muy bien el qué. Tengo sentimientos hacia ti. Creo que eso es obvio. Pero no sé si tú sentirás lo mismo, si buscas algo conmigo o si tan solo se trata de una amistad. —Suspiro—. Sea lo que sea, me gustaría saberlo. Quiero saber si puedo seguir haciéndome ilusiones contigo, o debo frenar todo esto para no salir herida.

Él me escucha atento mientras sigue pensando con su codo apoyado en la parte superior del sofá y su mano sujetando su cabeza. Esto no me huele nada bien. Quiero llorar y salir corriendo. “¡Qué tonta he sido de abrir mi boca!”.

—Lara, yo... —por fin rompe el silencio y soy todo oídos. También me preparo para el batacazo que me voy a pegar—. No sabría qué contestarte.

Oh, Dios. Tierra trágame y escúpeme lejos. Tengo que batallar realmente para no echarme a llorar ahora mismo.

—Pero no es por lo que te piensas —me calma al verme la cara—. Todo se podría resumir a que, digamos mi puerta, no sé si está cerrada o abierta. No sé si con el tiempo se abrirá, o si permanecerá cerrada mucho tiempo. Tampoco sé siquiera si hay puerta. O si hay que construirla poco a poco.

Vale, me había perdido mucho. No sabía que me quería decir con todo ese rollo de carpintería

y puertas extrañas. Entre los nervios que me comían por dentro, el sudor frío y sus jeroglíficos incapaces de descifrar, no iba a poder pegar ojo en toda la noche. Aun así, a pesar del miedo, dentro de mí tenía otra extraña sensación que pocas veces había sentido. Orgullo, estaba muy contenta por haber sido valiente y haberme expuesto así a una persona por primera vez en mi vida.

Y me doy cuenta de que lo hago porque lo quiero. Y no quiero dejarlo escapar al menos sin luchar.

—Y eso quiere decir que... —le pido intentando comprender un poco qué pasa.

—Eso quiere decir que... —Él suspira—. Que me pareces una chica muy interesante y agradable, desde que te conocí. Y esto surgió de repente en un momento en el que para nada estaba preparado. Pero sentía que si te dejaba escapar quizá más adelante me arrepentiría.

Esas palabras me llegan al corazón. Por fin escucho algo bueno. Es difícil asimilar que entre todas las chicas que podría haber tenido, se haya fijado en mí. En mí, que no soy nada del otro mundo.

—Pero no es tan fácil. —Él se acomoda en el sofá mientras me mira con esos grandes ojos verdes—. Mi ex novia no lleva bien la ruptura, y yo tampoco lo estoy pasando bien de verla a ella mal. No para de llamarme, de mandarme mensajes pidiéndome que recapacite, que podemos intentarlo de nuevo. Sinceramente dudo mucho que eso ocurra, pero a ella al parecer le cuesta pasar página.

Yo escucho totalmente atenta intentando controlar mis lágrimas.

—¿Y Gisela? —No puedo retener la pregunta, pues me mata la curiosidad.

Él pone cara de fastidio.

—¿Tú también crees que estábamos saliendo y que dejé a Alma por ella? —pregunta incrédulo—. Eso son solo rumores. Solo somos dos buenos amigos que se han reencontrado después de muchos años. Nada más. ¿Pudo surgir algo? Pues tampoco te lo niego, pero nunca pasó nada de nada. Y tú apareciste luego en escena. O nunca te acabaste de ir, no lo sé.

En cierta parte mi corazón se alivia de escuchar esas palabras. Y aunque hubiese sido al contrario, él hubiese tenido el derecho a rehacer su vida como le hubiese dado la gana mientras yo estaba intentando sacármelo de la cabeza y el corazón con caprichos raros en Tenerife.

—Te entiendo. En todo lo que cuentas. —Le sonrío levemente con aire nervioso—. Es normal que tu ex novia esté afectada, han sido muchos años. Yo estaría exactamente igual o peor. Pero aferrándose a algo que ya no va a ningún favor ni te hace un favor a ti ni mucho menos a ella.

—Lo sé —contesta escueto. Se nota que hablar del tema aún le remueve sentimientos y lo pone incómodo.

—¿Y dónde quedo yo en todo esto? —vuelvo a preguntar con la esperanza de que me dé una respuesta más clara.

—Tú eres algo que si hubiese dejado pasar, me hubiese arrepentido como te he comentado —dice con sinceridad—. Quiero intentar algo. Pero no te puedo garantizar cómo va a terminar. No

sé si podré corresponderte algún día, si no, o si me acabaré enamorando perdidamente de ti.

Mi corazón late apresurado.

—Lo último que quiero es hacerte daño. Si tú sientes que no estás preparada para soportar algo así, lleno de incertidumbres, lo entenderé, de verdad.

—Mi puerta sabes que la tienes medio abierta —confieso siguiéndole su juego de puertas—. Soy bastante desconfiada, así que no se abrirá fácilmente. Mi corazón se volvió un poco de piedra, a causa de las muchas decepciones. Me sorprendió que fueses tú entre todos quien hiciese una grieta en ese muro. Y mi yo anterior seguramente te diría que hasta aquí llegó la cosa y saldría corriendo a casa a cerrarse en su habitación y esconderse de los problemas. Pero esta vez le haré caso a mi corazón, porque también siento que si te dejo escapar, me arrepentiré de por vida.

Él sonríe.

—Ya sabía los riesgos que había cuando te dije sí a ir al cine por primera vez. Entonces supe que ya no habría vuelta atrás. —Me cuesta sostenerle la mirada a causa de mi timidez—. Así que solo puedo seguir hacia delante con todo esto. Aunque sienta que voy en un coche a doscientos por hora y sin frenos.

Eso lo hace reír.

—Siento no poder darte una respuesta segura —se disculpa—. Pero sí te puedo dar una relación sincera, sin mentiras, sin engaños. Vamos a irnos conociendo poco a poco y el tiempo nos dirá qué pasa con nosotros.

—Vale —susurro—. Solo te pido, por favor, que si dejas de sentir algo por mí, o ves que esto no va hacia ningún sitio, me lo digas. No te lo calles. Odiaría comprobar que solo estás conmigo por pena o porque no tienes nada mejor.

—Te lo prometo —dice con sinceridad.

Luego nos quedamos unos minutos más en silencio sin saber muy bien que decir. Estoy tan tensa que me podría desmayar de un momento a otro. Sinceramente esa no era la confesión que esperaba escuchar de él. Hubiese quedado mucho mejor un *“oh, Lara, me encantaste desde el primer día que te vi, y no veía la hora de estar contigo”*.

*“Me vuelves loco y por eso te estuve escribiendo durante años”*.

*“Estoy enamorado de ti”*.

Pero esto era la vida real, no las novelas que leía o escribía. En la realidad Jorge era un chico común y corriente, algo roto por dentro sin saber bien hacia dónde dirigir sus pasos. Lleno de fantasmas del pasado, pero no cerrado a nada. Tendría que lidiar siempre con el recuerdo de una importante ex novia, y con el miedo de que en uno de sus encuentros, él acabase cediendo conmovido y volviese con ella. Entonces yo me quedaría hecha pedazos.

Pero yo quería a ese Jorge, con todo lo bueno y lo malo que conllevaba estar a su lado. Quería tanto sanar sus heridas de algún modo y ofrecerle una vida tranquila y llena de amor que me desgarraba por dentro tener que esperar hasta que él estuviese preparado para ello. Si es que

algún día lo estuviese. Seguir adelante con esto era igual que tirarse a una profunda piscina sin saber nadar. Esperando un milagro que me sacase de ahí y no acabase ahogada.

Pero mirando sus ojos reflejándose en los míos mi corazón sabe que valdrá la pena. Lo esperaría diez años si hiciesen falta. Y me doy cuenta de ello. No me iba a terminar enamorando de él.

Ya estaba enamorada.

—Gracias, Lara —me susurra él—. De verdad quiero que esto salga bien. Te lo digo de corazón.

—Y yo, Jorge. —Intento controlar mi voz, emocionada—. Ojalá.

Él me mira durante unos instantes y yo soy incapaz de mantener su mirada por más tiempo. Así que disimulo mirando un deporte extraño que ha comenzado en la televisión. Él sigue en su misma posición mirándome fijamente. Yo no me atrevo a mirarlo. Su expresión ha cambiado y comienza a ponerme nerviosa su silencio. Unos hombres con monos ajustados empujan una especie de trineo para hacer un recorrido en el menor tiempo posible.

—Anda, que si no llegan a tiempo para subirse al trineo... menudo plan. —Comienzo a reír nerviosa.

—Eso es *bobsleigh* —me aclara—. Y es un poco aburrido de ver.

Siento cómo se acerca un poco más a mí y echa su mano por encima de mi cabeza mientras se inclina. Comienzo a hiperventilar, pero me las arreglo para mantener la compostura.

—Bueno, tiene su punto. —“*Rápido, Lara, habla todo el rato, para que no haga lo que creo que va a hacer. ¿No será capaz, verdad? Después de lo que me acaba de decir de sus puertas y su ex novia... es imposible...*”.

Siento su aliento en mi mejilla, lo que me hace sobresaltarme. Yo lo miro rápidamente con una pequeña sonrisilla nerviosa mientras me mantengo rígida en el asiento y luego vuelvo a mirar la tele. Estampa sus labios con cariño sobre mi mejilla.

El vello se me pone de punta. Vuelvo a mirarlo. Está a escasos centímetros de mí, su mano y su brazo ya sobre mi hombro y mi espalda, acercándose a él. Puedo sentir su respiración cuando lo miro.

—¡Qué cariñoso eres! —exclamo lo más casual que puedo mientras doy algunos toquitos en su brazo.

—Siempre lo he sido —susurra él con una voz seductora.

—Pues yo no —le corto—. De hecho siempre he sido bastante fría.

Acompaño cada frase con una risilla al final. En serio era odioso no poder controlar los nervios y mi forma de expresarlos.

—Pero es porque en mi familia no solemos ser muy cariñosos de nunca —sigo parlotando sin parar. Si hablo y hablo seguramente desistirá de la loca idea que tenga en la cabeza, pero que a la vez estoy deseando que ocurra. A veces me pregunto si no tendré un trastorno de bipolaridad—. Bueno, menos una prima mía, Gloria, que siempre nos ha estado dando besos y achuchones

desde que era pequeña. Pero quitando a ella, y a algún primo más. Nadie más. Nunca hemos solido darnos abrazos ni nada por el estilo, así que no he estado expuesta mucho al cariño físico porque...

—¿Sabes que a eso te puedes acostumbrar, no? —me pregunta con la misma voz mientras se acerca un poco más. No nos separan ni cuatro centímetros. Siento su nariz contra la mía.

—¿Sí? —pregunto tartamudeando con el corazón en la boca—. ¿Co... cómo es eso? No sé si podría ser cariñosa alguna vez, no me sale con facilidad, incluso cuando alguien me abraza me quedo sin saber cómo reaccionar y yo... —Trago saliva para continuar con mi charla, pero él me interrumpe.

—A ver si con esto te sirve —susurra.

Y luego pone su boca ligeramente abierta con delicadeza, sobre la mía. Sus labios se deslizan de un modo increíble sobre los míos de manera muy sutil. Estoy tan impactada, que siento que el corazón se me ha parado y mi cerebro no deja de procesar información preguntándose: “¿Qué? ¿Cómo? ¿Está sucediendo esto realmente? ¿Jojo me está besando? ¿A mí? ¿En serio? ¡No me lo puedo creer!”.

Y yo tan estúpida me quedo quieta, rígida como un pasmarote mientras él acaba de besarme y se aleja. Pestañeo unos segundos intentando volver a la tierra. Si él me solía apagar el cerebro esta vez me había apagado el wifi y la cobertura también. Muevo los labios con intención de decir algo, aún sintiendo su humedad y calidez en mi boca. Pero soy incapaz de decir algo. Él aprovecha eso para volver a lanzarse, esta vez más seguro contra mis labios.

Ahora yo sí que le respondo brevemente entreabriendo un poco la boca e intentando no pensar y disfrutar del momento. Tampoco tarda mucho en separarse. Y yo me quedo con ganas de más. Pero a la vez con ganas de salir corriendo de allí. Que sean las tres de la mañana me ayuda a salir pitando con esa excusa y regresar a mi zona de confort. Él me acompaña hasta la puerta y se apoya en ella mientras yo cruzo el umbral.

—Gracias por todo —le digo educadamente.

—A ti, porque por fin te hayas animado a venir a mi casa.

Yo trago saliva.

—Que descanses, Jorge.

—Y tú también, Lara.

Asiento y me quedo mirándolo unos segundos. Luego echo a reír levemente.

—Ahora no sé cómo debería despedirme de ti —confieso con timidez. Estaba claro que esta noche había marcado un antes y un después en nuestra relación—. Debería darte dos besos en las mejillas, o...

—Como a ti te apetezca. —Sonríe.

Y esa frase me sirve de muelle para impulsarme hacia él y darle un tímido beso de niña de quince años en la boca. Él se sorprende ante mi atrevimiento, pero yo me siento eufórica de haber sido capaz de soltarme un poco.

—Ya hablamos, guapa —me dice a modo de despedida.

Yo también le sonrío y le digo adiós con la mano mientras intento bajar las escaleras hasta la planta baja sin caerme. Las piernas me tiemblan muchísimo y me tengo que parar varias veces para recuperar la compostura.

Definitivamente, estaba enamorada hasta las trancas de Jorge.

## Capítulo 57

Al día siguiente mi teléfono se llena de mensajes preguntándome qué tal fue la velada. Sobre todo Marina, que fue la que más madrugó para preguntarme cómo había ido la cosa. Y si sus suposiciones habían sido ciertas o no.

—Tus dotes como pitonisa me dejan atónita —le digo en cuanto descuelga el teléfono.

—¿No me digas que os habéis besado?! —exclama llena de emoción al otro lado del teléfono.

—Sí. Anoche, no sé cómo sucedió, aún no me lo creo.

El chillido que pega al otro lado de la línea me hace sonreír. Casi puedo imaginarla sobre su sofá en su casa, con su pelo rubio y largo botando y dando saltitos de felicidad.

—¿Ves como iba a suceder? —Ella se intenta calmar un poco—. ¿Y qué sentiste?

—¿Qué sentí? —repito la pregunta para mí misma—. Pues literalmente estaba alucinando. No me podía creer que estuviese pasando. Pensaba en qué momento pasó de ser un chico imposible con novia del que debía olvidarme a estar besándome en el sofá de su casa con él. Simplemente sentí que el mundo se paraba en ese instante. Y solo pude pensar en lo bien que se sentía tenerlo así y gritar: “*Por fin*”.

—Pues crértelo, porque le gustas. Se ha fijado en ti por algo y porque eres muy guapa.

—Tú que me miras con buenos ojos —le agradezco—. Sí, supongo que debo acostumbrarme a pensar que por fin le parezco interesante a un chico que a mí también me gusta. Pero... es todo muy raro.

Ambas reímos, como dos adolescentes hablando de su primer amor.

—Es que es una historia tan bonita. ¡Me encantáis juntos! —vuelve a decir exaltada.

—Bueno, aún no cantes victoria. Yo cada vez tengo más claro lo que siento por él. Y sé que no es un capricho, ni una obsesión ni mucho menos, que lo quiera porque no encuentro a un chico mucho mejor. Solo no quería aceptar los sentimientos que estaba teniendo por miedo a salir herida o a hacer el ridículo. —Me siento en la cama cruzando las piernas.

—Y estás enamorada totalmente de él —no pregunta, afirma.

—No digas esa palabra —digo cerrando los ojos e intentando mantener la calma—. Eso es algo muy grande. Me asusta escucharlo en voz alta.

—Vale, entonces dejémoslo en que te gusta. ¿Te sientes bien a su lado y eres feliz?

—Sí, mucho mejor así. —Abro los ojos de nuevo—. ¿Feliz? Estoy eufórica más bien. Pero a la

vez muerta del miedo. Marina, nuestra relación no ha comenzado como suelen empezar todas. Esto ha surgido de repente, en un momento en el que él ni está preparado para otra relación ni yo para sufrir un desengaño. Pero aun así seguimos con esto para adelante. Sin saber si acabaré cayéndome con todo el equipo.

—Bueno, lo que tenga que pasar, pasará. No es fácil para ninguno de los dos, pero si esto se ha dado, es por algo.

—Sí, supongo. —Me levanto y camino hasta el balcón. Allí me apoyo y observo a los coches y a la gente pasar por la avenida—. Ya no hay vuelta a atrás. Y si te soy sincera no quiero darla. Aun a sabiendas de que él podría volver con su novia, o irse con otra en cualquier momento.

—EX novia —dice matizándome la primera palabra.

—Me cuesta acostumbrarme a llamarla así. —Sonrío.

—No te echas atrás, Lara. Por fin lo tienes al lado como siempre has querido. Tienes todas las de ganar.

—Espero que sí.

—Y además, lo mejor está aún por llegar. Porque sabes lo que toca cuando ya pasáis de la fase del beso, ¿no? Y más ahora que empiezas a frecuentar su piso. Por supuesto te quedarán muchas, muchas visitas más.

Me detengo a pensar a qué se refiere. Luego su piso viene a mi mente, y en especial, su gran cama de matrimonio.

—¡No voy a acostarme con él tan pronto! —Mi voz sale con más fuerza de la cuenta y doy las gracias de que mamá no esté en casa. Aunque sí que he tenido que traumatizar a alguna vecina con mi chillido.

Marina ríe al otro lado de la línea.

—Oh, créeme que sí que lo harás. Y antes de lo que piensas.

—No, tú no me conoces bien en ese aspecto —aclaro—. Nunca, y digo nunca, me acostaría con un chico del que no supiese que está enamorado de mí cien por cien. Una cosa es darse besos y que nos conozcamos y otra muy diferente es pasar a mayores tan pronto. Me niego.

—Es normal que estés nerviosa por ese momento —me explica calmada—. Y no te voy a negar que la primera vez se suele pasar un poco mal.

—Por Dios, Marina, no me recuerdes de nuevo que soy “así” todavía —le digo con una risita—. Si tan solo subir a su casa y darme un pequeño piquito con él me parece lo más grande de este mundo, imagínate estar en su cama... No. Definitivamente no.

Ella ríe también.

—Dirás lo que quieras, pero como bien sabes soy muy adivina, y me huelo que eso sucederá muy pronto por mucho que lo niegues. Tengo que volver al trabajo. Cuídate. ¡Y cuéntame las novedades!

—Te encanta seguir esta telenovela, ¿verdad? —le pregunto divertida mientras vuelvo a entrar en mi cuarto y me siento en el escritorio.

—¡Estoy muy enganchada!

Me centro en revisar un rato los correos electrónicos y las páginas web de concursos literarios. Aún no he obtenido ninguna respuesta a mi novela y me comienzo a impacientar. Pero debía ser paciente y esperar, estas cosas ya había comprobado durante todos estos años que requerían de bastante tiempo de espera. Y para colmo tenía un domingo de estos raros y taciturnos en los que todo me aburría y no me entretenía con nada.

Me siento extraña, y por esa misma razón me visto y me encamino a un lugar al que quise volver hace tiempo. A mi piso.

—Una deliciosa lasaña para mis niños, justo como hacíamos en los viejos tiempos.

Leo la deposita en medio de la mesa y tanto Raúl y yo aplaudimos emocionados ante tal plato.

—¡No sabes lo que he echado de menos tus lasañas! —Sin más dilación cojo el cuchillo y el tenedor y comienzo a servirme un generoso pedazo en mi plato. Raúl también me imita y parecemos dos niños que llevan tres meses sin comer.

Pero no estamos solos a la mesa, ya que su nuevo compañero, el *punki*, como lo llama Leo, se sienta también con nosotros algo alejado de los tres locos famélicos. Lleva el pelo teñido de azul eléctrico con una cresta en medio y va vestido por completo de negro. Varios pendientes adornan su cara, entre ellos un septum enorme, que sinceramente me parece un horror. Aun así no hay que juzgar a nadie por su aspecto, también hay personas que se visten de punta en blanco y son unas víboras, pienso recordando a la tinerfeña Naira. Una persona que es mejor olvidar.

—¿Quieres un poco? —le ofrezco sosteniendo un pedazo con la pala de la comida.

Él me mira sin cambiar apenas su expresión. Y creo que me va a decir de un momento a otro que me meta ese trozo de comida por donde nunca me da el sol. Pero finalmente me sorprende cuando veo que asiente y me tiende su plato para que le deposite el pedazo en él.

—¡Ese es mi Ramón! —Leo lo mira con orgullo.

¿Ramón? Ese nombre no le pega absolutamente nada. Seguramente Leo es con él tan estricto como lo era antes con Raúl para sacarlo de su cascarón.

Este último parecía otra persona. El liberarse de esa manera, aceptar su homosexualidad y el estar con Leo lo había cambiado por completo. No para de hablar sobre su último año y sobre su relación con Leo. Ramón solo nos mira sin mediar palabra.

—Lo vuelvo a decir, me alegro mucho por vosotros, chicos. —Los miro como una madre orgullosa mientras rebaño mi plato dando por finalizado el manjar—. Es lo último que imaginaba que pasase en este planeta. Pero aquí estáis. Y tú Raúl tienes una voz muy bonita. Lástima no haberla escuchado más todos los años que viví contigo. ¿Quién eres tú y qué has hecho con el Raúl de antes?

—Supongo que simplemente se cansó de estar escondido y decidió ser valiente.

Me siento tan identificada con él que no puedo menos que dedicarle una gran sonrisa.

—Tenemos miles de planes, queríamos contártelos en persona —dice Leo mientras toma de la mano a Raúl—. Estamos pensando en marcharnos a California cuando todo esto acabe. A probar

suerte.

—¿Tan lejos? —pregunto sorprendida.

—Siendo realistas mis estudios no tienen grandes salidas aquí —explica él—. En Estados Unidos es donde se encuentran las mayores empresas de animación y ya sabes que de siempre me ha gustado apuntar alto.

Los dos reímos.

—Creo que es una estupenda idea —lo animo—. Si es tu sueño, hay que hacer lo que sea por alcanzarlo.

—Nos veremos bastante poco, pero lo bueno es que vivimos en la generación de la tecnología así que estaré ahí para ti cuando desees —me ofrece, poniendo la otra de sus manos sobre la mía en un gesto de cariño—. Quizá hasta te vea por allí cuando te conviertas en una escritora famosa.

Yo río ante su ocurrencia. Antes era mucho más probable que me cayese un rayo. Sin haber tormenta siquiera. Aun así divertida le sigo el juego.

—Por supuesto. Te reservaré un ejemplar, ya sabes —digo fingiendo petulancia.

Los tres echamos a reír.

—¿Cómo vas con tu nuevo libro? —me pregunta Raúl con curiosidad.

—Logré terminarlo que no es poco. —Los miro sonriendo—. Y lo he enviado a un concurso de una editorial. A ver si con este hay más suerte. Es el libro más importante que he escrito. Porque es una confesión a los cuatro vientos.

—¿Le has escrito el libro a él? —me pregunta Leo incrédulo.

—Sí. Ahora sé que en todo momento él estaba presente mientras le daba vida a la historia. Es bonito ver que como lo que empezó siendo una carta en un proyecto psicológico ha dado un fruto tan bonito.

—Me muero de ganas por leerla —dice Raúl.

—¿Entonces nosotros también salimos? —pregunta con curiosidad Leo.

Yo asiento y ambos se vuelven locos de contentos de nuevo.

—¿Y ese chico sabe que ese libro es sobre él?

Ramón nos asusta de pronto con su pregunta. Los tres miramos incrédulos a nuestro compañero de mesa, sorprendidos.

—No, no lo sabe —le contesto amablemente.

—¿Qué no lo sabe? —casi chilla Leo—. Pero os estáis conociendo, ¿no?

—Sí, pero lo nuestro no es seguro que vaya a salir bien. Él aún está demasiado anclado en el pasado. Pero aquí estoy, rezando por un milagro.

—Bueno, el tiempo dirá qué pasará —me dice al igual que Jorge aquella noche—. Y si no sale bien, al menos lo habrás intentado. ¡Y habrás sacado un *bestseller* precioso de todo eso!

—Sí, al menos me quedará eso. —Sonrío algo triste.

Después de la charla ayudo a mis antiguos compañeros a dejar la cocina impoluta, y paso un rato más con ellos poniéndonos al día de todo. Cuando dan las nueve de la noche decido

retirarme y volver a casa con mamá. Ella también tendría que estar a punto de llegar. Leo me acompaña a la puerta. Yo lo abrazo a modo de despedida.

—Espero que te vaya genial en California, de verdad —digo contra su hombro—. Voy a echar mucho de menos a mi loco y guapo amigo.

—Yo también te echaré de menos, Lara —susurra él contra mi oído—. Y llama más a menudo a tu padre. Te echa mucho de menos. Perdónalo de una vez por todas.

Asiento y ante la escena, en la que los dos estamos a punto de ponernos a llorar, él se separa y me lanza una sonrisa.

—Y no dudes en hacerle todo lo que quieras a ese bombón del profesor. —Ahora sí que es Leo en toda su pureza—. Si no te quiere a su lado, él se lo pierde. ¿Dónde va a encontrar a una mejor que tú?

—¡En ningún lado! —Río mientras él me toma de las manos y las zarandea—. Soy un partidazo.

—Eso es. Cree en ti. Eres única, estupenda y maravillosa, Lara, con todas tus virtudes y tus defectos. No vuelvas a estar tan mal como aquella vez. No quiero ver que quites esa sonrisa de tu cara pase lo que pase.

—He cambiado, Leo. Te prometo que nunca quiero pasar, ni provocarme algo como aquello de nuevo, algo que prefiero olvidar.

—Me siento orgulloso de ti. —Me acaricia la mejilla—. Estaremos en contacto.

Yo asiento y me suelto de él diciéndole adiós con la mano y llamando al ascensor. Él se queda mirándome hasta que las puertas casi se cierran y puedo escucharlo gritar antes de que se cierren del todo.

—Devora a ese hombre, ¡porque eso que te llevas!

Yo echo a reír y le hago un gesto de “ok” con las manos a mi hermano postizo.

Iba a echar mucho de menos a Leo. Pero él ya había echado a volar, y a mí me tocaba hacerlo también.

## Capítulo 58

*Diciembre, 2017*

Saco con cuidado del fondo de mi armario mi pequeño cuaderno verde y me encamino hasta mi escritorio con él. Lo abro por la última página que ha quedado libre y con delicadeza, pego la entrada del teatro del que acabo de volver con él. Luego debajo, escribo con letra bonita.

*“Otra bonita cita”.*

Miro satisfecha mi trabajo y ojeo las páginas anteriores con cuidado de que nada se despegue. Mi cuaderno de recuerdos bonitos. Podía parecer una tontería, pero desde que comencé a guardar los recuerdos de todo aquello que me había hecho feliz en mi vida y ponerlos aquí, mi corazón se sentía mucho mejor.

Cada vez que me sentía algo más triste, lo tomaba entre mis manos y viajaba por un sinfín de páginas con recuerdos. Estaban todas las entradas de las citas que habíamos tenido Jorge y yo, aquellas bonitas palabras que me escribieron mis compañeros del estupendo resort del Isora, mi pase de acceso a la universidad, mi tarjeta como miembro del ayuntamiento... Así podría ver que la vida no es solo sumirse en la desesperación si algo no sale como nosotros queremos o en el momento que deseamos. Todo pasa por alguna razón, todo nos enseña algo. Y si algo no pasa, es porque no es el momento de que pase, y si finalmente sucede es porque la vida nos ve preparados para ello.

Hasta que no me fijé realmente en todas las cosas buenas que me habían sucedido, no valoré todo los logros que había realizado. Porque tan solo pensaba en lo negativo sin tener en cuenta nada más.

La relación que mantenía con Jorge, a pesar de mi negativismo, seguía viento en popa. Frecuentaba bastante su casa, para cenar y ver películas, salíamos al cine y al teatro, a conciertos, a festivales que se realizaban tanto aquí como en otros pueblos cercanos. Nunca dejamos de besarnos y me dio miedo la manera en la que me iba acostumbrando a ello. Cada día lo quería más. Cada día lo necesitaba más a mi lado. Cada mensaje suyo era una pequeña lucecita que se encendía en mi alma. Cada gesto, cada palabra. Necesitaba sus bromas, su cariño, sus clases de pintura, cada día sentía que era aún más imposible echarme atrás si él se cansaba de mí y cada día era mucho más consciente de la gravedad del batacazo que me pegaría. Cosa que siempre estaba en mi mente presente a pesar de dejarme llevar tanto por primera vez en mi vida.

Pero luego llegaba él, y me tomaba de la mano por primera vez en público, de casualidad y me desmoronaba todas mis armaduras. Hubiese sido un momento digno de pegar en mi cuaderno de cosas felices. Como casi todos los minutos que pasaba a su lado mientras me hacía la chica más feliz del mundo. Pero tampoco podía llegar a obviar del todo esa pequeña parte de mí en la que nosotros de algún modo u otro no acabábamos de encajar del todo.

Yo realmente sentía que él era mi definitivo y cada vez estaba más enamorada de él por mucho que de vez en cuando echase el freno con precaución. Pero él... era otra historia.

A veces podía ser el chico más cariñoso del mundo y luego otros días convertirse en un chico frío y silencioso, sumido en sus pensamientos, del que nunca podía averiguar qué se le estaba pasando por la cabeza. ¿Estaría mal a mi lado? ¿Le avergonzaría llevarme a los sitios? ¿Se habría cansado de mí, pero no me lo estaba diciendo por lástima? Todos esos pensamientos me atormentaban y me impedían disfrutar completamente de todo lo que estaba viviendo. Lo tenía al lado, pero a veces lo sentía como a años luz. Como si nunca fuese a conseguir hacerme un hueco en el corazón de este chico al parecer de piedra.

Había días en los que su sequedad en los mensajes me hacía angustiarme y temerme lo peor. Luego otros días su actitud cariñosa me hacía emocionarme de nuevo. Comenzaba a cansarme un poco de toda esa montaña rusa. Lo único que quería era tranquilidad, decirle: “O me quieres o no, pero sé claro”. Sin rodeos. Sin estar un día a carcajadas y al otro llorando por su frialdad. Sin saber si esto llegará a buen puerto o no, por mucho que él ya me advirtiese de todo ello al principio y yo estuviese bien con eso. Con sus cambios de humor, sus comeduras de cabeza, y las quedadas con su ex novia para intentar que ella aceptase la nueva situación.

Yo elegí meterme en esto, así que no puedo quejarme a pesar de que sea algo más complicado de lo que pensé en un principio. Y lo haría mil veces más. Porque lo quería, y confiaba en que me sería sincero. Así como lo esperaría lo que hiciese falta aun si eso ponía en juego mi propia felicidad. Entendía su situación y sabía que necesitaba tiempo. Y eso le daría.

Tiempo, cariño y comprensión.

El sábado, mamá se marcha de fin de semana rural con su grupo de baile, una oportunidad de oro que yo aprovecho para aceptar la invitación que me hizo Jorge semanas atrás. Ir a verlo a una competición de salto con pértiga que tenía en la capital, y de paso quedarme a dormir con él en su casa a la vuelta.

Él sabía de sobra que tenía mucho miedo a dormir sola, pero no creo que ese fuese el único motivo por el que me invitaba. Ni yo el único motivo por el que iba. Hago mi pequeña maleta con manos temblorosas. Si estoy en esto es para estar dispuesta a todo, y la verdad eso que comentaba Marina, no me parecía un disparate tan loco. Pero esas cosas no se planean, suceden solas en el momento indicado.

Cuando llegamos a la enorme pista de atletismo que está en medio de una barriada llena de

edificios enormes, él se marcha con su equipo para calentar y prepararse y yo me siento en la grada a verlo. Hay varios grupos de personas esparcidos por aquí. Padres que vienen a animar a sus hijos, novias y novios que animan a sus parejas, primos, hermanos, tíos... y luego estaba yo. Un algo que Jorge no sabía bien cómo identificar. ¿Su amiga? ¿Su ligue del otoño? ¿Una arrimada? ¿Su interés romántico?

Fuera como fuese, yo estaba muy contenta de que a él le gustase compartir estas cosas conmigo y me trajese por primera vez. Que me hiciese poco a poco formar parte de su mundo era una buena señal, ¿no? Y a mí también me hacía muy feliz verlo a él alegre y disfrutando. Él pronto aparece por una de las puertas de debajo de las gradas y se encamina hacia la zona de competición de pértiga. Se une a sus compañeros mientras charla, ríe y calienta en un muy ajustado mono deportivo de competición. Que se marca demasiado bien a su figura masculina, por cierto.

Nunca me había fijado en el bonito trasero que tenía.

Sacudo la cabeza quitándome esos pensamientos raros de la cabeza como suelo hacer siempre, y charlo un rato por el móvil con Marina, Miriam y Carla para entretenerme. Luego, decido conectarme un rato a la radio y me dedico a divisar todas las pruebas de atletismo en cada modalidad, el cielo y cómo el sol va cayendo mientras las melodías se extienden por mis oídos. Sumida en mis pensamientos mientras veo cómo Jorge estira y corretea de un lado a otro haciendo diversos estilos de carrera con la larga pértiga en sus brazos.

Y sigo sin poder asimilar lo fuerte que es que todo esto esté ocurriendo entre los dos. Nunca lo hubiese imaginado, ni en siete vidas. Me lo repito sin cesar. Cada día.

Cómo hemos acabado aquí los dos cuando yo lo daba todo por perdido desde el minuto uno. Una canción comienza a sonar, siendo la banda perfecta para mis sentimientos en estos momentos. Casi siento como si estuviese viendo una película a cámara lenta mientras no dejo de mirarlo todo lo que dura la melodía. ¿Habría un futuro para los dos? ¿Qué ocurriría esta noche? ¿Debería de salir corriendo ahora que aún estaba a tiempo? La canción se termina y el locutor despide *La llamada* del cantante Leiva.

Me apuntaría esa canción como banda sonora de mi vida. Porque justo eso había sentido yo. Una llamada, que me instaba a lanzarme como loca en los brazos de *Jojo* y nunca más dejarlo ir. Un algo que me hizo un clic en el corazón para darme cuenta de que sí. Lo quiero muchísimo. Aunque él aún no haya olvidado a su ex novia, aunque nunca me pueda ganar su corazón.

Él acaba haciendo tres saltos a los que llaman nulos, a pesar de tener una técnica maravillosa y dejarme boquiabierto de verlo saltar tan alto con tanta potencia. Desde luego el mundo de la pértiga era bastante fascinante. Luego espero a que se duche, se cambie de ropa y emprendemos nuestra vuelta a Villazul.

—¿Te has aburrido mucho? —me pregunta él mientras subimos por las escaleras hasta su piso.

—Para nada —contesto sinceramente—. Nunca había visto una competición del estilo en vivo y en directo. Ha sido toda una experiencia.

—Lástima que este tonto haya hecho tres nulos. —Niega con la cabeza mientras mete la llave en la cerradura—. No era mi día.

—Bueno, si hoy han salido regular, otro día saldrán mejores —lo animo—. Además, simplemente con lo que lo has hecho yo ya he alucinado. ¿Cómo os conseguir agarrar a ese palo?

La pregunta da para mucho, porque la explicación y las técnicas del mundo de este deporte nos acompañan durante casi la cena completa.

—Es increíble, no sabía que había tantas cosas detrás de ese salto que vemos desde fuera —digo realmente asombrada.

—Como todo, tiene su gran trabajo detrás como ves.

Ambos sonreímos y nos quedamos en silencio después.

Bueno pues, llegó la noche, y ahora ¿qué tenía que hacer una en estos casos? ¿Debería ir a lavarme un poco? ¿Pero en qué diantres estoy pensando? No iba a pasar nada, estaba más que claro, yo nunca me iba a acostar con un chico que no estuviera enamorado de mí, y hasta me había planteado hacerlo con Jorge. ¡Estaba perdiendo la cabeza!

Jorge me mira de manera intensa durante unos segundos y luego, como viene siendo costumbre se pone cariñoso y comienza a besarme en el sofá. Yo le devuelvo el beso con ganas, sintiendo sus cálidos labios y su traviesa lengua por toda mi boca y mi cuello. Intento no imaginar en qué está pensando él, en si está centrado en mí o estará pensando en otra. Si solo me estará usando como bálsamo para su dolor. Si estará pensando en su ex mientras me besa. Aun así, sigo acallando mis pensamientos mientras me intento centrar en disfrutar del momento que estoy viviendo, con Jorge ahora encima de mí en el sofá y nuestras manos por todas partes recorriendo cada rincón de nuestros cuerpos. Al cabo de un rato, algo más saciados, él me mira sin apartarse mucho.

—¿Sabes qué me preguntaba una amiga mía? —pregunta misterioso.

—¿El qué? —pregunto llena de curiosidad.

—Que si no nos besábamos. No se creía que llevábamos más de un mes saliendo juntos a sitios y ni siquiera nos hubiésemos dado un besillo.

—Pues también hay formas lentas de conocer a las personas —digo con una sonrisa—. No todo tiene que ser liarse en una noche.

Él sonríe.

—Creo que nunca has estado en mi habitación —me dice de repente. Mis sentidos se ponen a alerta.

—Sí... la vi cuando me enseñaste el piso —le comento intentando parecer casual. Si no contábamos que estaba tumbada bocarriba con él encima y prácticamente el jersey quitado.

—Y... —él susurra lleno de deseo—. ¿No te gustaría verla otra vez mejor?

Me quedo impactada por sus palabras sin saber qué decir o hacer, así que opto por quedarme como una estatua y tragar saliva mientras mi cerebro procesa una respuesta a mil por hora. Si iba para allá, ya sabría lo que pasaría. Si no iba quizá luego me arrepentiría. Lo miro fijamente. Él

parece que nota mi incomodidad y se aparta un poco de mí. Dejándome mi espacio.

—Solo si te apetece a ti también. —Casi puedo notar cómo pide disculpas con la mirada—. Si no, no tienes por qué sentirte presionada, Lara.

Yo sigo unos segundos más en silencio y luego tomo la decisión.

—Vamos. —Me yergo en el sillón muerta de los nervios—. Pero no te garantizo nada.

Él sonríe con picardía y me tira del brazo para guiarme hasta su cuarto. Se supone que esto tiene que ser pan comido. Cualquiera se partiría de la risa de ver a una chica de veintiocho años muerta de los nervios porque va a pasar la noche con un chico. Pero es que yo no era cualquiera, siempre había sido bastante tímida, acomplejada y cobarde.

—Por favor, no enciendas ninguna luz —le suplico. Solo imaginar que viese mi cuerpo desnudo me daban de todos los males. Seguro que saldría corriendo. A pesar de haber perdido más de veinte kilos en una parte de mi interior seguía siendo esa pequeña adolescente obesa llena de inseguridades de la que muchos se reían.

—Como tú quieras —dice mientras sigue besándome apasionadamente.

Yo lo interrumpo varias veces.

—Por favor, dime que te gusto —comento nerviosa mientras apoyo mis manos en sus mejillas.

—Claro que me gustas, Lara. No habría pasado todo esto si no fuese así.

Sus labios vuelven a estar en los míos más veloces que un rayo. Yo lo vuelvo a apartar mientras él me guía y me tira sobre la cama. Es bastante cómoda.

—Dime que no soy una chica más. —Mis nervios me impiden cerrar la boca y relajarme—. Dime que no haces esto solo por un calentón. No podría soportar pensar que mi primera vez no fue algo hecho por amor.

Él se apoya sobre sus brazos y puedo ver levemente la silueta de su cara, imagino que mirándome en medio de toda esta oscuridad.

—No eres ningún calentón, ni ningún capricho. Ni te estoy usando —aclara, luego me besa con delicadeza en el cuello—. Relájate. Todo va a estar bien de verdad. Me gustas.

Y eso hago, intentar relajarme. Sabía que era mucho pedir que de la boca de Jorge saliese un imposible “*te quiero*” y que si salía desde luego no iba a ser para nada sincero. Pero ¿de verdad, quería hacer esto conmigo? ¿Por qué motivo lo hacía? ¿Simplemente para amenizar su noche? Al menos me relajaba pensar que él era un chico sincero. Si lo estaba haciendo era por algún motivo, no porque quisiese jugar conmigo o aprovecharse de mí.

Seguimos besándonos mucho más rato hasta que él intenta pasar a mayores y comienza a quitarme la ropa. Yo apenas soy capaz de moverme, los nervios y el miedo a pasarlo mal me tienen aterrorizada. Luego se aparta de mi lado y lo veo salir al baño y regresar. Estoy esperando que venga hacia a mí de nuevo, pero en cambio se acuesta a mi lado y enciende una pequeña lamparita.

—¿Ocurre algo? —pregunto muy preocupada

Él niega con la cabeza, pero claramente tiene un gran conflicto interno ahora mismo. Se le nota

en la cara, se lo veo en los ojos y en la mirada.

—Si quieres que me marche a casa, lo haré —digo algo cohibida por su actitud fría y sintiéndome mal.

Seguramente el motivo de que él esté así he sido yo con mis estúpidas preguntas y mis malditos nervios. Era un desastre. Se me daba medio bien escribir novelas, pero en el amor real la cosa cambiaba mucho. Me sentía torpe y estúpida de estar así, medio desnuda en la cama de un chico al que quería, pero que no sabía a ciencia cierta y creo que nunca sabría qué sentía él por mí. Quería vestirme y salir corriendo a casa.

Él sigue negando con la cabeza, mirando solamente al techo.

—Podemos acabar con esto aquí si quieres. No tenemos por qué hacerlo —sigo comentando.

—No es por ti, Lara —dice él algo molesto—. Es un problema mío.

Mis manos tiemblan y comienzo a sudar frío.

—Quiero hacerlo. Eres una chica estupenda y tengo muchas ganas de estar contigo así desde hace tiempo. —Él me mira y sus ojos brillan bajo la tenue luz de la lamparita—. Es solo que... así a oscuras... se sintió muy extraño de repente, no verte la cara y ver que eras tú. Quiero decir, el estar con otra persona diferente a...

—Alma —termino yo la frase por él—. Entiendo.

Mi corazón se rompe un poco como cada vez que escucho ese nombre. Y más ahora cuando prácticamente me está diciendo que mientras estaba conmigo, él estaba pensando en su ex novia. Aunque fuese un poco. Sé que es algo totalmente normal. Pero me hacía bastante daño. Me debatía realmente entre sí desistir e irme a casa o quedarme aquí como un pasmarote curando su corazón herido.

—Solo dame unos minutos —me suplica él—. Solo un momento.

Entonces él me abraza contra su pecho y yo tengo que reprimir las ganas de llorar. ¿Por qué nunca puedo estar tranquila en esta relación? ¿Por qué vivir pendiente de un hilo cada vez que estaba junto a él? Sin saber qué día me soltaría, o si esto duraría mucho tiempo para sorpresa de los dos. Pero de nuevo me recuerdo a mí misma que lo quiero, que esperaría lo que hiciese falta, con tal de que él se sintiese bien.

Y dejada llevar por mis sentimientos, eso a lo que tenía tanto miedo, acaba sucediendo. Me sorprende ver que es un chico dulce y atento en todo momento preocupado por mi bienestar.

Y que hace de esta experiencia que empezó siendo algo extraña, una cosa bonita incluso, llena de una magia particular. No me arrepiento para nada de haber esperado todos estos años, para acabar con una persona como él. Aunque él no sintiese lo mismo por mí del mismo modo.

Aunque todavía le faltase tiempo para aclarar sus sentimientos, olvidar y abrir una puerta.

Nos abrazamos mutuamente, hasta que él se queda dormido. Y yo le doy la vuelta al coco un poco más. Luchando a la vez con la inmensa felicidad que era el estar a su lado abrazada sintiendo su respiración en mi piel, y sentirlo, por estas horas tan solo mío.

## Capítulo 59

Cuando él abre los ojos, me sorprende mirándolo. Llevo horas despierta. Es más, apenas he podido pegar ojo esta noche a causa de todo lo acontecido y mi debate interior. Pero con la llegada de la madrugada, había tomado una decisión.

—¿Llevas mucho despierta? —me pregunta con cariño mientras se estiraza y luego me da un besito en la boca.

—Un rato —confieso sonriéndole levemente.

—Podías haberte ido a desayunar si te apetecía, ducharte o lo que fuese, sabes que estás en tu casa.

—Estaba bien aquí —le susurro.

Él sonríe también y se acerca para besarme, lo deajo. Pero después de unos instantes, lo aparto de una manera sutil. Él me mira extrañado preguntándose cuál es el problema seguramente.

—Jorge... —comienzo armándome de valor—. Yo...

Él se sienta en la cama, y me anima a hacer lo mismo. Me tapo con algo de pudor para que no se vea nada. No puedo reprimir las lágrimas.

—No puedo hacer esto más —confieso.

—¿He hecho algo malo? —pregunta él preocupado—. ¿Te hice daño ayer? ¿O te hice sentir incómoda?

Yo niego con la cabeza.

—No es eso. Eres un chico increíble, de verdad. —Siento tanta pena y angustia que me cuesta pronunciar esas palabras.

Luego me intento calmar. Si había tomado esta decisión, tenía que ser firme. Aunque mi corazón se partiese en mil pedazos.

—Pero siento que aún no estás preparado para vivir algo así de nuevo.

Él me mira con los ojos de par en par. La callada Lara al fin se estaba revelando, así que tenía que ser todo un impacto que no se esperaba. Siempre yo había sido la que había sentido más y ahora, seguramente, se preguntaría a qué venía este cambio de parecer.

—¿No estás a gusto conmigo? —pregunta.

Yo niego con la cabeza.

—Me gustas muchísimo, Jorge. Tanto que hasta te daría miedo si algún día te lo contase todo.

Estos años han sido una montaña rusa, con picos de euforia y otros muchos de caída libre. Y tú has marcado muchos de esos giros. —Tomo aire—. Y me siento la mujer más feliz del mundo por estar aquí ahora mismo a tu lado y que hayas sido el primero en todos los aspectos me llena de alegría. Pero no puedo seguir fingiendo que no veo cómo aún sigues anclado al pasado y no la dejas ir. No puedo estar al lado de alguien que aunque han pasado ya casi tres meses tengo la sensación de no saber lo que piensa sobre mí nunca. Que unos días me trata con mucho cariño y otros ni siquiera me escribe.

Él me mira en silencio intentando asimilarlo todo. Él no tiene la culpa de nada y es lo que más me duele. Que comprendo perfectamente la situación y detesto que la vida haya decidido juntarnos como siempre en el peor y más imposible momento.

—Quiero estar tranquila, Jorge. No quiero tener más pesadillas en las que me dejas y vuelves con ella. No quiero estar pendiente de qué estado de humor tendrás hoy y con quien quedaré, si con el chico frío o con el chico cálido.

—Comprendo —dice él asintiendo y bajando la mirada—. Siento si te he herido en algún momento. Tan solo quería hacerte feliz y seguir con mi vida.

—No hay que disculparse por nada. Los dos nos metimos en esto sabiendo lo que pasaba.

Él asiente de nuevo. El ambiente se siente tan triste y tenso que estoy deseando vestirme para volver a casa lo antes posible.

—Me iré a casa.

—Sabes que eres libre de marcharte cuando lo desees —me dice con amabilidad.

Con las pocas fuerzas que me quedan, salgo de la cama y comienzo a ponerme la ropa. No sé si esta es la decisión correcta o si habré metido la pata hasta el fondo y a partir de ahora la cosa iría a mejor. Simplemente hice caso a mi corazón. Cuando acabo de vestirme él se levanta y también se pone una camiseta y un pantalón de chándal y me acompaña a la puerta. Yo arrastro fuera de su casa mi maleta y luego cruzo el umbral de su puerta. Me giro.

—No quiero que esto sea un adiós —me dice él compungido.

Yo le dedico una triste sonrisa mientras me intento hacer la fuerte.

—No lo es —susurro—. Ven a buscarme cuando puedas cerrar tu puerta y abrir una nueva. Si entonces te sigue apeteciendo.

Él también me dedica una sonrisa triste y asiente.

Cuando la puerta se cierra y *Jojo* vuelve a desaparecer de mi vida, yo no reprimo más las lágrimas y voy llorando todo el camino a casa. Algunas personas me miran preocupadas e incluso otras muchas me preguntan si necesito ayuda. Yo las rechazo a todas con un gesto de la mano y corro todo lo que puedo para llegar antes.

Lo más complicado de todo es obligar a mi cuerpo a caminar en esa dirección cuando lo que en realidad quiere hacer es volver a ese piso y pedirle que olvide todo lo que he dicho, perdida entre sus brazos. Pero no puedo hacerlo. Al menos no hasta que él no tenga claros sus sentimientos y podamos disfrutar de una relación libre. Sin el lastre de fantasmas del pasado acechándonos a

cada segundo.

Cuando me detengo en la puerta de casa, me tomo unos instantes para secarme las lágrimas y que no parezca que he estado llorando. Suspiro varias veces, tomo aire mientras me abanico la cara con las manos y luego abro la puerta. Mis llantos se frenan de repente cuando veo a mi madre besándose tímidamente con un hombre en el pasillo.

—¡Lara! —exclama ella sorprendida apartándose del maduro y apuesto desconocido—. ¿No estabas en tu cuarto durmiendo?

—¿Y tú no estabas de viaje rural? —pregunto con el mismo grado de sorpresa.

Ellos dos se miran y luego mi madre se acerca hasta mí. Yo aprovecho sus miradas para esconder la pequeña maleta detrás de las cortinas de la ventana.

—Al final nos volvimos anoche, varios del grupo tuvieron un pequeño problema. —Luego mira a su acompañante—. Este es Bernardo, por cierto.

Yo me acerco a él y lo saludo como una buena hija educada. Y además porque estaba feliz de ver a mi madre al fin rehaciendo su vida al igual que había hecho mi padre.

—Soy Lara, bienvenido a casa —lo saludo.

Tiene unos enormes ojos marrones y parece estar a finales de sus cincuenta por su pelo canoso, pero bien cuidado y una juvenil barba recortada.

—Gracias, Lara, aunque ya me iba. —Él ríe un poco nervioso. En eso se parecía a mí—. Y como esta situación nos tiene tensos a los tres, pongamos las cartas sobre la mesa. Lara, me gusta tu madre, desde hace bastante tiempo.

Mi madre pone cara de pánico y lo mira seguramente con ganas de ponerle una mano en la boca que calle su confesión. Bernardo es demasiado sincero al parecer y no se anda con rodeos.

—Nos conocimos en las clases de baile de salón y aunque me costó bastante hacerme un hueco en su corazón, finalmente nos enamoramos y estamos muy felices.

Mi madre me mira esperando mi reacción. Yo sonrío levemente.

—Me alegro mucho. Solo quiero que mi madre sea feliz, así que cuídala.

Él asiente alegre de que les la bendición y mi madre también suspira aliviada. Todo el mundo encontraba a su media naranja menos yo. Si no era por una cosa era por otra.

—Me vais a disculpar, quiero ir a la ducha a quitarme todo este polen de la cara que me está matando. —Me invento pronto la excusa para poder subir y encerrarme en mi cuarto.

—Si estamos en Navidad —dice mi madre notando que todo esto es muy raro.

—Sí, pero hay algo que me ha hecho reacción. —Yo me mantengo en mi línea—. Por cierto, Bernardo, quédate si quieres a desayunar.

—Gracias, Lara —agradece alegre—. No será la última vez que me veas por aquí.

Yo asiento y sigo subiendo las escaleras.

—Tu hermano está en su cuarto, por cierto —me anuncia mi madre y es otra alegría que se suma a la que me acaban de hacer saber. Siempre me sentía más tranquila cuando Cristian estaba cerca.

Él me detiene en medio del pasillo surgiendo de repente de la oscuridad de su cuarto. Yo lo abrazo a modo de bienvenida y él me lo devuelve. Se siente bien, se siente reconfortante.

—Con que alergia en invierno, ¿eh? —Alza una ceja de manera perfecta, cosa que llevábamos ambos en los genes y yo suspiro.

—Es una historia muy larga. Ahora quiero descansar.

Él asiente y me ayuda a caminar hasta mi habitación.

—Luego hablamos, hermanita.

Cuando la puerta se cierra detrás de mí, vuelvo a echarme a llorar en la cama de la manera más silenciosa que puedo. No me puedo creer que estuviese tantos años detrás de él, para ahora, hacer esto y venirme atrás como una cobarde. Pasan las horas y no encuentro consuelo, así que me levanto y camino hasta el escritorio, encendiendo el ordenador con rapidez. Cuando tengo la hoja en blanco delante de mí, entonces todo fluye.

*“Hola, Jorge. Jojo:*

*Sí, por fin reconozco abiertamente que eres tú el destinatario de todas estas cartas. No podría ser de otra manera.*

*¿Qué paradoja verdad? Ni yo misma aún me creo que te haya permitido entrar de esta forma lenta, casi inapreciable, pero que a la vez arrolla todo a su paso con ganas de dejar una huella imborrable. Supongo que los sentimientos funcionan así, mientras más tiempo se tejen bajo el alma, sus nudos más apretados quedan... y más complicados son de deshacer si el resultado no nos gusta.*

*Y eso es lo que nos pasó. Por mucho que yo huya, el destino siempre te trae a mí. Por mucho que yo me vaya, está visto que tú siempre me alcanzas, y confieso que reduzco la velocidad solo para verte llegar hasta a mí. Por mucho que lo niegue, algo cambió el día que te conocí.*

*Que duro es ser siempre la que se queda esperando, la que espera el milagro. Me diste tantos motivos para creer que se podría hacer realidad, entonces ¿por qué soy yo la que se queda llorando?*

*Me llenas de tantas formas, parece que dos pedacitos de una misma alma habitan dentro de nosotros y se sonríen entre ellas cuando cruzamos la mirada. Cómplices de una historia que es solo nuestra. Cómplices de un amor que da sus primeras andadas.*

*Nunca te podría olvidar. Aunque lo intente, aunque lo quiera o lo busque, porque me has dejado marcada para siempre. Justo como la pintura con la que nos castigabas en clases, de un modo fuerte e imborrable. Clavado en mí como aquel pequeño trozo de papel que dejaste en el tablón con una frase de aquel pequeño libro sobre rupturas que otro me recomendó, como si supiese que en el día de hoy lo usaría para olvidarte a ti.*

*Eres el primero que supo verme más allá del exterior, el primero en hacer que a una chica que pensaba que no valía la pena seguir viviendo, se le demostrase que el mundo podía estar lleno de color. El primero en poner una sonrisa sincera en mi cara, gesto que pensé extinto en mi*

*cuerpo y que desde que llegaste salía con tanta naturalidad que me dejaba asombrada.*

*Te quise desde el primer día que te vi entrar por esa puerta. Te parecerá una locura, pero tuve un presentimiento, como esas escenas en las películas en las que entran los amores destinados de los protagonistas y el tiempo se para mientras suena una bonita música. Aunque yo no lo supe hasta mucho después, simplemente pensaba en qué bonita casualidad sería vivir una historia de amor con el chico que menos imaginaba en esta tierra.*

*Tenía que ser cosa del destino, y esas cosas nunca caían en saco roto. Por poco romántico que tú seas. Me vas a tener que perdonar, pero es que eres lo que siempre estuve buscando.*

*No ha sido fácil dejarte ir.*

*Me devolviste tantas cosas que había perdido. Me volviste a hacer sentir, a tener esperanza, a sentirme deseada, me hiciste alegrarme de no haber saltado aquella noche del balcón, para no perderme estas maravillosas cosas que me tenías guardadas.*

*Por todo eso y muchas cosas más. Gracias.*

*Por existir. Por todo.*

*Por cruzarte en mi camino a todas horas. Por hacerme sentir que podría morir de amor. Por hacerme sentir miedo. Por hacerme saber lo que es el verdadero amor, por primera vez.*

*Eso me demostró lo mucho que me importas.*

*Y como bien me dijiste esa última noche en la que nos vimos: “Este no es un adiós, es solo un hasta pronto”. Recuerda que al destino siempre le gusta cruzarnos cuando menos lo esperamos, así que esperaré con ganas la próxima vez. Dejemos que la vida nos sorprenda.*

*Te regalo esta historia para que siempre tengas presente lo mucho que significaste en la vida de una chica corriente que soñó siempre con ser más valiente y poder tenerte a su lado. Así que no sé si te lo habrán dicho alguna vez pero...*

*Es imposible no quererte,*

*A ti, mi amor imposible”.*

Escribo la última palabra inundada en lágrimas, lo que siento por él es tan grande que ni siquiera esa carta me consuela esta vez. Sentía que estaba perdiendo al amor de mi vida, y no podía hacer nada para evitarlo. No podía hacer que él se enamorase de mí por arte de magia. Suspiro y miro al techo, llena de impotencia. Todo saldrá bien. Seguiré adelante con mi vida, conoceré a otro chico que me quiera como merezco algún día, trabajaré y haré una fortuna. Seré una famosa escritora y tendré la familia con la que siempre soñé.

Y a él le dejaré este libro como regalo, mi historia, nuestra historia, la de todos nuestros imposibles. Una historia para que la gente que esté en una situación similar, nunca se rinda. Porque los imposibles solo están en nuestra mente. Aunque haya cosas que no puedan ser. Una campanita de notificación me saca de mis cavilaciones. Miro a la esquina derecha de la pantalla y veo que un nuevo correo acaba de llegar. Oh, Dios mío. Es la respuesta de la editorial. Los

resultados del concurso.

Me yergo en el asiento y tengo micro infartos mientras la página se carga. Le hago clic al mensaje en cuanto aparece en la pantalla, y una vez que tengo las letras negras delante de mis ojos, las devoro.

*“BUENOS DÍAS, LARA:*

*Nos ponemos en contacto con usted para proponerle la publicación de su novela *Cartas a mi amor imposible*, en nuestro sello editorial. Esta novela, que presentó a nuestro certamen de novela romántica, quedó entre las novelas finalistas y ese es el motivo por el cual le ofrecemos la posibilidad de publicarla con nosotros.*

*Si está interesada en escuchar nuestra oferta, nuestra editora contactará con usted en cuanto nos manifieste su deseo de hacerlo.*

*Un saludo,  
Leonor. G”.*

## Epílogo

*Abril, 2020*

Camino sobre mis altos tacones a través de los pasillos de Cel, el gran centro comercial nuevo que han construido en Madrid. Y cuya inauguración es hoy.

*Cel*, que significa, para más coincidencias raras como siempre en mi vida, destino en polaco. Al igual que aquella librería que había en mi pueblo y que no paraba de frecuentar cuando tenía unos cuantos años menos encima. Ziel. Destino en alemán.

Mi editora me acompaña, mientras por un pinganillo, charla con los de seguridad para comprobar que todo está correcto en la terraza.

—Hay mucha gente —me comenta ella con sus grandes ojos grises—. Así que intenta ir lo más rápido que puedas y no te demores mucho con nadie. Eso sí, se amable y siempre con una sonrisa en la cara.

—¿Acaso alguna vez te he fallado? —Le sonrió mientras me acomodo mi pelo largo e intento calmar mis nervios como siempre me pasa en estos eventos.

Soy la invitada a la inauguración por el día del libro. No puedo decepcionarlos. Ni a los dueños, ni mucho menos a toda esa gente que me espera fuera. Cuando le digo que estoy preparada, ella abre la puerta de cristal y salgo a la terraza. Una multitud de más de trescientas personas chillan como locas al verme aparecer. Da igual las veces que lo haga y los años que llevo en esta profesión. Siempre se me pone el pelo de punta ante la maravillosa efusividad y el amor que me dan mis lectores.

Ante el reto de enfrentarme a otra firma de libros.

Tomo asiento en una gran mesa blanca, rodeada por todos lados de carteles con la portada de mi mejor libro. La novela por la que ellos están aquí con muchos de sus ejemplares en las manos.

Y como siempre, tengo que reprimir mis emociones en un cajón cuando veo que incluso las chicas más adolescentes hacen carteles y collages, alabando a ese tal *Jojo* y su relación con Lara. Da igual el tiempo que haya pasado, sigo creyendo que fue ayer cuando lo dejé en su piso después de aquella noche. Sus ojos no me han abandonado ni por un segundo. Ni tampoco su recuerdo.

Este libro siempre me mantendrá atada a él, y yo estoy feliz de ver que puedo seguir a su lado aunque sea a través de sus páginas.

El presentador comenta la dinámica de la firma, y explica las normas. Una vez presentados todos, la gente comienza a pasar por la mesa de una en una, mientras me comentan lo contentos que están de conocerme y lo mucho que les encantan mis novelas. Yo parezco flotar. Muchos de ellos se quieren hacer fotos conmigo y yo les agradezco en todo momento sus gestos de cariño.

Si algo quería con todo esto no era la fama ni el dinero, era llegar a todas las personas que pudiese y hacerlas sentir bien con mis historias. Me alegraba de ver que todos mis sueños se habían cumplido. Bueno, casi todos.

La mano comienza a dolerme cuando llevo más de una hora firmando sin parar y escribiendo dedicatorias. Hay tanta gente que hasta mi editora me echa una mano poniéndome los libros en cola sobre la mesa para firmar. El sol se está poniendo y corre una estupenda brisa de verano que me ayuda a relajarme.

—¿A nombre de quién? —pregunto alegre cuando otro ejemplar llega bajo mis manos, como viene siendo costumbre.

—A tu amor imposible.

Me quedo paralizada cuando escucho esa voz tan familiar entre los gritos y los murmullos de la gente. La reconocería en cualquier parte. Una voz por la que he esperado años.

—Pero en vez de tachar la palabra amor —continúa él—, tacha el “imposible”.

Tardo unos minutos en reunir fuerzas para alzar la cabeza y hacer frente a sus maravillosos ojos verdes llenos de las largas pestañas que siempre envidié. Cuando nuestras miradas se encuentran, mi corazón explota.

—¡Rápido, por favor, déjese de tonterías! —lo regaña mi editora—. Hay mucha gente esperando aún.

Yo le hago un gesto con la mano para que se detenga sin dejar de mirar a Jorge. Y ella obedece y cierra el pico. La gente en la cola se comienza a impacientar un poco, pero me da igual, ahora todo lo que importa es él.

—Recibí todas y cada una de tus cartas, Lara —susurra él con su mirada fija en mí. Ni un solo titubeo—. Nunca nadie me había hecho un regalo así. Por eso, llevo más de un año buscándote. Quería darte las gracias.

—Lo hice de corazón —hablo por primera vez.

—También quiero devolverte el regalo. De corazón.

En ese instante él se inclina y sin importarle los cientos de personas, medios de comunicación y los años que han pasado, me besa como si fuese la primera vez. De una manera dulce pero apasionada. Diciéndome con eso, que los años no han pasado.

Confirmándome que lo sigo queriendo como desde aquella primera vez que me asustó en aquel festival del instituto.

Se separa unos instantes para coger aire.

—Te quiero —me susurra al fin—. Estoy preparado para lo que venga. Esta vez te lo digo de verdad. He abierto la puerta de par en par.

—Y yo a ti. —Me pongo de pie a su altura, emocionada. Los años no han pasado para él. Sigue estando igual de guapo, solo que ahora tiene una barba mucho más masculina a sus treinta y dos años—. Te he echado muchísimo de menos.

Y entonces en este abarrotado lugar solo existimos él y yo y las lágrimas se deslizan frenéticamente por mi cara a causa de la felicidad. Lo abrazo sin rodeos, a pesar de tener la mesa en medio de nuestros cuerpos. Pero no pienso soltarlo, nunca más.

Me subo a la mesa de rodillas, lo que hace que se escandalice el personal, mi editora, y me arrimo aún más contra él.

—Hoy es una fecha preciosa para recordar, ¿no te parece? —me susurra al oído.

Pienso en el día de hoy. El día del libro.

—Sí —afirmo feliz.

—Entonces... ¿Quieres ser mi novia?

Me retiro un poco para verle la cara y confirmar que está hablando en serio. No me lo pienso ni dos segundos antes de decir que sí con la cabeza y abalanzarme a sus brazos de nuevo. Llena de felicidad.

—A ti sí que es imposible no quererte, Lara —me susurra antes de volver a juntar sus labios con los míos esta vez para siempre.

FIN

## Agradecimientos

Empezaré confesándoos que este libro, a pesar de que es el que considero más sencillo de todos los que he escrito, es el que más me ha costado terminar, porque he puesto muchísima carga emocional en él. Por ello muchas veces tenía que detenerme, respirar, y una vez que me sintiese preparada, seguir con ello. Todo surgió a raíz de experiencias personales, y de una terapia de cartas que una vez hice. Me pareció una idea genial plasmar todo ello en una novela como esta. Tan humana y real.

Pero esto no lo hubiese conseguido si no hubiese tenido cerca a las personas que han inspirado esta historia. Entre ellas tú, Cati, siempre has estado ahí para escucharme desde el principio, y agradezco infinitamente todas esas largas noches de charlas en las que me tuviste que aguantar, un poco lo que pasó contigo, Mari Carmen. Muchísimas gracias por estar siempre ahí aguantando todas mis locuras y dándome tus consejos de pitonisa. Siempre serás mi *gachera* preferida aparte de una gran amiga.

Dar las gracias como siempre también a mi familia y amigos por aguantarme cuando les decía: “*Me tengo que ir a escribir el libro*”. Y ellos me animaban diciéndome que se morían de ganas de leerlo. Así da gusto escribir.

A todo el equipo de Penguin Random House y Selección BDB, mil gracias por hacer que mi sueño por tercera vez se pueda hacer realidad, y por vuestro buen hacer siempre con una sonrisa.

A vosotros los lectores, que siempre me dais la oportunidad, así sea la primera vez que me leáis o si ya habéis echado un ojo a mis anteriores novelas, mil gracias por vuestro apoyo y por estar siempre ahí. Espero que esta historia os haya llegado al corazón, así como su mensaje. Ojalá todos vuestros imposibles se puedan tarde o temprano hacer realidad.

Nunca os deis por vencidos, no hay nada imposible.

Y para acabar, darte la gracias a ti. Mi ~~imposible~~. Tú eres el motivo por el que nació este libro y soy la persona más feliz del mundo a tu lado. No podría pedir más.

Espero que te guste este regalo.

Te ~~shhhh~~ quiero.

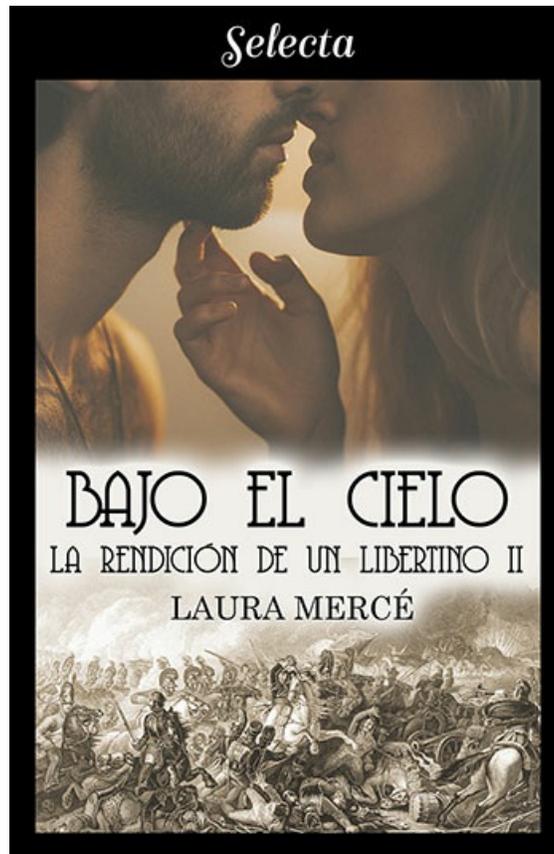
Si te ha gustado

*Cartas a mi amor imposible*

te recomendamos comenzar a leer

*Bajo el cielo*

de *Laura Mercé*



Capítulo 1

EL BAILE DE GALA

ErEran las siete de la tarde de un caluroso sábado de primeros de mayo de 1807, y en la vieja casona de los Ibáñez los criados iban y venían mientras ayudaban a sus señores en los preparativos de la gran fiesta de esa noche en el salón más elegante del Alcázar de Jerez de la Frontera, a la que asistirían altas personalidades, incluso desde Madrid.

En ese momento doña Clemencia, a la vez que miraba ansiosa a su hija, le pidió:

—Por favor, Úrsula, vístete ya. No sigas negándote a acompañarnos al baile, nos amargarás la noche. Ya sabes que, si tú no vas, nosotros tampoco asistiremos.

Los claros ojos de la joven se quedaron fijos en su madre en una mirada sombría.

Sus labios se curvaron en un gesto de disgusto al decir:

—Pero ¿por qué se empeñan en obligarme asistir a ese... baile, si yo no lo deseo? Podéis ir todos y dejarme a mí con Pastora, Serafina y Lola; además, también estará Ignacio, y juntos nos haremos compañía.

—¡No!

El grito de doña Clemencia resonó en toda la habitación hasta llegar incluso a sobresaltar a la doncella, que planchaba un regio traje de muselina azul, en el cuarto contiguo.

La señora Ibáñez, luego de aspirar una bocanada de aire, siguió:

—Vamos, Úrsula... termina ya con estas tonterías; pareces una niña caprichosa. Hasta hace unos días estabas decidida a asistir a este baile. ¡Incluso te probaste el vestido dos veces! Y ahora... justo a la hora de vestirte, ¿sales con eso? —Mirándola con un rictus de amargura, añadió—: Realmente, tu padre y yo estamos muy angustiados por tu anómalo comportamiento; pareces una viuda.

—En cierto modo, es así como me siento —afirmó la joven con aspereza, a la vez que bajaba la cabeza.

—No digas eso, hija —le pidió su progenitora—, Dios te puede castigar; eres tan joven y tan bella... Si te lo propusieras, podrías encontrar al hombre de tu vida y olvidarte al fin de... ese fantasma del que te enamoraste siendo apenas una niña. ¿Por qué no fijas tus ojos en Carlos Temple?, el pobre lleva tanto tiempo enamorado de ti... Te quiere desde que erais pequeños. Y tú te encaprichaste de un hombre mayor que jamás reparó en ti... ¡que se casó con otra!, y que ahora está muerto... ¡muerto!, ¡pero tú estás viva! ¡Viva! —gritó con la mano en el pecho. Después de aspirar una bocanada de aire, observándola implorante, agregó—: Compláceme, aunque solo sea por esta vez. Ven con nosotros a la fiesta a lucir tu hermoso vestido. Tu hermana está muy entusiasmada con este baile. Te lo ruego, no me hagas sufrir...

Luego de unos instantes de indecisión, Úrsula asintió con la cabeza.

—Está bien madre, ya no sufra usted más. Iré con vosotros a ese baile... a lucir mi vestido... —acabó vencida.

Doña Clemencia, con un gran alivio marcado en su rostro, manifestó:

—¡Estupendo!

—Pero no me pida que acepte bailar con nadie, porque no lo haré —replicó la joven, obcecada. La señora Ibáñez suspiró con desaliento. Sin cambiar de gesto, apostilló:

—Ahora Serafina y yo te ayudaremos a vestir. —De pronto, como si recordara algo, llevándose las manos a la cabeza, añadió—: Y Diego, ¿dónde estará?, ¡hace rato que no lo veo! Serafina... por favor, comienza a ayudar a vestirse a Úrsula, enseguida regreso.

Al instante salió precipitadamente, y se tropezó con su hijo menor.

—Ignacio, ¿sabes dónde está tu hermano? —le preguntó ansiosa.

—No —objetó el jovencito con visible aburrimiento—. Hace ya un largo rato lo vi salir montado en su caballo, pero aún no ha regresado.

Desde la otra habitación se escuchó una voz:

—¡Madre! ¡Venga a mirarme!

—Ya va, Gertrudis... —respondió doña Clemencia dirigiéndose hacia el cuarto contiguo.

Al llegar a una puerta, que permanecía abierta, observó a su hija menor enfundada en un hermoso vestido de corte griego, de fino raso amarillo.

—¡Estás preciosa! —ponderó mirándola complacida.

—¿De verdad, me ve usted guapa? —inquirió la jovencita observándose ansiosa en la luna de un alto espejo oblongo.

—¿No lo ves tú misma? ¿A ti qué te dice tu propia imagen mientras te miras?

—¡Que se parece a un patito! —prorrumpió Ignacio desde el umbral mientras soltaba una burlona carcajada al tiempo que echaba a correr.

—¡Que malvado es...! Madre, por favor... entre y cierre la puerta.

—Mi niña, no haga caso de su hermano: está usted muy hermosa —la elogió Lola, la doncella que se ocupaba de arreglar las mangas de su vestido.

—Es verdad... te ves preciosa. Vamos a que te vea tu padre... —añadió doña Clemencia mientras abría de nuevo la puerta.

Dándose aires de princesa, la jovencita descendió las escaleras. A cada minuto crecía su excitación; en el baile estaría Wilbur, su pretendiente del que se hallaba tan enamorada, junto a su familia, que seguramente la observaría con detenimiento, y eso le provocaba un gran nerviosismo y palpitations en el corazón.

En ese momento don Pedro, vestido con sobria elegancia, salía del despacho en compañía de su hombre de confianza, ambos enfrascados en una animada conversación.

Al ver bajar por la escalera a su hija menor seguida de su esposa, exclamó:

—¡Gertrudis! Pero... ¡qué bonita estás! ¡Pareces una princesa!

—Gracias, padre. —Girándose hacia el administrador, con voz ansiosa, agregó—: ¿Y usted qué opina, don Sancho?

—¡Que será la más guapa del baile!, no me cabe duda —declaró el nombrado.

—Gracias —respondió Gertrudis a la vez que sonreía animada.

De pronto, en la entrada del salón hizo su aparición una gallarda figura masculina.

—¡Diego!, ¿dónde te habías metido? —preguntó doña Clemencia mirándolo aliviada—. Por favor, tienes que darte prisa.

—Tranquila madre, hay tiempo de sobra —repuso el recién llegado con gesto tranquilo.

—Las horas pasan rápidas, y aún estás sin vestir —rebatió ella.

Al posar sus ojos en Gertrudis, Diego dio un prolongado silbido de admiración.

—¡Ole! ¡Pero qué requeteguapa te ves! ¡Pareces una emperatriz!

—¿De verdad, hermanito... de verdad, te lo parezco?, por favor, dímelo con absoluta franqueza —le pidió la jovencita, mirándolo llena de ansiedad.

—Con absoluta franqueza; estás muy hermosa y muy moderna. Desde que salieron estas modas, sin tantas enaguas y sin esos abultados *panniers* de antaño, las mujeres estáis encantadoramente seductoras. Gertrudis, de verdad te ves muy bonita; palabra de hermano mayor —acabó con la mano levantada.

—¡Claro!, se ha esmerado en ponerse lo más guapa posible para conquistar a la familia del idiota de Wilbur Force —vociferó Ignacio apoyado en la baranda de la escalera.

—¡Cállate, engendro malvado! —gritó Gertrudis, mirándolo furiosa.

Don Pedro, con el ceño fruncido, preguntó:

—¿*Vilbur?*, ¿quién diablos es ese? ¡Me suena a nombre inglés!

—Y eso es justamente lo que es: ¡un soso y descolorido inglés!, sin una gota de sangre española que corra por sus congeladas venas —replicó el jovencito con mofa.

En ese momento todas las miradas se alzaron hacia lo alto de la escalera.

Como una bella imagen, seguida de su doncella y enfundada en su hermoso vestido túnica de talle alto, y guardapiés de raso, Úrsula hizo su aparición.

—¡Oh!, pero... ¿qué ven mis ojos? —exclamó Diego dando otro silbido de admiración.

—¡Por Dios! ¡Úrsula, qué bonita estás! —reiteró su madre.

Don Pedro, con notable alegría, miró alucinado a su hija mayor; era la primera vez en mucho tiempo que la veía vestida de fiesta.

—Estás... guapísima, y qué feliz me hace verte así —alcanzó a murmurar con un hilo de voz.

—Es verdad, hermanita, te ves preciosa —añadió Gertrudis, contemplándola como si la viera por primera vez.

—¡Sí! ¡Requeteguapa! ¡Ole tú! —prorrumpió Ignacio con otro silbido. A continuación, a la vez que miraba desdeñoso a Gertrudis, agregó—: ¡Mucho más guapa que ninguna otra! Realmente pareces una reina.

Doña Clemencia dirigiéndose a Serafina, que era experta en peinados, le indicó:

—Vamos a retocar el peinado de Úrsula. Después, terminaré con mi arreglo.

—¿Y yo madre?, a ver que podéis hacer con mis rizos de atrás; algunos de ellos se han escapado de las horquillas —replicó Gertrudis mientras se colgaba del brazo de Serafina.

Seguido a eso, don Pedro e Ignacio acompañaron a don Sancho hasta la puerta.

Diego se quedó solo en el salón.

El incesante tictac del enorme reloj que reposaba de pie en un rincón de la estancia le recordaba el paso del tiempo que a él le hubiera gustado detener. Su espíritu seguía revelándose contra «la prisión» de su nueva existencia. Hacía más de dos semanas que trabajaba en las bodegas, como un operario más, y ya tenía ganas de escapar de allí. Desde el primer día tuvo que soportar las bromas de los trabajadores que, al verlo aparecer con expresión soñolienta y desencantada, entre burlonas sonrisas exclamaban: «¡Ya se sabe, señorito, noches alegres... mañanas tristes!, ¿verdad?».

En medio de un resoplido se dijo: «Para peor, ahora tendré que asistir a ese aburrido baile social, lleno de niñas bobas». Aunque también estarían muchas damas que habían sido sus amantes, y otras que seguían siéndolo y a las que él, por respeto a sus maridos, trataría de no mirar.

«Por suerte, Carlos, pese a la indisposición de su padre, me ha prometido acudir; incluso aseguró que tenía una gran sorpresa que darme, espero que esta sea buena. Al menos, su presencia allí ayudará a que esa tediosa velada me resulte más llevadera», acabó diciéndose.

En ese momento, apareció la criada más vieja de la casa quien, al verlo allí de pie, exclamó:

—¡Pero mi niño!, ¿es qué no vas a vestirme aún? En tu cuarto tienes toda tu ropa preparada, y también el polvo de carbón de pan para pulir tus dientes.

—Gracias, Pastora. No te preocupes; aún hay tiempo de sobra. ¿Sabes?, en estos momentos me encantaría darme otro baño...

—¿Otro baño?, pero, mi niño... tú ya pecas de limpio. ¿No sabes que bañarse todos los días es malo? Hasta los médicos lo dicen, imagínate hacerlo dos veces al día. Además, ya es muy tarde para eso, ¿quieres que le diga a Pepín que venga a darte una mano? Al parecer, su deseo es llegar a ser tu ayudante de cámara personal.

—Sí, lo sé —replicó Diego riendo—. Pero, aunque le tengo mucho aprecio a ese muchachito, tú ya sabes que a mí me gusta vestirme solo.

Pastora, acercándose más al joven a la vez que lo miraba sonriente, le confesó:

—Mi niño, déjame decirte que... estoy muy contenta por el nuevo rumbo de tu vida. Cuando te veo acudir a las bodegas todas las mañanas, como lo ha hecho tu padre desde que era un jovencito, casi no puedo contener el llanto de emoción. Pero sincérate conmigo: aún tienes muchas... «queridas» desparramadas por ahí, ¿verdad?

Diego soltó una carcajada.

—¡Pastora! Pero ¿qué pregunta es esa en una dama tan santurrón y recatada como tú?

—No te burles de mí y, aunque no quieras contestarme, volveré a pedírtelo: apártate de esas mujeres y búscate una buena niña para casarte, tal como se lo prometiste a tu padre. Enderezándote también en ese aspecto, habrás culminado casi del todo con tu cambio.

—Sí, Pastora, te prometo que cumpliré con mis promesas. Pero, como tú misma lo has visto, ya he comenzado con mis penitencias...

—Oh, mi niño; creo que para tus expiaciones no hay suficientes *cuentas* en el rosario. De modo

que, cuanto más prisa te des, más pronto acabarás transformado en un hombre de familia.

—Pero para eso tienen que darme tiempo —replicó Diego—. Y así poco a poco me encaminaré por la buena senda. Y quizás incluso hasta me transforme en santo.

—No exageres; lo único que tus padres ansían... y yo también, es verte caminar hacia el altar del brazo de una buena niña. —Tras un hondo suspiro, sonriéndole cariñosa, agregó—: Por favor, antes de partir hacia ese baile de gala, quiero ver lo guapo que estarás.

—Muy bien. En cuanto me vista, te llamaré para que me des tu imprescindible «visto bueno».

Al cabo de una hora y media, el carruaje de la familia Ibáñez se puso en marcha.

Durante el trayecto doña Clemencia, vestida con discreta elegancia, miraba a sus hijos mayores con detenimiento: Úrsula, a pesar de lo hermosa que estaba, y de que su atuendo la favorecía destacándole sus hermosos ojos azules, continuaba con su rostro marcado por la misma sombra de tristeza de los últimos tiempos.

Diego, enfundado en una elegante levita oscura de faldón largo, blusa blanca y la voluminosa corbata rematada por lazos, ¡estaba guapísimo!, pero su expresión era de completa apatía.

Solo Gertrudis parecía, a más de bella, muy feliz. Y, ante las emocionantes perspectivas de aquel baile, los ojos le brillaban con destellos chispeantes.

La señora Ibáñez, volviéndose hacia su hijo mayor, le pidió:

—Diego, espero que demostrarás tu buena educación e invitarás a bailar a las hijas de nuestros amigos, sobre todo a María Luisa, ¿verdad?

Don Pedro miró a su primogénito con fijeza, pendiente de su respuesta.

—Trataré de complacerla madre —replicó Diego con un disimulado gesto de hastío.

—¿Solo tratarás?, ¿no recuerdas la otra promesa que aún te falta cumplir? —preguntó su progenitor un tanto ceñudo.

—Sí, padre, la recuerdo... solo necesito tiempo.

El señor Ibáñez, aunque un tanto incrédulo, asintió con la cabeza. Seguido a eso, girándose a mirar a la menor de sus hijas, con gesto curioso le preguntó:

—Y a propósito, ¿ese *Vilbur* que hoy Ignacio hizo mención... y del que hace ya mucho tiempo escucho nombrar, quién es... y de dónde ha salido?

—Se pronuncia Wil-bur. Con la doble V... —silabeó su esposa—, y solo se trata de uno de los tantos admiradores de Gertrudis.

—Padre... Wilbur es un joven guapo y muy culto; espero que usted me dé su consentimiento para bailar con él... —se atrevió a decir la jovencita.

El señor Ibáñez asintió con la cabeza y le dijo:

—Tienes mi permiso, pero ten cuidado, ¡un inglés!, lo que nos faltaba. Y seguro que es ateo.

—Wilbur y su familia son católicos —rebató Diego—, conozco a ese joven y me cae muy bien, y también a sus padres, a los que he tenido el gusto de tratar.

Doña Clemencia observó ceñuda a su marido y objetó:

—Pedro, te recuerdo que los ingleses no son ateos: son anglicanos y protestantes. Y entre ellos

también hay muchos católicos, pero tú no te enteras nunca. Para ti es como si ellos fueran una raza indeseable; recuerda que por mis venas, y por la de tus hijos, corre mucha de esa sangre.

Diego, con gesto serio, miró a su progenitor, y agregó:

—Es verdad, padre, tiene usted que cambiar de manera de pensar, ¿acaso se olvida de que muchos de nuestros buenos vecinos son británicos, y de que, justamente, sus mejores clientes son los ingleses?

Don Pedro respondió un tanto abochornado:

—No, claro que no me olvido, y no dirás que alguna vez dejé de atenderlos con suma cortesía. Hasta sentí mucho el reciente fallecimiento de Guillermo Pitt, que era uno de nuestros clientes más afamados, como su padre lo fue del mío. Aunque, todos sabemos que ese «honorable caballero», como primer ministro británico, antes de morir contribuyó a la reciente y arbitraria invasión en nuestras Indias. —Se volvió hacia su hijo y agregó—: Y además, tampoco olvides que todos esos estirados señorones entran a nuestras bodegas como dueños por su casa, y así comienzan a probar una copita de allí... y otra de más allá «solo para comparar». Y, cuando nos damos cuenta, ya se han bebido varios litros de *xerrez*, como lo pronuncian ellos. ¡Ah!, y al salir, la mayoría de las veces tenemos que ayudarlos porque casi todos terminan descompuestos, y cuando no, inconscientes. ¡Vaya! ¡Hay que reconocer que esos *loores* y *sires* no tienen cultura para beber!

Diego soltó una carcajada y exclamó:

—Pero eso no es motivo para que usted los aborrezca tanto.

—Es que no lo puedo evitar. ¡Nos quitaron el Peñón de Gibraltar, y siempre están hostigándonos con su arrogancia! ¡Han matado a tus tíos... sin contar que están empecinados en tratar de quitarnos las colonias de América del Sur!

Doña Clemencia sacudió su mano en el aire e irrumpió molesta:

—Todo eso son problemas políticos, que es mejor olvidar de una vez por todas. —Tras un corto intervalo, buscó los ojos de su marido y, con expresión seria, añadió—: Y ahora, señor Ibáñez, procure no quedarse toda la noche encerrado... con sus lúdicos amigos en el salón de juego, como siempre hace en estos últimos tiempos cuando vamos a una fiesta o a un baile.

Don Pedro tocó tímidamente la mano a su esposa, dándole la callada por respuesta. Luego sacó un pañuelo del bolsillo y procedió a secarse las gotas de sudor que perlaban su frente.

Instantes después, llegaron a la Fortaleza-palacio situada frente al ángulo sudeste del recinto amurallado que daba acceso, desde la ciudad, por una entrada en arco de herradura hasta llegar a un espacio cubierto por una bóveda vaída.

Mientras bajaban del carruaje, Gertrudis, con ansiosa expectación, observó los demás coches aparcados por doquier, fijándose en todos sus emblemas y escudos. Pero, por más que buscó y buscó, no pudo hallar el de la familia Force. Con gesto de aflicción, se preguntó: «¿Y si Wilbur, por algún motivo, no pudiera venir?»; ante esa posibilidad, sintió cómo un nudo le oprimía la garganta.

Con las tarjetas en las manos, y después de pasar por la lista de invitados, los Ibáñez, al entrar al engalanado salón de fiesta del Alcázar, y como siempre sucedía incluso en misa... fueron objeto de continuas miradas y cuchicheos. Diego, al lado de sus padres y hermanas, con simultáneas inclinaciones de cabeza, fue abriéndose paso entre la muchedumbre.

La música sonaba melodiosa. En la pista algunas parejas, entre ellas el alcalde —junto al cónsul inglés y sus respectivas esposas—, danzaban un cadencioso minué.

Durante más de veinte largos minutos, la familia Ibáñez, luego de ser recibidos por sus anfitriones, se dedicó a saludar a los invitados que ya estaban allí, entre ellos a varios aristócratas de viejo cuño, además de políticos, literatos, abogados, senadores, marinos y militares de alto rango, junto a la adinerada burguesía que representaban lo mejor de la élite social. Diego se reencontró con muchos conocidos suyos gaditanos, que a su vez le presentaron a otros invitados, entre ellos al joven médico y abogado ecuatoriano, José Mujica Lequerica.

Seguido a eso, tras acabar con las presentaciones y con los besamanos, doña Clemencia, Úrsula y Gertrudis, acompañadas de Diego y su padre, llegaron al lugar designado para ellas. Luego de saludar a las damas que serían sus vecinas, ocuparon sus asientos.

Diego, con discreción observó a todas aquellas encoquetadas señoronas, sentadas en una larga hilera que circundaba el espacio, dándose cuenta de que, con sus adustas caras, ponían en aquel colorido salón una nota severa. Todas ellas estaban vestidas con sedas negras, altos *peinetones* y *escofietas*, algunas con, por lo menos, catorce varas de cintas y gasas.

La mayoría de los presentes, en especial los caballeros, apenas vieron entrar a Úrsula, se quedaron mirándola con evidente admiración, a la vez que un rumor de voces se alzó como un zumbido en torno a aquella parte del salón. Úrsula, tal como si no se diera cuenta del revuelo que su presencia había causado, con ademanes llenos de finura y elegancia, tomó asiento.

Por su parte Gertrudis, tras enviarles a varias de sus amigas —sentadas muy cerca de ella al lado de sus madres y *carabinas*— gestos de complicidad entre sonrisas y guiños de ojos, luego de dar otra mirada alrededor del salón, se dejó caer en su silla.

Apenas don Pedro vio a su esposa e hijas correctamente instaladas, buscó con la mirada a sus camaradas; al instante se presentó ante él don Antonio Pimentel quien, después de saludar entre gentiles modales a las damas, y dándole un fuerte apretón de manos a Diego, dirigiéndose a su viejo amigo, con voz alegre, le dijo:

—No creo que Álvaro y José Luis tarden demasiado en llegar... pero mientras tanto tú y yo podemos comenzar unas partidas de barajas, junto a otros caballeros que ya nos esperan, ¿estás de acuerdo?

Después de hablarle a su esposa al oído, don Pedro, seguido de su acompañante, como dos traviosos niños, se escabulleron a la sala continua. Diego se quedó allí solo, consciente de que seguía siendo el blanco de las ceñudas miradas de aquellas pomposas damas consideradas, por casi toda la sociedad, como los pilares de la Santa Religión Católica. Para peor, Diego estaba consciente de que allí, entre los jóvenes de su edad pertenecientes a la alta burguesía, él no tenía

muchas amistades sinceras, y eso se notaba en la reticencia de muchos de ellos de acercarse e integrarlo a algún grupo. Por fin, desde un ángulo del salón vio venir a su amigo Carlos, y respiró aliviado.

Cuando el joven Temple acabó de saludar a todos los que se le acercaban estrechándoles las manos a los hombres y besando la de las mujeres, se reunió con su amigo. A continuación, los claros ojos del recién llegado, luego de darle una palmada en la espalda a Diego, se posaron admirativos en la hermana de este último.

—¡Doña Clemencia, Gertrudis..., Úrsula —saludó con gentil ademán mientras les besaba las manos—, están ustedes muy... pero muy guapas! —concluyó sin apartar la mirada de Úrsula.

—¿Cómo estás, Carlos? —preguntó la señora Ibáñez con una cariñosa sonrisa. Sin esperar respuesta, continuó—: Y tus padres, ¿no han venido?

—No han podido; hace dos días mi padre sufrió un golpe en la espalda al caerse de su caballo, y el médico le ha ordenado guardar cama.

—Ah, es verdad, me lo dijo Diego. Cuánto lo siento, espero que se mejore pronto —repuso doña Clemencia.

—Yo creo que en una semana estará perfectamente —respondió Carlos con sonrisa amable.

Gertrudis, sentada entre su madre y su hermana mayor, continuaba sin apartar los ojos de la entrada del salón. Mientras los minutos pasaban, sentía que cada vez se ponía más nerviosa: Wilbur y su familia no aparecían por ningún sitio. Ante el temor de una reprimenda por parte de su madre, no se atrevió a preguntarle a Carlos Temple si había visto a sus vecinos, los Force.

Segundos después, al volver a levantar la mirada, su cara se encendió de gozoso deleite. ¡Su guapo príncipe azul acababa de entrar al salón junto a su familia!

Doña Clemencia le susurró al oído:

—Ahí tienes a tu enamorado, procura mantener una actitud natural; compórtate como toda una dama. Recuerda a las señoras que tenemos de vecinas, que no dejan de observarnos... ni dar descanso a la lengua.

Gertrudis, completamente sonrojada, asintió mientras permanecía muy quieta sin dejar de observar, con el rabillo del ojo, a su joven pretendiente que, visiblemente aliviado de ver que don Pedro no se encontraba presente, con pasos decididos se acercaba hacia ellos.

Instantes después, Wilbur, con una elegante reverencia, miró a doña Clemencia y sus hijas; en un gracioso castellano, saludó:

—¿Como está usted, *missis Ibánes*, *miss* Gertrudis... y *miss* Úrsula? —acabó mientras besaba las manos de todas. Volviéndose hacia los demás, añadió en inglés—: *¡Hello, how are you* Diego, y *you* Carlos!

Los nombrados, entre risas y bromas, le devolvieron el saludo. Wilbur, sin lograr esconder su nerviosismo, a la vez que se mordía los labios, volvió a mirar a doña Clemencia. Seguido a eso, en su dificultoso español, con tímida voz, le preguntó:

—¿*Missis Ibánes*, me concedería el honor de... permitirme bailar con... su hija Gertrudis?

Doña Clemencia, mientras reprimía una sonrisa, le respondió:

—Sí, claro. Tienes mi permiso. Y te adelanto que también tienes el de mi marido.

Diego guiñó un ojo a su hermana menor mientras esta, sin importarle las miradas y cuchicheos de sus vecinas de asiento, recogiendo las faldas con garbosos ademanes, dejó que Wilbur la condujera al centro de la pista de baile.

A continuación, Diego, dándole a su madre una disculpa, cogió del brazo a Carlos y se lo llevó a un extremo del salón. Una vez allí, mientras se aflojaba en nudo de su corbatín, resopló:

—¡Ufff! Ya no podía más, esas señoras... sentadas al lado de mi madre y hermanas, no daban descanso a la lengua en malignas murmuraciones, sobre todo contra mí. De verdad me estaban despellejando vivo. Y mis padres pretenden que invite a bailar a alguna de sus hijas, nietas o sobrinas —acabó irónico.

Carlos sonrió divertido.

—A quien ellos desean realmente que invites es a la hija de don Álvaro.

—Lo sé, pero, si lo hago, esa niña creerá que estoy interesado en ella. Ya demasiado tengo que aguantarla cuando van a mi casa y me dejan deliberadamente a solas con ella a ver si yo... me dejó tentar por sus encantos.

Carlos, mirándolo burlón, señaló:

—Pero porque bailes un rato con María Luisa no significa que tengas que pedirla en matrimonio...—De pronto, en voz baja añadió—: No te des la vuelta aún, en este mismo momento eres el centro de... otras miradas que creo te conocen de manera muy... pero muy íntima, ¿me equivoco?

Al cabo de unos segundos Diego, con gesto disimulado, se volvió despacio encontrándose con algunas de sus examantes mirándolo con disimulados gestos a través de las blondas de sus grandes abanicos. Con una gentil inclinación de cabeza, Diego las saludó.

Seguido a eso, girándose hacia su amigo, le pidió:

—Mejor salgamos de aquí.

Ambos reanudaron la marcha encaminándose hacia el *buffet*, donde se sirvieron dos vasos de limonada. A continuación, se apostaron junto a uno de los balcones abiertos. Allí Carlos, apoyándose en la reja de la ventana, tras una honda inspiración con mirada melancólica, murmuró:

—Vaya, Diego, me he quedado asombrado de ver a tu hermana Úrsula. ¡Qué hermosa está! ¿Tú crees que, si la invito a bailar, me aceptará?

—Puedes intentarlo... aunque le escuché decir que no pensaba bailar con nadie, y menos querrá hacerlo contigo, porque sabe que aún suspiras por ella.

—¡Diablos!, ¿y Úrsula aún suspira por el muerto? Creo que ya es hora de que tu hermana empiece a acariciar otra ilusión. ¡Qué desperdicio de mujer!

Diego, hizo con la mano un gesto de impaciencia, y apuntó:

—Dejemos ahora de hablar de mi hermana, y cuéntame, ¿qué clase de sorpresa me tenías que

dar?

—¡Ah, es verdad!, con la emoción... mejor dicho, con la conmoción de ver a Úrsula tan hermosa asistiendo a una fiesta, casi me olvido de eso. —Mirándolo a los ojos, con un gesto de visible impacto, añadió—: Es algo muy gordo, te costará creerlo... y no creo que alguna vez lograrás adivinarlo. Cógete de algo para no caerte.

Diego, mirándolo ceñudo, expresó:

—Vamos, déjate ya de rodeos... y de tantos acertijos.

—¿Sabes quién está en Jerez?

—No me digas que tu prima Janet ha llegado de improviso... pero ella me aseguró en su carta que arribarían en agosto —replicó su amigo sorprendido.

—No. No se trata de mi prima, se trata de la de ella... de Brunilda Cavaglioni; la prusiana... la recuerdas, ¿verdad? Llegó de Madrid hace dos días con su cuñada y con un matrimonio madrileño del que, por lo que me dijo, el esposo es un abogado italiano.

—¡Oh! Eso sí que es una sorpresa —musitó Diego completamente anonadado.

—La sorpresa me la llevé ayer por la tarde, cuando se presentó en mi casa acompañada de una doncella. De verdad, casi me caigo de espaldas.

El semblante de Diego se contrajo en una sonrisa incrédula.

—¿Te visitó en tu casa? ¡Vaya!, qué detalle...

—Bueno, en realidad, vino a traerme una carta de Janet. Y realmente la noté mucho más simpática y risueña que en Londres... y más guapa, si cabe. ¿Sabes?, yo pensé que los lunares de su cara eran postizos, pero no... ¡son auténticos! Estuvimos hablando un largo rato; me contó que ella, además de su cuñada y ese matrimonio de amigos que las acompañan, estaban invitados a este baile. Ah, y me preguntó por ti...

—¿Te preguntó por mí? —inquirió Diego aún más sorprendido—. De verdad, eso me halaga mucho... a la vez que me sorprende.

—Sí, quería saber cómo estabas. También me preguntó si tenías invitación para esta noche.

—Vaya, ¿y... dices que ahora se halla aquí? ¿Dónde...? —indagó Diego con visible ansiedad, mientras comenzaba a mirar en todas direcciones.

—Aún no han llegado. Pero no creo que tarden.

La mente de Diego comenzó a cavilar, dándose cuenta de que la pronta e inesperada presencia de Brunilda en esa fiesta social le había causado gran impacto, a la vez que una extremada excitación que casi no lograba disimular.

—No puedo ocultar que... esta noticia me ha dejado asombrado —murmuró lacónico—. Bueno... y, ¿tu prima Janet, qué... te dice en su carta? —preguntó en un intento de distraer su mente.

—Que está muy entusiasmada con su próximo viaje a Cádiz, y también con volver a verte. Ya verás cómo tú y ella al fin terminaréis enamorados —acabó Carlos con una sonrisa.

Durante los minutos siguientes, Diego, mientras procuraba evitar que su ansiedad se le notara

demasiado, permaneció con los ojos fijos en la puerta de entrada del salón, en espera de ver aparecer a Brunilda.

Carlos, tras una larga pausa, añadió:

—¿Te has dado cuenta? Esteban Serrano no ha perdido el tiempo y, desde que llegó, no ha dejado de cortejar a Gloria Montero. Me hace mucha gracia ver los acosos de él y los coqueteos de ella...

—Y eso que Esteban sabe que ella gustaba mucho de ti —reflexionó Diego—. ¿Ves lo que te digo? Todas las mujeres que antes te miraban con muy buenos ojos están cansándose de tu indiferencia hacia ellas. Recuerdo que me confesaste que Gloria te gustaba, sobre todo por su manera de ser. Pero, si continúas así, muy pronto todas las demás mujeres te darán la espalda.

El joven Temple permaneció unos instantes pensativo.

Luego, levantándose de hombros, expresó:

—En realidad, eso no me importa... yo no pierdo las esperanzas de que tu hermana, algún día, descubra que también está enamorada de mí.

—Espero... que tu espera no sea demasiado larga y penosa; deberías tener más coraje y enfrentarte a ella y gritarle su amor. ¿Recuerdas la poesía del Conde de Villamedina? «Quien calla amando, solo... amando muere...».

—Sí, la recuerdo —rebató Carlos. Con mirada triste, añadió—: Y también decía: «Menos dice, y más calla quien más quiere».

—Sigo insistiendo que sería mejor para ti olvidarte de mi hermana y enamorarte de otra mujer.

—Y lo intento... créeme, pero no lo consigo. Como ves, eso que dicen que el amor es el más dulce de los venenos es la pura verdad.

Luego de unos minutos de silencio, en el que Diego aprovechó para dar una mirada en rededor, con gesto extrañado, expresó:

—¿Te has fijado?, hay muy pocos hombres en el salón de fiesta. La mayoría de ellos, a medida que llegan, van desapareciendo. Cuando llegamos, me encontré con muchos conocidos de Cádiz que incluso me presentaron a varios extranjeros... pero ahora no los veo por ningún sitio.

—Por lo que escuché decir, varios de esos extranjeros, en fusión con algunos gaditanos, han organizado una reunión política junto a muchos otros madrileños. Quizás sea por eso...

—Entonces es muy posible que sea una reunión de conspiradores —replicó Diego con aire pensativo.

—No te extrañe, tal como están las cosas ahora... bueno, al menos nosotros, que no estamos interesados en la política, tenemos a la vista a muchas bellas mujeres, la mayoría sin sus maridos —respondió Carlos chancero. A continuación, mientras volvía a pasear la mirada por la concurrencia, exclamó—: Y hablando de mujeres... qué hermosas están todas, ¿verdad?

Diego soltó una carcajada.

—Sí, realmente, hermosas y apetecibles. Aunque con esos escotes de vértigo, a uno le cuesta mirarlas a los ojos.

El salón se hallaba atestado de gente. Los ornamentados candelabros, que rodeaban la pista de baile, resplandecían de luces. Arriba de una plataforma, la orquesta ejecutaba las clásicas *zarabandas*, minués y también danzas austriacas, muy de moda en los salones de la vieja Europa, traídas a España por ilustres afrancesados que intentaban modernizar a la península. En medio de la concurrencia, el *bastonero* organizaba el orden del baile, además de cuidar que a ninguna dama le faltaran refrescos.

Desde su lugar de observación, Diego, con los ojos fijos en la entrada del salón, de vez en cuando posaba sus ojos en un grupo de bellas jovencitas sentadas al lado de sus *carabinas*, las mismas que sus padres aspiraban a que él las invitara a bailar.

Por su parte Carlos, aun a la distancia, continuaba con la mirada fija en Úrsula observándola sin atreverse a pedirle bailar con él. De pronto, al desviar los ojos, prorrumpió por lo bajo:

—Oh, no. Ahí vienen...

—¿Quién? ¿Brunilda? —inquirió Diego con voz ansiosa, evitando darse vuelta a mirar.

—No —respondió Carlos echándose a reír—. Las que vienen son las mamás de María Luisa y de Josefina. Y se dirigen directo a nosotros; ya no tenemos escapatoria. —Con tono burlón añadió—: Vaya, fíjate... parecen dos joyeros andantes...

En medio de un rumoroso *fru-fru* ocasionado por la seda de sus vestidos y el tilín de sus alhajas, las damas se les acercaron. Al llegar frente a los jóvenes, ambas sonrieron encantadas. Una a una extendieron sus brazos recubiertos de reluciente pedrería.

—Diego... Carlos, qué elegantes estáis —replicaron al unísono.

Ambos besaron sus regordetas manos, a la vez que exclamaban:

—¿Qué tal, doña María Luisa? ¿Y usted, doña Catalina, cómo está? Pero qué hermosas y que elegantes se las ve...

—Muchas gracias... ¡Ay!, qué amables sois —respondieron ellas.

Doña María Luisa, con una sonrisa zalamera, le dijo a Diego:

—Mi marido está con tu padre en el salón de juego. —Mirándolo risueña, expresó—: Esos viejos amigos que solo piensan en jugar a las barajas... —Sin esperar respuesta, señaló con el dedo hacia el grupo de jovencitas de al lado, y continuó—: Ahí están nuestras hijas, sentadas junto a varias de sus amigas. Y tú ya sabes, Diego, tienes mi permiso para bailar con María Luisa todo el tiempo que quieras.

—¡Oh! Es un inmerecido honor el que... usted me hace —arguyó Diego irónico.

La cándida mujer, sin dejar de sonreír, añadió:

—Sabes que mi marido, mi hija y yo sentimos por ti un gran afecto, al igual que por tu familia.

Diego, obligándose a sonreír, le respondió:

—Mi querida señora, sus palabras me abruma: tenga por seguro que... el sentimiento es recíproco. —En cada frase se transparentaba una notable mofa escondida dentro de su trivial cortesía.

De pronto doña Catalina, dirigiéndose a Carlos, le preguntó:

—¿Es verdad que este verano vendrán tus parientes ingleses? ¿Qué edad tiene tu primo?, ¿está aún soltero?

—Sí, los esperamos para finales de agosto. Mi primo tiene veintitrés años. Y, en efecto, es soltero...

—Oh, qué bien; tendremos que comenzar a programar fiestas en su honor. Bueno, aquí se aburrirá de ver tantas mujeres bonitas.

—Eso ni dudarlo, doña Catalina.

Doña Luisa, tras fijar sus ojos en Diego, le preguntó:

—¿Dónde están tu madre y tus hermanas?

—Allí enfrente, sentadas junto a esas señoras vestidas de negro y con grandes abanicos... —respondió Diego, mientras señalaba con el dedo.

—Ah, ya las veo. Nosotras también tenemos ahí nuestros asientos, al lado de la marquesa de la Estrella; vamos, Catalina...

Cuando las damas se marcharon, Carlos exclamó burlón:

—No me explico cómo la madre de Josefina se ha enterado ya de la llegada de mis primos a Jerez.

—Y se la veía muy interesada; con seguridad querrán que Edward conozca a su hija —replicó Diego.

—Y qué condescendencia la de doña María Luisa, ¿la has escuchado?, te permitirá bailar con su hija el tiempo que quieras. ¡Pero si es ella la que está deseándolo!, bueno, ahora no tendrás más remedio que hacerlo. —De pronto, mientras tocaba el brazo de Diego, exclamó—: ¡Oh, mira quien acaba de entrar!

Brunilda, junto a una agraciada joven morena de regio porte y a una pareja de más edad, se hallaban en la puerta rodeados por los anfitriones además de varios nobles y políticos y otras altas personalidades de Cádiz, quienes parecían encantados de verlos.

Diego, en un esfuerzo por esconder su ansiedad, centró la mirada en Bruny, que en ese momento permanecía un tanto apartada del grupo mientras observaba, con discreto disimulo, a todas direcciones. La prusiana vestía un elegante y ceñido traje azul oscuro, de los llamados *volúbilis*, de cintura alta, que remarcaba sus bellas curvas de manera incitante, dándole a su vez un acentuado toque de gracia y distinción. El peinado de estilo griego, con algunos rizos cayéndole sobre la nuca y las sienes, confería a su rostro un perfecto marco. ¡Estaba bellísima! Quizás más de como la recordaba.

—¿Quieres que nos acerquemos a saludarla? —preguntó Carlos.

—Mejor, esperemos un poco —repuso Diego sin conseguir evitar que su incontrolable nerviosismo fuera demasiado notorio.

Un rato después, cuando Bruny y sus acompañantes cruzaban el salón, ambos les salieron al encuentro. La prusiana, al verlos, estiró los brazos hacia ellos.

—Hola, ¿cómo estáis? —los saludó con encantadora sonrisa, aunque, a opinión de Diego, un

tanto forzada. Tras fijar sus claros ojos en este último, le dijo—: Me complace saludarte.

—Lo mismo digo —respondió Diego mientras, con ademán galante, besaba su mano. A continuación, mirándola a los ojos, agregó—: Estas guapísima; te confieso que aún no puedo reponerme de la sorpresa de encontrarte aquí.

Con abrumadora turbación, Diego no pudo evitar recordarla desnuda tal como la había visto aquella mañana en Londres sin que ella se hubiera dado cuenta.

—Gracias, vosotros también estáis... muy guapos —siguió Bruny—. Os voy a presentar a mi cuñada Matilde, y... a unos amigos de Madrid. —Acercándose a sus acompañantes, que los miraban con expectación, añadió risueña—: Este es Carlos Temple, sobrino de mis tíos de Inglaterra... el mismo al que ayer por la tarde visité en su casa. —Sin pausa, continuó—: Carlos, te presento al señor Giacomo Vercelli y su esposa Carlota de la Espiga, condesa de Brunetti... y a mi cuñada Matilde Orosco Villaverde. —Enseguida, volviéndose hacia Diego, sin dejar de sonreír, prosiguió—: Y aquí... os presento a un amigo de la familia, don Diego...

Al comprender que ella no recordaba sus apellidos, él, con gentil reverencia, la interrumpió:

—Diego Ibáñez Cisneros Wesley, para servirles a todos... —concluyó mientras besaba las manos de las damas. A continuación, añadió—: Me complace mucho saludarlos. Espero que puedan llevarse un buen recuerdo de nuestra ciudad...

—Sí, es muy bonita —ponderó la condesa de Brunetti con encantadora sonrisa.

—En mi caso, es la segunda vez que visito el sur. Y toda Andalucía me parece preciosa —comentó Matilde, mirándolo risueña.

—Cádiz me gustó mucho, sobre todo su bahía —arguyó Brunilda mientras abría y cerraba su abanico—. Lástima que nuestra diligencia... hacia Barcelona, sale mañana por la tarde... y no podremos ver mucho más...

Diego observó que la prusiana, a pesar de disimularlo, se mostraba demasiado nerviosa sin dejar de observar, de manera insistente, hacia la puerta que daba al jardín. De pronto se acercó más a ella y, obligándola a mirarlo, con voz cálida le dijo:

—Lamento mucho lo que ha pasado en tu patria; me pareció un horror. —Al instante, sin esperar a que ella le respondiera, a la vez que esbozaba una sonrisa seductora, añadió—: Al mismo tiempo celebro verte tan bien... y tan guapa.

—Gracias, eres muy amable.

—¿Regresarás en seguida a Londres? —inquirió él.

—Aún no. De Barcelona... Matilde y yo embarcaremos hacia Italia. Allí... esperaré la llegada de... mi prometido, que arribará desde Puerto Rico —respondió ella vacilante.

Diego, con aire burlón, levantó una ceja e inquirió:

—De modo que... ¿sigues prometida?

—Claro, ¿acaso lo dudabas?

—No, solo que por un momento me olvidé de eso... sobre todo ahora, al verte aquí...

—No tiene nada de extraño. Mi cuñada es española emparentada con mucha gente de la alta

sociedad de Madrid. Y, como ya lo sabes, no es esta la primera vez que piso tu tierra.

Tras una pausa, mirándola a los ojos, inquirió:

—¿Me permitirías invitarte a bailar?

Ante la pregunta de Diego, ella lo miró seria.

—Lo siento, aunque mi prometido... está lejos, yo le guardo absoluto respeto —replicó con sonrisa forzada—. Además, no me gusta bailar... solo vine para acompañar a mi cuñada y... a la condesa de Brunetti. —Al ver que sus acompañantes iniciaban la marcha hacia sus exclusivos lugares, se disculpó—: Tengo que dejaros, vamos a ocupar nuestros asientos. Adiós a ambos.

—Adiós... —respondió Carlos, besándole la mano.

—Antes de marcharnos... os volveré a saludar —replicó ella, dedicándoles una última y forzada sonrisa.

Diego, con una galante reverencia en la que iba impresa un gesto irónico, le dijo:

—Por si se te olvida hacerlo... quiero que sepas que para mí ha sido un gran placer volver a verte.

Ante esas palabras, Bruny hizo un amague de sonrisa y rápida se apartó de él.

Cuando se quedaron a solas, Carlos apuntó:

—He oído el rechazo que te ha hecho tu invitación... por lo menos podría haberte aceptado un baile. Que esté comprometida no le impide danzar, vamos, creo yo. Qué niña más rara y difícil, ¿verdad?

—Sí, pero eso la hace aún más interesante —opinó Diego sin dejar de mirarla mientras ella se alejaba—. Te confieso que... Brunilda me tiene hechizado.

—Sí, ya lo he notado. Y... te comprendo, realmente es una mujer preciosa. ¿Te has fijado en lo guapa que es su cuñada?

Diego, con gesto pensativo, murmuró:

—Sí... también es muy guapa. ¿Pero sabes lo que más me ha sorprendido? He notado que Bruny se comportaba de una manera extraña, dominada de una excitación muy mal controlada. Era como si esperara y a la vez temiera la llegada de alguien. Sus ojos no se apartaban de la puerta... pero no la de la entrada principal, sino la del portal que da a los jardines.

—Pues yo no me he dado cuenta de nada —repuso Carlos—. Ayer, tal como te dije, cuando vino a verme, la noté muy simpática... y ahora, pese a su negativa de bailar contigo, al menos no ha dejado de sonreírnos con simpatía.

«Pues a mí me ha parecido que todo era fingido. No sé... pero su actitud, y su forma de actuar eran muy extrañas», pensó Diego sin apartar sus ojos de ella que, en ese momento, junto a su grupo, tomaba asiento.

Durante varios segundos, Diego y Carlos permanecieron callados.

—Me parece que, luego de haber visto a la prusiana y sus acompañantes, nos hemos quedado muy pensativos, ¿verdad? —repuso este último a la vez que se alisaba con la mano el pelo.

—Tienes razón; no puedo negar que volver a ver a Brunilda para mí ha sido algo muy

impactante; de hecho... nunca pensé que ocurriría. —Tras unos segundos de silencio, en medio de un bufido, replicó—: De verdad, su presencia me ha alterado mucho... y también me ha desconcertado...

Carlos, observándolo intrigado, insinuó:

—¿Me quieres decir con eso... que estás enamorado de ella?

—No... pero, como ya te lo dejé claro en Londres, esa mujer me fascina de una forma que... no sé cómo expresarlo; las pocas veces que he estado a su lado... incluso ahora, experimento algo extraño... algo diferente a lo que siento con las demás mujeres.

—Lo que tienes que hacer tú es pensar solo en mi prima Janet, y dejarte de fascinaciones peligrosas. Brunilda va a casarse y, luego de esta noche, con seguridad ya no volveremos a verla nunca más.

—Sí, tienes toda la razón...

Después de una corta pausa, Carlos, mirándolo serio, inquirió:

—Bueno, a ver... dime lo que deseas hacer, y te seguiré.

Diego, mientras exhalaba el aire de sus pulmones, musitó:

—Pues lo mejor que se me ocurre ahora es buscarnos un buen sitio donde podamos mirar sin que seamos demasiado visibles. Porque no me negarás que, a pesar de tanta elegancia y abolengo, este lujoso salón... es solo un «dime y cuéntame». ¿Vamos?, de paso nos beberemos algunos tragos más de limonada; tengo la garganta completamente seca.

—En marcha entonces.

A continuación, ambos cruzaron el salón en dirección al Patio de Armas del Alcázar, muy cerca de donde estaba el bufé de bebidas y bocadillos. Al pasar junto a un grupo de jovencitas, Diego divisó a María Luisa mirándolo ruborosa. Sin detenerse, le dedicó una discreta sonrisa acompañada de una gentil inclinación de cabeza; luego de eso, se hizo el desentendido.

Minutos después, Carlos y Diego, tras servirse dos vasos de limonada, se apostaron cerca de otro amplio ventanal por donde entraba el fresco y perfumado aire del jardín. Allí permanecieron muy quietos mientras miraban distraídos a la mayoría de la concurrencia.

El baile se hallaba en su apogeo repleto de parejas que danzaban al compás de un cadencioso minué. Las niñas casaderas, acompañadas de por sus madres y *carabinas*, aguardaban a que los jóvenes solteros las invitaran a danzar. Otras consultaban su carné de baile para ver en qué turno les correspondía aceptar a los que tenían apuntados.

Cerca de la sala de juegos, varios señores mayores salían y entraban sin interrupción. Con semblante alicaído, Diego recorrió con la mirada el inmenso salón de fiesta; desde allí observó a su hermana Gertrudis que continuaba danzando con Wilbur. A continuación, de manera involuntaria, sus ojos se detuvieron en el grupo de Brunilda. En ese momento ella permanecía en actitud enigmática, sentada junto a su cuñada y a la condesa de Brunette, y a otras dos mujeres más que hablaban con discreta locuacidad.

Al cabo de un rato Diego, volviéndose hacia Carlos, le preguntó:

—Pero tú, ¿por qué no invitas a bailar a alguna dama?

—Porque con la única que desearía hacerlo es con tu hermana, y seguro me dirá que no. Ya ha rechazado al menos a media docena de caballeros.

—Con intentarlo no pierdes nada. Y, si te rechaza, inténtalo con María Luisa.

—Eso te corresponde a ti —replicó Carlos con sonrisa burlona. De pronto, tras un gesto decidido, manifestó—: De acuerdo, seguiré tu consejo. Voy a ver si entablo conversación con Úrsula, y así quizás...

—Claro, inténtalo.

—Entonces, deséame suerte.

—¡Mucha suerte! —exclamó su amigo guiñándole un ojo.

Al quedarse a solas, mientras buscaba la manera de dominar su incontrolado nerviosismo, Diego se apartó del ventanal y optó por dirigirse al exclusivo salón donde se encontraban los jugadores, entre ellos su padre. Por allí todos permanecían con sus miradas fijas en las cartas sumidos entre una pertinaz ansiedad.

Pese a las repetidas prohibiciones conferidas por las leyes del Gobierno español, los juegos de las barajas gozaban de una gran popularidad entre los barriobajeros, los de las clases altas y los aristócratas (estos últimos eran quizás lo más viciosos).

Diego, en medio de una mueca de visible desgano, paseó su mirada por entre las mesas de jugadores, casi todos entrados en años. En completo silencio se detuvo cerca de su padre; este se hallaba tan absorbido en aquella partida que ni siquiera advirtió su presencia.

Tras unos minutos de contemplación, el joven se apartó de los empedernidos ludópatas y salió de allí. Sin detenerse, continuó su marcha por la extensa galería. De pronto escuchó voces provenientes de uno de los salones y se detuvo. Con pasos sigilosos se acercó hacia una de las ventanas internas, que se hallaba entornada, y miró: sentados unos, e inclinados otros alrededor de una gran mesa donde se veía un mapa extendido, observó a un grupo de hombres, la mayoría extranjeros, entre los que se encontraban el ecuatoriano José Mujica Lequerica y el marido de la condesa de Brunette, el señor Giacomo Vercelli. Por las expresiones de sus rostros, a Diego no le quedaron dudas de que todos ellos estaban abocados a temas muy serios. Tras permanecer unos instantes atento sin que lograra descifrar las palabras que llegaban a sus oídos en forma de murmullos, se apartó de allí y reanudó la marcha.

**Cuando todo lo que guardaba dentro me ahogaba,  
Encontré en estas cartas mi bote salvavidas.  
Te lo tenía que decir de un modo u otro.  
Estas cartas son para ti.**



Lara parece no encontrar su sitio en el mundo. No encuentra trabajo, su intento de independizarse es un fracaso y su sueño de ser escritora está cada día más frustrado. Cuando aparece Jojo, un chico con el que parece estar predestinada desde que era una adolescente, su mundo se pone aún más patas arriba a causa de los extraños sentimientos que este extraño chico despierta en ella.

Pero es un amor prohibido. Un amor imposible.

Así que hará lo que haga falta para sacárselo de la cabeza, mientras se ve sumida en una depresión de la que cada vez es más difícil salir.

Cartas a mi amor imposible es una historia de amor muy realista y humana, donde una chica, se verá atrapada en medio de la presión por parte de la sociedad de cumplir con las expectativas que se dan por hechas para cualquier joven de su edad, sus sueños que nadie parece apoyar, y entre dos amores que marcarán su vida para siempre.

**Luna Dueñas** nació en 1989 y desde pequeña ha sido una apasionada de la lectura, pero no fue hasta la adolescencia que empezó a escribir sus propias novelas y a compartirlas con su familia y amigos más cercanos. Le encanta escribir y darle vida a las historias que viven en su cabeza, le parece de lo más divertido y satisfactorio. Su gran inspiración viene de la música, las canciones le dan muchísimas ideas con lo que le hacen sentir, y también de las situaciones e historias del día a día. Es diplomada en turismo e idiomas por la universidad de Córdoba. Se define como una persona artística, creativa, abierta y sociable, aunque algo tímida.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Luna Dueñas

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-39-5

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Cartas a mi amor imposible

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Capítulo 44](#)  
[Capítulo 45](#)  
[Capítulo 46](#)  
[Capítulo 47](#)  
[Capítulo 48](#)  
[Capítulo 49](#)  
[Capítulo 50](#)  
[Capítulo 51](#)  
[Capítulo 52](#)  
[Capítulo 53](#)  
[Capítulo 54](#)  
[Capítulo 55](#)  
[Capítulo 56](#)  
[Capítulo 57](#)  
[Capítulo 58](#)  
[Capítulo 59](#)  
[Epílogo](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Luna Dueñas](#)

[Créditos](#)